IMPRESIONES

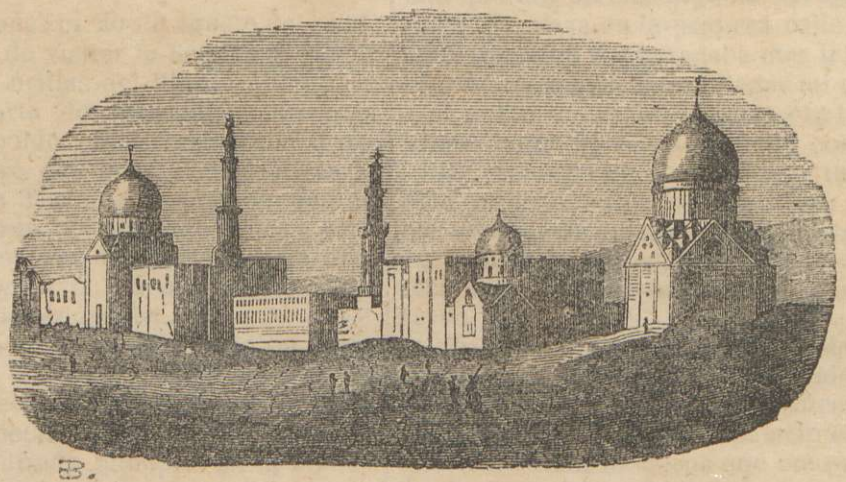
DE VIAGE,

POR ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR DON JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

LAS ORILLAS DEL RHIN.



MADRID, 1857.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE D. F. DE P. MELLADO,

calle de Santa Teresa, núm. 8.

IMPRESIONES DE VIAGE.

POR ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDO DE CASTELAR.

POR DON JOSÉ NUÑOZ Y GAYTIA.

LAS ORILLAS DEL RHIN.

MADRID, 1847.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE D. F. DE P. MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.

BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

IMPRESIONES DE VIAGE.

LAS ORILLAS DEL RHIN.

POR ALEJANDRO DUMAS.

BRUSELAS.

Llegué á Bruselas el 20 de agosto de 1838, con la intencion de visitar la Bélgica y volver á Francia por las orillas del Rhin.

Tenia una carta de recomendacion para S. M. el rey Leopoldo. Me apresuré á ir á palacio, donde entré con mas facilidad que lo hubiera hecho en París en la casa de uno de nuestros banqueros de segundo órden: pregunté por el señor Van Praët, secretario particular del rey, y en el mismo instante me introdujeron en donde estaba.

El nombre me habia ya prevenido en favor de aquel á quien iba á ver; despertaba en mí un recuerdo de reconocimiento, me recordaba al bueno y respetable señor Van Praët, á quien habia encontrado siempre en la Biblioteca real, tan amable y tan servicial, y que habia clasificado en los inmensos espacios de su trémula cabeza, los seiscientos mil volúmenes de la biblioteca, de tal modo, que sin abandonar su sitio, sin recurrir al índice, indicaba inmediatamente la sala, el estante, la tabla y el número del libro que se le pedia: era maravilloso.

Esperaba encontrar algun anciano bondadoso como él, sin duda su hermano, cuando ví adelantarse hácia mí un jóven de veinte y ocho á treinta años, que se escusó de haberme hecho esperar el tiempo que se habia tardado en anunciarme. Era el sobrino en vez de ser el hermano; por lo demas, pariente en grado muy inmediato de mi Van Praët, al menos bajo el aspecto de la amabilidad y cortesia.

No estaba el rey en Bruselas, sino en Läcken, su residencia de verano. Pregunté al señor Van Praët de qué medio tenia que valerme para obtener de él una audiencia; me dijo que era preciso alquilar por horas un carruage de plaza en la primera calle que yo encontrase si no me agradaba mas ir á pie; marcharme á Läcken, hacer llegar mi carta al rey, y al punto me recibiria. Esto era lo que debia hacer: como se ve no era muy complicado.

El recuerdo de su escelente tio habia servido de lazo entre el señor Van Praët y yo; nos separamos amigos, y espero que, á pesar del tiempo y la distancia, conserve de mí un recuerdo tan agradable como el que yo conservo.

El camino que conduce al palacio de Läcken es encantador, y no me admiré que el señor Van Praët me hubiese indicado le anduviese á pie; en cuanto al palacio es una bonita construccion moderna que me pareció databa de fines del siglo XVIII. Está rodeado de jardines ingleses y se refleja en una ancha sábana de agua que domina las deliciosas perspectivas de Bruselas y sus alrededores.

En Läcken fué donde Napoleon resolvió hacer la campaña de Rusia.

A pesar de lo que me habia dicho el señor Van Praët, entré con cierta desconfianza; no por eso dejé de seguir sus instrucciones; alargué mi carta á un ugier, diciendo de parte de quien iba; el ugier me hizo entrar en un salon de descanso, y fué á llevar la misiva. Un instante despues, una puerta, opuesta á aquella por donde habia marchado, se abrió, y un

ayudante de campo me anunció que el rey me esperaba.

Entré, y efectivamente encontré al rey en trage militar.

Al cabo de un cuarto de hora de conversacion, que S. M. se empeñó desde luego en que fuese familiar, estaba convencido de que hablaba con el rey mas filósofo que jamás ha existido, sin esceptuar á Federico.

Vestia el rey de gran gala, con motivo de la inauguracion del camino de hierro de Gante y del jubileo de Malinas, que debia verificarse á los pocos dias. Tuvo la bondad de invitarme para aquellas dos fiestas; mas como conociese por mi respuesta cortada que su invitacion, por mas graciosa que fuese, contrariaba mis proyectos:

—Mejor será, me dijo, que vayais por vuestro lado, mientras yo voy por el mio, y si nos encontrásemos, acercaos á pedirme de comer.

Acepté con un reconocimiento tanto mayor, cuanto que encontraba alguna diferencia entre el modo como me recibia el rey Leopoldo, y la manera con que me habia recibido el rey de Nápoles; verdad es que el abuelo del rey de Nápoles ha hecho envenenar á mi padre, y que no tengo yo demasiado por que quejarme todavía del nieto, que se ha contentado con hacerme conducir fuera de su reino por la gendarmería. Todo es relativo.

Me separé del rey Leopoldo encantado de su hospitalidad, y volví á Bruselas, donde entré en un café á almorzar. Mientras comia mi befsteack, miré por casualidad un periódico.

Entre las novedades del dia, se hallaba la de el cadáver de una muger que se habia encontrado la víspera en el canal de Läcken: añadia el periodista, á modo de reflexion, que se aseguraba era una antigua querida del rey, que éste habia hecho arrojar al agua.

Por acostumbrado que estuviese á la prensa parisiense, me pareció esto un poco fuerte. Me volví hácia el que estaba inmediato á mí para preguntarle qué pensaba de esto. Precisamente era el señor Van Praët, á quien no habia visto al entrar, que comia modestamente dos huevos pasados por agua.

—¿Habeis visto esto? le pregunté alargándole el periódico.

—No, me dijo; ¿qué es?

—Leed.

Tomó el periódico y leyó. En seguida le dejó á su lado con completa indiferencia.

—¿Acaso no perseguirán á ese caballero? pregunté admirado de aquel estoicismo.

—¿Y para qué? me respondió.

—Para corregirle de imprimir semejantes cosas.

—¡Bah! me respondió el señor Van Praët, es necesario que viva. ¿Con qué viviria si le prohibiésemos la calumnia?

—¿Y qué dirá el rey si lee esto?

—¡El rey! se encogerá de hombros. A propósito, ¿cómo os ha recibido?

—Perfectamente.

Referíle entonces los detalles de nuestra entrevista, y como el rey, habiendo visto que su invitacion contrariaba mis proyectos, habia tenido la bondad de darla otro giro. Como uno de estos proyectos era visitar á Bruselas, el señor Van Praët, á quien la permanencia del rey en Läcken daba alguna libertad, me ofreció servirme de *ciceroni*. Compréndese que yo aceptaria.

Bruselas remonta su antigüedad al siglo VI; la etimologia de su nombre se refiere segun unos á *Brocksel*, que quiere decir *pantano*, y segun otros á *Bruck-Senne*. Esta última palabra puede traducirse por *puente sobre el Senna*. Los anticuarios discuten sobre este asunto: esto les ocupa mucho.

San Vindiciano, obispo de la diócesis de Cambray, falleció alli en 709; consta esto por una crónica contemporánea, que es el monumento histórico mas antiguo en que se ha hablado de Bruselas, llamada en latin Brossella. Durante los dos siglos que siguieron á esta muerte, la ciudad debió adquirir alguna importancia, puesto que el emperador Othon firmó uno de sus diplomas *apud Brussolam*, en el año 976: este nombre primitivo habia ya sufrido como se ve alguna alteracion.

Cuatro años mas tarde, Cárlos, hijo de Luis de Ultramar, que obtuvo en herencia el ducado de la casa Lotaringia, eligió á Bruselas por su capital; construyó un palacio entre los dos brazos del Senna é hizo trasportar á una capilla el cuerpo de Santa Gudula, que habia sido depositado en tiempo de Carlo-Magno en el monasterio de Moorsel. Desde entonces Santa Gudula fué adoptada como patrona por los bruseleses, que segun parece no han tenido porque quejarse de su patrona, pues que en medio de todos sus trastornos religiosos la han conservado su supremacía religiosa.

En 1044 Lamberto Balderico, conde de Lovaina y de Bruselas, mandó edificar alrededor de la ciudad una muralla con siete puertas. Dos ó tres arqueólogos me enseñaron restos, que me aseguraron ser los de aquella muralla. Fingí creerlos, lo cual pareció causarles satisfaccion.

Ferrand, conde de Flandes, y Salisbury, hermano del rey de Inglaterra, bajo pretesto de obligar á Enrique I, duque de Brabante, á abandonar la alianza de la Francia, se apoderaron de Bruselas en 1213; en seguida, para hacer mas eficaz el ejemplo, la saquearon.

Las desgracias vienen en tropel, dice un proverbio ruso que merece por su exactitud darle carta de naturaleza francesa: en 1314 hubo en Bruselas peste y hambre; en 1405 incendio, y en 1549 terremoto: veinte y cinco mil individuos y tres mil casas desaparecieron en estos diversos accidentes.

A pesar de estas calamidades, Bruselas, bajo la dominacion de los duques de Borgoña llegó á ser una de las ciudades mas florecien-

tes de la edad media. Sus manufacturas de armas, tapicerías, telas y encages, tenian fama á la vez en Alemania, Francia, Inglaterra y España; de modo, que cuando la casa de Austria sucedió á la de Borgoña, Cárlos V, que habia nacido en Gante, la adoptó como sitio ordinario del gobierno de los Paises Bajos, y la eligió para que fuera testigo de su abdicacion en favor de su hijo Felipe II.

Le llegó entonces la vez á las guerras religiosas, los iconoclastas desgarraron los cuadros, rompieron las imágenes, despojaron las iglesias. Felipe II envió al punto á Margarita, su hermana natural, un sangriento poder que la conferia derecho de vida y muerte sobre los hereges. Comenzaron los suplicios. Formóse una asociacion en Gante en 8 de noviembre de 1576: los nobles flamencos se afiliaban entre sí para oponerse á las medidas tomadas por la gobernadora de los Paises Bajos. Doscientos cincuenta confederados fueron entonces á Bruselas á presentar sus quejas á Margarita que los admitió á su presencia. En esta recepcion fué cuando Brederode, habiendo oido á Barlaymont, que hablaba en voz baja con la regente, tratar á los diputados de mendigos, repitió la palabra en voz alta; al punto y por un arranque unánime de indignacion, los calvinistas y protestantes adoptaron por armas una escudilla y unas alforjas y se dividieron segun las localidades en que combatian en mendigos de bosque, en mendigos de llano y mendigos de mar. Vió Felipe II que no era bastante una muger para contener semejante insurreccion; envió un ejército, un general y verdugos. El duque de Alba hizo su entrada en Bruselas en 22 de agosto de 1577, y el 5 de julio del año siguiente, las cabezas de Lamoral, conde de Egmont y de Felipe Montmorency conde de Horn, caian en la plaza del Ayuntamiento, cuyas casas estaban todas colgadas de negro. El príncipe de Orange habia huido á tiempo: Guillermo el Taciturno adivinó al duque de Alba.

Dos años duraron los suplicios. En estos dos años todos los fabricantes é industriales de Bélgica, abandonaron á Bruselas, y fueron á enriquecer á Lóndres. En fin, los primeros que se cansaron fueron los verdugos. Felipe volvió á llamar al duque de Alba; Luis de Requesens le sucedió y murió en 1576. El 1.° de mayo del año siguiente, le reemplazó don Juan de Austria en calidad de gobernador general. A los catorce meses, cedió su puesto al archiduque Matías, durante cuyo gobierno se desarrolló la famosa peste de 1578, que arrebató veinte y siete mil personas solo en la ciudad de Bruselas.

Todo acontecimiento es bueno cuando consigue por él su independencia un pueblo que trate de reconquistarla. El azote obligó al gobernador español á disminuir su vigilancia. Guillermo de Orange se aprovechó de aquel momento de tregua. Poco á poco adquirió su nombre en los Paises Bajos una autoridad que llegó muy pronto á reclamar su presencia. En 1580 volvieron á entrar los protestantes en Bruselas y á continuar sus predicaciones públicas; el 21 de mayo de 1581, eran señores y opresores á su vez, y Felipe II habia perdido la soberanía por haber violado los derechos y privilegios de la nacion.

Ahora bien, ¿no es una cosa providencial que la declaracion que decretaba aquella caida fuese firmada por Guillermo de Orange, y concebida en tales términos que en la sesion del 23 de noviembre, el señor Robembach, diputado de la Flandes Occidental, no necesitó mas que leerla en la tribuna para que se aplicase á los Nassau, la pena que uno de sus antepasados habia reclamado contra Felipe II en 1580?

He aqui un fragmento de aquella teoría de la rebelion, en la que el Taciturno establecia la legalidad de una insurreccion de que era gefe:

«Se responderá que Felipe II es rey. Yo digo, por el contrario, que ese rey me es desconocido; séalo de Castilla, de Aragon, de Nápoles, de las Indias y de todas partes donde domina á su sabor; séalo, si asi quiere, de Jerusalen, dominacion pacífica, de Asia y de Africa; en tanto no conozco en este pais mas que un duque y un conde, cuyo poder está limitado por los privilegios, los que he jurado en su alegre advenimiento.

«Mas, sea por el ejemplo que ha tomado de España, ó por el consejo de los que le habian y le han dirigido despues, siempre ha conservado en su corazon la intencion de sujetarnos á una servidumbre absoluta y simple, que han llamado obediencia, privándonos completamente de nuestros antiguos privilegios y libertades, como hacen los ministros con los pobres indianos, ó á lo mas como los calabreses, sicilianos, napolitanos ó milaneses, no recordando que estos paises no eran paises conquistados, sino patrimoniales en su mayor parte, ó que voluntariamente se habian dado á sus predecesores bajo equitativas condiciones.»

Pregunto yo, ¿no se diría que hablaba un miembro del congreso nacional recapitulando los agravios que la Bélgica tuvo despues de 1814 que reprochar á la casa de Nassau? Continúa y desenvuelve esos derechos de las ciudades libres, que no podian ser comprendidos en aquella época por Felipe II, y que no quiso comprender despues Guillermo de Nassau.

«Ya sabeis á lo que está obligado, y que no depende de su voluntad el hacer lo que le parezca bien, como hace en las Indias; pues por los privilegios del Brabante, no puede obligar con violencia á ninguno de sus súbditos á cosa alguna, sin que los usos del distrito judicial de su domicilio lo permitan; no

puede por ninguna ordenanza ó decreto, alterar el estado del pais, debe contentarse con sus rentas ordinarias, no puede levantar ó exigir ningun impuesto sin el beneplácito y consentimiento espreso del pais, y segun los privilegios de este; no puede mandar entrar gente de guerra en el pais sin el consentimiento de este; no puede tocar al valor de las monedas sin el consentimiento de los Estados; no puede mandar prender á ningun súbdito sin informacion hecha por el magistrado de la localidad; en fin, habiéndole puesto preso, no puede enviarle fuera del pais.»

Hé aqui documentos de esos que los príncipes arrojan de sus archivos, pero que los pueblos guardan cuidadosamente en los suyos.

Sin embargo, Felipe II no era hombre que se detuviese ante lo dicho, ni que se doblegara ante razones escritas, por justas y elocuentes que fuesen; asi que, apeló á sus cañones, esa *ultima ratio regum*. Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, fué á acampar en Asscho, y á fines de setiembre de 1584, el dominio español se restableció en Bruselas.

Todavía luchó algun tiempo el Taciturno; pero orador mas elocuente que hábil general, se vió obligado á abandonar las provincias meridionales, y refugiándose á las negociaciones políticas, su verdadera esfera, consiguió establecer la union de Utrecht, fundamento de la república de los Paises Bajos.

Esta union hizo perder á Felipe II toda esperanza de reconquistar la totalidad de las provincias flamencas. Hacia diez años veia devorar la Bélgica la sangre de sus súbditos y los tesoros del Nuevo Mundo; separó en 1598 las provincias belgas de la monarquia española, y las dió en dote á su hija Isabel, desposada con el archiduque Alberto, hijo del emperador de Alemania. Bajo su reinado, que felizmente fué prolongado, respiró la Bélgica, y se restableció la república de los Paises Bajos. El duque Alberto murió el 13 de enero de 1621, y la infanta Isabel el 1.° de diciembre de 1633; Guillermo de Orange habia sido asesinado en 1584.

El Taciturno era un hombre singularmente notable. Page de Cárlos V, el anciano emperador se apoyaba en sus hombros cuando abdicó en su hijo la triple corona que tanto pesar le habia de causar un dia. Aunque jóven todavía, aquel carácter reflexivo, que fué causa de que se le diera el sobrenombre de Taciturno, hizo que, cuando aquel príncipe dejó la Bélgica por la España, respondiese á Guillermo que le hablaba de las causas de descontento: hay un autor de él, y ese autor sois vos. Asi, cuando estalló la rebelion de los Mendigos, Felipe se acordó en el Escorial de Guillermo el Taciturno, y cuando supo que solo las cabezas de Egmont y de Horn habian caido, dijo al enviado que le llevó la noticia, que de buena gana daria las dos por la que le faltaba. En efecto, el hacha habia derribado la mano que tenia la espada, pero no habia podido alcanzar á la que tenia la pluma. El manifiesto de Guillermo de Orange hizo mas daño á Felipe II que le hubiesen podido hacer cuatro batallas perdidas.

Por lo demas, era aquel digno antepasado del rey reinante llamado Guillermo el Testarudo.

Ocupado tan solo de una idea, la obra de la independencia, resistió á las amenazas de la córte de España, y lo que acaso era mas difícil á sus promesas. Ni los talentos militares del duque de Alba, ni el valor de don Juan de Austria, ni los artificios de Requesens, ni las victorias del príncipe de Parma, consiguieron desviarle de su via pacífica y laboriosa; todo se gastó en él, política y guerra, la pluma y la espada. Constantemente batido, constantemente reapareció á la cabeza de nuevas tropas. Cuando estaba exhausto de hombres y dinero, se le veia abandonar el teatro de la lucha, aparecer en sus principados del Franco Condado ó de Alemania, hacer un llamamiento de hombres al territorio siempre fértil, y de dinero á los príncipes luteranos frecuentemente sordos, y volver en seguida con un ejército cuya existencia ni aun sospechaban siquiera sus enemigos. En fin, con la famosa Union de Utrecht, terminada en 1579, reunió en una sola república siete provincias de la Holanda, cada una de las cuales tenia su constitucion particular, y quedó á la cabeza de la federacion sin tener ningun título. Esta posicion que estaba lejos de ser, no por el honor, sino por los honores, el equivalente de la que perdia como gobernador de las provincias de Holanda, de Zelanda y de Utrecht, se habia ofrecido sucesivamente al archiduque Matías de Austria, hermano del emperador Rodolfo II, al duque de Alençon, hermano del rey de Francia, y á Roberto de Leycester, favorito de Isabel. El duque Matías careciendo de arrojo y actividad, se malquistó con los intereses; el duque de Alençon, frívolo é inconsecuente, se malquistó con los ánimos; el conde de Leycester, codicioso y altanero se malquistó con los corazones. Vino, por fin, el Taciturno, que por su valor, su sangre fria y su penetracion, consiguió calmarlo todo, conciliarlo todo, dominarlo todo. Puso la cúpula á su edificio cuando fué asesinado, como debia serlo Enrique IV, por una bala fundida en el taller donde se forjaba ya el cuchillo que veinte y seis años mas tarde debia herir al Bearnes. Un fanático del Franco Condado, llamado Baltasar Gerard, se presentó un dia en su palacio de Delft, bajo el pretesto de pedirle un pasaporte. Guillermo, accesible, con doble motivo, puesto que era uno de sus vasallos quien deseaba verlo, se separó de su muger y pasó á una habitacion inmediata; encontró en ella al asesino que le presentó unos papeles; mientras los examinaba, Baltasar le disparó á quema ropa un pistoletazo; Guillermo el Taciturno cayó muerto.

Acudió su muger al ruido. ¡Era un triste destino el de aquella muger constantemente triste por el asesinato de todo lo que le era querido! Habia visto matar á Coligny, su padre, y á Teligny, su primer marido; por último se habia casado de segundas nupcias con Guillermo el Taciturno, y doce años despues por la misma causa, y por la misma religion, le veia sucumbir del mismo modo.

En el museo del Haya se enseña la bala y la pistola que mató á Guillermo, asi como el sombrero, el relój, la gorguera y el trage que llevaba en el momento de su asesinato. La gorguera se conserva todavía manchada de sangre; el trage está horadado por el plomo mortal. Bajo aquel justillo habia un gran corazon.

Luego, si se quiere formar una idea del individuo, para compararle á su nombre, en la primera sala de los Estados se encontrará su retrato: es el de un hombre de cuarenta años, en cuyo rostro moreno se ve esa fisonomía recelosa que hizo le dieran aquel sobrenombre. Está vestido con un justillo negro cuyos bolsillos están adornados con fleco de oro, y en vez de sombrero, cubre sus cortos cabellos un casquetito semejante al de Corneille.

En cuanto á su sepulcro, se encontrará en la iglesía de Delft.

Pido perdon al lector por haber hecho esta larga biografía, de cuya descripcion me he dejado llevar; mas ante mis ojos ha pasado la sombra de un hombre, y por un momento me ha ocultado el horizonte de un imperio.

Todo permaneció bastante tranquilo en Bélgica, hasta el momento en que Luis XIV, á la muerte de su padrastro, reclamó los Paises Bajos españoles, á los que habia renunciado formalmente renunciando á la sucesion del rey de España. Fundábase en que á virtud del *derecho de devolucion*, establecido en las Provincias Unidas, los hijos primogénitos heredaban con preferencia á los hijos menores. Estas primeras pretensiones, fijadas por la paz de Aix-la-Chapelle, se renovaron en 1672, y Luis XIV, secundado por la flota de Cárlos II, entró de nuevo en las Provincias Unidas con un ejército de ochenta mil hombres, tomó en un mes cuarenta plazas fuertes, invadió las provincias de Gueldres, Utrecht y Oven-Issel, y avanzó hasta las inmediaciones de Amsterdam.

Entonces todo vino á estrellarse contra un príncipe de Orange. Guillermo III fué para Luis XIV lo que Guillermo el Taciturno habia sido para Felipe II; acababa de ser nombrado stathouder y apenas tenia veinte y un años. Laborioso, sombrío, silencioso y perseverante, hombre á un mismo tiempo de accion y de idea, sencillo en su vida privada, magnífico en la pública, con pocos amigos, pero unido por la vida á los que habia concedido su confianza, consiguió escitar el valor de los holandeses, reanimar su actividad, contener los progresos del ejército victorioso y armar contra Luis XIV la mitad de la Europa. En fin, gracias á la mediacion de Cárlos II y á la intervencion armada de las dos ramas de la casa de Austria, se celebró la paz de Nimega. La Francia ganó en ella el Franco Condado, ese antiguo patrimonio de la casa de Nassau, y perdió á Charleroi, Binch, Courtray, Oudenarde y una parte de la señoría de Ath. Gracias á este tratado, Nodier y Victor Hugo son franceses.

La muerte de Cárlos II volvió á encender la guerra con una apariencia de legitimidad, y bajo el nombre de guerra de sucesion, las tropas francesas ocuparon á Bruselas el 21 de enero de 1701, y el 22 de marzo del año siguiente, Felipe I fué proclamado duque de Brabante, vino despues la paz de Utrecht en 1712 que dejó volver de nuevo Bruselas y los Paises Bajos á la dominacion de la casa de Austria,

Luis XV heredó la guerra contra María Teresa, y la batalla de Fontenoy le abrió otra vez las puertas de Bruselas. Entramos en ella el 21 de febrero de 1747 y permanecimos allí como señores hasta que la paz de Aix-la-Chapelle volvió esta ciudad á los austriacos.

El duque Cárlos de Lorena entró en ella inmediatamente y gobernó por espacio de treinta y seis años en nombre de María Teresa.

Esta fué la época dichosa para la Bélgica; por eso recompensó al representante de la emperatriz, no con honores perecederos como él, sino con el epíteto de *bueno* que le sobrevivió. Sucedió José II que quiso introducir en Flandes, cuyo espíritu le era desconocido, la uniformidad con que regia sus demas estados. Los flamencos hicieron lo que siempre en semejantes circunstancias; reclamaron el mantenimiento de sus privilegios; y como no quisiese reconocerlos el emperador, le declararon destituido de la soberanía de los Paises Bajos. De este modo permaneció el gobierno provisional en sus manos hasta que Leopoldo, el sucesor, consintió jurar en 1791 el mantenimiento de la carta brabanzona. Mediante esta concesion acababa de tomar posesion de los Paises Bajos, cuando murió dejando el reino á su hijo Francisco II. Cuatro años despues las batallas de Gemmapes y de Fleurus habian decidido en favor de la república francesa el gran proceso formado por Luis XIV al Austria. La Bélgica estaba reunida á la Francia, y Bruselas se habia convertido en la capital del departamento de la Dyle.

Hizo en ella su entrada Napoleon por la parte de Verte, el 21 de julio de 1809: hiciéronle los honores reservados á los antiguos soberanos de la Bélgica; y dos años mas tarde decidió, como hemos dicho en otra parte, en el palacio de Läcken la campaña de Rusia.

Llegó 1814. El tratado del mes de mayo que hacia á Guillermo heredero de los stathouders con el título de rey, añadió á él la Bélgi-

ca como acrecentamiento de territorio, en cambio de sus colonias de Ceylan, del cabo de Buena Esperanza, de Demeray, de Berbia y de Essequivo, que se adjudicaban á la Inglaterra. Apenas se habia sentado sobre aquel trono de nueva fábrica, cuando el cañon de Waterloo fué á conmoverle como si fuera de la misma fecha que el de los Césares. Mas poco á poco se alejó el cañon dirigiéndose hácia la Francia; por último, oyóse decir un dia que Napoleon se habia embarcado para Santa Elena, y Guillermo respiró: creia haber ganado el todo no teniendo que habérselas mas que con su pueblo.

El 25 de setiembre de 1830 su pueblo le espulsó, y el 4 de octubre siguiente declaró el congreso nacional que las provincias belgas, violentamente separadas de la Holanda, formaban un estado independiente.

Nuestros eternos plagiadores acababan de parodiar á su vez nuestra revolucion.

Todo el mundo recuerda cuál fué el embarazo que entonces esperimentaron los belgas: tenian que dar un trono que nadie se atrevia á tomar, y hubo un momento en que temieron, ¡cosa inaudita hasta entonces! que les quedara su corona, no sobre la cabeza, sino en la mano.

En efecto, la eleccion no era fácil: era preciso que recayera sobre un príncipe que conciliase los diversos intereses de la Europa, y que satisfaciese á un pueblo que desde los romanos hasta nuestros dias habia tenido por costumbre hacer una revolucion cada quince años.

El ministerio, despues de haber investigado la opinion de las diferentes córtes de Europa, resolvió dirigirse al príncipe Leopoldo. En consecuencia, enviáronle cuatro comisionados. Eran estos el conde Fleux de Merode, el señor Vilain XIV, Enrique de Broukere y el abad de Fœre. La primera entrevista se verificó el 22 de abril, y se inauguró de parte del príncipe Leopoldo con estas palabras:

«Toda mi ambicion es hacer la felicidad de mis semejantes: aun muy jóven, me he encontrado lanzado en medio de tantas situaciones estrañas y difíciles, que he aprendido á no mirar el poder sino bajo el punto de vista filosófico; jamás le he deseado sino para hacer el bien, y un bien que sea permanente. Si ciertas dificultades políticas que parecian oponerse á la independencia de Grecia no hubiesen surgido, al presente me encontraria en aquel pais; y sin embargo, no oculto cuál hubiera sido el embarazo de mi posicion. Sé cuán de desear es para la Bélgica tener un gefe, y la paz de la Europa está interesada en ello.»

La primera frase de este discurso tan sencillo y conciso, era una promesa para el porvenir, y la última un compromiso para el presente; por lo tanto satisfizo á casi todo el mundo, reyes y pueblo; de modo que el sábado 4 de junio, el príncipe Leopoldo fué proclamado rey de los belgas por una mayoría de cincuenta y dos votos contra cuarenta y tres: la Providencia habia tomado esta vez el disfraz de la necesidad. Al contrario de todos los príncipes reinantes á la sazon, el príncipe Leopoldo ha sido el primero en presentar en el programa dado por él á los embajadores que le fueron enviados, la regla de su conducta; efectivamente, ha mirado el poder bajo un punto de vista filosófico, y procura en este momento crear un bien permanente, dispuesto como está siempre si viera que se engañaba, á dejar su título de rey para volver á tomar el de príncipe.

Una de las cosas mejor comprendidas por el rey de los belgas, es la poca importancia real de la propiedad territorial, y la grande influencia que en los gobiernos modernos y democráticos debe ejercer la inteligencia que se manifiesta por las empresas industriales ó por las creaciones del arte; no obstante, por espacio casi de dos años sus buenas intenciones fueron neutralizadas por las circunstancias.

En efecto, durante dos años, y en consecuencia de la revolucion, ni habia venta en la Holanda ni esportacion al estrangero. Los dos gobiernos conocieron, sin embargo, la necesidad de alimentar su comercio y cerrar por algun tiempo los ojos al fraude; en fin, en 1833, los derechos de introduccion en Holanda se fijaron en el 5 por 100 por el rey Guillermo, cuyos súbditos son trasportadores, permítaseme la palabra, pero no fabricantes, y el rey Leopoldo pudo eficaz y públicamente proteger la industria, que desde aquella época ha adquirido un inmenso desarrollo. Asi por ejemplo, Gante, el Manchester de la Bélgica, que en 1829 poseia apenas ochocientos *hooms*, cuenta hoy cinco mil. Estos hooms son máquinas de vapor, cada una de las cuales teje cuatro piezas de algodon de setenta y cinco varas, cada semana. Un niño de cinco años basta para atar los hilos de dos *hooms;* de modo que un niño de cinco años y esas dos máquinas, producen ocho piezas de algodon cada ocho dias. En los talleres de los señores Hemptinne y Vortman se ve una cosa que tiene algo de prodigio: en una hora, una pieza de algodon que ha entrado en bruto ante el visitador á quien estos señores quieren hacer los honores del establecimiento, se limpia, se hila, se teje, se estampa, se seca, se prensa y se dobla; y en otra hora, si el visitador va acompañado de su muger, podrá esta salir vestida con la tela fabricada á su vista.

En cuanto á los caminos de hierro, que constituyen en la actualidad la gran preocupacion de la Bélgica, es preciso haber visto la estacion de Malinas, que forma el centro, para formarse una idea de la fiebre que se ha apoderado de toda la poblacion. Tiene algo semejante á una locura universal, á una ena-

genacion general; parece que ninguno tiene negocios sino donde no reside; treinta, cuarenta convoyes llegan diariamente, derramando en el mismo sitio treinta ó cuarenta mil personas, que se agrupan allí un momento, se mezclan, se separan, se lanzan en sus respectivos carruages, y desaparecen por los diferentes rádios de la estrella con la rapidez del viento, para hacer sitio á otros, que desaparecerán á su vez, impulsados por los que vendrán detrás de ellos, y esto sin cesar, sin descanso, y en número semejante al que Dante vió agruparse en las orillas del rio Aqueronte, cuando se admiró de que desde el principio de la vida hubiese hecho la muerte desaparecer tantas gentes.

Fomentando con su proteccion y su dinero las empresas industriales, el rey Leopoldo no ha abandonado las producciones del arte. Obligado á renunciar á una literatura nacional, que la falsificacion de Bruselas, fatal para la misma Bélgica, seca en su raiz, puesto que opone sin cesar á las obras de cuatro millones de hombres las del mundo entero, que da por un ínfimo precio, el rey dirige todos sus estímulos hácia los trabajos históricos y las escuelas de pintura: el señor baron de Reiffemberg, en Bruselas; el señor Voisin, en Gante; Delepierre, en Brujas; Polain, en Lieja, hojean laboriosamente la inagotable y variada mina de las antiguas crónicas nacionales, y todos en recompensa de sus primeras publicaciones, han sido nombrados para destinos que les ponen en el caso de continuarlas. Los señores Reiffemberg y Voisin son bibliotecarios, el uno en Bruselas y el otro en Gante; Delepierre y Polain son conservadores de los archivos, el primero de Brujas, el segundo de Lieja, y preparan al historiador futuro de Flandes un trabajo semejante al que espera ya, gracias á los señores Guizot, Agustin Thierry y Michelet, al futuro historiador de la Francia. Menos contrariado respecto á la pintura, el rey de Bélgica es por esa arte por la que mas ha hecho, puesto que á pesar de la escasez de su lista civil, ha comprado en seis años mas de sesenta cuadros. Bajo su influjo ha recibido la escuela flamenca nueva vida y mayor desarrollo, de modo que el salon de 1836 ha ocupado un puesto distinguido entre las bellas esposiciones de Bruselas.

De modo que, cosa notable, en tres grandes épocas de su independencia es cuando las provincias flamencas han visto florecer sus escuelas de pintura: en tiempo de Felipe el Bueno, de 1419 á 1467, los hermanos Van Eyck y Memling establecian el punto de partida del arte; bajo la dominacion de Alberto é Isabel, de 1598 á 1633, Rubens, Van Dyck, Erayer, Roose y Syner le elevan á su apogeo; en fin, con Leopoldo I, de 1832 á 1838, Verbockhoven, Gustavo Waper y Keiser, protestan con sus obras contra la decadencia en que se creia habia caido. Leopoldo ha satisfecho pues todas las exigencias del pais que gobierna: en política ha colmado los votos de la nacion belga protestando hasta el último momento contra la toma de Limbourg y de Luxemburgo; en industria ha ennoblecido todas las empresas tomando en ellas una parte personal; en fin, en historia y en pintura ha animado los ensayos de los historiadores y los esfuerzos de los pintores, para sacar á la ciencia y al arte de la decadencia. El rey ha sembrado, ahora corresponde á la tierra producir.

Para terminar con la política, hombres y cosas, digamos algo acerca del príncipe de Ligne, á quien una primera inconsecuencia hizo perder en 1832 una popularidad que una segunda inconsecuencia le ha devuelto en 1838. Quiero hablar de dos cosas completamente olvidadas hoy, y cada una de las cuales hizo gran ruido en su época; me refiero al rescate de caballos del príncipe de Orange, y al paso delante de Flessinga bajo el pabellon belga.

En el momento del secuestro decretado contra los bienes del príncipe de Nassau por el gobierno belga, sus palacios y sus muebles fueron embargados; entonces resolvió el partido realista rescatar los caballos que el príncipe tenia en mucha estima y regalárselos. En consecuencia circuló al punto una lista de suscricion, y fué presentada al príncipe de Ligne por la hija del marqués de Trasignies, que era protestante, y por tanto orangista; el príncipe de Ligne, que estaba para casarse con la señorita de Trasignies, no quiso disgustar á su prometida con una negativa, y firmó. Por otra parte, aquella accion le pareció un asunto de señor á señor, y un proceder de Ligne á Nassau. No ignoraba que el partido á que acababa de asociarse con aquel acto noble, volveria contra él el paso dado. Publicóse la lista; en tanto el príncipe de Ligne se casó con la señorita de Trasignies; el pueblo se creyó doblemente abandonado por el hombre en quien habia fundado toda su esperanza, y vendido segun su creencia por el patriota y el católico, saqueó ó mas bien devastó su palacio cuyos muebles fueron arrojados por las ventanas y destrozados en el pavimento.

Tres años despues, habiendo enviudado el príncipe de Ligne se casó con una princesa polaca muy conocida por su piedad. Este matrimonio comenzó á rehabilitarle en la opinion pública, porque en Bélgica la religion es todavía el orígen de donde parten todas las opiniones favorables y contrarias; gozaba pues ya de aquella reaccion de popularidad, cuando llegó la época de la coronacion de la reina de Inglaterra. El príncipe, magnífico como si fuera uno de sus antepasados, solicitó del rey Leopoldo el favor de ir á sus espensas á representar en Lóndres al gobierno belga; le fué concedido este favor. A su regreso, y cuando pasaba por delante de Flessinga, el príncipe de Ligne se opuso á que el pabellon belga, que no es admitido en las radas holandesas, se

amainase; solo sí los colores británicos se izaron en lo alto, y al mismo tiempo la bandera del príncipe se enarboló en el gran mástil. Este hecho, que en último resultado no era mas que una baladronada peligrosa, fué considerado por el pueblo como un acto de firmeza. La popularidad del príncipe fué reconquistada de repente, y mientras el rey Leopoldo deploraba interiormente aquella inútil bravata, que podia renovar los sucesos de Lovaina y Amberes, la sociedad de la Grande armonía daba una serenata bajo las ventanas del embajador, y el pueblo gritaba:

—¡Viva el príncipe de Ligne!

Hasta aquí todo marchaba perfectamente, cuando una carta del príncipe lo echó á perder, no para con el irreflexivo entusiasmo de la multitud, sino á los ojos de la minoría ilustrada. Un periódico holandés refirió el hecho de un modo inexacto; el príncipe de Ligne se creyó obligado á responderle. He aquí la carta, Dios se lo perdone en gracia de las de su abuelo:

«Señor redactor:

«He leido en vuestro número del 4 el estracto de un artículo del *Handelsbland*, que se espresa en estos términos respecto al pabellon belga enarbolado en el buque de vapor que me llevaba á Amberes.

«Al aparejar en Lóndres, el *Pyroscaphe* habia izado el pabellon belga; mas el piloto de Flessinga, que dirigia el timon, hizo al capitan la observacion de que ese pabellon no era admitido en nuestros puertos, y el capitan mandó se amainase.

«El hecho es falso; la bandera de Bélgica no ha cesado de flotar sobre el navío desde Lóndres hasta Amberes, y cuando llegó á Flessinga el capitan me propuso amainar el pabellon belga, y no izar mas que los colores británicos; le respondí yo que permaneceria sobre el puente y bajo la bandera, y que consentiria irme á pique antes que someterme á tal cosa. Los colores belgas flotaron, pues, á la vista de los cañones de Flessinga y de los buques holandeses.

«En cuanto á mi bandera enarbolada en el gran mástil, sabido es, que esto es una prerogativa de los embajadores estraordinarios; no hice cuestion de orgullo verla flotar junto á la bandera belga: no hubiera yo abatido éste ante los holandeses. Los Nassau saben que la primera, desde Felipe II hasta el rey Leopoldo, jamás se abatió ante ella.

«*Príncipe de Ligne.*»

La cita era exacta, pero desgraciada. El señor príncipe de Ligne habia olvidado una cosa, y es, que Felipe II, á quien sus antepasados servian, era el hombre de la tiranía, mientras que en aquella época los Nassau, contra quien sus antecesores se batian, eran los representantes de la independencia.

Pero como el pueblo no estaba obligado á tener mas memoria que el príncipe, encontró retumbante la frase, y aplaudió.

Tres modos hay de recorrer una ciudad. El primero visitando sus monumentos por órden cronológico; el segundo dividiéndola en barrios y recorriendo unos despues de otros; el tercero yendo en direccion recta y caminando al acaso.

Ordinariamente es el último modo el que prefiero, porque así todo se me presenta de improviso, y por consecuencia me llama mas la atencion. Como generalmente, estudios preparatorios acerca del pais que visito me han puesto en el caso de recorrerlo sin cicerone, sin guia y sin plan, una descripcion anticipada no quita nada de su grandeza ó de su especialidad á los monumentos que encuentro de repente al volver la esquina de una calle ó desembocar en una plaza, presentándoseme llenos de recuerdos, que hago pasar unos despues de otros ante mí como fantasmas. Siempre que no es otro el que me guia, me parece que soy yo quien ha encontrado, y esta creencia adquiere mas valor todavía cuando veo á la multitud pasar indiferente, y como si no le viese, al pie del edificio ó por el centro de un punto de vista ante el que permanezco admirado: ese punto de vista y ese edificio me parecen desde entonces una creacion mágica, levantada á mi paso, y que desaparecerá tras de mí.

De ese modo, saliendo de la fonda de la Reina de Suecia, la única donde he encontrado alojamiento, tomé á la derecha, y despues de haberme perdido algun tiempo por calles estrechas y tortuosas, me encontré repentinamente frente á la casa de Ayuntamiento, monumento gótico, concluido por su arquitecto, Van Ruisbrock, en 1441, todo rodeado de casas edificadas en la época de la dominacion de la España, y que presentan el carácter de la arquitectura castellana. Estas casas dan á la plaza una fisonomía que sin ser completamente homogénea, puesto que el genio de dos pueblos distintos ha ido á chocarse en aquel sitio, no deja de formar un conjunto tan estraordinariamente pintoresco, que si no es una de las plazas mas bonitas que he visto, es á lo menos una de las mas originales. Despues del Ayuntamiento, el edificio mas importante es la casa Comunal, situada casi enfrente, y de donde salió el conde de Egmont para marchar al suplicio; habíase construido una galería colgada de negro, que conducia desde el balcon al cadalso, precaucion tomada sin duda para que el sentenciado no estuviera al alcance de los que hubiesen intentado salvarle por un golpe de mano. Desgraciadamente para los que desean ver los recuerdos eternizados unos frente á otros, esta casa no es ya la misma que entonces existia. Edificada á principios del siglo XV, ha sido restaurada dos veces: la primera

en 1625 por Isabel, que la consagró á Nuestra Señora de la Paz, en memoria de que esa Vírgen habia librado á Bruselas de la peste, de la guerra y del hambre, como testifican estas palabras medio borradas; pero que todavía se pueden leer: *A peste, fame, et bello, libera nos, Maria Pacis.* La segunda vez fué despues del bombardeo que el mariscal La Villeroy hizo sufrir á la ciudad en 1695.

Visto desde los escalones de esta casa, es magnífico el aspecto del ayuntamiento; la torre colocada á un lado como la del antiguo palacio de Florencia, se lanza con magestuosa esbeltez á la altura de trescientos sesenta y cuatro pies; remata esta torre un San Miguel de bronce dorado, del tamaño de diez y siete pies, que le hace girar el viento como una veleta, y que desde abajo parece un juguete de niño.

A uno de los salones de la casa de ayuntamiento, va unido un gran recuerdo. En el salon llamado del Concierto, es donde Cárlos V abdicó el poder real, el 9 de setiembre de 1556, en favor de su hijo Felipe II; quise verle, esperando hallar en sus antiguas paredes algo de aquel solemne y grave acontecimiento: estaban graciosamente cubiertas con papel azul celeste, adornado de guirnaldas de flores ya marchitas que habian servido para el último baile.

Algunas habitaciones cubiertas con bonitos tapices recuerdan la vida de Clovis, mirada á través del siglo de Luis XIV, y conducen á la sala del Consejo, donde cuadros del mismo género representan la entrada de Felipe el Bueno en Bruselas, la abdicacion de Cárlos V, y la coronacion de Cárlos VI, padre de María Teresa. En esta misma sala, donde el cielo bastaute mediano de Janseus está engastado en una encantadora ornamentacion de cornisas, es donde se conservan las llaves de oro que, en una fuente de plata sobredorada, fueron presentadas sucesivameute, en 1809 á Napoleon, en 1815, á Guillermo de Nassau, y en 1831 á Leopoldo I. Estas llaves, segun parece, abren las puertas pero no las cierran.

No sé cuando me hubiera decidido á dejar aquella magnífica plaza, á no haber visto por un intérvalo de casas las torres de Santa Gudula, que dominan toda la ciudad. A medida que nos aproximamos, se nota mas la semejanza del edificio, en menores proporciones, con Nuestra Señora, aunque de una fecha algo posterior, y por consecuencia de una ornamentacion menos severa. Felipe el Bueno, duque de Bergoña, tuvo alli el primero, y Cárlos V el décimo octavo capítulo del Toison de Oro.

Las dos cosas que se observan primero al entrar en la iglesia, despues de la primera ojeada dirigida á su grandiosa arquitectura, son sus magníficas vidrieras y su estraño púlpito; las unas tienen la fecha de 1500, y el otro la de 1699. Admirando en la juntura de las vidrieras la entendida coquetería del renacimiento, se echa de menos la sencilla espresion de la época anterior, y por mas alabadas que sean las de Bruselas, por mi parte prefiero las de Ruen y Colonia. En cuanto al púlpito, es una obra de mal gusto sin duda, pero de un mal gusto lleno de energía é imaginacion; representa á Adan y Eva espulsados por un ángel del Paraiso Terrestre y perseguidos por la muerte. La serpiente, cuya cola arrastra á los pies de aquellos á quienes ha seducido, sube atrevidamente, arrollándose alrededor del tronco de un árbol, y va al sombrero del púlpito, donde su cabeza es aplastada por el pie del Niño Jesus, á quien su madre detiene temerosa. El autor de este púlpito, Enrique Verbrugen, tardó veinte años en hacerle para los jesuitas de Lovaina. María Teresa se le compró, y le donó á la iglesia de Santa Gudula.

En el coro de la iglesia, una losa de mármol blanco cierra el panteon de los duques de Brabante; el archiduque Alberto fué enterrado alli en 1621, con hábito de recoleto, y la infanta Isabel en 1633, con hábito de religiosa. Cerrado desde aquella época, se volvió á abrir para el hijo del rey Leopoldo. A derecha é izquierda están los sepulcros del archiduque Ernesto y del archiduque Juan.

Un recuerdo moderno y democrático viene á unirse aqui á unas antiguas y aristocráticas memorias. En la capilla de Nuestra Señora de la Restauracion se halla el sepulcro del conde Federico de Merode, muerto en Berchem en 1830. El monumento es de Giefs, el mejor estatuario que posee la Bélgica. Representa al conde herido mortalmente é incorporándose sobre el codo, para disparar una pistola que tiene en la mano; está vestido con el trage que llevaba, es decir, una blusa, pantalon y polainas.

En la parte anterior del sepulcro, por bajo de las armas del conde, que son de oro, dentriculadas de azul, de gules, con esta divisa: ¡*Mas honor que honores*! está grabada la inscripcion siguiente, en que se encuentra el doble sentimiento democrático y religioso que es hoy el carácter mas notable de la nacion belga:

Frederico comiti de Merode
inter liberatores belgii propugnatori strenno
qui catholica fidei patræ que jura tuendo
perenssuo ab Berchem Muliniæ pica ounbuit.
Anno Domini MDCCCXXX.

El señor de Merode era de una de las mas nobles casas de los Paises Bajos: una tradicion popular llega hasta hacer descender su familia de Meroveo. Asi en Bélgica, el movimiento dado por el pueblo ha llegado hasta el mas alto grado de la escala aristocrática: por lo demas, propio es de las revoluciones religiosas elevarse de ese modo.

A quinientos pasos de la iglesia, volviendo la esquina de la calle de la Estufa, me encontré frente á una fuente que me habia pro-

puesto ver cuando fuera á Bruselas, y de la que me habia olvidado completamente estando allí; es la que sostiene el paladium de la ciudad, el famoso Manneken-Piss, de que el lector habrá oido hablar sin duda.

El autor de la estatuita que los bruseleses han adoptado por su dios lare, ha contado de seguro con el privilegio que tienen los niños de no ser jamas indecentes, hagan lo que quieran, cuando no ha temido representar á su héroe haciendo ante el público una cosa que los mismos parisienses, esos grandes cínicos de la civilizacion moderna, tienen costumbre de hacer volviendo la espalda. Hé aquí la tradicion que sirve, si no de escusa, al menos de pase á esta singular idea.

El hijo de un duque de Brabante huyó del palacio de su padre, y se perdió en las calles de Bruselas. Al ver el dolor del buen duque, toda la corte se dedicó á hacer pesquisas; la pesquisitoria duró dos dias sin resultado alguno, y en medio de la consternacion general: al fin, un cortesano, mas feliz ó mas activo que sus colegas, encontró, entre la calle de la Encina y la de la Estufa, al fugitivo, en la misma postura en que el amor paternal nos ha conservado su efigie. Los bruseleses por su parte conservaron á la representacion del hijo la veneracion que tenian á la persona del padre, y habiéndose roto la primera estátua, que era de piedra, se fundió la segunda, reproduciendo con gran exactitud la postura y espresion de la anterior en 1648 por el célebre Duquesnois de escándalosa memoria, inaugurándose en el mismo sitio, sin que el cambio que se habia verificado en la primitiva materia hiciese sufrir al culto que inspiraba el Manneken-Piss la menor alteracion.

Desde entonces la posicion social del Manneken-Piss, al contrario de la de mas de un gran señor que creia merecerla, no ha hecho mas que mejorar. Los bruseleses le han dado el título del mas antiguo ciudadano de la poblacion, como el ejército tituló á Latour d'Auvergne el primer granadero de Francia: el elector de Baviera, que tuvo el honor de ser presentado á él, le regaló un guardaropa completo, y dedicó á su servicio un ayuda de cámara con encargo de vestirle y desnudarle; Luis XV, para reparar los insultos que le habian hecho algunos soldados de la Guardia francesa, le declaró en 1747 caballero de sus órdenes, y le regaló un trage de córte con el sombrero de plumas y la espada; en fin, en 1832, el consejo municipal le votó por unanimidad un uniforme de oficial de la Guardia nacional: bajo este trage, el mas popular de todos, es como desde esa época se le espone el dia de la gran fiesta de Bruselas, que cae á mediados de julio. No hay para qué decir que mientras está vestido cesa en las funciones hidráulicas, las cuales vuelve á recobrar inmediatamente despues de la Kermesse, con gran satisfaccion de la multitud.

El 3 de octubre de 1817, Bruselas se despertó en medio de la consternacion; su palladium habia desaparecido. Creyóse al principio que descontento de su última inauguracion, habia ido á ofrecer sus servicios á alguna ciudad mas reconocida. Pero se hizo una indagacion de su ayuda de cámara, y se probó que en el momento que le habia quitado sus vestidos, no habia manifestado ninguna señal de mal humor: comenzaron entonces á creer que las maniobras que habian sustraido al Manneken-Piss á las miradas del público, no debian atribuirse á su libre arbitrio; en virtud de este razonamiento especioso, se puso en su busca la policía, y encontró la estátua en poder de un forzado cumplido, llamado Lycas, que la habia robado. La alegría fué grande cuando se supo la feliz nueva; se disparó el cañon, como por el alumbramiento de la reina, y se iluminó la ciudad. En fin, el 6 de diciembre de 1818, despues de mas de un año de ausencia, el Manneken-Piss fué colocado otra vez con gran ceremonia, sobre su pedestal, donde apenas reinstalado, continuó alegremente sus funciones como si nada hubiera pasado, y de donde, gracias á una activa vigilancia, no ha desaparecido mas.

En cuanto á Lycas, por mas que pretestó una adhesion muy especial al mas antiguo ciudadano de la poblacion, para escusar por el entusiasmo la accion que habia cometido, fué enviado otra vez á galeras.

Como poseia yo casi toda la biografía del Manneken-Piss, y por otra parte, el tiempo urgia, nos dirigimos hácia el palacio del príncipe de Orange, el que ha conservado su antiguo nombre, porque el príncipe Guillermo, cuya es la propiedad privada, no ha querido cederle ni despojarle de sus muebles desde 1830, sin duda esperando volver una tarde á entrar en él como salió una mañana.

Al llegar á la antecámara, tuvimos que prestarnos á una ceremonia cuya necesidad no comprendí hasta mas tarde; la de ponernos sobre las botas unos escarpines de orillo tan anchos, que al instante mismo nos vimos obligados á abandonar nuestro sistema habitual de locomocion. Desde el salon de los ayudantes de campo, no se anda, se patina; por lo demas, este ejercicio se practica sobre admirables pavimentos hechos de raices de árboles, que se rayarian con las botas sin aquella precaucion; son verdaderos suelos aristocráticos, sobre los que no se puede andar sino calzado de terciopelo ó de seda. Pero se olvida al punto la incomodidad que impone aquella nueva manera de caminar, al encontrarse inmediatamente ante tres obras maestras, salidas de tres escuelas diferentes; una Madona de Andres del Sarto; un retrato de Rembrandt, pintado por él mismo, y una magnífica cabeza de Holbein.

En una sala azul que está al lado, hay una Popea de Van-Dyck, y una Diana de Poitiers

atribuida á Leonardo Vinci; despues hay un corredor donde se ven dos retratos de Van-Dyck, y dos de Velazquez, que son cuatro obras maestras, como acaso no las posee ningun museo. En fin, en el salon de las damas de honor hay un San Agustin muy hermoso, cuyo autor no recuerdo, y una de esas maravillas del Perugino, que prefiero como sentimiento y como espresion á las de su ilustre discípulo, el pintor de nombre de ángel y de genio divino.

No hablo de una consola y una copa de malaquita, que valen ambas 500,000 francos, ni de una mesa de lapis-lázuli, estimada, segun se dice, en millon y medio. Este es negocio de ebanista y no de artista.

Al salir del palacio ví á un individuo que en su aire reconocí como francés, y que se detuvo para mirarme; al punto me dirigí al Bosque, por temor de que se me acercase, porque en Bruselas, lo peor que podemos encontrar es un compatriota. Esto exige una esplicacion, y me apresuro á darla.

Bruselas ha sido en todos tiempos el refugio de los proscriptos: María de Médicis, desterrada por su hijo, fué allí á pedir hospitalidad á Isabel; Cárlos, duque de Lorena, se refugió en ella despues que sus súbditos le espulsaron de sus estados; Cristina abjuró allí la religion luterana despues de haber abdicado la corona de Suecia; en fin, Cárlos II y su hermano el duque de York fueron á buscar en aquella ciudad un asilo contra el protectorado de Cromwell.

Estos ilustres ejemplos han tenido en nuestros dias muchos imitadores; solo que á los proscritos políticos han sucedido los desterrados judiciales: todo el que ha falsificado, el que ha hecho quiebra, en fin, todo el que se ve obligado á esconder la cara en París, se eclipsa de repente en el boulevard de Gente ó en la plaza de la Bolsa, y reaparece con el rostro descubierto y radiante en la calle Verde, en Bruselas; entonces, por poco que esos honrados refugiados hayan sabido escribir para firmar al pie de una letra de cambio con otro nombre que el suyo, viven con escándalo, calumniando en alguna cloaca literaria á la Francia, que los arroja como un rio arroja su espuma, y dan al estrangero ese espectáculo vergonzoso de un hijo que en vez de arrepentirse y humillarse, escupe pública y diariamente á su madre en el rostro; asi confieso que por mi parte estoy muy lejos de ofenderme por la desconfianza de los belgas respecto á nosotros, y siempre me he admirado de que antes de dar la mano á un francés, no exijan verle la espalda.

WATERLOO.

Mi principal objeto al ir á Bruselas, era una peregrinacion á Waterloo.

Porque Waterloo era, no solo para mí como para todos los franceses, una gran fecha política, sino tambien uno de esos recuerdos de la juventud que dejan en todo el resto de la vida un poderoso y profundo recuerdo. Yo no habia visto á Napoleon mas que dos veces: la primera cuando iba á Waterloo; la segunda cuando volvia.

La pequeña ciudad donde he nacido, y en que habitaba mi madre, está situada á veinte leguas de París, en uno de los tres caminos que conducen á Bruselas: esta era una de las arterias por donde pasaba aquella generosa sangre que iba á derramarse en Waterloo.

Hacia tres semanas ya que la ciudad tenia el aspecto de un campamento: todos los dias, como á las cuatro de la tarde, resonaba el tambor ó la corneta, y hombres y mugeres, que no podian cansarse de aquel espectáculo, acudian al ruido y entraban acompañando algunos magníficos regimientos de aquella antigua Guardia que se creia destruida para siempre, y que á la voz de su gefe parecia salir de su fria tumba para aparecer ante nosotros como un espectro glorioso, con sus viejas gorras de pelo, y sus banderas desgarradas por las balas de Marengo y Austerlitz; al dia siguiente eran algunos de los famosos regimientos de cazadores, con sus colbacks de largos llorones, ó escuadrones incompletos de aquellos dragones con sus ricos uniformes, cuyos trages se han perdido, demasiado espléndidos sin duda para un tiempo de paz; á los dos dias era ya el sordo estrépito de los cañones aferrados en sus cureñas, que hacian retemblar las casas á su paso, y cada uno de los cuales, como los regimientos á que pertenecian, llevaban un nombre que presagiaba la victoria. Ninguno hubo, hasta un destacamento de mamelucos, débil y último resto, trozo mutilado de la Guardia consular, que no quisiese llevar su gota de sangre á la grande hecatombe humana que se preparaba ante el altar de la patria. Y todo esto pasaba al compás de los aires nacionales, cantando aquellas antiguas canciones republicanas, que jamás estarán en Francia mas que adormecidas, canciones balbuceadas por Bonaparte y tan largo tiempo proscritas por Napoleon, quien las toleraba aquella vez; tanto comprendia que jamás apelaria demasiado á las simpatías, y que no eran ya los recuerdos de 1809, sino los de 92 los que era preciso invocar. No era yo entonces mas que un niño, como he dicho, porque tenia doce años escasos; no sé lo que

aquel espectáculo, aquel ruido, aquellos recuerdos producian en los demas, pero sé que á mí me causaban un delirio. Por espacio de quince dias no pudieron hacerme entrar en el colegio; recorria las calles y los caminos reales, estaba como loco.

Despues de una mañana, creo que era el 12 de junio, leimos en el *Moniteur*:

«Mañana, S. M. el emperador dejará la «capital para reunirse al ejército. S. M. to-«mará el camino de Seirrons, Laon y Avesne.»

De modo, que Napoleon seguia el mismo camino que su ejército, Napoleon pasaba por nuestra ciudad: ¡iba á ver á Napoleon!

¡Napoleon! era este nombre muy grande para mí, y que representaba ideas muy opuestas.

Habia oido maldecir de él á mi padre, veterano soldado republicano, que le devolvió el blason que le habia enviado, respondiéndole que tenia ya el blason de su familia, y que esto le parecia suficiente. Era no obstante un blason muy bonito con el escudo de sus padres, componiéndose de una pirámide, una palmera y tres cabezas de caballo, en señal de haber muerto otros tantos á mi padre en el sitio de Mántua, con esta divisa á la vez conciliadora y enérgica: *Sin odio, sin temor.*

Habia oido á Murat enaltecerle, uno de los amigos que en la desgracia habian permanecido fieles á mi padre; á Murat, soldado á quien Napoleon habia hecho general, general á quien habia hecho rey, y que un dia olvidó todo esto precisamente en el momento en que hubiera debido recordarlo.

En fin, habia oido juzgarle con la imparcialidad de la historia á Brune, mi padrino; guerrero filósofo que se batia con su Tácito en la mano, siempre dispuesto á derramar su sangre por la patria, cualquiera que fuese el hombre que se lo pidiese, que se llamase Luis XVI ó Robespierre, Barrás ó Napoleon.

Todo esto bullia en mi juvenil cerebro, cuando circuló esta noticia, venida de París por el órgano oficial:

Napoleon va á pasar.

El *Moniteur* llegó el 13; era el mismo dia.

No se trataba aqui de hacer alocuciones, ni erigir arcos de triunfo: Napoleon tenia prisa. Napoleon dejaba la pluma por la espada, el mando por la accion: Napoleon pasaba como el relámpago, esperando herir como el rayo.

El Moniteur no decia á qué hora debia pasar Napoleon. Desde por la mañana, la ciudad entera estaba agolpada al estremo de la calle de París; yo estaba con un grupo de niños de mi edad, que nos habíamos adelantado hasta una eminencia desde donde se descubria el camino real en una estension de una legua.

Alli permanecimos desde por la mañana hasta las tres de la tarde.

A las tres descubrimos un correo. Aproximábase este correo rápidamente, llegando al punto á donde estábamos. Gritáronle: «¿Va á pasar el emperador?» Estendió el brazo hácia el horizonte.

—¡Alli viene! dijo.

En efecto, veíanse dos carruages tirado cada uno por seis caballos á galope. Desaparecieron repentinamente en un valle, y en seguida volvieron á aparecer á un cuarto de legua de nosotros. Corrimos entonces hácia la ciudad gritando: «¡El emperador! ¡el emperador!»

Llegamos sin aliento y precediendo al emperador quinientos pasos escasos. Calculé que no se detendria por inmensa que fuese la multitud que le esperaba, y corrí á la casa de postas; caí rendido sobre un guardacanton, pero habia llegado. Inmediatamente aparecieron los caballos llenos de espuma volviendo la esquina de la calle, luego los postillones con su uniforme, en seguida los carruages, y por último el pueblo que seguia á estos. Los carruages se detuvieron en la casa de postas.

¡Vi á Napoleon!

Iba vestido con una casaca verde, charreteras pequeñas bordadas á grano de cebada, y llevaba la cruz de oficial de la Legion de Honor. No ví mas que su busto, sirviéndole de marco la portezuela.

Llevaba la cabeza inclinada sobre el pecho; ciertamente era la hermosa cabeza numismática de los antiguos emperadores romanos, inclinada la frente, amarillenta como la cera su inmóvil fisonomía, solo parecian vivos sus ojos.

A su izquierda iba el príncipe Gerónimo, rey sin reino, pero hermano fiel; era entonces un jóven como de veinte y seis á treinta años, de buena presencia, de cabeza regular, facciones bien marcadas, barba negra y cabellos elegantes. Saludó por su hermano, cuya vaga mirada se perdia completamente en el porvenir, y acaso en el pasado.

Frente al emperador estabá Letort, su ayudante de campo, vehemente soldado que parecia ya aspirar el olor de la batalla, y que sonreia, como si debiese vivir largos dias.

Detuviéronse un minuto apenas, y en seguida sonaron los látigos, relincharon los caballos y todo desapareció como una vision.

Tres dias despues, llegaron por la noche gentes que por la mañana habian salido de San Quintin, y que dijeron que á su salida se oia el cañon.

En la mañana del 17 pasó un correo, que llevaba y sembraba por el camino la noticia de la victoria.

El 18, nada: el 19, el mismo silencio; únicamente corrian vagos rumores, sin orígen cierto; decíase que el emperador estaba en Bruselas.

El 20, tres hombres cuyos caballos estaban estenuados y cubiertos de sudor, con los vestidos hechos girones, herido uno en la cabeza y el otro en el brazo, entraron en la ciu-

dad, y casi al punto rodeados por la poblacion entera, fueron llevados al patio de la casa-corregimiento.

Aquellos hombres se espresaban con dificultad en francés; eran, creo, wesfalianos que se encontraban no se cómo en nuestro ejército. A todas nuestras preguntas contestaban moviendo tristemente la cabeza, y terminaron por confesar que habian dejado el campo de batalla de Waterloo á las ocho, y que cuando le habian abandonado la batalla estaba perdida.

Era aquella la vanguardia de los fugitivos.

No se les queria dar crédito: decíase que aquellos hombres eran espías prusianos; que Napoleon no podia ser batido; que aquel magnífico ejército que habíamos visto pasar no podia ser destruido. Querian conducir á los desgraciados fugitivos á la cárcel; hasta tal punto se habian olvidado 1813 y 1814, para no acordarse mas que de los quince años que á ellos han precedido.

Mi madré fué corriendo á la casa de postas, alli pasamos todo el dia. Pensaba y con razon que era aqui á donde llegarian noticias de cualquier clase que fuesen. Mas en tanto, yo buscaba en los mapas el nombre de Waterloo, y no lo encontraba; concluimos, pues, por creer que todo era imaginario en la relacion de aquellos hombres, hasta el nombre del campo de batalla.

A las cuatro llegaron otros fugitivos que confirmaron la relacion de los primeros. Estos eran franceses, y por tanto pudieron dar todos los detalles que se les pidieron; repitieron lo que habian dicho los primeros; pero añadieron que Napoleon y su hermano habian muerto. A estos se les creyó menos todavía; Napoleon podia no ser invencible, pero era invulnerable.

Hasta las diez de la noche sucedióronse las noticias mas terribles y desastrosas.

A las diez se oyó el ruido de un carruage; se detuvo; el maestro de postas acudió al punto con un hacha de viento. Nosotros le seguimos; se precipitó á la portezuela para pedir noticias; en seguida dió un paso atras murmurando:

—Es el emperador.

Me subí entonces á un banco de piedra, y miré por encima de los hombros de mi madre.

Efectivamente era Napoleon; estaba sentado en el mismo rincon, vestido con el mismo uniforme; como la primera vez tenia inclinada su cabeza sobre el pecho, acaso algo mas inclinada, pero no habia cambiado ni una arruga de su rostro, ni en sus facciones podia notarse la menor alteracion que indicase que el sublime jugador acababa de jugar el mundo, y le habia perdido; pero ni el príncipe Gerónimo ni Letort estaban ya en el carruage para saludar por él y sonreirse: Gerónimo reunia los restos de su ejército, Letort habia sido dividido en dos pedazos por una bala de cañon.

Napoleon levantó lentamente la cabeza, y miró á su alrededor como si saliera de un sueño; despues con su voz fuerte y segura preguntó:

—¿Dónde estamos?

—En Villers-Cotterets, señor.

—¿A cuántas leguas de Soissons?

—A seis leguas, señor.

—¿Y de París?

—A diez y nueve.

—Decid al postillon que vaya aprisa.

Y se recostó de nuevo en el rincon de su carruage, y volvió á dejar caer su cabeza sobre el pecho.

Los caballos arrastraron el carruage como si tuviesen alas.

El mundo sabe lo que habia pasado en el intérvalo de ambas apariciones!.....

Habia yo dicho siempre que iria á visitar la aldea de nombre ignorado que no habia podido encontrar en un mapa de Bélgica el 20 de junio de 1815, y que desde esa fecha estaba escrito en el de Europa con caracteres de sangre; asi que fuí allá al dia siguiente de mi llegada á Bruselas.

En tres horas atravesamos todo el lindo bosque de Soignes, y llegamos á Mont-Saint-Jean. Aqui es donde os esperan los obligados cicerones, los cuales se apellidan todos los guias de Gerónimo Bonaparte. Entre los cicerones, hay uno que es inglés, y que autorizado por su gobierno, lleva una medalla como un comisionista. Cuando son franceses los que desean recorrer el campo de batalla, el pobre diablo ni aun se acerca á ellos, porque está acostumbrado á recibir de ellos muchos sofiones. En cambio, tiene por clientela á los ingleses.

Tomamos el primero que se nos presentó. Tenia yo un escelente plano de Waterloo, anotado por el duque de Elchingen, que cruza en este momento el arenal paternal con el yatagan de los árabes. Dije, pues, que queria ir directamente al monumento del príncipe de Orange: si hubiese avanzado cien pasos mas, no hubiera tenido necesidad de guia para esto; es la primera cosa que se ve cuando se ha pasado la granja de Mont-Saint-Jean.

Trepamos por aquella montaña construida por la mano del hombre, en el sitio mismo en que el príncipe de Orange fué derribado de un balazo en el hombro, cuando cargaba caballerescamente con el sombrero en la mano á la cabeza de su regimiento. Es una especie de pirámide redonda, de cincuenta pies de altura próximamente, y á la que se sube por escalones hechos en la tierra y sostenidos por tablas: toda la tierra de que se ha hecho es distinta que el suelo á que domina, y cambia algo el aspecto del campo de batalla, dando á aquel sitio en rampas una inclinacion que no tenia. En la cima

de aquella pirámide, un leon colosal, al que nuestros soldados al volver de Amberes habian comenzado ya á cortar la cola, cuando se les contuvo, con una pata colocada sobre una bola, y la cabeza vuelta hácia el Occidente, amenaza á la Francia. Desde la plataforma que se estiende en derredor de su pedestal, se domina todo el campo de batalla, desde Braine-la-Leude, punto estremo á donde llegaba la division de Gerónimo Bonaparte, hasta el bosque de Frichermont, por el que desembocó Blücher y sus prusianos; desde Waterloo, que ha dado su nombre á la batalla, sin duda porque en esta aldea se contuvieron los ingleses puestos en derrota, hasta la granja de Quatre-Bras, donde durmió Wellington despues de la derrota de Ligny, y el monte del Bonn, donde fué muerto el príncipe de Brunswich. Desde este punto elevado, nada mas fácil que evocar todas aquellas sombras, todo aquel estruendo, todo aquel humo estinguido hacia veinte y cinco años, y asistir de nuevo á la batalla. Allá, poco mas arriba del Haie-Sainte, en el sitio donde se han construido despues algunas casucas, junto á un olmo comprado en 200 francos por un inglés, Wellington permaneció apoyado una parte del dia; al otro lado del camino de Jemmape á Bruselas, y en la misma línea, cayó sir Thomas Picton, cargando á la cabeza de un regimiento. Cerca de este sitio se encuentran los monumentos de Gordon y de los hannoverianos; al pie de la pirámide está la plataforma de Mont-Saint-Jean, que se elevaria á la altura próximamente de los monumentos que acabamos de citar, sino fuera porque en aquel mismo sitio, y como en una superficie de dos fanegas, se ha echado una capa de tierra de diez pies, á fin de dar mas altura á la pirámide. Sobre este punto de cuya posesion dependia el éxito de la jornada, es donde se concentró por espacio de tres horas lo mas recio de la batalla: aqui tuvo lugar la carga de los doce mil coraceros y dragones de Kellerman y Milhaud. Perseguidos por ellos de cuadro en cuadro, Wellington no debió su salvacion sino al impasible valor de sus soldados, que se hicieron acuchillar en su puesto, y cayeron en número de diez mil sin retroceder un solo paso; mientras que su general, con lágrimas en los ojos y el relój en la mano, recobraba la esperanza, calculando que se necesitarian dos horas todavía de tiempo material para matar á los que quedaban. En una hora, esperaba á Blücher, y en hora y media la noche, segundo auxiliar de que estaba seguro, en caso de que el primero, detenido por Grouchy, llegara á faltarle. En fin, mas allá de la plataforma tocando al camino real, están los edificios de la Haie-Sainte, tomados y vueltos á tomar tres veces por Ney, á quien en aquellos tres ataques le mataron cinco caballos que sucesivamente montó.

Volviéndose del lado de Francia, y mirando á la derecha, se ve en medio de un bosquecillo la quinta de Hongoumont, que Napoleon envió á decir á Gerónimo no abandonase aunque debiese quedar alli con todos sus soldados. Al frente está la granja de la Bella Alianza, desde la que Napoleon, despues de haber dejado su observatorio, situado en el bosque de Montplaisir, contempló por espacio de dos horas todo el campo de batalla, pidiendo á Grouchy sus batallones vivos, como Augusto pedia á Varus sus legiones muertas. A la izquierda se ve la rampa donde Cambronne respondió, no *la Guardia muere*, porque en nuestro furor de poetizarlo todo, le hemos prestado una frase que jamás dijo, sino una sola palabra de cuerpo de guardia, arrojada al rostro del parlamentario; palabra acaso no de tan buen gusto, pero muy soldadesca y enérgica: en fin, á la vanguardia de toda aquella línea, sobre el camino real de Bruselas, en el sitio en que forma una ligera subida, se distingue el punto estremo hasta donde avanzó Napoleon cuando viendo desembocar por la selva de Frichermont á Blücher y sus prusianos, con tanta impaciencia esperados por Wellington, esclamó: «¡Ah! he aqui por fin á Grouchy; la batalla es nuestra.» Este fué su último grito de esperanza; una hora despues era respondido por el de «¡Sálvese quien pueda!»

Si luego se quiere ver en detalle toda aquella llanura de sangrientos recuerdos, cuyo conjunto se acaba de abrazar, se baja de la pirámide, y por el camino de Frichermont á Braine-la-Leude se pasa al camino de Nivelle, que conduce á la quinta de Hongoumont, que se encuentra tal como Gerónimo, llamado á las tres por Napoleon, la dejó, es decir, completamente demolida por doce piezas de artillería de grueso calibre que acababa de llevarle el general Foy. Aqui subsiste todavía la destruccion, y como si la muerte hubiese pasado por ella la víspera, nada cubre los restos, nadie ha tocado á las ruinas; despues se os enseñará la piedra en que Gerónimo, conducido por el mismo guia que habia tenido aquel dia, fué por último á sentarse, como otro Mario, sobre los restos de otra Cartago.

Desde la granja de Hongoumont se va atravesando tierras, si se ha hecho la siega, al bosque de Montplaisir, donde estaba el observatorio de Napoleon, y del observatorio á la casa de Lacoste, guia del emperador. Tres veces durante la batalla volvió Napoleon de la Bella Alianza á aquella casa. En una pequeña eminencia, situada á veinte pasos de ella, y que domina el campo de batalla, es donde se reunió Gerónimo al emperador, que estaba sentado, á las tres de la tarde; tenia á su derecha al mariscal Soult: el príncipe Gerónimo ocupó su izquierda. Napoleon acababa de enviar á buscar á Ney: tenia junto á sí una botella de vino de Burdeos y un vaso lleno, en el que de vez en cuando humedecia maquinal-

mente sus labios. Al ver llegar á Gerónimo y Ney, cubiertos de polvo, de sudor y de sangre, Napoleon se sonrió, porque así era como queria á sus bravos; despues, con los ojos siempre fijos en aquella lucha gigantesca en que hasta entonces llevaba la ventaja, envió á buscar tres vasos á la casa de Lacoste, uno para Soult, otro para Ney, y el tercero para Gerónimo; pero no habia mas que dos; llenó los dos por sí mismo, los presentó á cada uno de sus mariscales, y dió el suyo á Gerónimo.

Entonces con aquella voz dulce que tan bien sabia tomar en la ocasion:—«Ney, mi bravo Ney, le dijo tuteándole por la primera vez desde su regreso de la isla de Elba; vas á tomar los doce mil hombres de Kellerman y de Milhaud, esperarás con ellos á que mis muchachos se unan á ti; tú darás el golpe de gracia, y entonces, si Grouchy llega, la jornada será nuestra. ¡Anda!»

Ney dió el golpe de gracia, pero Grouchy no llegó.

De aquí es preciso tomar el camino de Jemmape á Bruselas, y se atravesará la granja de la Bella Alianza, donde se reunieron despues de la jornada Wellington y Blücher; continuando se llega muy pronto al punto estremo á donde avanzó Napoleon, y desde donde reconoció que no era Grouchy sino Blücher el que llegaba para ganar una batalla perdida, como habia hecho Desaix en Marengo, y se encuentra uno próximamente entre la segunda y tercera línea de ataque. Dando cincuenta pasos á la derecha en lo interior de las tierras está el sitio mismo del cuadro donde se arrojó el emperador; aquí es donde Napoleon hizo todo lo que pudo para hacerse matar. Cada disparo que hacian las piezas inglesas se llevaba filas enteras á su alrededor, y en cada nueva fila que se formaba se colocaba Napoleon, á quien Gerónimo arrastraba detrás de sí, mientras un valiente general corso, el general Campi, volvia siempre y con la misma impasibilidad, á colocar su caballo entre el emperador y las baterías enemigas; en fin, despues de tres cuartos de hora de carnicería Napoleon se volvió hácia su hermano: «Vamos, le dijo, parece que la muerte no me quiere todavía: Gerónimo, te doy el mando del ejército, siento haberte conocido tan tarde.» En seguida, le alargó la mano, montó en un caballo que le presentaban, pasó como por milagro, por medio del enemigo, llegó á Jemmape, se detuvo aquí un instante, é intentó rehacer el ejército; en seguida, viendo eran inútiles sus tentativas, montó otra vez á caballo, y llegó á Laon en la noche del 19 al 20.

Veinte y cinco años han pasado de aquella época, y hoy es cuando la Francia ha comenzado á comprender que aquella derrota era necesaria á la libertad europea; mas no ha conservado menos en el fondo del corazon una profunda ira al verse señalada como víctima: en aquella llanura donde cayeron por ella tantos esparciatas, en medio de la pirámide del príncipe de Orange, de la tumba del coronel Gordon y del monumento de los hannoverianos, en vano se busca una piedra, una cruz, una inscripcion en memoria de la Francia; es que algun dia la ordenará Dios ejecute la obra de la libertad universal, comenzada por Bonaparte é interrumpida por Napoleon; luego, ejecutada esta obra, volveremos la cabeza del leon de Nassau hácia la Europa y se habrá hecho todo.

AMBERES.

Al dia siguiente partí para la patria de Rubens, pues aunque el pintor de nombre célebre y corazon de fuego nació en Colonia, Amberes no deja de reclamarle como uno de sus hijos; por lo demas, en esta ciudad es donde murió dejando para velar su tumba esa inmensa é inmortal posteridad procreada por su pincel, posteridad de mil trescientos diez cuadros conocidos por el buril, y en los que se cuentan mas de catorce mil personages.

Amberes tiene la forma de un arco tendido, del que el Escalda representa la cuerda; antes de que fuese una ciudad, una de esas tradiciones que mecen la infancia de las ciudades, dice que un gigante edificó su castillo sobre la punta que se llama hoy el Werf; de ahí se estendió su poder sobre el rio: una cadena tendida de una á otra orilla le entregaba como prisioneros todos los que tomaban el camino del Escalda; ponialos entonces á rescate, y si se negaban á pagar por voluntad ó por impotencia, les cortaba las manos y los arrojaba al rio. De aquí la etimología de Amberes: *Hand-Verpen*, que en flamenco quiere decir, mano arrojada. Hay allí como en todas partes anticuarios, que por tener una oposicion propia, la disputen este poético orígen, y pretenden que el nombre de Amberes proviene sencillamente de *Aent'-Verpe*, que significa, ante el rio; pero á estos incrédulos se contesta victoriosamente enseñándoles las armas de la ciudad, que son un castillo y dos manos cortadas, y paseando todos los años ante su casa, no el gigante mismo, pero sí una imágen hecha á su verdadera imágen.

En la época en que la ciudad, primero castillo romano, despues conquista normanda, luego provincia franca, y por último marquesado separado del ducado de Baja Loréna, para servir de heredamiento á Godofredo de Bouillon, comenzaba á tomar alguna impor-

tancia, su existencia naciente se vió de repente comprometida por el libertinage de un solo hombre. Este hombre, antepasado de todos los don Juan pasados, presentes y futuros, se llamaba Tanquelin: á pesar de su nombre poco poético, jóven, buen mozo, rico, diestro, ejercia una inmensa fascinacion, no solo en las mugeres, sino tambien en los padres, los maridos y los amantes, á los que robaba sus hijas, sus esposas y sus prometidas, y que en lugar de vengarse de sus tropelías, se veian, sin duda por mágia, obligados á ser los primeros á coadyuvar al logro de sus caprichos y voluntades; en fin, llegó á ser tal la corrupcion, que no siendo escuchada la voz de los siervos ordinarios de Dios en aquella nueva Sodoma, fué preciso recurrir á los grandes medios. Fué enviado un monge á San Norberto, que llegado con doce discípulos de Francia, verificaba alli grandes conversiones con su palabra, y grandes milagros con sus oraciones. El enviado, en quien se cifraba la esperanza de los pocos corazones virtuosos que habian quedado en la ciudad, partió con los piés descalzos en señal de humildad y profundo duelo, y caminó hasta que encontró al santo obispo y le condujo hácia la ciudad maldita: la crónica no dice si la conversion se operó por el agua de las nubes ó el fuego del cielo, pero lo que hay de cierto es que todos se arrepintieron: los padres volvieron á recobrar sus hijas, los maridos sus mugeres, y los amantes sus prometidas, de suerte que Tanquelin, no encontrando ya nadie á quien seducir, tomó el partido de hacerse fraile tocado de la divina gracia. En memoria de este milagroso suceso, fué edificada, en el terreno donde se reunia el cabildo de San Miguel, fundado por Godofredo de Bouillon en el momento de su partida para la Tierra Santa, la catedral de Nuestra Señora de Amberes. La gran torre que la domina es posterior á la iglesia; comenzada en 1422 bajo la direccion del arquitecto Ametius, fué terminada en 1518; su altura es de 470 pies, comprendiendo la cruz que tiene quince; de modo que desde la galería que la corona, se descubre Bruselas, Gante, Malinas, Breda, Flessinga, y aun el humo de los buques de vapor que entran en el Escalda. El coro de la catedral se comenzó en 1521: Cárlos V fué el que puso la primera piedra.

Comienzo por la catedral, porque á ella es á donde se acude inmediatamente para saludar al famoso *Descendimiento de la Cruz*, sea que se haya visto en el Museo de París en los ocho años que estuvo aqui, sea que no se conozca sino por los miles de grabados que de él se han hecho. Hé aqui su historia:

Rubens estaba para volverse segunda vez á Italia, cuando, cediendo á las instancias de los archiduques Alberto é Isabel, resolvió fijarse en Amberes y comprar alli una casa. Hecha la adquisicion, para hacerse construir un estudio á su gusto, quiso cambiar la distribucion de la finca, y echó los cimientos entre su jardin y el de la sociedad del Juramento de los arcabuceros; pero en su preocupacion artística, sea que el plan concebido en la cabeza del pintor no fuese susceptible de ningun cambio, aquellos cimientos se metieron algo en la propiedad de los vecinos: dieron sus quejas al pintor los arcabuceros, el pintor los envió enhoramala; entablóse un litigio, el cual se presentó de tal modo, que prometia larga y preciosa vida, cuando el burgomaestre Rockock, gefe del Juramento y amigo de Rubens, se interpuso entre las partes beligerantes. Se acordó entonces que los arcabuceros abandonarian á Rubens el terreno en litigio, y que Rubens regalaria á los arcabuceros, para su capilla que estaba en la catedral de Amberes, un cuadro con puerta pintada por su mano, cuyo cuadro representaria un pasage cualquiera de la vida de San Cristóbal, que no sé por qué era desde la invencion de la pólvora patron de los arcabuceros.

Rubens, que no solo era un gran pintor, sino tambien, como dice su epitafio, un hombre prodigiosamente versado en la ciencia de la historia antigua, no encontrando probablemente en la vida de San Crisióbal, á pesar de ser muy interesante, un asunto que estuviese en relacion con sus ideas del momento, se fijó sencillamente en la etimología de la palabra griega *Christophoros*, que significa portador de Cristo, y creyó llenar ámpliamente las condiciones de su contrato ejecutando un cuadro cuyo asunto era un descendimiento de la cruz, y cuyos personages sosteniendo á Cristo eran por consecuencia todos otros tantos Christophoros. La hoja del postigo de la izquierda, siempre el pintor preocupado con aquella idea, representaba á la Vírgen María volviendo la visita durante su embarazo á Santa Isabel; y el postigo de la derecha, el sacerdote Simon teniendo á Jesus en sus brazos, cuando su madre y San José van á presentarle en el templo. Terminado el cuadro, el pintor le envió á la compañía de los arcabuceros, esperando que su ingeniosa idea satisfaria completamente sus exigencias: su error era grande. Los arcabuceros, que no sabian el griego, no viendo á su patron en el lienzo del fondo, ni en los postigos, pidieron con desaforados gritos el San Cristóbal ausente, se negaron á admitir el cuadro como un cuadro de lance que se quiere hacer pasar por nuevo, y le volvieron á enviar á casa del pintor, señalándole ocho dias para la restitucion del terreno que era el objeto del litigio. El hecho era tanto mas desagradable para Rubens, cuanto que ademas de ver despreciar uno de sus mejores cuadros, el estudio estaba concluido, recibiendo la luz de lo alto, y de lo mas agradable que hubo jamás por su amplitud y disposicion.

El dia siguiente al en que volvieron á

romperse las hostilidades, el buen burgomaestre, que habia desempeñado el papel de intermediario para con las partes beligerantes, fué á ver á Rubens con la esperanza de arreglar por segunda vez el negocio; pero ahora era ya mas difícil, los ánimos estaban enconados, se habia separado de los arcabuceros furiosos, y encontró al pintor de muy mal humor. Sin embargo, como nada era un obstáculo á la bondad paternal del burgomaestre para con los primeros, ni á su amistad fraternal con el segundo, despues de tres ó cuatro viages hechos desde el estudio del pintor á la sociedad del Juramento, consiguió dulcificar el rencor del uno y disminuir las exigencias de los otros; de modo que al fin, anunció con todo el júbilo de su alma á Rubens que todo se habia terminado, siempre que consintiese en introducir entre los personages un San Cristóbal de un tamaño cualquiera, no importando nada la talla; pero si su presencia declarada indispensable por unanimidad. Entonces Rubens abrió los postigos, y descubriendo su cuadro, demostró físicamente al burgomaestre que no le quedaba el mas pequeño rincon donde acomodar el santo que se le pedia. El burgomaestre reconoció la verdad de lo que le decia su amigo, pero cerrando á su vez los postigos que el pintor habia abierto, le mostró que toda la superficie esterior estaba desocupada, Rubens se puso al punto, tomó un lápiz blanco, y dibujó ante el embajador el gigantesco San Cristóbal que se presenta lo primero en la portezuela cerrada. El burgomaestre fué al punto á llevar aquella buena nueva á los arcabuceros, quienes satisfechos por la concesion, aceptaron esta vez el cuadro sin pedir la esplicacion del buho que el pintor habia introducido allí para hacer alusion á su ignorancia.

Una anécdota no menos curiosa se refiere tambien al cuadro: dícese que en la época en que Rubens ejecutaba su obra maestra, habiendo sus discípulos conseguido de su criado, por medio de una gratificacion, la entrada en el estudio del maestro un dia que habia salido al campo y no debia volver hasta la noche, uno de ellos, empujado por sus camaradas, cayó sobre el cuadro y borró el brazo de la Magdalena, y la megilla y la barba de la Vírgen que Rubens acababa precisamente de terminar. Grande fué la consternacion, y todos quisieron huir; pero el criado, sobre quien debia recaer naturalmente la responsabilidad del accidente, puesto que solo él tenia la llave del estudio, cerró la puerta y declaró que nadie saldria mientras el brazo de la Magdalena y la megilla de la Vírgen no hubiesen vuelto á su estado natural: nada habia que contestar á esto; era muy justo: los discípulos estaban prisioneros, capitularon. Se puso á votacion para que la eleccion recayera en el mas apto, y nombraron á uno de ellos. El jóven, temblando, tomó la paleta y los pinceles del maestro, y animado por sus camaradas, reparó el estrago causado, con tal perfeccion, que no solo no se apercibió Rubens del accidente, si no que mirando al dia siguiente con complacencia su trabajo del dia anterior:

—He ahí, dijo señalando el brazo de la Magdalena y la cabeza de la Vírgen, una cabeza y un brazo que no es lo peor que he hecho ayer.

El jóven que tenia derecho á una parte de la alabanza que se dirigia Rubens á sí mismo, era Van-Dyck.

El autor del accidente era el jóven Diepenbiek, que acababa de dejar la pintura en cristal para entrar en el estudio de Rubens, y cuyos primeros trabajos se pueden ver sin salir de la catedral: los vidrios de una de las ventanas que representa los cuatro administradores de rodillas, han sido pintados por él, y tienen un admirable colorido.

Al otro costado de la iglesia, la *Elevacion de la Cruz* hace juego con el *Descendimiento*: es imposible ver nada mas atrevido que esta disposicion diagonal que no podia ser intentada con éxito sino por un pintor de tanto capricho y poder. La cabeza del Cristo, á quien acaso solo Rubens ha hecho Hombre y Dios á la vez, presenta una espresion de dolor magestuoso y sublime resignacion, que no he visto en efigie alguna: todo el fondo de la parte superior está iluminado con un rayo de luz verdaderamente celestial; es la mirada que Dios deja caer desde lo alto de su gloria sobre la víctima espiatoria que ha sometido á las miserias y dolores humanos, mientras que el fondo de la parte inferior representa las tinieblas en que la tierra está sumergida. El cura de Saint-Valburge, que le habia ajustado con Rubens en dos mil florines de Brabante, exigió antes de contarlos al pintor que llenase aquel vacío con una figura ó un objeto cualquiera. Rubens pintó allí su perro. Todo allí es maravilloso, la ignorancia por una parte, y por la otra el desden.

Despues de haber ido al acaso de una obra maestra á la otra, volví frente al altar mayor, en donde está la *Asuncion de la Vírgen*. Aquí Rubens comprendió que para hacer conocer que la Madre de Dios subia á reunirse con su Hijo, era preciso mostrarla mas cerca del cielo que de la tierra; y debia abandonar aquella encarnacion vigorosa que da á todas sus composiciones un carácter tan humano, por ese colorido vago y poético que pertenece á los ángeles acompañando un espíritu; esto es lo que ejecutó con la felicidad del genio. Todo el mundo conoce este cuadro, con su grupo de cabezas de querubines que semejan un enorme ramillete de rosas, sus doce apóstoles de rostros graves, sus encajes tan ricamente estendidos y arrojados con valentía: fué hecho en diez y seis dias por la cantidad de mil seiscientos florines, es decir, doscientos veinte

francos por dia: este era el precio ordinario que Rubens ponia á sus composiciones.

Despues de estos tres cuadros, es difícil hablar de las demas composiciones que adornan la iglesia de Nuestra Señora, y que completan su conjunto. Cuando se entra en la capilla Sixtina, no llama la atencion mas que el *Juicio final;* y sin embargo, las paredes están cubiertas de frescos que en cualquiera otra parte serian prolija y minuciosamente admirados. Así sucede con los genios de primer órden, anonadan todo lo que les rodea, y se engrandecen empequeñeciéndolo.

Sin embargo, al salir por la puerta lateral, es preciso dirigir una mirada á un pozo, cuyos adornos hechos á martillo están vírgenes de la lima; es obra de Quintin Metzys, quien obedeciendo las órdenes, ó mas bien el reto de su suegro, de herrero se hizo pintor, para obtener la muger á quien amaba: aquí se admira al obrero; en el museo se juzgará al artista. En efecto, uno de los primeros cuadros capilla con puertas que se encuentran al entrar, es de él: el fondo representa el entierro de Cristo; en el postigo de la derecha la cabeza de San Juan Bautista servida en la mesa de Herodes, y en el postigo de la izquierda, San Juan metido en el aceite hirviendo. Ante este cuadro recibió Metzys de su estravagante suegro la mano de su prometida.

Al pie de la torre de la catedral, ó de la iglesia de los cartujos de Kiel, en la que habia sido enterrado primero, fué trasladado este pintor despues de su muerte. Se lee este epitafio:

Quentin Metzys,
incomparabilis artis pictori admiratrix
grata quæ posteritas, anno post obitum secu-
lare
cic. ic. c. XXIX.
posuit.

Este epitafio va acompañado de este verso latino:

Connunbialis amor de Mulcibre fecit Apellem.

Y encima se ve el retrato de Metzys en un medallon de piedra.

Despues de la catedral, la iglesia mas notable, no por su arquitectura, sino por los cuadros que contiene, es la de Santiago. Ademas, en una de sus capillas está el sepulcro de Rubens, con una sencilla lápida sepulcral en la que se lee este larguísimo epitafio; verdad es que los dos tercios últimos están consagrados, no á la memoria del pintor, sino á la gloria del que le hizo grabar. He aquí su traduccion literal:

Pedro Pablo Rubens, caballero,
hijo de Juan, senador de esta ciudad,
señor de Hein,
quien, entre otras cualidades en las que hasta rayar en milagro
sobresalió, poseyó la ciencia de la historia antigua;
quien dotado del genio de las bellas artes,
no solo por su siglo,
sino por todas las edades,
mereció ser llamado Apeles.
Y la amistad de los grandes y de los reyes
le sirvió de escalon para elevarse aun mas.
Admitido por Felipe IV, rey de España y de las Indias,
entre los secretarios de su Consejo privado,
á Cárlos, rey de la Gran Bretaña,
fué enviado el año MDCXXIX;
de la paz entre los dos príncipes
echó al punto los cimientos felizmente.
Murió el XXX de mayo, del año de salvacion MDCXL.
de su edad el LXIV.º

***

Este monumento, por el muy noble Gevaertz
consagrado en otro tiempo á Pedro Pablo Rubens
y abandonado por sus descendientes,
cuya línea masculina se habia estinguido ya,
fué restaurado este año de MDCCLV
por R. D. Juan Bautista Santiago de París,
canónigo de esta ilustre iglesia,
y sobrino segundo del gran pintor por su madre
y por su abuela.

Llámase á esta capilla, la capilla de Rubens; y efectivamente, de tal modo es suya, que nada hay allí que no traiga á la memoria su recuerdo. Los que van á arrodillarse en aquella capilla, cuando bajan sus ojos al suelo, por lo regular no leen otra cosa que la inscripcion de su sepulcro, y cuando los levantan hácia el cuadro, buscan en la Sacra Familia, que es el asunto de él, los personages de quienes el pintor ha sacado la semejanza. El abuelo de Rubens está allí bajo la figura del Tiempo, su padre bajo las facciones de San Gerónimo, sus dos mugeres bajo la imágen de Marta y Magdalena, en fin, el mismo pintor está allí representado en San Jorge, y en las espaldas de su hijo, que completa la reunion patriarcal en sus cuatro generaciones, ha colocado las alas de un ángel. Resulta que el mérito de este cuadro hace olvidar todo, hasta la hermosa *Vírgen* de Duquesnoy que está en el altar, hasta el *Salvador en la cruz* de Van-Dick, que no debe olvidarse.

Por lo demas, en el Museo de Amberes es únicamente es donde se puede apreciar á fondo el genio de Rubens. No es permitido juzgar á este príncipe de los pintores, cuando no se ha visto *el Salvador Crucificado entre los dos ladrones;* la *comunion de San Francisco de Asis,* cuyo único defecto es recordar algo la de San Gerónimo; la *Adoracion de los Magos,* página colosal escrita en trece dias,

en la que el autor ha hecho entrar camellos, caballos, veinte figuras y una multitud de accesorios, donde parece que los personages han nacido de la palabra de un Dios, y donde se ve una capa de un solo color que se creeria hecha de una pincelada; el *Cristo de la Faja*, en el que la imitacion del cadáver ha sido llevada hasta el punto de inspirar la repugnancia, el dolor de la Vírgen imitado hasta lo sublime, la trasgresion de las reglas hasta el desprecio, y os sorprende con su terrible y doloroso conjunto como pudiera suceder con la espantosa realidad; y por último, el *Salvador en la Cruz*, en donde toda aquella animacion de colorido y de imaginacion se confunde con la figura melancólica de Van-Dick, como en el *Cristo en las rodillas de su madre*, que está al lado, se encuentra el atrevimiento y el colorido de Rubens, que el estudio del Ticiano no ha borrado todavía.

Por lo que hace á mí, confieso mi predileccion por Rubens: le amo, como amo á Shakespeare, porque encuentro en él las mismas cualidades que en el gran poeta. La misma trivialidad, la misma elevacion, la misma humanidad, la misma poesía, idéntica rudeza y encanto. Ved como los hombres se doblegan á todos los caprichos de la pluma del uno y del pincel del otro, sin cesar jamás de ser hombres; y como siendo diferente, y aun muchas veces opuesto su modo de espresion, parten del mismo punto: ¡la verdad! ¡Cuán, cuán frondosas son ambas magníficas encinas; como crecen sin enjerto y sin poda, al calor del sol y bajo la mirada de Dios! ¡Cómo arrojan botones, flores y frutos á su capricho; y qué estraña y fecunda familia de reyes, príncipes, héroes, vírgenes, ángeles y demonios ocultan en su follage! Todo esto es magnífico hasta confundir el pensamiento, y espléndido hasta hacer bajar la vista, recordando que el hombre despues de Dios puede crear tantas cosas!

Hermosa época fué la de los archiduques Alberto é Isabel. Puede compararse, para el arte flamenco, á la de Julio II para el arte italiano. ¡Ricas eran las existencias de Rubens y de Van-Dick! Rivalizaron con la naturaleza que dió vida á Miguel Angel durante un siglo, y que devoró á Rafael en menos de treinta y siete años. Vedles seguir cada uno su camino por entre príncipes y soberanos á quienes inmortalizan en cuanto han consentido en ser protegidos por ellos! ¡Cómo sabian entonces los reyes ser grandes por los demas, cuando no lo eran por sí mismos, y como desde aquel tiempo han olvidado el secreto de Cárlos I, Felipe III y Luis XIV!

Rubens nació á fines del siglo cuyo principio habian visto Rafael y Miguel Angel. Es de familia noble, hijo de senador, versado en las ciencias y en las letras; pero su gusto le lleva á la pintura: entra en la escuela de Van-Ort, que deja muy pronto por la de Otovenius; luego, cuando conoce que sus maestros no tienen nada que enseñarle, parte para Italia, ¡el pais de los dioses!

Jóven, de bello rostro, de cabellos rubios flotantes, su rojo bigote retorcido, la espada al costado, el fieltro en la cabeza, llega á la córte del duque de Mántua, que le da el título de gentil-hombre que nada le daba que hacer, y le elige para ir á llevar á Felipe III de España algunos presentes entre los que el embajador desliza su paleta y sus pinceles. Llegando á cierto grado el genio es bueno para todo.

Rubens desempeñó su mision como diplomático consumado. Vuélvese á Italia recorriendo las principales ciudades, estudiando los maestros que admira sin imitarlos, y añadiendo un lienzo allí donde ha dejado un vacio. Cuando está en su peregrinacion, sabe que su madre está enferma, y abandona todo para volverla á ver, pero llega demasiado tarde.

Recibido por los archiduques que no quieren dejarle que vuelva á marchar, compra entonces una casa en Amberes y se casa con Isabel Brant.

Desde esa época comienza esa vida de produccion inmensa é inagotable: cofradías, iglesias, museos, palacios, conventos, todos se dirigen á Rubens. Rubens tiene tiempo y fuerza para todo: asi es como su genio ardiente y caprichoso está satisfecho; sus lienzos se cubren por mágia, tiene el poder creador de un semidios! Los reyes no le mandan, le suplican. Acudiendo á la invitacion de la madre de Luis XIII, va á París, recibe las instrucciones de la reina, vuelve á Amberes, y sin vacilar, sin detenerse, sin interrupcion, comienza ese maravilloso catálogo de cuadros que comprenden toda la vida de María de Médicis, y que son los veinte y cuatro cantos de su historia. Desde entonces no sabe ya á qué rey corresponder, ni á qué pais atender: la Inglaterra le llama, España le reclama, Italia le espera. No es posible seducirle con el oro, pues gana doscientos florines diarios! Se le ofrecen misiones, embajadas, acepta; atraviesa los reinos, y en cada parada de posta deja un cuadro; vuelve al fin otra vez á Amberes, su única, su verdadera patria, se casa con Elena Formann, decora la capilla donde debe ser sepultado, y muere lleno de años y de gloria, habiendo asistido en vida á su apoteosis.

En tanto aparece Van-Dick; el discípulo viene tras el maestro. Hemos visto cómo se eleva, Rubens tiene celos de él; ¿es por su talento ó por su muger? no se sabe. ¿Es como discípulo, es como amante? se ignora. Hay rivalidad entre aquellos dos hombres, esto es lo único que se sabe. Entonces se separan discípulo y maestro; el discípulo da al maestro un *Ecce-Homo*, un retrato de *Elena Formann* y una escena de *Jesus en el huerto de los olivos*, en la que se ha retratado á sí mismo en las facciones de Jesus. En cambio el

maestro da al discípulo un caballo árabe magnífico, regalo del rey de España, y Van-Dick parte como habia partido Rubens, veinte y cuatro años antes, lleno como él de esperanza y porvenir.

El jóven pintor, ansioso de aventuras, no anda mucho sin encontrar lo que busca. Se detiene en Saventhem, cerca de Bruselas, enamorado ya de una aldeana; á peticion suya, y para complacerla, pinta dos cuadros para la iglesia de su aldea. En el primero, que representa á San Martin dividiendo su capa con un pobre, se retrata él mismo montado en el caballo blanco que le ha regalado Rubens; en el segundo, que representa la Sacra Familia, coloca el retrato de su amante, de su padre y de su madre. En fin, parte para esa eterna Italia, querida de todo el que tiene algo de poesía en el corazon; allí lucha cuerpo á cuerpo con el Ticiano y Pablo Veronese; iguala al uno por el modelo de las carnes y al otro por la seguridad del colorido; pasa despues á Génova donde en sus *Escenas de la Italia*, Mery, el poeta romancero, nos le muestra pintor y amante; á Roma donde se consuela de su viudez; á Sicilia, donde se figura que dos de sus discípulos serán los únicos grandes artistas que poseerán jamás Messina y Palermo, y por último vuelve á Amberes donde pinta para la iglesia colegiata un *Cristo entre los dos ladrones* que los canónigos se niegan á admitir tratando el cuadro de mamarracho. ¡Ignorancia suprema demostraron aquellos canónigos!

De Amberes pasó á Inglaterra, á donde le llama Cárlos I; allí es donde hace ese magnífico retrato que los ingleses ofrecen á nuestro Museo cubrir de oro: acógele el rey como una potencia, le da una pension considerable, y le condecora con la órden del Baño. Este es el cuarto de hora brillante de la vida de Van-Dick. El pintor tiene una querida, una mesa y trenes que causan la envidia del príncipe real. Van-Dick, que no tiene ya nada á qué aspirar en lo material, aspira á lo imposible; sueña en la solucion del gran problema, edifica una bóveda, compra crisoles, se hace alquimista; el oro que corre de su estudio á su laboratorio le sirve para buscar el medio de hacer oro. El rey, que le ve perder su fortuna en insensatos esperimentos, y su salud en nocturnos placeres, le hace casarse con la hija de lord Ruthven, descendiente de aquel que, á la vista de María Estuardo, habia asesinado cien años antes al músico Rizzio; luego, cuando le ha hecho poseedor de una de las mas bellas, de las mas nobles y mas ricas herederas de la Gran Bretaña, le manda llevar su muger al continente, pero ha esperado demasiado tarde; al cabo de seis meses vuelve Van-Dick á Inglaterra, se agotan los manantiales de su vida, los mas hábiles y solícitos cuidados no pueden salvarle. Muere á los cuarenta y dos años, y es enterrado en la iglesia de San Pablo.

He aquí la existencia de esos hombres llenos de honores, ardiendo de amor y genio. Vivos, pasan como meteoros á través del mundo que iluminan. Muertos, tienen una capilla por sepulcro, y una catedral por mausoleo.

Despues de haber visto esas maravillas de pintura, aunque no tenia mucha curiosidad de ver otra cosa, como me quedaban aun dos horas largas entre la de cerrarse el Museo y la salida del convoy del camino de hierro, fuí al puerto que es el único paseo de la ciudad: aquí, lo primero que llama la atencion es bastante estraño; como el Escalda forma una revuelta á un cuarto de legua de la ciudad y desaparece de la vista, parece de lejos ver los buques de alto bordo, que siguen sus sinuosidades marchar por el llano y adelantarse hácia la ciudad por medio de alguna locomotora invisible.

Napoleon, cuyo sistema marítimo era colocar los grandes puertos de construccion en el interior de las tierras, en las embocaduras de los rios mas importantes, fué quien pasando á Amberes con Decrés, apreció la situacion de esta ciudad, y mandó conducir á ella inmediatamente quinientos presidiarios de Brest para comenzar los primeros trabajos. Napoleon tuvo en aquella ocasion que vencer las objeciones de su ministro, que prefiriendo á Flessinga, le hizo observar, que si por algun suceso no probable, pero posible, llegaba á ser desmembrada la Bélgica de la Francia, seria muy sensible que se hubiesen hecho grandes gastos en la construccion de un puerto estrangero y hostil. Napoleon reflexionó un momento, luego: «La Bélgica, respondió, no puede pertenecer mas que á un enemigo de los ingleses.» En virtud de esta positiva decision, y gracias á aquella poderosa voluntad, por decreto de 21 de julio de 1803, mandó el gobierno la construccion del arsenal y almacenes marítimos. El 16 de agosto de 1804, colocó el prefecto la primera piedra del taller central de la marina, é hizo la inauguracion del arsenal, y á fines de 1805, las tres corbetas *Faeton*, *Velera*, *Favorita*, y la fragata *Carolina* de cuarenta y cuatro cañones, se botaron al agua.

Asi, en 1803, Amberes no tenia un solo buque que la perteneciese, ni un solo capitan capaz de hacer un viage largo; y desde 1806 por la palabra mágica que la mandó ser, cuenta seiscientos veinte y siete buques con aparejo de bricks, sloops y smack; ademas tiene dos magníficas conchas donde se construyen á la vez diez navíos de línea, el *Amberiense*, el *Comercio de Lyon*, el *Cárlo-Magno*, el *Duguesclin*, el *Audaz*, el *César*, el *Ilustre*, el *Terco*, el *Dálmata* y el *Albanés*.

La ciudadela, que sitiamos en 1832 á favor de los belgas, sus fortificaciones fueron construidas por los españoles. En la esplanada de esta fortaleza es donde el duque de Alba, para perpetuar el recuerdo de la batalla de Gem-

ningen, se hizo levantar una estátua, que con el brazo estendido hácia la ciudad, le exigia obediencia, mientras pisoteaba al pueblo y la nobleza representada por un mónstruo de dos cabezas, con las armas de los Mendigos, es decir, la escudilla y la alforja. Requessens sucesor del duque de Alba, hizo derribar aquella estátua, que se enterró bajo los escombros, donde el pueblo le descubrió en 1577. Tal era el odio contra el ministro de Felipe II, que los amberienses la pusieron una cuerda al cuello, la arrastraron por las calles y la hicieron pedazos.

En 1635, con los restos que de ella quedaban, se fundió el crucifijo que corona la puerta grande de la catedral.

GANTE.

Los caminos de hierro serán una maravillosa invencion para los comisionistas y las maletas, pero de seguro son la ruina de lo pintoresco y de la poesía. Si Sterne hubiese tomado el camino de hierro de Calais á París, ciertamente no hubiese encontrado el burro cuya historia nos ha referido; y si yo hubiese tomado el camino de hierro de Villeneuve á Martigni, es mas que probable que no hubiese hecho en Bex aquella famosa pesca de truchas que ha provocado una gran controversia entre los anticuarios y por tanto, adios el *Diario Sentimental* y las *Impresiones de Viage*, lo cual seria, como se convendria en ello, una pérdida mas deplorable que la de la famosa biblioteca de Alejandría.

Al volver de Amberes á Bruselas, supimos que los caminos de hierro de S. M. Leopoldo I hacian de las suyas. La antevíspera, el convoy de Termonde, picado por no sé que mosca, saliendo de repente de sus rails, se habia ido tranquilamente á través de los campos; y una vez allí, habia ejecutado con maravillosa destreza tres volteretas sobre sí mismo, sembrando en la llanura un regimiento de infantería que trasportaba con armas y bagages, el cual se levantó, se sacudió el polvo, volvió á formar y prosiguió su camino á pie con un órden que hizo el mayor honor á sus oficiales instructores. Mas no era esto todo: la víspera, un pontonero ébrio se habia olvidado de ajustar los puentes, de modo, que el convoy que volvia de Brujas, y al que se descuidó dar el aviso de aquel accidente, iba á caer todo entero en el Leys, cuando felizmente entre el tercero y cuarto carruage, se habian roto las cadenas de union, de modo, que no se ahogaron mas que media docena de personas, en vez de doscientas que hubieran podido ser; dicha que fué apreciada por todos, escepto por los que habian tenido la suerte de colocarse en los tres primeros carruages.

Como desde el establecimiento de las locomotoras de vapor no existe ya competencia, nos vimos obligados, á pesar de aquellos dos accidentes, á tomar al dia siguiente por la mañana el camino de Gante, á riesgo de caer de cabeza en el tercero.

Generalmente, segun dicen, se anda el camino de Bruselas á Gante, es decir, diez y ocho leguas, en tres horas; nosotros empleamos en ellas cinco. Pero nos hicieron observar que de aquellas cinco horas, dos se habian pasado en esperar, inmóviles y empaquetados en nuestros asientos, á que el convoy de Brujas hubiera vuelto, y por consecuencia, puesto que aquellas dos horas no se habian empleado en el camino, no debian contarse. Por mediana que fuese esta razon, nos fué preciso adoptarla como escelente. Por lo demas, esta forzada estacion me habia ofrecido una escelente ocasion de admirar la calma flamenca. En aquellas dos horas todos habian permanecido en su asiento sin dar la menor señal de fastidio, y sin informarse siquiera de por qué no avanzábamos. Tan solo tres ó cuatro franceses, á quienes se conocia por su impaciencia y por la manera defectuosa con que, segun los belgas, hablaban nuestra lengua, zumbaban y se movian en sus carruages respectivos, como zánganos alrededor de una colmena. Todo el secreto de la prosperidad belga está en estas dos palabras: Orden y paciencia.

En todo caso, la Flandes parece haber sido hecha adivinando los caminos de hierro. No sé si desde Bruselas á Gante han tenido que nivelar ni un hormiguero. De modo que el pais, constantemente llano, es poco pintoresco; en cambio las casas mas pequeñas tienen un aspecto de limpieza y un aire de felicidad cuya vista agrada mucho.

En cuanto llegamos á Gante, nos detuvimos en la fonda de los Paises Bajos, que se recomienda por sus recuerdos históricos, ademas de recomendarse por sus cualidades materiales. En el mismo sitio estaba situada la casa donde se reunian secretamente el conde de Egmont y Guillermo el Tacituno.

Mi primer cuidado fué hacerme llevar al mercado del Viernes, es decir, al centro de la antigua ciudad: en esta plaza ó á su alrededor es donde ha pasado toda la historia comunal de aquel pueblo siempre en guerra con sus señores ó sus vecinos. El castillo de los Condes, edificado en 867 por Beaudoin Brazo de Hierro, domina ó mas bien preside todavía el mercado; pero su puerta, almenada en 1180 por Felipe, conde de Flandes y de Vermandois, está flanqueada hoy por dos casas bastante mezquinas, de las que la de la izquier-

da sirve de alojamiento al oficial encargado de hacer ejecutar las sentencias capitales. Gracias á este anejo, que no hace honor al gusto arqueológico de los ganteses, este castillo habia perdido mucho de su apariencia formidable, cuando para acabar con ella fué vendido á un tal Brisemaille, que hizo de él una fábrica. No hay corcel por hermoso que sea, dicen los chalanes, que no termine siendo caballo de berlina, de alquiler ó de tahona.

Al primer aspecto nos habia admirado la inmensa afluencia que vimos al llegar á Gante, cuando todo nos lo esplicó una palabra: la máquina cuyo primer ensayo haciamos sin saberlo, se llamaba la Artebelda.

Ese respeto religioso que los ganteses han conservado al nombre de su defensor, hizo nacer en mí inmediatamente el deseo de ver lo que quedaba de aquella casa plebeya tan bien descrita por Froissart. Asi al dejar la plaza del Mercado, y despues de haber visitado el antiguo palacio de los condes de Flandes, mandé me condujeran á la calle de la Calandria. Pero en vez de las venerables ruinas que iba á buscar alli, encontré edificada una linda casita, una manzanita, revocada de nuevo como todas las casas belgas; de ningun modo la hubiera reconocido como descendiente de su venerable abuela, si el blason tan conocido de Jacobo, y el mas problemático de su muger, no hubiesen sido colocados en la barandilla que está ante los balcones. Por lo demas, á pesar de aquella prueba, si yo hubiese dudado todavía, la siguiente inscripcion me hubiera convencido de ello; está escrita en gruesos carácteres, encima de una puerta baja, por la que se entra, bajando algunos escalones:

IN HET HUYS VAN
ARTEBELDE
VERCOOPT MEN DRANK.

Lo cual quiere decir en el mas puro flamenco que jamás se habló de Ostende á Amberes:

EN ESTA CASA
DE ARTEBELDE,
SE VENDE DE BEBER.

El lugar, como se ve, estaba predestinado.

Pero si la casa está destruida, la callejuela por la que Jacobo intentó huir, existe todavía, y se llama la boca de los Sapos.

Ahora bien, sabrá el lector, aunque esto sea poco lisonjero para él si es francés, que en aquella época los belgas, tan reconocidos á los servicios que prestábamos á sus condes, como á los que despues hemos prestado á su rey, nos llamaban los *saperos*, como hoy nos llaman los *franquillones*. Se fundaban para la aplicacion de este apodo en que nuestras flores de lis, que creian hierros de lanzas, no son, segun ellos, mas que sapos. ¡Pobres flores de lis, que jamás hubieran creido se las trataria tan mal cuando brillaban en el peto de San Luis, en el escudo de Felipe Augusto, ó en la espada de Duguesclin!

Ahora se adivina por qué áquella callejuela se llama el Agujero de los Sapos, porque como hemos dicho, Artebelde fué muerto alli por los partidarios del rey de Francia.

Al dejar la calle de la Calandria para seguir, segun mi costumbre, adelante al acaso, ví un sombrero tricolor enarbolado al estremo de una vara como la gorra de Gessler; no queriendo esponerme á tocar una manzana sobre la cabeza de nadie, pregunté qué signo era aquel, á fin de rendirle los honores que le fueran debidos. Entonces supe que era una señal cuyo objeto era recordar el patriotismo que habian desplegado en la revolucion de 1830 *los hijos del príncipe*. Mas como respecto de esa denominacion aristocrática pudieran equivocarse nuestros lectores, nos apresuraremos á decirles qué es esa línea real de que acaso todavía no hayan oido hablar.

Cárlos V, que por mas que digan la Academia y el *Constitucional*, se ocultó mas de una vez en su armario antes de ser emperador, y aun despues de serlo; cuando era rey de España y conde de Flandes, trabó íntima amistad con una linda carnicera, á la que el monarca popular visitaba frecuentemente: el resultado de sus visitas fué un hermoso muchacho, de tan bello rojo, que no le quedó medio á Cárlos V de dudar un solo instante de su paternidad: en su júbilo preguntó á la madre qué deseaba, prometiendo concederla su demanda. La carnicera pidió que el privilegio de matar y vender la carne en toda la ciudad se concretase y quedase perpétuamente en la descendencia masculina de su hijo. La peticion fué concedida; el carnicero imperial tuvo dos hijos, y estos fueron el tronco de dos corporaciones que existen todavía hoy bajo el título de los carniceros en grande y en pequeño de Gante. Cuando Napoleon visitó la Flandes en 1810, los pequeños carniceros, apelando á sus privilegios, reclamaron y obtuvieron el honor de servirle de guardia. Escoltado por ellos, pasó el emperador bajo el arco de triunfo que habian elevado en honra suya, y en el que habian escrito este dístico:

A NAPOLEON EL GRANDE,
LOS CARNICEROS EN PEQUEÑO DE GANTE.

Napoleon encontró la inscripcion muy medianamente respetuosa en príncipes no legítimos; asi al dia siguiente habia desaparecido el dístico, sin que hubiese dado siquiera por pretesto, como Lebrun, que encontraba en él un verso demasiado largo.

En su cualidad de antiguo oficial de artillería, Napoleon, al dia siguiente de su llegada, hizo una visita al colosal cañon. Por lo demas,

Margarita la Soberbia, porque es el nombre que lleva esta respetable máquina de guerra, ciertamente merecia el honor que recibia. «Para desalojar á los de la guarnicion de Oudenarde, dice Froislart, los ganteses hicieron construir una bombarda maravillosamente grande, la cual tenia cincuenta y tres pulgadas en la boca, y arrojaba piedras terriblemente grandes, gruesas y pesadas, y cuando esta bombarda disparaba, se oia, de dia, á cinco leguas cumplidas, y de noche á diez; y producia tal estruendo al disparar, que parecia que todos los diablos del infierno estaban en camino.» Tal fué su orígen. En cuanto á la etimología de su nombre, los anticuarios eruditos están divididos acerca de tan grave negocio; los unos pretenden que le viene sencillamente del ruido y del estrago que causaba, y que por consecuencia se lo ha adquirido por sí misma. Los otros dicen que le fué dado en memoria de Margarita, condesa de Flandes, apellidada la Dama Negra. Si esta última version fuese exacta, dispensaria de todo panegírico en favor de la madre de Juan y de Beaudoin de Avesne.

En último resultado, sea que este nombre le obtuviese á título de ilustracion histórica, sea que le fuese dado por los ganteses en memoria del gracioso carácter de su soberana, le llevaba ya cuando estos, en guerra con su buen duque Felipe, se sirvieron de ella en 1452, en el sitio de Oudenarde. Obligados á levantar el sitio, la abandonaron con el resto de su gruesa artillería, y cayó en manos de sus enemigos, que seguian el partido del duque de Borgoña, y que hicieron grabar en ella las armas de este príncipe. En 1578, la recobraron sus primeros propietarios, que no queriendo esponerla á un deshonor semejante al que habia sufrido, la depositaron junto al mercado del Viernes, donde todavía se le ve hoy, muda y tranquilamente colocada sobre sus tres pies de piedra. Otros mas curiosos que yo que la han medido, dicen que tiene diez y ocho pies de larga y diez pies y seis pulgadas de circunferencia; su abertura dos pies y tres cuartos de diámetro, y pesa treinta y tres mil seiscientas seis libras, es decir, diez y seis mil ciento una libras mas que el grueso cañon de San Petersburgo, que pasa sin razon, como se ve, por la pieza de artillería de mas calibre de Europa, y que se le meteria por la boca.

Despues de dar dos ó tres vueltas al rededor de Margarita la Soberbia, con el mayor interés, mas no obstante, sin haber tenido la curiosidad, como los ingleses, de hacerme meter en ella como en el horno un pan de cuatro libras, fuimos á visitar la iglesia de San Bavon, una de las mas ricas de la cristiandad, y encima de cuya puerta está representado el santo con un halcon en el puño, lo cual al pronto podria hacer creer que, como San Huberto, ganó el cielo cazando. Sin embargo, se caeria en un gran error no buscando mas lejos la causa de su canonizacion, puesto que el halcon no está allí mas que para indicar que San Bavon era noble. En efecto, era nada menos que un rico señor llamado Allowin, oriundo de una de las familias mas antiguas de Herbain. Despues de haber oido un sermon de San Amand, fué á echarse á sus pies, y le preguntó su parecer acerca de lo que debia hacer para entrar en la senda de la salvacion. Habiendo respondido á esta piadosa pregunta el santo obispo que debia hacer penitencia, el neófito distribuyó una parte de sus bienes á los pobres, y dió el resto al monasterio de San Pedro; en seguida, como para desentenderse mas completamente de la vida profana que habia hecho hasta entonces, dejó el nombre de sus padres para tomar el de Bavon, con el que fué canonizado á fines del siglo VIII, despues de haber tenido una vida ejemplar en la selva de Malmedina, cerca de Gante. Sesenta nobles, tocados del mismo espíritu de gracia que su compañero de placer, se convirtieron despues de él, y construyeron, en el local donde habia estado un templo de Mercurio, la antigua abadía de San Bavon, de la que todavía se ven hoy algunas ruinas, en medio de la tambien antigua ciudadela. En cuanto á la catedral que existe actualmente, es la iglesia de San Juan, consagrada en 941 por Transmarus, y que tomó, hácia 1540, el título de San Bavon, en virtud de una órden de Cárlos V, quien se encontró que el primitivo templo estaba construido en un sitio donde haria mejor efecto una ciudadela: el cabildo colegial se trasladó, pues, á la iglesia donde está hoy, la cual fué erigida en catedral el año 1559.

San Bavon contiene veinte y cuatro capillas, algunas de las cuales están enriquecidas con cuadros notables; la segunda entrando á la derecha, está consagrada á Santa Coleta, y contiene la urna de esta santa, que murió de veinte y tres años, y que tiene este epitafio, rival en delicadeza de dos versos de Malherbes:

Dulcis ancilla Dei, rosa vernalis, stella diurna.

La sesta, siguiendo siempre el mismo lado, contiene uno de los cuadros mas preciosos de Francisco Porbus, que representa á Jesus en medio de los doctores. Segun la costumbre de la época, casi todas las cabezas de los doctores son retratos de personages contemporáneos del poeta. Asi el doctor que está en primer término á la izquierda del espectador, es Cárlos V; el que sigue despues es Felipe, y el tercero, que tiene una inscripcion en su gorra, es el mismo artista.

La undécima contiene el verdadero tesoro de la iglesia; el famoso cuadro de los hermanos Van Eyck, inventores de la pintura al óleo, y representa el cordero del Señor adorado por todos los santos del antiguo y del nuevo

Testamento, teniendo á su derecha los patriarcas y profetas de la misma ley, y á su izquierda los apóstoles y los mártires de la ley nueva; al fondo están los santos secundarios, obispos y vírgenes con ramas de palmera en la mano. Los dos pintores, que en su cualidad de autores del cuadro, podian colocarse en donde querian, se han colocado modestamente entre los mártires.

El gran cuadro sostiene otros tres, de los que es en cierto modo la base.

El de en medio representa á Jesucristo, sentado en un trono y vestido con ornamentos pontificales que legará á San Pedro; con una mano bendice á todos los personages colocados en el gran cuadro bajo sus pies, en la otra tiene un cetro; á su derecha está la Vírgen, á su izquierda San Juan Bautista, y en el fondo, representando la ciudad de Jerusalen y destacándose sobre un cielo azul, están las torres de Maestricht tal como se veian desde la ventana de la habitacion donde los dos hermanos habian nacido.

Este cuadro, que tiene de fecha cuatrocientos años, y que se puede oponer á las maravillosas producciones de todas las escuelas que se han sucedido desde aquella época, fué encargado á los hermanos Van Eyck por José de Oyts y su muger, que le regalaron á los canónigos de San Bavon. Como este era el segundo cuadro pintado al óleo (1), su fama no tardó en esparcirse por toda Europa, y comenzaron á establecerse peregrinaciones, que no dejaron de tener gran importancia para los canónigos, puesto que la admiracion se convertia en limosnas. Dos de aquellos piadosos peregrinos fueron Alberto Durero y Juan de Maubege, que se arrodillaron ante el cuadro y besaron devotamente el marco.

Felipe no tenia menos admiracion religiosa á aquel cuadro que Alberto Durero y Juan de Maubege, asi que deseabá mucho poseerle é hizo todo lo que pudo para obtenerle; pero los canónigos se mostraron firmes y rehusaron cederle á ningun precio. Felipe II deseaba mucho tenerle por nada, pero como tenia que hacer estrangular á su hijo, temió indisponerse con la Inquisicion, que acaso se hubiese negado entonces á prestarle aquel pequeño servicio. Puso, pues, buena cara á la mala fortuna, y no pudiendo tener el original pidió se le concediese al menos sacar una copia. A esto no tuvieron que oponer los buenos canónigos ningun inconveniente, y Miguel de Coxie, natural de Malinas, pintor del rey, y apellidado Rafael Flamenco, recibió el encargo de ejecutar aquella obra. Como no encontraba en Flandes un azul bastante bonito para sacar el vestido de la Vírgen, escribió á Venecia, al Ticiano, que se le enviase. El trabajo duró dos años, mas tambien una vez concluido, se dice que costaba trabajo distinguir la copia del original. En recompensa de tan completo triunfo, el artista recibió de Felipe II cuatro mil florines de oro.

Esta copia pintada en madera como el original, la donó el rey de España al Escorial, de donde pasó con algunos otros, á manos de uno de nuestros mariscales de Francia, conocido en toda Europa, no solo por su doble y larga carrera militar y política, sino tambien por su gusto ilustrado á las artes. Posteriormente, no sé por qué precio, ni con qué condiciones pasó este cuadro á ser propiedad del señor Van Dansaert-Engels, de Bruselas.

Existia una segunda copia de este cuadro en lienzo, inferior á la primera, mas sin embargo, de una gran belleza, que adornó hasta 1796 la casa de ayuntamiento de Gante. En esa época fué vendida á Mr. Iselle, quien le volvió á vender despues á un rico inglés llamado Solly. En cuanto al original, desapareció milagrosamente en el momento que la revolucion se disponia á devastar las iglesias; y no menos milagrosamente se volvió á encontrar un dia en su puesto, cuando Napoleon restableció el ejercicio del culto; solo que durante su emigracion, la obra maestra de los hermanos Van Eyck, habia perdido seis retazos adyacentes: los que representaban la cabalgata de Felipe el Bueno, Santa Cecilia tocando el órgano, un coro de ángeles cantando las alabanzas al Señor y la Anunciacion, ademas San Juan y San Pedro pintados de color gris por el mayor de los hermanos, Huberto Van Eyck.

Desgraciadamente para el ladron de los seis pedazos, que sin duda los ocultó por hábito, no conocia su valor, de modo que los vendió por la suma de seiscientos francos al señor Van Nieuwehuyse, de Bruselas, el cual los vendió á su vez al señor Solly, quien habia comprado la copia en lienzo por mil francos. Este último á su vez los vendió al rey de Prusia en cuatrocientos mil. El rey de Prusia, para completar su propiedad, trató entonces con Dansaert-Engels de la copia de Miguel de Coxie y de los dos trozos ó postigos que le faltaban. Los otros seis de la misma copia, que eran inútiles al rey de Prusia, puesto que tenia los originales, fueron vendidos al príncipe Guillermo de Nassau.

El cuadro de su hermano Van Eyck, con los dos postigos restantes, que representaban á Adan y Eva, fué visto por Napoleon á su paso por Gante, el cual se prendó de él con el mismo amor que habia inspirado á Felipe II, pero que mas atrevido que el rey español, le echó bonitamente la mano y le envió al Louvre, de donde no volvió hasta 1815. El cicerone de sotana que refirió la historia de la obra maestra de los hermanos Van Eyck, se fijó mucho en esta vicisitud, diciéndome que yo debia haberle visto en París, en el tiempo en que la Bélgica se habia agregado á la Francia.

(1) El primero es el Paraiso terrestre, que se encuentra en la iglesia de San Martin de Ipres.

Esta horrorosa desgracia la esperimentó tambien el cuadro que se encuentra en la capilla décima cuarta, y que es una de las obras maestras de Rubens: representa á San Bavon recibido en la abadía de San Amand.

Cuando se han visto estos tres cuadros, se puede pasar con los ojos cerrados por delante de las demas capillas y no volverlos á abrir hasta que se ha entrado en el coro.

En efecto, en el coro está una de las obras maestras del escultor Duquesnoy: el sepulcro del obispo Triest, última obra del autor, á quien esperaba un estraño proceso á la salida de la iglesia. Acusado y convicto de violencia consumada en una de las capillas en un niño de coro que le servia de modelo, Duquesnoy fué condenado al fuego y quemado en la plaza del Mercado. El mismo dia en que debia ser ejecutada su sentencia, pidió como última gracia ver otra vez el sepulcro que acababa de ejecutar. Creyeron que no debian negarle este favor, y al conducirle á la hoguera, se desvió el verdugo de su camino, llevó al reo á la iglesia. En cuanto llegó al monumento, Duquesnoy, cuya intencion era hacerle pedazos, esperando obtener su perdon á condicion de que le volviese á hacer, cogió un martillo que estaba en el suelo, y levantó el brazo sobre la cabeza del obispo; pero un soldado, que conoció su intencion, se lanzó á él y desvió el golpe, que cayó sobre la mano y rompió un dedo, que todavía falta hoy. Como la ejecucion se verificó al anochecer, y se mantuvo al pueblo á alguna distancia, se dijo por mucho tiempo que se habia quemado un maniquí en vez del célebre estatuario, á quien el archiduque dejó escapar; pero la certificacion del verdugo, que se ha encontrado despues, no ha dejado duda alguna acerca de la realidad de la ejecucion.

Como la historia era bastante escandalosa, mi cicerone me habia hecho salir de la iglesia para contármela; por mi parte, como habia visto todo lo que habia alli de curioso, no creí necesario volver á entrar, y oyendo tocar la salutacion en el gran beaterio, me dirigí hácia la calle de Brujas, donde está situada esta comunidad.

Los beaterios es una institucion enteramente peculiar de los Paises Bajos, y que fué fundada á mediados del siglo VII por Santa Begge, hermana de Pepino de Landen, y madre de Pepino de Herstal. Reunió muchas beatas bajo la direccion de su hermana Gertrudis, y entrando ella misma en la comunidad que habia fundado, murió en ella en 689. El emperador José II, de filosófica memoria, que abolió la mayor parte de los conventos, conservó y protegió la institucion de las beatas.

Hay dos beaterios en Gante, el grande y el pequeño; los dos están fundados por la condesa Juana de Constantinopla, hija del emperador Beaudoin, la misma que hizo ahorcar al aventurero que se decia su padre. No tenia yo ninguna preferencia por el grande ó el pequeño beaterio; pero como estaba mas próximo al grande, á éste fué al que me dirigí.

El gran beaterio es una ciudad dentro de la ciudad; ciudad encantadora por su arreglo y limpieza, rodeada de murallas y de fosos llenos de agua, y donde cada beata tiene su casita distinta de la de las demas, y titulada con el nombre de un santo ó de una santa: aquí la reclusa, que por lo demas no pronuncia votos, vive con sus recursos particulares, sin ser carga para la comunidad, que no tiene otra riqueza que la venta del trabajo de cada hermana, la cual conserva plena y completa facultad de testar, y por consecuencia dejar sus bienes á su familia. Las únicas obligaciones comunes á todas, son llevar la antigua capa flamenca sobre su trage de beatas, y sepultar ellas mismas á las hermanas que acaban de morir.

Como he dicho, me habia dirigido al gran beaterio en el momento de la salutacion, y llegué á tiempo para ver entrar á las beatas en la iglesia. Al llegar al umbral, se quitan su velo de lana negra para ponerse en la cabeza un lienzo blanco plegado, como la gorra de nuestras hermanas grises. Esta operacion me permitió ver un instante á cada miembro de la comunidad á rostro descubierto; habia muchas feas y viejas, pero en cambio habia algunas jóvenes, y entre estas siete ú ocho muy lindas. Como mirase á una de estas últimas que estaba muy pálida, me dijo mi cicerone le recordase que me refiriera la causa de aquella palidez. No olvidé semejante recomendacion; así, antes de terminar el Oficio divino, salí de la iglesia haciéndole seña de que me siguiese Apenas estuve fuera, le intimé me cumpliera su palabra.

Como he dicho ya, entran mugeres de todas edades en las comunidades de beatas; y aunque no hacen votos, es raro que una jóven desventurada entrando una vez, se atreva á salir. Asi que sucede alli lo que sucede en los claustros; es decir, que á veces el ayuno y la oracion son impotentes contra las tentaciones del réprobo, y los deseos del mundo van á perseguir á las pobres reclusas hasta al pie del Crucifijo. Entonces imploran, para dar paso á la sangre que hierve en sus venas y les abrasa el corazon, ó la corona de espinas que ciñe la cabeza del Cristo, ó la lanza que abre su costado, ó los clavos que desgarran sus pies y manos.

Sucedió, pues, que uno de los conserges del gran beaterio, supo por su muger, á quien ellas habian pedido consejo, el estado fatal en que se encontraban algunas de sus pensionistas. Era este un verdadero flamenco, avaro en la especulacion, y que imaginó imponer un tributo secreto sobre las tentaciones de la carne: en consecuencia, compró un surtido de cilicios y disciplinas, que alquiló un dia á la semana ó al mes, segun que Satanás ponia mas

ó menos encarnizamiento en sus ataques: la idea tuvo todo el éxito que debia esperar; y vencido mas pronto ó mas tarde, el diablo se veia definitivamente obligado á desalojar el puesto.

Satanás no sabia qué hacer y estaba próximo á abandonar la obra de perdicion que tan mal le habia salido, gracias á la ingeniosa idea del buen flamenco, cuando atisvó, al pasar el umbral del gran beaterio, á una jóven de diez y siete á diez y ocho años, que iba con lágrimas en los ojos y el corazon oprimido, á buscar en la soledad el olvido de su amor. En efecto, estando para casarse con un jóven á quien adoraba, se habia visto abandonada por una muger mas rica que ella: desde entonces habia sido Dios su refugio, y tomando su desesperacion por vocacion habia resuelto ir á buscar la paz entre aquellas santas doncellas á quienes en apariencia habia visto siempre tan tranquilas.

Era una magnífica presa como podia desearla Satanás para hacer el último ensayo de su poder. Así, la pobre niña, engañada en sus esperanzas, sentia aumentar su fiebre todos los dias y redoblar cada noche. Casta como una madona, confió sus desconocidos dolores á una amiga; esta, que era una de las mejores parroquianas del conserge, reconoció la enfermedad que ella habia padecido, y la indicó el remedio que habia usado y que la habia curado. Pero esta vez, Satanás estaba resuelto á no confesarse vencido hasta el último estremo; así el cilicio se empleó en el cútis virginal de la niña; la disciplina se cebó en su hermoso cuerpo, sin que grietas ni heridas produjesen el menor alivio. La amiga recurrió al conserge, el cual reflexionó profundamente y prometió proporcionar, en tres dias y mediante cierta cantidad, un nuevo instrumento espiatorio ante el que Satanás se veria obligado á retirarse. Al tercer dia, el desventurado llevó una cruz de tamaño natural, toda guarnecida de clavos. El remedio, como se adivinará, consistia en echarse encima, con los brazos estendidos y el rostro vuelto hácia el suelo.

Por espacio casi de un mes la pobre niña hizo uso de aquel horroroso refrigerio, sobre el que pasaba horas enteras tendida, y de donde se levantaba con el cuerpo todo ensangrentado; todos los dias la visitaba su madre y la encontraba mas pálida y mas débil, y creyendo que aquella palidez y debilidad provenia de su amor, se separaba de ella maldiciendo al que habia reducido á su hija á aquel estado. En fin, una mañana entró mas temprano que de costumbre en la celda de la reclusa, y la encontró desmayada sobre la dolorosa cruz, donde ejecutaba hacia treinta dias su impotente pasion.

Llamaron á un médico: los médicos son filósofos, y por tanto, enemigos por lo general de todo lo que contraria los votos de la naturaleza y se opone al curso ordinario de las cosas. Esto especialmente cuando la revolucion de 1830 habia tronado contra las comunidades religiosas; así cuando vió las mutilaciones de que estaba cubierto el cuerpo de la jóven, y le presentaron el instrumento que las habia producido, quiso armar un grande escándalo. Pero tanto le suplicó la madre que la prometió no revelar el hecho mas que á la autoridad. La madre quiso aun insistir, pero en este punto fué intratable, diciendo que seria en él un crímen dejar subsistir semejante estado de cosas. En efecto, el mismo dia dió su declaracion; el conserge fué espulsado sin ruido, y como se ve el secreto se guardó perfectamente.

En aquel momento salian las religiosas de la iglesia; busqué con la vista á la jóven, bella y pálida beata, mas ya las santas doncellas habian vuelto á taparse con sus mantos, de modo que me fué imposible reconocerla.

Como yo presumia, segun la progresion que habian seguido las dos primeras, si habia una tercera historia que contarme, no podria referirse; despedí á mi cicerone, pagándole su jornal, y volví á comer á la fonda de los Paises Bajos.

Gracias á una luna magníficamente clara, pude continuar por la noche mis investigaciones del dia, y como habia dejado para lo último los objetos que habia que ver al esterior, estaba cierto de antemano de que no perderian nada de su poesía con aquella visita nocturna.

En efecto, no sé si es posible encontrar alguna cosa mas maravillosamente pintoresca que la casa ayuntamiento vista á la luz de la luna, no por la parte de su fachada, sino del lado que da á la calle de la Alta Puerta. En efecto, la fachada presenta una serie bastante monótona de columnas sobrepuestas á la manera de Vignole, mientras que todo lo que puede inventar la fantasía en materia de adornos de piedra, se estiende, sube, se suspende, se levanta, vuelve á bajar en la parte opuesta; obra de Justo Pollet, en que el gótico mas trabajado se mezcla á la primera flor del renacimiento.

A pocos pasos del ayuntamiento, y en la esquina de la calle de San Juan, se eleva la torre del concejo, magnífica y cuadrada, coronada todavía hoy, á guisa de veleta, por el dragon bizantino arrebatado por los brujeses de una de las mezquitas de Constantinopla, y cogido por los ganteses á sus vecinos despues de la batalla Beverolt, en que Luis el Valeroso fué derrotado por Felipe de Artebelde; esta torre representa un gran papel en la historia de Gante. En efecto, apenas un pueblo habia obtenido de su señor una carta, es decir, la libertad, su primer cuidado era edificar su torre, en la que colocaba una campana, cada uno de cuyos toques en lo sucesivo era ya un llamamiento á las armas; este era su tambor

y sus trompetas; asi, en cuanto los ganteses obtuvieron su carta de Felipe de Alsacia, albañiles y fundidores se pusieron á la obra; derramóse un impuesto voluntario, donde se tasó á todos segun su fortuna, y se comenzó á edificar la torre y á fundir la campana. La torre está todavía en pie, pero la antigua campana popular no existe ya: pesaba doce mil cuatrocientas ochenta y tres libras, y se llamaba Rolando; tenia en relieve dos versos flamencos, cuya traduccion aproximadamente es esta:

Se me llama Rolando. Yo no me pongo en juego
sino cuando alguna desgracia amenaza á la Flandes:
Cuando yo toco es el fuego,
cuando trueno es la tempestad.

En cuanto al dragon bizantino, continúa dando vueltas con el viento del modo mas triunfante; es un animal completamente quimérico, que desde abajo parece del tamaño de un doguito, y desde lo alto como un buey. En los dias de fiesta, el antiguo trofeo es iluminado con antorchas, y un hombre oculto en su vientre, le hace arrojar por la boca llamas y cohetes. Para el nacimiento de Cárlos V, por ejemplo, se habia establecido un puente de cuerdas entre el remate de la torre y el de la de San Nicolás, de modo que por espacio de muchos dias, los habitantes tuvieron el placer de pasearse trescientos pies por encima de los tejados de sus casas.

Volví de la torre al mercado de Pescado, porque es una de las cosas que vale mas verla á la claridad de la luna que al resplandor del sol; examinado asi, y con las gigantescas sombras y caprichosos claros que se proyectan en ella, la fachada, con su delfin de Van Pouke, sus dos rios que representan el Escalda y el Lys, por Paoli de Amberes, y su Neptuno de Gry Heldesemberg, no carece de cierta grandiosidad que en medio del dia debe pecar de amanerada. Verdad es que se pierden los cuatro versos latinos inscriptos en el friso, y que se dejará aquel sitio sin saber qué

«El Lys trasporta las mercancias que envia el Artois, y deja brillar el pescado en sus tranquilas ondas (1).»

Y que

«El Escalda riega el Hainau y atraviesa á Gante para ir á arrojar en la mar sus aguas rápidas (2).»

Pero es una desgracia de que se consuela cualquiera fácilmente, por poco que se hayan leido las primeras cuatro páginas de la geografía de la infancia.

Del mercado del Pescado á la calle del Brengn, se va por un puente que todavía hoy se llama de la Degollacion; este nombre perpetua una tradicion popular que no hace honor á la piedad filial gantesa. En 1371, habiendo sido condenado á muerte un ciudadano por un crimen político, y muerto el verdugo el dia mismo en que debia verificarse la ejecucion, se encontraron los magistrados muy embarazados para dar curso á la justicia. En consecuencia hicieron publicar que si algun aficionado deseaba cortar una cabeza, no solo seria bien recibido, sino que se le daria una buena recompensa. El aficionado no se hizo esperar: era el hijo del reo: felizmente no permitió Dios que se consumase tan horrible homicidio; al tocar á la garganta del padre la espada del hijo, se rompió por milagro en mil pedazos. Los magistrados perdonaron al paciente: en cuanto al verdugo, recibió la recompensa prometida, pero fué espulsado de la ciudad.

Dos cosas eternizan el recuerdo de este milagro: la una es un cuadro de la mas antigua escuela alemana que se ve todavia hoy en el ayuntamiento, y que representa al hijo levantando la espada sobre la cabeza de su padre; el otro era un grupo de bronce, que colocado en el puente mismo, permaneció alli hasta 1794, época en que desapareció para volver á la fundicion.

Volví á la fonda por el muelle de las Yerbas, á fin de ver la casa de los Bateleus, encantador edificio del siglo XVI, situado exáctamente al frente del palacio del conde de Egmont.

Creia haber visitado todo lo que Gante encierra de notable, cuando al referir á mi huéspeda la lista de las curiosidades que habia examinado, me preguntó si habia visto una escuela de canários. Se lo hice repetir dos veces creyendo haber oido mal, ó que canario era una palabra flamenca que tuviese una significacion enteramente especial y representase alguna clase educable de la sociedad; pero mi huéspeda, mortificada por la idea que habia podido tener de que los belgas, una de cuyas pretensiones de las mas arraigadas es la de hablar el francés mejor que en Francia, habian podido deslizar una palabra patois en nuestro idioma, me replicó que efectivamente se trataba del pajarillo que sin razon se cree originario de las Canarias, y cuya verdadera patria es Holanda. En efecto, esta observacion ornitológica fué un rayo de luz para mí, y recordé haber visto en Paris los canarios holandeses, que bailaban en la cuerda, disparaban el cañon, hacian el ejercicio, fusilaban á uno de sus camaradas que habia desertado, y le depositaban en la tierra con tanta gravedad como hubiera podido hacerlo un cofrade de penitentes.

(1) Lysa veluit merces quas nunc Artesia mittit,
Et placido gaudens flumine pisce scat.

(2) Hamoniæ servit Scaldi, Gandamque secando
In mare festinans volvene pergit aquas.

Pregunté, pues, á mi huéspeda si la institucion que habia yo tenido la desgracia de olvidar, era un establecimiento de aquel género; mas me contestó que en la ciudad de Gante no eran las cualidades físicas de los canarios las que se trataba de desarrollar, sino por el contrario, sus facultades morales, que se exaltaban adornando su memoria con una porcion de aires de organillo, que les hacian los pájaros mas instruidos, musicalmente hablando, del mundo conocido En efecto, hay alguno de aquellos discípulos que al salir del Conservatorio sabe hasta treinta ó cuarenta piezas diferentes, que va en seguida á repetir en las cuatro partes del mundo. Uno de los consejeros municipales, añadió mi huéspeda, poseia el mas bello instinto que se podia ver en aquel género; y frecuentemente tenia hasta cincuenta ó sesenta estudiantes, á los que prodigaba los mas tiernos cuidados. Estos cuidados, por lo demas, hacen tanto mas honor á los que se consagran á ellos, cuanto que cambian completamente sus hábitos. Asi el venerable consejero municipal, en lugar de divertirse por la noche con sus amigos, sea en el café de la ciudad, ó en alguna reunion particular, y de irse á acostar en seguida pacíficamente, en cuanto caia la bruma, abandonaba todo por su organillo de canarios, é iba de jaula en jaula despertando á los suyos, y tocándoles veinte ó veinte y cinco veces la misma tocata, de modo que no se acostaba hasta rayar el dia. En verdad, algo padecian los negocios municipales con aquella aficion nocturna á la melodía; pero la ciudad creia que el lustre que para ella resultaba de semejante instituto, compensaba, y aun mucho mas, el perjuicio que pudiera traerla la falta de las luces administrativas de su consejero, que se dormia generalmente desde que empezaban hasta que concluian las deliberaciones, y no se despertaba mas que para votar; de modo que en vez de cansar con negocios al fundador del instituto, le habia aprobado por tres años seguidos la exorbitante pension fundada para la educacion de los canarios, y que ascendia á quinientos florines.

Esta recompensa habia animado al director de tal modo, que no habia desesperado, despues de haber hecho cantar á sus discípulos, de hacerlos hablar. En efecto, al verificarse el casamiento del rey Leopoldo, pensó, como el zapatero de Roma, enseñar á alguno de sus pájaros alguna máxima ó proverbio apropiado á las circunstancias. Pero despues de haber hojeado á La Rochefoucault y don Quijote, no habiendo encontrado nada, resolvió, no siéndole estrañas las bellas letras, y habiendo sido en su juventud profesor de francés, componer él un distico que espresase á los nuevos esposos el júbilo que esperimentaba al verlos unidos. Púsose, pues, á la obra: al cabo de ocho dias estaba hecho el distico, y á los dos meses el inteligente animal le repetia como una persona. He aqui este distico, tan notable por los sentimientos patrióticos que encierra como por la riqueza de su rima:

Regocíjese Bruselas,
Leopoldo y Luisa se velan.

Presentaron el canario á sus magestades, quienes rieron mucho, pero no le compraron.

El consejero municipal, furioso, le vendió á un inglés por la cantidad de diez guineas, y disgustado por aquel esperimento, se dedicó con sus estudiantes únicamente á la música instrumental, que continuó enseñándoles con el mayor éxito.

BRUJAS.

Brujas ha recibido su nombre, segun se asegura, de la palabra *Brug*, que en flamenco quiere decir puente. En efecto, bien contados, posee la ciudad, creo, cincuenta y seis, lo cual me parece mas que suficiente para una poblacion de cuarenta y dos mil almas.

Tiene ademas siete puertas, ocho plazas públicas y doscientas calles. Asi el maestro Adriano Bartand, profesor de elocuencia en Lovaina, donde ha fallecido en 1542, ha dicho:

«*Pulchra sunt oppida Gaudavum, Antuerpia, Lovanium, Mechlina, sed nihil ad Brujas.*»

Lo cual significa:

«Gante, Amberes, Lovaina y Malinas son bellas ciudades, pero nada en comparacion de Brujas.»

En efecto, en la época en que el buen doctor escribia este pomposo elogio, es decir, bajo el reinado de Felipe el Bueno, Brujas no solo era una de las mas bellas, sino tambien de las mas ricas ciudades del mundo. Solo la poblacion de tejedores contaba cincuenta mil hombres, es decir, ocho mil mas que cuenta hoy toda la poblacion; y en tiempo de Guicciardini, aunque Brujas estaba ya en decadencia, se encontraban en ella sesenta y ocho oficios ó corporaciones diferentes. Añádase á esto una clase media poderosa, que hizo temblar mas de una vez, no solo á sus condes, sino tambien á los reyes de Francia, un gran número de familias nobles, diez y siete casas consulares de las principales naciones de Europa, una poblacion flotante de negociantes estrangeros que afluyen allí de todas partes del globo, y se tendrá una idea de lo que era la capital de Flandes en una época en que habiendo sido hecho prisionero Juan de Borgoña, y puesto á rescate, un simple negocian-

te de Brujas, llamado Denas de Rapondis, fué aceptado por su fiador. Por lo demas, ciento cincuenta años despues se dió en Gante un ejemplo no menos curioso de esta prosperidad comercial. Necesitando Cárlos V dos millones de florines, los tomó prestados de un comerciante llamado Deans, y el mismo dia del préstamo le mandó á decir que en señal de agradecimiento iria á comer con él. El negociante dió al emperador una comida espléndida, y á los postres desgarró la obligacion de Cárlos V.

—Señor, le dijo presentándole los pedazos en un plato, no es muy caro pagar en dos millones de florines el honor que V. M. me ha hecho hoy.

Mr. de Roschiltd no tiene aun este valor: verdad es que los reyes no van á comer á su casa, pero él va á comer con los reyes, lo cual viene á ser lo mismo.

Beaudoin Brazo de Hierro, fué quien hizo en 865 de Brujas la capital de Flandes, eligiéndola para su mansion. Habiéndose casado con Judith, hija de Cárlos el Calvo, recibió del rey de los francos este condado, que hasta entonces habia sido regido por gobernadores amovibles, á título de soberanía hereditaria.

Beaudoin el Calvo hizo rodear á Brujas de murallas, y construyó cuatro puertas.

Beaudoin el Jóven estableció allí ferias y concedió grandes privilegios á los mercaderes.

Beaudoin el de la Hermosa Barba, acabó las murallas é instituyó para administrar la ciudad trece regidores, y otros muchos consejeros que sacó de la clase media y de los grandes y pequeños oficios.

Vino despues Beaudoin el del Hacha, llamado asi porque tenia la costumbre de servirse, en vez de espada, de una hacha que pesaba treinta libras.

Terrible justiciero era éste: asi que desde él data la reforma de casi todos los abusos, y el castigo de todos los crímenes. He aqui dos ejemplos del modo como hacia justicia.

Tres comerciantes de bisutería y perfumes á los que en su trage se podia reconocer como orientales, iban el año 1112 á una feria que debia verificarse en Thouront, y se habian detenido en la fonda de la Cruz de Oro. Sucedió que en la misma fonda se alojaba con algunos amigos suyos, monseñor Enrique de Callou, uno de los mas ricos y nobles señores del pais de Waes, el cual acababa precisamente de perder al juego cantidades enormes, que por mas rico que fuese no sabia como pagar; de modo, que el diablo le tentó, y viendo á los comerciantes y sus espléndidas mercancías le ocurrió la idea fatal de apoderarse de sus joyas y dinero.

Cuando los mercaderes estuvieron dispuestos á partir, enviaron delante á los criados con encargo de prepararles sus alojamientos; luego, no suponiendo que tuviesen nada que temer, salieron de Brujas dos horas despues que sus mensageros.

Enrique Callou y sus amigos los dejaron tomar la delantera, y presentándoseles en el momento en que atravesaban por un bosque, cayeron sobre ellos y los asesinaron; y habiendo arrastrado sus cadáveres hasta la maleza, se apoderaron de todo el oro y alhajas que los desgraciados mercaderes tenian consigo.

En tanto los criados, despues de haber preparado todo para la llegada de sus amos, habian salido á esperarlos á la puerta de la ciudad. Como el tiempo trascurria y los comerciantes no llegaban, comenzaron á alarmarse algun tanto, cuando vieron llegar á Enrique Callou y sus camaradas; saliéronles al punto al encuentro para preguntarles, como iban bien montados, si no habian encontrado y dejado atrás á sus amos; pero los señores flamencos contestaron con un tono perfectamente natural que no comprendian aquella pregunta, porque los comerciantes habiendo salido mucho antes que ellos de Brujas, debian estar ya en Thouront.

Esta respuesta redobló los temores de los criados, quienes entonces se separáron. Tres permanecieron á la puerta de la ciudad, y otros tres volvieron á tomar el camino de Brujas. En cuanto llegaron al bosque, vieron estos últimos la tierra manchada de sangre; siguieron sus señales, y á los pocos pasos encontraron en el bosque los tres cadáveres: entonces, sin perder un momento, sin hacerlos trasportar, se dirigieron, siempre corriendo, á Wynendacle, donde estaba el conde, para denunciarle el crímen y pedirle venganza.

Beaudoin los escuchó con la atencion y gravedad que exigia semejante denuncia; en seguida, luego que terminaron su relacion y los hizo detallar todas las circunstancias, les preguntó si no tenian algunas sospechas sobre los autores del asesinato. Los pobres criados se miraron temblando sin atreverse á contestar; pero interrogados de nuevo y de un modo mas apremiante por el conde, respondieron que las únicas personas en quienes podian fijarse sus sospechas, si les era permitido sospechar de poderosos señores, eran en Enrique de Callou y sus dos compañeros.

La acusacion era tanto mas grave cuanto que amenazaba á personages de los mas elevados; Beaudoin mandó entonces que los denunciadores quedasen con centinelas de vista en el castillo, mientras él iba solo á Thouront; en efecto, hizo ensillar su caballo, y sin decir á nadie donde iba, sin permitir que ninguna persona le acompañase, partió á galope. Por lo demas, como estaban acostumbrados á verle hacer espediciones solitarias, y mientras llevase el hacha consigo nadie se alarmaba, sus criados le vieron alejarse diciendo para sí:

—Bueno, mañana oiremos referir algo de nuevo.

Al atravesar la plaza mayor de Thouront, Beaudoin vió una gran reunion de pueblo que

comenzaba á retirarse; era que en aquella plaza acababan de ejecutar á dos monederos falsos, de modo que los cubos llenos de aceite hirviendo donde los habian metido estaban todavía allí: Beaudoin al pasar mandó que se volviese á encender fuego bajo las cubas, para que el aceite se mantuviese á un grado de ebullicion conveniente, y continuó su camino.

En cuanto llegó á la posada donde se alojaban Enrique de Callou y sus dos compañeros, se dió á reconocer al posadero, y como hubiesen salido aquellos, subió con él á su habitacion: sus cofres estaban en el suelo y cerrados con llave. El conde les mandó romper las cerraduras, y en ellos se encontraron las alhajas de los comerciantes.

Al punto Beaudoin hizo prender á Enrique de Callou y sus dos cómplices, y habiéndolos hecho conducir á la plaza pública donde los esperaba, los interrogó con tal severidad, que, con las pruebas que el conde tenia ya en sus manos, no se atrevieron ni por un momento á negar su crimen.

Apenas estuvo terminada la confesion, sin darles tiempo para tomar disposicion alguna, mandó el conde se apoderasen de ellos vestidos y armados como estaban, y los arrojasen en las cubas, á la vista del pueblo, que tuvo de este modo en el mismo dia dos espectáculos, no esperando tener mas que uno.

Otro dia Beaudoin acababa de reunir la asamblea de sus estados en Ipres y como esta era una grande ceremonia, para darle aun mas brillo, habia armado aquel dia seis caballeros, pertenecientes los seis á las mas nobles familias de Flandes, los cuales, segun costumbre, habian jurado proteccion á los débiles, á las viudas y á los huérfanos, con lo cual Beaudoin les habia dado la acolada por su mano.

Terminada la ceremonia, Beaudoin habia vuelto á partir para su castillo acompañado de los nuevos caballeros, cuando al atravesar el bosque en que aquel estaba situado, observaron todos los preparativos de una fiesta: detuviéronse un instante y vieron efectivamente llegar una porcion de aldeanos acompañando á dos recien desposados. Beaudoin se dirigió hácia la desposada, que era encantadora, y sacando una sortija de su dedo: «Puesto que la casualidad me ha conducido á vuestro camino, la dijo, que esta casualidad sea para vos una providencia; si teneis alguna vez necesidad de mí, enviadme esta sortija y reclamad mi auxilio, no os faltará.» A su ejemplo, cada uno de los caballeros que le seguian hizo un regalo á la jóven, y la cabalgata señorial continuó el camino del castillo.

La sortija que debia ser enviada á Beaudoin en caso de conflicto no se hizo esperar. Estando en su primer sueño, fué despertado el conde por uno de sus escuderos, quien enseñándole la sortija le dijo que un aldeano agitado y cubierto de polvo acababa de traerla de parte de la desposada del bosque. Beaudoin mandó al punto que introdujeran al aldeano; era éste el hermano del esposo.

La recien casada, cuando la conducian á la casa nupcial, habia sido robada por los seis nuevos caballeros. El esposo y sus amigos habian querido hacer resistencia, pero como estaban sin armas, fueron rechazados; dos ó tres aldeanos habian recibido heridas bastante graves, y la pobre jóven no habia tenido tiempo mas que para arrojar el anillo gritando á su marido:

—Lleva esa sortija al conde Beaudoin.

Pero su marido, que quiso vengarse por sí mismo, habia dado la sortija á su hermano, encargándole la comision; y llamando á toda la aldea en su auxilio, se habia preparado á perseguir á los raptores.

Beaudoin no queria creer tal audacia; subió él mismo á las habitaciones de los caballeros y no encontró á nadie en ellas; preguntó al centinela á quien acababan de relevar, y el centinela le dijo que efectivamente los seis caballeros habian salido haria como hora y media.

El conde volvió á donde estaba el aldeano, y le preguntó hácia qué lado se habian dirigido los raptores. Respondió el aldeano que habian tomado el camino de la Casa Roja. La Casa Roja era un ventorrillo que tenia muy mala fama, situada en las inmediaciones del castillo, y Beaudoin, no dudando ya que los culpables estuviesen allí, mandó á diez de sus hombres de armas, se armasen lo mas pronto posible, y se reuniesen á él con clavos y cuerdas. El saltó sobre el primer caballo que encontró, y con su hacha en la mano, se dirigió hácia la taberna sospechosa.

Apenas llegó á dar vista á la Casa Roja, se convenció Beaudoin de que no se habia engañado. El piso principal, estraordinariamente iluminado, resonaba con carcajadas estrepitosas, juramentos y blasfemias, mientras el piso bajo estaba oscuro, silencioso y solitario. Beaudoin echó pie á tierra, ató su caballo á uno de los anillos de la pared y llamó á la puerta. Mas habiéndolo hecho por tres veces, viendo que nadie salia á abrir, la derribó de un puntapié y entró.

El piso bajo estaba en efecto solitario y oscuro, pero guiado por las voces que oia, se dirigió Beaudoin hácia la escalera, la subió á tientas, y no tardó en encontrarse á la puerta de la habitacion de donde salia el ruido. La llave estaba en la cerradura, porque los caballeros se creian suficientemente protegidos por las precauciones que habian tomado en el piso bajo; de modo que Beaudoin abrió la puerta sin dificultad, y dirigiendo una mirada rápida á la habitacion, vió á la jóven fuertemente atada, mientras que sus raptores jugaban su posesion á los dados.

La aparicion de Beaudoin produjo el efecto del rayo en los culpables. Lanzaron un grito

de terror al que la jóven respondió con sus gritos de alegría; inmediatamente, conociendo por las miradas que Beaudoin les dirigia que estaban perdidos si no huian al punto, se lanzaron hácia la escalera; pero el conde se colocó ante la puerta con su hacha en la mano, amenazando hendir la cabeza al primero que hiciera un movimiento. Todos quedaron inmóviles.

En aquel momento Beaudoin vió en la parte esterior el resplándor de las antorchas y oyó el galope de los caballos: eran sus hombres de armas que llegaban.

—Aquí, les gritó Beaudoin, aqui.

Y entraron por la puerta derribada, subieron la escalera y aparecieron detras del conde.

—¿Teneis los clavos y las cuerdas? preguntó Beaudoin.

—Si, monseñor, respondió el gefe de la fuerza.

—En ese caso, respondió Beaudoin, clavad seis clavos en este poste, y preparad seis cuérdas.

Palidecieron los caballeros, porque conocieron perfectamente que todo habia concluido para ellos. Entonces comenzaron los unos á pedir perdon, y los otros á confesarse en voz alta; pero Beaudoin sin escucharlos, apresuraba la obra, de suerte que á los pocos momentos estuvieron colocados los clavos y los nudos corredizos dispuestos.

Hizo entonces colocar un banco por bajo de las cuerdas, y mandó á los seis caballeros subirse sobre el banco. Los unos obedecieron con resignacion, los otros quisieron hacer resistencia; pero lo mismo sucedió á los unos que á los otros. Pasado un instante, los seis caballeros tenian la cuerda al rededor de sus cuellos. Beaudin los dirigió la última mirada para ver si todo estaba arreglado; luego, satisfecho de la inspeccion, tiró el banco de un puntapie; y los seis caballeros se encontraron perfecta y debidamente ahorcados.

En aquel momento se oyó un gran ruido; era el desposado que llegaba con todos los jóvenes de la aldea armados de picas y hoces. Beaudoin los hizo entrar á todos en la habitacion, y les enseñó á un lado la jóven que devolvia á su esposo pura como se la habian arrebatado, y al otro á los culpables ya castigados.

La justicia del conde habia caminado con paso mas rápido que la venganza del marido.

Beaudoin murió, dejando en recompensa de los grandes servicios que habia prestado á los cristianos en Palestina, su condado de Flandes á Cárlos de Dinamarca, que se llamó despues Cárlos el Bueno, y que era hijo de San Canuto y de Adela de Frisia.

Cárlos el Bueno no desmintió el orígen paterno. Hijo de santo, tuvo una vida santa; hijo de mártir, murió por el martirio.

Beaudoin castigaba segun su capricho y voluntad: Cárlos el Bueno hizo leyes, á fin de que el culpable supiese de antemano al cometer el crímen, el castigo á que se esponia. Durante dos años de esterilidad alimentó á los indigentes con su propio tesoro, y en la ciudad de Ipres distribuyó por sí mismo en un solo dia siete mil ochocientos panes. Tenia tal reputacion de sabiduría, que habiendo sido hecho prisionero Beaudoin II, se le ofreció el trono de Jerusalen, y habiendo muerto Enrique V, quisieron hacerle emperador.

Mas estas mismas virtudes, que le hacian adorar del pueblo, eran causa del odio de los grandes, á cuyos actos de latrocinio se oponia. Entre estos se contaba Berthoul Van Straten, que habia usurpado la prebostía de Brujas, á que estaba unido el título de canciller de Flandes, y Bouchard, corregidor de Brujas, su sobrino. Habiendo reunido grandes riquezas Berthoul con los condados precedentes, poseia vastos territorios, y tenia muchos parientes, amigos y vasallos; tanto, que aun cuando su familia era originariamente de condicion servil, su orígen se habia olvidado poco á poco, y no solo se igualaba con los mas grandes señores, sino que por su poder y riquezas era el primero despues del conde.

Cuando habia llegado al mas alto grado de su fortuna, sucedió que un noble de familia muy ilustre, que se habia casado con una de sus sobrinas, tuvo una diferencia con un caballero, y habiendo sido insultado por éste, le retó á duelo jurídico ante el conde; mas el noble respondió desdeñosamente que no se batia con un hombre que se habia degradado casándose con una jóven de baja condicion. Como tal era la ley del pais, se entabló una demanda ante el mismo Cárlos el Bueno, quien habiendo reconocido la verdad de la acusacion, aceptó la validez de la escusa: este noble se vió, pues, dispensado de responder al reto del sobrino de Berthoul.

Esta injuria recayó plenamente en el preboste, quien atribuyendo la decision del conde á odio que á ellos tenia, resolvió vengarse. En efecto, reunió á todos sus allegados durante una noche en su casa; despues se convino que al dia siguiente asesinarian al duque Cárlos en el momento en que orase en la iglesia de San Donato.

Mas por secreto que hubiese quedado el complot, algunas palabras dichas al retirarse por uno de los conjurados, habian bastado á un criado para comprender que se tramaba alguna cosa contra su señor. Asi al rayar el dia, habiendo salido el preboste de su casa, fué á palacio y pidió audiencia al conde. Como éste estaba accesible á todas horas del dia y de la noche, le hicieron entrar, y entonces, sin nombrarle á su amo, y sin poderle decir lo que él mismo ignoraba, es decir, el dia y el modo como debia llevarse á efecto el complot, le previno, sin embargo, que estaba en peligro de muerte.

—¡Ay! dijo el conde al criado, siempre estamos en peligro; pero basta que pertenezcamos á Dios en el momento en que la muerte nos hiera.

Y segun su costumbre, el buen conde bajó con los pies descalzos al patio para dar limosna á los pobres; despues, habiéndoles besado las manos en señal de humildad, fué á la iglesia, donde, mientras los capellanes cantaban *prima* y *tercia*, se puso á orar ante el altar de la Vírgen; despues de muchas genuflexiones, se prosternó sobre el pavimento para decir los siete salmos de la penitencia, teniendo junto á sí en una salvilla monedas que su capellan le habia puesto, á fin de que, como tenia costumbre, pudiese dar limosna al mismo tiempo que oraba á Dios.

En tanto los conjurados, advertidos de que el conde estaba en la iglesia, se encaminaron hácia San Donato, llevando sus espadas desnudas debajo de las capas. Eran seis, sin contar Berthoul y Bouchard, y se aproximaron al conde, á quien rodearon sin que lo notase. En este momento le pedia limosna una anciana, y el conde, sin mirar á su lado estendia la mano hácia ella para darla una moneda; entonces Berthoul dando la señal del asesinato, sacó su espada de debajo de la capa, y de un tajo separó la mano del cuerpo. El conde arrojó un grito y levantó la cabeza; en el mismo instante Bouchard le hirió de un modo tan terrible, que le cercenó el cráneo é hizo saltar una parte del cerebro sobre el pavimento. Al punto, á pesar de ser aquellas heridas mas que suficientes, cayeron los otros sobre el cuerpo, que ya no era mas que un cadáver, y le atravesaron y dividieron con mas de veinte estocadas y cuchilladas. Asi murió Cárlos el Bueno, conde de Flandes, el miércoles de la segunda semana de Cuaresma, segundo dia del mes de marzo del año 1127.

Luis el Craso se encargó de la venganza: el preboste fué atado á una horca, teniendo encima de la cabeza un perro, al que escitaban sin cesar, y que le devoró el rostro; el corregidor fué tendido en una rueda, se le elevó á una altura de cincuenta pies, y atravesado por flechas y dardos que le disparaban desde abajo. Los demas cómplices fueron precipitados desde lo alto de una torre.

Por este tiempo se construyó en Brujas el convento y la iglesia de Santa Godelieva. He aqui con qué motivo.

Godelieva, hija de Umfrid y Ojera, la habian casado á la edad de diez y seis años con Berthulfo, señor de Ghistelle, cuyos malos tratamientos habia soportado con una religiosa paciencia: viendo al fin que los llevaba al estremo, se habia escapado del castillo del conde y vuelto á casa de su padre.

Beaudoin, el severo y justiciero, hizo acudir á su presencia al conde de Ghistelle, y le mandó volverse á reunir con su muger y tratarla con los miramientos debidos á una jóven noble y á una esposa virtuosa. Las sentencias de Beaudoin, como se sabe, no tenian apelacion; por otra parte, éste, por la intercesion de Godelieva, no habia sido muy severo. El conde de Ghistelle resolvió, pues, conformarse á ella, y volvió á reunirse con su muger, hácia quien se aumentó su antipatía, en razon á la afrenta que pretendia haber recibido por ella; mas sin embargo, desde aquel momento cesó ella de tener motivo para quejarse directamente de él.

En esto murió Beaudoin, y Cárlos el Bueno subió al trono.

Entonces Berthulfo creyó que era llegado el momento de ejecutar su venganza, y encargó á dos de sus servidores llamados Hacca y Lambert, le desembarazasen de su muger mientras estuviese en su primer viage en Brujas.

El sábado siguiente anunció Berthulfo en voz alta al tiempo de cenar, que al dia siguiente por la mañana partiria para la capital de la Flandes. Hacca y Lambert cambiaron entre sí una mirada; en seguida el conde se levantó de la mesa.

—Monseñor, le dijeron, sereis obedecido, mas dadnos vuestro anillo en señal de que nos trasmitís vuestro poder.

Berthulfo sin responder se quitó el anillo del dedo y le dejó caer en tierra como por casualidad: Hacca le recogió y colocó en el suyo.

Al dia siguiente por la noche, los dos asesinos llamaron en la habitacion de Godelieva cuando iba á acostarse.

Preguntóles ella quiénes eran y qué querian.

—Venimos de parte del conde, respondieron, y tenemos encargo de conduciros al instante mismo á su lado.

—Enseñadme alguna señal que me indique decis la verdad, respondió Godelieva, y estoy dispuesta á seguiros.

Pasaron entonces por bajo de la puerta la sortija del conde, y Godelieva, no teniendo nada que responder ante aquella prueba irrecusable, abrió la puerta diciéndoles que podian conducirla donde al conde agradase que ella fuese llevada. Bajó, pues, y siguió sin resistencia á los dos hombres, que la condujeron por una poterna, cuya llave tenian, fuera del castillo. En cuanto estuvieron alli, tomaron por un sendero que conducia á una selva. Al punto conoció Godelieva que su muerte estaba resuelta; mas viendo al mismo tiempo que toda resistencia era inútil, se decidió á morir cristianamente, y continuó marchando entre sus dos guardias orando en voz baja.

Llegados á una encrucijada de la selva, donde habia una capillita á cuyo pie corria un manantial, Godelieva pidió permiso para arrodillarse un momento ante la imágen de la Vírgen como habia tenido costumbre de hacerlo siempre que habia pasado por aquel si-

tio. Hacca y Lambert se lo permitieron, y mientras estaba de rodillas y orando, prepararon el lazo con que debian estrangularla; y cuando vieron que su plegaria llegaba al fin, la arrojaron el lazo al cuello y tiraron con todas sus fuerzas, á fin de darla la muerte. Pero viendo que á pesar de sus esfuerzos la agonía de la pobre muger era tan prolongada que aun á ellos causaba espanto, la arrastraron hasta el manantial y la sumergieron la cabeza en el agua, hasta que estuvo por fin ahogada y estrangulada á la vez. Entonces la cogieron en sus brazos, la volvieron á llevar al castillo, penetraron otra vez por la poterna, y la colgaron de los barrotes de su ventana, á fin de que se creyese que cansada de vivir, se habia ella misma ahorcado.

En efecto, cuando al dia siguiente por la mañana entró en la habitacion la doncella de Godelieva, no tuvo ninguna duda de que su pobre ama, cuyos pesares ella conocia, hubiese puesto término por sí misma á su vida, y volvió á bajar llorando á anunciar aquel acontecimiento á todos los de la casa. Entonces Lambert montó á caballo para ir, decia, á dar parte de aquella nueva terrible á su amo, mientras que Hacca quedaba en el castillo para disponer todos los preparativos del entierro de la condesa.

Por la noche llegó Berthulfo. La condesa estaba ya depositada en su féretro, y sin embargo, como todavía dudase de la pérdida que él habia ordenado, quiso ver el cadáver, y habiendo entrado en la habitacion, se aproximó al ataud. En el mismo instante saltó la sangre con tal violencia del azulado círculo que la cuerda habia trazado en derredor del cuello de la víctima, que el conde se puso la mano ante el rostro para que no le salpicara. Cierto entonces de que estaba realmente muerta, dió órden de que fuese sepultada con toda la pompa que pertenecia á su rango.

El conde llevó luto un año; pasado ese tiempo, se volvió á casar, y de esta nueva union le nació una hija de estraordinaria belleza; mas no tardó en apercibirse de que á pesar de tener magníficos ojos y muy abiertos, la pobre niña estaba ciega.

Como la nueva castellana de Ghistelle adoraba á la tierna Etelinda, hicieron ir médicos de todas partes; mas faltó toda la ciencia humana, como si los ojos de la jóven estuviesen sellados con un divino sello.

Etelinda creció y llegó asi á la edad de nueve años, recibiendo una educacion religiosa, y aunque continuaba siendo ciega, andaba por todas las cercanías del castillo seguida de su nodriza, que habia quedado con ella, y la cual se maravillaba continuamente de que una niña que no veia pudiese andar asi por todos los caminos. De estos, uno de los que le eran mas familiares, era el de la Vírgen del Bosque; aquí, casi todas las mañanas y tardes, la pequeña Etelinda, que habia tomado aficion á aquel sitio, acudia á hacer su oracion. Su padre, por el contrario, sabiendo habia sido por él estrangulada allí y ahogada su muger, jamás pasaba por delante de la capilla y el manantial sino á todo galope de su caballo y sin mirar siquiera á los lados.

Sucedió que un dia que la jóven oraba arrodillada ante la capilla, oyó el galope de un caballo, y reconoció ser el caballo de su padre. Por tanto se volvió en el momento que pasaba para saludarle con la cabeza; pero Berthulfo en vez de detenerse, apretó el paso, y habiendo llovido durante la noche, el caballo lanzó con las patas lodo al rostro de la jóven.

Etelinda se levantó entonces, y sin llamar á su nodriza, que estaba á pocos pasos de ella, se dirigió hácia el manantial, é inclinándose sobre su orilla, tomó agua en el hueco de la mano y se lavó el rostro.

De repente lanza un grito de alegría. El agua milagrosa, al tocar sus ojos, habia hecho caer el velo que los cubria. Etelinda no era ya ciega.

La niña volvió corriendo al castillo y fué á arrojarse en los brazos de la condesa esclamando:

—¡Madre mia! te veo.

Circuló el rumor de aquel milagro. Se supo por qué casualidad se habia verificado y qué causa le habia producido. Los ciegos de las inmediaciones se hicieron conducir al manantial, y apenas el agua santa tocó sus ojos, todos curaron.

Pero á quien causó mas impresion este prodigio, fué al mismo Berthulfo. La santificacion de aquella agua que era un secreto para todo el mundo, no lo era para él; porque en aquella agua habia exhalado Godelieva el último suspiro.

Un dia montó, pues, á caballo, y dirigiéndose á Brujas se arrojó á los pies de Cárlos el Bueno, le confesó todo, y le pidió únicamente le perdonase la vida, á fin de que tuviese tiempo de salvar su alma, por la oracion y las buenas obras. Cárlos el Bueno consintió en ello, y el mismo dia, dejando una viudedad á la condesa y una dote para Etelinda, el castellano de Ghistella cedió todos sus bienes para el establecimiento de un convento de religiosas, y la construccion de una iglesia.

Por lo que hace á él, tomó el hábito monástico en la abadía de Bergues, donde murió.

Algun tiempo despues de la consagracion de esta linda iglesia, Thiery de Alsacia trajo de Tierra Santa, y depositó en la capilla de San Basilio sobre el Bourg, parte de la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que habia recibido del patriarca de Jerusalen como recompensa de su valor.

La parte inferior de la capilla donde fué depositada, existe todavía hoy, y se ve en ella, en una cripta un bajo relieve curioso como monumento del arte bizantino, el cual representa el bautismo de Nuestro Señor Jesucristo.

La parte superior tiene de fecha desde 1532. La fecha se precisa por una piedra de la fachada en que se encuentra el milésimo. Por lo demas, para los aficionados á lo gótico no podria caber duda, su ornamentacion tiene toda la gracia, toda la ligereza y toda la finura peculiar á la arquitectura de principios del siglo XVI.

El último corregidor de Brujas se disponia á hacer demoler la obra maestra de la edad media, cuando felizmente Napoleon, que se encontraba en aquel momento en la ciudad, se opuso á aquella profanacion, diciendo que la capilla de la Santa Sangre, con su torrecilla graciosa y esbelta, le recordaba los edificios de la Siria. De este modo cuando Napoleon no podia fundar conservaba.

En cuanto á las propiedades de la Santa Sangre en Brujas, son casi las mismas que las de la sangre de San Genaro en Nápoles. En 97 desapareció con gran dolor de los brujeses; mas al punto que se restableció la calma, el que habia hecho aquel robo piadoso con peligro de su cabeza, se apresuró á volver la reliquia á su capilla.

A partir desde el siglo XIV comienza el grande esplendor de Brujas. En 1593, habiéndose verificado una competencia á tiro de arco en Tournay, se reunieron allí trescientos ochenta y siete tiradores que acudian de cuarenta y ocho ciudades diferentes, en cuyo número estaba inscrita París. Los brujeses no ganaron el premio del arco, es verdad, pero ganaron el *de la mas rica concurrencia*.

En 1429, se aumentó este esplendor con las fiestas que dió el conde Felipe el Bueno, con motivo de su matrimonio con Isabel de Portugal.

El mismo fué quien, como se sabe, en medio de aquellas fiestas, y para acoger las chanzas de algunos señores jóvenes acerca del color rubio un poco exagerado de los cabellos de su jóven esposa, instituyó la órden del Toison de Oro.

Tambien fué en Brujas donde se verificaron las ceremonias del matrimonio de Cárlos el Temerario. Y á Brujas donde habia entrado en triunfo, fué llevado su cadáver por órden de Cárlos V, su nieto, en 1550, es decir, setenta y tres años despues de su muerte. En todo ese intérvalo, habia permanecido en la iglesia de San Jorge en Nancy.

Cárlos el Temerario encontró ya dormida con el sueño eterno, en la capilla á donde le conducian, á María de Borgoña, su hija. Le colocaron á su lado, y en 1558, Felipe II mandó se construyese para el padre un sepulcro semejante al que encerraba ya el cuerpo de la hija, y que se habia construido por órden de María de Austria. En una cuenta de 1568 se encuentra que el gasto de aquel sepulcro se elevó á 24,595 florines.

Allí estan hoy todavía, en la tercera capilla á la derecha entrando. Cárlos está cubierto con su coraza de batalla, con la corona soberana en la cabeza, la órden del Toison de Oro en su pecho; un leon á sus pies, su casco á la derecha y sus guantes á la izquierda, y su divisa, que es á la vez la del héroe de Montlhery y del insensato de Morat:

Yo lo comprendí, bien me sucede.

Este sepulcro es uno de los mas magníficos que existen, está todo dorado, habiendo costado dorarlo solamente veinte y cuatro mil coronas de Brabante; los adornos son de plata y esmalte, y todo alrededor hay escudos con las armas de las principales casas de Europa con las que estaba ligado.

Hé aquí la inscripcion que tiene. Asi como habian dorado la estátua, se quiso dorar el cadáver:

Aquí yace el muy alto, muy poderoso y magnífico príncipe Cárlos, duque de Borgoña, de Lothryckc, de Brabante, de Limburgo, de Luxemburgo, de Güeldres, conde de Flandes, de Artois, de Borgoña, Palatino de Haynneau, de Holanda, de Zelanda, de Namur, de Zulphen, marqués del Santo Imperio, señor de Frisia, de Salinas, de Malinas, el cual, hallándose dotado grandemente de fuerza, de constancia y de magnanimidad, prosperó largo tiempo en altas empresas, batallas y victorias, tanto en Mont-le-Nery, en Normandía, en Artois, en Lieja, como en las demas partes, hasta que la fortuna, volviéndole la espalda, le faltó en la noche de los reyes de 1476 delante de Nancy. Cuyo cuerpo, depositado en el dicho Nancy, fué despues por el muy alto, muy poderoso y muy victorioso príncipe Cárlos, emperador de Romanos, quinto de este nombre, su sobrino segundo, heredero de su nombre, victorias y señoríos, transportado á Brujas, donde el rey Felipe de Castilla, Leon, Aragon, Navarra, hijo de dicho emperador Cárlos, le hizo colocar en este sepulcro al lado de su hija y única heredera, María, muger del muy alto y muy poderoso príncipe Maximiliano, archiduque de Austria, despues rey y emperador de Romanos.—Orad á Dios por su alma.—Amen.

Junto á la tumba del duque Cárlos, está, como hemos dicho, la de la duquesa María. Lo mismo que su padre, está representada tendida sobre su sepulcro, transformado en lecho de honor; como su padre tambien tiene el manto real y la corona soberana. Dos perros, símbolo de la fidelidad, están echados á sus pies.

Hé aquí, en fin, el epitafio de la hija, que no escede en nada al del padre:

Sepultura de la muy ilustre princesa, señora María de Borgoña, por la gracia de Dios

archiduquesa de Borgoña, de Lothrycke, de Brabante, de Limburgo, de Luxemburgo, de Güeldres, condesa de Flandes, de Artois, de Borgoña, Palatina de Haynneau, de Holanda, de Zelanda, de Namur y de Zutphen, marquesa del Santo Imperio, señora de Frisia, de Salinas, de Malinas, esposa del muy ilustre principe Mgr. Maximiliano primero, archiduque de Austria, y despues rey de Romanos, hijo de Federico, emperador de Roma, cuya señora murió en este siglo á la edad de veinte y cinco años, el dia XXVII de marzo, dejando como heredero á Felipe de Austria y de Borgoña, su único hijo varon, de edad de tres años, nueve meses, y tambien á Margarita su hija, de edad de cuatro años y nueve meses: vivió en matrimonio virtuosamente y con apacible amor con el dicho señor su marido, sentida, lamentada y llorada de todos sus súbditos y los demas que la conocian tanto como no lo fué jamás princesa alguna.—Orad á Dios por su alma.—Amen.

En el mes de mayo de 1810, Napoleon, este otro temerario, se hizo abrir las puertas de la capilla del duque Cárlos; y como si hubiese adivinado que á pesar de estar en el apogeo de su gloria, tambien él habia de tener su Morat, su Granson y su Nancy, dejó piadosamente diez mil francos para que se empleasen en el adorno de la capilla del duque Cárlos y de la duquesa Maria.

Verdad es que habia ya tomado de aquella capilla su mas bello adorno, con el que hizo un regalo al Museo de París. Hablamos de la efigie de la Virgen y del niño Jesus de Miguel Angel.

He aqui la historia de este grupo florentino que nos admiramos de encontrar perdido entre las brumas de la Flandes.

La obra del sublime tallista de mármoles estaba destinada á la ciudad de Génova, cuya ciudad, cuando estuvo concluida, envió para recogerla uno de sus mil buques; mas cuando el buque volvia, fué capturado por uno de los corsarios holandeses que corrian entonces los mares llevando en lo alto de su mástil una escoba por pabellon. El corsario se creyó robado atrozmente cuando vió que el buque genovés tenia por todo cargamento una efigie de la Vírgen; asi, su primera intencion fué hacerla pedazos y arrojarla al mar. Sin embargo, reflexionó que por poco que valiese aquella imágen valdria algo, y que este algo en todo caso valia mas que nada. En consecuencia, volvió con su presa á Amsterdam, donde gracias al espíritu artístico de los holandeses, que se habia desarrollado ya en aquella época, la tuvo en su poder por espacio de dos años, sin encontrar en aquel tiempo un solo aficionado. Por fin, un comerciante de Brujas, llamado Pedro Mouseron, habiendo visto el grupo, se le ocurrió hacer con él un regalo á la iglesia de Nuestra Señora.

Como el corsario holandés tenia prisa por salir de semejante depósito de comercio, al darse á la mar habia dado órden á su representante se deshiciese de él á cualquier precio; de modo que este creyó haber hecho una escelente venta cogiendo la palabra al buen comerciante de Brujas, que le ofreció cincuenta florines. Este por su parte, viendo la facilidad con que aquel le daba la mercancía, se creyó robado y ofreció diez florines para invalidar la venta. Mas el representante se mantuvo firme, de modo que el pobre Pedro Mouseron se encontró por la suma de cincuenta florines, que tenia sobre sus espaldas, como se dice en términos de mostrador, una obra maestra de Miguel Angel. Como vió entonces que el regalo en si mismo era bastante mediano para tratar de obtener de la iglesia lo que él queria, es decir, una sepultura en una de sus capillas, se comprometió á hacer ejecutar á sus espensas el altar de mármol sobre el que se colocaria el grupo. Mediante esta doble promesa, que cumplió religiosamente Pedro Mouseron, fué sepultado delante del altar.

Al regreso de los Borbones, el grupo de Miguel Angel volvió á ocupar su sitio en la capilla de Cárlos el Temerario.

Pero los tiempos de prosperidad pasaron muy pronto para la capital de Flandes, y con la reforma religiosa vinieron las disensiones civiles, y á consecuencia de las disensiones civiles la caida del comercio. Ahora bien, el comercio era lo que sostenia toda la fortuna de Brujas. La ciudad se encontró, pues, poco á poco en estado de ruinas, y su opulencia de cuatro siglos desapareció en menos de cincuenta años. Desde entonces Brujas la bulliciosa cayó en un sombrío silencio y pasó desapercibida á través de los acontecimientos políticos que se sucedieron: tanto, que aparte de los motines que de tiempo en tiempo vinieron á galvanizarla, parece, segun confesion de uno de sus habitantes (1), una ciudad de los cuentos árabes, donde todo parece herido por el sueño.

Gracias al camino de hierro, inaugurado tan solo hacia tres dias, encontramos á Brujas en uno de sus accesos de sonambulismo: nos aprovechamos de esta agitacion inusitada para volver á descubrir un carruage, caballos y un cochero: no fué cosa fácil; mas á fuerza de pesquisas, ayudados por un natural del pais, lo conseguimos por fin. Hicimos nos protestase el cochero que su tiro no se dormiria en el camino, y partimos para Blakenberghe con la sola intencion de dirigir una mirada al Océano, que no habia visto yo hacia tres ó cuatro años, de lo que comenzaba á cansarme.

Desgraciadamente, el Océano no es visible todos los dias. Subimos sobre los mogotes y

(1) Octavio de Lepierre, *Guia de Brujas*.

buscamos con la vista; pero habia echado su velo de vapores, y nos fué preciso contentarnos con oirle rugir sordamente. Supimos que estaba siempre en el mismo sitio, y esto nos bastó.

Comimos en Blakenberghe, encantadora aldea del gusto holandés, y enteramente poblada de pescadores: en seguida volvimos á dormir á Brujas.

Al dia siguiente estábamos de regreso en Bruselas, donde encontré una carta del señor Van Praët: el rey, que habia tenido la bondad de notar que no nos habiamos vuelto á encontrar, me invitaba á comer de allí á dos dias en Malinas. En este dia habia gran funcion religiosa en la cabeza de distrito del segundo círculo de la provincia de Amberes.

Celebrábase allí el jubileo de 850 años en honra de Nuestra Señora de Hanswyck.

EL JUBILEO DE 850 AÑOS.

Acepté la invitacion con tanto mas placer cuanto que desde que estaba en Bélgica, no oia hablar mas que del dicho jubileo de Malinas.

Justo es decir que despues de Nuestra Señora de Loreto y Nuestra Señora del Monte Carmelo, Nuestra Señora de Hanswyck es una de las Madonas mas veneradas en el orbe cristiano.

Como sus rivales, su primera aparicion es milagrosa. Un bagel, de una forma estraña y desconocida, se detuvo un dia en el Dyle; entraron en él pescadores y encontraron allí la efigie de la Vírgen que se adora hoy. Aquella detencion indicaba el deseo que tenia la Madona de que se la edificase un templo en aquel sitio. No dejaron de satisfacerlo, y edificaron la primera iglesia, que fué destruida en 1578 y reedificada en 1676.

El 15 de agosto de 1838 se cumplian precisamente ochocientos cincuenta años que la Vírgen de Hanswyck habia manifestado de una manera tan evidente su predileccion á los habitantes de Malinas, y el jubileo á que habia sido invitado á asistir tenia por objeto celebrar aquel alegre aniversario.

Este dia no se trataba de caminos de hierro; habia salidas de media en media hora, se habia aumentado cada convoy con cincuenta carruages; pero con solo ver la multitud que se apiñaba en la estacion, era fácil comprender que las salidas, por aproximadas y multiplicadas que fuesen, no bastarian á llevar la mitad de aquella afluencia que se estendia formando cola en el momento en que yo debia volver al ayuntamiento. Tomé, pues, el partido de ponerme en busca de un carruage, que con mucho trabajo, y mediante dos luises diarios, conseguí al fin encontrar.

Hay cuatro leguas de Bruselas á Malinas y sin embargo, todo el camino estaba cubierto de gentes de á pie, casi tan juntas como los soldados de un regimiento que desfila; hombres y mugeres que marchaban con toda gravedad, como conviene á verdaderos belgas que creerian indigno de ellos divertirse como los *frausche-padden* ó *franquillones*. Por consiguiente, no hay peligro de que se confundan jamás con los aturdidos franceses, como nos llaman los mas políticos de entre ellos.

Por lo demas, la mirada del cicerone brujelés me habia maravillado por su sagacidad en los dos ó tres dias que habia permanecido en la capital de Bélgica. No podia dar un paso fuera de la fonda sin verme asaltado por gentes que me ofrecian, los unos conducirme al palacio del príncipe de Orange, los otros á Santa Gudula, estos al Ayuntamiento, aquellos al Jardin Botánico. Habia tenido por conveniente arreglar mi paso al del indígena que me precedia, aceptar sus modales nacionales y silbar canciones que no existen, mas no sé por qué habia sido conocido al momento como francés. Esto, lo confieso, me humilló mucho: habia creido que cuando tenia un pantalon á lo cosaco, mis manos metidas en los bolsillos, mi cinta de Leopoldo en el ojal, y no hablando, tenia el aire belga tanto como cualquiera otro; mas en este punto reconocí al momento que me habia equivocado. Así que terminé por tomar resueltamente mi partido y hacia dos ó tres dias que no se me ocurria siquiera disimular mi nacionalidad.

Preciso es decirlo en alabanza de aquellas honradas gentes de á pie, aunque compatriota de los vencedores de Amberes, llegué á las puertas de Malinas sin haber sido insultado: mas en la puerta me fué preciso apearme; habia allí tal multitud, que se habia prohibido á los carruages circular.

Eché pie á tierra, y guiándome por la torre de la catedral, una de las mas bonitas que existen, á pesar de estar sin concluir, llegué por fin á la plaza del Ayuntamiento. La Bélgica entera parecia haberse dado cita para Malinas. De seguro habia mil quinientas almas.

Pero lo que me quedaba que hacer era mucho mas difícil de ejecutar que lo que habia hecho: por mas celeridad con que fuí á Malinas, me habia retrasado, y encontré el Ayuntamiento defendido por una triple barrera de soldados, entre los que se hallaba la música tocando aires militares.

Cuando el flamenco está vestido sencillamente de paisano, condesciende en hablar en francés ó poco menos; pero cuando está so-

bre las armas, no comprende mas que su lengua nacional. Resultó, pues, que á pesar de proponerme esplicar lo mas políticamente posible á dos ó tres oficiales, que estaba invitado á comer por el rey Leopoldo, como no llevaba conmigo la carta de invitacion, mi prosa fué completamente ininteligible, de modo que no me quedaba mas recurso que intentar ganar por la fuerza mi posicion, cuando tuve la felicidad de ser visto por el señor Rodenbach, gobernador del distrito, quien conversaba en aquel momento en un balcon con el rey: llamó al punto sobre mí la atencion de S. M., quien viendo mi crítica posicion, tuvo la bondad de enviar en mi auxilio á un ayudante de campo. Segun parece, la palabra *Plaza* es igual en francés que en flamenco, porque apenas el ayudante de campo la pronunció se abrieron las filas y yo pasé triunfante.

Estábase ya á punto de ponerse á la mesa: sin embargo, el rey tuvo tiempo de presentarme á la reina, pobre jóven que cae de rodillas á cada rumor que oye procedente del lado de Francia; pude yo darla buenas y recientes noticias de algunas personas de su familia, y sin duda debí á esta circunstancia la graciosa acogida que me hizo.

La comida fué corta y bulliciosa; la escitacion que parecian esperimentar todos, y de que era la causa el jubileo, habia apartado á un lado lo que la etiqueta real tenia de mas rigoroso. Por otra parte, me pareció que el rey se semejaba mas á un padre rodeado de su familia, que á un soberano en medio de sus súbditos.

A los postres, se presentaron diputados en la procesion á pedir el permiso para ponerse en marcha; era muy larga, y era de temer si se tardaba mas que no pudiese desfilar todo durante el dia. El rey respondió levantándose y todos acudieron á los balcones. En el mismo momento, los soldados que estaban en la calle se formaron en fila, á fin de abrirse un paso por medio de la multitud. Oyéronse las trompetas, y se vió aparecer una mitad de cazadores á caballo, abriendo la marcha á la cabeza de la cabalgada una banda de música.

Detrás de la mitad de cazadores iba una banda de música de infantería.

Despues cuatro porta-estandartes de la Santísima Vírgen de Hanswyck: aquí comienza la procesion.

Procesion indescribible y de la que nos veremos obligados á citar pura y simplemente el programa, contentándonos con decir que, contra la costumbre, se seguia exactamente este programa.

Treinta y seis doncellas á caballo representando la letanía de la Santísima Vírgen, llevando en la mano derecha una bandera blanca, y en la izquierda, unas la *Casa de oro*, otras el *Espejo de Pureza*; el coro de ángeles con harpas y cantando himnos en honor de la Vírgen;

Una primer carroza representando la reina de los Angeles, precedida de tres genios;

Una segunda carroza representando la reina de los Patriarcas, precedida de tres genios;

Una tercer carroza representando la reina de los Profetas, precedida de tres genios;

Una cuarta carroza representando la reina de los Apóstoles, precedida de tres genios;

Una quinta carroza representando la reina de los Mártires, precedida de tres genios;

Una sesta carroza representando la reina de los Confesores, precedida de tres genios;

Una sétima carroza representando la reina de las Vírgenes, precedida de tres genios;

Una octava carroza representando la reina de todos los Santos, precedida de tres genios;

La gran orquesta de Malinas;

La Virgen de Malinas rodeada de nueve doncellas á caballo representando las virtudes de la ciudad de Malinas;

Oficiales de ordenanzas, ayudantes de campo del rey y grandes oficiales de la córte precediendo la carroza real;

Una novena carroza representando la familia real rodeada de las principales virtudes que le son propias;

Navío representando el bienestar de la patria;

El caballo Bayardo montado por los cuatro hijos de Aymon acompañado de sus potros;

La familia de los gigantes;

El abuelo de los gigantes, de emperador romano;

Dos camellos montados por amorcillos;

El camino de la fortuna;

Destacamento de caballería cerrando la marcha de la procesion.

Habia obrado con acierto la procesion enviando mensageros á S. M. para suplicarle apresurase su comida, porque empleó cerca de tres horas en pasar; verdad es que se componia de mas de trescientos personages y cuatrocientos caballos y que cada grupo se detenia ante los balcones reales para cantar su himno.

Por mi parte estaba maravillado, lo confieso; me encontraba transportado á una fiesta del siglo XV con todo su lujo religioso. Malinas habia espuesto ante nosotros sus mas hermosos hijos para figurar los amores, y sus doncellas mas hermosas para hacer de ángeles y de genios: y todo esto cubierto de joyas, terciopelo y seda. Tal pagé de diez años llevaba sobre sí valor de treinta mil francos en encages; el total del gasto era de ciento cincuenta mil francos. Ahora bien, Malinas no tiene mas que veinte y cinco mil almas de poblacion y ninguna otra ciudad habria competido con el lujo que desplegaba ella en este dia. Hubiera podido ser mejor aplicado este lujo; la forma de las alas de los ángeles no era la mas pura *Beato Angelico*; el corte de los vestidos hubiera podido tener un aspecto mas di-

vino si hubiesen sido cortados por un dibujo de Luis Boulanger; en fin, aquellos jockeys con gorros de terciopelo y gabanes anchos que se deslizaban furtivamente entre aquella sociedad celestial bajo pretesto de tener los caballos de la brida, alteraban un poco la armonía del conjunto. Pero en nuestros dias, como se sabe, no hay buena sociedad en la que no se mezclen algunos pícaros; es preciso no ser demasiado escrupuloso.

Tres personages de la procesion debian tener el honor de ser recibidos por el rey y la reina; eran estos la Vírgen de Malinas y los dos niños que representaban al rey y la reina de los belgas.

En efecto, al llegar á la puerta del ayuntamiento se bajó la Vírgen de Malinas, quedando á caballo las virtudes de la ciudad, y subió á la habitacion en que estaba el rey: le hizo en puro flamenco un cumplido á que el rey respondió en el mismo idioma. La reina se quitó una presilla y se la dió, con lo que la Vírgen se retiró muy contenta y dejó el sitio al pequeño rey y á la pequeña reina de los belgas.

Se bajaron estos de su carroza sin inquietarse por las virtudes que son propias de la familia real, como no se habia inquietado la Vírgen por las de la ciudad, y subieron á su vez. Sin duda se habia dado de antemano á los padres la noticia del trage del rey Leopoldo y de la reina Luisa, porque sus dos representantes estaban vestidos absolutamente del mismo modo, condecorado el reyecito con las mismas órdenes, y adornada la pequeña reina con las mismas joyas. Los reyes abrazaron á sus miniaturas, les llenaron los bolsillos de dulces, y los dos niños, sumamente gozosos, volvieron á subir en su carroza, ideando el modo de conservar su aire respetuoso al mismo tiempo que se comian sus confites.

Cuando todo hubo pasado, hasta el navío que representaba el bienestar de la patria, el cual iba sobre ruedas, hasta la familia de los gigantes y el caballo Bayardo, montado por los cuatro hijos de Aymon y rodeado de sus potros, el rey se volvió hácia mí.

—¡Y bien! me dijo. ¿Qué pensais de esto?

—Señor, respondí, pienso que la Bélgica toda entera está personificada en la fiesta que Malinas nos da hoy. ¡Un misterio de la edad media que se viene á ver por camino de hierro!

En efecto, no es uno de los menores trastornos de nuestra época ver á un príncipe protestante convertido de hecho en rey cristianismo.

Despues de aquello habia no sé qué ceremonia en la iglesia de Nuestra Señora de Hanswyck; el rey tuvo la bondad de ofrecerme un sitio entre sus ayudantes de campo; mas le dí gracias y le pedí permiso para separarme de él, puesto que dejaba yo á Bruselas al dia siguiente por la mañana, y no dejaba de estar algun tanto alarmado acerca del modo de volver allí puesto que los caminos de hierro sin duda estarian muy concurridos y segun todas las probabilidades habia perdido mi carruage. Conoció el rey la validez de semejantes razones, y me volvió mi libertad.

Me aproveché de ella inmediatamente para ir en busca de mi cochero y corrí á la puerta donde le habia dejado; mas como lo habia previsto no estaba allí. Volví al Ayuntamiento donde encontré al señor de Rodenbach, quien me ofreció con una figura encantadora, á mí y á las personas que me acompañaban, un asilo provisional que llegaria á ser definitivo si nuestro cochero no se encontraba. Aceptamos, y el señor de Rodenbach puso toda la policía del distrito en la pista de mi hombre.

A las nueve de la noche llegaron á anunciarnos que le habian encontrado borracho en las cocinas del Ayuntamiento, mientras que los caballos por su parte se comian la avena del rey. El bribon habia creido que puesto que yo habia sido invitado, él lo era tambien; y habia obrado en su consecuencia.

Volvimos á Bruselas con mucha mas velocidad que al ir á Malinas. La hospitalidad régia producia su efecto.

FONDA DE ALBION.

Al dia siguiente nos confiamos de nuevo, no á un cochero ébrio y á dos caballos bien repletos, sino á un mecánico, á dos rails y á unos treinta sacos de carbon, mediante los que anduvimos las diez ocho leguas que separan á Lieja de Bruselas en cuatro ó cinco horas. Cuando digo las diez y ocho leguas, me engaño; no anduvimos mas que diez y siete, puesto que el convoy se para á no sé cuantos miriámetros de Lieja. Allí caimos en medio de un ejército de ómnibus, cuyos cocheros se precipitaron sobre nosotros. Despues de haber sido tirados en distintos sentidos por espacio como de diez minutos, quedé como propiedad de uno de ellos, que me empaquetó en su vehículo; grité como un desaforado por mis maletas, mis paquetes y mis libros, y quise saltar violentamente del furgon: desgraciadamente era yo el catorce, de modo que sin inquietarse en lo mas mínimo con mis reclamaciones, el hombre del banquillo cerró la puerta, echó un pestillo y gritó al cochero: ¡completo! y partimos á galope para la patria de Malherbe, Regnier y Gretry. Despues de haber rodado asi tres cuartos de hora próximamente, en cuyos últimos momentos se habia detenido para dar libertad á cuatro ó cinco

de mis compañeros, hizo el ómnibus una nueva pausa, el hombre del banquillo volvió á abrir la portezuela, y dirigiéndose á mí:

—Aquí es vuestra fonda, me dijo.

—¡Ah! ¿Y cómo se llama mi fonda?

—La fonda de Albion.

—¿Y mis paquetes?

—Vendrán dentro de un momento.

—Mas ¿cómo los conocerán?

—¿Está escrito en ellos vuestro nombre?

—Sí.

—Está bien: estad tranquilo.

Me bajé del ómnibus, que volvió á partir á galope, y me encontré con el baston en la mano ante la fonda de Albion.

Esperé un instante por ver si salia alguien á recibirme; mas viendo que la puerta permanecia cerrada, tomé el partido de presentarme por mí mismo. Entré, pues, y pedí de cenar y una habitacion.

La huéspeda dormia en un rincon de la cocina; levantó la cabeza y me miró con un aspecto de asombro tal, que creí habia tomado una puerta por otra, y que me habia entrado en casa de alguna honrada ciudadana donde no tenia derecho de hacer semejante pregunta. Mas dirigiendo la vista á mi rededor, reconocí en el modo como estaban dispuestos la batería de cocina y los hornillos, que no tenia nada que reprenderme.

—¿Desea el señor alguna cosa? me preguntó la huéspeda.

—Sin duda, algo deseo.

—Entonces, si el señor quiere decir lo que desea....

Creí que no me habia portado con bastante política, y que la compatriota de Mathieu Laemberg queria darme una leccion de cortesía.

—En primer lugar, respondí, deseo saber cómo sigue vd.

—Caballero, estoy buena, ¿y vd.?

—Yo no me siento mal; solo sí tengo mucho apetito.

—¿Es vd. belga, caballero? replicó la huéspeda sin comprender al parecer la alusion directa con que iba yo á mi negocio.

—Perdone vd., soy francés.

—¡Ah! Vd. dispense, mas á nosotros los walones no nos gusta mucho alojar flamencos. Pero si vd. es francés, caballero, es otra cosa: no hay mas que hablar.

—Pues bien, desearia cenar, os lo juro.

—¡Oh! es muy tarde para cenar.

—Me parece que es una razon mas.

—En su lugar de vd., caballero, continuó la buena muger con aire despegado, yo no cenaria.

—¿Y por qué? si no lo llevais á mal.

—Mejor almorzaria mañana por la mañana.

—Espero almorzar muy bien mañana por la mañana, aun cenando esta noche; veamos, ¿qué hay en esta despensa?

¡Ah! dijo la huéspeda sin moverse de su sitio; si el caballero hubiese venido antes de ayer.... Antes de ayer era cuando estaba bien provista la despensa. Antes de ayer era dia de mercado, de modo que teniamos gallinas, patos y perdices.

—Escuchad, dije interrumpiéndola, no os pido una cena de tres entradas. Si no teneis gallinas.... ni patos.... (yo me iba deteniendo á cada volátil que nombraba) ni perdices.... ¿No? ¿ni perdices?.... (la huéspeda meneó la cabeza). ¡Pues bien! si no teneis ni gallinas, ni patos, ni perdices, tendreis un trozo de cebon ó de vaca fiambre, ¿eh?

—¡Oh, caballero! si hubiese sido ayer, me respondió la huéspeda; ¡oh! si, habia un magnífico trozo de cebon y un bonito pedazo de vaca, porque ayer era dia de matadero.

—Pues bien, de esos dos pedazos, ¿no os queda para componerme uno?

—Absolutamente nada; un flamenco ha comido lo último aun no hace dos horas. ¿Vos no sois flamenco?

—No, os he dicho que soy francés.

—¡Ah! es verdad. Es que nosotros los valones no podemos sufrir á los flamencos.

Esperaba yo sacar algo siguiendo su idea.

—Efectivamente, repliqué, es un pueblo bien miserable el pueblo flamenco; sin embargo, tiene una cosa de bueno, y es que en sus posadas, á cualquier hora que se llegue á ellas, se encuentra siempre algo que comer.

—¡Y bien! ¿creeis acaso que nadie se muere aquí de hambre?

—Jamás se muere uno de hambre, respondí haciendo, por acortar el diálogo que comenzaba á llevar algo lejos, una pregunta á mi huéspeda; jamás se muere uno de hambre cuando hay manteca y huevos.

—¡Oh! aquí, dijo la huéspeda, es el pais de la buena manteca, el pais walon.

—Sea enhorabuena.

—Desgraciadamente, hay costumbre aquí de no hacerla mas que una vez por semana.

—¿Y qué dia?

—El viernes.

—¿Estamos?....

—En miércoles.

—Asi que no teneis mas que manteca añeja.

—No tenemos de ninguna clase; ¡oh! nunca guardamos manteca añeja. Nuestra manteca es demasiado buena para conservarla.

—Entonces, ¡cómo ha de ser! dadme huevos: me contentaré con ellos.

—Esta mañana tenia cuatro docenas.

—No necesito tantos; mandad que me den cinco ó seis pasados por agua.

—Es preciso que os diga que nosotros los habitantes del pais walon no enseñamos practicantes.

—¿Practicantes de cirugía?

—¡Oh! conozco perfectamente que no sois flamenco: sois un corrido. Tanto mejor, porque los walones no podemos....

—Bueno, bueno, ya lo habeis dicho: no po

deis sufrir á los flamencos, ¿no es eso? Teneis razon; pero volvamos á los huevos.

—Pues bien, los huevos los he dado á empollar.

—¡Lléveos el diablo! cómo, ¿no os queda ni uno?

—¡Ah! si, creo que me queda uno de pava.

—Un huevo de pava no es despreciable; ¿dónde está ese huevo?

—Está muy fresco el que os ofrezco; puesto de esta mañana.

—Bueno.

—Con eso vais á cenar como un príncipe. Mirad, continuó la huéspeda abriendo la puerta de la alhacena, ¡es gordo!

En efecto era el tamaño de un huevo de avestruz.

—Vamos pronto, un puchero, me muero de hambre.

—¡Pardiez! no se tardará mucho; ved, siempre hay agua puesta al fuego. ¡Toma, toma! añadió la huéspeda cogiendo el huevo.

—¿Qué hay? pregunté asustado al ver su aire estupefacto.

—¡Sin duda habrá sido ese pordiosero de Valentin el que me habrá jugado esta pasada!

—¿Qué pasada?

—¿Está soplado?

—¿Quién está soplado?

—¡Pardiez, el huevo!

—¿Cómo, soplado?

—Si, soplado. ¡Figuraos que ese pordioserillo es peor que una comadreja! se vuelve loco por los huevos: cuando puede coger uno del gallinero, es asunto concluido; le hace un agujero en cada estremo con un alfiler, le sopla y lo sorbe calentito. Son escelentes para el estómago los huevos acabaditos de poner.

—¡Cómo! ¿y el miserable se ha sorbido ese?

—¡Ay Dios mio! sí.

—¡Un huevo de pava!

—Exactamente. ¡Es cosa de ver como le aprovechan! está fuerte como un turco.

¡Oh! ¡es un chico hermoso! Ya le vereis mañana.

—¡Oh! si, deseo que me le presenten, le daré gracias. ¡Qué canalla!

—¡Eh! señora huéspeda, dijo un mozo de esquina abriendo la puerta de la calle, aqui están los efectos del caballero belga que se ha apeado en vuestra casa.

Reconocí mi maleta á la luz de la lámpara, y me dirigí á la puerta; el conductor del ómnibus no me habia engañado: todo estaba allí.

—¿Sois, pues, belga? me preguntó la huéspeda.

—No, en verdad, no soy belga, soy francés. ¿Quereis ver mi pasaporte?

—Entonces, ¿por qué dices que este caballero es belga? replicó la huéspeda dirigiéndose al mozo.

—¡Toma! yo, digo que es belga, porque viene de Bruselas.

—En efecto, dijo la huéspeda como convencida por la exactitud del razonamiento.

—Ví que las cosas tomaban mal giro para mí, y que despues de no haber comido, podia ser muy bien que no tuviese cama. Me apresuré, pues, á meter mis maletas en la cocina y á pagar al mozo. Y llamando á la criada, la dije llevase mis efectos á mi habitacion.

—¿Vuestra habitacion? ¿Teneis una? me respondió la doncella.

—Todavía no la tengo, pero espero que vuestra ama tendrá á bien proporcionarme una.

—*Vergenia*, conducid al caballero al número treinta cinco, dijo la huéspeda.

—¿Quereis venir, caballero flamenco? me dijo la muchacha tomando la vela.

—Al menos, dije exhalando un gran suspiro, haced que me lleven á mi habitacion un pedazo de pan, agua y azúcar.

—Ea, buenas noches.

—Buenas noches. ¡Es tan difícil dar gusto á estos flamencos!

Tenia yo desgracia: en Bruselas no podia pasar por belga, y en Lieja no querian reconocerme como francés.

Seguí á *Vergenia*, como le llamaba la huéspeda en idioma walon, hasta el piso tercero; detúvose aqui al fin y me abrió la puerta de una habitacion, que á juzgar por los principios, lo confieso, no esperaba encontrar tan limpia.

—Aqui, dijo *Vergenia* dejando la vela sobre la chimenea, espero que estará vd. bien, caballero flamenco.

—Magníficamente, respondí; pero no olvideis mi pan, mi agua y mi azúcar.

—Se os va á subir todo eso inmediatamente.

—Está bien, esperaré.

—Bueno, eso es, esperad, dijo la jóven, y se fué.

Esperé media hora larga, y viendo que nadie acudia, tomé la vela y bajé. Todos estaban acostados en la casa. Saqué el relój, y eran las diez y media. Volví á subir á mi habitacion, y escribí en mi album de viage:

—No olvidar la fonda de Albion.

LIEJA VISTA DURANTE EL ALMUERZO.

Tan cansado estaba, que á pesar de la dureza de mi cama, no desperté hasta el dia siguiente á las nueve de la mañana. Me le-

vanté al punto, y como por lo que habia sucedido la víspera juzgaba inútil pedir el almuerzo, hice me indicaran inmediatamente la casa del señor Polain, archivero, para quien tenia una carta de recomendacion, vivia en la calle Pedregosa, junto á la ciudadela: habia media hora larga de camino desde mi alojamiento á su casa. Llegué allá con un hambre desesperada.

El señor Polain me salió al encuentro, dí mi nombre, y le entregué mi carta, que era del señor Van Praët. Tuvo la galantería, cuando supo quien era yo, de no dirigirla siquiera la vista, mas insistí, y al cabo la leyó.

—Caballero, le dije cuando hubo concluido, ¿existen lazos entre vos y el señor Van Praët, no es eso?

—Es mi amigo.

—¿Su recomendacion es eficaz?

—Me suplica en su nombre y en el de S. M., el rey de los belgas, que haga todo lo que pueda seros agradable.

—¿Y estais dispuesto, caballero, á acceder á la súplica de vuestro amigo y al deseo del rey?

—En un todo.

—Pues bien, señor Polain, podeis hacer una cosa que me será en estremo agradable.

—¿Cuál? hablad al instante.

—Ofrecerme de almorzar.

—¡Cómo! esclamó el señor Polain, con el mayor placer. ¿No habeis, pues, tomado todavía nada esta mañana?

—No he comido desde Bruselas.

—¡Desde Bruselas! ¿y cuándo habeis llegado?

—Ayer noche.

—¿Y no habeis cenado?

—No he podido conseguir siquiera un pedazo de pan y un vaso de agua.

—¿Pero dónde os habeis hospedado?

—En la fonda de Albion.

—Pues, sin embargo, es la mejor de la ciudad.

—¡Y bien! por ella rindo mi acatamiento á las demas.

—Mas debeis estaros muriendo de hambre.

—En toda la estension de la palabra.

—Parece increible.

—Perdonad, mas no hay nada de increible en ello: hace precisamente veinte y cuatro horas que no he comido, y permitido es tener hambre al cabo de veinte y cuatro horas.

—No digo eso, replicó riendo el señor Polain; digo que parece increible que no hayais podido conseguir el cenar.

—Oid, preciso es que os confiese una cosa, respondí, que creo me han tomado por flamenco, y eso es lo que me ha perjudicado.

—¡Oh! entonces no me admiro ya. Debo deciros que nuestra union matrimonial con Bélgica es una especie de matrimonio de conveniencia; vivimos separados los cuerpos, de tal modo, que cuando un liejés va á Lovaina, dice: voy á Flandes.

—Pero vos, le dije, me reconoceis por francés tal, ¿no es eso?

—Si, como lo que hay aqui de mas francés; asi, vamos á almorzar, perded cuidado.

No obstante, á pesar de esa seguridad, como la puerta del comedor estaba abierta, y desde la sala en que estábamos me era fácil ver que no se hacia preparativo alguno, comenzaba á tener alguna alarma; mas al cabo de un instante, nos anunciaron que el almuerzo estaba servido.

—Venid, me dijo el señor Polain, os doy de almorzar en mi azotea; desde ella vereis toda la ciudad; quiero reconciliaros con ella.

—A fé mia, le dije, habeis escogido el mejor medio; ciudad muy linda es la ciudad que se ve mientras se almuerza.

—Espero que no os retractareis.

En efecto, arrojé un grito á la vez de júbilo y de admiracion; un grito de júbilo al aspecto del almuerzo, un grito de admiracion al aspecto de la ciudad; me senté á la mesa de modo que viese la una, mientras hacia honor al otro.

Como presumo que la descripcion de aquel bienaventurado almuerzo, por mas deseado que hubiese sido de mí, tendria menos que mediana importancia para el lector, me contentaré con señalar dos vinos que recomiendo á los aficionados: el uno es un vino de Mosela de la Montaña Negra, del año 1834; el otro es un vino del Rhin, llamado leche de la Vírgen, milésimo pasable.

La humeante ciudad que estaba tendida á mis pies fué fundada por el año 550, por San Monulfo, obispo de Tongres. Este digno prelado al ir al castillo de Chiévremont se admiró de la belleza del sitio, y decidió edificar allí una iglesia á San Cosme y San Damian; añade la leyenda, que las gentes del obispo vieron en aquel parage una flamígera cruz, mas como no insiste sobre esto en otra parte permitido es creer, que son cuentos de desocupados.

A principios del siglo VIII, San Huberto trasladó la silla episcopal á Lieja, habiendo sido ya antes trasladada de Tongres á Maëstricht: comenzaba, pues, Lieja á ocupar sériamente su lugar en el mundo, cuando en 882 fué asolada por aquellos normandos vaticinados por las lágrimas de Carlo-Magno.

El piadoso emperador no estaba ya allí para espulsar á aquellos antiguos enemigos, ó reparar los desastres que habian causado; pero la Providencia envió á los liejeses el obispo Notger, antiguo abad de San Gall, quien durante un episcopado de treinta y cinco años, reedificó la ciudad, embelleciéndola como nunca habia estado. Por lo que un verso contemporáneo consagra el reconocimtento debido por Lieja al piadoso obispo. Hele aquí:

Notgerum Christo, Notgero cætera debes.

Es decir:

Tú debes Notger á Cristo, y lo demas á Notger.

Esto, como se ve, es dejarle la parte mejor; pero Notger no merecia menos. Cuando fué á establecerse á Lieja, la ciudad, á pesar de su pobreza y desventura, la encontró puesta á rescate por un tiranuelo que habitaba ese famoso castillo de Chiévrecourt, á donde iba el buen San Monulfo cuando el sitio en que está fundada hoy la ciudad de Lieja, tuvo la felicidad de agradarle. Cuanto mas pequeños son los tiranos son mas quisquillosos: este se metia en los negocios de todos; conocia las rentas de cada uno y lo primero era su diezmo: semillas, dinero y mugeres; lo cual habia llegado á ser insoportable para los buenos liejeses. Mas como el señor Idriel (el nombre no hace al tirano, como se ve); mas, digo, como el señor Idriel habitaba el castillo de Chiévremont, y el castillo de Chiévremont, antigua fortaleza de los reyes de la primera raza, estaba situado sobre rocas inaccesibles, era preciso decidirse y poner buen rostro á la mala fortuna; esto era lo que hacian los buenos liejeses, mientras el obispo Notger, menos sufrido, meditaba un medio para desembarazarse del enemigo comun. Este medio le proporcionó el mismo Idriel.

La muger de Idriel acababa de dar á luz un hijo; como este hijo era muy deseado en la casa, porque el noble señor no tenia mas que hijas, resolvió hacer el bautizo con gran ostentacion. Acaso causará admiracion que tal bribon pensase en bautizar á su hijo, pero hay ejemplos de esas anomalías. Idriel era devoto: esta era su debilidad; habia tomado por divisa: *Enemigo de todos, amigo solo de Dios;* lo cual no era sino pura fatuidad, como se comprende, siendo Dios mas delicado que todo eso en la eleccion de sus amigos, como lo prueba el proverbio: «Muchos son los llamados y pocos los elegidos.»

Sea de esto lo que quiera, Idriel, deseando que se bautizase su hijo, y queriendo que la cosa se hiciese con pompa, envió á prevenir á Notger que estuviese prevenido para el bautismo. Esta era la ocasion que tanto tiempo hacia esperaba el buen obispo. Le envió por consecuencia en contestacion que iria al dia siguiente á las cinco de la tarde con todo su clero al castillo de Chiévremont.

Al dia siguiente, el obispo convocó al palacio episcopal á veinte y cinco de los mas valientes y robustos liejeses que conocia, mandándoles fuesen armados completamente, y cada uno por su lado, á fin de que no se sospechase nada. Cuando los tuvo en una sala del piso bajo de su palacio, mandó le llevasen albas y sotanas, los trasformó en chantres y sacristanes; dió al uno una cruz, al otro el incensario, encargó á los que nada llevaban cantasen hasta desgañitarse, para que no tuviesen el aspecto de gente intrusa; en seguida, y despues de haberles hecho se asegurasen de que las hojas salian con facilidad de las vainas, emprendió con sus veinte y cinco hombres el camino del castillo de Chiévremont.

Idriel le esperaba á la puerta con su hija Isabel, su muger Bertha y su reciennacido, que aun no tenia nombre. Colocóse humildemente entre la comitiva del obispo, cantando los responsorios, y de este modo entró en la iglesia.

Entonces el obispo, viéndose introducido en el centro del castillo, juzgó que era llegado el momento favorable, y levantando la sagrada hostia que tenia oculta para esta grande ocasion: «¡En el nombre de Dios vivo cuya imágen veis entre mis manos! esclamó; ¡en nombre del verdadero gefe de la Iglesia; en nombre del emperador; en nombre de la iglesia de Lieja, yo, Notger, tomo posesion del castillo de Chiévremont!» Al decir estas palabras, que debian ser la señal, chantres, pertigueros y sacristanes desenvainaron sus espadas, y quisieron arrojarse sobre Idriel, que el santo obispo habia encargado prendieran vivo. Desgraciadamente, no se puede ser á la vez un piadoso prelado y un gran general. Notger habia cometido una falta de estrategia no dejando que Idriel se introdujese mas en la iglesia: así, como estaba cerca de la puerta, huyó, llevándose á su muger y sus hijos, y se precipitó con ellos desde lo alto de las murallas, con lo que si Satanás salió ganancioso en la cuenta, Dios no obtuvo la suya.

Por lo demas, como á los habitantes de Lieja les era igual, no quedaron menos reconocidos á su obispo, y habiendo demolido el castillo, con sus mismas piedras edificaron una capilla.

Una vez desembarazado de Idriel, Notger consagró todos sus desvelos al ornato de la ciudad. El Mosa no corria aun por lo interior de Lieja: llevó la muralla hasta mas allá del rio, mandó construir un canal que pasaba al pie de la ladera de Santa Cruz, y cuyos restos se ven todavía hoy, y construir una triple línea de fortificaciones con bastiones, fuertes y torres, de las que despues de mil años, aun se conservan ruinas. En fin, no creyendo la antigua catedral digna de representar la metrópoli de una silla tan importante como Lieja, la mandó derribar, y en el mismo sitio edificar una nueva.

En 1106, el emperador Enrique IV, huyendo del antiguo castillo de Ingelein, donde le habian encerrado su hijo despues de haberle arrancado la corona de la cabeza y el cetro de la mano, acudió á refugiarse á Lieja, donde quiso proporcionarse un retiro seguro fortificando las alturas de Santa Valburga y San Bartolomé, de modo que estos dos barrios, que no eran mas que arrabales, desde aquella época quedaron enclavados en la ciudad.

En 1131, el papa Inocencio II fué á presidir un concilio en Lieja, lo cual acabó de darle importancia. El papa celebró el oficio divino en la catedral de San Lamberto, quien contaba entonces entre sus canónigos los dos hijos del emperador, siete hijos de reyes y treinta y cinco hijos de duques ó condes soberanos. Mas la maravilla de aquella augusta asamblea, dice un antiguo cronista: *Era San Bernardo que pasó por Lieja, en donde hizo muy bellas cosas y muy provechosas á la Santa Iglesia, y adquirió allí gran fama.* En aquel tiempo, como se ve por el cronicon, se hallaba un francés bastante lindo en Lieja.

En todo aquel tiempo, á cada nuevo obispo, los liejeses obtenian una nueva concesion, tanto que de concesiones en concesiones concluyeron por obtener de Alberto de Cuyek una carta como pocos pueblos podian vanagloriarse de tenerla en aquella época. Esta carta les hizo mas exigentes. Cuanto mas obtienen los pueblos, mas quieren tener. Y desde esa fecha comenzaron entre los liejeses y sus obispos las contiendas que no terminaron hasta 1794.

Una de las revueltas mas célebres de los liejenes, fué la que se verificó á propósito de Juan de Baviera. Este jóven señor no tenia mas que diez y siete años cuando fué investido con el principado de Lieja, y sintiéndose en aquella edad con mas inclinacion á los placeres del mundo que á las austeridades eclesiásticas, aceptó el obispado, pero no quiso recibir las órdenes: no iba aquello con los liejeses; tenian costumbre de ser regidos por la mano suave de sus obispos, y temian el guante de hierro de los caballeros; asi, le declararon que mientras tuviera el casco en la cabeza, no permaneceria en su ciudad; que no tenia mas que ponerse la mitra, y entonces volverian á ser sus muy humildes servidores. El príncipe no era el mas fuerte por el momento, y por tanto le fué forzoso salir de Lieja. Apenas volvió la espalda, eligieron los liejeses por su obispo y señor á Thierry de Hora, hijo de Enrique de Hora, señor de Perwez. Este último fué nombrado *consejero*, y por este título tomó la administracion temporal, mientras su hijo se encargaba de la espiritual.

Desgraciadamente para los liejeses, que se apresuraban á arreglar asi sus negocios, Juan de Baviera era hermano del conde de Hainaut y del duque de Borgoña. Recurrió á ellos, y como buenos hermanos fueron en su auxilio.

Mas como los hombres de armas que el duque habia convocado apresuradamente en sus estados no estaban reunidos, y los liejeses por el contrario, que habian comprendido que las cosas no terminarian asi, tenian delante de Maëstrich un campamento tan bien fortificado que parecia una ciudad, el duque de Borgoña, á pesar de su carácter poco pacífico, comenzó por negociar, y les envió un mensagero que llevaba palabras de paz: pero el duque de Borgoña tenia que habérselas con un populacho sumamente grosero, que dió por toda respuesta á su embajador un papel doblado en forma de carta, el cual contenia una respuesta que no se podia leer ni oler.

La chanza era picante: asi el duque Juan apresuró un reclutamiento con tanta actividad que no tardó en encontrarse á la cabeza de un buen ejército. En aquel momento recibió por intermedio de messire Guichard, delfin de Aubernia, una carta del rey de Francia en que le invitaba á desistir de toda empresa contra los liejeses reservándose él la decision de aquel negocio.

Pero el duque Juan estaba demasiado herido con el insulto que le habian hecho para quedarse asi: respondió por tanto á messire Guichard, delfin, que era aquel un negocio que de ningun modo pertenecia al rey de Francia, el cual estaria de mal humor á buen seguro si hubiese recibido una carta escrita con la misma tinta; y por consecuencia iba primero á enseñar cortesía á aquellos insolentes y en seguida iria á la córte de Francia.

A lo que Guichard, delfin, respondió que monseñor de Borgoña tenia mucha razon; en prueba de lo cual le pidió un puesto en su ejército á fin de cooperar en lo que pudiera á la leccion que el duque prometia dar á las buenas gentes de Lieja.

Entonces los borgoñones avanzaron por aquella antigua via romana que atraviesa todo el pais de Lieja y que se llama la calzada de Brunchaut. Mas en vez de intimidarse al aspecto de aquella gran reunion, pidieron los rebeldes marchar á su encuentro. El señor de Perwez hizo todo lo que pudo para impedirles cometer aquella imprudencia; mas viendo que empezaban á acusarle de cobardía, hizo publicar en todo el pais que el 22 de setiembre por la mañana los que quisieran marchar con él no tenian mas que reunirse al sonido de la gran campana del Ban.

En el dia convenido se encontró con treinta mil hombres entre los que habia de quinientos á seiscientos caballeros armados al estilo de Francia y ciento veinte arqueros ingleses.

Entonces el señor de Perwez se adelantó en medio ellos y levantándose sobre sus estribos les dijo:

—Amigos mios, os he espuesto frecuentemente que dar batalla á nuestros adversarios, era esponerse á un gran peligro; todos son nobles, acostumbrados y esperimentados en la guerra de buen órden y conducidos por una sola voluntad. Creo que hubiese sido mejor permanecer en nuestras ciudades y fortalezas, dejarlos correr la campiña, tomar sus avanzadas y destruirlos poco á poco; pero veo que mis observaciones no os son agradables. Os fiais en vuestro número y en vuestros

arqueros y voy á llevaros á la batalla contra los enemigos. Os encargo mucho que permanezcais unidos: no tengais mas que una voluntad y estar resueltos á morir juntos para defender vuestro pais.

Por su parte el duque de Borgoña, viendo toda aquella multitud acampada delante de Tongres, se dirigió de este modo á sus caballeros:

«Por la gracia de Dios y de Nuestra Señora, henos aqui frente á los rebeldes que han violado el respeto á la religion profanando las iglesias, rompiendo los vasos sagrados y esparciendo por tierra los santos óleos. Marchad atrevidamente contra esa gente baja; no temais nada de esa estúpida y salvage multitud que pone toda su confianza en su gran número: esas gentes no son á propósito mas que para la fabricacion y el comercio »

Al punto profirió su grito de «Nuestra Señora, al duque de Borgoña,» y se puso en marcha.

Ahora ved aqui el parte de la batalla escrito por el mismo duque: se dirige al duque de Brabante.

«Carísimo y queridísimo hermano. He recibido la carta que me habeis enviado con el portador de esta haciendo mencion en ella de que habeis sabido de que por la gracia de Nuestro Señor he batido á los liejeses, y que si os hubiera noticiado el dia de la batalla hubiérais asistido á ella voluntariamente. Querreis, pues, saber, carísimo y honradísimo hermano, cómo han pasado las cosas y porque ya podreis conocer que no hubiera podido noticiaros la jornada bastante á tiempo. La verdad es, queridísimo y honorable hermano, que nuestro cuñado de Haineaut y yo entramos en el pais de Lieja con buena y numerosa compañía de caballeros y escuderos el jueves último y hemos llegado por dos partes fijando los campamentos á una legua de una ciudad llamada Tongres, en Hsbaing, y alli tuvimos noticia que en aquel dia el señor Perwez, y todos los liejeses con él se habian trasladado del sitio que ocupaban ante la ciudad de Maëstricht para salirnos al encuentro. Por estas cosas, el dicho cuñado Haineaut y yo enviamos el domingo por la mañana algunos de nuestros espías por el pais para saber la verdad, los cuales nos trajeron como cierta la noticia de que habian visto á los liejeses formados en batalla y en muy gran número que se dirigian hácia nosotros. Ordenamos nuestras filas y unimos nuestras gentes para ir al encuentro de los dichos liejeses. Cuando hubimos andado como una media legua los vimos á todos bastante próximos á la ciudad de Tongres; y despues el dicho cuñado y yo, unidas nuestras gentes, nos detuvimos en un sitio bastante ventajoso, creyendo que alli nos acometerian, y pusimos toda nuestra gente en un solo cuerpo para sostener mejor el choque y la carga que los dichos liejeses estaban dispuestos á darnos, y ordenamos dos alas de gente de armas y de proyectiles: inmediatamente despues se aproximaron á nosotros como á la distancia de tres tiros de arco y se dirigieron sobre la derecha hácia la dicha ciudad de Tongres á fin de unirse á los de aquella ciudad, que serian diez mil; y alli se detuvieron con muy buen órden é hicieron incontinenti disparar muchos cañonazos; y cuando hubimos esperado un poco y vimos que no se movian, el dicho cuñado y yo, por el parecer de nuestros buenos caballeros y capitanes de nuestra compañía, deliberamos ir sencilla y tranquilamente á combatirlos en sus posiciones y que avanzarian para descomponer el grueso y derrotarlos cuatrocientos hombres á caballos y mil escuderos atrevidos que los deshiciesen por detrás cuando marchásemos sobre ellos; y para conducirlos enviamos al señor de Croy, al de Helly, al de Roni, vuestros chambelanes y los mios, Enguerrando de Bourneville, de Robin, Leroux, mis escuderos, y asi lo hicieron: y de este modo como á la una de la tarde marchamos en nombre de Dios y de Nuestra Señora á caer contra ellos, y en muy buen órden los alcanzamos y combatimos de tal modo, que por la gracia de Dios y con la ayuda de Nuestro Señor, la jornada fué nuestra. A la verdad, carísimo y amadísimo hermano, los que tienen en esto conocimiento dijeron que no han visto jamás luchar mejor ni resistir tan bien como estos lo han hecho; porque la batalla duró cerca de una hora y media, y por espacio de una media hora no se supo quién llevaba la ventaja; y han sido muertos de ellos el señor Perwez, el intruso de Lieja, sus hijos, y veinte y cuatro ó veinte y cinco mil liejeses, segun puede saberse por el cálculo de los que han visto los cadáveres, y todos ó la mayor parte estaban armados y tenian consigo quinientos hombres á caballo y cien arqueros de Inglaterra. Sucedió que al fin de la batalla los de Tongres salieron armados para socorrer á los liejeses y se acercaron á tres tiros de arco; pero cuando vieron cómo iba la cosa, volvieron la espalda en precipitada fuga y fueron alcanzados por las gentes de á caballo de nuestra banda, y hubo muchos muertos de su parte. En la dicha batalla habremos perdido de sesenta á ochenta caballeros y escuderos, lo que me causó gran disgusto porque no eran de los peores. ¡Dios los perdone! Y en cuanto al número de los liejeses que podian ser, he sabido, queridísimo y amadísimo hermano, por algunos prisioneros hechos durante la batalla, que partieron del asedio el sábado por la mañana cuarenta mil; que salieron de la ciudad de Lieja, donde dejaron como unos ocho mil, de los que pareció al señor de Perwez no eran convenientes, y el dicho domingo, dia de la batalla, partieron de la dicha ciudad de Lieja treinta mil ó mas para ir contra nosotros: y ademas, carísimo y amadísimo hermano, os

agradará saber que ayer el dicho cuñado de Lieja vino muy bien acompañado por su cuñado de Holanda, y como hoy las ciudades de Lieja, Huy, Tongres, Dinant y otras buenas ciudades del pais han venido á rendirnos obediencia suplicando al dicho cuñado de Lieja quisiese tener piedad de ellos y recibirlos á merced. Lo cual ha hecho por mediacion del dicho cuñado de Haincaut y yo siempre que todos los culpables, de los que todavía hay muchos, se rindan y entreguen en manos del dicho cuñado de Lieja, para hacer de ellos lo que le agrade ordenar; y con esto las demas ciudades han hecho su sumision de todo lo que podian haber cometido contra dicho cuñado de Lieja, todo segun lo ordenado por el dicho cuñado de Haincaut y yo, para cuya ejecucion toda buena ciudad dará la garantía que queramos.

«Queridísimo y amadísimo hermano, el Espíritu Santo os tenga en su santa guarda.

«Escrito en mi alojamiento en el campamento delante de Tongres, el dia 25 de setiembre.

«Vuestro hermano,

«El Duque de Borgoña.

«Conde de Flandes, de Artois y Borgoña.»

La gracia que el príncipe concedió á los liejeses no fué grande, porque el duque Juan recibió por la batalla el título de *Juan sin Miedo*, y Juan de Baviera, por las ejecuciones que la siguieron, el de *Juan sin Piedad*.

En efecto, cortáronse las cabezas de los señores de Rochefort y de Seraing y de la viuda de Perwez, y unos veinte rebeldes de clase inferior fueron arrojados al Mosa. El señor de Perwez y su hijo fueron hallados entre los cadáveres en el campo de batalla, cogidos de la mano. Al dia siguiente, cuando Juan de Baviera entró en Maëstricht, le presentaron en las puntas de dos lanzas las cabezas de sus dos enemigos.

Esto era pagar algo caro una chanza de cuerpo de guardia.

A Juan de Baviera sucedió Juan de Valenrode; luego subió al trono episcopal Juan de Hensberg; y por último, le llegó su turno á Luis de Borbon: en su reinado fué cuando tuvieron lugar entre Cárlos el Temerario y Luis XI aquellas desavenencias tan admirablemente descritas por Walter Scott, y que terminaron con la toma de la ciudad.

El duque Cárlos permaneció allí ocho dias en medio de las ejecuciones, y la dejó dando órden de quemarla y demolerla, como habia hecho dos años antes con la ciudad de Dinant; esceptuáronse solamente las iglesias y las casas de los canónigos y sacerdotes. Felizmente, como Lieja era una ciudad clerical, sus casas componian un gran número, de modo que quedó en pie casi una tercera parte de la ciudad.

No tardó el obispo en obtener el permiso de reedificar cuatrocientas casas, por treinta sus, dados de una vez por cada una, y una renta anual de dos capones.

Reedificadas aquellas cuatrocientas casas, Luis de Borbon continuó sus construcciones sin decir nada, y Cárlos de Borgoña, que tenia por entonces á los trece cantones sobre sí, le dejó obrar á su voluntad.

Por desgracia, el Jabalí de las Ardenas, quien no teniendo tiempo para orar á Dios queria tener un hijo obispo, para que este hijo rogase por él, asesinó en un dia impensado á Luis de Borbon.

No fué el hijo, sino el sobrino de Guillermo de la Marck quien subió al trono episcopal. Era una buena rama ingerta, no se sabe cómo, en un tallo malo. El primer acto de su gobierno fué una ordenanza dada en union con los magistrados, por la que prohibia á los liejeses, so pena de tres años de destierro, echarse en cara unos á otros cosas que hubieran pasado durante las guerras civiles; tenia esperanzas de que si las bocas permanecian mudas, los corazones acabarian por olvidar. No fué esto todo; hizo que el emperador Maximiliano les volviera una por una todas sus libertades. Una de estas libertades, y la mas preciosa para el pueblo, era la eleccion de sus dos burgomaestres. Un reglamento de 1603 habia establecido de este modo estas elecciones: se sacaban á la suerte tres personas de cada oficio, y como habia treinta y dos oficios, la estraccion daba un total de noventa y seis individuos, y despues de este número se hacia una segunda estraccion de treinta y dos personas; estas treinta y dos personas eran las que, por mayoría de votos nombraban los dos burgomaestres. Los sesenta y cuatro restantes que la suerte no habia nombrado para desempeñar las funciones de electores, tenian el derecho de consejeros.

En esto, Fernando de Baviera asciende al trono episcopal y se anuncia para el diez y siete de enero de 1613 su entrada en la ciudad de Lieja.

Ciertamente, si no duró largo tiempo la buena armonía entre los liejeses y su príncipe, no fué porque éste tuviera queja de la acogida que se le hizo. El dia de su entrada fué un dia de fiesta: la guardia, compuesta de cien hombres, los arcabuceros, los ballesteros, los arqueros de Saint-Photien y de San Nicolás, los gremios de oficios con sus estandartes, estaban acantonados en las calles por donde debia pasar, y el consejo de la ciudad y los principales ciudadanos, ataviados con los trages españoles, esperaban al príncipe en el puentecito de la Creyr. Por fin, á las diez de la mañana repetidos cañonazos anunciaron que acababa de llegar.

Mas de ciento cincuenta caballeros de las mas nobles familias de Lorena, de Alemania y de Brabante escoltaban al obispo, que no tardó en llegar al puente de Creyr. Aquí le cumpli-

mentaron el consejo y los ciudadanos, y en seguida se pusieron en marcha precediendo al príncipe y dirigiéndose hácia la ciudad. Llegados á la puerta de San Leonardo, le presentaron las llaves de la ciudad, y antes de tomarlas, Fernando pronunció en voz alta el juramento instituido por los estatutos y que garantizaba los privilegios de los liejeses.

Cerca de San Jorge encontró la comitiva un teatro ricamente adornado, donde habia músicos que cantaban en loor del príncipe. Una doncella estaba allí de pie con una noble y rica vestimenta: esta jóven representaba la cité de Lieja. Al ver al obispo, se deslizó por un alambre invisible y en cuanto llegó á los pies de Fernando, le presentó un ramo de flores de lis y le dijo estos versos:

Príncipe grande de antigua nobleza,
príncipe grande de gran gentileza,
¿de dónde nos viene tan fausta ventura,
por qué nuestra dicha raya á tanta altura,
que dentro los muros de tu pobre Lieja,
te vienes y sientas tu silla bermeja,
dejando gustoso tu pingüe ducado,
renuncia habiendo hecho de tu arzobispado?
No tengo ¡ay príncipe! buen alojamiento,
que pueda probarte mi agradecimiento
por tan generoso y leal beneficio,
mas sabes que adicto te adora ferviente,
en torno á tu silla un pueblo valiente,
que diera su vida por tí en sacrificio (1).

Recitados estos versos con gran aplauso de los señores que acompañaban al obispo y de los ciudadanos de la poblacion, continuó la comitiva su marcha hácia la plaza del Mercado, donde se habian construido muchos teatros, y en los que se representaban misterios. Al lado de estos teatros se habian encendido tres grandes hogueras, y junto á estas hogueras se levantaban tres pirámides adornadas con guirnaldas con los colores de la casa de Baviera.

En cuanto llegó á la catedral, desmontó el príncipe, sacó de una bolsa que le presentaba su tesorero, y á medida que subia los escalones de San Lamberto, donde le esperaba el cabildo, muchos puñados de oro, que arrojó al pueblo, y habiendo dado acciones de gracias al Señor, hizo Fernando su entrada episcopal, y asistió al espléndido banquete que le habian preparado. Hasta la media noche no se dispersó el pueblo; mas al dispersarse, todavía hacia resonar el aire con aclamaciones de alegría y votos de prosperidad.

Seguramente debia creerse que despues de semejantes demostraciones hechas por ambas partes, todo marcharia perfectamente entre el obispo y los liejeses, mas no fué asi; los obispos cambiaban, las generaciones cedian el puesto á otras generaciones, pero los intereses quedaban siempre los mismos, y las revoluciones volvian á aparecer.

(1) Se recordará que almuerzo en casa del señor Polain. El es quien narra; yo aprovecho el tiempo perdido devorando un jamon de Mayenna, y bebiendo una vez un vaso de Bramberger, ya un vaso de Liëb fraumielk.

Sin embargo, habianse ya pasado muchos años en medio de las murmuraciones, recriminaciones y quejas, pero sin producir colisiones armadas. Verdad es que el dia de Santiago se aproximaba y que todo hacia presumir que la eleccion seria tumultuosa.

Aquella prevision no erraba: los Treinta y Dos, asi era como se llamaba á los electores por su número, los treinta y dos acababan de elegir burgomaestres á Raës de Chokier y Miguel de Selys; mas en el momento en que el heraldo proclamó estos dos nombres, los ciudadanos que estaban reunidos armados en la plaza y que esperaban á otros dos, dejaron oir tales murmullos y fueron seguidos de tan grandes voces, que todos comprendieron, aun el mismo obispo, que habia llegado el momento supremo. En medio de todos aquellos rumores, el nombre de Beckmaun incesantemente repetido, indicaba que sobre este era sobre quien recaia la mayoría popular. Pero el poder no podia ceder asi á una simple demostracion: por tanto el pueblo no paró en los gritos. Inmediatamente los ciudadanos derriban los guardias de los Diez y se precipitan hácia el sitio donde se verificaba el escrutinio. En aquel momento se hace un disparo de las ventanas del Ayuntamiento, el cual felizmente no hiere á nadie; mas sin embargo, se habia hecho una demostracion hostil: los fusiles cargados se dirigen al Ayuntamiento. De repente el gran dean de la catedral aparece en el balcon del Ayuntamiento:

—Ciudadanos, esclama, estendiendo las manos hácia el pueblo en señal de paz, la eleccion debe ser la espresion de los deseos de todos. Si somos engañados, decidlo, y elegiremos los burgomaestres de vuestra voluntad. ¿A quién quereis?

—A Beckmaun y Saud, responden todas las voces y al punto son proclamados estos dos nombres.

Ciertamente aquella vez la voz del pueblo era en realidnd la voz de Dios. Guillermo Beckmaun señor de Bieux-Sart era á la vez un hombre de altas cualidades y gran saber: desde 1608 habia sido ya nombrado cinco veces burgomaestre. Ademas de esto, durante el reinado de Hernesto de Baviera habia estado encargado de muchas misiones cerca de los Estados Generales y en la córte de Enrique IV. Durante esta larga vida de diplomático y político habia aprendido especialmente á conocer los hombres; asi Fernando de Baviera no le habia engañado ni por un momento, y desde el principio habia prevenido al pueblo de sus proyectos liberticidas. Adivínase, pues, que llegado al poder no tardó la lucha en empeñarse entre el obispo y el elegido del pueblo: mas contra este último todo se estrelló, amenazas y promesas: era el hombre de Horacio: las ruinas del mundo podian sepultarlo, pero no conmoverlos.

Un hombre semejante hacia inespugnable

la plaza. Asi, despues de haber intentado todo, se ensayó el veneno.

Pero se habian guardado bien de dar á Beckmann uno de esos venenos sutiles, uno de esos venenos á lo Médicis que mataban como el rayo simplemente con gustarlo ó respirarlo. No, se habia preparado uno de esos venenos á lo Borgia, como el que dió el papa Alejandro VI á Gem y al obispo de Cosenza; uno de esos venenos que hacen blanquear los cabellos y encorban lentamente los miembros, que paralizan el cuerpo muy paulatinamente, de modo que cada dia vais entrando una pulgada en la tumba; uno de esos venenos que os dejan la voz para lamentaros y los ojos para veros morir. Asi, que casi por espacio de un año Beckmann estuvo paralizado de su pierna y despues de sus brazos; los ciudadanos le llevaban en litera al Consejo y á las asambleas. Y alli, aquella boca moribunda se abria aun, no para hablar de sus padecimientos sino para los de sus compatriotas. En fin, aquel cuerpo empobrecido que se habia eternizado todo lo que pudo para hacer la felicidad de su patria, devolvió su alma á Dios y su polvo á la tierra. Pero su estátua, construida á espensas de todos, se erigió en medio del Mercado.

Sebastian Larnelle, su amigo y émulo le sucedió.

—¿Sebastian Larnelle, aquel que fué asesinado tan trágicamente en el banquete de Warfusée? pregunté yo.

—El mismo, me respondió el señor de Polain.

—Referidme entonces la historia de Sebastian Larnelle; si os agrada.

—Héla aqui.

Es el señor Polain quien continua hablando.

EL BANQUETE DE WARFUSÉE.

Algun tiempo antes de la muerte de Beckmann, y por consecuencia antes que Larnelle fuese burgomaestre, un estrangero habia ido á buscar asilo á la ciudad de Lieja; muchos rumores habian corrido acerca de él, porque era un noble señor llamado el conde René de Warfusée, que habia sido ministro de Hacienda de Felipe IV en los Paises Bajos. Unos decian que habia dilapidado odiosamente los fondos que le habian sido confiados, arruinado las rentas del Estado, y empeñado las alhajas de la corona, de modo que se habia visto obligado á abandonar de noche á Brusclas, donde despues de su partida habia sido ejecutado en efigie. Decian otros que tenian ante sí una de esas grandes víctimas del ódio de los poderosos, y en lugar de ver en Warfusée un culpable, le miraban como un mártir.

Sebastian Larnelle era del número de estos últimos: habiendo tenido sin cesar que luchar contra los grandes, sabia cuán obediente les estaba la calumnia, y no era de los que habian insistido menos para que, á pesar de las reclamaciones de Felipe IV, se mantuviese el derecho de asilo en favor del conde René de Warfusée.

Warfusée calculó que el emperador seria un escelente intermediario entre él y Felipe IV, y que si conseguia desembarazar á Fernando de su enemigo, Fernando no tendria por su parte nada que negarle.

En consecuencia, escribe á Fernando de Baviera que se tramaba un gran complot para entregar á los franceses la ciudad y el pais de Lieja, y que los gefes de ese complot eran Sebastian Larnelle y el abate Mouzon, embajador de Luis XIII cerca de la buena ciudad. Fernando nada cree, pero no tiene necesidad de creer; un asesinato es siempre un asesinato aun cometido por un obispo; alguna vez le ha pesado el de Beckmann, y aprecia tanto como otro su parte en el de Larnelle. Envia, pues, á René de Warfusée un antiguo fraile secularizado, llamado Grandmont, á quien ha hecho capitan de sus guardias: Grandmont lleva á Warfusée plenos poderes de Fernando. Estos dos hombres debian entenderse: el uno habia renegado del honor, el otro habia renegado de Dios.

El 12 de abril de 1637, Sebastian Larnelle recibió una invitacion para que fuese á comer á casa de René de Warfusée; aceptó. A esta comida estaba invitado tambien el abate Mouzon, embajador de Francia, el baron de Saisan y algunas otras personas.

Muchos amigos del burgomaestre, que veian con dolor la union de un hombre de crédito tan puro con otro de quien habia corrido tan fatal acusacion, intentaron convencer á Larnelle de que no fuese á aquella comida; y aun llegaron hasta hablarle de una traicion posible. Se habia visto á Grandmont entrar en casa del conde, y le habian visto salir; se le conocia por la espada, ó mas bien, por el puñal de Fernando. Intentaron, pues, intimidar al burgomaestre con sospechas y presagios, pero era hombre de alma firme, que no creia mas que en el honor humano y en la justicia divina; asi que recibió con sonrisa todo lo que le espusieron, y el sol del 16 de abril, sol de primavera, lleno de calor y de vida, salió sin que le hubiesen podido hacer cambiar de resolucion.

A la hora de comer, el conde de Warfusée envió su carruage al burgomaestre; mas éste, queriendo aprovechar tan hermoso dia, salió á pie, acompañado de dos hombres de su guardia; uno de ellos dejó á su amo á la puerta de la casa, el otro entró con él: el que entró se llamaba Jasper.

El conde René de Warfusée estaba sentado en el patio de su casa, bajo una estensa galería que le circuia. Al ver al burgomaestre, iluminó su rostro, ordinariamente sombrío, un rayo de alegría; despues, adelantándose hácia Larnelle, le abrazó, como tenian entonces costumbre de hacer los amigos, aun despues de una corta ausencia. Por lo demas, era esta una costumbre antigua. Cuando Judas abrazó á Jesus, aun no hacia dos horas que le habia vendido.

En seguida, volviéndose hácia el guardia del burgomaestre:

—¡Oh! ¡oh! estás aqui, Jasper, le dijo; siempre fiel á tu amo.

Jasper se inclinó.

—Comida escelente harás hoy, camarada, porque creo que no economizarás los brindis á nuestro burgomaestre.

Jasper se inclinó segunda vez en señal de asentimiento, porque Jasper jamás se negaba á beber; pero bebia dos veces mas cuando lo hacia á la salud de Larnelle.

Despues del burgomaestre, llegaron sucesivamente los canónigos Nyes y Kerkhem, el abogado Marchand, el chantre de la iglesia de San Juan, el abate Mouzon, el baron de Saisans, y en fin, la señora de Saisans y su hijo, que no tenia mas que nueve años.

Habiase colocado la mesa en una sala baja que tenia ventanas estrechas y con rejas; los criados esperaban en la habitacion inmediata antes del comedor con tohallas, aguamaniles y jarrones. Fuéronse lavando todos los convidados, y en seguida entraron en el comedor. Warfusée se sentó de modo que tuviera la puerta tras de sí, á su izquierda al abogado Marchand y á su derecha á la señora de Saisans. Larnelle y el abate Mouzon se sentaron frente á él; los demas convidados ocuparon puesto segun su capricho, su posicion, ó en fin, la opinion que de sí mismos tenian. Jasper permaneció en pie detrás de su amo.

La comida era abundante y rica en vinos estrangeros y en manjares estraños, como es propio de un señor que trata á tan nobles huéspedes. Al fin del primer servicio, el conde mandó llevar copas; despues, habiendo llenado tantas como convidados habia:

—¡A la salud del rey de Francia! dijo volviéndose al abate Mouzon, quien respondió á su cortesía con un saludo, bebiéndose cada uno su vaso á la salud de Luis XIII.

Momentos despues que los convidados habian correspondido á su anfitrion, un ayuda de cámara de toda la confianza del conde, llamado Goberto, entró en el salon, y se acercó á hablarle al oido. Lo que iba á decirle era que los soldados de la guarnicion española, de quienes necesitaba para consumar el asesinato, habian llegado de Naivagne, habian encontrado en la ribera de Beujards el barco que tenia órden de esperarlos, y acababan de introducirse en la casa por una puertecita que daba al rio. Goberto tenia seguridad de lo que decia, porque era él mismo quien habia abierto aquella puerta y la habia cerrado despues que hubieron entrado por ella. Cuando acababa de decir estas palabras, un hombre de elevada estatura, vestido con un jubon de mangas anchas de terciopelo, y con la espada desnuda en la mano, apareció en el dintel, se aproximó á Warfusée, y tocándole en el hombro con su dedo:

—Héme aqui, dijo.

Warfusée se volvió y reconoció á Grandmont, los convidados reconocieron tambien al antiguo fraile secularizado, y esta aparicion no les presagió nada bueno.

—¿Dónde están vuestros hombres? preguntó Warfusée.

—Detrás de mí.

—Entonces, hacedlos entrar.

Grandmont hizo una seña, y unos veinte soldados se lanzaron en el comedor, rodeando á los convidados, mientras que otros aparecian en las ventanas y los amenazaban á través de las barras.

—¿Qué es esto, señores? esclamó Larnelle admirado poniéndose de pie en su sitio, ¿qué significan esos hombres?

—Estos hombres significan, respondió riendo Warfusée, que habeis bebido hace un momento á la salud del rey de Francia, y que ahora vais á beber á la de S. M. el emperador y de S. A. el príncipe de Lieja. Y como nadie respondiese:

—¡Ah! ¡hé ahi como correspondeis á mi brindis! continuó. Entonces, señalando á Jasper:

—Echad mano á ese bravo, dijo. Los soldados obedecieron.

—Está bien.

—Ahora continuó, haced lo mismo con el burgomaestre.

—¡Cómo! ¿yo tambien, monseñor? esclamó Larnelle.

—Si, á tí, dijo el conde Warfusée; á tí y al abate de Mouzon y al señor de Saisans.

—¿Dónde está el abate Mouzon? preguntó Grandmont que no le conocia.

—Héme aqui, dijo el abate con voz firme y levantándose. Mas vos respondereis al rey mi señor, no solo de lo que se me haga á mí, sino de lo que se hiciere al último de los convidados con quienes tengo el honor de encontrarme, aun á este niño, añadió dirigiendo su mano hácia el hijo del señor de Saisans.

—Está bien, está bien, dijo Warfusée, yo sé lo que tengo que hacer. Entonces hizo seña de que condujesen fuera del salon á Jasper y Larnelle; en seguida, cuando estuvo ejecutada esta órden.

—Señores, continuó, sabreis que he hecho todo esto por órden de S. M. I. y de S. A. el príncipe Fernando; por bastante tiempo han sufrido los desórdenes que se cometen en esta ciudad á instigacion del insensible á

quien acabo de hacer prender. Los liejeses son caballos desbocados, y haré de tal modo, que volverán por su propia voluntad á obedecer á la brida, aunque por premio de mis esfuerzos viese perecer á mi hijo, que es prisionero del rey de Francia.

Dichas estas palabras salió seguido del abogado Marchand, del canónigo Litermans y del capitan Grandmont dejando á los prisioneros bajo la custodia de los soldados. En cuanto llegó al patio vió á Larnelle al que tenian sujeto por el cuello cuatro ó cinco españoles.

—¡Ah traidor! esclamó dirigiéndose á él y amenazándole con el puño, al fin te arrancaré hoy del pecho el corazon.

—¿Y en qué os he ofendido yo, caballero? preguntó Larnelle con la mayor calma. ¿Me habeis convidado á comer con vos para asesinarme? Pues eso es infame.

—¡Cuerdas, cuerdas! esclamó Warfusée; ¡cuerdas! que le aten.

No se encontraban cuerdas y un soldado dió sus ligas.

El mismo Warfuseé se puso á atarle apretando las muñecas del burgomaestre hasta hacerle saltar la sangre.

—Señor conde, esclamó de nuevo Larnelle mientras le ataban, en nombre del cielo os suplico me digais que es lo que os he hecho.

Pero Warfusée continuaba su tarea sin responderle, y cuando hubo concluido:

—Ahora, dijo, pide á Dios merced porque vas á morir; dirigiéndose en seguida á Goberto, corre á buscar un fraile para que le confiese, le dijo en voz baja, y vuelve inmediatamente. Y dirigiéndose á los españoles, los mandó condujesen á Larnelle á un salon del piso bajo, lo que ejecutaron al punto.

Warfusée continuó paseándose por el patio con el abogado Marchand, quien temblando por sí mismo, le hacia no obstante algunas observaciones á las que no respondia sino presentándole cartas del emperador y del conde Fernando, en las cuales probablemente se le ordenaba la muerte de Larnelle. Cuando estaban en esta discusion, volvió el ayuda de cámara con dos religiosos dominicos: él mismo fué á la puerta, y les abrió.

—Padres mios, les dijo, el burgomaestre Larnelle está alli; os suplico vayais á confesarle, porque va á morir por órden de S. M. I.

—¡Confesar al burgomaestre, monseñor! Nos es imposible, respondió uno de los frailes: no hemos recibido poder ni permiso de nuestro superior.

—¡Pues bien! Entonces esclamó Warfusée, morirá sin confesion, eso es todo: ¡que le maten!

Entonces los dos frailes, Marchand y el canónigo esclamaron á una voz:

—¡Monseñor! ¡Monseñor! ¡En nombre del cielo! ¡Gracia para el burgomaestre!

Mas Warfusée sin escucharlos, y como un hombre presa del delirio, repitió de nuevo ¡que le maten!...

—Monseñor, dijo el abogado Marchand, si no es por él que sea por vos: Larnelle es muy querido del pueblo y pudiera sucederos alguna desgracia.

Pero Warfusée sin darle oidos: continuó gritando como un insensato: ¡que le maten! Tanto, que los convidados le oian desde el salon donde estaban.

Entonces Grandmont, aproximándose por última vez al conde y tan tranquilo como éste estaba exasperado,

—¿Es efectivamente vuestra voluntad que muera monseñor? le dijo.

—¡Que le maten! ¡que le maten! volvió á repetir Warfusée.

—Está bien, repuso Grandmont, é inclinándose se entró en la casa y fué á trasmitir la órden del conde al soldado que custodiaba el cuarto de Larnelle: entonces el soldado entró en el salon y aproximándose á Larnelle:

—Señor burgomaestre, dijo el soldado, ¡por órden del conde es preciso morir!

—¡Oh! esclamó Larnelle levantando al cielo sus manos atadas: hé aqui la recompensa de los servicios que le he prestado: amigos mios, les dijo, vosotros podríais salvarme.

—¡Ay! replicaron los guardias, nosotros no somos mas que pobres soldados, señor burgomaestre; nuestras armas pertenecen al que nos las ha dado, y cuando manda herir, herir nos es preciso.

—Pero, replicó Larnelle, ¿tendríais acaso bastante corazon para herir á un hombre sin defensa, que tiene las manos atadas y que no ha cometido ningun crímen?

Los soldados se miraron vacilando, y en seguida uno de ellos, moviendo la cabeza;

—Señor burgomaestre, le dijo, tenemos que obedecer á nuestros gefes; ¡pluguiese á Dios estuviéseis lejos de aqui!

—Despachad, gritó Warfusée, que concluya esto.

—Al menos, ¿no me será permitido confesarme? preguntó Larnelle.

—Han hecho venir á dos frailes, respondió un soldado; es posible que sean para vos.

—Amigo mio, dijo Larnelle, id á verlos, os lo suplico.

Habia tal acento de bondad y resignacion en la voz de Larnelle, que un soldado bajó al punto y volvió á subir momentos despues con uno de los frailes.

—¡Ah! señor burgomaestre, dijo el fraile entrando, ¡qué horrible catástrofe!

—¿Me es preciso, pues, morir, padre mio? pregunto Larnelle; ved al menos al conde y tentad el último esfuerzo.

—¡Oh! con toda mi voluntad, dijo el fraile.

Y bajó precipitadamente, y fué á ver al conde; pero no pudo sacar de él mas que estas palabras:

—El señor Sebastian Larnelle nos ayudará

hoy á reconciliar á los ciudadanos con el príncipe.

El fraile se arrojó á sus pies y le suplicó por todos los santos, pero Warfusée permaneció inflexible.

Volvió el fraile á la prision y presentando un pequeño crucifijo á Larnelle:

—Pensad en Dios, le dijo, señor burgomaestre, porque solo Dios puede socorreros en este momento.

—¡Ay! ¡ay! dijo Larnelle, cuando me quedaban aun tantas cosas que hacer para la felicidad de mis conciudadanos! Será preciso, pues, que muera miserablemente aqui.

Dichas estas palabras se puso de rodillas y comenzó su confesion: era esta la de una alma pura, cuya vida entera se habia consagrado al bien; asi, cuando el fraile le dió la absolucion, era el fraile el que lloraba.

Larnelle abrazó al buen dominico, y éste salió.

Designáronse inmediatamente tres soldados para matar al burgomaestre; mas viendo que permanecian en su sitio:

—¡Y bien! les dijo el conde, ¿no habeis oido?

—Si tal, respondió uno de los soldados; si tal, monseñor, pero es que mejor querríamos morir nosotros que matar á un hombre que no nos ha hecho nada!

—Goberto, esclamó el conde volviéndose hácia el ayuda de cámara, no hay nadie mas que tú que me infunda confianza. ¡Ve!

—Monseñor, respondió Goberto moviendo la cabeza, encargad á otro esa tarea, yo no soy un verdugo.

—¡Oh! ¡Pardiez! dijo Grandmont; ¡tanto escrúpulo para semejante bagatela!

Y encogiéndose de hombros fué á elegir entre los demas soldados tres hombres de su confianza, y volviendo junto al conde:

—Ved aqui, monseñor, tres hombres como los que necesitais.

Entonces Warfusée sumamente alegre los condujo hasta la puerta de la habitacion donde estaba encerrado Larnelle; alli les dió un bolsillo lleno de oro, que los soldados repartieron entre sí. Larnelle oyó el ruido de aquel oro y comprendió que era preciso resignarse á morir puesto que su muerte estaba pagada.

Grandmont abrió la puerta, y los tres soldados, entrando como furiosos, se precipitaron sobre Larnelle, y casi al mismo tiempo le hirieron con cuatro cuchilladas; mas las heridas estaban hechas con sablecitos cortos con los que adelantaban poco, y como les importunaban los gritos del desventurado burgomaestre á quien no podian rematar,

—¡Pardiez! dijo uno de ellos, jamás concluiremos con semejantes armas; necesitamos una buena espada.

Grandmont les prestó la suya, y al segundo golpe de aquella espada, que recibió en el pecho, espiró Larnelle.

Los otros convidados continuaban con guardias de vista en el comedor; de repente oyeron las blasfemias de los soldados y los moribundos gritos de Larnelle.

—¡Ah! El traidor, esclamó el abate Mouzon, hace asesinar al burgomaestre.

En aquel momento entraron los dos frailes y confirmaron aquella triste nueva; iban seguidos de Warfusée.

—Si, dijo el conde á los convidados estupefactos, si, señores, el burgomaestre ha muerto, ha muerto confesado y arrepentido de sus culpas; ha muerto despues de haber resignado su voluntad en manos de Dios y pedido perdon al emperador y á S. A.

—¡Mientes! esclamó el señor de Mouzon, el burgomaestre podia morir sin pedir perdon á nadie; solo un malvado como tú pedirá perdon cuando te llegue tu dia; pero no él.

Iba á replicar Warfusée, cuando Grandmont le tocó en el hombro y le dijo algunas palabras en voz baja. Al oir aquellas palabras, palideció el conde y se retiró precipitadamente con Grandmont; á los cortos momentos volvió Grandmont y llamó al canónigo Kerkhem y al conónigo Nyes; ambos salieron dejando á los demas convidados ignorando como ellos por qué eran llamados.

Lo que habia ido á decir Grandmont al conde era que comenzaba á manifestarse en la ciudad cierta agitacion; y en efecto, se habia esparcido el rumor de que soldados españoles (y el pueblo tenia una eterna desconfianza en estos estrangeros) habian atravesado el Mosa por detrás de San Juan y los habian visto entrar por una puerta escusada en la casa de Warfusée. Y como uno de los parientes del burgomaestre, que se encontraba en el grupo donde se conversaba de aquel acontecimiento, recordó que aquel dia comia Larnelle en casa del conde, y hubiese calculado que aquellos soldados pudieran muy bien haber sido llamados por él para apoderarse de Larnelle, comunicó sus sospechas á los que le rodeaban; aquellos á quienes se dirigia, participando de sus temores, corrieron inmediatamente con él á la plaza de San Juan, donde estaba situada la casa y donde hacia algun rato se oia un gran tumulto en el interior. Encontraron alli cierto número de ciudadanos que se preguntaban de donde podria proceder aquel ruido; este era un nuevo indicio de que pasaban en aquella casa sospechosa cosas estraordinarias; por tanto el primo de Larnelle se puso al punto á llamar con todas sus fuerzas. Al oir cómo resonaba el llamador, el mismo Grandmont corrió á la puerta y preguntó á través de la mirilla qué querian.

—Queremos saber, respondió el primo de Larnelle, sin dejar de llamar, si el señor burgomaestre está ahí dentro.

—Sin duda está aqui, respondió Grandmont. ¿Y qué?

—¿Y qué? Queremos hablarle, abridnos.

—¡Oh! ¿no es otra cosa? replicó el apóstata; nadie mas que el conde tiene la llave de la puerta y voy á buscarle; tened paciencia.

Como no habia nada que los tranquilizase en todo esto, los ciudadanos tuvieron paciencia como se les habia pedido, mas enviando al mismo tiempo por todas las calles de la ciudad mensageros encargados de propalar que el burgomaestre estaba en peligro.

Entonces era cuando Grandmont habia ido á avisar al conde.

Aproximáronse los dos á la puerta, y Warfusée la abrió por sí mismo, hizo entrar al pariente de Larnelle y otros cuatro ciudadanos, y les preguntó qué les llevaba allí.

—Dispensadnos, señor conde, dijo el pariente del burgomaestre, pero se ha esparcido el rumor de que algunos soldados españoles se habian introducido en vuestro palacio, y en este caso hemos temido por la seguridad del burgomaestre.

—Tranquilizaos, señores, respondió Warfusée, porque soy yo mismo quien ha traido esos soldados.

—Pero ¿con qué intencion, señor conde? preguntaron los ciudadanos, porque con razon ó sin ella, ya sabeis que miramos á esos soldados como enemigos nuestros.

—Escuchad, señores, dijo Warfusée mirando en derredor suyo, y viéndose apoyado por los españoles, es preciso concluir. ¿Quereis ser franceses, españoles ú holandeses?

—Queremos ser hijos de la ciudad de Lieja, y no otra cosa, respondieron los ciudadanos.

—Pues bien, entonces, ¿qué diríais si el burgomaestre Larnelle hubiera querido venderos á los franceses?

—Diríamos, respondió el primo de Larnelle, que el que lanzase semejante acusacion contra el señor burgomaestre habria mentido!

—Pues bien, señores, dijo Warfusée escitándose cada vez mas viendo la guardia que le rodeaba, sin embargo, asi es, tengo las pruebas de ello; por tanto, estais engañados.

—¿Qué quereis decir?

—Que he recibido del emperador y de S. A., monseñor Fernando, órden para castigar al traidor, y que está castigado ya.

—¿El burgomaestre está preso?

—El burgomaestre está muerto.

—¡Imposible! esclamaron los ciudadanos.

—¿Quereis verle? dijo Warfusée.

En este momento redoblaron los golpes á la puerta.

—¿Ois, caballero? dijo el primo de Larnelle, desgraciado de vos si habeis dicho la verdad, porque hé ahí la justicia del pueblo que llama á la puerta.

—Señores, señores, gritó á los de fuera uno de los ciudadanos que se encontraba en el patio y temia que antes que la puerta fuera derribada se les jugase una mala partida, señores, apaciguaos y esperad á que salgamos, os diremos todo lo que ha sucedido.

—Señores, esclamó el primo de Larnelle lanzándose á la verja que coronaba la puerta del patio, y dirigiéndose á los ciudadanos, hundid la puerta, el burgomaestre ha sido asesinado y nosotros estamos prisioneros.

Al oir estas palabras, resonó un grito terrible en la plaza, se prolongó por las calles, y volvió como un inmenso rumor, á estrellarse en la casa del conde; casi al mismo tiempo soltó la campana echada al vuelo: era el toque de rebato.

Warfusée comenzó á temblar y palidecer, porque vió que contra él y sus setenta españoles iba á caer la ciudad entera; descompúsose su rostro y espresó el mas vivo terror. Los ciudadanos se aprovecharon de aquel momento para correr hácia la puerta, pero encontraron en ella á Grandmont que cerraba su paso á fin de que nadie saliese, y estaba delante de ella, con su larga espada toda ensangrentada en las manos.

—Perdonad, señores, dijo Grandmont con su calma habitual, mas yo tengo la custodia de esta puerta, y nadie saldrá por ella sino con órden del conde.

—Señores, esclamó Warfusée aproximándose á ellos, voy á abriros, pero á condicion que me conducireis á la presencia del burgomaestre de la Cité.

—Si, si, dijeron los ciudadanos, nos comprometemos á ello.

—¿Sin que se me haga daño alguno?

—Respondemos de vos con nuestra cabeza.

Warfusée buscó en su bolsillo, sacó de él una llave, y se puso á abrir la puerta; mas en aquel momento se posó en su hombro una mano de hierro y le llevó cuatro pasos atrás; era Grandmont.

—Un instante, mi señor, dijo el apóstata, os será muy cómodo, lo creo bien, poneros en seguridad, y dejarme aquí para que pague por vos; mas no será asi; desde este momento sois mio como yo soy vuestro, nos pertenecemos el uno al otro; nos salvaremos ó moriremos juntos.

Warfusée exhaló un suspiro, porque conocia que de cualquier manera aquel hombre era mas fuerte que él; cayó pues anonadado sobre un banco.

Grandmont fué á la puerta.

—Ahora, señores ciudadanos, les dijo, si quereis salir, salid; pero acordaos siempre que soy yo quien os abre la puerta.

Los ciudadanos, viendo abierta la puerta, se lanzaron fuera sin responder siquiera á Grandmont.

—Esto es justo, murmuró éste entre dientes, cada uno para sí.

Y aprovechándose de que el pueblo estaba ocupado alrededor de aquellos á quienes habia puesto en libertad, volvió á cerrar la puerta y la atrancó con mas cuidado que antes lo estaba.

Durante un momento hubo un rumor tal,

que no se pudo oir nada. Al fin, el primo de Larnelle consiguió colocarse sobre un poste, y entonces todos se callaron.

—¡Ciudadanos de Lieja! esclamó, ¡á las armas! Nuestro señor burgomaestre ha sido asesinado. ¡A las armas! ¡á las armas!

El grito provocador fué repetido al instante mismo por veinte mil bocas; cada uno se precipitó por su lado, y á poco los que se habian armado primero volvieron contra la casa, mientras los demas corrian por las calles gritando:

—¡Sus, sus, ciudadanos de Lieja! ¡A las armas, á las armas! ¡El señor burgomaestre ha sido asesinado!

Entonces, como una inmensa marea, toda la ciudad chocó contra las paredes del edificio pronunciando horribles imprecaciones de venganza. Los unos se lanzaban contra la puerta con palancas y vigas, los otros se arrojaban á nado á fin de atravesar el brazo del Mosa, y penetrar por los jardines. Warfusée escuchaba todos aquellos ruidos de muerte, como un hombre sentenciado ya; Grandmont le miraba con una sonrisa de compasion.

En aquel momento vió el conde á Jasper, el guardia de Larnelle, y dirigiéndose á él precipitadamente,

—Jasper, amigo mio, le dijo, tú que eres conocido, sube á la verja y diles que el burgomaestre ha sido asesinado porque era un traidor.

Jasper subió á la verja, pero en lugar de decir lo que el conde deseaba:

—Señores ciudadanos, gritó, ¡valor, valor! han asesinado á mi señor, y ahora aqui los teneis temblando.

—No yo, dijo Grandmont.

—¿Qué estás diciendo, mi buen Jasper? dijo Warfusée.

—Dice que sois un cobarde, replicó Grandmont, y dice la verdad. Entraos, y dejadme defenderme con mis hombres.

Warfusée obedeció.

Grandmont, desembarazado del conde, llamó entonces algunos soldados á su rededor, y se preparó á hacer resistencia.

En tanto, los convidados, encerrados en el salon del piso bajo, oian los alaridos de los ciudadanos, y juzgando por el ruido creciente que las cosas iban mal para Warfusée, recobraban ánimo, mientras que los soldados, por el contrario, dándose con el codo, mirándose de lado y hablando bajo entre sí, perdian su seguridad. Entonces el señor de Saisans, dirigiéndose á ellos:

—Amigos mios, dijo, somos vuestros prisioneros, respondeis de nosotros con vuestras cabezas: custodiadnos bien, é impedid que nos suceda desgracia alguna; protegednos contra el conde de Warfusée, y por nuestra parte, si los ciudadanos son mas fuertes, os protegeremos de ellos.

—Es cosa convenida, respondieron los soldados, y cerraron por dentro la puerta del salon.

Al mismo tiempo y de repente, se oyó un gran ruido seguido de algunos disparos de fusil; eran los ciudadanos que acababan de escalar las paredes del jardin. Al mismo tiempo resonó en el patio el mismo ruido; era forzada la puerta, y la oleada que batia las paredes comenzaba á entrar en la casa.

Entonces el abate Mouzon se lanzó á una ventana, y viendo llenarse el patio de ciudadanos:

—¡Señores! gritó, salvadnos; Sebastian Larnelle ha sido asesinado, y nosotros estamos en peligro de morir.

En aquel momento el abate Mouzon sintió que le abrazaban sus rodillas; se volvió á mirar: eran las dos hijas de Warfusée que le estaban implorando.

A su llamamiento los ciudadanos habian redoblado sus esfuerzos; Grandmont hizo una resistencia desesperada, mas al fin cayó herido de un balazo, y pasaron sobre su cuerpo. En un momento estuvieron rotas todas las puertas; el señor de Saisans, para cumplir su promesa, quiere proteger á los soldados, pero son destrozados antes que haya logrado hacerse oir: el abate Mouzon, para salvar á las hijas del asesino, tiene que cogerlas en sus brazos y llevarlas él mismo hasta el Mosa; aqui las confia á algunos ciudadanos, que las llevan á la casa ayuntamiento.

En tanto, el señor de Saisans ha tomado un arcabúz de manos de uno de los muertos, y se pone á la cabeza del populacho, que dirige, porque espera que acaso Larnelle todavía vive, y que será posible salvarle. Lánzase hácia la parte á donde ha oido los gritos; una puerta está cerrada; empujan veinte brazos, la puerta cede, y ven á Larnelle desfigurado, cubierto de heridas, y completamente muerto.

Ya no es entonces la justicia, ya no es la cólera, es la rabia. Preguntan donde está el conde, le llaman, le buscan, quieren hacerle pedazos, todos tienen sed de una gota siquiera de su sangre. De repente, de una habitacion donde van á entrar, parte una descarga de fusilería que hiere y mata á muchos ciudadanos. Unos veinte soldados españoles están atrincherados en aquella habitacion: una voz los anima á defenderse: esta voz es la de Warfusée. De modo que está alli, no ha huido, le cogerán muerto ó vivo: está bien.

Todos acuden alli, se oprimen, se apresuran: los soldados españoles hacen otra descarga; los cadáveres obstruyen la puerta; los ciudadanos responden gritando:

—¡Warfusée, Warfusée!

Entonces uno de los soldados cree hallar un medio de salvarse.

—Si se nos perdona la vida, os le entregamos, grita el español.

—¡Warfusée, Warfusée! gritan todas las bocas.

—Vedle aqui, esclama el soldado arrebatándole del lecho donde está tendido.

—¡Amigos mios, amigos mios! grita el conde agarrándose á los colchones.

—¿Dónde está, dónde está? pregunta el primo de Larnelle, que se lanza dentro de la habitacion.

—Vedle aqui, dicen los españoles, tomad, apoderaos de él.

—¡Amigos mios! esclama el conde abrazando las rodillas de los ciudadanos, conducidme al ayuntamiento, á la presencia del segundo burgomaestre.

—Si, si, ven, vamos á conducirte allá, contestan á gritos los ciudadanos que le arrastran.

—¡Aqui está, aqui está! dicen todos á una voz.

—¡Que muera, que muera! ¡la muerte al asesino!

En aquel momento los ciudadanos que habian cogido á Warfusée llegaban á la escalera del patio; llenaba este el pueblo que gritaba: ¡muera, muera! Impelieron al prisionero, que bajó rápidamente los escalones y cayó de rodillas; al mismo tiempo se lanza un ciudadano sobre él y le hiere de una estocada. Warfusée arrojó un tremendo grito, quiso levantarse para volver á subir los escalones, mas cuando ponia el pie en el primero, le derribó en tierra un hachazo. Desde aquel momento no se vió ya nada mas: el populacho cayó sobre él como una jauría, le arrancaron los vestidos, le pisotearon, le horadaron el talon, atravesaron por el agujero una correa, y le arrastraron por las calles, cuyo polvo convertia en barro con su sangre: pónese su cuerpo en lo alto de un patíbulo levantado en la puerta del Mercado, córtanle en seguida la cabeza y las manos, y van á clavarlas en las distintas puertas de la ciudad; en fin, queman su cuerpo, y sus cenizas son arrojadas al Mosa.

De este modo se entretuvo el populacho tres dias enteros con aquel cadáver, hasta que ya nada quedó de él, habiendo desaparecido hecho polvo su último átomo.

En cuanto á Sebastian Larnelle, su cuerpo permaneció espuesto muchos dias con el rostro y pecho al descubierto, á fin de que pudieran verse sus heridas, en la nave de la catedral, á donde hombres, mugeres y niños iban devotamente á rezar sus plegarias: despues se le depositó al lado de su antiguo amigo Beckmaun; y sobre el sepulcro de los dos mártires, los diferentes gremios de oficios, inclinando sucesivamente sus estandartes, juraron en nombre de Dios, de Nuestra Señora y de San Lamberto, patron de la ciudad de Lieja, morir si fuere necesario, como ellos habian muerto, por la conservacion de sus privilegios y libertades.

En 99 se abrió el sepulcro de Larnelle: el cuerpo habia permanecido intacto, en el mismo estado que cuando se le depositó alli mas de siglo y medio hacia.

Lo cual hizo creer á un gran número de gentes, que no solo era un mártir, sino tambien un santo.

AIX-LA-CHAPELLE.

Los liejeses cumplieron el juramento que habian hecho sobre la tumba de Larnelle, porque de 1737 á 1794, su existencia no fué mas que una lucha prolongada contra sus obispos; en 1794 nos apoderamos de Lieja é hicimos de ella la capital del departamento del Ourthe. En 1815, fué comprendida en la circunscripcion del nuevo reino de los Paises Bajos. En fin, en 1830, habiendo hecho por su parte su pequeña revolucion, se separó de la Holanda y se encontró de grado ó por fuerza, reunida á sus buenas amigas Brujas, Gante, Amberes y Bruselas. El público ha podido juzgar de la afeccion que les concede.

Por lo demas, desde donde nosotros estábamos, en aquella azotea, en donde yo acababa de disfrutar á la vez de tan buen almuerzo y tan escelente curso de historia, me encontraba maravillosamente colocado para ver, sin molestarme, todos los sitios donde habian acaecido los hechos importantes que el señor Polain acababa de referirme. Asi, desde aquel punto situado al pie de la ciudadela, tenia á mi izquierda á Herstal, cuna de los reyes de la segunda raza, donde nació Pepino el Craso, padre de Cárlos Martel, y abuelo de Pepino el Breve, y al estremo derecho, el castillo de Ranígulo, de donde Godofredo de Bouillon partió para Tierra Santa. Despues colocados entre estos dos grandes recuerdos, yendo siempre de izquierda á derecha, del Sur al Oeste, mas allá del Ourthe, al punto desde el que Boufflers bombardeó la ciudad en 1691: del lado del Mosa, casi á mis pies, al estremo de la calle Hors-Chateau, la iglesia de San Bartolomé, la mas antigua de Lieja; dirigiendo seguidamente mi vista al Ourthe, el puente de Amercœur, desde donde el duque de Borgoña hizo arrojar á los ciudadanos sublevados, y que ha conservado de este triste recuerdo su doloroso nombre. Mas allá de este puente, el barrio de donde Dumouriez, en 92 desalojó á los imperiales, y que estos quemaron al retirarse, el cual reconstruido por el primer cónsul, conservó por algun tiempo el título de barrio Bonaparte, tomando posteriormente el de barrio de Amercœur, por haber dejado un recuerdo mas indeleble la antigua catástrofe que el reciente beneficio: luego, sobre el muelle, por bajo de la iglesia de San Bartolo-

mé, la casa del señor Curtio, con sus trescientas sesenta y cinco ventanas, con su historia completa y su diabólica tradicion. El palacio de Justicia, en otro tiempo el palacio del príncipe obispo, con un lindo patio rodeado de columnas del siglo XIV y su retrato de Guillermo de la Marck, el famoso Jabalí de las Ardenas, esculpido en el cuarto pilar de la derecha, entrando por la plaza de San Lamberto. Despues, mas allá de la Universidad, entre el Seminario y el barrio de Avoy-Saint-Jacques, la maravilla de Lieja, con su arquitectura á la vez gótica y árabe; San Pablo, convertido en catedral desde 1793, época en qué los cedió á San Lamberto, la antigua metrópoli, que cayó como caian las reinas en aquel tiempo, derribadas por el pueblo. San Juan y su torre bizantina, la casa de Warfusée, de sangrienta memoria, de que no queda junto al Mosa mas que la poterna por donde entraron los españoles. En la misma línea, y mas allá del barrio de San Gil. Los benedictinos de San Lorenzo que no deben confundirse con los de San Mauro, famosos los últimos por sus crónicas históricas, y los primeros por su crónica escandalosa. Mas allá la iglesia de San Martin; la primera en que por las súplicas de una religiosa, llamada sor Juliana, que habia soñado ver la luna dividida, permitió el papa la institucion del *Corpus*, que se difundió por todo el mundo cristiano y que no ha cesado todavía en Francia. En fin, la casa de campo donde el obispo Enrique de Güeldres se vanagloriaba de haber tenido veinte y nueve bastardos en un año, y que de aquella proeza monacal ha conservado el nombre de Bastardasia.

Despues de haber abrazado todo el conjunto de la ciudad, espresé al señor Polain mi deseo de examinar algunos detalles. Entonces con su ordinaria complacencia me ofreció acompañarme; era muy escelente *ciceroni* para que no lo aceptase, á riesgo de ser indiscreto.

A medida que andábamos, me hizo notar que Lieja era acaso la ciudad que ha bautizado sus calles y barrios con mayor número de nombres propios; en efecto, atravesamos sucesivamente las calles de Lannelle, Gretry y Berthollet (1) y esperaba que se llamase calle de Robertson, ó calle Temida, la primera que se abriese; esto es tanto mas meritorio cuanto que Lieja es una ciudad completamente industrial, y por esta cualidad es preciso agradecerla no haya despreciado soberanamente todo lo que sea historia, arte ó ciencia.

Terminada nuestra correría, fuí á arreglar mis cuentas con la fonda de Albion, y no encontré mas que á la criada. Pregunté lo que debia y se me respondió que veinte y siete francos.

Me pareció esto algo caro por una noche tan solo pasada en una posada; así aventuré algunas observaciones acerca de la suma; mas entonces la doncella Vergenia me hizo notar que habia dado treinta sus al comisionista que habia llevado mi equipage. Reconocí la verdad del dicho; pero este adelanto por mas lisonjero que fuese, como prueba de confianza, no reduciria la cuenta mas que á veinte y cinco francos y cincuenta céntimos. Me permití, pues, insistir de nuevo pidiendo detalles.

—Pero, dijo la jóven, el señor ha pedido de cenar ayer noche.

—Verdad es, respondí, pero no me han servido la cena.

—Y esta mañana el señor ha pedido un carruage.

—Tambien es verdad, pero no se ha encontrado.

—¡Ah! eso no obsta, respondió la doncella.

Permanecí un instante confundido bajo la lógica de aquel razonamiento; pero no dándome por convencido, quise hablar á la huéspeda.

—¡Ah! eso es imposible, me respondió la criada, es el dia de devocion de la señora: está rezando.

—¿Y el señor Valentin?

—Ha ido por los huevos.

Me volví hácia el señor Polain.

—¿A qué hora marcha el vapor de Aix-la-Chapelle? le pregunté.

—Dentro de una media hora próximamente, me respondió.

Vi que no tenia tiempo de entablar un pleito con mi huésped; arrojé treinta francos sobre la mesa y salí.

—Gracias, señor flamenco, dijo la doncella acompañándome hasta la puerta.

Cogí mi album y escribí: *Errata*: en lugar de: *Lieja á* VISTA DE PAJARO: léase: *Lieja* VISTA A ROBO DE POSADA (1).

Llegamos al patio de las diligencias precisamente en el momento en que enganchaban los caballos al carruage. Felizmente quedaban tres asientos de interior. Corro al despacho y tomo un billete: iba á meterle en el bolsillo sin leerlo, cuando el señor Polain me indicó le dirigiese la vista.

Para mayor comodidad de los viageros, estaba redactado mitad en aleman, mitad en francés; vi en él que tenia el cuarto asiento, y que me estaba prohibido cambiar con el de mi lado, aun con su consentimiento. Esta disciplina completamente militar, mas aun que la jerga infernal del postillon, me hizo conocer que íbamos á entrar en los dominios de S. M. Federico Guillermo.

(1) Este es el Berthollet en quien La Brinvilliers ensayó algunos de sus venenos y que le sirvió algun tiempo de amante y de alambique.

(1) El autor usa de un equívoco cuyo equivalente no tenemos en español. *Vol* significa en francés *robo* y *vuelo*, de modo que en el original dice: *Liege* VU A VOL D'OISEAU; *liser*: *Liege* VU AVOL D'AUBERGE. (*N. del T.*)

Abracé al señor Polain y me instalé en mi asiento. A la hora fijada partió el carruage.

Como yo tenia un rincon, la tiranía de S. M. el rey de Prusia no me parecia muy insoportable, y aun debo confesar que me dormí con un sueño tan profundo como si hubiera recorrido el pais mas libre de la tierra; mas á las tres de la madrugada próximamente, es decir, al amanecer, me despertó la inmovilidad misma del carruage.

Al principio creí que seria un accidente cualquiera, que nos habíamos enganchado ó atollado, y asomé la cabeza por la portezuela. Me engañaba, ningun accidente habia sucedido, y estábamos solos en el mas bonito camino del mundo.

Saqué mi billete del bolsillo y le volví á leer desde el principio al fin, y habiéndome asegurado de que no me prohibia hablar al que estaba á mi lado, le pregunté si hacia ya mucho tiempo que estábamos detenidos.

—Hace unos veinte minutos, me dijo.

—Y, sin que sea indiscrecion, continué, ¿puedo preguntaros qué es lo que hacemos aquí?

—Esperamos.

—¡Ah! esperamos. ¿Y qué esperamos?

—Esperamos la hora.

—¿Qué hora?

—La hora en que tenemos derecho de llegar.

—¿Pues qué, hay hora señalada?

—Todo se fija en Prusia.

—¿Y si llegásemos antes de esa hora?

—Seria castigado el conductor.

—¿Y si despues?

—Seria castigado tambien.

—¡Oh! eso está muy bien dispuesto.

—Todo está bien dispuesto en Prusia.

Me incliné en señal de asentimiento; por nada de este mundo hubiera yo querido contrariar á una persoua que me parecia tener tan íntima conviccion política, y que por lo demas respondia de un modo tan complaciente y lacónico á mis preguntas. Mi aprobacion pareció agradarle, esto me animó y continué:

—Perdonad, caballero, mas ¿cuál es la hora en que el conductor debe llegar á Aix-la-Chapelle?

—A las cuatro y treinta y cinco minutos de la mañana.

—¿Pero y si mi relój se atrasa?

—Los relojes no se atrasan nunca en Prusia.

—Esplicadme algo acerca de eso, me causará mucho placer.

—Es muy sencillo.

—Veamos.

—El conductor tiene bajo llave, frente á su asiento, en su cabriolé, un relój arreglado por el de la casa de diligencias. Sabe que á tal hora debe estar en tal aldea, á tal hora en tal otra, y apresura y detiene á los postillones, de modo que entra en el patio de las diligencias á las cuatro y treinta y cinco minutos.

—Siento muchísimo molestaros como lo hago, caballero, pero os conducis con tanta amabilidad.....

—Decid, caballero.

—Pero con todas esas precauciones, ¿en qué consiste que nos vemos obligados á esperar?

—Es que el mayoral ó conductor habrá hecho como vos, se habrá dormido, y el postillon se habrá aprovechado de ello para andar mas de prisa.

—¡Oh! entonces voy á aprovecharme de esta parada para bajar un poco del carruage.

—En Prusia no se baja nadie del carruage.

—¡Ah! eso es muy cómodo; y sin embargo, yo tenia deseo de ver aquel castillo que está del lado vuestro.

—Ese es el castilllo de Emmaburgh.

—¿Y qué es el castillo de Emmaburgh?

—Donde sucedió la aventura nocturna de Eginhard y Emma.

—¡Ah! ciertamente. Tened la bondad de cambiar de sitio conmigo, que lo vea al menos por la portezuela.

—Lo haria con el mayor placer, caballero, pero no se cambia de asiento en Prusia.

—¡Oh, caramba! eso es justo. ¡Y yo que lo habia olvidado! Dispensad, caballero, no he dicho nada.

—Estos diaplos de franseses ser muy pabladores, dijo sin abrir los ojos un corpulento aleman que estaba colocado con mucha gravedad en el rincon frente á mí, y que no habia desplegado sus labios desde nuestra salida de Lieja.

—¿Qué decís, caballero? repliqué volviéndome apresuradamente hácia él, muy medianamente satisfecho con su observacion.

—No decir cho nada.

—Haceis muy bien en dormir, mas no soñeis en voz alta. O si soñais, hablad en vuestro idioma materno.

El aleman se puso á roncar.

—Postillon, ¡*vor warts*! gritó el conductor.

La diligencia partió al gran galope. Me apresuré á dirigir una mirada por la portezuela para descubrir al menos las poéticas ruinas que acababa de indicarme mi político vecino; desgraciadamente, el camino hacia un recodo y ya habian desaparecido.

A las cuatro y treinta y cinco minutos, ni un segundo mas, ni un segundo menos, entrábamos en el patio de la casa de diligencias. Pocas ciudades corresponden á la idea que nos hemos formado de ellas por su nombre ó por el papel que representan en la historia; bajo este concepto estaba acostumbrado á los desengaños, pero confieso que cuando llegué á las cuatro de la mañana á la plaza del Ayuntamiento, cuando ví elevarse el sol por detrás del monumento del burgomaestre Choro, cuan-

do ví desierta aquella gran plaza, en la que se elevaba como un espectro de bronce, la estátua del anciano emperador, con su águila rara de erizadas plumas, forzoso me fué reconocer la capital de los reyes francos, y saludar con respeto la ciudad imperial, como la llaman todavía hoy sus habitantes.

No haremos la historia de Aix-la-Chapelle. Una sombra colosal se levanta entre la ciudad moderna y la ciudad antigua; esta es la de Carlo-Magno, que nació en ella en 742, y murió allí en 814. Parece que en aquella ciudad no habia nada antes, y que no hubo nada despues.

Es que Carlo-Magno, ó mas bien Karl el Grande, verdadero rey teuton, amaba á Aix-la-Chapelle, su ciudad alemana, mucho mas que á París, su ciudad francesa. Asi, todavía hoy, Aix-la-Chapelle está toda llena con sus recuerdos, y no hay una antigua piedra á que el pueblo no una el recuerdo de su antiguo emperador.

LAS PEQUEÑAS Y LAS GRANDES RELIQUIAS.

Mi primera escursion al salir de la fonda del Gran Monarca, que habia elegido para mi residencia, fué á la gran plaza que habia atravesado al salir el sol, y que volvia á ver en toda la plenitud de su estilo. La estátua del emperador Cárlos, del género de la época de Maximiliano; su antigua águila de bronce con plumas de un color oscuro y erizadas; su palacio macizo del siglo XIV, con su torre de Granus y la del Mercado, constituyen efectivamente la ciudad donde se coronaron todos aquellos emperadores, espectros históricos que se nos aparecian en sueños, arrastrando en la noche del pasado sus sudarios de bronce.

Como deciamos, el ayuntamiento, edificado en el siglo XIV por el burgomaestre Choro, está situado en el mismo sitio en que debia construirse el palacio del grande emperador. Ninguna parte del edificio data de aquella época, es verdad, pero al echar en 1730 los cimientos de su inmensa escalinata, descubrió el arquitecto Conven, á una profundidad de quince pies, una vasta escalera circular, que por la solidez de su construccion podia con alguna seguridad hacerse remontar al siglo VIII. Este descubrimiento cambió en conviccion la probabilidad tradicional de que el ayuntamiento gótico estaba situado en el sitio mismo en que se elevaba el palacio romano.

Aquel palacio del ayuntamiento, muy notable por lo demas, al esterior, no conserva en lo interior ningun gran recuerdo particular; por otra parte, el tiempo y las necesidades del consejo municipal, han cambiado sus disposiciones; el salon de la coronacion de los emperadores, que tenia ciento sesenta y dos pies de largo, se ha creido demasiado grande, y hoy está dividido en dos por un tabique: parece que se ha acomodado á la talla de los que le ocupan.

La antigua catedral, aunque ha sufrido algunos cambios sucesivos, continúa siendo, sin embargo, la catedral construida por Carlo-Magno. Se entra en ella por la misma puerta que entró el lobo, y el animal espiatorio está todavía sentado á la izquierda del pórtico, sobre su pedestal de bronce, en memoria del servicio que prestó á la ciudad. Cuando pasó Napoleon por Aix-la-Chapelle, el moderno Carlo-Magno le tocó con la punta de su espada, y fué enviado á París con las columnas de granito que sostenian la rotonda del templo; frente al lobo está en una columna paralela á la suya, una enorme piña de bronce, cuya significacion ignoro completamente. Acerca de esto hice muchas preguntas á los habitantes, pero generalmente me respondian que era el alma del pobre lobo (1). A falta de esplicacion mejor, forzoso me fué contentarme con esta.

Entré en la catedral: en medio del octógono está la tumba de Carlo-Magno, es decir, una piedra colosal á flor de tierra con esta sencilla inscripcion: CAROLO-MAGNO. Encima de ella hay una araña enorme de plata, que tiene la forma de una corona: es un presente de Federico I á la iglesia, ó mas bien, un homenage á la memoria de Carlo-Magno.

Desgraciadamente para el poeta ó el historiador que van á inclinarse ante ella, aquella tumba no es mas que un sarcófago; y aun habia desaparecido completamente, y borrado de la superficie por dos invasiones sucesivas de normandos, se ignoraba hasta el sitio donde yacia el grande emperador cuando en 997 mandó Othon III hacer escavaciones, y al fin volvieron á descubrir el panteon; estaba tal como cuenta la crónica, con su pavimento de oro, tapizado con banderas, y su anciano emperador sentado. Sea piedad ó impiedad, Othon puso su mano en Carlo-Magno; su cuerpo fué depositado en una urna de plata. El trono en que estaba sentado se sacó del sepulcro, asi como la cruz de oro, la corona, el globo, el libro de los Evangelios y la espada, cuyos objetos sirvieron despues en la coronacion de los emperadores, y que en medio de las revoluciones sucesivas, se han estraviado, de modo que de todo aquello no queda mas que el trono, y aun este despojado de la hoja de oro que le cubria; la misma lápida del sepulcro desapareció, y fué reemplazada por la que hay hoy, encontrándose la primera en la pared de la parte izquierda de la iglesia.

(1) Véase la crónica de Carlo-Magno.

Mientras que con la cabeza inclinada sobre la losa cineraria del antiguo emperador, recordaba algunos versos del precioso monólogo de Cárlos V, se me acercaron dos hombres ofreciéndose á enseñarme uno el trono, y el otro las pequeñas reliquias; pregunté si no podia entenderme para todo con uno mismo, sabiendo las consecuencias desagradables que ocasiona de ordinario para la bolsa del viagero ese cambio de cicerones. Mas me respondieron que el trono pertenecia al sacristan, y las pequeñas reliquias al pertiguero. Esta division de empleo me pareció tan bien hecha, que comprendiendo que no daba lugar á reclamacion, dije al pertiguero me esperase y seguí al sacristan.

Me hizo subir por una escalera de piedra al piso principal, llamado Hochmünster. Aquí es donde está aquel famoso trono de que tanto se habla en las crónicas, en el que estaba sentado Carlo-Magno en su panteon, y en el que, en memoria de este hecho, se sentaban los emperadores el dia de su coronacion. Está cubierto con una tapa de tablas que se abre por medio de una llave; no, ¡ay! para conservar las planchas de oro que le cubrian, porque segun dijo el guia, las necesidades de la iglesia han obligado al cabildo á venderlas, sino para sustraerle á las miradas de los curiosos, que si podian verle gratis privarian con esa facilidad al sacristan de los únicos gages que probablemente le proporciona la iglesia.

Es un gran sillon de mármol macizo, de forma romana, como los que se ven hoy todavía en ciertas basílicas, colocado sobre cinco escalones, y que debe efectivamente ser de la época cuya fecha lleva. Mi sacristan viendo la veneracion con que yo le miraba, me dijo, que el emperador Napoleon no se habia atrevido á sentarse en él, sin duda, añadió, porque era un usurpador; pero que por la noche la emperatriz Josefina, mas ambiciosa que él, habia mandado abrir las puertas, subió sola al Hochmünster, y aprovechándose de que en aquella época no estaba todavía el trono encerrado, se habia sentado en él irreligiosamente; pero que al punto se oyó un grito, subieron y se encontraron á la emperatriz desmayada.

Al volver en sí habia contado que apenas estuvo en el trono se la habia aparecido el emperador Carlo-Magno y la habia predicho cosas tan temibles, que en parte por espanto del presente y en parte por recelos del porvenir, no habia tenido fuerzas para oirlas, y pidió socorro. Mi sacristan no dudaba que en aquella conferencia entre la emperatriz y el espectro se habia tratado de Leipsick, de Waterloo y Santa Elena.

Hallábame yo á mi pesar bajo la influencia de las poéticas tradiciones que han acompañado la sombra del antiguo emperador á través de los siglos. Veia á Napoleon negándose á colocarse en aquel trono y á Josefina, la indolente y curiosa criolla, yendo furtivamente á sentarse en él, cuando mi hombre equivocándose sin duda en cuanto á la causa de la atencion con que miraba yo el régio sólio, despues de haber inspeccionado el Hochmünster y la escalera que á él conduce, se me acercó y me dijo á media voz que por cinco francos podia sentarme en el trono, y esperimentar por espacio de cinco minutos una satisfaccion imperial. Era mal elegido el momento para hacerme semejante ofrecimiento; le respondí, pues, que no tenia la pretension de ser mas atrevido que Napoleon, y que no queria esponerme á la cólera de Carlo-Magno, como habia hecho Josefina. Entonces el buen sacristan, que veia se le escapaba la moneda de cinco francos por su misma culpa: movió la cabeza.

—¡Oh! caballero, me dijo, se cuentan una porcion de tontunas por ese estilo; pero en el fondo acaso no sea cierto.

Le dí tres francos por aquellas tonterías, ciertas ó no, lo cual le consoló un poco al parecer, y me dirigí á donde estaba el pertiguero.

Este sabia mejor su oficio. Antes de entrar en la sacristía, me dijo:

—Caballero, sabreis que ver las pequeñas reliquias cuesta siete francos.

—No, le respondí, no lo sabia; pero eso no importa si esas pequeñas reliquias lo merecen,

—¡Oh! ya lo creo, caballero.

—¡Y bien! vamos, ¿qué me enseñareis por siete francos?

—Os enseñaré el cíngulo de Nuestro Señor Jesucristo, de cuero.

—¿Su verdadero cíngulo?

—¡Oh! caballero, ¡ya lo creo! El emperador Carlo-Magno le selló por sí mismo en sus dos estremos con su sello, en prueba de que es el mismo.

—¡Ah! ¡ah!

—Os enseñaré parte de las cuerdas con que fué atado Nuestro Señor Jesucristo.

—¡Ah!

—Os enseñaré un fragmento de uno de los clavos que sirvieron para clavarle en la cruz; parte de la esponja empapada en hiel y vinagre que sus verdugos le presentaron, y parte de las disciplinas con que fué azotado.

—¿Me enseñareis todo eso?

—Y no es eso todo.

—¡Si!

—Os enseñaré el cinturon de la Vírgen, la cabeza de San Anastasio, el brazo con que el gran sacerdote Simeon tuvo al Niño Jesus, la sangre y los huesos de San Estéban mártir, sobre lo que los reyes romanos prestaban sus juramentos; un anillo de la cadena que tenia San Pedro en su prision, aceite de Santa Catalina, y...

—¡Todo eso por siete francos!

—Si, caballero, es como quien dice, por nada; pero ¿qué quereis? hay tan poca religion

en nuestra época, que es preciso bajar el precio; hace cien años no hubiéseis visto todo por un luis.

—¡Diantre! entonces he hecho bien en venir al mundo en 1803.

—Pero tambien, si quereis dar mas, no está prohibido.

—Lo concibo; pero con vuestro permiso me atendré al precio corriente.

—Es que aun no os he dicho todo lo que hay aqui.

—¿No me habeis dicho todo?

—¡Oh! no, caballero, tenemos ademas cabellos de San Juan Bautista; maná; fragmentos de la vara de Aaron; las tres reliquias que tenia Carlo-Magno al cuello en su sepulcro.

—¿Y qué son?

—Un frasquito de cristal que contiene cabellos de la Vírgen, su retrato, pintado por San Lúcas, y un pedazo de la verdadera cruz.

—¿El mismo que habia sido llevado por un ángel, y que perdido por Pepino, fué reconquistado por Rolando del gigante de la esmeralda?

—El mismo, caballero; y ademas el cuerno de caza de marfil de Carlo-Magno, su cabeza y su brazo; ademas.... En fin, caballero, ya veis cuanto hay que ver por siete francos.

Exhalé un profundo suspiro viendo profanadas de este modo las cosas santas, y entré. El pertiguero me enseñó todo lo que habia dicho, me esplicó cada cosa con su voz de perito tasador, tocando irreligiosamente todos aquellos objetos, cuya antigüedad, al menos, hubiese debido respetar.

El hecho es que una parte de esas reliquias, que la codicia mas que la religion ha conservado, la envió al emperador Carlo-Magno en 799, Juan, patriarca de Jerusalen; que otra parte se la regaló Aaron, rey de Persia, quien le hizo al mismo tiempo donacion de Jerusalen y los Santos Lugares, herencia que es ya tiempo de reclamar, y las demas se las enviaron de Constantinopla, como lo hizo él mismo constar en un diploma sellado con su sello.

Besé el fragmento de la cruz, porque si no habia tocado á Jesucristo, habia tocado á Carlo-Magno.

En seguida pedí permiso para ver las grandes reliquias, porque sabia que existian aun otros objetos santos, que espuestos cada siete años, habian atraido, por ejemplo, á Aix-la-Chapelle en 1496, ciento cuarenta y dos peregrinos, los cuales habian dejado de limosna en el cepillo de la iglesia 80,000 florines de oro.

Desgraciadamente, no se esponen mas que cada siete años, y en el intérvalo á nadie se enseñan sino á las testas coronadas; como yo no estaba comprendido en esta categoría, ofrecí al pertiguero elevar la suma de siete francos á quince, si queria considerarme como un emperador, ó al menos como un rey. Me respondió que por quince francos me consideraria mucho mas que todo eso, pero que no tenia la llave. Debo decir de paso que esta falta de confianza le heria al parecer profundamente.

Las grandes reliquias se componen:

1.° Del vestido que tenia puesto la Vírgen cuando nació Jesucristo. Es de algodon, y tiene cinco pies y medio de largo.

2.° De las mantillas que envolvieron al Salvador en el pesebre.

3.° Del lienzo sobre el que fué decapitado San Juan Bautista.

4.° De la tela que ciñó la parte inferior del tronco de Nuestro Señor en la cruz.

Todas las reliquias están empaquetadas cada una en una tela de seda, que se corta en cada esposicion, y cuyos pedazos se distribuyen entre las personas presentes.

Por lo demas, el pertiguero, al parecer, no hacia mucho aprecio de las grandes reliquias, y si yo hubiese querido tan solo darle diez francos en vez de siete, creo me hubiera confesado que no creia en ellas.

LOS DOS JOROBADOS.--EL FRANKENBERG.—LA CALLE DE LOS DUENDES.

Un carruage que habia yo alquilado para hacer una correría por las inmediaciones de Aix-la-Chapelle, me esperaba á la puerta de la iglesia. Monté en él, y mandé al cochero me condujese al mercado de los Pescados; porque el mercado de los Pescados es célebre, no solo por sus anguilas del Mosa y sus carpas del Rhin, sino tambien por una antigua tradicion que se remonta al dia de San Mateo del año de Nuestro Señor 1349.

El dia, pues, de San Mateo del año 1349, un pobre músico jorobado que habia tocado en el baile de una boda en una aldea, se volvia con los tres florines que habia ganado metidos en su bolsillo, cuando al llegar á la lonja le asombró ver la plaza del Pescado perfectamente iluminada. Acababan de dar las doce de la noche en la catedral, y como no era esta la hora del mercado, el pobre músico, creyendo que aquella noche se celebraba en Aix alguna festividad particular de que su calendario no le habia prevenido, se dirigió hácia las luces, esperando que si como creia, se regocijaban alli, su violin no seria peor recibido que en otra parte.

En efecto, hallábase en la plaza una alegre reunion; todos los puestos de los vendedores de pescado estaban iluminados con tal profusion, que el músico se preguntaba cómo ha-

bian podido encontrar tantas bugías en la ciudad. Humeantes viandas estaban servidas en platos de oro; los vinos mas esquisitos reflejaban en vasijas de cristal sus colores de topacio y de rubí; en fin, un gran número de señoras jóvenes de las mas elegantes, y caballeros perfectamente vestidos hacian honor al banquete, que tocaba á su fin. Al ver aquello, no dudando el músico que se hallaba en medio de un conventículo, quiso huir; mas al volverse, se encontró tras de sí pages y lacayos que le cerraron el paso, y le mandaron en nombre de su señor y su señora, subiese en una mesa y tocase el violin.

Jamás el pobre músico, que aun en estado de completa tranquilidad tocaba con compás con gran trabajo, habia estado en disposicion de tocar peor; cuando con gran admiracion suya, á la primera vez que pasó el arco, sus dedos se pusieron á recorrer las cuerdas con una rapidez y tal precision en el compás, que hubiesen hecho honor á Paganini ó á Beriot. Al mismo tiempo se oyeron en el espacio sonidos de tan gran suavidad que el pobre diablo no podia creer fuesen producidos por él, y eligiendo cada caballero su pareja, comenzó un wals diabólico, uno de esos walses como los de Fausto y como los describe Boulanger, precipitándose, agolpándose, retorciéndose con los mil repliegues de una inmensa serpiente, y todo esto con gritos de júbilo, carcajadas, contorsiones tan estrañas, que le sobrecogió un vértigo al músico sobre su mesa, y no pudiendo contenerse en su sitio, saltó de su improvisado trono, se lanzó de un brinco en medio del círculo, y alli, saltando ya sobre un pie, ya sobre el otro, llevando de ese modo el compás cada vez mas rápido concluyó á su vez por gritar, reir, y patear con tal fuerza que al fin del baile, estaba tan cansado como los que walsaban.

Entonces una hermosa dama se aproximó á él llevando en una bandeja de plata una copa de oro llena de vino delicioso, que el músico bebió hasta la última gota; al mismo tiempo le quitaban dos pages su vestido, y la dama aplicándole la bandeja á su joroba, cogió un fino cuchillo de hoja de oro, y sin el menor dolor le quitó la escrescencia que habia llevado hasta entonces pacientemente entre sus hombros. Al fin, un caballero de buena presencia, echó en la copa vacía, y para reemplazar al vino que habia bebido, un puñado de florines de oro que sacó de su escarcela: el pobre músico viendo que hasta alli no le habian hecho mas que beneficios, dejaba obrar á los apuestos señores y lindas damas, confundiéndose en escusas sobre el trabajo que se tomaban, cuando de repente cantó un gallo en las inmediaciones; en el mismo instante, bugías, cena, vinos, damas, caballeros, pages, todo desapareció como si la misma boca de la nada hubiese dirigido su soplo alli, y se encontró solo en la oscuridad, sin joroba, con su violin y su arco en una mano, y en la otra su copa llena de oro.

Permaneció un momento completamente aturdido, como si acabara de tener un sueño, mas habiéndose tranquilizado poco á poco, vió que estaba muy despierto, hablándose á sí mismo, y felicitándose en alta voz de la dicha que habia tenido. Tomó el camino de su casa, tocó á la puerta y llamó. Su muger se levantó al punto y fué á abrirle; mas al ver á aquel hombre perfectamente derecho, en quien esperaba hallar un jorobado, volvió á cerrar apresuradamente la puerta, creyendo que era un ladron que para penetrar en su casa habia imitado la voz de su marido. De modo, que el pobre diablo por mas que hizo, á pesar de lo que dijo, se vió obligado á pasar la noche en el banco de piedra que estaba junto á la puerta de su casa.

Al dia siguiente por la mañana, el pobre músico hizo una nueva tentativa, y mas feliz que por la noche, consiguió ser reconocido por su mitad. Verdad es que la buena muger, viendo un hombre recto y rico en vez de un hombre pobre y jorobado, probablemente concedió algo al acaso, conociendo que no perdia en el cambio. Entonces la refirió el músico todo lo que habia pasado, y su muger, que como se ha podido adivinar, era una muger de sentido, le aconsejó diese de limosnas la cuarta parte de su oro, y como con el resto tenian para vivir tranquila y honradamente, que colgara, á manera de *ex voto* el milagroso violin debajo de la efigie de su patrono. Era este un buen consejo; asi que el ex-jorobado lo siguió al pie de la letra.

Como se concibe, la aventura hizo mucho ruido en Aix-la-Chapelle; los unos quedaron contentos, y éste era el mayor número, porque el pobre músico era generalmente apreciado; otros se afligieron, y estos eran los envidiosos.

Ahora bien, entre estos últimos se contaba un músico jorobado del pecho, que á causa de este achaque, no pudiendo tocar el violin como su colega que era jorobado de la espalda, tocaba el clarinete, y el cual por la inferioridad del instrumento que se habia visto obligado á adoptar, le tenia jurado hacia mucho tiempo un odio mortal al pobre violinista. Naturalmente, pues, habia sido uno de los que mas sintieron la felicidad que habia tenido, sin embargo, fué de los primeros que se presentaron con rostro alegre á felicitarle por su buena suerte, encontrándole no obstante peor que cuando era jorobado, é hizo le refiriese la historia con sus menores detalles. Cuando se hubo enterado bien, partió, y con arreglo á lo que le dijeron, formó su plan.

Desgraciadamente debia pasar un año antes que lo pusiese en ejecucion, y para el pobre jorobado, fué este año un siglo. Por fin, llegó el dia, ó mas bien la noche de San Mateo: cogió el músico su instrumento, se fué á

tocar para que bailasen á la aldea donde un año antes habia ido su colega, y al dar la media noche volvió por la misma puerta, de modo, que á las doce y algunos minutos se encontró en la plaza del mercado del Pescado, y en cuanto llegó, grande fué su alegría, porque estaba iluminado como un año antes; las mismas damas y los mismos caballeros estaban sentados en un banquete semejante, pero tan alegre como el otro parecia, éste parecia triste. No por eso dejó el músico de llevar su clarinete á la boca y acompañaron al punto los mochuelos y buhos, colocados en los santos de piedra de la catedral: cogiéronse los fantasmas de la mano, y en vez de aquella loca alegría con que habian danzado un año antes, empezaron un grave y triste minuet, que concluyó con reverencias afectadas y tiesas, como seria de rigor en estátuas de mármol tendidas sobre los sepulcros. No obstante, la dama que un año antes habia dado al buen violin la recompensa que tanto ambicionaba el envidioso clarinete, se aproximó al músico, y cuando los dos pages le hubieron abierto su jubon, operacion que dejó hacer con una paciencia notable, le aplicó en la espalda la bandeja de plata. Mas como era la bandeja donde se habia conservado cuidadosamente la joroba de su colega, y la aplicacion se hacia precisamente en el mismo sitio, la joroba prendió al instante mismo, de modo, que habiendo en tanto cantado el gallo todo desapareció, y el clarinete se encontró jorobado por delante y por detrás.

Cada músico habia sido recompensado segun sus méritos.

Salimos de Aix-la-Chapelle por la puerta de Borcette, á fin de ir, como todo viagero debe hacerlo, á probar las aguas minerales. Las de Borcette, como todas las aguas minerales, son detestables.

Al salir de Borcette bajé del carruage, y mi cochero, despues de haberme enseñado en el centro de un grupo de árboles las ruinas de Frankenberg, me señaló un caminito que conducia á él. Le seguí exactamente; corria á su lado en la estension de ciento ó ciento cincuenta pasos un arroyuelo humeante, cuya templada humedad me parecio conservaba las plantas con un hermoso verdor; despues atravesé el Felsembach. Me perdí un instante en la espesura, hasta que al fin me encontré á la puerta de la quinta. A esta quinta es donde van á enjuagarse la boca con el makey, los que han bebido el agua de Borcette. Mas como nuestros lectores no encontrarán probablemente la palabra makey en la *Cocinera de la clase media*, sabrán que es simplemente una mezcla de crema, canela y azúcar, de sabor muy agradable.

Recorrí las ruinas, y vi el lago donde estaba sumergido el anillo de Falstrade (1). Cuando el castillo era nuevo, y el agua del lago estaba pura, debia ser esta una deliciosa mansion, y se comprende fácilmente, dejando la mágia aparte, la predileccion que el buen emperador tenia por aquel sitio.

Sin embargo, como no podia yo, menos feliz que él, pasar allí mi vida, volví á subir al carruage, y despues de haber seguido por algun tiempo los baluartes esteriores, hicimos un rodeo, y llegamos, siempre en carruage, á la cima del Loosberg; este es el sitio donde Satanás, rendido de llevar su mogote, le dejó caer (1): no hace mas de treinta años era todo arenoso, y tal como habia salido de sus manos. Mas desde el año 1807, época en que especialmente dejó de creerse en el diablo, la antigua montaña de la Astucia ha sido trasformada en jardines, y su árido suelo ha desaparecido bajo una capa de verdura, en medio de la que han brotado en confusion, árboles, cafés y casinos.

El Salvatorsberg ha permanecido mas fiel á sus antiguas tradiciones, y no se encuentra mas que las ruinas de una antigua iglesia erigida por Lotario I, y una especie de quinta que pertenece no sé á quien.

Entramos en Aix-la-Chapelle por la puerta de Colonia, y como yo se lo habia encargado, mi cochero se detuvo en la callejuela de los Duendes; tambien va unida á esta pequeña calle una antigua tradicion, que le ha dado el nombre de *Hinzen-Geeschen*.

Habia en otro tiempo en el país de Limbourg, en el sitio mismo en que se ven hoy las ruinas del castillo de Emmaburgh, que gracias á la tiranía de Federico Guillermo no habia yo podido ver sino descoyuntándome el pescuezo, inmensos subterráneos cuyo fin nadie habia podido ver; estos subterráneos, desiertos en apariencia de dia, eran por la noche la mansion de esos buenos duendes de la familia de los Trilby, cuya historia nos ha escrito Nodier; estos graciosos hijos de la Tierra, de inocentes malicias y locas alegrías, se reunian desde que el sol se habia puesto, y permanecian hasta la una de la madrugada colocados al rededor de largas mesas, entonando canciones en un idioma desconocido, y bebiendo en copitas de oro, cuyo choque imitaba tan perfectamente el sonido de una campanilla, que un dia un pastor, que habia perdido su vaquilla, creyendo que se habia metido en los subterráneos bajó á ellos guiado por el sonido, y vió á aquella alegre y subterránea reunion bebiendo sus esquisitos vinos y cantando sus locas canciones. Entonces comprendió que aquel sonido que habia creido el de la campanilla de su becerra, era el de las copitas de oro, y se retiró al punto, sin que los duendes, á pesar de haberle visto, le hubiesen hecho el menor mal.

Mas el pastor no les guardó el secreto co-

(1) Véase la crónica de Carlo-Magno.

(1) Véase la crónica de Carlo-Magno.

mo de él esperaban, y su primer paso, al salir del subterráneo, fué para ir á denunciar á su confesor á los diablillos que tan bien se regalaban: el confesar era un fraile severo á quien no agradaban las fiestas clandestinas, y que no queria se divirtiese nadie mas que los dias autorizados por el calendario. Hizo una cuestacion, reunió una considerable cantidad, edificó una iglesia en el sitio mismo por donde el pastor habia entrado en el subterráneo, colocó una cruz en su cúpula, y fué con toda pompa y seguido de la clerecía á la capilla á decir misa, y proceder allí á los exorcismos indicados por el ritual.

Pero no habia necesidad de tantas ceremonias: á la primer campanada los pobres diablillos de los duendes se vieron obligados á desalojar.

No obstante, los desterrados, privados de su antigua morada, habian elegido otro domicilio; y mientras en castigo de su indiscrecion el pastor se iba muriendo de una enfermedad de languidez, se habian ellos instalado en los subterráneos de una torre situada entre las puertas de Colonia y de Sand-Kaul. Mas, ¡ay! los pobres diablillos no habian tenido tiempo, al dejar su domicilio, de llevarse el moviliario que le adornaba; de modo que no tenian ni bandejas de plata, ni copas de oro; de modo que cada vez que tenian que celebrar alguna funcion, necesitaban tomar prestado de los habitantes de las calles próximas, calderas, cacerolas y vasos; lo cual hacian entrando en las casas por las chimeneas, llevándose con gran estrépito los utensilios que necesitaban, y que los habitantes encontraban al dia siguiente cuidadosamente colocados en sus puertas. Comprendieron, pues, que valia mas, cuando ciertas señales como el chisporroteo del fuego, el relincho de los caballos, el estremecimiento de la batería de cocina, les anunciasen que era dia de fiesta entre los duendes, poner ellos mismos á la puerta de sus casas los utensilios que los visitantes nocturnos tenian costumbre de tomarles prestado, y obraron en su consecuencia. Los duendes, reconocidos, no hicieron ningun ruido, y los habitantes de las calles inmediatas á la torre, pudieron al fin dormir.

Mas sucedió que un dia, dos valientes soldados que se hallaban alojados en la fonda del Salvage, situada precisamente en la calle que se llama hoy la callejuela de los Duendes, vieron al fondista que limpiaba las cacerolas con un cuidado especial, y que cuando estaban brillantes como plata las ponia á la puerta. Preguntáronle entonces con qué objeto se tomaba aquel trabajo, y habiéndoles dicho que para los duendes, se echaron á reir, y como eran hombres que á nada temian, y ni creian en Dios ni en el diablo, le dijeron:

—Está bien, entrad vuestras cacerolas, que nosotros vamos á colocarnos en la puerta, de modo que cuando vengan los duendes, en lugar de toda vuestra batería de cocina, se encontrarán con dos espadas bien afiladas.

El fondista hizo cuanto pudo para impedirles cometer semejante imprudencia; mas los dos soldados se retorcieron los bigotes jurando por el santo nombre del Señor; de modo que el posadero les hizo una reverencia, y los dejó obrar á su voluntad.

Cuando llegó la noche, pusiéronse en efecto los dos soldados en el dintel de la puerta, que cerró el posadero tras de ellos; por algun tiempo los oyó hablar amistosamente, despues, cuando fueron ya las diez de la noche, les oyó levantar la voz, luego disputar, por último cruzar los aceros: por algun rato pudo seguir el ruido de las espadas; cesó de repente, y le sucedió un profundo silencio.

Al dia siguiente al rayar el dia, salió el posadero y encontró á los dos soldados muertos; se habian batido y atravesado uno á otro.

Nadie dudó que aquello habia sido una venganza de los duendes; y habiendo llegado el rumor de la aventura á oidos del fraile, resolvió espulsarlos de la ciudad, como los habia espulsado ya de Emmaburgh: en su consecuencia, armado con un calderillo de agua bendita y un hisopo, bajó á los subterráneos de la torre, y los asperjó completamente, acompañando cada aspersion con las palabras poderosas que ya otra vez los habian espulsado.

Desde entonces abandonaron los duendes á Aix-la-Chapelle, y nadie sabe lo que ha sido de ellos; pero en memoria de su permanencia en los subterráneos de la torre, la calle en que se encontraron á los dos soldados muertos se llama todavía hoy *Hinzen-Geeschen*, ó callejuela de los Duendes.

Como no teniamos mas que ver en Aix-la-Chapelle, volvimos á la fonda del Gran Monarca, con la intencion resuelta de partir al dia siguiente por la mañana, é ir á dormir á Colonia.

Asi, pues, como ningun duende vino á desbaratar este proyecto, al dia siguiente, á las seis de la mañana, pusimos en ejecucion su primera parte, dejando á Aix-la-Chapelle.

COLONIA.

Llegamos á las diez de la noche á Colonia. Como nuestro cochero no conocia la ciudad, nos condujo á un laberinto de calles pequeñas y terminó en una especie de zahurda llamada la fonda de Holanda. En Alemania, una vez entrado en una fonda á deshora, es cogido un

desventurado viagero como un raton en una ratonera. Se cierra la puerta detrás de él, y se ve obligado á esperar hasta el dia siguiente por la mañana para saber qué será de él. Nuestra desgracia redundó en provecho de la curiosidad. Al dia siguiente al amanecer, estábamos en las calles de Colonia.

Colonia debió su orígen á un campamento romano. Un dia encontró Agrippa hermosa aquella posicion, y se estableció en la colina que se estiende desde la iglesia de Nuestra Señora hasta la plaza de Santa María de las Escalinatas. Los campamentos romanos eran verdaderas fortalezas, con sus fosos, sus murallas y sus torres. Algunas miserables chozas que se habian levantado en la ribera oriental del Rhin, pasaron el rio y se apoyaron en el campo romano para pedirle su proteccion. Sucesivamente siguieron otras su ejemplo, y el antiguo campo de Agrippa se encontraba ya rodeado de una muralla de casas, cuando por fortuna nació allí Agrippina durante las campañas de Germánico. Fué esta una razon para que Claudio enviase allá una colonia romana, que tomó el nombre de Colonia Agrippina, y dió al campamento el aspecto de una ciudad. Posteriormente Vitelio fué aquí proclamado emperador, y desde entonces se contó en los anales romanos, y ocupó su puesto en la historia del mundo.

Todavía hoy se puede seguir por las ruinas el recinto cuadrangular trazado por los romanos, aquellos poderosos constructores, y es fácil marcar los límites de la colonia de Agrippina en el momento en que Trajano la dejó, llamado por Nerva para dividir el imperio con él, es decir, á fines del primer siglo.

Desde entonces, Colonia, convertida en capital de la Galia Rhiniana inferior, fué considerada como una ciudad importante: el emperador Constantino hizo edificar en ella un magnífico puente, cuyo arco ha desaparecido, pero cuyos pilares todavía se descubren cuando las aguas del Rhin están bajas.

Entre estos dos periodos, es decir, por el año 220, los godos, en una de sus invasiones, quisieron destruir la ciudad naciente: y á esta invasion es á la que va unida la tradicion de las once mil vírgenes.

En 508 fué proclamado Clovis rey de Colonia. Por esta ciudad y por el punto llamado Dentz, es por donde los ripuarios ejecutaron su invasion. Pepino fué duque de Colonia antes de ser rey de los francos; Carlo-Magno, como hemos visto, hacia frecuentes visitas á esa ciudad; en fin, Othon el Grande la reunió al imperio germánico, la concedió grandes privilegios, y la confió á la proteccion de su hermano Brunon, arzobispo de Colonia y duque de Lorena.

En la edad media, es decir, á fines del siglo XIV, Colonia, que habia ido estendiéndose sucesivamente, era el apoyo mas poderoso de la federacion de las ciudades llamadas Hanses. Entonces podia poner ella sola sobre las armas treinta mil combatientes, y poseia once colegiatas, cincuenta y ocho conventos, diez y nueve iglesias parroquiales, cuarenta y nueve capillas y diez y seis hospitales.

En el siglo XV comienza la decadencia de Colonia, el comercio de Flandes, del Brabante, y de la Holanda la mina; las proscripciones religiosas la sacan lo mejor de su sangre; en fin, en 1794, Colonia se convirtió en ciudad de la república. Hasta este tiempo, es decir, por espacio de mas de diez y seis siglos, habia conservado el patriciado romano, la toga de los cónsules, y los lictores con sus fasces. En 1814 fué ocupada por los rusos, y al año siguiente fué cedida á los prusianos, quienes para todo evento, la fortificaron, añadiendo siete torres á las ochenta y tres que ya tenia. Pero estas fortificaciones tienen un objeto muy estraño que se encuentra sistemáticamente aplicado en toda la línea del Rhin; y es el de amenazar á las ciudades mas bien que defenderlas.

En efecto, las provincias rhinianas, separadas violentamenle de la Francia y dadas á S. M. Federico Guillermo como aumento de territorio, no están mas que hilvanadas á la Prusia, y al primer llamamiento se descoserian de ella. Su nuevo señor, separado ya de sus nuevos súbditos por el abismo religioso, que se hace cada vez mas profundo con la persecucion, y que no se ciega por la tolerancia, en vez de dejar á los habitantes del Rhin el código Napoleon que durante veinte años los habia regido; en vez de elegir de su mismo seno los funcionarios públicos que deben administrarles; en vez, en fin, de concederles el libre ejercicio de la religion que han recibido de sus padres, y que quieren trasmitir á sus hijos, les arrebata poco á poco las leyes francesas para sustituirlas con el capricho prusiano; elige los empleados del gobierno fuera del territorio que están encargados de gobernar, y quiere que todo hijo de un padre protestante siga la religion de su padre, lo cual seria justo acaso en cualquier otro pais, pero que allí, donde solo hay porvenir en el enlace con los estrangeros, y donde todos los estrangeros son luteranos, se convierte en una suprema injusticia.

Contra esta última decision, cuyas consecuencias conocia, se pronunció Clemente Augusto, arzobispo de Colonia, que ha tenido talento para ser mártir en una época en que no podia creerse posible serlo. En virtud del poder espiritual que habia recibido del papa, declaró, colocándose en oposicion con el poder temporal del rey, que no autorizaria á los sacerdotes para que bendijesen los matrimonios mistos, sino despues que los padres al contrario de lo que se habia ordenado por el real decreto, se hubiesen comprometido formalmente á educar á sus hijos en la religion católica, diciendo que á falta suya allí habia

pastores luteranos, y que para los que creyesen inútil el matrimonio ante Dios, quedaba el matrimonio ante la ley. Algunos dias despues de esta declaracion, el gobernador civil de la provincia y el coronel de la gendarmería residente en Coblentza, se presentaron en Colonia, y despues de unirse al corregidor de la ciudad, fueron al palacio arzobispal. Introducidos á la presencia de Clemente Augusto, le intimaron la órden de obedecer las instrucciones del gobernador. El arzobispo respondió que en los negocios temporales estaba él sometido al rey, pero que en cuestiones espirituales no dependia mas que de Roma. Se le mandó entonces dimitiese de su arzobispado; mas respondió que nombrado por el papa, solo el papa podia suspenderle. Al oir esta respuesta, fué arrestado y conducido á la fortaleza de Minden, donde está libre, es verdad, pero libre en una ciudad protestante, y donde tiene por criados soldados vestidos de paisanos.

Es imposible figurarse el efecto que produjo este arresto; un febril escalofrio circuló por toda aquella línea de ciudades aletargadas bajo la dominacion estrangera, y que se despertaron de repente, recordando el tiempo en que eran libres. Bajo el pretesto de vigilar á los belgas y holandeses, en cuestion en aquella época acerca del Limbourg y el Luxembourg, dirigiéronse las tropas prusianas á las orillas del Rhin; la fortaleza de Chrenbreisten, que domina á Coblentza, punto central de la agitacion, se llenó de pólvora y erizó de cañones, cuyas bocas, á medida que se ponian invisiblemente en batería, se volvian como por sí mismas hácia la orilla izquierda del Rhin. El príncipe Guillermo, enviado al pais con la aparente mision de pasar revistas, se detuvo en Colonia, donde fué silbado, y fué á Coblentza á tomar parte en la fiesta que la provincia daba al general Borstel. He aqui con qué motivo se daba esta fiesta, y lo que pasó.

El anciano general Borstel, que mandaba en Coblentza desde 1827, terminaba su año quincuagésimo de servicios; con este motivo la provincia le dió una fiesta á que asistieron los enviados de todas las ciudades del Rhin y de todas las corporaciones administrativas. Terminada la revista que el general pasó en la plaza Mayor, y al fin de la que el príncipe Guillermo le presentó los regimientos como si le entregase por segunda vez el mando, hubo gran comida. A los postres preguntó el príncipe Guillermo, para procurar atraer hácia sí la atencion y los aplausos que se dirigian hácia el general, si no se acordaba nadie de alguna antigua cancion del Rhin; se levantó entonces un convidado, y cantó las siguientes estrofas, que traduzco aqui en su sencillez literal, pero no en su nativa rudeza:

Cantemos al rio en cuyas ondas
la libertad de nuestro pueblo estriba;
al Rhin cantemos con sus aguas hondas,
que antes que tributario al mar arriba,
baña la adorada vega
donde el racimo riega.
Del *Rhin* lo fino
es el *vino*.
Palabras que al tirano causan grima.
palabras consonantes en la rima.

———

Cantemos á ese líquido afamado
que la igualdad entre nosotros puso,
que de serviles, hombres ha formado,
que al poderoso con denuedo impuso.
Tras la copa que se empaña
es palacio la cabaña.
Del *Rhin*, etc.

———

Bebiendo el zumo de la cepa hermosa
que crece en tus orillas, fértil rio,
jamás sedujo á nadie farsa odiosa
del pueblo esclavo que aturde el desvarío.
El corazon que es honrado
solo es feliz libertado.
Del *Rhin* lo fino
es el *vino*.
Palabras que al tirano causan grima,
palabras consonantes en la rima (1).

Estas tres estrofas fueron acogidas con frenéticos aplausos, que tampoco se dirigian esta vez al príncipe Guillermo; tanto, que se retiró muy descontento, y se pusieron nuevas tropas en movimiento, siempre bajo el pretesto de vigilar las fronteras belgas; pero resultó de todo esto que las ciudades de la ribera izquierda del Rhin, desde el puente de Kell hasta Nimega, no fueron mas que un largo reguero de pólvora, al que prenderia fuego la menor chispa. Una vez encendido, es difícil que el incendio, y sobre todo si conserva su lado religioso, no se comunique, si no al gobierno, al menos al pueblo belga, al que todas sus simpatías inclinarán á sostener á sus correligionarios.

La córte de Berlin no deja escapar jamás la ocasion de demostrar su rencor envidioso y contrarevolucionario á la Francia. La Francia por su parte, tiene á Waterloo en el corazon, de modo que con un poco de buena voluntad entre nuestros ministros, las cosas pueden arreglarse á satisfaccion de todos.

Por lo que hace á nosotros, que tenemos fé en el porvenir, propondriamos al rey Luis Felipe, en lugar de ese ridículo cartel en que se han hecho las armas de la revolucion de julio, acuartelar el antiguo escudo de Francia.

En el primer cuartel, con el gallo galo, con que tomamos á Roma y Delfos.

En el segundo, con el águila de Napoleon, con la que tomamos el Cairo, Berlin, Viena, Madrid y Moscou.

En el tercero, las abejas de Carlo-Magno, con las que tomamos la Sajonia, España y la Lombardía.

(1) Debo confesar que riman mejor en aleman que en francés, pero no soy dueño de elegir otras rimas. *(N. del A.)*

Con mas razon podemos decir nosotros eso, puesto que en nada se parecen RHIN *y* VINO *en nuestro idioma.* *(N. del T.)*

En el cuarto, las flores de lis de San Luis, con las que tomamos á Jerusalen, Mausourah, Tunez, Milan, Florencia, Nápoles y Argel.

Luego se añadirá esta divisa, que se procurará observar mejor que el rey Guillermo de Holanda lo ha hecho con la suya:

Deus dedit, Deus dabit.

Y tendriamos sencillamente el blason mas bonito de la tierra.

LA CATEDRAL.

Nuestra primera visita fué á la catedral.

El arzobispo Engelberg, por sobrenombre el Santo, fué quien concibió, hácia 1225, la idea de hacer construir una catedral; pero Conrado de Hochsteden, su sucesor, fué quien habiendo resuelto en 1247 pasar de la idea á la ejecucion, hizo ir al primer arquitecto de la ciudad, y le mandó edificase un monumento que sobrepujase en arquitectura religiosa á todo lo mas hermoso que hasta entonces se habia hecho. Ponia á su disposicion para conseguir el objeto, el tesoro del cabildo, uno de los mas ricos del mundo, y las canteras del Drakenfels, la mas alta de las siete montañas.

Era esta una de esas proposiciones que vuelven loco á un artista, asi aquel á quien se habia dirigido el digno prelado salió del palacio arzobispal dudando aun de estar encargado de tan gloriosa empresa; no obstante, forzoso le fué creerlo, porque en el mismo dia Conrado le envió un saco lleno de oro para los primeros gastos.

El arquitecto á quien se habia dirigido el digno prelado era modesto como un hombre de genio; asi, resolvió visitar las mas bonitas iglesias de Alemania, Francia é Inglaterra antes de comenzar la suya. Fué, pues, á ver al arzobispo y le pidió permiso para hacer su viage. El arzobispo se lo concedió, á condicion de que en el término de un año estaria de vuelta. El artista solicitó, pero en vano, algunos meses mas; ese fué todo el plazo que pudo obtener, tan deseoso estaba el arzobispo de ver poner su proyecto en ejecucion.

Pasado un año volvió el arquitecto, mas indeciso que nunca. Tenia ya fija su idea mística acerca de su obra, es decir, que queria que el monumento tuviese dos torres para recordar que el cristiano debe levantar sus dos brazos al cielo; que contase doce capillas en memoria de los doce apóstoles; que fuese edificada en forma de cruz, á fin de que los fieles no olvidasen ni un momento el signo de su redencion; que el coro estuviese un poco mas inclinado á la derecha que á la izquierda, porque Jesucristo inclinó la cabeza al lado derecho al morir; en fin, que el tabernáculo recibiese luz por tres ventanas, porque Dios es trino y toda luz viene de Dios. Pero esto no era, se puede decir asi, mas que el alma del monumento; quedaba aun su cuerpo, su forma, es decir, la traduccion visible de ese pensamiento religioso, tan poderoso en la edad media que hizo germinar cual la savia toda una vegetacion de granito: esta forma era, pues, la que el arquitecto buscaba por la mañana, por la noche, á todas horas y por todas partes donde se encontraba.

Ahora bien, una tarde que el arquitecto, soñando siempre en su plan, habia pasado mas allá de las murallas sin notarlo, y llegado á un sitio del paseo llamado la Puerta de los Francos, se sentó en un banco, y con la punta de su baquetilla comenzó á trazar en la arena fachadas y perfiles de catedrales, borrándolas antes de concluirlas porque todas le parecian incompletas y mezquinas al lado del suntuoso monumento que los ángeles edificaban en su imaginacion; en fin, á fuerza de diferentes tentativas, acababa de obtener un conjunto lleno de grandeza y magestad, que miraba ya con cierta satisfaccion, cuando oyó tras de sí una voz estridente que decia:

—¡Bravo! amigo, he ahí exactamente la catedral de Strasburgo.

El arquitecto se volvió y vió en pie detrás de él con la cabeza casi apoyada en su hombro, un anciano de barba cortada en punta como la de un judío, ojos hundidos y centellantes y sonrisa sardónica, vestido con un trage negro de tal modo ceñido á sus miembros, que se hubiese podido tomar por la piel de un negro mas delgado que él, y con la que se hubiera hecho un vestido. Tal como se presentaba á nuestro arquitecto, el anciano no tenia aspecto para inspirarle una viva simpatía: mas como su observacion era exacta, y como el artista acababa de reconocer que creyendo inventar habia recordado, en vez de defender su obra, respondió suspirando: «Eso es verdad.» Luego borró su obra casi sin terminarse, y volvió á comenzar otra. Mas apenas la baquetilla habia grabado sobre la movible lámina las primeras líneas de otro edificio, la misma voz áspera, acompañada de la misma sonrisa sardónica, esclamó:

—Perfectamente, ahí teneis exactamente la catedral de Reims.

—Si, si, murmuró el artista, mejor hubiera hecho en no salir de aqui ni ver nada, porque no hay nadie verdadero creador mas que Dios.

—Y Satanás, murmuró el anciano con una voz que hizo estremecer al arquitecto.

Mas como un solo y eterno pensamiento

le absorbia, borró de nuevo las desventuradas líneas, sin inquietarse por el timbre metálico de aquella voz, y continuó de nuevo su tarea. Hacia un cuarto de hora que se mecia dulcemente en la ilusion que provocaba al advenedizo, quien murmuraba á su oido: Bien, muy bien, perfectamente, cuando el panegirista le hizo volver en sí de repente:

—¿Habeis viajado mucho, á lo que parece?

—¿Por qué?

—Porque despues de haber atravesado la Alsacia y visitado la Francia, habeis vuelto por Inglaterra.

—¿Quién os lo ha dicho?

—El diseño de esa iglesia, que es la de Cantorbery.

El artista exhaló un profundo gemido. La crítica del anciano era terrible, pero verdadera. Borró, pues, el monumento con el pie, y cediendo á un movimiento de impaciencia, se volvió hácia el anciano, y presentándole su baquetilla

—¡Pardiez! mi maestro, le dijo, vos que sois tan buen crítico, ¿no podiais unir un poco el ejemplo al precepto, enseñándome á vuestra vez lo que sabeis hacer?

—Con mucho gusto, dijo el anciano, tomando la baquetilla, y siempre con su sonrisa.

El arquitecto quiso cederle su puesto, pero él, haciendo la señal con la cabeza de que no aceptaba, se apoyó con una mano en el hombro del artista, y con la otra comenzó á trazar sobre la arena nuevas líneas, á la vez tan atrevidas, tan elegantes y tan correctas, que el artista esclamó al punto:

—¡Ah! ya veo que somos hermanos.

—Dí, respondió el anciano haciendo un gesto, que tú eres estudiante y yo maestro.

—Estoy dispuesto á confesarlo, respondió el artista con la buena fé del genio; pero será preciso que yo viese para eso alguna cosa mas que líneas aisladas. El detalle no es nada, el conjunto es el todo.

—Eres bueno, y se puede hacer de tí alguna cosa, dijo el anciano; pero no me agrada hacer mas.

—¿Por qué? dijo el arquitecto.

—Porque cogerias mi plano.

—¿Tambien teneis que edificar una catedral?

—Espero hacer una.

—¿Cuál?

—La de Colonia.

—¡Cómo! ¿la mia?

—¿La tuya?

—Sin duda, la mia.

—Si, si das un plano.

—Daré uno.

—Y yo tambien: monseñor Conrado elegirá entre los dos.

El arquitecto palideció.

—¡Ah! esclamó el desconocido gesticulaudo; esto te alarma, colega: ¿temes verte obligado á devolver el saco de oro que te ha enviado el arzobispo, y que esceptuando cien escudos has gastado en hacer inútilmente tu viage por Francia é Inglaterra?

El arquitecto miró á su rededor, vió que anochecia y que estaba solo con el anciano.

—Escucha, le dijo, no sé cómo has sabido que no me quedan mas que cien escudos del adelanto que me ha hecho monseñor Conrado; pero acaba el dibujo que habias comenzado, y esos cien escudos son para tí.

El anciano prorumpió en una carcajada, y sacando de su vestido una bolsita de cuero, la abrió é hizo ver al artista que estaba llena de diamantes de los que el que menos valia mil escudos de oro.

El arquitecto suspiró profundamente, porque vió que no habia medio de corromper á aquel hombre; asi que permaneció inmóvil y consternado, porque á su pesar reconocía en el arquitecto estrangero una estraña é incontestable superioridad en su arte. En tanto, el anciano habia añadido negligentemente al plano comenzado algunas líneas tan maravillosamente atrevidas, que el arquitecto se convenció de que estaba perdido si tenia que luchar con semejante hombre. Entonces, delirante, fuera de sí, resolvió apoderarse por violencia de lo que no habia podido obtener por la corrupcion, y cuando el otro se detenia de nuevo y le miraba con su risa burlona, le cogió por el brazo, y apoyándole su puñal en el pecho:

—¡Anciano! le dijo, acaba ese plano, ó mueres!

Apenas habia pronunciado estas palabras, se sintió cogido por el cuerpo y derribado hácia atrás, apoyándose una rodilla en su pecho, y su propio puñal arrancado de su mano, brillaba sobre su garganta.

—¡Ah! ¡ah! dijo entonces el anciano rechinando los dientes, corruptor y asesino! bueno, bueno; todavía hay alguna recoleccion de almas que hacer en este mundo, segun parece.

—¡Matadme! dijo el artista, no os burleis de mí.

—¿Y si no quiero matarte?

—Entonces, dadme vuestro plano.

—Estoy pronto, pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Primero levántate, dijo el anciano dejando á su enemigo, á quien hasta entonces habia tenido derribado en tierra, y volviéndole su puñal; estamos mal asi para hablar, sentémonos.

Y el estraño hombrecillo se sentó en el estremo del banco, con una pierna sobre la otra, y las dos manos cruzadas sobre su rodilla, mirando al pobre arquitecto, que avergonzado se levantaba, y sacudiendo el polvo que habian cogido sus vestidos, permanecia en el mismo sitio.

—Veamos, aproxímate, le dijo el anciano, bien ves que no te tengo rencor.

—Pero ¿quién sois? esclamó el arquitecto.

—¿Quién soy? ¡Y bien! voy á decírtelo.

El artista se aproximó un paso, su curiosidad pudo mas que su terror.

—¿Has oido hablar, le dijo el anciano, de la torre de Babel, de los jardines de Semíramis y del Coliseo?

—Si, le respondió el artista sentándose junto á él.

—¡Pues bien! soy yo quien lo ha construido.

—¿Entonces sois Satanás? esclamó dando un salto el pobre artista.

—Para servirte, dijo Satanás con su eterna gesticulacion.

—¡*Vade retro*! dijo el arquitecto haciendo la señal de la cruz.

La comenzada risa terminó en un rechinamiento de dientes; brilló un relámpago, la tierra se abrió como un escotillon, y el demonio desapareció.

EL PADRE CLEMENTE.

El arquitecto volvió á su casa y encontró á su madre anciana que le esperaba para cenar. Pero no quiso ponerse á la mesa, y tomando un lápiz y papel, comenzó á intentar fijar algunas de aquellas líneas fugitivas que habia visto salir á influjo de la baquetilla de Satanás.

La buena muger fué á acostarse deshecha en lágrimas: desde que habia vuelto de sus viages, no conocia á su hijo, tan inquieto y atormentado estaba, y tanto le cambiaban á sus ojos aquella inquietud y aquel tormento.

El arquitecto pasó toda la noche tirando líneas y borrándolas. Habia en aquel plano misterioso del que habia entrevisto un ángulo, un género de atrevimiento fantástico al que no podia llegar. Al amanecer, abatido y fatigado, se arrojó sobre su lecho; pero el sueño, en lugar de ser para él un descanso, le causó un nuevo suplicio. Se despertó medio loco, y corrió á la iglesia de San Gerónimo, á la que tenia una devocion especial.

En cuanto llegó á ella, se detuvo ante el pórtico. Era una iglesia romana del siglo XI, pequeña y tosca, construida por el arzobispo Annon, en el sitio del antiguo templo de Santa Elena, y que se parecia mas á una tumba que á una iglesia. Entonces no pudo menos de pensar en la diferencia que habia entre aquellas torres aéreas, aquellas flechas agudas y aquellas columnatas atrevidas que el dia antes habia visto salir de la baquetilla mágica de Satanás, y la maciza fábrica bizantina que tenia ante los ojos. Asi que olvidó completamente que habia ido para orar, y echó á andar hácia adelante sin saber donde iba, preocupado con su única y eterna idea.

Asi anduvo errante todo el dia; á la noche, sin que pudiese acordarse del camino que habia seguido, ni darse cuenta de cómo se encontraba allí, se halló fuera de la puerta de los Francos, en el paseo y junto al banco donde la víspera habia estado sentado. Era ya entrada la noche; el paseo estaba solitario, y solo un hombre, del mismo modo que él, habia quedado estramuros. Era este el anciano. Al primer golpe de vista el artista le reconoció y se aproximó á él.

Estaba en pie ante la muralla, y con una vara de acero, dibujaba en la pared. Cada uno de sus trazos era una línea de fuego, que desaparecia poco á poco, de modo que á medida que el plano magnífico avanzaba, la parte hecha primero comenzaba por debilitarse y acababa por estinguirse. Tanto que era imposible á la vista seguir las nuevas líneas, y á la memoria recordar las antiguas; el arquitecto anhelante vió pasar asi ante sus ojos, en sus menores detalles, una catedral fosfórica que al cabo de un instante, se perdió en la oscuridad, pero cuyo conjunto le hubiese sido imposible reproducir.

Exhaló un profundo suspiro.

—¡Ah! ¡ah! eres tú, dijo Satanás volviéndose. Te esperaba.

—Héme aquí, respondió el arquitecto.

—Sabia que no nos habiamos indispuesto. Mira, he corregido el plano. ¿Qué dices de este pórtico?

Y pasando de nuevo su baquetilla por la pared, produjo en ella la triple puerta de una basílica de fuego.

—¡Magnífico! dijo el arquitecto no intentando siquiera disimular su entusiasmo.

—¿Y de esta torre? continuó Satanás repitiendo el mismo juego.

—¡Espléndida!

—¿Y esta nave?

—¡Maravíllosa!

—¡Y bien! todo eso es tuyo, si quieres.

—¿Y qué exiges en cambio?

—Tu firma.

—¿Y me darás tu plano?

—En toda propiedad.

—Haré todo lo que quieras.

—¿Mañana á media noche?

—Mañana á media noche.

Satanás desapareció sin que pudiese saberse de qué lado habia partido, y el arquitecto volvió á la ciudad.

Su anciana madre le esperaba como el dia antes; tampoco ella habia comido. El arquitecto se puso á la mesa, y desde luego esta demostracion tranquilizó algun tanto á la pobre muger; mas no tardó en comprender que su hijo obedecia pura y sencillamente á una necesidad física, pero que su imaginacion estaba tan lejos de su cuerpo, que aquel no tomaba parte alguna en lo que el otro hacia.

Cada vez mas preocupado, el arquitecto se levantó de la mesa y se retiró á su habitacion; su madre no se atrevió á seguirle allá, pero se sentó en el umbral, á fin de estar pronta si necesitaba alguna cosa.

Por algun tiempo le oyó suspirar y rezar; pero como hasta allí no habia nada de alarmante, se guardó muy bien de entrar. Luego él se acostó. Por mucho tiempo aun, le oyó dar vueltas en su lecho; despues tuvo un instante de reposo, al que sucedieron lamentos y gemidos. Por fin la pareció oir como que disputaban en la alcoba; se oyó un ruido semejante al de una lucha; esta lucha provocó gritos ahogados. La pareció que su hijo pedia socorro. Entonces entró, creyendo encontrarle batiéndose con algun asesino. Estaba solo y soñaba, gritando con toda su fuerza:

—¡No, no, Satanás! no tendrás mi alma.

Al oir aquel nombre terrible, la pobre madre hizo la señal de la cruz sobre la frente misma del que dormia, lo que le calmó algun tanto al parecer; en seguida se puso en oracion al pie de la cama, ante una hermosa Madona de colores brillantes, que habia dado á su hijo un peregrino que llegaba de Constantinopla. A medida que la oracion avanzaba el sueño del arquitecto se hacia cada vez mas tranquilo; en fin, cuando estuvo concluida, su respiracion era suave como la de un niño.

Al dia siguiente se levantó bastante tranquilo, y habiéndose puesto al balcon para respirar el aire de la mañana, vió salir á su madre vestida de luto: vióle ella y se dirigió á él.

—¿Dónde vais asi, madre mia? preguntó, ¿por qué vais toda de negro?

—Porque hoy es el aniversario de la muerte de tu padre, y voy á San Gerónimo á mandar decir al cura una misa por las almas del Purgatorio.

—¡Ay, ay! murmuró el arquitecto, no habrá ni misa ni oraciones que puedan sacar mi alma del abismo en que estará.

—¿No quieres venir conmigo? preguntó la buena muger.

—No, madre mia; pero si veis al anciano padre Clemente, enviádmele; es un santo varon, y me satisfaria mucho consultarle un caso de conciencia que me atormenta.

—Dios te conserve tan santas intenciones, hijo mio; porque, ó me engaño, ó el enemigo de los hombres te cerca.

—Id, madre mia, dijo el arquitecto.

La buena muger se alejó, y el artista quedó pensativo al balcon. A los pocos momentos vió al anciano padre Clemente que volvia la esquina de la calle, y que se dirigia hácia la casa. Cerró el balcon y le esperó.

El anciano fraile entró: era como lo habia dicho el arquitecto, no solo un santo varon, sino un hombre instruido que habia arrancado de las garras de Satanás un número grande de almas próximas á perderse. Pero como vivia en un perpétuo estado de inocencia y pureza, por mas deseo que tuviese el diablo de volverle el mal que le hacia, siempre le habia sido imposible, y por violentas que hubiesen sido las diferentes luchas que habia tenido que sostener con él, siempre habia salido vencedor; de modo que Satanás se habia roto tan frecuentemente las garras en aquel santo hombre, que hacia largo tiempo no se metia con él, y le dejaba tranquilamente ganar el Paraiso.

Era por tanto tan esperto el religioso en esta clase de materias, que en cuanto dirigió los ojos al arquitecto, viendo sus facciones marchitas y con señales de insomnio, juzgó del alma por el rostro, y esclamó:

—¡Oh, hijo mio! vos teneis malos pensamientos.

—Si, si, murmuró el arquitecto, si, muy malos pensamientos, padre mio; asi que os he hecho llamar para que me ayudeis á combatirlos.

—Contadme todo, dijo el fraile sentándose.

—Padre mio, ya sabeis que estoy encargado por el arzobispo, monseñor Conrado, de edificar la catedral.

—Si, lo sé, y no podia dirigirse á mas digno arquitecto.

—Os engañais, padre mio, respondió el artista bajando la voz como si fuese vergonzosa la humillante confesion que la verdad le obligaba á hacer; he compuesto planos sobre planos, y acaso entre todos habia algunos que hubiesen sido dignos de ciudades secundarias, tal como Worms, Dusseldorf ó Coblentza; pero el que ha compuesto un plano digno de nuestra ciudad de Colonia, continuó el arquitecto dando un suspiro, es otro que no yo, padre mio.

—¡Ah! dijo el fraile, ¿y no hay medio, pues, de comprarle por oro?

—Le he ofrecido todo lo que tenia, y me ha respondido enseñándome una bolsa llena de diamantes.

—¿No hay medio tampoco de cogérselo por fuerza? dijo el fraile, que en su deseo de ver á Colonia convertirse en la reina del Rhin, se dejaba á su pesar arrastrar mas allá de los límites de la caridad cristiana.

—He querido cogérsele por la fuerza, padre mio, pero me ha derribado en tierra como á un niño, y me ha puesto al pecho mi propio puñal.

—Pues qué, ¿no le quiere ceder con ninguna condicion?

—Si tal, pero con una sola, padre mio.

—¿Cuál?

—La de que le entregue mi alma.

—¿Luego ese otro arquitecto es Satanás?

—Es Satanás.

—¿Y dices, respondió el fraile, sin que al parecer le admirase el nombre terrible que acababa de pronunciar el artista, que esa catedral haria de Colonia la maravilla de Alemania?

—La reina del mundo, padre mio.

—¡Jesus! esclamó el santo hombre uniendo sus manos y elevándolas al cielo.

En seguida volviéndose al arquitecto

—¿Tienes en mucho tu alma? le preguntó.

El arquitecto miró al fraile sin admiracion, porque comprendia estando próximo á vender su eternidad él mismo, cuán poco debia valer la eternidad de otro á los ojos de un hombre que veia, por precio de aquella eternidad, convertirse su ciudad en la mas bonita de la tierra.

—Padre mio, le dijo, sin duda la considero como un don que viene de Dios y que hubiera querido devolver á Dios, mas sin embargo, estoy dispuesto á sacrificarla, si ese sacrificio puede hacer de mí el primer arquitecto del mundo.

—Mejor quisiera, dijo el fraile, verte hacer ese sacrificio á Dios que á tí mismo. Pero, sea cualquiera el motivo que te arrastre, como de ello debe sacar provecho la religion, saldrá á tu socorro. Sin embargo, guárdate del orgullo, porque el orgullo es lo que te perderá.

—¡Cómo! esclamó el arquitecto, ¿podré tener el plano sin condenarme?

—Acaso.

—¿Y cómo es eso, padre mio? decidlo pronto.

—Has ensayado la corrupcion y la fuerza; te falta la astucia.

—La astucia padre mio. ¿Olvidais que la Escritura llama á Satanás el Astuto?

—¡Oh! por ladino que sea, no seria la primera vez que con el auxilio de Dios, un pobre fraile le habria vencido. San Antonio, que tuvo que habérselas con él toda su vida, ¿no concluyó por triunfar? ¿San Bernabé no le cogió la nariz con unas tenazas candentes? En fin, los magistrados de Aix-la-Chapelle, ¿no le dieron el espíritu de un lobo en vez del alma de un hombre?

—Verdad es, dijo el arquitecto.

—¡Pues bien! dijo el fraile, ven á confesarte y comulgar en la iglesia de San Gerónimo y cuando estés en estado de gracia, te diré lo que tienes que hacer.

El arquitecto siguió al padre Clemente, se confesó y comulgó. Luego, despues que hubo recibido el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, le llevó el fraile á su celda y le entregó una reliquia cuya santidad y poder le habian sido demostrados por mil esperiencias que habia hecho con ella.

—Tomad, hijo mio, le dijo, tomad esta reliquia, y esta noche cuando Satanás os enseñe el diabólico plano, cogedle con una mano como para examinarle despacio, mientras él lo tenga con la otra; tocadle entonces la mano con esta reliquia, y por mas deseo que tenga de retenerlo, os respondo de que lo soltará. En este caso, no os asuste nada: aullará, amenazará, dará vueltas en derredor vuestro, hacedle siempre frente con la reliquia, y nada temais. Dios es mas fuerte que Satanás, y Satanás se cansará el primero.

—Pero, padre mio, dijo el arquitecto, ¿y cuándo ya no tenga yo la reliquia, no hay peligro de que Satanás vuelva y me retuerza el pescuezo?

—No, mientras esteis en estado de gracia; pero guardáos de estar en pecado mortal.

—Entonces, esclamó el arquitecto, me he salvado, padre mio, porque ni soy gloton, ni envidioso, ni avaro, ni perezoso, ni colérico, ni lujurioso.

—Habeis olvidado el orgullo, hijo mio, libraos del orgullo; este es el que perdió al mas hermoso de los ángeles, y puede perderos á vuestra vez.

—Vigilaré sobre mí, dijo el arquitecto; ademas, acudiré á vos, padre.

—¡Que el Señor te guie, hijo mio! murmuró el anciano dándole su bendicion.

—¡*Amen*! dijo el arquitecto, y se retiró á su casa, donde pasó el resto del dia en oracion.

A la hora convenida fué al sitio indicado por el diablo; mas el paseo estaba solitario; por ninguna parte se veia anciano, hombre, ni niño. Se paseó el artista un instante solo, temiendo que el diablo faltase á su palabra. Entretanto dieron las doce de la noche. A la última campanada del mazo:

—Heme aqui, dijo una voz llena y fuerte que hablaba detrás del arquitecto.

Volvióse éste estremeciéndose porque no conoció en aquella voz la que le era familiar. En efecto, no solo Satanás habia cambiado de voz sino de forma. No era ya el anciano de ojos chispeantes, de barba puntiaguda y trage negro; era un bello jóven de veinte á veinte y cinco años, de formas perfectas, rostro altivo, frente ancha y pálida, marcado aun con el rayo del cielo. Tenia en una mano el plano y el artista retrocedió un paso, deslumbrado con aquella infernal belleza.

—Esta vez te reconozco, le dijo, no tienes necesidad de decir tu nombre: eres el demonio del orgullo.

—¡Y bien! le dijo Satanás, ya ves que no te he engañado, ¿estás pronto?

—Si, dijo el arquitecto; pero antes de firmar, enséñame el plano; te pago bastante caro para tener derecho de saber lo que compro.

—Es muy justo, dijo Satanás, mira.

Y desarrollando el plano, se le presentó sin soltarlo.

El arquitecto hizo entonces lo que el fraile habia dicho. Bajo el pretesto de verlo mas cerca, tomó el pergamino por la parte inferior mientras Satanás le tenia por arriba; y mientras que á la luz de la luna le devoraba con la vista, deslizó el otro brazo por debajo y tocó con la santa reliquia la mano con que el diablo tenia el plano.

Este abrasado hasta el hueso, dió un salto hácia atrás lanzando un terrible grito, y de-

jando el precioso papel en manos del arquitecto.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, esclamó el artista haciendo la señal de la cruz con la reliquia, retírate, Satanás.

Este lanzó un horroroso rugido.

—Es un sacerdote quien te ha aconsejado, esa es una astucia de iglesia, es alguna nueva jugada de ese miserable fraile.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, continuó el arquitecto redoblando sus señales de cruz.

—Espera, espera, no está todo concluido.

En el mismo instante el arquitecto vió delante de si un enorme leon que se sacudia con la cola el cuarto trasero, y que se disponia á devorarle con la boca abierta descubriendo los dientes.

Mas no se dejó intimidar por el leon; el furioso animal sacudió su melena, dió saltos y vueltas en derredor suyo; pero él le presentó sin cesar la santa reliquia, de modo, que rechazado constantemente, el leon concluyó por retroceder. El arquitecto se aprovechó de este momento para hacer la señal de la cruz. El monstruo lanzó un rugido y desapareció.

En aquel momento oyó el arquitecto un estrepitoso ruido de alas sobre su cabeza. Una águila de inmenso tamaño se cernia sobre él en el espacio, y nublaban la luna sus desmesuradas alas; pero se convenció de que era Satanás que iba á atacarle bajo una nueva forma, y oprimiendo siempre con una mano su plano en el pecho, con la otra le presentó á la reina del espacio la reliquia bendita.

Sucedió al águila como al leon. Despues de haber volado á su alrededor, de haber intentado aplastarle á aletazos, deshacerle con sus garras y desgarrarle con su pico, comprendió Satanás que nada lograba ya bajo aquella nueva forma. La gigantesca ave lanzó un graznido y desapareció.

Creia el arquitecto estar libre al fin de su enemigo, cuando vió una masa que se movia en la oscuridad: era una colosal serpiente que desarrollaba sus mil anillos y se aproximaba silbando; tres veces se enroscó sobre sí misma al rededor del arquitecto, encerrándole en un triple círculo de escamas, mientras que enderezando su vacilante cabeza buscaba con sus ojos de fuego el sitio donde clavar la bifurcada llama que salia de su boca; pero sus anteriores combates habian ya familiarizado al artista con aquellas luchas fantásticas y el sagrado talisman, despues de haberle librado del leon y del águila, le preservó de la serpiente, que exhaló un prolongado silbido y desapareció á su vez.

Entonces Satanás se volvió á presentar al arquitecto bajo su primera forma.

—Está bien, le dijo, soy vencido y tu triunfas, gracias á tu Dios, tus sacerdotes y tus religiosos. Pero esa iglesia que me has robado, no se terminará, y tu nombre, que quieres hacer inmortal, será olvidado y desconocido. Adios, guárdate de que te sorprenda en pecado mortal.

Dichas estas palabras, Satanás dió un salto desde el sitio donde estaba hasta el Rhin, donde se sumergió y desapareció con un ruido semejante al que hubiese producido un hierro candente.

El arquitecto sumamente gozoso, volvió á entrar en la ciudad y fué á su casa, donde encontró á su madre y al padre Clemente en oracion. Les refirió todo lo que habia pasado. La pobre muger lloraba y hacia la señal de la cruz; el buen fraile se frotaba las manos y aplaudia su astucia. El artista dijo cuál habia sido la despedida de Satanás.

—¡Y bien! dijo el fraile, el diablo es todavía mas leal que lo que yo creia, puesto que te ha prevenido; ahora á tí te toca guardarte, y apartarte de todo pecado mortal. Por última vez te digo, que te guardes del orgullo.

El arquitecto prometió que estaria vigilante, y el fraile salió para volver á su convento, dejándole el hombre mas feliz de la tierra. La madre se retiró tambien, no comprendiendo mas que á medias todo lo que habia pasado, pero feliz con ver á su hijo dichoso.

Habiendo quedado solo el artista, sin dejar el plano que habia faltado poco para que pagase con su alma, se arrodilló, é hizo oracion por largo rato para dar gracias á Dios por el auxilio que le habia prestado; en seguida se acostó despues de haber metido arrollado bajo la almohada su plano, se durmió, y vió en sueños su catedral.

LOS SIETE PECADOS CAPITALES.

Al dia siguiente, por la mañana, se fué á casa del arzobispo, el cual comenzaba á impacientarse de tanta lentitud, y le enseñó el plano. Monseñor Conrado confesó que no habia perdido nada por esperar, y abriendo los tesoros del cabildo, autorizó al artista para que sacase de allí á manos llenas.

En aquel mismo dia el arquitecto echó los cimientos de su catedral; y como hacia mucho tiempo una multitud de obreros escavaban las laderas de Drakenfels, no le faltaron materiales: viósela, pues, salir muy pronto de la tierra como una inmensa vegetacion de piedra que se apresuraba á recibir los rayos del sol.

Tres meses habian pasado, y cada semana el monumento subia una hilada.

Cuando un viernes, el arquitecto, distraido

en sus trabajos, habia permanecido hasta la noche sin comer, y volvia á su casa hambriento, se encontró al burgomaestre, persona conocida por las magníficas comidas que daba. Volvia precisamente de casa del arquitecto á donde habia ido para convidarle á cenar con los burgomaestres de Maguncia y de Aix-la-Chapelle, que pasaban tambien por alegres convidados; y no habiéndole encontrado, se dirigió hácia el sitio donde estaba seguro de encontrarle siempre. Quiso negarse el arquitecto diciendo que su madre no estaba advertida; pero el burgomaestre no quiso oir nada diciéndole que era cosa hecha puesto que la habia hablado él, de modo que por mas que se negó, le fué preciso al arquitecto seguir al burgomaestre, quien le introdujo en un comedor, en medio del que habia una mesa espléndidamente ocupada con los mas delicados manjares, tanto de volatería como de montería.

El arquitecto, como hemos dicho, se moria de hambre: asi, al ver tan escelente refaccion, comenzó á felicitarse por haber seguido al burgomaestre; mas al ponerse á la mesa se acordó que era precisamente viernes, dia de abstinencia, en que le era menos permitido que á nadie entregarse al pecado de la gula. Por tanto, luego que hubo dicho su oracion, no quiso tomar otra cosa que un pedazo de pan y un vaso de agua, rehusando las mas delicadas viandas y los vinos mas esquisitos; porque, como habia dicho, no era gloton.

En cuanto á los tres burgomaestres, comieron de todas aquellas viandas sin temor de Dios ni del diablo, chanceándose durante toda la comida con el pobre arquitecto por la frugal comida que hacia.

Al dia siguiente volvió el arquitecto á dedicarse á su obra, y como no le faltaban ni hombres ni dinero, veia diariamente elevarse mas y mas la catedral. No dejaba de acordarse de vez en cuando el artista de las amenazas del diablo; pero cada vez que pensaba en ellas sacaba del mismo temor nueva fuerza para resistir á la tentacion, y como la catedral avanzaba, esperaba que las predicciones infernales no se verificarian.

Por aquel tiempo, el papa Inocencio IV, que era genovés, quiso edificar para uno de sus sobrinos un palacio en Roma, y como la ciudad de Colonia tenia fama por la habilidad de sus constructores, envió á pedir á monseñor Conrado un arquitecto. Monseñor Conrado designó á S. S. un hombre sumamente hábil, á quien tuvo por un momento intencion de encargar la construccion de su catedral, creyendo causar gran pena al arquitecto de la catedral, con el que algunos dias antes habia tenido una breve disputa; mas este, dedicado completamente á su trabajo, se felicitó de que la eleccion no hubiese recaido en él, y en el momento de la partida abrazó á su rival y le deseó un feliz viage, porque, como habia dicho, no era envidioso.

La catedral continuó ganando con aquella tranquilidad de espíritu. El artista no vivia mas que para el monumento; todo su tiempo lo pasaba en medio de las piedras, esculpiendo por sí mismo aquello que tenia necesidad de delicadeza y finura. El arzobispo por su parte, por mas indiferente que estuviera con su arquitecto, le pagaba régiamente, de modo que el artista, soñando en una gran gloria para su nombre, ganaba una bonita fortuna para su existencia: resultó de aqui, que á los diez y ocho meses tenia ya cerca de seis mil florines, los cuales, para aquella época, eran una cantidad muy bonita.

Mas una noche, al volver á su casa, le entregó su madre una carta sellada con lacre negro: era de su hermana que le anunciaba que acababa de perder á su marido, el que al morir la dejaba sin fortuna y con tres niños. La pobre muger terminaba su carta suplicándole la enviase algun socorro para ayuda de mantener á su familia.

El artista le envió sus seis mil florines; porque, como habia dicho, no era avaro.

La catedral continuaba adelantando, el artista parecia haber hecho de ella su mansion: desde el amanecer estaba alli, y frecuentemente llegaba la noche, y aun no la habia abandonado. No obstante, tenia á sus órdenes muchos obreros bastante hábiles para que pudiera descansar en ellos, respecto á ciertos trabajos de importancia; asi, despues de haber hecho un dibujo del tallado, habia confiado á uno de ellos una puerta lateral llena de preciosos arabescos y de la que pendia, como de un emparrado, una cepa cargada de racimos. El obrero que debia ejecutar este trabajo se habia encerrado en una especie de taller de tablas, á fin de no verse incomodado. El arquitecto respetaba su soledad, y confiando en su habilidad, esperaba á que cayese el velo. Llegó el gran dia. El obrero levantó su andamio; mas entonces se vió engañada la esperanza del artista; algunas partes de la puerta estaban lejos de ser dignas del resto del edificio; de modo, que resolvió hacer aquella puerta por sí mismo, á pesar de tener no menos de seis meses de trabajo; y nada le costó tomar esta determinacion; porque, como habia dicho, no era perezoso.

Desde que el monumento se habia comenzado, y habian pasado ya cerca de cuatro años, jamás el artista habia dejado de vigilar un solo dia, y por sí mismo á sus obreros, y juzgar por sus propios ojos si se habia seguido escrupulosamente cada detalle de su plano; de modo, que le parecia imposible vivir en otra parte que en medio de sus columnatas y de sus ojivas. Mas sucedió que una noche unos ladrones, que ignoraban que, pagando á los obreros el dia antes, no le habia quedado un cuarto en casa, se introdujeron en ella, y no encontrando el dinero que buscaban se indemnizaron con su vestuario de la falta de

su caja y le llevaron hasta el trage que acababa de quitarse, que estaba en una silla al pie de su cama; de modo, que al dia siguiente notó que no podia levantarse por falta de vestido. Llamó al punto á un sastre, quien le prometió un vestido completo para la misma noche, no llevándosele hasta de allí á tres dias; así que, el desventurado arquitecto, se vió obligado á permanecer sesenta y dos horas en su cama. Cuando despues de haberle hecho esperar de aquel modo, le llevó el sastre el trage tan deseado, le riñó; mas con un tono moderado y como conviene á un hombre de calma y moderacion; porque, como habia dicho, no era colérico.

Al mismo tiempo comenzaba á esparcirse el rumor de que una nueva maravilla iba á enriquecer el mundo; porque era fácil conocer, por lo que emitia ya, lo que seria el edificio una vez terminado; de modo, que acudian gentes como en peregrinacion de Francia, Alemania y Flandes. Generalmente, todos aquellos peregrinos despues de haber visitado el edificio, tenian curiosidad de ver al arquitecto; de modo, que cuando volvia de la catedral á su casa, no era raro que encontrase grupos de estrangeros que le esperaban, á fin de ver qué hombre era aquel que habia tenido bastante audacia y genio para esperar llevar á cabo semejante empresa. Mas entre estos peregrinos habia tambien algunas peregrinas: sucedió que una de ellas concibió tal pasion por nuestro arquitecto, que alquiló una casa en la calle que conducia de la suya á la catedral, y cuando pasaba, fuese al ir ó al volver, la veia siempre en su balcon con la sonrisa en los labios y siguiéndole con la vista mientras le alcanzaba á ver. Duraba esto ya tres semanas, cuando una noche al volver, dejó caer ella á sus pies desde el balcon el ramo que tenia en la mano. El artista le cogió, y sin ningun pensamiento malo, entró en la casa para entregarle á algun criado; pero, por casualidad, todos los criados habian salido, de suerte que le fué preciso subir á la habitacion de la bella desconocida, la cual le recibió en una habitacion embalsamada con los mas suaves perfumes, y alumbrada con esa media luz tan peligrosa para un corazon que no está seguro de sí mismo. Una vez allí, le era imposible al arquitecto retirarse inmediatamente. Aceptó, pues, la invitacion que le hizo la hermosa peregrina para que se sentara un momento á su lado. Mas apenas lo hizo, le confesó ella que habia ido por ver la catedral, pero el arquitecto la detenia hacia un mes en Colonia; y diciéndole cosas tan lisonjeras como esta le echó uno de sus preciosos brazos al rededor del cuello, y acercando sus labios á los del arquitecto, le dió uno de esos prolongados y ardientes besos que se deslizan de la boca al corazon. Pero el arquitecto se levantó al punto, modesto y ruborizado, y pronunció un largo y elocuente discurso acerca de la necesidad de contener las tentaciones de la carne, y terminado el sermon, se retiró, á pesar de sus instancias y lágrimas; porque, como habia dicho, no era lujurioso.

Seis meses próximamente se habian pasado desde aquel suceso; la afluencia de curiosos aumentaba diariamente, porque el pórtico estaba enteramente terminado así como la bóveda; y aunque una de las torres no habia llegado todavía mas que á la altura de veinte y un pies, la otra tenia ya mas de ciento cuarenta y dejaba calcular seguramente lo que seria cuando tuviese su dimension completa, que debia ser de quinientos pies: pero á medida que la catedral avanzaba, atormentaba mas al artista la idea de que no se terminaria y de que su nombre quedaria olvidado y desconocido; por tanto, resolvió hacer frente á aquel temor, construyendo de las mismas letras de su nombre la balaustrada que debia rodear la plataforma de la torre: de este modo, aquel nombre atraeria todas las miradas mientras durara el edificio; aquel nombre viviria con él. Tomada esta resolucion, quedó el artista mas tranquilo y resolvió ponerla en ejecucion desde el dia siguiente por la mañana.

En el momento en que acababa de fijarse en este proyecto, le envió á buscar el arzobispo para enseñarle, decia, varias reliquias que acababa de recibir: el arquitecto se bajó de su torre, y fué al palacio arzobispal, donde encontró á monseñor Conrado sumamente alegre porque habia recibido de Milan las cabezas de los tres reyes magos, Gaspar, Melchor y Baltasar, con preciosas coronas de oro, adornadas de diamantes y perlas. El arquitecto se arrodilló devotamente ante aquellas santas reliquias, hizo su oracion, y habiéndose levantado, felicitó al arzobispo por haber recibido tan rico y milagroso presente.

—¡Y bien! dijo el arzobispo, he recibido una cosa mas preciosa todavía que todo eso, del emperador de Constantinopla.

—¿De veras? preguntó el arquitecto; ¿será un pedazo de la verdadera cruz hallada por la emperatriz Elena?

—Mejor que eso.

—¿Será la corona de espinas entregada en garantía por el emperador Balduino?

—Tambien mejor que eso.

—¿Qué es, pues?

—El plano del mas hermoso edificio que jamás se ha construido.

—¡Ah! dijo el arquitecto sonriendo desdeñosamente.

—Un plano que deja muy atrás á los demas planos, como el sol deja atrás á las estrellas, puesto que todos los demas planos son obra de los hombres, y este es obra del mismo Dios, quien le envió por medio de uno de sus ángeles al rey Salomon.

—¿Teneis el plano del templo de Jerusalen? esclamó el arquitecto.

—Si.

—Tengo curiosidad de verle.

—Levantad esa cortina, dijo el arzobispo señalando con el dedo un tapiz que cubria un marco.

El arquitecto obedeció apresuradamente, y vió ante sí un plano celestial, que abrazó con una sola mirada en todos sus detalles.

—¡Y bien! dijo el arzobispo, ¿qué decís de ese plano?

—¡Psche! dijo el arquitecto prolongando el labio inferior, prefiero el mio.

En aquel momento resonó en sus oidos una carcajada infernal: reconoció la risa de Satanás; despues de haberse librado de los otros seis pecados, iba á caer en el pecado del orgullo.

El arquitecto atravesó de un salto el espacio entre el arzobispado y la iglesia de San Gerónimo, donde esperaba encontrar al padre Clemente; pero el padre Clemente habia muerto aquella noche de una apoplegia fulminante. En el momento en que le dieron aquella noticia, oyó por segunda vez estallar en sus oidos la satánica carcajada que ya le habia espantado, y un estremecimiento que circuló por todos sus miembros, penetró hasta su corazon y le heló.

Sin embargo llamó á su socorro toda su resolucion, y como no esperimentaba ningun dolor físico, recobró ánimo poco á poco, y resolvió volver á su catedral, esperando que el entusiasmo que esperimentaba siempre que se encontraba frente á su obra, disiparia el resto de temor que estremecia lo íntimo de su corazon.

El artista intentó ocultarse en las profundidades de su catedral, pero conoció al punto que el aire empezaba á faltarle alli, y que se ahogaba como en un sepulcro; por tanto, se dirigió á la escalera que conducia á la plataforma. Luego que llegó á ella, continuó subiendo por los andamios; en lo alto de estos habia una escala que conducia á la cúspide de la torre. Esta cúspide de la torre era la parte mas adelantada de la obra, y desde alli era desde donde el arquitecto dominaba ordinariamente todo el conjunto de sus trabajos.

Al parecer nada habia cambiado, cada uno estaba dedicado á su tarea, y todos permanecieron asíduamente alli hasta la hora de cesar el trabajo; al fin llegó esa hora cuando empezaba á terminar el dia. El arquitecto oyó á los obreros retirarse cantando, satisfechos con su obra del dia. Quedó entonces solo como acostumbraba, porque, como hemos dicho, siempre se marchaba el último.

Poníase el sol magestuosamente como un rey de la esfera, no iluminando ya mas que los tejados mas elevados. Pronto quedaron envueltos en las sombras completamente el rio y la ciudad; mas por algun tiempo aun la cúspide de la torre, que sin embargo, todavía no habia llegado mas que á un tercio de su altura, permaneció iluminada, y el artista, inundado de luz, pensó orgullosamente que cuando la torre hubiera llegado á toda su altura, pareceria un faro encendido en la noche. Al fin abandonó el sol lentamente la montaña de piedra, y el arquitecto creyó que era tiempo de bajar.

Pero cuando buscó la escala, fué en vano; la escala no estaba alli.

Este suceso no tenia nada de estraordinario, porque algun trabajador, creyendo que se habia marchado el arquitecto, podia haberla quitado; sin embargo, en las circunstancias en que el arquitecto se encontraba, concibió alguna alarma; en primer lugar, segun su costumbre, habia almorzado muy ligeramente, y habiendo sido llamado á casa del arzobispo á las dos, se habia olvidado completamente de comer. Por tanto, comenzaba á aquejarle el hambre; ademas era el mes de octubre, y las noches iban siendo frias: intentó, pues, todos los medios para bajar; mas por diestro que fuese, era completamente imposible. Entonces llamó, pero como antes de recurrir á este medio habia empleado mas de una hora en inútiles tentativas, las calles estaban ya desiertas, y su voz, sin que pudiera esplicárselo, habia tomado tal carácter de angustia, que los pocos transeuntes que le oyeron, en lugar de detenerse para contestarle, apresuraron el paso, asustados de aquellos gritos nocturnos y confusos.

Forzoso le fué al arquitecto resignarse; pero se necesitaba para esto cierta resolucion. La cúspide de la torre presentaba una superficie desnuda y no ofrecia abrigo alguno. Para colmo de desventura, á cosa de las once se fueron agrupando en el cielo hácia el Occidente, nubes que amenazaban con una terrible tormenta. No era posible ya pensar en dormir, y el artista estaba sentado, porque de tiempo en tiempo pasaban tales ráfagas de viento, que si hubiese estado de pie, como no habia parapeto, sin duda le hubiesen llevado; en tanto la tormenta iba avanzando.

A las once y media se fijó sobre Colonia, y se oyeron retumbar los primeros truenos. A intérvalos, un relámpago que parecia rasgar hasta las capas mas profundas del cielo, entreabria aquel oleage de nubes, é iluminaba por un momento la ciudad y el rio con una fantástica luz. Parecia entonces al arquitecto que la ciudad tenia la forma de un leon, la nube la de una águila, y el rio la de una serpiente.

A las doce menos cuarto, todo aquel océano de vapor lanzado por el viento contra la catedral, se detuvo en su cúpula, como á veces se detienen las nubes en la cima de las montañas. El arquitecto se encontró, pues, en el centro de la tempestad. El trueno rugia á su oido, el relámpago serpenteaba á su alrededor.

Al dar la media noche, se oyó un ruido estraño y confuso; se esparció un olor inso-

portable á azufre; y cuando el mazo del relój de los Santos Apóstoles daba la última campanada, aquella carcajada que le era tan conocida resonó tras el arquitecto. Se volvió y se encontró delante de sí á Satanás.

Ahora era él quien á su vez estaba en poder de su enemigo.

Comprendió el arquitecto que estaba perdido, porque no podia pensar en huir. Sin embargo cuando Satanás estendia una mano hácia él, dió un paso atrás, lo cual le dió tiempo para hacer un acto de contricion. Entonces Satanás vió que su alma iba á escapársele por segunda vez, dió un salto hácia él, y tocándole con el dedo, le precipitó de lo alto de la torre.

Pero por rápido que hubiese sido aquel movimiento, habia quedado tiempo para que la plegaria subiese hasta el trono de Dios, y cuando Satanás se lanzó tras de su víctima para arrastrarla consigo al infierno, la encontró en brazos de dos ángeles que la llevaban al cielo.

Quedó Satanás un momento estupefacto; en seguida lanzándose tras los celestes mensageros, pasó junto á ellos, rápido como un torbellino, dirigiendo otra vez á la pobre alma aquella palabra que tanto habia atormentado su cuerpo:

—¡Desconocido, desconocido!

En efecto, la prediccion de Satanás se ha verificado; la catedral, interrumpida, quedó en el estado en que se encontraba cuando llegó aquella noche fatal, porque cuando quisieron continuarla no pudo encontrarse el plano por el cual habia sido comenzada, y por mas indagaciones que desde aquella época han hecho los anticuarios, jamás se ha descubierto el nombre del arquitecto.

La pobre alma sabe en el cielo que está olvidada en la tierra, y este es el castigo de su orgullo.

A pesar de estar sin terminar, es la catedral una maravilla; por eso los habitantes de Colonia no pierden la esperanza de que será un dia terminada, y la grua que servia para subir las piedras, ha quedado tendida en la plataforma. De aquellas dos torres, cada una de las cuales debia tener la altura de quinientos pies, la una ha quedado á los veinte y uno sobre el nivel del suelo, y la otra, aquella de donde dice la tradicion que el arquitecto fué precipitado, y que veremos despues, ha llegado á la tercera parte de su elevacion. Solo el coro está terminado, y le remata una cruz dorada: esta cruz es un regalo que María de Médicis hizo á Colonia, en reconocimiento de la hospitalidad que allí recibió .

En la capilla situada detras del altar mayor es donde el famoso monumento de los tres reyes magos, contiene, segun se asegura con toda seriedad, los esqueletos de los tres príncipes que fueron á llevar presentes al niño Jesus: Federico I de la casa de Hohenstaufen despues de haber tomado y asolado á Milan, se llevó los esqueletos de los tres ceyes, que se encontraban allí, sin que pueda decirse la causa, y los regaló á Renaud, arzobispo de Colonia; este entusiasmado con tener tan preciosas reliquias, quiso construir una iglesia digna de ellas; como esto pasaba por los años de 1170, y aun no se habia tratado de la catedral, hizo ir un arquitecto y trazar un plano. Trazado este, reunió operarios y los hizo poner manos á la obra.

Desgraciadamente el digno arzobispo tenia mas celo que los operarios actividad; pero como era un antiguo caballero que habia manejado por largo tiempo la lanza antes de llevar el báculo, era naturalmente inclinado á recurrir de vez en cuando á los medios temporales, lo cual ejecutaba cogiendo un palo y golpeando grandemente á los mas perezosos; despues volviendo á los medios de persuasion, les pronunciaba bonitos discursos, y les esplicaba la necesidad absoluta del trabajo para la salvacion del hombre. Asi marcharon las cosas durante algun tiempo, mas como diariamente se aumentaba el celo del buen arzobispo, resolvieron los operarios desembarazarse de él de cualquier modo que fuese. Un dia se subieron todos á los andamios ya levantados en la iglesia, é hicieron acopios de piedras. Cuando el arzobispo se presentó se ocultaron tan profundamente, que el buen prelado creyó que no habia nadie en su iglesia. Se adelantó hasta el coro para coger del sitio acostumbrado el palo del estímulo; mas cuando estuvo en medio de la iglesia, de todos lados cayó sobre él una granizada de piedras. El arzobispo que no se intimidaba fácilmente, quiso por algunos momentos hacer frente á la tormenta, pero viendo que sus antagonistas se habian puesto prudentemente fuera de su alcance retirando las escalas, se batió en retirada hácia la puerta. Desgraciadamente una gran piedra le dió en la cabeza y le derribó sin sentido: los operarios bajaron y le derribaron á martillazos. Mas sea que Dios quisiese castigarles en el instante mismo, sea que semejante accion les hubiese naturalmente trastornado el juicio, apenas fué muerto el arzobispo se esparcieron como furiosos por la ciudad, vociferando é hiriendo. Y entonces les sucedió lo que habia sucedido al arzobispo, los ciudadanos se cansaron, y habiéndose reunido entre ellos, les dieron caza y los mataron á todos como fieras.

La justicia estaba satisfecha, pero los tres reyes magos quedaban sin asilo: colocóseles en una iglesia provisional, y para hacerlos tener paciencia les hicieron una magnífica urna, toda cubierta de láminas de oro, é incrustada de pedrería: sobre las tres cabezas, que se colocaron en línea á un estremo de la urna, se pusieron tres magníficas coronas de oro, diamantes y perlas, cada una de las cuales pesaba seis libras, y por bajo de las cabezas se

escribió con rubíes el nombre de sus propietarios, Gaspar, Melchor y Baltasar.

Luego que el interior de la catedral estuvo habitable, trasladaron á ella los tres reyes magos, y el elector Maximiliano Enrique, de la casa de Baviera, les hizo erigir un bonito monumento del estilo jónico. Permanecieron aquí hasta el año 1794, en que el cabildo de Colonia, por el gran temor que le inspiraban los franceses, emigró á Amsberg, en Westphalia, y no queriendo separarse de sus tres reyes magos, los llevó consigo. En 1804 volvió el cabildo con las reliquias; pues ya eran pobres reyes que muertos se hallaban como muchos de sus colegas que á la sazon vivian; habian perdido su corona y las mas ricas joyas de su tesoro. Durante diez años, el cabildo habia vivido desmembrando la urna de los pobres santos; de modo que hoy no queda en ella mas que lo que la han dejado. Verdad es que han tenido á bien dejarlos una corona de perlas imitadas; pero los tres reyes, inteligentes en alhajas, no se han dejado engañar, y en su aspecto se conoce la vergüenza que les causa tener piedras falsas. Aun quedan algunas antiguas buenas, y entre otras un Augusto, que se quiere hacer pasar por un Alejandro, y que es el verdadero retrato de Napoleon.

Cerca de los tres reyes magos están colocados los demas restos de la riqueza del cabildo: son estos la espada electoral, un magnífico báculo episcopal, y un cáliz de un trabajo maravilloso. El principal adorno del coro, donde descansan las entrañas de María de Médicis, es cuatro candeleros de diez pies de altura próximamente, en cuya composicion se aprecia el oro que entra en ellos en una octava parte: en el momento de la fundicion llegaron los canónigos con sacos llenos de ducados, y los arrojaron en el molde.

Dirigimos la última mirada á los hermosos vidrios que adornan las cuatro ventanas que se encuentran á la izquierda entrando, que son de fines del siglo XIV y principios del siglo XV, y fuimos en busca de otras curiosidades de la ciudad.

Despues de la catedral, las dos iglesias mas visitadas por los estrangeros son las de San Pedro y Santa Ursula. En la primera es donde Rubens fué bautizado, y donde permaneció tres años como niño de coro; por eso quiso dejar á esta iglesia un grande y eterno recuerdo suyo, é hizo para ella una de sus obras maestras: el apóstol San Pedro crucificado boca abajo. Semejantes obras no se describen; nos contentamos con referirlo; éste es uno de los mas hermosos cuadros de Rubens. Para realzar mas su valor, el cabildo de San Pedro ha empleado un medio que da una alta idea de la modestia de los artistas indígenas. Ha mandado hacer á uno de ellos una copia del cuadro de Rubens y lo ha pegado á espaldas del original; de modo, que el cicerone que os hace los honores de su iglesia comienza por enseñar á los viageros la copia, sin decirles nada. Luego, cuando se han estasiado ante ella:—¡Ah! ahora, dice el malicioso sacristan, vais á ver el original. Da vuelta al cuadro, y os enseña una maravilla, que es causa de que en el mismo momento lo que habeis visto lo tengais por un mamarracho. Esto es sumamente ingenioso, pero dudo que la chanza fuera del gusto del pobre pintor, y que se le haya dicho de antemano á qué género de sorpresa estaba destinada su copia.

Visto San Pedro, nos dirigimos al punto á la citada abadía de hermanas de Santa Ursula. Sin duda alguna, nuestros lectores han oido hablar de las once mil mártires holandesas, pero acaso no conocen su historia en todos sus principales detalles. Helas aquí, porque es imposible no referir alguna crónica muy estraña cuando se habla de la Alemania.

Era por el año 220 de Jesucristo: Dionesto y Daría reinaban en la Gran Bretaña y no tenian herederos; rogaban ardientemente al cielo les concediese uno. El cielo, se ignora el por qué, hizo las cosas á medias, les envió una hija; verdad es que esta hija debia ser una santa

El fruto tan largo tiempo esperado recibió el nombre de Ursula. Desde su juventud, frustrando las esperanzas de sus padres, que á falta de un hijo contaban al menos con un nieto, Ursula ofreció al Señor consagrarse esclusivamente á su servicio. Esta imprudente promesa causó gran pena á Dionesto y Daría, pero eran ambos demasiado religiosos para contrariar la santa inclinacion de su hija; tanto que habiendo llegado embajadores de parte de Agrippino, príncipe germano, para pedir la mano de Ursula para su hijo, el príncipe Coman, Dionesto se negó al punto á esta union. Mas á la noche siguiente bajó junto al lecho de Ursula un ángel, la relevó su juramento de parte de Dios, y le mandó se casara con el príncipe Coman.

Dionesto y Daría no eran personas que dejasen marchar á su hija sin darla una escolta digna de ella. Eligieron entre las mejores familias de la Gran Bretaña once mil vírgenes, para que formasen la comitiva de Ursula, y la acompañasen primero á Roma, donde segun el deseo de su padre, debian ser bautizadas por segunda vez y volver con ella al pais de los germanos. Partió Ursula con sus once mil damas de honor, y al llegar al puerto, encontró el mayor navío del rey su padre que le esperaba con sus marineros y su capitan. Despidió ella toda la tripulacion, se sentó al timon, mandó la maniobra, y obedeciendo el buque, se alejó de tierra, llevando á las costas bátavas aquella bandada de blancas palomas.

Los embajadores iban detrás en otro buque, y como seguian la estela del primero, se recreaban grandemente con los cánticos que

entonaban las lindas doncellas que les precedian.

En aquella época el Rhin no se perdia en la arena; desembocaba sencillamente en el mar, como debe hacer todo rio que tiene conciencia de su mision; de modo, que las once mil vírgenes siempre dirigidas por Ursula, se internaron en el rio y subieron por él hasta Colonia. Aquilino, prefecto romano que gobernaba entonces la ciudad por Septimio Severo, emperador reinante, las recibió con grandes honores: mas como la intencion de Ursula era llegar hasta Roma para recibir alli por segunda vez el bautismo, no hizo mas que abordar á Colonia y se volvió á embarcar al punto con toda su comitiva para seguir á Basilea. Aqui dejó su buque, pues que por bien dirigida que estuviese la maniobra, hubiera sido muy difícil hacerle subir por la cascada del Rhin, y acompañada de Pantulo, otro prefecto romano, á quien tentó tan buena sociedad, atravesó la Suiza y los Alpes á pie. Pantulo, que habia marchado solo para andar algunas leguas con ella, la acompañó hasta Roma. Fué esta una idea feliz, que mas tarde le valió los honores de la canonizacion.

Llegando á Roma las once mil vírgenes, hicieron su devota preparacion, fueron bautizadas por el papa Ciriaco, quien atraido por la fé, que veia en todas aquellas santas doncellas, resolvió hacer lo que habia hecho Pantulo; por tanto hizo su dimision del papado, y cuando ellas dejaron á Roma, las acompañó á su vez con una gran parte de su clerecía.

De vuelta á Basilea, se embarcaron de nuevo las once mil vírgenes en el Rhin y bajaron hasta Maguncia; Ursula encontró aqui á Coman, su prometido. Era este un príncipe pagano, hasta alli sumamente obstinado en su falsa religion; mas cuando vió á su bella desposada, cuando oyó su dulce voz, creyó que el Dios á quien adoraba semejante ángel debia ser el verdadero Dios, y se convirtió á la fé católica. El papa Ciriaco no dejó resfriar su celo, y le bautizó en el mismo instante. Los prometidos esposos se dirigieron inmediatamente á Colonia, donde debia celebrarse el matrimonio.

Mas apenas habian llegado, cayó sobre la ciudad una invasion de godos. Cerráronse las puertas, y los habitantes, animados por Coman, hicieron la mas bonita defensa. En tanto, las once mil vírgenes estaban en oracion; mas á pesar de las súplicas de Ursula y el valor de Coman, el cielo habia decidido que los godos quedasen vencedores. Tomaron, pues, la ciudad, y las once mil vírgenes se vieron colocadas en la alternativa de casarse con once mil godos, ó ser once mil mártires. Su eleccion no fué dudosa, eligieron el martirio, y comenzó el suplicio.

Todas fueron asesinadas en un dia, con los refinamientos de crueldad de que solo los godos eran capaces; solo una, llamada Cordula, consiguió al principio salvarse, metiéndose en un buque y permaneciendo oculta bajo un banco; pero llegada la noche, habiendo visto abrirse el cielo y recibir á sus diez mil novecientas noventa y nueve compañeras, se avergonzó de tal modo de su debilidad, que al instante mismo fué á entregarse á los verdugos, y recibiendo la muerte inmediatamente, llegó aun bastante á tiempo para entrar con las demas antes que la puerta de los cielos se volviese á cerrar.

Los huesos de las santas doncellas fueron recogidos con cuidado y llevados á una iglesia. Faltaban los mas preciosos, porque por mas pesquisas que se hicieron, no se pudo encontrar el cuerpo de Santa Ursula. Pero un dia que San Cuneberto decia misa, una paloma bajó y revoloteó alrededor de su cabeza; el santo juzgó que el mensagero del Señor no se acercaba á él de aquel modo sin una mision particular; le siguió al campo. En cuanto llegó al pie de un álamo blanco, se puso á escavar la tierra con sus rosadas patitas. Se escavó en aquel sitio, y encontraron el cuerpo de Santa Ursula.

Ademas del cuadro que representa la llegada de las once mil vírgenes á Colonia, posee la iglesia uno cuyo asunto es el martirio particular de Coman y su desposada Ursula. San Pantulo no ha quedado en olvido, y tiene su altar casi frente á la cámara de oro.

EL RHIN.

Para nosotros los franceses es difícil comprender la profunda veneracion con que miran los alemanes el Rhin. Es para ellos una especie de divinidad protectora, que ademas de sus carpas y salmones, contiene en sus aguas una gran cantidad de náyades, ondinas, genios buenos ó malos, que la imaginacion poética de aquellos habitantes ve de dia á través del velo de sus azuladas aguas, y por la noche ya sentados, ya errantes por sus orillas. Para ellos el Rhin es el emblema universal; el Rhin es la fuerza, el Rhin es la independencia, el Rhin es la libertad. El Rhin tiene pasiones como un hombre, ó mas bien como un dios. El Rhin ama y odia, acaricia y pega, protege y maldice. Para los unos, tienen sus aguas un suave lecho de algas y rosas, donde el anciano padre de los rios, coronado de rosales, y con su vasija vertida como un dios pagano, le espera para festejarle. Para otros, es un abismo sin fondo, poblado de mónstruos de aspecto repugnante, y semejante á la sima que se tragó al pescador de Schiller. Para es-

te, sus aguas son un terso espejo, sobre el que puede marchar como Cristo, siempre que tenga mas fé que San Pedro: para aquel, su curso es tumultuoso é irritado como el del mar Rojo devorando á Faraon. Segun bajo el punto de vista que se le considere, es un objeto de temor ó de esperanza; símbolo de odio ó de amor, principio de vida ó de muerte. Para todos, este es un manantial de poesía.

Especialmente entre Colonia y Maguncia es donde se han reunido sus mas numerosas tradiciones, porque en el espacio comprendido entre esas dos ciudades, es donde efectivamente se encuentran los contrastes mas opuestos del Rhin, sus puntos de vista mas agradables y mas terribles; alli tan pronto vencedor de sus colinas, que parece se mantienen respetuosas lejos de él, se estiende indolente y perezoso como un lago; tan pronto vencido, encerrado y como encadenado por sus montañas, gracias á los petos de granito contra los que se estrellan impotentes sus olas, se tuerce, se estiende, se repliega, como una serpiente que lucha, y en su impotencia reconocida, obligado á huir, amenaza huyendo. Compréndese que segun habitan tal ó cual sitio de sus orillas, los pescadores, cuyas barcas mece ó destroza, le miran como un dios tutelar ó como un mal genio, y le dan gracias como á un padre ó le imploran como á un enemigo.

Verdad es que desde la invencion de los buques de vapor, el Rhin ha perdido mucho de su prestigio. Esas especies de mónstruos domesticados, que como los antiguos dragones avanzan arrojando fuego y humo, para los que no hay ya ni torbellinos, ni abismos, ni tempestades; que remontan el curso de un rio con mas rapidez que un buque ordinario desciende por él, han arrojado poco á poco ante su ardiente soplo, y bajo los golpes de sus nadaderas de hierro, carpas, salmones, náyades, ondinas y genios; de modo que si se quiere hoy comer una fritada ú oir una balada, es preciso ir á pescar al Mein ó al Necker, y buscar el canto en una generacion que jamás ha oido hablar de Fulton. Esto es un poco mas cansado, es verdad; pero con la escasez, se ha hecho por lo mismo de mas precio. Por lo que hace á mí, puedo decir que mientras subí por el Rhin, me fué imposible encontrar mas que huevos frescos y chuletas. Verdad es que he sido un poco mas feliz con respecto á las baladas y tradiciones.

Por lo demas, esceptuando el pescado, que como he dicho ha llegado á ser en todo el curso del Rhin un mito, un geroglífico, una quimera, se han tomado perfectamente todas las medidas por las administraciones que están en competencia, para mayor satisfaccion de la curiosidad de los viageros. Una vez pagado el asiento de Colonia á Maguncia, y aun de Rotterdam á Strasburgo, ó de Strasburgo á Rotterdam, podeis emplear seis dias ó seis meses en hacer vuestro viage. Desembarcar ó embarcarse en cada embarcadero; partís: buen viage; volveis: sois bien recibido. Vuestro billete es un billete al portador al que rinde homenage todo buque que pertenece á la administracion, y que á cualquier hora que se presentase es pagado á la vista.

Apenas estuve en el Rhin, comprendí el acierto de esta medida. En efecto, aunque al ir contra la corriente marcha el buque con menos velocidad, las dos orillas del rio son una especie de panorama en el que apenas tiene la vista tiempo de detenerse, y caprichoso y lleno de repliegues, os oculta el Rhin al punto, tras algunos de sus recodos, la ciudad, la aldea ó castillo, el buque continúa marchando, y otras ciudades, otras aldeas y otros castillos pasan, de modo que frecuentemente os perdeis en medio de aquellas montañas, aquellos valles, aquellas ruínas, procurando con vuestro *Guia* en la mano, coger algun nombre, sintiendo todo lo que habeis dejado pasar asi, que hubiérais querido ver en detalle, y que luego ya á vuestra espalda es un conjunto confuso é indistinto. Asi, subiendo las diez leguas que separan á Colonia de Bonn, todavía torpe en este ejercicio, apenas tuve tiempo de apuntar en mi álbum, *Brülh* con su antiguo castillo romano cuyas ruinas han desaparecido bajo las casas de campo que pertenecen á los mas ricos propietarios de Colonia, y bajo el palacio de Augmtembourg, comenzado en 1725 por el elector llamado Augusto, y acabado por el elector Maximiliano Federico; *Rodinkirchen* con un antiguo castillo centinela avanzada de todas aquellas ruinas que aparecen sucesivamente como fantasmas del tiempo que pasó; *Langel*, tocando en otro tiempo con el Rhin y que se ha alejado al presente cerca de un cuarto de legua desde que la isla de *Langelerwertles* se ha unido á la orilla; *Berghen* y *Monfort* con sus poblaciones de pescadores y de cesteros; la *Sieg*, arroyo torrente que cambia á cada instante de lecho, y donde, segun aseguran, se han refugiado esos salmones espulsados del Rhin, y donde los antiguos proscriptos se han aprovechado tan bien de la hospitalidad concedida, que algunos tienen el peso de cincuenta y sesenta libras; *Benel* por donde atravesaba la calzada romana que iba de Colonia á Tréveris; Roisdorfs con su manantial de agua mineral que se prefiere á la de Godesberg, porque siendo menos volatil el gas carbónico que contiene se hace mas trasportable; en fin *Bonn*, la ciudad universitaria rodeada de jardines que se estiende hasta las orillas del rio y dominada por el alto campanario de su catedral adornado con sus cuatro campanas.

Segun el itinerario que nos habíamos convenido de antemano, desembarcamos en Bonn con intencion de detenernos alli para dormir y continuar al dia siguiente nuestro camino por tierra hasta Drakenfelds.

En Bonn fué donde vimos el primer mode-

lo del estudiante aleman con su colosal pipa, su redingot abrochado, su cuello bajo y su imperceptible solideo, el cual por mas viento que haga y por la habilidad con que el *studiosus* mueve su cabeza, permanece fijo como si estuviera clavado en la estremidad superior de la cabeza. No esperaba yo sin cierta curiosidad aquella aparicion; en otro tiempo las universidades fueron un poder en Alemania. Hé aquí lo que habia formado este poder:

Todos han oido hablar de las diferentes sectas de *iluminados* y *fracmasones* que florecieron en Francia á fines del siglo XVIII. Estas sectas, que revelaban mas ó menos la filosofía alemana, tenian afiliacion mas allá del Rhin, y una de sus principales ideas era, bajo el nombre de fracmasonería, hacer renacer en provecho de los pueblos la antigua *Santa Wehme* establecida en provecho del Imperio. Este pretendido secreto, que no se revelaba mas que á los inficiados, era, pues, libertad universal, manumision general.

Llegó 1789. La revolucion, que se anunció al mundo entero con la toma de la Bastilla, fué recibida con entusiasmo por las sociedades secretas, y casi concurrieron ellas envueltas en la sombra con mas eficacia que se cree, á los primeros triunfos de nuestros ejércitos.

Llegó en seguida Bonaparte: no solo se decia, habia tenido conocimiento de aquellas sociedades sino que aun habia formado parte de ellas; tanto, que cuando cambió su casaca de general por el manto de emperador, todas aquellas sectas, que cualquiera que fuese su religion y su nacionalidad soñaban en la libertad universal, le miraron como un traidor, y en Francia y en el estrangero se sublevaron contra él. Entonces, como por el momento acudian en auxilio de los príncipes sus enemigos, no solo fueron tolerados sino aun estimulados por ellos; y el príncipe Luis de Prusia aceptó el título de gran maestre de una de estas asociaciones. La tentativa de asesinato de Staps fué uno de los truenos de aquella tormenta.

Mas á los dos dias de aquella tentativa de asesinato, vino la paz de Viena. El Imperio, ese anciano gigante germánico, fué abatido al nivel de las potencias de segundo órden; la policía francesa se estendió desde las aguas de Bretaña al Ponto Euxino, y aquellas sociedades que hacia quince años se organizaban públicamente, vigiladas por el águila que en aquella época se cernia sobre toda la Europa, se vieron obligadas á volverse á refugiar en las tinieblas.

Los desastres del ejército francés en Rusia reanimaron el valor de las sociedades, porque era evidente que la coalicion se estendia hasta el cielo, y que el mismo Dios comenzaba á declararse contra la Francia. Los emisarios de estas asociaciones, que por espacio de ocho años se habian mantenido ocultos, reaparecieron, pues, tímidos al principio y hablando en voz baja, pero hablando de libertad; por eso fueron acogidos con entusiasmo, especialmente por los estudiantes. Muchas universidades, casi en total, se afiliaron eligiendo sus gefes entre sus condiscípulos y profesores. El poeta Kœner, muerto el 18 de octubre en Leipsick, fué el Tyrteo de esta campaña. El 18 de junio de 1815, Waterloo vino á ser un cuadro sombrío compañero de Leipsick, que envió por segunda vez los ejércitos prusianos compuestos casi en su totalidad de voluntarios, á la capital de Francia. El triunfo estrangero se habia verificado; pero entonces comenzó la lucha interior.

En efecto, cuando los tratados de 1815 y la nueva constitucion germánica fueron conocidos, se verificó una terrible reaccion en Alemania. Todos aquellos jóvenes que escitados por sus príncipes se habian levantado en nombre de la libertad, conocieron que habian derramado su sangre en provecho de la *Santa Alianza*, y que todo lo que habian ganado derribando al gigante era ser gobernados por enanos; no se tuvieron, sin embargo, por derrotados, y confiados, como generalmente lo es el hombre en esa primera época de la vida, quisieron reclamar las promesas hechas; mas á las primeras palabras que pronunciaron, las políticas combinadas de los señores Talleyrand y Metternich pesó sobre ellos y les obligó á ocultar su resentimiento y esperanzas al abrigo de las universidades, especie de oasis republicanos, que, gozando de una constitucion especial, se libraban por el hecho mismo de su organizacion, de los esbirros de la Santa Alianza. Mas por comprimidas que se vieran aquellas sociedades no dejaban por eso de existir manteniendo correspondencia entre sí por medio de estudiantes viageros, que, bajo el pretesto de herborizar, recorrian la Alemania encargados de misiones verbales que, semejantes á los antiguos profetas, esparcian al pasar desde la cima de las montañas. Sand fué el producto de esta segunda liga, como Staps lo habia sido de la primera. Solo que, como Mucio Scevola, se equivocó y mató á un esclavo por un rey.

Por el asesinato, bien ejecutado, pero mal comprendido, de Kotzebue, las universidades quedaban entregadas á sí mismas; asi, desde aquel momento comienza entre ellas y los gobiernos la lucha en que sucumbieron. Todo poder oculto es perdido en el instante mismo en que es descubierto; porque no estaba oculto sino por ser débil.

Pero el estudiante aleman, perdiendo su poder político, ha conservado su carácter negligente y abandonado, de modo que no es menos digno de ser estudiado. Sin un cuarto en su bolsillo, pero confiado como el ave que vuela á quien Dios ha prometido alimento, parte para hacer su peregrinacion por Alemania, con su pipa en la mano, su saquillo de tabaco al costado y su Kœrner en el bolsillo,

El camino le hará á pié por largo que sea: el sol y la sombra son de todo el mundo. En cuanto á lo demas, Philistin proveerá á ello. Pasa un carruage, contenga naturales ó estrangeros, el estudiante se quita su pipa de la boca, despega de su cabeza su embrion de solideo, se aproxima al viagero, y alegremente le invita á que le ayude á seguir su camino. Es raro que un aleman niegue su proposicion al estudiante que pasa. Por otro punto, por otro camino de la Germania, su hijo camina tambien, y acaso en aquel mismo momento apela á la bolsa del padre á cuyo hijo presta su auxilio. Por su parte el posadero tiene muy buen humor y desinterés para con el *studiosus* que viaja, cualquiera que sea su grado en la gerarquía universitaria, sea pinzon, zorra ó antigua casa; este es su golondrina que vuelve todas las primaveras; le da abrigo bajo su techo. Y en cuanto al alimento, siempre se entenderá con un compatriota; ademas, los franceses ó los ingleses son los que pagarán esto. Asi, sin preguntarle si tiene ó no dinero, el estudiante tiene siempre que llega, su vaso de vino del Rhin ó su botella de cerveza, si le agrada mejor; y aun generalmente le preguntan de qué pais la prefiere: se le da una comida sacada de todas las comidas, y si la casa está demasiado llena, un lecho de paja fresca, que vale algunas veces mas que el mejor lecho de lana ó viruta de todas las posadas. Levántase alegre con el dia el estudiante, bebe otro vaso de vino del Rhin, enciende su obligada pipa, y se pone en camino. Despues de haber visto los campos de batalla de Jena, Ulm y Leipsick, vuelve á entrar en su universidad con el grado de casa mohosa, bebe aun millares de copas de cerveza, se fuma algunos millares tambien de pipas, da y recibe una veintena de schlæger, y vuelve al seno de su familia, donde continúa bebiendo y fumando, pero ya no se bate.

Llegamos á la fonda de la Estrella, situada en la plaza del Mercado, y al cargo de Simrock, el hermano del poeta, precisamente en el momento en que iban á ponerse á la mesa para la comida de la una, que se llama la pequeña comida. Porque en Alemania, aunque se está comiendo desde por la mañana hasta la noche, se ha creido, sin embargo, que debian designar con ciertos nombres las estaciones que se hacen tras cortas paradas. Asi, por la mañana á las siete, al abrir los ojos, se toma café, á las once se hace un segundo almuerzo, á la una la pequeña comida de la una, á las tres se come, á las cinco una friolera de merienda, en fin á las nueve de la noche, al salir del teatro, se cena, y despues á acostarse. En eso no se comprende el té, las tortas y los sandwichs que se toman en los intermedios.

Aunque en el estado ordinario tengo por lo general un apetito muy bueno, y viajando aumentan mis facultades bajo ese aspecto un veinte y cinco ó treinta por ciento, desde mi llegada á Aix-la-Chapelle, era muy desgraciado en este particular. Desde luego, como todo francés, nacido en la vieja Francia, la sustancia nutritiva que ingiero en cada una de mis comidas se compone de una mitad de pan, una cuarta parte de carne, y otra cuarta de entremeses y postres. Mas desde Aix-la-Chapelle, en lugar de pan me habian servido bizcocho. El bizcocho es una cosa escelente en sí misma; pero como en mi opinion, para conservar todo su valor debe ser servida á su tiempo, la primera vez que el fondista cometió lo que á mí me parecia un anacronismo, habia yo dejado aparte mi bizcocho para comerlo con toda propiedad con la crema de café, y le pedí verdadero pan. Entonces el mozo se sonrió con una inteligencia de escelente augurió, y me respondió en buen francés:

—Ya sé lo que pide este caballero.

Y me llevó torta anisada. Di un bocado á mi torta; como torta nada tenia que decir contra ella, pero como pan, puesto que dejaba mucho que desear, la dejé en otro plato, á fin de tomarla despues á modo de pudding, llamé al mozo, que llegó con la fisonomía de escelente humor que tienen siempre los mozos alemanes, y no fiándome ya en mi idioma materno, aventuré en el mejor sajon la palabra *brod*.

—¡Ah! comprendo, me respondió el mozo satisfecho de haber al fin interpretado mi pensamiento, el caballero me pide poumpernick. Y sin esperar mi respuesta, se lanzó fuera de la habitacion.

No hice ningun esfuerzo para detenerle, primero porque las dos obras de tahona que tenia á mi vista no me parecian de ningun modo destinadas á reemplazar al pan, y ademas porque no me disgustaria ver de frente al animal que se designaba bajo el formidable nombre de poumpernick. A los cinco minutos volvió el mozo con uno de esos bonitos panes redondos, que en nuestras aldeas se llaman molletes.

—¡Ah! dije yo muy contento.

—¡Ah! dijo el mozo aun mas contento que yo.

—¿Es esto á lo que se llama aqui poumpernick? dije cogiendo el mollete de sus manos.

—Verdadero poumpernick: no hay mas que un solo repostero que lo haga aqui bueno.

—¡Cómo! ¿son los reposteros los que hacen aqui el pan?

—Si no es pan lo que os doy.

—¿Pues qué es esto?

—Es poumpernick.

—El nombre no hace á la cosa.

—Teneis mucha razon, caballero; el nombre no hace á la cosa; por otra parte, el poumpernick es muy bueno.

—Vamos á verlo.

Dichas estas palabras, intenté dividir en dos pedazos la especie de mollete que tenia

en la mano, pero esperimenté una resistencia que no me esperaba.

—¡Ah! me dijo el mozo, el poumpernick no se corta; se rompe, ó se necesitan cuchillos hechos espresamente, y que cortan como navajas de afeitar.

—¡Cómo! ¿cuchillos que cortan como navajas de afeitar para partir pan?

—Ya he tenido el honor de deciros, caballero, que el poumpernick no era pan.

—Pues entonces, ¿qué es esto? pregunté impacientado, hundiendo involuntariamente mi dedo pulgar á través de la corteza.

—Señor, son peras prensadas y secadas al horno; pasas de Corinto, higos; en fin, de toda clase de cosas buenas.

Partí mi poumpernick, y ví efectivamente salir como frutas secas. La corteza estaba hueca, y no contenia mas miga que la necesaria para trabar con una masa esponjosa todas aquellas frutas entre sí.

Me ví obligado á volver á mi torta; de modo que desde Aix-la-Chapelle, me sucedia como á los súbditos de no sé qué reina, y á falta de pan, comia bizcocho.

En cambio, si desde Aix-la-Chapelle no habia pan, tampoco habia gendarmes, y el pasaporte era un objeto de lujo. Al llegar á la fonda, nos presentaba el mozo un registro; sentábamos en él nuestros nombres, y todo habia concluido.

A partir desde Colonia, la corrupcion culinaria no se estendia solo al pan; se habia propagado á la carne. Mientras me servian mi bizcocho y mi vaca por separado, hacia como las gentes que beben su agua en un vaso y su vino en otro; de modo que no mezclando las cosas todo iba bien. Una nueva prueba me esperaba en Bonn. La pequeña comida se componia de un guisado de albondiguillas, un trozo de vaca con ciruelas pasas, una liebre con dulces, y un jamon de jabalí con guindas; como se ve, era imposible trabajar con mas éxito para echar á perder, unas por otras, cosas que separadas son muy agradables.

No hice mas que probar aquellos diferentes objetos. Cuando llegó su turno á la liebre, el mozo no pudo ya contenerse.

—¿Es que á este caballero, preguntó, no le gusta la liebre con dulces?

—Encuentro esto detestable.

—Es admirable en un gran poeta como vos, caballero.

—¡Y bien! he ahí lo que os engaña, querido amigo; hago versos para mi consumo particular, es verdad; pero esto no es una razon para llamarme un gran poeta, y llenarme el estómago con vuestros guisos: ademas, aun suponiendo que yo fuera un gran poeta, en último resultado, ¿qué tiene que ver la poesía con la liebre con dulces?

—Nuestro gran Schiller miraba con adoracion la liebre con dulces.

—¡Y bien! yo no soy del mismo gusto que Schiller; servidme del *Guillermo Tell* ó del *Wallenstein*, pero llevaos vuestra liebre.

El mozo se llevó la liebre; en seguida probé el jabalí con guindas. Mas apenas volvió el mozo, le alargué de nuevo mi plato intacto; su admiracion redobló.

—¡Cómo! me dijo, ¿no le gusta al caballero tampoco el cerdo con guindas?

—No.

—Pues al señor Goëthe le gustaba muchísimo el cerdo con guindas.

—No lo sabia, pero tengo la desgracia de carecer de los mismos gustos que el autor de *Fausto*. Hacedme una tortilla.

Esperé con paciencia; á los pocos minutos volvió el mozo con la tortilla que habia pedido: aun para un inteligente, tenia un aspecto notoriamente apetitoso, pero á pesar de tener mucha hambre, arrojé el primer bocado en mi plato.

—¿Pero qué diablo habeis puesto en esta tortilla? Una tortilla, querido, se hace con manteca, huevos, sal y pimienta.

—Pues bien, caballero, está hecha con manteca, huevos, sal y pimienta.

—¿Y qué mas?

—Un poco de harina.

—¿Y qué mas?

—Un poco de queso.

—Seguid.

—Azafran.

—Bueno.

—Nuez moscada, clavos de especia y un poco de tomillo.

—Bueno, bueno, bueno; llevaos la tortilla con lo demas, y buscadme un cicerone nacional.

El mozo salió á la puerta, encontró al dueño de la fonda, y le dijo algunas palabras. El señor Simrock se adelantó hácia mí.

—Caballero, ¿no estais contento con la comida? me dijo con un modo y aire sumamente atentos.

—Es que, respondí bastante cortado con las buenas maneras de mi huésped, no me gustan las cosas que se me han servido: no es mas que eso.

—Si hubiéseis tenido la bondad de decir antes que deseábais comer á la francesa, no hubiera tenido ese disgusto.

—¡Cómo! le dije, ¿me será posible tener sopa sin albondiguillas, vaca sin ciruelas, liebre sin dulces y jabalí sin guindas?

—No teneis mas que pedirlo, caballero.

—¿Y..... pan?

—Tambien, pan; lo hago cocer para los que quieren comerlo.

—¡Ah! mi querido señor Simrock, me salvais la vida; ¿y cuándo podré tener eso?

—En la segunda comida.

—¿Y cuándo es la segunda comida?

—A las dos. Entretanto, y para hacerle pasar el gusto de nuestros infames manjares

alemanes, el caballero tomará un vaso de vino del Rhin que tendré el honor de ofrecerle; es del Joannisberg.

En aquel momento entró el mozo llevando en una bandeja dos vasos con una botella de cuello largo. El señor Simrock quitó uno de los dos vasos de la bandeja, llenó el otro, y me lo presentó.

—¿Y vos? le pregunté.

—Seria, me dijo el señor Simrock inclinándose, un gran honor para mí.

—¿Y sabeis, señor Simrock, le dije brindando con él, que teneis modales de gran señor que deben causar embarazo á vuestros huéspedes?

—Caballero, rara vez me encuentro en otra parte que en mi habitacion, entre mis libros de cuentas, y mis libros de poesía. Tengo una bonita biblioteca, una fonda bien acreditada; soy feliz, sobre todo cuando...

—¡Oh! nada de cumplimientos, señor Simrock, os lo suplico; permitidme tan solo que el mozo vaya á buscarme un cicerone.

—Es inútil, se enganchan los caballos al carruage.

—¡Cómo! ¿los caballos al carruage?

—Sí, y si lo permitís, tendré el honor de conducirle yo mismo. No tenemos mucho que ver, mas de eso poco me lisonjearé y seré feliz haciéndoos yo los honores.

No habia medio de negarse á ofrecimientos hechos de aquel modo. Vinieron á avisar que los caballos estaban enganchados, y subimos al carruage.

El señor Simrock tenia razon: Bonn contiene pocas cosas notables. Asi, luego que se ha visitado su catedral, edificada segun el estilo bizantino, en el terreno de una iglesia fundada por la emperatriz Elena á principios del siglo IV; su casino, donde estaban á la sazon espuestos los diseños del monumento de Beethoven; el jardin de la Audiencia, con su magnífica azotea que da al Rhin, se ha visto casi todo. Esto venia perfectamente á mi apetito, y como volvimos á las tres en punto, no tuve mas que sentarme á la mesa.

La comida era escelente; esta era la primera vez que hacia una verdadera comida desde Lieja.

Despues de comer, el señor Simrock me propuso ir con él á dos nuevas correrías; una al otro lado del rio, al antiguo convento de Schwartz Rheindorf; la otra, á la parte de la ciudad, al Krenzberg. Como se presumirá, acepté sin vacilar.

Tomamos una lancha, y atravesamos el Rhin.

Schwartz Rheindorf es una antigua iglesia colegiata muy notable, con dos bóvedas sobrepuestas. La superior forma la iglesia misma; la inferior está dedicada al panteon del elector Arnoldo II, fundador de la iglesia y del convento de religiosas unido á ella, y que posteriormente fué edificio capitular de agustinas. Entre los sepulcros está el de Santa Adelaida de Quelder.

Esta Adelaida de Quelder era, segun creo, hermana del emperador Othon III. Espero se me dispensará si me equivoco en algun número; porque escribo por tradiciones verbales y no con arreglo á documentos impresos. Como piadosa superiora que era, ejercitaba á sus religiosas en el canto, todas cantaban á cual mejor escepto una sola, la mas linda de todas, cuya voz desafinaba de tal modo, que hacia perderse á toda la comunidad. Esta falta de organizacion desesperaba de tal modo á la buena superiora, que en un momento en que la pobre monja la desgarraba el timpano con su falsete infernal, se encolerizó de tal modo que no pudo contenerse; la dió un bofeton tan vigoroso, que la religiosa cayó al suelo atacada de convulsiones; mas tambien cuando cesaron las convulsiones, quedó asombrada de cantar como un ruiseñor.

Desde entonces no quedó duda de que la gracia eficaz se habia comunicado á la monja por el contacto de la piadosa mano que la habia tocado, y cuando la madre Adelaida falleció, aquel bofeton tuvo gran parte en su canonizacion.

Volvimos á pasar á la orilla izquierda del Rhin donde nos esperaba el carruage; en tres cuartos de hora nos condujo al Kreusberg. Lo que ofrece de mas notable este convento es un panteon que conserva admirablemente los cadáveres. Como habia visto la Morgue de San Bernardo y los subterráneos de los Capuchinos, en Palermo, esta tercera representacion me pareció menos curiosa que las otras dos, y despues de habernos detenido un momento en la azotea para admirar el paisage que se estiende desde alli, de un lado hasta las Siete montañas, y del otro casi hasta Colonia, emprendimos otra vez el camino de la ciudad.

Habia dejado pasar la hora de tomar una friolera, pero el señor Simrock me dijo que aun podia cenar y despues de cenar tomar el té, lo cual era una compensacion de la comida que perdiera. Desgraciadamente habia comido tan bien que estos ofrecimientos por mas incitadores que fuesen no podian tentarme. Por otra parte, desde que habia podido apreciar la cortesanía del señor Simrock, me propuse á hacerle otra demanda.

Era esta una cama donde un francés pudiese dormir.

Esto exige esplicacion.

En general, nosotros los franceses, y sea dicho para la instruccion de los pueblos estrangeros, dormimos en una cama: de ordinario, se compone esta cama de un catre de tres pies á tres pies y medio de ancho, y de cinco pies y ocho pulgadas á seis pies de largo. Sobre este catre se pone un colchon de cerda, otro de pluma, uno ó dos colchones de lana, un par de sábanas blancas, una colcha, un travesero y una almohada; se remete la ropa

aquel para quien está destinado el lecho se desliza entre las sábanas, y aun cuando no haya tomado una gran cantidad de café negro ó té verde, y teniendo buena salud y una conciencia pura se duerme; en cuanto á la duracion del sueño, esto depende de la organizacion.

Ahora bien, en un lecho como este, todo hombre, sea aleman, español, belga, ruso, italiano, indo ó chino puede dormir; á menos que no tenga mala cama.

Pero en Alemania no sucede asi con respecto á las camas.

He aqui de qué se compone un lecho aleman.

En primer lugar, de un catre de dos pies á dos pies y medio de ancho, y cinco ó cinco y medio de largo. Procusto ha viajado por Alemania, y ha dejado alli sus modelos.

En este catre se tiende una especie de saco lleno de virutas, destinado á reemplazar al colchon de cerda.

Sobre el saco de virutas se echa un enorme colchon de plumas.

Sobre el colchon de plumas se coloca una sábana mas corta y estrecha que el colchon de plumas: el posadero llama á este pedazo de lienzo una sábana, pero el viagero no le reconoce ni aun como una servilleta.

Por último, sobre aquella sábana ó esta servilleta, como se quiera llamar al lienzo en cuestion, se tiende una colcha entretelada de pluma menos reenchida que el colchon de la misma materia.

Dos ó tres almohadas apiladas en la cabecera, completan esta estraña andamiada.

Si es un francés el que se acuesta en esta cama, como el francés es un pueblo vivo y efervescente, esta es la reputacion que tenemos en Alemania, el dicho francés se mete en él sin precaucion, de modo que á los cinco minutos las almohadas se han caido de un lado, la colcha cuelga del otro, la sábana se arrolla y se hace invisible; tanto, que el susodicho francés se encuentra hundido en su colchon de pluma, sudando de un lado de su individuo mientras el otro está helado.

Tiene la eleccion.

Si es un aleman, como el aleman es un pueblo tranquilo y virtuoso, el dicho aleman comienza por quedarse con sus calzoncillos y sus medias; despues levanta con precaucion la colcha entretelada, se acuesta de espaldas, apoya los riñones en las tres almohadas y los pies en la estremidad del catre, de modo que forma una ∾; descansa sobre sus rótulas la colcha, cierra los ojos, se duerme y se despierta al dia siguiente por la mañana sin haber cambiado de posicion.

Pero se comprende que para llegar á este resultado, es preciso tener la calma y la virtud de un aleman.

Yo no sé cuál de estas dos cualidades me faltaba, pero lo que sé es que no dormia, que adelgazaba visiblemente, y que tosia hasta romperme el pecho.

He aqui por qué pedí una cama á la francesa.

El señor Simrock tenia seis.

Estuve para darle un abrazo.

Me condujeron á mi habitacion. Mi huésped no me habia engañado, era una verdadera cama, con un verdadero colchon de cerda, verdaderos colchones de lana, verdaderas sábanas, colcha y travesero.

Iba, pues, á acostarme con el sentimiento de satisfaccion que se deja adivinar, cuando llamaron á mi puerta.

—¿Quién está ahi? pregunté.

—Perdonad, caballero, soy yo, respondió el mozo.

—Y bien, ¿qué me quereis?

—Vengo de parte de un inglés que no ha podido veros, caballero, á preguntaros si quereis hacerle el honor de beber un vaso de vino del Rhin ó de Champagne con él.

—¿Y quién es ese inglés?

—Un estudiante.

—Eso es otra cosa; entonces decid que bajo.

A pesar del deseo que tenia de dormir, no me disgustaba se presentase esta ocasion de hacer conocimiento con un estudiante. Seguí, pues, inmediatamente casi al criado; solo sí me metí la llave de mi habitacion en el bolsillo, por temor de que si la dejaba en la puerta se equivocase alguno de cama.

Al entrar en el comedor, miré á todos lados, y no ví mas que á dos bebedores, el mas jóven de los cuales me parecia tener de cuarenta y cinco á cincuenta años. El de mas edad de los dos bebedores se levantó.

—Perdonad, caballero, me dijo en muy buen francés, aunque con un acento de ultramar algo pronunciado: la persona á quien buscais soy yo. En seguida, volviéndose hácia su compañero:

—Milord, el señor Alejandro Dumas.—Señor Alejandro Dumas, milord S....

Yo me incliné.

—Perdonad, caballero, le dije á mi vez, pero me habian hablado de vos como de un estudiante....

—Y bien, caballero, os han dicho la verdad. Sentaos, pues.—Tomo asiento.—En todas las edades se estudia.—Me echa un vaso de Johannisberg.—Yo, por ejemplo, he estudiado desde la edad de seis años hasta la de veinte, en las universidades de Oxford y de Cambridge; he estudiado desde veinte hasta treinta, los perros, los caballos, los hombres de Estado, las mugeres y el juego; á los treinta años comencé mis viages; al pasar por Heidelberg ví á un profesor que me pareció muy fuerte en teología, y resolví estudiar la teología. Era ya bastante sabio en teología, cuando un dia, bajando por el Rhin, me detuve en Bonn, y ví al profesor Keisel, el primer filósofo de todas las universidades de Alemania: me pareció

diferia en algunos puntos de creencia con mi teólogo, y resolví ponerlos de acuerdo reasumiendo los dos sistemas en uno. Desde entonces subo y bajo el Rhin, desde Manheim hasta Bonn, comiendo tranquilamente mis dos mil libras esterlinas de renta, que no me bastarian en Lóndres, y que aqui me hacen rico. Habia resuelto recorrer el mundo; pero he sido mas feliz que Mahoma: no soy yo quien ha ido á la montaña, la montaña es la que ha venido á mí. El Rhin es á la Europa entera lo que el Paso del Perron es á París: todos los estrangeros que hay en él, le atraviesan. Yo estoy aqui como un cazador en espera: acecho la caza. Desde que los periódicos han anunciado vuestra llegada á Bruselas, me he dicho que pasaríais por aqui: habeis pasado. Ya veis, pues, que soy un verdadero estudiante; por la mañana estudio la teología ó la filosofía; por la tarde estudio á los hombres, por la noche los vinos, y Dios mediante, estudiaré asi el resto de mi vida. ¿Qué decís de este Johannisberg? Es del verdadero de 1831: el señor de Metternich no le tendria mejor para ofrecerle al emperador de Austria, si el emperador de Austria fuese á pedirle una comida en su castillo.

—Es escelente.

—Sin contar que tengo discípulos. Mirad, he aqui á milord S...., por ejemplo (nos saludamos de nuevo milord S.... y yo), bajaba por el Rhin, y no pensaba mas que pasar á Bonn. Le habian escrito que su muger estaba muy mala. Perdonad si milord S.... no toma parte en la conversacion; no habla francés. Pasaba, pues; hice le suplicasen me honrase bebiendo un vaso de toast; consintió en ello: discutimos acerca de la superioridad del vino de Champagne sobre el del Rhin, y *vice-versa*. —Probad este Ai; es rosa espumoso de 1828, del mejor seco de Moët.—¡Y bien! todavía discutimos. Su muger habia muerto en tanto, lo cual ha causado gran disgusto á milord; pero hemos encargado un sepulcro para la difunta en Maguncia. Vamos á verle de vez en cuando; esto le consuela. Dice milord que en cuanto el sepulcro esté concluido, le acompañará á Inglaterra; yo digo que le enviará sencillamente á Rotterdam, donde le embarcarán para Lóndres, y que milord permanecerá aqui discutiendo conmigo acerca de las diferentes clases de vinos. ¿No es asi, milord?

Milord hizo una señal con la cabeza, alargó su tercer vaso, y su compatriota le llenó hasta el borde de un vino rojo espirituoso como el de Saint Peray, y trasparente como el rubí.

—Es de Ingelheim, me dijo el inglés, casi un compatriota vuestro. Probadle.

—No conozco ese nombre entre nuestros vinos de Francia, le respondí.

—Verdad es; porque Ingelheim es la antigua residencia de Carlo-Magno. Pues el anciano emperador, que estimaba lo que habia de bueno en Francia, habia apreciado un precioso vino de Orleans; hizo traer de allí cepas que él mismo plantó. Lo que probais ahora está sacado de las plantas descendientes de las que el mismo Carlo-Magno metió en la tierra. Este es el vino favorito de milord: con este es con el que sencillamente le detengo.

—Es preciso para eso que no fuese muy grande el amor á su muger.

—Por el contrario, la adoraba. Vais á verlo, voy á hacerle llorar.

—Milord, dijo el estudiante dirigiéndose á su camarada.

—¿*What do you want* (1)? respondió éste.

—¿*Shall we not go presently and see how they are going ou whith the tomb of that dear lady* (2)?

—¡Heu! dijo el inglés, y dos gruesas lágrimas cayeron de sus ojos. Las enjugó con una mano, y con la otra alargó su vaso diciendo:

—*Another glass of this capital Ingelheim* (3).

—Me he equivocado en una botella, dijo el estudiante echando otro vaso de Ingelheim al pobre viudo. Una botella mas, y se hubiera deshecho en lágrimas; jamás falta.

—¿Pero sabeis, dije á mi anfitrion, que milord no habla mejor los demas idiomas que el francés?

—Milord es meditabundo, y como el jóven Hauslet, habla con sus propias ideas, ¿no es asi, milord?—*To be, or not to be.*

—*Another glax of ihis capital Ingelheim*, repitió milord.

—¿Acaso cuando estais solos no tiene vuestro discípulo otra conversacion mas variada que ahora? pregunté. En ese caso, al paso que va, no podrá haceros pie largo tiempo.

—Desengañaos. Asi estará entre tres y cuatro de la madrugada.

Miré al relój iban á dar las doce.

—Siento no saber bastante inglés para felicitar á milord en su propio idioma.

—*Milord*, dijo el estudiante: *His gentleman paix yon his dest complimento* (4).

Milord se incorporó y me respondió con una frase inglesa.

—¿Qué dice milord? pregunté á su camarada.

—Dice que si alguna vez vais á Inglaterra, está completamente á vuestras órdenes.

—¡Oh! se lo agradezco mucho.

—Y yo, caballero, digo que si volveis á bajar ó subir por el Rhin, espero que me hareis el mismo honor que me habeis hecho hoy. Siempre me encontraré entre Manheim y Bonn.

—Estad seguro, os lo ruego, que no dejaré de hacerlo.

—Nos saludamos por última vez. Volví á

(1) ¿Qué quereis?
(2) ¿Iremos pronto á ver el sepulcro de aquella querida milady?
(3) Otro vaso de ese escelente Ingelheim.
(4) Milord, este caballero está á vuestra disposicion.

subir á mi habitacion, y los dos ingleses continuaron bebiendo.

Al dia siguiente por la mañana me despertó el mozo á las cinco, y le dije fuese á traerme la cuenta mientras me vestia; salió y volvió un momento despues con lo que le habia pedido.

En vano buscaba en la cuenta el vaso de Johannisberg que habia bebido al llegar, y el precio del carruage. En cuanto á lo demas, era tratado como todos: esto era de mucho gusto. Pregunté al mozo si como le habia encargado, me habia procurado un medio de trasporte cualquiera. Me respondió que el señor Simrock me esperaba con su carruage; deseaba llevarme hasta Rungsdhorf, es decir, á las siete montañas.

—Bajé, y le pedí noticia de sus dos ingleses.

—Continuan alli, me dijo.

—¡Cómo! ¡aun alli! ¿todavía bebiendo?

—¡Oh! no, ahora duermen.

—¡Cómo! ¿duermen?

—Duermen donde se encuentran. ¡Oh! ¡ellos no tienen necesidad de camas á la francesa!

—¡Pardiez! tengo la curiosidad de verlo.

—Es muy fácil. Entrad.

Empujé la puerta suavemente, milord S.... se habia caido de su silla y estaba tendido en el suelo con su *copa* en la mano (1); el *estudiante* estaba echado con la cabeza encima de la mesa, estrangulando con su mano derecha el cuello de una botella de vino de Champagne.

Conté los muertos, tanto de Johannisberg y de Champagne como de Ingelheim: habia catorce botellas vacías.

Respeté su sueño; pero no queriendo dejar á los dos ingleses en la idea de que un francés se quedaba tras de ellos en cortesanía, tomé dos tarjetas, y metí una en el vaso de milord, y otra en el cuello de la botella de su camarada.

Estaba hecha mi visita.

Subí al punto en el carruage, y partimos.

LA DRAKENFELS.—COBLENTZA.

Despues de haber salido de Bonn, fuimos por un camino encantador, que costea una orilla del Rhin, resguardado al otro lado por la base de una cadena de montañas sembradas de aldeas, castillos y vilas. Encontramos á nuestra izquierda, en una de las laderas del camino, un pequeño monumento llamado Hock Kreuz (la Cruz alta). Ninguna tradicion encierra aquella capillita del mas bonito gusto gótico; es simplemente un testimonio de la piedad de monseñor Valram de Juliers, arzobispo de Colonia, uno de mis antiguos conocimientos, que representa un papel en mi novela de la *condesa de Salisbury*.

Desde alli es desde donde se empieza á descubrir bajo su mas pintoresco punto de vista, las bellas ruinas de Godesberg. Al salir de esta aldea, tomamos á nuestra izquierda por un caminito de travesia que nos condujo en pocos minutos á la aldea de Rhungsdof, orilla del Rhin, donde nos encontramos muchas lanchas en espera de los viageros; en pocos minutos mas fuimos trasportados á Kœnigsiointer, lindo caserío situado en la otra orilla. Nos informamos de la hora en que pasaba el buque de vapor, y nos contestaron que pasaba al medio dia. Esto nos daba de tiempo cinco horas; era mas de lo que se necesitaba para visitar las ruinas de Drakenfels.

En cuanto pusimos el pie en tierra, como no dudaron que fuésemos trepadores, recibimos una carga de un verdadero escuadron de burros, burreros y burreras, que nos envolvian y se pusieron á alabar cada uno las cualidades de su cabalgadura. Uno de estos corceles nos sedujo por el contraste de su magnífica silla y la modestia de su nombre, se llamaba Juanito Hacuschen. Su amo, prometió por él, bajo palabra de honor, que no se revolcaria ni pasaria muy cerca de los precipicios. Mediante estas dos promesas, nuestra compañera de viage, se confió á él.

Juanito cumplió su palabra, por lo que puedo recomendarle en conciencia á las lindas viageras de todos los paises que desean no verse precipitadas en algun barranco.

Despues de tres cuartos de hora de subida próximamente, por un bonito sendero que rodea la montaña, llegamos á la primera meseta, donde encontramos una posada y una pirámide. Juanito se dirigió directamente á la una y yo á la otra; de modo, que por lo que respecta al parador me veo obligado á referirme á él. En cuanto á la pirámide, se elevó en memoria del paso del Rhin por el ejército prusiano.

En las cuatro caras de la base hay las inscripciones siguientes:

¡Honor y gloria al Altísimo!
¡Paz y libertad á la patria!
¡Honor á los héroes que han sucumbido!
¡A los héroes, homenage de la Lansturna de Sicbengeberg!

Como se ve, hay en la cuarteta de Lansturna de Sicbengeberg mas patriotismo que imaginacion; pero parece que la lansturna ha

(1) Asi se llaman los vasos de vino del Rhin porque han conservado la forma de la copa en que hacian beber á los emperadores romanos el dia de su coronacion.

sido quien la ha hecho: como se sabe, la Lansturna es la guardia nacional de Prusia.

Desde esta primera plataforma, un lindo camino tortuoso y enarenado como el de un jardin inglés, conduce á la cima de Drakenfels. Se llega primero á una torre cuadrada, en la que se entra con bastante dificultad por una hendidura, luego á una torre redonda, que completamente deteriorada por el tiempo, ofrece mas fácil acceso. Esta torre está situada en la roca misma del Dragon. El Drakenfels toma su nombre de una antigua tradicion que se remonta al tiempo de Juliano el Apóstata. En una caverna que se enseña á la mitad del camino de la montaña, se habia retirado un enorme dragon, tan perfectamente arreglado en sus comidas, que el dia que se olvidaban de llevarle un prisionero ó un culpable, al sitio donde tenia costumbre de encontrarle, bajaba al llano y devoraba á la primera persona que hallaba. Bien entendido que el dragon era invulnerable.

Sucedia esto, como hemos dicho, en el tiempo en que Juliano el Apóstata llegó con sus legiones á acampar en las orillas del Rhin. Los soldados romanos, que no tenian mas vocacion para ser devorados que los naturales del pais, se aprovecharon de la guerra que hacia á los pueblos de las cercanías para alimentar el monstruo sin que les costase nada. Entre los prisioneros se encontraba una jóven tan hermosa que se la disputaron dos centuriones, y no queriendo cederla ninguno de los dos, estaban próximos á degollarse, cuando el general para ponerlos en armonía decidió ofrecer á la jóven al monstruo. Se admiró mucho la sabiduría de aquella sentencia, que algunos compararon á la de Salomon, y se dispusieron á gozar del espectáculo.

En el dia dicho, la jóven fué conducida, vestida de blanco y coronada de flores, á la cima del Drakenfels: la ataron al árbol, como Andrómeda á su roca; únicamente pidió la dejasen las manos libres, y no creyeron que debian negarla tan pequeño favor.

El monstruo, ya lo hemos dicho, tenia una vida muy metódica, comia como se come aun hoy en Alemania. Asi, en el momento en que se le esperaba salió de su caverna y subió, medio arrastrando, medio al vuelo, al sitio donde sabia encontraria su pasto. Aquel dia tenia el aspecto mas feroz y mas hambriento que de costumbre. La víspera, sea casualidad, ó refinamiento de crueldad, se le habia servido un anciano prisionero bárbaro, muy duro, y que no tenia mas que la piel y los huesos; de modo, que todos se prometieron un doble placer de aquel aumento de apetito. El mismo monstruo; viendo la esquisita víctima que le habian presentado, rugió de alegría, sacudió al aire su escamosa cola y se lanzó á ella.

Mas cuando estaba próximo á cogerla, la jóven sacó de su pecho un crucifijo y le persentó al mónstruo. Era cristiana.

A la vista del Salvador, el monstruo quedó como petrificado; despues, viendo que ya no tenia nada que hacer alli, huyó silbando á su caverna.

Esta era la primera vez que aquellas poblaciones veian huir al dragon. Asi, mientras unos acudian á la jóven y la desataban, los demas habitantes persiguieron al dragon, y animados por el espanto de éste, introdujeron en la caverna una gran cantidad de haces de leña sobre los que colocaron azufre y resina, prendiendo en seguida fuego.

Por espacio de tres dias arrojó llamas la montaña como un volcan, por espacio de tres dias se oyó al dragon luchar silbando en su caverna; al fin cesaron los silbidos: el mónstruo estaba asado.

Todavía hoy se ven las señales de las llamas, y la bóveda de piedra, calcinada por el calor, se hace polvo con solo tocarla.

Se concibe que semejante milagro ayudó mucho á la propagacion de la fé cristiana. Desde últimos del siglo IV, habia ya muchos sectarios de Jesucristo en las orillas del Rhin.

Cuando estaba yo ocupado en admirar el magnífico paisage que se desarrolla en veinte y cinco leguas á la redonda desde la cima del Drakenfels, la mas elevada de las siete montañas, el propietario de Juanito me enseñó mucho mas allá de Bonn, es decir, á cuatro ó cinco leguas sobre el Rhin, un puntito negro, que á aquella distancia apenas parecia movible, pero que con el auxilio de mi anteojo vi era nuestro buque de vapor, ese otro dragon moderno que se acercaba arrojando llamas y humo por sus abiertas fauces, batiendo el Rhin con sus alas de hierro. Empezamos á bajar de la montaña, Juanito se picó en su honra, y llegamos á tiempo á Kœenigs Winter.

Volví á encontrar en el buque á los dos ingleses, el que se llamaba estudiante, de cuarenta y cinco años, y su amigo milord S... aquel viudo inconsolable de que he hablado en mi último capítulo sobre Bonn; subian el Rhin para ir en compañía hasta Maguncia, á ver en qué estado se hallaba el sepulcro de milady S...

Encontrábase tambien alli un holandés, que segun la costumbre de su pais, viajaba solo con su prometida. Es escelente la costumbre de Holanda, y que compensa perfectamente su manera de componer el pescado cocido, el permiso de viajar juntos que los desposados obtienen de sus padres. Como el viajar es la situacion de la vida en que se desarrollan mas libremente las buenas y malas costumbres, los futuros esposos, solo con subir el Rhin de Nimega á Strasburgo, conocen su respectivo carácter como si hubiesen ya vivido diez años juntos. Si se avienen, vuelven cogidos de la mano al hogar de sus abuelos que les dan su bendicion y los casan. Si no congenian, se separan, vuelven separados cada uno en un buque, y comienzan otra vez á viajar, el novio

con una nueva prometida, y esta con un nuevo novio. Resulta de esta combinacion, que es muy raro que al sétimo ú octavo viage, las dos mitades de almas que se buscan segun Platon y Mr. Dupaty, no se hayan encontrado.

Una vez casados, los holandeses no salen ya de sus casas.

Apenas el de que hablo supo que estaba yo alli, miró como un deber presentarme á su prometida; era una corpulenta y bella holandesa que se creyó obligada á figurar me habia leido. En cuanto al novio, me habló mucho de la poesía holandesa, y me preguntó si conocia á dos poetas que me nombró; le respondí que no tenia ese honor. El novio partió de aqui para decirme que eran dos hombres muy superiores á Lamartine y Hugo, y que serian conocidos del mundo entero, si se pudiera pronunciar su nombre en otro pais que en Holanda.

Lamenté la suerte de aquellos dos genios desconocidos y relegados á la oscuridad por una conspiracion de consonantes. Lo cual me captó la simpatía del novio, y de la novia, que me hicieron mil ofrecimientos para en el caso de que quisiese alguna vez ir á Lekkerkerk. Este era el nombre de su localidad.

Felizmente el paisage que era maravilloso, me proporcionó ocasion de interrumpir la conversacion holandesa en que me habia metido. En aquel momento pasábamos entre Rolandseck y Nonenwerth.

La peregrinacion del *Rolandseck* ó á las *ruinas de Rolando*, es una necesidad para las almas tiernas que habitan no solo las dos orillas del Rhin, desde Schaffouse á Rotterdam, si no tambien de cincuenta leguas en lo interior de las tierras. Si se ha de creer la tradicion, alli es donde Rolando, dispuesto á partir para combatir á los sarracenos de España, subiendo por el Rhin para responder al llamamiento de su tio, fué recibido por el conde Raimundo. Este, sabiendo el nombre del ilustre paladin á quien tenia el honor de recibir en su casa, quiso que fuese servido á la mesa por su hija, la bella Ildegonda. Poco importaba á Rolando quién le sirviera, simpre que la comida fuera abundante y el vino bueno. Alargó, pues, su vaso: en aquel momento se abrió una puerta, y entró una linda jóven con una vasija en la mano, y se dirigió al caballero. Mas cuando hubo andado la mitad de la distancia que de él la separaba, se encontraron las miradas de Rolando é Ildegonda, y ¡cosa estraña! ambos empezaron á temblar de tal modo, que la mitad del vino cayó en el pavimento, tanto por culpa del convidado como de la escanciadora.

Rolando debia partir al dia siguiente, mas el anciano conde Raimundo insistió para que pasase ocho dias en el castillo. Rolando conocia perfectamente que su deber le llamaba á Ingelheim; pero Ildegonda levantó hácia él sus preciosos ojos, y se quedó.

Pasados los ocho dias, los dos amantes no se habian hablado de su amor, y sin embargo, en la noche del octavo, Rolando cogió de la mano á Ildegonda y la condujo á su capilla. Luego que estuvieron ante el altar se arrodillaron ambos con un movimiento unánime. Dijo Rolando:

—Jamás tendré por muger á otra que á Ildegonda.

Ildegonda añadió:

—¡Dios mio! recibid el juramento que hago de ser vuestra si no soy suya.

Partió Rolando. Un año trascurrió. Rolando hizo maravillas, y la fama de sus proezas se estendió desde los Pirineos hasta las orillas del Rhin; despues y repentinamente, se oyó vagamente hablar de una gran derrota, y el nombre de Roncesvalles fué pronunciado.

Una noche llegó un caballero al castillo del conde Raimundo á pedir hospitalidad; iba de España á donde habia acompañado al emperador. Ildegonda se aventuró á pronunciar el nombre de Rolando, y entonces el caballero la refirió como en el desfiladero de Roncesvalles, rodeado de sarracenos (1), y viéndose solo contra ciento tocó su bocina para llamar al emperador en su socorro, y lo hizo con tal fuerza que á pesar de hallarse á mas de legua y media el emperador, habia querido volver oyéndole; pero Ganelon se lo impidió, y el sonido de la bocina se alejó perdiéndose, último esfuerzo del héroe. Entonces le habia visto, para que su escelente espada *Durandalne* no cayese en poder de los enemigos, intentar romperla contra las rocas; mas acostumbrada á hendir el acero, Durandalne habia hendido el granito, y habia sido preciso que Rolando metiese la hoja en una grieta y la rompiese apoyándose encima. En seguida, cubierto de heridas, habia caido junto á los pedazos de su espada murmurando el nombre de una muger que se llamaba Ildegonda.

La hija del conde Raimundo no derramó una sola lágrima ni exhaló un grito: únicamente se levantó pálida como un cadáver, y aproximándose al conde:

—Padre mio, le dijo, no ignorais lo que Rolando me habia prometido, ni lo que de mi parte habia prometido á Rolando. Mañana, con vuestro permiso, entraré en el convento de Nonenwerth.

Miró el padre á la hija moviendo tristemente la cabeza, porque se decia á sí mismo: ¿es decir que Rolando era todo? ¿Y yo no era, pues, nada?

En seguida, recordando que era cristiano antes que padre:

—¡Cúmplase en todo la voluntad de Dios! respondió.

(1) El autor confunde, sin duda por una equivocacion, á los sarracenos con los vascos, que fueron los que real y verdaderamente derrotaron la retaguardia del ejército de Cárlo-Magno.
(*N. del T.*)

Y al dia siguiente Ildegonda entró en el convento. Despues, como ella tenia prisa por tomar el velo, porque la parecia que cuanto mas se separase de la tierra estaria mas próxima á Rolando, obtuvo del obispo diocesano, que era tio suyo, se redujese el tiempo de las pruebas para ella á tres meses; y pasados estos tres meses, pronunció sus votos.

Ocho dias habian pasado, cuando un caballero pide hospitalidad en el castillo del conde Raimundo. Sale el conde á su encuentro, el caballero se para y le mira estupefacto, porque en tres meses que estaba separado de su hija, el conde habia envejecido mas de diez años. Levanta el caballero la visera de su casco:

—Padre mio, dice, he cumplido mi palabra. ¿Me ha guardado Ildegonda la suya?

El anciano lanza un grito de dolor. Aquel caballero era Rolando. Las heridas que habia recibido eran profundas, pero no eran mortales. Despues de una larga convalescencia, se habia puesto en camino para ir á reunirse con su prometida.

El anciano se apoyó en el hombro de Rolando; en seguida, recobrando su valor, le condujo sin responder una sola palabra á la capilla, y alli haciéndole señal de que se arrodillara, y arrodillándose junto á él:

—Oremos, le dice.

—¿Ha muerto? murmuró Rolando.

—¡Ha muerto para tí y para el mundo! ¿No habia jurado no ser mas que tuya ó de Dios? Ha cumplido su juramento.

Al dia siguiente por la mañana, salió á pie Rolando, dejando su caballo y sus armas en el castillo del anciano conde; se internó en la montaña, y al anochecer llegó á la cima de uno de los picos que dominan el rio; vió á sus pies, al estremo de la verde isla, el convento de Nonenwerth. En aquel momento cantaban las monjas la oracion, y en medio de todas aquellas santas voces que subian al cielo, habia una que llegó directamente á su corazon.

Rolando pasó la noche tendido sobre la roca; al dia siguiente al amanecer, cantaron las monjas á maitines, y oyó de nuevo aquella voz que hacia vibrar todas las fibras de su alma. Entonces resolvió construirse una ermita en la cima de aquella montaña, á fin de no alejarse al menos de la que amaba. Puso su obra en ejecucion.

Como á las once, salieron las monjas y se esparcieron por su isla; mas una de ellas se alejó de sus compañeras y fué á sentarse bajo un sauce orilla del agua. Tenia echado su velo; llevaba el mismo trage que las demas religiosss, y sin embargo, Rolando no dudó ni por un momento que aquella era Ildegonda.

Por espacio de dos años oyó Rolando dia y noche en medio de las plegarias religiosas aquella voz que le era tan querida; por espacio de dos años, todos los dias á la misma hora, la misma religiosa solitaria iba á sentarse á un mismo sitio, aunque cada dia se dirigia á él con mas lentitud. Al fin una noche faltó la voz. Al dia siguiente por la mañana, la voz faltaba tambien. Dieron las once, y Rolando esperó inútilmente. Las religiosas se esparcieron como de costumbre por el jardin, mas ninguna fué á sentarse bajo el sauce orilla del agua. A las cuatro, las religiosas, relevándose de cuatro en cuatro, cavaron una fosa al pie del sauce; cuando la fosa estuvo hecha, Rolando volvió á oir aquellos cánticos en que continuaba faltando la voz mas dulce y sonora, y toda la comunidad salió acompañando el féretro en que yacia una vírgen cuya frente estaba coronada de flores, y que llevaba descubierto su pálido rostro.

En dos años esta era la primera vez que Ildegonda se levantaba el velo.

Tres dias despues trepó hasta la cima de la montaña un pastor á quien se le habia estraviado una cabra, y encontró á Rolando sentado, con la espalda apoyada en la pared de su ermita, y la cabeza inclinada sobre el pecho. Estaba muerto.

Los dos súbditos del rey de Holanda, el novio y la novia, de quienes he hablado mas arriba, se bajaron en la aldea de Rolanswerth, y antes que el vapor hubiese doblado la punta de Unkelbach, los vimos aparecer amorosamente enlazados sus brazos, en la cima del Rolandseck.

Frente á la punta del Unkelbach, en la ribera opuesta, está la aldea de Unkel, con sus canteras de basalto, algunas de cuyas columnas se elevan del fondo del Rhin, como las ruinas de una ciudad sumergida; y al otro lado Remayen, la antigua Regomayen de los romanos, á través de la que el elector palatino Cárlos Teodoro, hizo construir un camino, que terminó Bonaparte en 1801. Diez y seis siglos antes, Marco Aurelio tuvo la misma idea y ejecutó el mismo trabajo. Asi los operarios encontraron en todas partes vestigios de la calzada romana, piedras miliarias, monedas, columnas, inscripciones y sepulcros; de modo que en rigor no hubieran tenido mas que seguir el antiguo trazado. Detrás de Remayen se eleva el Appollinarisberg, donde se conserva la cabeza de Santa Apolinaria, la cual se dice es una reliquia muy milagrosa.

En este momento mi viejo estudiante inglés se acercó á mí, seguido siempre de milord S... quien con su crespon en el sombrero y su crespon en el brazo tenia el aspecto de una dueña dolorida. El estudiante tenia en la mano una botella y dos vasos, milord S... tenia otro.

—Tomad, me dijo alargándome uno de los dos vasos, es preciso que probeis del vino de Ley, frente á la montaña donde se hace la recoleccion de la uva, y aunque no me habeis parecido muy aficionado, me direis lo que pensais de él...

—¡Oh! respondí despues de haberle probado, es un vino escelente.

—Ya lo creo, respondió el inglés sonando la lengua; éste, el *Johannisberg* y la *Leche de la Virgen*, son los mejores del Rhin.

—¿Y dónde se coge ese néctar?

—Mirad, me dijo el inglés ¿veis aquella roca de basalto?

—¿Y bien?

—Saludadla, esa es su patria.

—¡Pero, si no hay una pulgada de tierra sobre vuestra roca, y á menos que salga de algun manantial!...

—¡Ah! ved, querido, cuando hayais estudiado treinta años como yo, sabreis que siendo el hombre un animal industrioso, ha encontrado remedio para todo, y siempre que ha sido necesario, ha revisado y corregido la obra de la creacion. Y como aquí la creacion no habia pensado en hacer crecer la viña y el hombre ha conocido que le vendria perfectamente la cepa; reconocido esto, se ha plantado la cepa en canastillos; y ha llevado sus canastillos á la montaña; la vid ha producido en ella, ha madurado la uva como si estuviera en el suelo todo de tierra, y se hace este vino.

—Es escelente.

—Ya lo creo, milord, *another glass tho memordy of that dear lady* (1).

—¡Hen! pronunció el inglés tragándose compunjido su *wein ley*.

—Ya lo veis, me dijo su camarada; segun las palabras del Salmista, bebe su vino mezclado con sus lágrimas. Yo le prefiero puro; ¿otro vaso?

—Gracias.

—Por mi parte, bebo siempre tres al pasar por este sitio. El primero por mí, el segundo en reconocimiento al inventor desconocido del sistema de la vid en cesto y el tercero en honor al señor de Alpenahr; ya veis que habeis faltado en dos vasos.

—¡Muy bien! el primero lo he bebido por corresponder á vuestra invitacion. Voy á beber el segundo en reconocimiento al hombre de las cestas; mas en cuanto al tercero, como el vino del Rhin, que por lo demas yo aprecio mucho, me ataca terriblemente á los nervios, me permitireis os pregunte quien era el señor Alpenahr, antes de beber á su memoria.

—¡Ah! pues bien, el señor de Alpenahr era un digno caballero, cuya mansion estaba situada en la vega que termina en el Rhin, allí, precisamente á nuestra derecha, y que se llama Lahr. Hallábase sitiado por uno de sus enemigos, cuyo nombre no recuerdo, mas no importa; en el momento en que el sitiador plantaba su bandera sobre las murallas, el señor de Alpenahr apareció á caballo y armado de punta en blanco en su balcon, y dirigiéndose á su enemigo: «Conde Hermann, le dijo, (se llamaba Hermaun) vuestros dardos y vuestras piedras han matado á mis gentes. El hambre y la peste me han arrebatado mi muger y mis hijos: nadie queda en el castillo mas que yo y mi caballo de batalla; no cogereis vivos ni al uno ni al otro. Adios, conde Hermann, ¡y maldito seais!»

Dichas estas palabras, picó espuela á su caballo, que saltó relinchando por encima de la barandilla del balcon, y desapareció con su señor en las ondas.

—¡Oh! no puedo negarme á beber un vaso de vino del Rhin á la memoria de tan valiente caballero; llenadle, sir...—Si no habeis olvidado vuestro nombre como el del conde Hermann, me atreveré á preguntarle.

—Sir Patrick Warden.

—Pues me parece que sois injusto, sir Patrick.

—¿Cómo es eso?

—Bebeis á la memoria del caballero de Alpenahr ¡y olvidais su caballo!

—¡Por mi alma; teneis razon! ¡En ese caso, tengo que hacer un gran recuerdo! Hace diez años que subo y bajo el Rhin. A cuatro veces por año (y hago un cálculo muy bajo) resultan cuarenta vasos que debo beber á los manes del caballo. Mozo, otra botella de vino de Ley.—Milord, este caballero dice una cosa muy justa, continuó en inglés sir Patrick, y dirigiéndose á milord...

Me aproveché de la esplicacion para ir al otro estremo del buque, y desde allí ví á milord reconocer visiblemente el error que su compañero habia cometido, ayudándole tanto como le era posible á rectificarle.

Recibieron mas de seis botellas de vino de Ley, pero sir Patrick, que era hombre de mucho arreglo, se encontró al corriente de sus cuentas.

En tanto continuábamos avanzando y habíamos pasado á Leusdorf con la torre blanca de su iglesia; Linz, tomada por Cárlos el Temerario en 1476, es decir, un año antes de su muerte; Jenzig, la antigua *Sentiacum* de los romanos, fundada por Sentino, lugarteniente de Augusto; Argenfels y su antiguo castillo; Reineck, donde murió en 1544 el último descendiente de la familia de este nombre; Brohl, encantadora aldea, cuyos techos rojos y azules brillan á través del velo que forma el ramage de los olmos. En fin, Hammerstein, célebre por la hospitalidad que prestó en lo antiguo á Enrique IV.

Era á fines del año 1105. El habitante del antiguo castillo cuyas ruinas se ven todavía hoy, se llamaba el conde Wolf de Hammerstein, era el último de su raza, porque no habia tenido hijos varones, sino dos hijas tan lindas que se las llamaba las rosas del Rhin.

Pero lejos de calmar su dolor, las dos jóvenes condesas eran para su anciano padre objeto de eterno pesar y hubiese dado dos por

(1) Otro vaso en memoria de aquella querida milady.

bonitas que fuesen, por un hijo, por feo que hubiese dispuesto Dios concedérselo, siempre que fuera valiente, y que pudiese trasmitir noblemente á sus hijos el esclarecido nombre que recibiera de sus padres.

Así, cuando veia á sus hijas hilar con la rueca un lino mas fino que el hilo de la Vírgen, ó bordar con aguja alguna tela de colores mas vivos, mas matizada y mas florida que sus prados en el mes de mayo, esclamaba colérico:

—¿Qué haceis? ¿Es ese vuestro trage de boda? ¿Qué haceis? ¿Es ese mi sudario de muerte?

Y sus hijas le respondian tiernamente y con lágrimas en los ojos, porque sabian el dolor que oprimia su corazon:

—Padre mio, no es mi vestido de desposada lo que bordo, porque jamás me casaré, para estar siempre junto á vos.

—Padre mio, no es vuestro sudario de muerte lo que hilo, porque gracias á Dios, no corre prisa, todavía teneis muchos años de vida.

Una noche que el anciano conde estaba mas sombrío que de costumbre, porque habia una tormenta y el viento silbaba tristemente en sus antiguas torres, mientras la lluvia batia sus ventanas que de cuando en cuando iluminaba algun azulado relámpago, oyó llamar á la puerta del castillo, y se estremeció, tan estraordinario era que á aquella hora y con aquel tiempo, hubiese subido un viagero á tal altura cuando podia detenerse en la aldea; por su parte las dos jóvenes se pusieron en pie, alarmadas y temerosas. En aquel momento abrió un criado la puerta y dijo que un anciano pedia hospitalidad.

No bien lo oyeron salieron al punto las dos jóvenes á su encuentro, y no tardaron en entrar sosteniendo efectivamente en sus brazos, un hombre de blancos cabellos y barba gris, cuyos vestidos calados de agua y manchados de lodo indicaban que acababa de hacer á pié una larga caminata; las jóvenes no se habian informado de su condicion, y á pesar del grueso trage que le cubria, le habian hecho entrar en la mas hermosa habitacion del castillo; porque así era el conde de Hammerstein. Fuese cualquiera el huésped que recibia, el sitio de honor en la mesa era su asiento; la cámara de honor era aquella en que estaba su lecho.

Wolf se adelantó hácia el anciano, mas cuál fué la admiracion de las dos hijas del conde, cuando levantando su huésped la cabeza, vieron á su padre ante él con una rodilla en tierra.

—Luego me reconoces, Wolf, mi anciano amigo, dijo el viagero.

—¡Oh, emperador mio! dijo el conde, ¿por qué habeis dejado vuestro palacio de Ingelheim ó de Colonia, qué fatalidad os ha sucedido que venis solo, á pie, á esta hora y con este tiempo, á llamar á la puerta de vuestro humilde siervo?

Y pronunciada por su padre la primera palabra, las jóvenes, viendo que el anciano á quien sostenian con sus brazos no era otro que el emperador Enrique IV, se habian alejado por respeto cada una de su lado, y le miraban con veneracion.

—Lo que hay, mi antiguo porta-estandarte, respondió el viagero, es que no solo no soy ya ni rey ni emperador, sino que aun ayer todavía á estas horas, era yo prisionero, y hoy, lo cual no es mucho mejor, ya lo veis, ando fugitivo.

—¿Y quién es el que ha osado poner la mano en el hombre que es dos veces ungido del Señor?

—El que hubiera debido defenderle ante todos y contra todos, el que ha nacido de mi sangre, el que lleva mi nombre; ese es Enrique, ese es mi hijo.

Las dos jóvenes se cubrieron el rostro, el conde de Hammerstein dió un paso atrás, y el anciano emperador lanzó un gemido.

—Si, es mi hijo, continuó. Me escribió que estaba enfermo en el castillo de Klopp. Ya sabes cómo yo le amaba. No me aguardé el tiempo suficiente para que me acompañaran mis guardias; por otra parte, ¿podia yo desconfiar de mi hijo? Monté á caballo y partí; caminaba de dia y de noche, rogando al Señor en todo el camino me quitase los pocos dias que me restan para añadirlos á los suyos. Al fin llegué; me esperaba una guardia, creí que era para hacerme los honores, ó mas bien no fijé mi atencion en ello. Unicamente pregunté donde estaba mi hijo; me señalaron con el dedo la escalera; subí sin desconfianza. Iba de habitacion en habitacion diciendo: «Hijo mio, hijo mio.» Y á medida que avanzaba, parecia que las puertas se cerraban por sí solas detrás de mí, y oia rechinar los cerrojos. Entonces sentí un estremecimiento en mi cuerpo, no porque tuviese miedo por mi cuerpo, sino que comenzaba á sospechar lo que pasaba, y temia por su alma. No me habia engañado: aquella carta que me habia escrito era un lazo. ¡Desventurado, habia contado con mi ternura, y estaba prisionero.

—¡Un hijo, un hijo! murmuró el anciano conde.

Y las jóvenes retrocedieron aun mas y se colocaron en la sombra.

—Así pasé quince dias, creyendo á cada momento que iba á entrar y caer ante mí de rodillas. Y cada vez que se abria la puerta, estendia los brazos para estrecharle contra mi corazon. Al cabo de quince dias se abrió lentamente mi puerta, y el soldado que me guardaba entró.

—¿Qué quereis? le pregunté.

—Monseñor, me dijo, ¿ois ese ruido que viene de la ciudad?

—¡Y bien! ¿quién hace ese ruido?

—Monseñor, son los príncipes eclesiásticos. La dieta de Maguncia precedida por vuestro

hijo, os ha depuesto y le ha elegido; ahora él es el emperador, y viene al castillo de Klopp para buscar la corona, la espada y el globo que están en él depositados.

—¿Has abierto mi puerta para decirme eso? le pregunté.

—No, señor, era para deciros que si temeis algo por vos mismo, yo sé un camino que os conduciria fuera de este castillo.

Miré á aquel hombre, cuyo rostro no me era desconocido.

—¿Y quién eres tú? le pregunté, tú que ofreces su apoyo á aquel á quien su hijo hace traicion, de quien reniegan sus amigos, á quien el cielo olvida y la tierra abandona.

—¿Quién soy yo? ¡Ah, monseñor! no soy mas que un pobre soldado que os vió ceñir en Worms la espada de caballero. Eramos de la misma edad, y vos teníais un aspecto tan altivo y guerrero, que juré unirme eternamente á vuestra fortuna. Era yo simple infante en las tropas de Zehving, cuando la revolucion de los sajones os obligó á huir de la ciudad de Harsbourg. Yo era de vuestra escolta cuando atravesamos los Alpes para bajar á Italia, cuando el rey de los pastores os hizo esperar con los pies descalzos en la nieve, en el patio de su castillo de Canossa. Yo estaba en el combate de Mersebourg, y quedé herido en el campo de batalla.

Despues me ha obligado la miseria á engancharme en las tropas maguncias, y Dios es sin duda el que me ha conducido hasta vos de esta manera. Porque el ver á mi emperador tan desgraciado, que no solo ha perdido su libertad, sino que acaso tambien ve amenazada su vida, me ha recordado mi juramento de Worms. Si quereis huir, os queda un guia; si quereis combatir, os queda un soldado.

—Gracias, le dije, consérvame esa adhesion para otros momentos y otras circunstancias; pero hoy no huiré.

—Sois mi emperador y mi amo, debo obedeceros, dijo el soldado: hágase, pues, vuestra voluntad, porque para mí, continuais en el trono.

Y dichas estas palabras, salió.

Apenas cerró la puerta, me dirigí á la habitacion donde estaban encerradas las insignias del imperio; me ceñí la espada de Carlo-Magno, coloqué la corona sobre mi cabeza, eché el manto sobre mis hombros y tomé el globo en mi mano; en seguida, oyéndolos entrar en la habitacion inmediata, salí á su encuentro. Al verme retrocedieron, porque esperaban encontrarme como un prisionero que suplica, y no como un emperador que manda.

—¿Quién te envia aqui, Ruthor de Maguncia? ¿qué buscas en este castillo, arzobispo de Colonia? pregunté.

Y por un momento permanecieron mudos y con los ojos fijos en el suelo; pero Ruthor, mi antiguo enemigo, recobró al punto el uso de la palabra.

—Venimos á pedirte, dijo, lo que ya no te pertenece. La dieta de Maguncia te ha depuesto, la Iglesia te ha arrojado de su seno; vuélvenos lo que te está prohibido llevar, lo que pertenece á Enrique V; entréganos esa espada, esa corona, ese manto, ese globo.

—Acercaos á cogerlo, les dije sonriendo, porque, lo confieso, no pensaba que se hubiesen atrevido á poner la mano sobre su emperador, pero Ruthor se arrojó sobre mí, y me arrancó el manto imperial; y los demas, animados por su ejemplo, hicieron lo mismo, y me arrancaron el globo y la espada, mientras los caballeros que ocupaban las escaleras del patio hasta la puerta de la habitacion gritaban: ¡Viva el emperador Enrique V, nuestro magnánimo soberano!

Aquella misma noche, me trasladaron al castillo de Ingelheim, y alli permanecí cinco meses prisionero, cuando un dia ví abrirse la puerta, y el viejo soldado de Klopp volvió á aparecer.

—Mi emperador, me dijo, otra vez tu fiel siervo viene á ofrecerte sus servicios. Esta noche estoy de guardia á tu puerta desde las diez hasta las doce; si quieres seguirme, te verás libre.

Acepté y le seguí; mas hace dos horas, que los soldados de mi hijo han entrado de repente en la aldea donde descansábamos un momento. Entonces, fiel hasta el último punto, el viejo soldado ha tomado mis vestidos y me ha dado los suyos, y mientras le perseguian, yo, á la luz de los relámpagos, he buscado tu castillo sabiendo que encontraria en él pan y un lecho.

—¡Monseñor! ¡monseñor! esclamó el anciano conde, no os habeis engañado, porque el castillo y el castellano son vuestros.

Y diciendo estas palabras, le dió su mas hermoso trage y quiso vestirle él mismo; luego que estuvo vestido, le hizo sentarse á la mesa y le sirvió; en seguida, cuando hubo cenado, le condujo á su habitacion, y veló á la puerta con la espada desnuda.

Al dia siguiente, cuando el emperador se habia marchado, llamó á sus dos hijas, las estrechó contra su corazon, y las dijo: sois dos ángeles del cielo, benditas seais.

Y jamás volvió á sentir que en lugar de dos hijas el cielo no le hubiera concedido un hijo.

Desde la isleta que está frente á Hammerstein, se descubre ya Audernach con su alta torre, esta es la antigua Antoniacum de los romanos y una de las siete ciudades del Rhin tomadas por Juliano en su espedicion contra los alemanes en 359. Su puerta romana y su alta torre datan probablemente de aquella época. Los reyes francos tuvieron alli un palacio, desde cuyas ventanas, dicen los antiguos historiadores podian pescar en el Rhin. O los antiguos historiadores se engañan, ó el Rhin se ha desviado mucho de su antiguo cur-

so, porque estas ruinas, situadas al sudeste de la ciudad, están hoy próximamente un cuarto de legua del rio. En 1688, Audernach, como una parte de las ciudades del Palatinado, fué quemada por Turena.

Cuando estábamos examinando á nuestra satisfaccion, y con el auxilio de los anteojos la antigua ciudad romana, nuestro timonel lanzó un grito de verdadera alegría que fué repetido por algunas personas de la tripulacion; acababa de reconocer á la altura de Irrlich y dirigiéndose á nosotros, lo que se llama una gran almadía, es decir, una de las construcciones mas curiosas que los hombres han intentado hacer despues del arca de Noé.

Todos acudieron sobre cubierta.

La gran almadía bajaba magestuosamente por el Rhin, cuya corriente subiamos nosotros, y parecia una montaña de madera flotante. Podia tener de ochocientos á nuevecientos pies de largo y de sesenta á setenta de ancho. A medida que se acercaba á nosotros, distinguimos una aldea, una poblacion, rebaños. La aldea se componia de una docena de cabañas, la poblacion de setecientos ú ochocientos remeros y operarios, y los rebaños de unos treinta bueyes y mas de cien carneros trasportados por ab stecedores. Al pronto me figuré eran los habitantes de alguna ciudad destruida que emigraban con armas y bagages. Pero el capitan me dijo que era sencillamente una almadía que trasportaba madera de roble y de pinabete desde Maguncia á Dordrecht.

Como eran las seis de la tarde, es decir, la hora de cenar, no tardó en presentársenos un nuevo espectáculo. A las seis en punto, el piloto de la almadía dió un grito é izaron al estremo de un palo una gran asta; segun parece, esta era la señal de la hora de la comida; todos dejaron su trabajo, á escepcion del piloto y de una docena de hombres, y con ayuda de largas varas, continuaban dirigiendo la enorme masa, aproximáronse todos con una cuchara en la mano á una enorme caldera que contendria como de ochocientas á nuevecientas raciones de sopas. Les deseamos buen apetito.

Si se quiere tener una idea de lo que es ese mundo que se llama una gran almadía, debe saberse que la poblacion que la habita consume de ordinario durante su trayecto por el Rhin, de cuarenta y cinco á cincuenta mil libras de pan, de diez y ocho á veinte mil libras de carnes frescas, de ocho á diez quintales de carne salada, de diez á doce mil libras de queso, de diez á quince quintales de manteca, de treinta á cuarenta sacos de legumbres secas, de quinientas á seiscientas medidas de cerveza, y ocho á diez cubas de vino.

Es preciso ser un hábil piloto para dirigir semejante masa por entre los recodos, las rocas y los torbellinos del Rhin; asi sucede algunas veces que se desprenden de la almadía algunos trozos, y aun que se sumerge toda entera. Por eso es por lo que los habitantes de las orillas del Rhin tienen costumbre de decir, que el dueño de una almadía necesita tres clases de capital, uno sobre el agua, otro en tierra, y el tercero en su bolsillo. Una almadía flotando sobre el rio, cuesta efectivamente á su dueño, 350 ó 400,000 florines, es decir, mas de un millon de nuestra moneda.

Consérvase como el nombre de un grande hombre el nombre de un batelero que ha conducido desde Maguncia á Dordrech mas de cincuenta de aquellas grandes almadías sin que le sucediese jamás accidente alguno. Se llamaba Zung, de Rudesheim.

Seguimos la almadía con la vista durante algun tiempo, mas al llegar á la altura de Neuwied, llamó á su vez nuestra atencion un monumento completamente francés, situado en la orilla izquierda del Rhin; es la pirámide elevada por el ejército del Sambre y Mosa al general Hoche. Por este punto es por donde en efecto pasó el Rhin el 18 de abril de 1797, haciendo la casualidad fuese el mismo sitio por donde César habia pasado diez y ocho siglos antes, el año de Roma de 609.

De Neuwied á Coblentza no ofrece el Rhin ninguna otra cosa notable; asi que está dispuesto todo de modo que se hace este trayecto entrada la noche.

Llegamos á Coblentza próximamente á las nueve, y nos alojamos en la fonda de los Tres Hermanos, por no dejar de ver el Rhin. Una media hora despues de mi llegada, habiendo visto desde mi ventana un puente muy bonito, quise ir á dar un paseo por alli; mas al primer paso que dí por la calle, oí el *¡quién vive!* de un centinela. Como no hablaba yo con bastante correccion el idioma del rey Federico Guillermo para dialogar con el soldado prusiano, el mas lacónico de todos los soldados del mundo conocido, juzgué mas prudente volver á entrar, y dejé para el siguiente dia ver el puente, que por magnífico que fuese, no me pareció, sin embargo, que valia tanto como una bala de calibre.

Al dia siguiente, al bajar de mi habitacion, encontré en el salon comun á un banquero francés llamado Mr. Leroy, quien habiendo sabido mi llegada, iba á ofrecerse cortesmente á mi disposicion para todo el dia. Acepté con reconocimiento; almorzamos y salimos.

El famoso puente á donde habia querido ir el dia antes, y cuyo gusto me quitó el *¡quién vive!* del centinela, conduce á la aldea de Ehreinbrestein, situada en una encantadora calle de árboles que conduce á las aguas de Ems; al estremo del puente, á la izquierda, se encuentra un camino muy bonito: es el de la ciudadela.

La ciudadela tiene su historia especial. En un principio castillo fortificado, construido por Juliano Ehreinbrestein, comenzaba á ar-

ruinarse, cuando en 1153 el arzobispo Hellinus le restauró. Vino en seguida el elector Juan, margrave de Baden, quien añadió nuevas fortificaciones é hizo cavar un pozo de quinientos ochenta pies de profundidad.

En setiembre de 1795, Marceau bloqueó á Ehreinbrestein por espacio de un mes. En 1797 despues del paso del Rhin por Neuwied, Hoche le sitió á su vez, pero sin mejor éxito; en fin, en el momento del asesinato de los plenipotenciarios de Rastadt, apareció de repente ante la fortaleza un cuerpo de tropas francesas, sin que hubiese habido tiempo de abastecerla de víveres, de modo que al poco tiempo se hizo sentir en ella la escasez. No tardó en ser tan terrible el hambre, que se pagaba por un gato cuatro francos, por una libra de caballo cuarenta sus, y por un raton quince kreutzers. El coronel Faber, despues de haberse sostenido asi seis semanas, entregó al fin la fortaleza en 27 de enero de 1799.

Apenas dueños de Ehreinbrestein, los franceses, que le habian sitiado dos veces sin poderle tomar, comprendieron la importancia de semejante posicion, y no solo repararon las fortificaciones ya existentes, sino que construyeron otras nuevas. Estaban en lo mejor de su obra, cuando llegó la paz de Luneville. Entonces, juzgando inútil dejar en pie en beneficio de una potencia enemiga una fortaleza cuya importancia habian conocido, hicieron jugar las minas de tal modo, que al cabo de algunos dias, Ehreinbrestein se encontró completamente desmantelado.

Los prusianos son gentes de órden. Cuando les fué entregada Coblentza en 1814, se presentaron con una cuenta de gastos á Luis XVIII, y en virtud del antiguo proverbio que el que rompe paga, nos encargamos de los gastos de reconstruccion. Por su parte, los prusianos, viendo que no les costaba nada, hicieron las cosas en grande. En último resultado, Ehreinbrestein fué reedificado por los planos de Montalembert y Carnot, y es tenida como la obra maestra de las fortificaciones modernas, lo cual es muy lisonjero para nosotros, puesto que ha sido hecha con el dinero de la Francia, y segun los planos de dos franceses.

Nuestro pasaporte nos abrió las puertas, y llegamos á la azotea que domina el Rhin, la ciudad y todo el paisage. Es uno de los panoramas mas magníficos que pueden verse.

Al estremo izquierdo, la vista se limita deliciosamente por la pequeña ciudad de Oberwerth, perteneciente al condado de Staffendorf; despues, dirigiendo la vista de izquierda á derecha, se detiene sucesivamente en el fuerte Alejandro, en la ciudad y sus monumentos; el palacio electoral, el palacio Metternicht, Winebourg, donde nació Metternich; la iglesia de Nuestra Señora, con sus dos campanas amarillas; la iglesia de San Castor, cuya fundacion atribuye una tradicion popular á Luis el Pio; la casa Teutónica, cuyo primer gran maestre fué Walpoll de Bassenheim; el Mosela, pobre hija de Francia desposada con el estrangero, y á quien no puede consolar el magnífico puente que su viejo esposo le ha dado como una corona; el fuerte del emperador Francisco, á pocos pasos del cual se halla el sepulcro del general Marceau. Y entre el sepulcro y la aldea de San Sebastian, en medio de un grupo de álamos, el palacio á donde los príncipes franceses se retiraron en 92; en fin, á la estremidad derecha, Sein y Neuwied, por donde, como hemos dicho, pasó Hoche el Rhin.

En frente, en las montañas de Rubenach, donde el duque de Brunswick hizo su famosa proclama, se eleva la aldea de Metternich, cuna y propiedad de la familia del primer ministro de la córte de Viena, y que, como la familia, se llamaba Metter antes de añadir nich á su nombre. He aqui como refieren la adicion de ese monosílabo los Cherin del Austria.

En el siglo XV, habiendo dado un emperador de Alemania una gran batalla, vió huir á su presencia todo un regimiento, á escepcion de un solo hombre que quedó, y se defendió hasta que cayó sucumbiendo al número. El emperador hizo preguntar el nombre de aquel valiente: se llamaba Metter.

Por la noche dijo el emperador cenando, hablando del regimiento:

—Han huido todos, pero *Metter, no*. Nadie ignora que *no* en aleman se dice *nich*.

He ahi el orígen del nombre Metternich. Como se ve, es un orígen poco diplomático, pero que no por eso es menos noble.

Habia yo empezado por el lado mas agradable; restábame ver la fortaleza. El oficial prusiano me habia dado un cabo, con órden de no dejar de enseñarme ni una media luna. Me fué preciso visitar todo, desde las casamatas hasta los almacenes de pólvora; y cuando esto concluyó, es decir, despues de una hora de subidas y bajadas á través de la armería, almacenes, casernas, plataformas, fosos y poternas, el cabo se desesperó formalmente por no poderme enseñar el Griffou, que era una gran culebrina de peso de doscientos quintales, que lanza balas de ciento sesenta libras; pero el gigante habia sido trasladado á Metz, y cuando los prusianos le volvieron á pedir, se les dijo que estaba ya hecho pedazos. Le dije para consolarle, que estaba muy satisfecho con lo que habia visto. Volví á montar en mi carruage, perfectamente al corriente de los granos de pólvora que contiene un cartucho de una pieza de á cuarenta y ocho. Mia era la culpa; ¿por qué habia ido á una fortaleza?

Al bajar de la ciudadela, mi compañero, Mr. Leroy, quien al ver la religiosa atencion que habia prestado á mi guia, habia creido que tenia un gran placer en todas las obras de guerra, me dijo que podria ver tambien, si me

agradaba, el fuerte del emperador Alejandro y el del emperador Francisco; mas yo le dí las gracias: habia hecho provision de hornabeques para largo tiempo.

Volvimos á pasar el puente y entramos en la ciudad. Para desquitarme de toda aquella arquitectura militar, me dirigí hácia San Castor. El nombre de Luis el Pio, su fundador, me habia atraido; mas la primera cosa que llamó mi atencion, fué una portada moderna. No obstante, examinándolo bien, encontré poco mas ó menos, la antigua basílica donde en 806 se celebró el famoso sínodo al que asistieron tres reyes y once obispos. Animado por el resultado, entré en lo interior y ví el sepulcro de Santa Ritza, hija de Luis el Pio. Santa Ritza es una santa acaso poco conocida en París, pero muy venerada en Coblentza. En efecto, la gracia del Señor se habia manifestado para ella de una manera irrecusable. La buena santa vivia en Ehreinbrestein, y como tenia gran devocion á la iglesia de San Castor, construida por su padre, iba á ella todas las mañanas á rezar sus oraciones. En aquella época no existia aun en Coblentza el bonito puente que el centinela prusiano no me permitió ver á la luz de la luna. Pero Santa Ritza, gracias á la fé ardiente que sentia, habia encontrado el medio de no necesitarle: marchaba sobre el agua, como hubiera hecho San Pedro si hubiera creido como ella, y de este modo, á presencia de todos, atravesaba el rio, que se contentaba con mojarla la planta de los pies.

Hacia dos ó tres años que Santa Ritza hacia diariamente este paso milagroso con aquel éxito, cuando una mañana encontró el rio muy alterado efecto de una tormenta nocturna. Jamás habia visto su corriente tan rápida y agitada: un temor desconocido hasta entonces se apoderó de ella, y en lugar de ponerse en camino con su confianza habitual, no apoyándose mas que en su fé en el Señor, fué á una viña y cogió un rodrigon para sostenerse; mas apenas habia andado algunos pasos por el rio, sintió que se sumergia gradualmente, de modo que no sabiendo nadar se vió en grande aprieto. Felizmente, renaciendo en ella su primitiva fé, arrojó lejos de sí el maldito rodrigon cuya inutilidad reconocia, y el rio la volvió á sacar suavemente á la superficie: llegó á la otra orilla, sin que sus vestidos conservasen la menor huella de aquel accidente.

Ya se adivinará que despues de tal milagro, Ritza fué canonizada sin oposicion.

Por su parte, San Castor ejecutó otro milagro de distinto género, y que tambien tiene su mérito. En 1688, Luis XIV en persona puso sitio á Coblentza con el mariscal de Boufflers, y encargó á Vauban dirigiese las operaciones obsidionales. Vauban empleó en él su ordinaria celeridad. A los pocos dias, el rey, á quien como se sabe no le gustaba esperar, habia mandado comenzar un bombardeo de los mejor combinados, cuando con gran admiracion suya vió izar sobre la iglesia de San Castor una bandera blanca con las flores de lis de Francia. Mandó preguntar qué significaba aquella bandera, y le respondieron que en su cualidad de iglesia francesa, fundada por Luis el Pio, San Castor se ponia bajo su proteccion. Luis XIV, que veia que el sitio, calificado de inútil por sus generales, amenazaba prolongarse mucho, se aprovechó de aquella ocasion para aparecer magnánimo, y levantó el sitio diciendo que no queria esponer á los estragos de un prolongado sitio una iglesia fundada por *uno de sus antepasados.*

La respuesta no era muy fuerte en historia, pero como convenia á los coblentceses, no se mostraron meticulosos en cuanto á la genealogía.

Saliendo de San Castor, atravesamos una plaza en la que hay una fuente notable por su doble inscripcion: fué construida en 1812, en medio de las mil obras que ejecutaba á la vez con sus trescientos brazos el Briar imperial; y cuando estuvo terminada, el gefe del departamento del Rhin y Mosela hizo grabar las cuatro líneas siguientes:

Año 1812,
notable por la campaña contra los rusos,
durante la prefectura de
Jules Dauzan.

El 1.º de enero de 1814 se apoderaron los rusos de Coblentza, y habiendo encontrado completamente nueva su general la fuente conmemoratoria, y apenas terminada la inscripcion, mandó grabar debajo:

Visto y aprobado por nos, comandante ruso de la ciudad de Coblentza.
1.º de enero de 1814.

La chanza era bastante buena para un cosaco. Verdad es que este cosaco era un francés que estaba al servicio de los rusos.

Atravesamos el puente del Mosela, uno de los mas bonitos que existen, y un camino que va de Suiza á Holanda, obra de Napoleon, nos condujo ante el sepulcro de Marceau.

MARCEAU.

Era el 1.º de octubre de 1791, el consejo militar y el civil se hallaban reunidos en la casa ayuntamiento de Verdun, porque la ciudad estaba sitiada por los prusianos, y el comandante Beaurepaire habia manifestado decidida-

mente la intencion de defenderse, y los ciudadanos la de capitular. Habia mas, el populacho habia ya saqueado los almacenes de la guarnicion, desde el primer dia del ataque, que fué la antevíspera, es decir, el 30 de agosto.

En efecto, el 30 de agosto, desde por la mañana, la ciudad de Verdun, al despertarse, habia visto una parte del ejército prusiano acampado en las alturas del lado de San Miguel, situadas á dos mil pasos de Verdun próximamente, y que dominan la ciudad: otra parte del ejército habia llegado la víspera á colocarse entre Fleury y Brazo Grande: el cuerpo de vanguardia del príncipe de Hohenlohe Kirbesg estaba en Belleville, es decir, á menos de media hora: Clairfaix estaba en Marville reconociendo á Montmedy y Juuigny: en fin, el duque de Brunswick y el rey de Prusia en persona tenian su cuartel general en Brazo Grande, sobre la ribera derecha del Mosa, á una legua próximamente de la ciudad: componiendo el total de cuarenta á cincuenta mil hombres próximamente.

Verdun, por su parte, tenia por gobernador militar á uno de los mas valientes oficiales superiores del ejército: era este el comandante Beaurepaire. Tenia una guarnicion de tres mil quinientos hombres, sacados de entre los mas bravos de nuestros jóvenes soldados republicanos. Tenia diez bastiones unidos entre sí por medio de cortinas, cubiertas con tenazas y medias lunas, fosos profundos, algunos hornabeques y obras coronadas. Ademas, una ciudadela compuesta de un pentágono irregular y rodeado de una falsa braga. No eran fortificaciones de primer órden; pero era todo lo que se necesitaba para detener al ejército enemigo durante algun tiempo; y cada minuto que se retenia á los aliados lejos del corazon de la Francia era un minuto precioso y que no podia pagarse con demasiada sangre, porque daba un minuto mas á la Asamblea legislativa para organizar la defensa de la patria.

Tal era, pues, el estado de las cosas cuando el 31 de agosto, habiendo echado los aliados un puente sobre el Mosa, el general Kalkreuth le atravesó con la brigada Wittingoff, dos batallones y quince escuadrones, y con la posicion que tomó completó el cerco. El mismo dia, á las diez de la mañana, el rey de Prusia mandó se intimase á la ciudad la rendicion; la respuesta de Beaurepaire, como debia esperarse de él, fué negativa.

Asi que fué conocida la respuesta negativa, un sordo rumor circuló por las calles, el espíritu de la ciudad era realista, y á este espíritu se unia como un poderoso ausiliar, el temor de que un sitio, destruyendo una parte de la ciudad, arruinase á aquellos á quienes tocase el estrago. Los ciudadanos que no debian mirar mas que á la patria, contaron sus tres mil quinientos defensores, y volviendo sus ojos al ejército que los estrechaba, vieron que era doce veces mas fuerte que ellos. Y mientras los republicanos estaban dispuestos á derramar hasta la última gota de su sangre, vacilaron aquellos en comprometer una parte de su fortuna.

No obstante, al principio ahogaron las murmuraciones las enérgicas disposiciones de Beaurepaire. Mas apenas el enemigo tuvo noticia de la respuesta del comandante de Verdun, colocó tres baterías, una en la altura de San Miguel, otra en el campo del príncipe de Hohenlohe, y la tercera en el campamento del general Kalkreuth. Los habitantes de la ciudad, murmurando sordamente desde lo alto de sus casas, pero sin atreverse aun á oponerse abiertamente, seguian los terribles preparativos. A las seis de la tarde brilló una de las baterías, las otras dos le respondieron como obedeciendo á una señal, y las primeras bombas, cruzando sus disparos sobre la ciudad como una red de hierro, de fuego y humo, anunciaron que habia llegado el momento de la abnegacion ó de la traicion.

Duró el bombardeo toda la noche. En toda ella permanecieron los ciudadanos encerrados en su casas; pero al amanecer salieron, y á pesar del peligro que habia en permanecer fuera de ellas, se reunieron en la plaza. Cayó una bomba y reventó en medio de la multitud; muchos ciudadanos cayeron heridos.

Esta fué la señal del motin. Fueron tumultuosamente á ver á Beaurepaire; le amenazaron con abrir las puertas sin capitulacion y entregar la ciudad al enemigo sino se rendian. Beaurepaire se vió obligado á convocar el consejo, porque en aquella época, un consejo civil y militar estaba encargado de apreciar el estado de defensa de las plazas fuertes, y el comandante de la plaza se veia obligado á someterse á este consejo, ó en caso contrario, quedaba él mismo sujeto á un consejo de guerra.

Beaurepaire habia fijado la hora de las seis de la tarde para la apertura de este consejo; fué, pues, á él con sus oficiales, aunque tenia completa seguridad. Pero la mayoría era de ciudadanos, y como el bombardeo habia durado todo el dia ocasionando nuevas desgracias, decidieron los ciudadanos por unanimidad que era preciso rendirse. Beaurepaire los demostró todos sus medios de defensa, respondia con su cabeza que la ciudad no seria tomada por asalto; mas en vano fueron sus ruegos, sus súplicas, los ciudadanos se mantuvieron firmes en su decision. Entonces, Beaurepaire se levantó, paseó una mirada de desprecio por toda la reunion, y cogiendo en seguida una de sus pistolas que estaban colocadas en la mesa ante la cual se hallaba sentado:

—Sois todos cobardes y traidores, les dijo: deshonraos, pero sin mí.—Y se levantó la tapa de los sesos.

Mr de Noyon, el teniente coronel mas antiguo, reemplazó al comandante. Ante el cuerpo ensangrentado de Beaurepaire se hizo entrar al parlamentario prusiano, y se acordó una suspension de armas hasta el dia siguiente por la mañana: al dia siguiente por la mañana, Mr. Noyon y el general conde Kalkreuth debian arreglar los artículos de la capitulacion. Los ciudadanos, sumamente satisfechos de haber obtenido lo que deseaban, se retiraron diciendo, que Beaurepaire se habia muerto en un momento de locura. Esta fué la version que adoptaron en aquella época todos los enemigos de la república.

La capitulacion quedó arreglada, la guarnicion debia salir con todos los honores de la guerra, llevando sus armas, bagages, dos piezas de á cuatro y sus armones. Segun la costumbre, el mas jóven de los oficiales superiores de la guarnicion era el que debia llevarla al rey de Prusia. Se consultaron los cuadros, y se llamó á Marceau. Entonces un jóven de veinte y dos años, de cabellos rubios que caian sobre sus hombros, y de tez pálida, que llevaba las charreteras de comandante de batallon, salió de las filas, y se adelantó para recibir la capitulacion de manos de Mr. Noyon. Mas antes de tomarla:

—Mi coronel, dijo, ¿no podríais encargar á otro esta mision?

—Imposible, dijo el comandante; las leyes de la guerra os señalan, obedeced.

Entonces Marceau desenvainó su sable y le rompió.

—¿Qué haceis? preguntó Mr. de Noyon.

—No quiero, respondió Marceau, que se diga que teniendo un sable al costado con el que podia defenderme ó matar, he llevado al enemigo una capitulacion que nos deshonra á todos.

Introducido ante el rey de Prusia que le recibió en medio de un estado mayor de príncipes, duques y generales, Marceau quiso hablar; pero á las primeras palabras el llanto ahogó su voz. El rey quiso consolarle; pero entonces Marceau levantó su hermosa cabeza, y sonriendo á través de sus lágrimas con toda la confianza que la juventud posee en el porvenir,

—Señor, dijo, una sola cosa hay que consuele á un francés de una derrota, y es una victoria.

El rey de Prusia se inclinó ante aquel dolor, y mandó volviesen á acompañar á Marceau con todos los honores de la guerra concedidos á los parlamentarios.

Al dia siguiente salió la guarnicion de la ciudad llevando, ademas de sus armas, bagages y cañones, un furgon en el que iba el cuerpo del bravo Beaurepaire. En Sainte-Menhould, se unió al ejército del general Galbant. Marceau habia perdido en aquel sitio su equipage, sus caballos y su dinero.

—¿Qué quereis que se os dé en cambio de las pérdidas que habeis tenido? le preguntó un representante del pueblo.

—Otro sable, dijo Marceau.

En cuanto á Beaurepaire, la Asamblea legislativa le recompensó como hubiera podido hacerlo el senado de Roma; decidió que sus rostos se colocasen en el Panteon; que sobre su tumba se pondria esta inscripcion: *Beaurepaire prefirió matarse á capitular con los enemigos de la Francia*, y que se daria su nombre á una de las calles de la capital.

En tanto, Verdun abria sus puertas al enemigo, y veinte doncellas vestidas de blanco, iban delante del rey de Prusia con canastillos llenos de flores.

Dos meses despues, el rey de Prusia repasaba la frontera fugitivo, y las veinte doncellas de Verdun marchaban al cadalso.

Marceau pasó con su grado á los coraceros de la legion Germánica, y partió con ellos de Philippeville para ir á combatir á los vendeanos, mas al llegar á Tours, se encontró que le habia precedido la denuncia y la calumnia, asi como á los demas oficiales camaradas suyos, y todo el estado mayor en cuerpo fué arrestado. Pero se reconoció absurda la delacion, y la víspera de la batalla de Saumur volvieron á abrir las puertas á los prisioneros y se les devolvió sus espadas, de las cuales se sirvieron al dia siguiente de una manera que probó á la Convencion habia hecho bien en obrar asi.

La guerra de la Vendée era una guerra terrible y que mataba muy pronto á los que la hacian, porque alli no solo se moria por el hierro y el plomo enemigo, sino tambien por las denuncias de los envidiosos. Apenas llegado á aquel suelo fatal, Marceau habia tenido que luchar contra la calumnia, la que sin embargo, se hubiera creido que no tenia que mezclarse para nada con su corazon leal y su bello y bondadoso rostro: vengóse haciendo prodigios de valor en la derrota de Saumur salvando al convencional Bourbotte, quien desmontado iba á ser cogido, cuando él le colocó casi á la fuerza sobre su caballo, y sosteniendo la retirada, ó mas bien, intentando parar la derrota, á pie y con un fusil en la mano. Bourbotte envió su parte á la Convencion, y Marceau fué nombrado general de brigada: tenia veinte y dos años y tres meses.

No tardó Marceau en tomar la rebancha: designado por Kleber, su amigo, para mandar los dos ejércitos del Oeste, reunió todas las tropas repartidas en sus diferentes acantonamientos, y fué atacar á Mans, el 13 de diciembre de 1793. En el mismo dia los vendeanos son lanzados de todas las posiciones esteriores y vueltos á encerrar en la ciudad. Eran las cinco de la tarde. Marceau viendo á su ejército cansado y á medio tiro de cañon de la plaza, aplaza para el dia siguiente la bata-

lla decisiva; mas llega entonces Westerman, el general en gefe.

—¿Qué haces? le grita á Marceau; ¿te detienes en medio de tu victoria? aprovéchate de tu fortuna, jóven, y marcha adelante.

—Es apurar demasiado el juego, dice Marceau presentándole la mano con su bondadosa y triste sonrisa; mas no importa, marcha y te seguiré.

Y al punto el ejército entero se lanza siguiendo á los dos generales: llegan á luchar con el enemigo cuerpo á cuerpo; pero como las calles de Mans están atestadas de gente, los vendeanos oponen la misma resistencia que opondria una muralla. Durante toda la noche, Marceau ataca, hiere, derriba aquellas murallas vivas, y al amanecer, los realistas, deshechos en todas partes, despues de hacer de cada casa una ciudadela que ha sido preciso tomar por asalto, huyen por todas las puertas, dejando en las calles de Mans mas de tres mil muertos y mil quinientos heridos, porque en aquella guerra fatal en que todo prisionero es pasado á cuchillo, todo el que ha podido ir arrastrando, ha huido.

Mas entre los prisioneros se encuentra una prisionera. De una casa toda incendiada se ha lanzado una jóven; ha visto á Marceau con el sable en la mano, y ha ido á poner su honor y su vida bajo la salvaguardia de su lealtad. Marceau ha guardado religiosamente el doble depósito que se le ha confiado; mas por premio de su victoria, es denunciado á la Convencion por haber sustraido al suplicio una muger vendeana, cogida con las armas en la mano.

Siendo esta una grave acusacion, fué arrestado con la jóven vendeana. Al separarse de ella, en el momento en que iban á ser arrestados, la dió una rosa encarnada que tenia en la mano. La jóven amaba á Marceau: ella recibió el regalo que la hacia, y le guardó cuidadosamente.

Ambos tenian espuesta la cabeza; por tanto Bourbotte, que se acordaba de la derrota de Saumur, y del servicio que Marceau le habia prestado, tomó al punto la posta y se presentó en la Convencion á abogar por la causa de su salvador. Fácilmente obtuvo su libertad, mas no fué lo mismo respecto de la vida de la jóven vendeana.

La mañana del mismo dia en que Marceau debia salir de la cárcel, ella fué conducida al cadalso. Marchó á él llevando en su boca la rosa encarnada que la habia dado el jóven general, y cuando, segun la costumbre, enseñó el verdugo la cabeza al pueblo, aquella rosa encarnada hizo creer á muchos espectadores que vomitaba sangre.

Marceau dejó á Mans y volvió á París. Apenas llegó se adelantó la Convencion á sus deseos, quitándole el mando del ejército del Oeste, y dándosele á mi *padre*, quien á los tres meses envió á su vez su dimision, pidiendo servir como voluntario en cualquier otro ejército.

Al abrirse la campaña de 1774, fué enviado Marceau á las Ardenas para tomar el mando de una division; pasó de allí al ejército del Sambre y Mosa, permaneció dos años en el Hundernek y en el Palatinado, á las órdenes del general Jourdan, entre Kleber y mi *padre*, sus dos mejores amigos; en fin, estaba ocupado en el sitio de la fortaleza de Ehreinbrestein, cuando recibió órden del general Jourdan de que fuera á reunirse á él.

Jourdan estaba en plena retirada, y se encontraba acorralado en los desfiladeros de Attenkirken: era necesario, pues, contener al enemigo, á fin de dar al ejército tiempo para atravesar los desfiladeros; á Marceau fué á quien el general en gefe encargó esta peligrosa mision.

Marceau tomó el mando de la retaguardia: era adorado de los soldados; al verle se contuvo el movimiento retrógrado. El archiduque Cárlos creyó que habia llegado un refuerzo á los franceses, y se detuvo por su parte. En aquella misma noche supo que era un solo hombre.

Mas durante aquella detencion, Marceau habia tenido tiempo de tomar todas sus disposiciones, y desde aquel momento el ejército no retrocedió mas que paso á paso, y sin que á pesar de sus incesantes ataques, pudiese el archiduque Cárlos desbaratarle una sola vez. De este modo atravesaron el bosque de Rossenbach; mas luego que llegaron al otro lado del bosque, un ayudante de campo de Jourdan fué á advertir á Marceau que el ejército francés no habia aun terminado de atravesar el desfiladero, y que era necesario se detuviese é hiciese frente á los austriacos. La palabra ¡alto! resonó al punto en toda la línea, y la retaguardia francesa presentó al enemigo una muralla de acero: habiendo dirigido inmediatamente despues la vista á su rededor para ver qué partido podria sacar del terreno, vió dos mamelones que dominan la salida del bosque; manda poner en batería seis piezas de artillería ligera, hace avanzar el grueso de sus tropas para sostener su retaguardia, y para examinar mejor al enemigo que avanza, parte al galope acompañado del capitan de ingenieros Souhait, del teniente coronel Billy, y dos ordenanzas. Llegado casi á la linde del bosque, se detiene Marceau, señalando con el dedo á Souhait un húsar del emperador que caracolea ante él. En aquel momento, un disparo de carabina parte de unos veinte pasos de distancia, y en medio del humo que sale de un matorral, se ve á un cazador tirolés que se retira volviendo á cargar su arma. Marceau acaba de ser herido por un balazo de carabina. Da maquinalmente algunos pasos hácia adelante, con la mano sobre su pecho. El teniente coronel Billy observa que vacila; corre á él y le recibe en sus brazos.

—¡Ah! ¿eres tú, Billy? le dice Marceau; creo que estoy herido de muerte.

Jourdan acude al punto y se arroja llorando sobre el cuerpo de Marceau; pero Marceau le dice con su sonrisa bondadosa y triste:

—Tienes otra cosa mas importante que hacer que llorar mi muerte; tienes que salvar al ejército. Jourdan hace con la cabeza una señal afirmativa, porque no puede hablar; toma el mando de la retaguardia, y ordena trasladen á Marceau á Attenkirken.

El ejército pasa el desfiladero sin ser alcanzado. Por la noche Jourdan vuelve á Attenkirken; manda llamar á los cirujanos, y sabe por ellos que no solo no habia ninguna esperanza de salvar á Marceau, sino que el menor movimiento apresuraria su muerte. Entra en la habitacion del herido, y al verle pálido y moribundo como estaba, tranquilo y risueño como de costumbre, no puede menos de llorar, él, soldado veterano desde las primeras guerras, que habia visto caer á su rededor tantos hombres. Marceau hizo un esfuerzo y tendió la mano á los que le rodeaban.

—Amigos mios, les dijo, soy demasiado llorado. ¿Por qué quejarme? ¿no soy feliz? ¡Muero por nuestro pais!

Al dia siguiente por la mañana fué preciso dejar á Attenkirken; esta fué la hora terrible. Mucho le costaba á Jourdan dejar á Marceau en poder del enemigo; pero era evidente que ningun socorro humano podia conservarle la vida. Jourdan escribió á los generales austriacos para recomendarles á Marceau. En seguida se retiró el ejército francés dejando junto á su lecho mortuorio dos oficiales de estado mayor, dos cirujanos, y dos húsares de ordenanza.

Dos horas despues de la retirada del ejército francés, anunciaron al general Haddick; era el gefe de la vanguardia austriaca.

Despues del general Haddick llegó el general Kray, el veterano del ejército enemigo.

En fin, despues del general Kray, para que ningun honor faltase á la agonía del jóven oficial republicano, se presentó el mismo archiduque Cárlos. Llevaba á su propio cirujano, á fin de que uniese sus esfuerzos á los de los cirujanos franceses.

Todo fué inútil. Marceau espiró el 27 de setiembre de 1796, á las cinco de la madrugada, llorado por los oficiales enemigos, como lo habia sido la víspera por sus compañeros.

Desde Bayardo era la primera vez que se veian estos ejemplos.

Apenas murió Marceau, los oficiales que habian quedado con él pidieron al archiduque se devolviese su cuerpo á sus compañeros de armas; y no solo el archiduque lo consintió, sino que mandó que fuese escoltado el cadáver hasta Neuwied por un numeroso destacamento de la caballería austriaca. Despues él mismo pidió como un favor que se le participase el dia en que fuera enterrado Marceau, á fin de que el ejército imperial pudiese reunirse al ejército republicano en los honores que se le hacian.

Cuatro dias despues, noticiaron al archiduque Cárlos que el entierro de Marceau tendria lugar al dia siguiente.

Ocupaba entonces el ejército imperial la orilla derecha del Rhin, al mismo tiempo que el ejército republicano la orilla izquierda; mas las hostilidades se suspendieron por todo el dia. Franceses y austriacos pusieron sus armas á la funerala, y los cañones enemigos respondieron con salvas iguales á los cañones franceses durante todo el tiempo que se empleó en la fúnebre ceremonia.

El cuerpo de Marceau fué depositado en el fuerte que hasta 1814 llevó su nombre, y que desde esa época ha tomado el de Petersberg ó del emperador Francisco. Consistia en una pirámide truncada, de veinte pies de altura, colocada sobre un sarcófago y que remataba en una urna donde estaba su corazon. En la urna estaba grabada esta inscripcion: *Hic cinere; ubique nomen.*

Aqui sus cenizas; en todas partes su nombre.

En las cuatro fachadas del monumento se leen entre otras inscripciones, las siguientes:

Aqui yace Marceau, nacido en Chartres, departamento del Eure y Loire. Soldado á los diez y seis años, general á los veinte y dos, murió combatiendo por su patria el último dia del año IV de la república francesa, á los veinte y seis años de edad.

Quien quiera que seas, amigo ó enemigo de este jóven héroe, respeta sus cenizas.

* * *

El ejército del Sambre y Mosa, despues de su retirada de Franconia, abandonaba el Saar; el general Marceau mandaba el ala derecha; estaba encargado de cubrir las divisiones que desfilaban sobre Attenkirken, el primer dia complementario, año IV.

* * *

Tomaba sus disposiciones para salir del bosque de Rossenbach, cuando fué herido mortalmente de un balazo: se le trasladó á Attenkirken, donde su estado obligó á dejarle abandonado á la generosidad de los enemigos. Murió en los brazos de algunos franceses y de los generales austriacos, en el año de su edad XXVI.

* * *

Venció en los campos de Fleurus, sobre las orillas del Ourthe, del Rouer, del Mosela y del Rhin.—El ejército del Sambre y Mosa tiene su bravo general Marceau.

* * *

«Quisiera que me costase la cuarta parte de mi sangre y que conservase su salud

mi prisionero; por mas que sé que el emperador mi amo no ha tenido en sus guerras mas rudo ni incómodo enemigo (1).

(*Memorias del caballero Bayardo.*)

No habia pasado un año cuando el general Hoche, su amigo, habia ido á reunírsele, y á descansar con él en la misma tumba, pero menos feliz que él, murió envenenado.

Estos dos generales, cada uno de los cuales habia mandado en gefe tres ejércitos, y llenado el mundo con su fama, tenian apenas cincuenta y cuatro años entre los dos.

En el mes de marzo de 1817, el oficial de ingenieros prusiano que dirigía las nuevas fortificaciones del fuerte de Petersberg, vió que el monumento del general francés estorbaba á sus planos, y le derribó; mas advertido por el rumor público del sacrilegio que habia cometido, mandó el rey de Prusia que este monumento se reedificase en la llanura. Entonces se reunieron los dos sepulcros en uno solo.

Este fué el último homenage tributado á la memoria del general Marceau.

SAN GOAR.

A las seis de la mañana, la campana del buque nos llamó á bordo; al volver á él encontré á Mr. Leroy ya levantado, el cual en su cualidad de propietario administrador, habia querido ir á recomendarnos por sí mismo al capitan, á fin de que si nos agradaba bajar en algun parage donde no hubiese desembarcadero, pusiesen la chalupa á nuestras órdenes. Me llevó ademas un precioso álbum con todas las vistas del Rhin, el que me suplicó llevase conmigo en recuerdo del bonito pais que acababa de recorrer.

Habia perdido á mis dos ingleses: probablemente habian llegado en aquel momento á Maguncia, porque en lugar de bajar como yo á Coblentza, habian continuado su camino, ansiosos como se encontraban de ver el estado del sepulcro de aquella buena milady. Mas en rebancha, volví á encontrar á los dos novios holandeses, que estaban amorosamente sobre el puente, entrelazados sus dedos á la vista de todo el mundo; habian hecho la peregrinacion á Rolandseck, y habian vuelto de allí con un aumento notable de ternura. Esto fué al menos lo que me dijo con un gesto muy malicioso el novio, mientras la novia bajaba la cabeza y hacia todo lo que podia por ruborizarse.

Al salir de Coblentza se ve á la derecha, y por consiguiente en la orilla izquierda del rio, una de las ruinas mas bonitas de las orillas del Rhin; aquel era el castillo de Holzensfelds. Y sin embargo, estas ruinas que pertenecian á la ciudad de Coblentza, estuvieron cerca de dos años en venta por diez luises, sin que escitasen el deseo en ningun viagero de comprarlas; viendo lo cual, el consejo municipal se las regaló al príncipe real. Como el príncipe real es un perfecto artista y hombre de gusto, apreció el regalo, hizo restaurar y amueblar por el estilo gótico una de las mejores habitaciones: puso en ellas un guarda, y le autorizó para enseñar el castillo á los estrangeros; desde entonces ha habido ingleses que han ofrecido por él hasta mil libras esterlinas. Frente está el castillo de Lasneck, que domina el pequeño rio de este nombre que desagua en el Rhin; y un poco mas distante la ciudad de Oberlanstein, toda erizada de torres, y semejante á una antigua ciudad feudal.

No tarda en encontrarse el viagero frente á la pequeña ciudad de Rhensée, donde se encontraba en otro tiempo el *famoso Sitio Real*, que fué demolido en 1802 por los franceses, del que cuatro piedras tan solo de mediana dimension, y que se ven en medio del Rhin, á cuatrocientos pasos poco mas ó menos por bajo de la ciudad, indican al presente el sitio: en este Kænigstuhl es donde se reunian los electores del Rhin para deliberar sobre los intereses de Alemania, y se habia erigido en aquel lugar porque los cuatro escritorios de los cuatro electores se unian allí como los rayos de una estrella. Desde lo alto de las sillas se veian al mismo tiempo cuatro ciudades pequeñas: Sanstein, en el territorio de Maguncia; Capellen, en el de Tréveris; Rhensée en el de Colonia; y en fin, Branbach, feudo palatino. Frente, en la otra orilla del Rhin, está la pequeña capilla donde en 1400 los electores, despues de terminada su deliberacion acerca de Kænigstuhl, declararon al emperador Wenceslao destituido del trono.

Apenas se ha tenido tiempo de dirigir una mirada sobre las ruinas del Sitio Real y la capilla histórica que está unida á él por ese gran acontecimiento, nos encontramos delante del castillo de Marksburg, perteneciente al duque de Nassau. Es un antiguo castillo feudal muy bien conservado, y que es hoy una prision muy pintoresca, donde entre otros prisioneros de estado, cuando nosotros pasamos, estaba un primo de Mr. de Metternich, que llevaba el mismo nombre que él, y el cual, en el motin del 5 de junio, que como se sabe, tuvo gran eco en Francfort, tuvo la idea de enarbolar sobre el Johannisberg la bandera nacional. Desgraciadamente para el pobre jóven, probablemente habia bruma en aquel momento sobre el Rhin, de modo que la bandera no fué vista

(1) Alusion á las palabras del general austriaco, baron de Kray.

mas que por los espías de la Prusia, los cuales le arrestaron y condujeron al castillo de Marksburg, donde pudo ver para recrearse los instrumentos de tortura que se conservan allí, felizmente tambien como un simple objeto de curiosidad. Se puede visitar el castillo, pero como para obtener este favor se necesita un certificado de buena vida y costumbres, dado por la Santa Alianza, y no me habia yo provisto de tan importante documento, forzoso me fué, con gran sentimiento mio, pasar adelante. En esta misma ribera del Rhin, y subiendo algunas millas, es donde se recoge la uva cuyo famoso vino se llama Leche de la Vírgen.

Muy pronto perdimos de vista el magnífico castillo-prision, porque el Rhin tiene una de sus curvas mas pronunciadas desde Marksburg á Boppart. En su ángulo mas notable se eleva la pequeña ciudad de Boppart, la antigua Bandobriga de los romanos, cuyas murallas están edificadas sobre los cimientos de un fuerte de Druso. Esta es la patria del emperador Enrique VII, que nació allí en 1312.

Desde Boppart se ve en lo alto de una montaña bifurcada, los dos castillos de los Dos Hermanos: son dos de las mas antiguas ruinas del Rhin, porque su abandono data, segun dicen, del siglo XIII. Estaban habitados por dos hermanos gemelos que se parecian de tal modo, que algunas veces sucedió á sus mismos padres tomarlos uno por otro. Vivieron en la union mas perfecta hasta la edad de veinte y cinco años, mas al llegar á esta edad, los dos se enamoraron de la misma muger, y la discordia comenzó entre ellos. No tardaron en llegar las cosas á punto que no queriendo cederla ni el uno ni el otro, resolvieron disputársela por las armas. Advertida de esta resolucion la dama de sus sangrientos pensamientos, acudió á procurar ponerlos de acuerdo, mas la dijeron que los dos hermanos habian salido juntos, dirigiéndose hácia el valle. Hizo que la indicasen el camino que habian tomado, y fué en su seguimiento; á la mitad de la pendiente de la montaña próximamente, oyó el zic zas de sus espadas; dobló el paso, pero por mas ligera que fué, llegó demasiado tarde, y cuando estuvo en el campo de batalla, encontró á los dos desventurados hermanos tendidos el uno sobre el otro, como Eteocles y Polynice. Desesperada por haber sido la causa de un doble fratricidio, se retiró al convento de Marienberg, que se descubre mas arriba de Boppart, y murió allí religiosa. En cuanto á los castillos de los Dos Hermanos, desde aquel dia quedaron inhabitados.

San Goar es no solo un desembarcadero, sino tambien una peregrinacion. En otro tiempo un bonito castillo fortificado velaba sobre la ciudad, pero en 1794 hicimos volar sus murallas. Un posadero ha entrado allí por la brecha, y ha edificado en él una posada.

El antiguo santo que dió su nombre á la ciudad, tambien ha perdido materialmente algo con el paso de los franceses; pero moralmente, ha conservado una influencia aun demasiado grande para el siglo XIX.

He aquí como San Goar ha merecido esta gran reputacion, que hoy se estiende todavía desde Strasburgo á Nimega.

San Goar era contemporáneo de Carlo-Magno, y por consecuencia asistió á la lucha del gran emperador contra los infieles. Por mucho tiempo sintió el santo amargamente no poder ayudar al hijo de Pepino de otro modo que con sus oraciones. San Goar no solo era ermitaño, sino tambien batelero. Se entregaba á este sentimiento al mismo tiempo que iba á la orilla derecha del Rhin á salir al encuentro á un viagero que le habia hecho señal de que le fuera á buscar, cuando de repente se le ocurrió una idea que le pareció era de tal modo una inspiracion del cielo, que resolvió ponerla al instante mismo en ejecucion.

En efecto, apenas San Goar se encontró con el viagero en medio del Rhin, es decir, en el sitio en que el rio es mas rápido y profundo, cuando cesando de repente de remar, preguntó á su pasagero de qué religion era, y sabiendo que se las habia con un herege, dejó el remo, se arrojó sobre él, le bautizó en un abrir y cerrar de ojos, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, é inmediatamente, temiendo que un bautismo administrado de aquel modo perdiese su virtud, arrojó al nuevo convertido en el rio, que le llevó directamente al paraiso. En la misma noche se apareció á San Goar el alma del ahogado, y en lugar de reprenderle el modo algo brutal con que le habia obligado á salir de este mundo, le dió gracias por haberle procurado la eterna felicidad. No necesitó mas el santo con las disposiciones naturales que tenia, para lanzarse en aquel nuevo camino de conversiones; asi desde aquel momento, se pasaron pocos dias que no fuesen señalados con alguna conversion nueva. Cuando trataba con un cristiano, por el contrario, San Goar no se contentaba con pasarle el Rhin; le conducia á su ermita, y allí dividia con él los dones que la piedad de los fieles le proporcionaban con tal prodigalidad, que aumentándose de dia en dia, probaban que la reputacion del santo era cada vez mayor.

Esta gran reputacion llegó hasta Carlo-Magno, quien en su cualidad de inteligente, apreciaba el medio de conversion adoptado por San Goar, y resolvió no dejar sin recompensa á tan poderoso auxiliar. Fué, pues, como un simple estrangero á pasar el Rhin, y habiendo hecho la seña acostumbrada, vió dirigirse hácia él al buen ermitaño; pero su deseo de pasar de incógnito el rio quedó sin resultado, porque Dios habia impreso en su rostro tal magestad, que San Goar le reconoció aun antes de que hubiese puesto el pie en la barca.

Semejante huésped debia dejar la huella

de su paso; asi, en cuanto llegó á la otra orilla, y habiendo bebido de un vinillo que le pareció agradable, Carlo-Magno pidió noticias acerca de la tierra que lo producia, y habiendo sabido que estaba de venta; la compró y la regaló á la ermita, prometiéndole al ermitaño enviarle un tonel y una argolla.

Efectivamente, algunas semanas despues del paso del emperador, San Goar recibió los dos objetos prometidos. Ambos eran obras del encantador Merlin, y cada uno tenia su propiedad particular. El tonel, al contrario del de las Danaides, estaba siempre lleno, siempre que no se sacase el vino mas que por la espita; en cuanto al collar era una cosa muy distinta.

En la espansion de la conferencia, San Goar se habia quejado á Carlo-Magno de la mala fé de los infieles, puesto que sabiendo ya las costumbres de San Goar, en vez de confesar su heregía, respondian sencillamente que eran cristianos, atravesaban el rio, bebian su vino, y se iban haciéndole gestos. Y no habia remedio para evitar esto, no diferenciando nada á un cristiano de un herege que hace la señal de la cruz.

Este inconveniente era el que el emperador Cárlos prometió obviar, y para cumplir su promesa le envió el collar preparado por Merlin.

En efecto, el collar tenia una virtud particular; apenas habia tocado al cutis, conocia con quien se las habia; si era con un cristiano permanecia en su *statu quo*, y dejaba pasar tranquilamente el vino de la boca á su estómago; si era un herege, se estrechaba inmediatamente hasta reducirse á la mitad, de modo, que el bebedor soltaba el vaso, sacaba la lengua y ponia los ojos en blanco. Entonces San Goar que estaba junto á él con una taza de agua, le bautizaba apresuradamente; y el resultado era el mismo. Eran, pues, inapreciables y hechos para estar juntos, ambos dones del tonel y de la argolla.

San Goar conòcia el valor de este regalo; por tanto, no solo hizo uso de él toda su vida, sino que mandó á los frailes, que se habian reunido á él, y que le hicieron superior de una abadía que fundaron, que le siguiesen despues que él muriera. Los frailes no dejaron de hacerlo, y el collar y el tonel milagrosos atravesaron los siglos conservando su poder.

Desgraciadamente en 1794 se apoderaron los franceses de San Goar tan de improviso, que no tuvieron tiempo los frailes de poner en salvo su tonel. Al entrar en el convento el primer cuidado de los vencedores fué bajar á la bodega, y como por una sola espita no corria bastante vinó para apagar su sed, emplearon el espediente usado en semejantes casos, y dispararon tres ó cuatro pistoletazos al bienaventurado barril, sin tomarse el trabajo de tapar el agujero de las balas. Por la noche el regimiento estaba borracho, pero el tonel, cuyo encantamiento se habia deshecho estaba para siempre vacío.

En cuanto á la argolla, el tambor mayor la cogió para hacer con ella un collar á su perro, y los aficionados á arqueología pueden verle tal como se conservaba aun en 1809 en el lindo cuadro de Horacio Vernet, titulado el *Perro del Regimiento.*

Mas desde 1812 no se sabe que ha sido de él, habiéndose helado el pobre perrillo con su amo en la retirada de Rusia.

EL LORE-LEI.

Por lo demas, San Goar tiene para su reputacion un terrible vecino, ó mas bien, una temible vecina, que es la hada *Lore*, que ha dado su nombre á una inmensa roca cortada á pico, que se encuentra á medio cuarto de legua mas arriba de las ruinas de Katzeneilen, y que por ella se llama *Lore-Lei*.

Desde Coblentza oíamos hablar de aquel paso del Rhin, no solo por la leyenda poética que va unida á él, sino como el mas vistoso que el rio presenta á los viageros en todo su curso. En efecto, al atravesar este sitio, los viageros mas indiferentes habian subido al puente y reinaba en toda la tripulacion una agitacion tradicional como la que se observa en el Ródano al aproximarse al puente del Espíritu Santo. Y efectivamente, en aquel sitio el Rhin se estrecha y se hace sombrío, su curso adquiere mas rapidez; porque en un espacio de quinientos pasos, sus aguas tienen una pendiente de cinco pies. En fin, el *Lore-Lei* se eleva como un sombrío promontorio y se ve salir del rio las puntas de las rocas que han rodado por sus costados y que han sembrado aquel paso de escollos. En la cima de esta montaña es donde residia la hada Lore.

Era esta una bonita jóven de diez y siete á diez y ocho años, tan bella, que los bateleros que bajaban por el Rhin olvidaban por mirarla el cuidado de sus bageles; de suerte, que iban á estrellarse contra las rocas, y no habia dia en que no hubiese que deplorar alguna nueva desgracia.

El obispo que habitaba la ciudad de Lorch, oyó hablar de aquellos accidentes tan frecuentemente repetidos, que parecian efecto de una fatal influencia, y las hijas, las esposas y las madres de los que ella habia hecho perecer habian llegado vestidas de luto á acusar á la linda Lore de mágia; por lo que la citó para que compareciese ante él.

La buena Lore prometió ir; mas el dia en que debia verificarlo se olvidó de su promesa, y el obispo envió dos hombres para prenderla, y estos dos hombres la encontraron sentada segun su costumbre en la roca: cantaba una antigua balada como las que cantan las nodrizas á los niños que mecen, y sin hacer resistencia alguna se levantó y los siguió.

Compareció ante el obispo, y éste quiso interrogarla severamente; mas apenas la vió, esperimentando el encanto universal, fijó las miradas en sus ojos; despues, con un acento que descubria la compasion que esperimentaba hácia la jóven:

—¿Es verdad, linda Lore, la dijo, que sois una maga?

—¡Ay, ay! monseñor, respondió la pobre niña, si yo fuera una maga, tendria encantos para retener á mi amante, y mi ámante no hubiera partido; y yo no pasaria mis dias y las noches esperándole en la cima de una roca, y cantando la balada que tanto amaba. Y diciendo estas palabras, la bella Lore se puso á cantar la balada ante el obispo, de modo que éste conoció que estaba loca.

Entonces, en lugar de pensar en castigarla, comenzó á compadecerse de ella, y temiendo, al verla trastornado el juicio, que despues de haber perdido su cuerpo perdiese su alma, mandó la condujesen al monasterio de Marienberg, y la recomendó por una carta á la superiora, que era parienta suya.

La bella Lore partió montada en la hacanea de movimiento mas dulce que pudo hallarse, porque el obispo temia la sucediese alguna desgracia en el camino, y él mismo la siguió con la vista, en medio de la escolta que la acompañaba, hasta que ella y la escolta desaparecieron tras el castillo de Nottingen; y y todo marchó perfectamente hasta que se hallaron á la vista de las rocas donde tenia costumbre de estar esperando á su amante.

Mas cuando estuvo á la vista de aquellas rocas, pidió permiso para subir á su cima á dirigir la última mirada sobre el Rhin, y por ver si aquel á quien esperaba tan largo tiempo hacia, volvia; y como el obispo habia encargado que no se la contradijese en nada, sus guardias la ayudaron á desmontar, y dos de ellos la siguieron á algunos pasos de distancia, á fin de volverla á coger si intentaba huir.

Apenas puso sus pies en el suelo, echó á correr con tal velocidad, que parecia rozar la tierra como una golondrina, y saltaba de roca en roca con tal facilidad, fuese cualquiera su altura y aspereza, que se hubiese creido era una sombra mas bien que una criatura humana perteneciente todavia á la region de los vivos. De este modo llegó á la cima de la montaña, en el sitio mismo en que caia á plomo sobre el rio; y avanzando hasta el último estremo, cogió el arpa que habia dejado alli la víspera, y con aquella triste voz que privaba de la razon á los que la escuchaban, se puso á cantar su acostumbrada balada. Mas esta vez, terminada la balada, oprimió su arpa contra el pecho, y con los ojos fijos en los cielos, tendidos los cabellos al viento, se dejó caer lentamente, no como un cuerpo que se desploma, sino como una paloma que vuela: en el mismo instante, la escolta que la acompañaba prorumpió en un gran grito: la bella Lore habia desaparecido en las ondas.

Volvió la escolta y refirió al obispo lo que habia pasado: entonces, moviendo el obispo su mitrada cabeza, mandó que se dijesen misas por el descanso del alma de la pobre loca; pero aun él mismo tenia pocas esperanzas, porque sabia que el crímen que Dios perdona mas difícilmente es el suicidio.

En efecto, pocos dias despues supo que habian visto de nuevo á la bella Lore sobre su roca, y que al oir su dulce voz y su suave canto, se habian perdido algunos bateleros: mas como sabia, sin que le quedara duda, que se habia precipitado en el rio, creyó que en aquella ocasion se encontraria seguramente alli algun encantamiento, é hizo ir á un matemático muy sabio en materia de mágia.

El sabio consultó los astros, y dijo al obispo que efectivamente la bella Lore habia muerto, pero que como habia muerto en pecado mortal, estaba condenada á volver al mismo sitio en que se hallaba en vida, y que volveria del mismo modo hasta que encontrase un jóven caballero que la hiciese olvidar su primer amor.

El obispo era demasiado piadoso para oponerse de ningun modo á los decretos del cielo; únicamente hizo anunciar en todas partes que desconfiasen de la hada Lore, porque en castigo de sus pecados, la pobre loca se habia convertido en una infame encantadora, y nadie tuvo trabajo en creerle, porque los suaves cánticos que dejaba oir en otro tiempo, se habian vuelto ásperos, y si algun batelero encallaba al pie de su roca, respondia á su grito de muerte con una carcajada, como responden por la noche las hienas á los gritos de los viageros estraviados en las selvas.

Y duró mas de un siglo: el obispo murió. La generacion que habia visto á la pobre Lore viva, desapareció refiriendo su historia á la generacion que debia seguirla, y asi pasaron otras cuatro generaciones, refiriéndose unas á otras cómo habia ido alli aquella mala hada, que se veia á modo de un espectro sobre la roca, y cuyas carcajadas se oian cada vez que alguna lancha estraviada zozobraba en las tinieblas.

Cien años ó mas habrian pasado: reinaba en Alemania el emperador Maximiliano, y Roderico Lenzoli Borgia, de terrible memoria, era papa en Roma, cuando una noche, un jóven cazador, estraviado en el valle de Ligrenkofp, apareció de repente á la salida de aquel valle, y se encontró delante del Rhin.

Era uno de esos dias abrasados del estío, en que el agua fresca y limpida atrae; fatigado de su correría, el jóven cazador se apeó de su caballo para bañarse. Mas antes de entrar en el rio, queriendo indicar á su comitiva dónde se hallaba, tocó el cuerno; al punto su tocata fué repetida tan distintamente, que creyó que algun perrero le respondia; volvió á comenzar al punto otro aire de caza, y fué repetido tan exactamente como el anterior, comenzando á hacerle titubear: al fin, á una tercera prueba, movió la cabeza diciendo:

—Es el eco, y habiendo dejado su cuerno en tierra, se desnudó y se arrojó al rio.

Walter, asi se llamaba el jóven nadador, era hijo de un conde palatino; tenia diez y ocho años aun no cumplidos, y ya era no solo el mas hermoso, sino tambien el mas valiente y diestro de los jóvenes señores que de Maguncia á Nimega habitaban las riberas del Rhin.

Por tanto, al ver tan bello jóven, de quien habia comenzado por mofarse, devolviendo el sonido de su cuerno, y que acababa, por decirlo asi, de entregarse á ella, esperimentó repentinamente la hada Lore un sentimiento que hacia largo tiempo creia muerto en su corazon; pero engañándose á sí misma, atribuyó su turbacion á piedad. La hada Lore se engañaba: era el amor.

El jóven por su parte la vió sentada sobre su roca y se puso á nadar en direccion de donde ella estaba; la hada Lore le veia aproximarse con alegría, y se puso á cantar aquella antigua balada que todos habian olvidado, escepto ella; y al oir aquella voz, Walter redobló sus esfuerzos para llegar al pie de la roca. Mas de repente recordó la hada que entre el bello nadador y ella estaba el abismo donde tantos desgraciados se habian sumergido; al punto interrumpió su canto y desapareció, de modo, que todo volvió á quedar en el silencio y la oscuridad.

Conoció entónces Walter que habia sido el juguete de una ilusion, y como se sentia arrastrado á su pesar, se acordó del abismo; felizmente aun era tiempo, y el jóven, gracias á su vigor y destreza, consiguió ganar la orilla; apenas tocó en ella, vió llegar á su viejo escudero Blum. Este habia oido la triple llamada del cuerno, y habia acudido.

Walter y el viejo escudero se unieron al punto á su comitiva; en seguida, reunidos todos los cazadores, emprendieron el camino del castillo. Todos volvian conversando alegremente acerca de las hazañas de la jornada; solo Walter marchaba pensativo y con la cabeza inclinada sobre el pecho; pensaba en aquella graciosa aparicion que no habia durado mas que un momento, pero que le habia dejado una impresion tan profunda.

Y al otro dia y los siguientes, por mas que los pescadores navegaron sobre el Lei, no vieron á la hada. En cambio desde aquel momento, todo lo que emprendia Walter le salia bien; se hubiese dicho que un buen genio velaba sobre él y le allanaba todas las dificultades.

En efecto, el cielo estaba cubierto de nubes, y amenazaba la mas horrorosa tormenta, bastaba que Walter saliese para que el cielo se iluminase en el mismo instante. Se hallaba en los alrededores á un caballo fogoso, Walter segun su costumbre hacia se le llevasen, y apenas le montaba, el caballo se volvia dócil como un carnero. Estaba sediento, un manantial puro y fresco se presentaba á su vista; estaba cansado, un lecho de flores...

De modo, que en las orillas del Rhin no se hablaba mas que de su felicidad y destreza; su flecha daba en el blanco á cualquier parte donde fuese lanzada, fuese al águila que se cernia en lo mas alto de la region del espacio ó al gamo que huia á lo mas espeso de la selva: sus halcones eran los mas audaces, sus perros los mas fieles.

Un dia que su jauría perseguia á un corzo, y que para seguirle por los caminos escarpados por donde se habia internado habia dejado su caballo, se estravió el jóven cazador, y aunque se encontraba en un sitio de la comarca que le era muy conocido, no pudo encontrar su camino, porque le parecia que por un efecto mágico de que no podia darse cuenta, los objetos habian cambiado de forma.

Mas como si fuera impulsado por un poder invisible, Walter continuaba avanzando. No tardaron en llegar hasta él los sonidos de una harpa, y creyendo estar próximo á algun castillo, marchó hácia el sitio de donde le parecia venir el sonido. Pero el sonido retrocedia á medida que él avanzaba, permaneciendo siempre bastante cerca para que no cesase de oirle, demasiado lejos para ver el instrumento que le producia.

Asi marchó desde la hora en que habian descendido las sombras hasta las doce de la noche. A media noche se encontró casi en la cima de una alta montaña que dominaba el Rhin, á derecha é izquierda el rio huia por el valle, como una ancha cinta argentina. Walter trepó al último vericueto, y sobre la punta mas elevada de la roca vió á una muger sentada.

Aquella muger tenia en la mano el harpa cuyos sonidos le habian guiado; una suave luz semejante á la del alba la rodeaba como sino hubiese podido respirar mas que en una atmósfera distinta de la nuestra, y sonreia con tan maravillosa sonrisa, que esa sonrisa encerraba desde la primera declaracion de amor hasta las últimas promesas de la voluptuosidad.

Walter reconoció al punto el ser misterioso que ya habia visto la noche que se bañaba en el Rhin; su primer movimiento fué dirigirse á él, mas apenas dió algunos pasos se detuvo recordando todo lo que habia oido referir de la Lore-Lei; en seguida, como tenia un cora-

zon religioso, hizo devotamente la señal de la cruz, y en el mismo instante se estinguió la luz, y la que la esparcia arrojó un grito y desapareció como una sombra.

Mas aunque desapareció de la vista de Walter, desde aquel momento quedó presente en su imaginacion: sin cesar oia resonar en sus oidos la melodiosa música que le habia guiado hasta lo alto de la roca, y apenas cerraba los ojos, veia resplandeciente con su estraña luz aquella bella hada que le habia acogido con sonrisa tan graciosa.

Y Walter cayó en una profunda melancolía, porque al lado de aquella imágen, presente sin cesar á su imaginacion, ninguna muger le pareció mas bella, y como sentia instintivamente que aspiraba á una cosa que no era de la tierra, siempre que le preguntaban la causa de su tristeza, movia la cabeza, suspiraba y señalaba con el dedo al cielo.

En fin un dia el padre de Walter le anunció se preparase á partir para Worms donde el emperador Maximiliano tenia su córte: tratábase de hacer la guerra al rey de Francia y el emperador llamaba en su ayuda á sus mas valientes caballeros. Los ojos de Walter brillaron un momento de alegría á la idea de la gloria que podia ganar en aquella guerra, y respondió á su padre que estaba dispuesto á partir.

Sin embargo, al dia siguiente, volvió á caer en su melancolía habitual. Sin cesar parecia escuchar rumores que nadie oia, continuamente sus ojos parecia que trataban de seguir una imágen que se escapaba á todas las miradas; y el anciano escudero, viendo esta preocupacion continua, apresuraba todo lo que podia los preparativos de la partida, esperándolo todo de un cambio de lugares.

Mas la víspera del dia tan esperado por el pobre Blum, Walter le envió á llamar. El escudero se apresuró á ponerse á las órdenes de su jóven señor, y le encontró mas sombrío y abatido que nunca; no obstante, alargó la mano al anciano escudero, como tenia de costumbre, le dijo que antes de abandonar la comarca, habia resuelto hacer su última pesca en el Rhin, y le pregustó si queria acompañarle.

Blum, que tan frecuentemente habia participado de aquel placer con su jóven señor, no vió en este deseo nada que no fuese muy sencillo; mandó llevar las redes á la lancha, y Walter ordenó que la lancha les esperase frente á la pequeña aldea de Urbar.

Era uno de esos hermosos dias de primavera en que toda la naturaleza despertándose de su sueño, es armoniosa como si cada objeto de la creacion, con aquella voz que Dios ha dado á los elementos como á los hombres, cantase su himno al Señor: el viento tenia estrañas melodías; la noche perfumes desconocidos; el rio reflejaba el cielo como un espejo, y las estrellas que corrian atravesando el azulado manto, parecian, en medio de la calma universal, caer en silenciosa lluvia sobre la tierra.

El anciano Blum echó las redes; pero Walter, en vez de ocuparse de la pesca, miraba al cielo. De modo, que la lancha en deriva, seguia la corriente del agua. De repente, una melodía muy conocida llegó á los oidos del jóven conde; bajó los ojos, y en el sitio acostumbrado vió á la hada Lore sentada sobre su roca.

Era la tercera vez que se le aparecia asi, y ahora, como habia ido á buscarle, no pensó en alejarse de ella; antes al contrario, cogió los remos y se puso á remar en su direccion. A aquel movimiento inesperado y que desarreglaba sus redes, Blum levantó los ojos y vió que la lancha se dirigia lentamente al abismo.

Quiso entonces arrancar los remos de manos de Walter; mas era demasiado tarde, y aunque los hubiese cedido sin resistencia, era tan rápida la corriente, que á pesar de todos los esfuerzos del anciano escudero, arrastraba la lancha hácia la sima. Y se oian los rugidos que llamaban á su presa. Blum dejó los remos y se volvió hácia Walter esperando, que arrojándose al agua con él, podrian todavía ganar ambos la orilla; pero Walter tenia los brazos estendidos hácia la mágica aparicion que por su parte parecia deslizarse por la ladera de la montaña y aproximarse á él. Blum le conjuró para que no caminase de aquel modo á una segura perdicion; pero Walter estaba sordo é inmóvil. El anciano escudero quiso cogerle abrazándole y precipitarse con él en el rio, pero Walter rechazóle. Entonces el fiel servidor viendo que no podia salvarle, resolvió morir con él, y como Walter no pensaba en orar, se puso de rodillas en el fondo de la barca y oró por los dos.

Y la lancha continuaba siempre avanzando hácia el abismo, y los mugidos del abismo eran cada vez mas fuertes; veíase en medio de la oscuridad salir del rio la negra cabeza de las rocas, contra las que se estrellaba la espuma, y cada una de ellas parecian al pobre Blum un informe mónstruo que habia subido á la superficie del agua para devorarlo.

El hada Lore, por su parte, rodeada de aquella suave aureola que parecia esparcir, semejante á una estátua de alabastro en cuyo interior luciera una llama; se aproximaba con su suave sonrisa y tendia los brazos al jóven, como el jóven los tendia hácia ella: ya habia bajado de la roca, y ligera como un vapor, se deslizaba sobre el agua; en fin, Blum sintió la lancha temblar y estremecerse, como un ser animado que se aproxima á su destruccion. Levantó los ojos, y vió que estaban en medio de las rocas á pocas brazas del abismo. Walter y la hada Lore iban á reunirse: de repente notó que la lancha, atraida como por la mano

de un gigante, se sumergia en las profundidades del rio; no tuvo tiempo mas que para hacer la señal de la cruz y encomendar su alma á Dios, porque habiendo chocado su cabeza contra una roca, se sintió desmayar, y creyó que iba á morir. Cuando volvió en sí, era muy de dia, y estaba tendido en la arena al pie de la roca.

El pobre escudero buscó y llamó á Walter; solo le respondió el eco burlon del Lei; resolvió entonces volver á emprender el camino del castillo; mas cuando hubo andado las tres cuartas partes de él, encontró al conde en persona, quien inquieto por la ausencia de su hijo, iba en su busca. Blum se arrojó á sus pies, y se cubrió la cabeza con su manto en señal de duelo.

Al fin le fué preciso esplicarse, y refirió todo al conde; como por dos veces su jóven señor se habia librado de la hada Lore, pero que á la tercera vez habia ido él mismo á buscarla. El conde permaneció un momento inmóvil y como anonadado por el dolor; mas ni una lágrima vertieron sus ojos, ni un suspiro exaló su garganta. Al fin, despues de un momento de silencio.

—Aquel, esclamó, que me entregue esa hada infernal, recibirá una recompensa régia.

—¡Oh! si es asi, monseñor, esclamó Blum, permitid que sea yo mismo quien intente esa empresa; porque ¡por el alma de mi jóven señor! ó lo conseguiré ó perderé en ella la vida.

El conde hizo señal con la cabeza de que admitia la demanda del anciano escudero, y volvió á tomar el camino del castillo, donde se encerró en cuanto entró; y nadie le vió ya mas durante el dia, á ningun criado llamó; solo sí, á través de la puerta del oratorio se le oia llorar dando sollozos.

Llegada la noche, Blum eligió entre los hombres de armas del castillo aquellos con quienes creia poder contar para que subiesen con él á la roca, al mismo tiempo que hacia rodear su base, para que si la hada Lore intentaba escaparse, fuese cogida entre ellos y el rio. Luego tomadas estas disposiciones, subió atrevidamente á la cima.

La noche era sombría y semejante á aquella otra en que Walter habia hecho la misma ascension: Blum llegó á la primera meseta donde el conde se habia detenido; luego, animando de nuevo á los soldados, trepó á la cima mas alta. En cuanto estuvo allí, vió á la hada Lore, sentada en su roca, y los ojos tiernamente fijos en el rio.

A su vista, por poco á propósito que fuese para asustar, los hombres de armas, sobrecogidos de terror, se negaron á ir mas lejos; pero el anciano escudero, en vez de participar de su espanto, sintió aumentarse su cólera contra la encantadora que le habia arrebatado su jóven señor; y viendo que por mas instancias que hizo á sus soldados para ayudarle á coger á la hada, no se atrevian á dar un paso mas, se adelantó solo hácia ella esclamando:

—¡Oh maldita maga! al fin vas á pagar el mal que has causado.

Al oir aquella voz y aquella amenaza, la hada levantó lentamente la cabeza, y mirándole con su dulce sonrisa:

—¿Qué quieres, anciano? le dijo, ¿qué esperas hacerme á mí, que no soy mas que una sombra?

—Lo que quiero, es, respondió Blum, que me vuelvas el cadáver de mi jóven señor á quien has precipitado al fondo del Rhin. Lo que espero es vengar en tí su muerte y las de tantos otros que han perecido antes que él en la sima donde ha desaparecido.

—El jóven conde no pertenece ya á la tierra, murmuró la hada con su melodiosa voz; el jóven conde es mi esposo. El es el rey del rio, como yo soy la reina; tiene una corona de coral; tiene un lecho de arena mezclada de perlas; tiene un precioso palacio de lapis-lázuli con columnas de cristal; es mas feliz que lo hubiera sido jamás sobre la tierra; es mas rico que si hubiera heredado la herencia paterna, porque posee todas las riquezas que el Rhin ha devorado desde el dia de la creacion hasta hoy. Vuelve, pues, al lado de su padre, y dile que no llore.

—Mientes, hada infernal, respondió Blum, y lo que quieres es escapar á mi venganza; pero no me engañarás asi; estás en mi poder, y tu hora ha llegado, á menos que no vea á mi jóven señor, y que me confirme él mismo con la voz ó el gesto, lo que tú me has dicho. Asi pues, dispone á seguirme.

Y desenvainó su espada y dió un paso para aproximarse á la hada; mas con voz potente, y estendiendo hácia él su brazo

—¡Espera! dijo la encantadora.

Y se desprendió el collar de su cuello, y cogió de él dos perlas que arrojó al rio. En el mismo instante el rio hirvió á borbotones, y dos enormes olas con la forma indecisa y fantástica que se atribuye á los caballos marinos, subieron á lo largo de las rocas hasta la cima de la montaña, y sobre una de aquellas dos olas, estaba un bello adolescente de rostro pálido y largos cabellos flotantes, en quien el anciano Blum creyó reconocer al jóven conde; tanto que permaneció inmóvil de estupor.

En tanto las dos olas continuaban subiendo, hasta que llegaron á mojar los pies desnudos de la hada; entonces la bella Lore se sentó sobre la que estaba vacía, y enlazando sus brazos á los del jóven, le dio un beso. Luego las olas comenzaron á bajar, y viendo que la hada se le escapaba, quiso Blum perseguirla. El jóven le miró sonriendo.

—Blum, le dijo, ve á decir á mi padre que no llore, que soy feliz.

Dichas estas palabras, volvió á su esposa el beso que de ella habia recibido, y ambos desaparecieron en el rio.

Desde aquel dia nadie volvió á ver á Lore-Lei, y los bateleros no tuvieron ya que temer su canto de sirena. Todo lo que de ella queda es un eco burlon que repite cuatro ó cinco veces el sonido del cuerno, ó la tirolesa nacional que el piloto canta siempre al pasar por delante de la roca de la Lore-Lei.

MR. DE METTERNICH Y CARLO-MAGNO.

Los estremos se tocan. Despues de la pobre Lore-Lei víctima de su amor, están las siete vírgenes víctimas de sus rigores: estas siete vírgenes son otras tantas hermanas que se divertian en hacer morir á los bellos jóvenes enamorados. San Nicolás, sin duda el antiguo protector de los mancebos, las convirtió en otras tantas rocas que salen del agua, y que nunca dejan de enseñar al paso á las jóvenes, para curarlas de la misma enfermedad, si por acaso eran atacadas de ella.

Dejamos á Oberwesel, su grande torre, y la Prusia Rhiniana, para entrar otra vez en el pais de Nassau de donde acabábamos de salir. El castillo de Gutenfelds, demolido en 1807, y que domina á Caub, contiene un cuerpo de guardia conservado en memoria de Gustavo Adolfo, quien estuvo en él para dar sus órdenes en una batalla que dió á los españoles que querian impedirle pasar el Rhin. Casi frente á este cuerpo de guardia, y en medio del Rhin, se eleva una construccion maciza y de forma estraña, que de lejos parece un navío anclado, dispuesto para bajar por el rio. Es el Pfalz; al que se sube por una escalera estrecha, y donde las princesas palatinas iban á dormir. Un pozo escavado en la roca, y con el que no comunicaban las aguas del Rhin, ha ido á buscar su manantial á veinte pies bajo el suelo del rio.

Cien pasos mas arriba del Pfalz se encuentra Bacharah: tres cosas le recomiendan á la curiosidad del viagero, sus ruinas, su Wilde-Gefœhrt y su vino Las ruinas son las iglesias de Werner. Su Wilde-Gefœhrt, el paso furioso, es una especie de remolino que forma el rio, poco peligroso en tiempo de calma, pero terrible en los dias borrascosos; su vino en fin, de que hacia tanto aprecio el emperador Wenceslao, que por cuatro odres de aquel vino concedió la libertad de Nuremberg. Por lo demas, por una roca que se encuentra entre la isla Bacharah y orilla derecha del rio, se puede saber de antemano cuál será la cualidad de aquel maravilloso líquido. Si del mes de julio al de setiembre saca la cabeza la roca fuera del rio, lo cual no sucede sino en los años de gran sequía, se puede comprar la recoleccion sobre seguro; si por el contrario permanece la roca cubierta por el agua, los aficionados saben que tienen que esperar á otro año.

En cuanto á las ruinas de la iglesia, de las que no hemos dicho mas que una palabra, se conservan deterioradas como están, como un lugar de peregrinacion muy frecuente: su reputacion la han adquirido de los milagros que San Gualberto hizo, no solo durante su vida, sino despues de su muerte. Habiendo sido asesinado en Vesel, por judíos que querian hacerle renegar de su religion, y arrojado su cadáver en el Rhin, en lugar de bajar por el rio, subió la corriente hasta Bacharah, de modo, que al dia siguiente al de su asesinato cuando sus asesinos le creian por lo menos en Coblentza, le encontraron frente á su iglesia, echado y como dormido en la ribera.

Por lo demas, á medida que se sube el Rhin, pasan las tradiciones de lo poético á lo material; es que gradualmente se aplanan las orillas y sus costados cubiertos de viñedos suceden á las montañas coronadas de antiguos castillos, de modo, que cuando se ha pasado el castillo de Senneck, destruido en 1282 por Rodolfo de Habsbourg, y reedificado por la familia de Waldeck, que estinguida antes que él, le ha dejado estinguirse á su vez; el castillo de Falkemburgo, destruido en la misma época, y que como su vecino, reedificado á principios del siglo XIV por un conde palatino, fué abandonado en seguida al arzobispo de Maguncia, quedando en poder de los acreedores de este; por fin el castillo de Rheinsteim, que mas feliz que los anteriores, daba su antigua celebridad á la tradicion de Cunon de Falkenstein y su prometida, y su celebridad moderna á la proteccion que le concede el príncipe Federico de Prusia; tanto digo, que cuando se han pasado estos tres castillos, no tiene otra cosa mejor que hacer el poeta que dejar á su cicerone y tomar algun comisionista de buena casa de Colonia ó de Maguncia, é informarse de los mejores terrenos que le queda que encontrar. Y entonces, segun prefieren el vino tinto al blanco ó el blanco al tinto, eligirá entre Ingelheim, plantado por Carlo-Magno, ó el Johannisberg esplotado por Mr. de Metternich.

La primera de esas dos celebridades doblemente históricas que se encuentran en el camino, es el Johannisberg: es una altura avanzada y saliente del Taurus, notable por su convexidad, y que de mesetas en mesetas desciende casi al nivel del rio. En esas mesetas es donde crecen las viñas que proveen el famoso Chateau Johannisberg, que goza de tan alta reputacion, que por poco catadores que seamos nosotros, no podemos dispensarnos de consagrar algunas líneas á su historia.

El famoso Bischfsberg ó Johannisberg,

segun se le quiera llamar monte del Obispo ó monte de San Juan, tenia en un principio en su cima un priorato fundado en 1109 por el arzobispo de Maguncia, Ricardo II. En 1130, es decir, veinte y dos años despues de su fundacion, el arzobispo hizo de él una abadía que floreció por espacio de cuatro siglos, y que al fin, en 1552 fué quemada por Alberto de Brandeburgo. Este incendio que habia destruido el convento, produjo su supresion en 1587: lo que quedaba del edificio fué demolido por los suecos durante la guerra de treinta años.

Pero lo que constituia la fama del monte San Juan no era ni sus prioratos ni sus abadías: eran sus viñas. Asi, en 1641, la primera montaña se entregó en prenda del tesorero del imperio, Huberto de Bleymann, por la suma de 30,000 florines, 66,000 francos próximamente, y como el reembolso de aquella suma no se verificó jamás, en 1716 se trasmitieron al príncipe Fóulde los derechos de sus herederos. A contar desde este momento, la esplotacion de aquel famoso viñedo comenzó á hacerse segun las reglas del arte; de este modo el producto de las sesenta y tres fanegas de tierra que forman su superficie asciende en manos de su nuevo propietario á quince ó diez y seis toneles, que algunas veces llegó á veinte y tres y veinte y cuatro. Como cada tonel contiene mil trescientas botellas, y en los años buenos, como sucedió en 1779 y 1783, por ejemplo, se vende la botella hasta en doce florines, es decir, hasta veinte y cuatro francos, se comprende, que la renta de esas sesenta y tres fanegas no deja de valer la pena. Asi, cuando se suprimió la abadía de Foulde, que se verificó en 1803, el príncipe de Orange no se descuidó en hacer valer sus derechos sobre aquel precioso dominio: desgraciadamente, apenas tuvo tiempo de probar su producto, cuando Napoleon se le tomó como hizo despues con el reino de Holanda, y le dió al mariscal Kellermann, sin duda en memoria de su bonita carga de Marengo. El duque de Valmy lo conservó hasta 1816, en cuya época el emperador de Austria, que naturalmente no debia tener para con él los mismos motivos de reconocimiento que Napoleon, le despojó de él en provecho de Mr. del Metternich, quien le recibió á título de feudo, y á condicion de pagar el dinero. El célebre diplomático ensanchó los jardines, puso un piso mas al cuerpo del castillo, é hizo pintar sobre cristal en la capilla sus armas. ¿Ha querido indicar con eso la fragilidad de las cosas humanas?

Ademas de su gusto por la diplomacia y la agricultura, el príncipe de Metternich tiene tambien la pasion de los autógrafos. Sus relaciones por espacio de treinta años con todos los soberanos de Europa, algunos de los cuales le deben sus coronas, le proporcionaron la ocasion de reunir con facilidad una coleccion bastante bonita de cartas reales é imperiales, y con mas razon, como se comprende, de todos aquellos pequeños príncipes, cuyos estados han pasado y repasado ocho ó diez veces por sus manos. Ademas, como las odas de los poetas alemanes, y los sonetos de los improvisadores italianos no debieron faltarle, nada tenia que desear sobre este punto, cuando observó que en una época en que la prensa ha llegado á ser un poder, necesitaba por lo menos algunos autógrafos de periodistas. Mas como en Italia y Alemania, gracias á la censura, hay muchos periódicos, pero pocos periodistas, forzoso le fué recurrir á Francia. Mr. Jules Janin fué uno de los que recibieron con todas las formas de aristocrática cortesanía que le distinguen, la demanda del rival de Mr. Talleyrand.

Mr. Jules Janin tomó en el mismo instante la pluma, y le escribió muy ingeniosamente este lacónico autógrafo:

«*Recibí de Mr. el príncipe de Metternich veinte y cuatro botellas de Johannisberg de primera clase.*

«*Paris, 15 de mayo de 1838.*»

Un mes despues, el periodista recibia de Mr. de Metternich las veinte y cuatro botellas de Johannisberg, cuyo recibo habia acusado de antemano con una confianza que sin duda apreció el príncipe.

Mr. de Metternich ha conservado escrupulosamente el ingenioso autógrafo de Janin. En cuanto á éste, dudo que haya conservado el vino de Mr. de Metternich.

El Ingelheim, que es el Johannisberg de la pequeña propiedad, á pesar de la inferioridad en que le tienen los inteligentes, puede gloriarse de tener un orígen no menos aristocrático que su rival, porque si no es vendido por un príncipe, fué plantado por un emperador. Habiendo notado la escelencia del terreno, fué Carlo-Magno quien mandó trasportar allí las cepas del mejor vino de Orleans, y segun sus esperanzas, la vid ganó un ciento por ciento con la trasplantacion. Fué un gran dia para el emperador en el que obtuvo aquel triunfo, puesto que despues de Aix-la-Chapelle, su residencia preferida era Ingelheim, ó la Casa del Angel. He aqui el motivo de haber bautizado aquel castillo con ese poético y celestial nombre.

Por el año 868, resolvió Carlo-Magno hacerse edificar un palacio que dominase el Rhin, y en 874 este palacio estaba edificado. Era un magnífico edificio, medio fortaleza, medio castillo, que estaba sostenido por cincuenta columnas de mármol, y cincuenta de granito. Las columnas de mármol le fueron enviadas de Roma y Ravena por el papa Esteban III, y las columnas de granito habian sido sacadas del Adenwald. De modo que viendo su nueva

mansion imperial terminada tan felizmente, resolvió celebrar en ella una dieta. En consecuencia, fueron convocados para aquella gran solemnidad los príncipes y los señores de las inmediaciones.

La noche que precedió al dia en que la dieta debia verificarse, y cuando el emperador acababa de dormirse, se le apareció un ángel y le dijo estas palabras: «*Cárlos, levántate y roba.*» Carlo-Magno se levantó al punto y percibió un celestial perfume en su habitacion. Mas como las palabras que el ángel le habia dicho le parecieron nada mas que á medias con los preceptos de Dios y la Iglesia, se figuró que habia soñado, y se volvió á dormir.

Mas apenas el emperador habia cerrado los ojos, la misma vision se le apareció de nuevo, y con severo rostro como el de un mensagero que tiene derecho de admirarse de que no se obedezcan sus órdenes, repitió el ángel por segunda vez las palabras que ya habia dicho, y que el emperador creyó haber oido mal. Abrió al punto los ojos, y vió la habitacion llena de una luz celestial, que fué poco á poco debilitándose, y concluyó por estinguirse completamente.

Sin embargo, era tan estraña la órden, que Carlo-Magno vaciló aun en obedecer, y echando la cabeza sobre la almohada, se durmió por tercera vez. Por tercera se le apareció el mismo ángel, pero con un rostro tan amenazador, repitiéndole la misma órden con voz tan imperiosa, que el emperador, que no se asustaba con facilidad, se estremeció de terror, y se despertó sobresaltado. Esta vez, no solo se habia esparcido el mismo perfume y brillaba la misma claridad, sino que el ángel estaba en pie junto á su lecho, y hasta que no estuvo seguro de que el emperador no podia dudar de la realidad de su presencia, no estendió sus alas de oro y desapareció. Carlo-Magno no dudó ya que la órden le venia del cielo, porque el mensagero era demasiado bello para ser un enviado del infierno.

Carlo-Magno ya no vaciló; se levantó al punto, se vistió á tientas, deplorando aquel precepto del cielo, que le mandaba empezar tan tarde un oficio tan infame. Pero, como Abraham, el emperador estaba decidido á sacrificar todo á Dios, aun su mismo honor. Por tanto, se vistió su armadura, ciñó su espada, y tomó su casco en la mano, como si fuera á mandar una de aquellas espediciones guerreras por las que sentia tantas simpatías como por esta repugnancia: por fin salió de su habitacion, y deteniéndose en una galería que dominaba todo el pais, hizo un alto para decidir hácia qué lado dirigiria aquel robo cuya ejecucion tanto le costaba.

Por lo demas, la noche era oscura y como conviene para semejante espedicion; mas por inspradora que fuese la oscuridad, el emperador era tan novicio en el nuevo arte que tenia que ejercitar, que por mas que se paseó en todas direcciones cerca de una hora, todavía no se le habia ocurrido ni una idea mediana, cuando de repente vió que acababan de robarle su casco, que habia dejado en la balaustrada de la galería. El emperador buscó por todas partes, miró dentro y fuera; mas fué inútil toda pesquisa: el casco habia desaparecido.

Cuanto mas audaz era el robo, mas diestro era el robador; y siendo diestro el robador, podia en semejantes circunstancias dar un buen consejo al emperador. Por tanto, le pareció que aquel robo era un nuevo favor del cielo, que viendo su embarazo, habia tenido piedad de él. Por tanto, levantando la voz:

—Que el que me ha robado mi casco, esclamó, se presente ante mí, y por mi pecho real, en lugar de ser castigado, recibirá una recompensa de cien ducados.

Al punto resonó una aguda carcajada en la galería, y por bajo del tapete que cubria una mesa, vió Carlo-Magno salir á su enano, quien se aproximó á él tendiéndole el casco á fin de que echase en él la suma prometida.

—¡Ah! eres tú, infame ladron, dijo Carlo-Magno; debiera haber sospechado que nadie mas que tú era capaz de jugarme tal chasco, y mandar que te diesen cien vergajazos, en vez de prometerte tan imprudentemente como lo he hecho, cien ducados.

—Si, amo mio, dijo el enano, eso hubiera sido mas económico, es verdad; pero un hombre honrado no tiene mas que una palabra. He aqui tu casco; ¿dónde están los cien ducados?

—Los tendrás al momento, cuando me hayas dado un buen consejo.

—Los cien ducados, dijo el enano, han sido prometidos por el casco, y no por el consejo; dame los cien ducados por el casco, y tendrás el consejo gratis.

Carlo-Magno alargó la mano para coger al bribon que le hablaba con tal atrevimiento: pero el enano vió el movimiento, y rápido como el pensamiento, saltó sobre la balaustrada, y con la destreza y agilidad de un mono, se puso á trepar á lo largo de una de las columnas, y no se detuvo hasta que estuvo montado en una de las hojas del capitel. Alli se puso á cantar una cancion cuyo tono y palabras componia á la vez. Decia esta cancion:

«Ya tengo un casco, un bonito casco, un casco terminado en una corona real: un casco que me cuesta cien ducados.

«Y voy á tratar de proporcionarme por el mismo precio una coraza y una espada, y entonces me haré armar caballero por algun emperador que no haya faltado nunca á su palabra.

«Despues, cuando esté armado caballero, que tendré una buena espada, de buena hoja, me iré por montes y valles haciendo justicia,

porque en los paises de Germania y Francia hay gran necesidad de hacer justicia.

«Mas ¡ay! ¿dónde encontraré para armarme caballero un emperador que no haya faltado nunca á su palabra?»

El ruido de un bolsillo que caia sobre el pavimento interrumpió la improvisacion del cantor; el enano comprendió que su moral habia producido su efecto: se bajó de la cornisa y fué á recoger la bolsa, con un ojo en ella y otro en el emprador.

—Vamos, ven aqui, bribon, dijo Carlo-Magno, y no temas. Te necesito.

—¡Oh! entonces, dijo el enano, si me necesitas es otra cosa, ya no tengo miedo.

—Quiero robar, añadió Carlo-Magno.

—Mal oficio, replicó el enano, y sobre todo cuando hay que habérselas con gentes que prometen y no cumplen; asi, si me crees, puesto que tienes la desgracia de haber nacido hombre honrado, permanece hombre honrado.

—Te digo que quiero robar, dijo Carlo-Magno con un tono que probaba que comenzaba á cansarse de las reflexiones filosóficas de su interlocutor.

—¡Oh! entonces, dijo el enano, si es una vocacion decidida, no hay mas que decir. ¿Qué quieres robar?

—¡Ah! he ahi lo que no sé, dijo Carlo-Magno. Pero quiero robar á alguien, y eso inmediatamente, esta misma noche.

—¡Diablo! contestó el enano; ¡pues bien! robemos.

—¿Pero á quién robar? preguntó Carlo-Magno.

—Mira, dijo el enano estendiendo la mano, ¿ves aquella pobre cabaña?

—Si, contestó el emperador.

—Pues bien, alli hay un bonito negocio que hacer. Por pobre que te parezca, encierra hoy cien florines: hace cerca de diez años trabaja el aldeano que la habita, todos los dias desde las cinco de la mañana hasta las ocho de la noche, de modo que á fuerza de remover la tierra ha conseguido reunir esta cantidad. La puerta cierra mal, el pobre hombre tiene el sueño pesado, y ya ves que es fácil robarle.

—¡Miserable! esclamó Carlo-Magno, ¡quieres que vaya á arrebatar á un desgraciado el fruto de diez años de trabajo; un dinero empapado en el sudor de su rostro!

—¡Yo! dijo el enano, no quiero nada; me pides un consejo y te le doy; he aqui todo.

—Otro, otro, esclamó Carlo-Magno.

—¿Ves aquella casa de campo? dijo el enano dirigiendo el dedo hácia otra parte.

—La veo, respondió el emperador.

—Es la de un rico comerciante; no serán florines lo que encuentres en casa de este, sino ducados, y no los encontrarás á centenares sino á millares.

—¿Y sin duda, dijo Carlo-Magno, dedicándose á la usura y estafando en el peso es como ha hecho semejante fortuna?

—No, dijo el enano, no. Por el contrario, haciendo para sí como para los demas, tal exactitud en sus cuentas, que su probidad ha llegado á ser proverbial; y á este por casualidad le ha dado la probidad lo que á los demas la truhanería.

—¡Cómo, tunante! dijo el emperador, ¿y es precisamente á un hombre que ha hecho su fortuna de una manera tan honrada, á quien quieres que arruine?

—Yo no quiero nada, dijo el enano; por el contrario, tú eres el que quiere robar. Yo te digo quiénes son los que tienen dinero, y nada mas.

—Si, sin duda, quiero robar, contestó el emperador, pero no al pobre labrador, no al industrioso comerciante; mejor quisiera robar á algun buen abate, obeso por la molicie, enriquecido por el diezmo, que no haya hecho jamás otra cosa que dormir, comer y beber. He aqui á quien quisiera yo robar, si quieres saberlo.

—¡Diantre! para un principiante, dijo el enano, no está mal razonado; pero robando á tal persona, siempre seria á los pobres á quienes robarias, porque sabria muy bien hacer que al dia siguiente le entregase el pueblo el doble de lo que tú le hubieras cogido.

—Pues bien, entonces, añadió el emperador, quisiera robar á alguno de esos malos caballeros que no viven mas que del saqueo y los desafueros; que hacen traicion á aquellos á quienes deberian servir, y que oprimen á los que deberian defender.

—¡Oh! entonces es otra cosa, ¡que no te esplicaras antes! dijo el enano. Tengo lo que deseas. ¿Ves aquel castillo fortificado?

—Si, contestó Carlo-Magno.

—Pues bien, es del señor Harderic, el bribon mas grande que la tierra ha abortado despues del rey Atila y el falso profeta Mahoma.

—Tanto mejor, dijo el emperador.

—Pero eso no será cosa fácil. Tiene el sueño ligero y la mano pesada. Habrá que ganar algunos golpes.

—Tanto mejor, tanto mejor, dijo el emperador.

—Pues bien, entonces ve á ponerte otra coraza, una coraza oscura como la noche, á favor de cuya oscuridad nos escurriremos. Ve á coger un puñal corto en vez de esa larga espada. La espada es una arma de dia para alcanzar de lejos. Por la noche no se hiere mas que á lo que se toca. Se tienen los ojos en las manos, y no se necesita que la vista alcance mas lejos que la hoja. Anda y vuelve, te espero aqui, contando mis ducados á ver si la cuenta está bien.

El emperador no se lo hizo repetir dos veces; volvió á meterse en sus habitaciones, y salió al instante cubierto de una cota de malla

de acero bruñido, que le ajustaba al cuerpo como un jubon, y le cubria la cabeza como una capucha. Ademas llevaba á la cintura un cuchillo ancho, corto y cortante como la espada romana. El enano le examinó de pies á cabeza, é hizo una señal de aprobacion.

—Vamos, dijo Carlo-Magno.

—En marcha, repitió el enano.

Y ambos salieron del palacio; y por el camino mas corto, es decir, atravesando tierras, se dirigieron hácia el castillo de Harderic.

En el camino, habiendo encontrado Carlo-Magno un término que servia para demarcar los límites de un campo, le arrancó de la tierra y se lo echó al hombro.

—¿Qué diablos haces! dijo el enano.

—¿Crees que encontraré la puerta abierta? preguntó el emperador.

—No, respondió el enano.

—¡Y bien, ya llevo con qué hundirla!

El enano prorumpió en una carcajada.

—Eso es, dijo, y al primer golpe que dieras, toda la guarnicion se pondria en pie, y entonces, ¿qué encontrarias que coger? alguna gallina asustada que se guareciese en el foso. Te creia mas sagaz, amo.

—¿Pues cómo hemos de hacer? preguntó Carlo-Magno un poco confuso por su inesperiencia.

—Ese me corresponde á mi, dijo el enano.

Carlo-Magno dejó caer su marmolillo y continuó su camino sin decir una palabra.

En cuanto llegaron á la puerta, como lo habia calculado Carlo-Magno, la encontraron cerrada. Miró á su enano como para preguntarle qué habia que hacer; el enano le hizo seña que estuviese lo mas cerca que le fuese posible de la puerta; y lanzándose sobre una higuera que cruzaba el foso, y de la higuera encaramándose por la muralla, subió, metió sucesivamente sus manos y sus pies en los intérvalos de las piedras hasta llegar á las almenas, y desapareció. Un instante despues oyó Carlo-Magno rechinar una llave en la cerradura: la puerta se movió pesadamente, pero sin ruido, luego se entreabrió lo preciso para dejar pasar á un hombre. Carlo-Magno pasó; el enano entornó la puerta con las mismas precauciones que habia tomado para abrirla, y los dos ladrones se encontraron en el patio del castillo.

—Hé ahí vuestro camino, dijo el enano señalando á Carlo-Magno la escalera que conducia á las habitaciones del castillo; he ahi el mio, continuó enseñando la caballeriza.

—¿Por qué no vienes conmigo? preguntó Carlo-Magno.

—Porque yo tengo tambien que dar mi golpe, dijo el enano.

Y poniéndose á correr gateando como un perro, á fin de no ser reconocido como criatura humana en el caso de que fuese visto, atravesó el patio, y entró en la caballeriza.

Esta confianza del enano picó el amor propio de Carlo-Magno: subió la escalera lo mas calladamente que pudo, entró en las habitaciones, y alumbrado por un rayo de luna que precisamente se descubrió en el cielo en aquel momento, llegó á la habitacion que precedia á la alcoba en que dormian Harderic y su muger. En cuanto llegó alli, estendió la mano por si encontraba algo que coger, y su mano tocó un cofre redondo que le pareció debia contener dinero ó alhajas. En aquel momento el caballo del castellano relinchó tan violentamente, que Carlo-Magno se estremeció.

—¡Hola! dijo Harderic despertándose sobresaltado, ¿qué pasa en mi caballeriza?

—Nada, respondió la voz de su muger, es tu caballo que relincha.

—Mi caballo no tiene costumbre de relinchar asi, dijo Harderic, es preciso que alguno á quien no conoce intente desatarle.

—¿Y quién quieres que intente desatar tu caballo?

—¿Quién, pardiez? un ladron.

Y dichas estas palabras, Carlo-Magno oyó á Harderic bajarse de la cama y coger su espada. Entonces se hizo atrás, y gracias al rayo de la luna le vió pasar. Carlo-Magno permaneció en su rincon, maldiciendo al enano, y teniendo para todo evento, la mano en la empuñadura de su espada.

A los pocos momentos volvió á entrar el castellano.

—¡Y bien! le dijo su muger, ¿quién habia en la caballeriza?

—No habia nadie, respondió Harderic, pero hace tres ó cuatro noches que no puedo dormir.

—Y no puedes dormir porque sin duda meditas algo.

—Es verdad, dijo el castellano.

—¿Y qué meditas?

—Ahora ya puedo decírtelo, respondió Harderic, porque el momento en que debe llevarse á efecto nuestro proyecto, casi ha llegado; mañana, yo y otros once condes, barones y señores, debemos matar al rey Cárlos, que nos impide ser dueños de nuestras casas, lo cual estamos cansados de soportar, y ya no queremos sufrir mas.

—¡Ah, ah! dijo en voz muy baja Carlo-Magno.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! dijo la castellana asustada, y si fracasa vuestro proyecto, sois perdidos.

—¡Imposible! contestó el castellano, estamos unidos por los mas terribles juramentos; mañana convocados á la dieta con todos los demas, entramos en palacio sin escitar ninguna sospecha; iremos bien armados, y él no lo estará, rodeamos su trono, le herimos, y cae.

—¿Y quién son los conjurados?

—Eso es lo que no puedo decir, ni aun á tí

misma; pero su compromiso firmado con su sangre está aqui en la habitacion inmediata, encerrado en la cajita que se encuentra sobre la mesa.

Carlo-Magno alargó la mano, la cajita estaba efectivamente alli donde habia dicho Harderic.

—¡Ay! dijo la castellana, ¡Dios quiera que esto acabe bien!

—*Amen*, dijo el castellano.

Y se puso á dormir: por algun tiempo aun se oyeron los suspiros de la castellana, mas no tardó en mezclarse su suave é igual respiracion á los ronquidos de su marido: ambos habian vuelto á continuar su interrumpido sueño.

Entonces Carlo-Magno cogió la cajita, la puso bajo su brazo, atravesó las habitaciones, bajó la escalera, y llegó al patio. Alli vió á su enano que sujetaba el caballo de guerra del castellano, al que habia montado, y que relinchaba y piafaba, como si juzgase indigno de él obedecer á tan miserable escudero. Mas entonces el buen emperador saltó encima, y apenas el caballo sintió el peso de un hombre, y comprendió que se las habia con un diestro caballero, se volvió dócil como un cordero. Carlo-Magno cogió al enano por el cuello de su justillo, le puso á la grupa, y partió á todo galope.

Luego que llegó al castillo, abrió Carlo-Magno la cajita que habia robado, y encontró en ella los compromisos de los doce conjurados firmados con su sangre. Hizo entonces despertar á sus gentes y mandó que se levantasen en uno de los patios del palacio once cadalsos de ordinaria altura, y otro mas elevado que los demas, y en lo alto de cada uno de los once patíbulos, hizo clavar en carteles los nombres de los once conjurados, y en el mas elevado el nombre de su gefe Harderic.

Despues, como habia dos entradas en palacio, mandó recibir á los demas barones convocados por otra puerta y otro patio, y no recibir mas que á los conjurados por la puerta y en el patio de los cadalsos.

Y se hizo como Carlo-Magno lo habia mandado, y cuando vió á todos los barones reunidos, les refirió el complot tramado contra él, les enseñó el compromiso firmado con la sangre de los doce conjurados, y les preguntó qué pena habian merecido: y todos los barones á una voz, dijeron que habian merecido la muerte.

Entonces Carlo-Magno mandó abrir los balcones que daban al segundo patio, y los barones vieron á las doce conjurados ahorcados en las doce horcas.

Y en memoria de la celeste aparicion á la que debia la vida, llamó al palacio donde la habia tenido *Ingelheim* ó la *Casa del Angel*.

Apenas se ha pasado Ingelheim, desaparecen las montañas, el valle se estiende hasta casi perderse de vista, y el Rhin se estiende como un inmenso lago. Se ha dejado atrás la parte mas pintoresca, y se tiene á la izquierda el castillo de Biberick, y enfrente, como el fondo del horizonte, la ciudad de Maguncia, que parece cortar el rio.

Biberick es la residencia del duque de Nassau. La mañana misma del dia en que pasamos por delante del castillo ducal, S. A. habia llegado de vuelta de presidir sus estados, que no habian durado mas que una hora, puesto que el soberano los habia abierto y cerrado con el mismo discurso. He aqui el que dirigió á sus cámaras:

«Señores,

«En el ducado de Nassau contamos próximamente ciento cincuenta mil almas.

«Desde los romanos hasta nuestros dias, se han hecho próximamente, por mis predecesores, y por los predecesores de mis predecesores, ciento cincuenta mil leyes; sale á ley por cabeza, lo cual me parece bastante. Os daré, pues, el consejo de ateneros á nuestras antiguas leyes, y no hacer otras nuevas.

«En cuanto á mi lista civil del año actual, como me queda aun próximamente la mitad de la cantidad que me votasteis el año pasado, es inútil que nos ocupemos de ella hasta el año próximo.

«Y con esto, señores, ruego á Dios os conserve en su santa y digna guarda.»

Y pronunciadas estas palabras, los Estados habian sido cerrados.

Asi es como se practica el gobierno parlamentario en Alemania.

Diez minutos despues de haber pasado Biberick, abordamos al muelle de Maguncia.

Nuestro primer cuidado al llegar á Maguncia, fué ver la plaza de la Parada, donde se acababa de erigir la estátua de Guttemberg, fundida en Paris por un modelo de Thorwaldsen. Lo siento por el inventor de la imprenta, pero merecia algo mejor que aquello, y no ha ganado gran cosa en pasar del granito al bronce.

Pero tengo que reprenderme el haber contribuido por mi parte á aquella pícara obra. Agotados todos los medios de estímulo que ejercen comunmente su accion sobre los suscritores, acaso por haber tenido la imprudencia de publicar el producto de la suscricion, quedaba un déficit de 8,000 francos; concibióse entonces la idea de dar una representacion de beneficio para cubrir aquella cantidad, y se eligió un drama francés que acababa de ser traducido al aleman. Este drama era *Kean*.

El producto escedió en mas de 2,000 francos al déficit que debia llenar, lo cual debe atribuirse ciertamente al patriotismo de los maguncieses.

Di tres veces la vuelta alrededor de la es-

tátua para afirmarme en mi opinion, y volví á la fonda perfectamente enterado.

Dos horas despues rodaba nuestro carruage por el camino de Francfort.

FRANCFORT.

Una ventaja inapreciable de las carreteras generales alemanas, es que se duerme en ellas mejor que en las posadas. Al salir de Maguncia me aproveché del escelente estado de los caminos para vengarme del mal estado de las camas. Desde Roma no habia dormido.

No sé á que hora llegamos á Francfort. Fuí despertado con sobresalto por un austriaco qne me sacudió el brazo para que le diera mis documentos. Desde que á uno le sucedió una aventura, los austriacos son feroces en materia de pasaportes.

La ciudad libre de Francfort, que en su cualidad de ciudad libre es custodiada por un regimiento prusiano y otro austriaco, habia manifestado por el órgano de sus dos burgomaestres, el deseo de prender á un famoso ladron, quien en la feria de otoño habia ejercido su industria á espensas de nacionales y estrangeros. En consecuencia, como á pesar de las pesquisas de la policía tocando la feria á su fin, el ladron no habia sido cogido, se dió órden á los centinelas para que redoblasen su vigilancia é hiciesen entrar en el cuerpo de guardia á todos los que saliesen de la ciudad, á fin de examinar con atencion si los pasaportes estaban en regla, y si la filiacion consignada en ellos convenia con la del rostro, la estatura y las señas particulares de los individuos; y tomadas estas medidas y comunicadas á los gefes de los regimientos, las autoridades de la ciudad, satisfechas de su sagacidad, se durmieron con completa tranquilidad.

No sucedió lo mismo al ladron; el pobre diablo estaba muy inquieto; la naturaleza le habia dado un físico muy particular, lo cual le hacia muy difícil el uso de un pasaporte que se hubiese estendido exactamente para él. No obstante, pasó revista á sus documentos; mas en los cinco ó seis pasaportes que poseia, no encontró uno que le tranquilizase suficientemente para hacerle intentar la prueba del cuerpo de guardia. Resolvió salir sin pasaporte como un ciudadano que va de paseo

Presentóse, pues, en la puerta de Affenhor, guardada por un puesto austriaco, é intentó pasar contoneándose y con un junco en la mano. Pero el centinela, que habia recibido su consigna, gritó: ¡*Quién vive*! con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Ciudadano! respondió el ladron.

—Acercaos á la órden, dijo el centinela.

No habia medio de negarse á semejante invitacion acompañada de una actitud militar que no dejaba duda alguna acerca de las intenciones del que la hacia.

—Aqui estoy, dijo el ladron aproximándose.

—¿Vuestro pasaporte? preguntó el centinela.

—¡Mi pasaporte! respondió el ladron como si le admirase sobremanera la pregunta, no le tengo.

—Pues bien, dijo el centinela poniendo el arma al brazo, sois muy dichoso en no tenerle, porque si le tuviéseis, me hubiera visto obligado á haceros entrar en el cuerpo de guardia, donde se hubiera examinado si la filiacion estaba en relacion con vuestra fisonomía, lo cual os hubiera hecho perder media hora larga; pero puesto que no le teneis, es otra cosa. Marchad.

El ladron se aprovechó del permiso que se le habia concedido tan graciosamente por el centinela.

Por lo que hace á nosotros, como nuestro físico, en relacion con nuestras señas, no escitó al parecer ninguna desconfianza, salimos del paso con media hora de espera, despues de lo que nuestro carruage nos dejó á la puerta del *Emperador romano*, donde terminé la noche tan bien comenzada en la diligencia.

Al dia siguiente al despertar, me puse al balcon. Estaba en la Zeila, la calle mas hermosa de Francfort. Por encima de mi cabeza tenia un magnífico emperador, cuya intencion es representar á Carlo-Magno ó Luis de Baviera, ó no sé á cuál, pero que ciertamente no representa ni al uno ni al otro; á derecha é izquierda se veian las casas mas ricas de Francfort. Este primer aspecto me dió la mas alta idea de las ciudades libres.

Bajé al salon general; como en lo demas de Alemania, las comidas de los huéspedes estaban señaladas para la una y para las cuatro, lo cual permite á cada uno comer segun su costumbre. A la comida de la una no hay mas que alemanes, y en cambio á la de las cuatro no hay mas que ingleses y franceses.

Me quedaban aun dos horas; pregunté la direccion del Rœmer ó del Ayuntamiento. En este monumento, como es sabido, era donde se elegian los emperadores.

Francfort, cuyo nombre teuton *Francfurt* quiere decir *vado franco*, debe su orígen á un castillo imperial que habia mandado construir alli Carlo-Magno, en el sitio mismo en que el Mein es vadeable. La primera huella de él que se encuentra en la historia, es la fecha del concilio que se celebró alli en 794, concilio en el que no se admitió la adoracion de los Magos. En cuanto al palacio de Carlo-Mag-

no, no queda ningun vestigio de él; solo si pretenden los anticuarios que se hallaba junto al sitio en que despues se edificó la iglesia de San Leonardo.

Desde Luis el Pio hasta el fin de la dinastía Carlovingia, Francfort fué la capital del reino oriental de los francos; los tres Othones la hicieron sucesivamente rodear de murallas, y en tiempo de Luis de Baviera, su directo protector, llegó casi al grado de estension que tiene hoy. Por lo demas, desde 1152, en Francfort era donde se elegian los emperadores romanos, cuando en 1556 apareció la Bula de Oro, dada por Cárlos IV, y que llegó á ser la ley fundamental del imperio. Esta famosa bula, escrita en cuarenta y cinco hojas de pergamino, y que comenzaba por estas palabras: *Omne regnum in se divisum desolabitur*, se conserva en los archivos del Ayuntamiento. Su nombre le viene de la lámina de oro que cubria y cubre aun su sello, á fin de conservarle intacto. Dos siglos mas tarde, no solo fueron elegidos los soberanos en Francfort, sino que tambien fueron alli coronados; lo cual dió á la ciudad nueva importancia.

Francfort se gobernó, mejor ó peor, como ciudad municipio-imperial, hasta el momento en que, despues de haber sido bombardeada por los franceses durante las guerras de Napoleon, fué donada el dia menos pensado por Napoleon al príncipe primado Cárlos de Dalberg, y entonces pasó á ser la capital del gran ducado de Francfort; en fin, el 9 de junio de 1815, el acta del congreso de Viena hizo de Francfort el asiento de la dieta de la Confederacion germánica, y la capital del gran ducado de Francfort se encontró otra vez ciudad libre.

Por su nueva constitucion, los francforteses tienen derecho á una cuarta parte de voto en la dieta, perteneciendo las otras tres cuartas á las tres ciudades libres, Hamburgo, Brema y Lubeck.

En cambio de este honor, Francfort debe tener setecientos cincuenta hombres á disposicion de la Confederacion germánica, y disparar el cañon el dia anniversario de la batalla de Leipsick. Este último artículo esperimentó al principio algunas dificultades, porque la ciudad libre no tenia desde 1808 murallas, ni desde 1813 cañones. Pero se aprovechó el primer momento de entusiasmo para abrir una suscricion con el objeto de comprar dos piezas de á cuatro. Y gracias á esta liberalidad voluntaria, la ciudad libre hace en el dia fijado y con una exactitud completamente comercial, el fuego y el humo que debe á la Santa Alianza.

En cuanto á las murallas, no hay nada que decir; en vez de murallas antiguas y fangosos fosos, los francforteses han visto surgir como un cinturon gracioso y embalsamado, un encantador jardin inglés que permite dar vuelta á la ciudad bajo magníficos árboles y por enarenados caminos. De modo que con sus casas pintadas de blanco, de color de melocoton y de rosa, Francfort parece un ramillete de camelias rodeado de brezo. El sepulcro del maire á quien se le ocurrió esta idea, se eleva en medio de aquel encantador laberinto, que pueblan los ciudadanos y sus familias todos los dias á las cinco.

Por curioso que fuese visitar el paseo de la Muralla, como se llama, no quise salir del Ayuntamiento sin haber visto el salon de los emperadores. Conseguí exhumar una especie de conserge que subió delante de mí con un manojo de llaves en la mano, y me abrió aquel salon, que lleva hoy el título de salon del Senado. Una de las cosas curiosas de este salon, que contiene todos los retratos de los emperadores, desde Conrado hasta Leopoldo II, es que el arquitecto que le construyó hizo exactamente tantos nichos como emperadores debia haber alli, de modo que en el momento en que Francisco II fué elegido, habiendo acabado el espacio en la sala, no se encontró ya nicho para el nuevo César. Discutíase mucho para saber donde se pondria el retrato del nuevo elegido, cuando en 1806 se desplomó el antiguo imperio romano al estrépito del cañon de Wagram, sacando de este modo de su embarazo á los cortesanos.

El arquitecto habia previsto el número de emperadores que debian colocarse alli. Nostradamus no lo hubiera hecho mejor.

Desde Conrado hasta Fernando I, es decir, desde 911 á 1556, se verificó la coronacion en Aix-la-Chapelle: Maximiliano II comenzó en 1564 la série de los emperadores coronados en Francfort.

Despues de la ceremonia, que se verificó en la iglesia catedral de San Bartolomé, mas conocida bajo el sencillo nombre del Domo, el nuevo elegido, acompañado de los electores, volvió al Ayuntamiento y subió al gran salon, para ejecutar y ver ejecutar las ceremonias acostumbradas en semejantes casos.

Los electores de Tréveris, Maguncia y Colonia, se colocaban en el primer balcon, contando de derecha á izquierda.

El emperador, de trage de gala, con el manto imperial sobre sus hombros, la corona en la cabeza, el cetro y el globo en la mano, se colocaba en el segundo balcon.

En el tercero habia un dosel, bajo el que estaban el arzobispo y el clero.

El cuarto estaba destinado á los embajadores de Bohemia y del Palatinado.

El quinto á los electores de Sajonia, Brandeburgo y Brunswick.

En el momento en que aparecia esta brillante asamblea, toda la plaza estallaba en gritos y aclamaciones.

Esta plaza merece una descripcion particular.

El centro estaba ocupado por un buey entero que se asaba en una cocina hecha de tablas.

En uno de los lados habia una fuente que remataba en un águila de dos cabezas, que por uno de sus picos echaba vino tinto y por el otro vino blanco.

El otro lado lo ocupaba un monton de avena que tendria unos tres pies de altura.

Cuando todos los balcones estaban ocupados, cuando el emperador, el arzobispo y los electores estaban sentados en sus respectivos puestos, se oia el sonido de la trompeta, y el archi-mariscal salia á caballo, metia hasta la cincha el caballo en la avena, llenaba una medida de plata, volvia á subir al salon, y presentaba al emperador esta medida.

Esto queria decir que las caballerizas estaban provistas.

Oíase entonces segunda vez la trompeta, y el copero mayor salia á caballo, é iba á llenar dos copas de plata en la fuente, la una con vino tinto, la otra con vino blanco, y llevaba estas dos copas al emperador.

Esto queria decir que las bodegas estaban llenas.

Se oia la trompeta por tercera vez, y el trinchante mayor salia á caballo, é iba á cortar un pedazo de buey y lo llevaba al emperador.

Esto queria decir que las cocinas estaban florecientes.

En fin, se oía la trompeta por cuarta vez, y el tesorero mayor salia á caballo, llevando en la mano un saco donde estaban mezcladas monedas de oro y plata, y arrojaba estas mondas al pueblo.

Esto queria decir que el tesoro estaba lleno.

La vuelta del tesorero mayor era la señal de un gran combate á que se entregaba el pueblo por tener avena, vino ó buey. Generalmente se dejaba á los carniceros y cosecheros de vino sitiar y tomar la cocina; la cabeza del buey era el trofeo mas honroso de la lucha. La victoria se adjudicaba al partido que tenia la cabeza; y todavía hoy los cosecheros enseñan en las cuevas del palacio y los carniceros en su mercado las cabezas que sus antepasados conquistaron en las memorables jornadas de las coronaciones.

Despues de haber visitado escrupulosamente las bodegas y el mercado, y rendir mis homenages á los descendientes de los cosecheros y á los sucesores de los carniceros, me dirigí hácia el malecon por el cual bajé hasta Mainhüt, y saliendo por la puerta inmediata, me encontré en los encantadores jardines de que he hablado mas arriba, y que son realmente deliciosos. Seguí por ellos hasta la puerta de Bockenheim, y volví á entrar en la ciudad. Como sabia que estaba en la patria de Goëthe, y no debiendo estar muy lejos la casa del poeta del barrio en que me encontraba, me aproximé á un respetable caballero que con una caña con puño de oro en la mano, atravesaba la plaza del Teatro; despues, con toda la cortesanía posible, me informé de si hablaba francés.

—¿Si hablo francés, caballero? me dijo. Un banquero debe hablar todos los idiomas, y yo soy banquero retirado. Me incliné con todo el respeto que profeso á esta estimable clase de la sociedad, y cuando me hubo devuelto mi saludo:

—En ese caso, caballero, le dije, ¿me hareis el gusto de indicarme la casa de Goëthe?

—¿La casa de Goëthe? ¿la casa de Goëthe? repitió por dos veces el buen hombre cogiéndose la barba con la mano, y procurando reunir todos sus recuerdos. ¿La casa de Goëthe? ¡hum! ¡hum! Caballero, preciso es que sea esa una casa que haya hecho bancarrota ó que todavía no tenga reputacion, porque no la conozco.

—Entonces, dispensadme por haberos importunado.

—No hay de qué, servidor vuestro.

Y nos separamos sumamente complacidos el uno del otro. El buen hombre me habia dado mas que lo que le pedia.

Al volver al *Emperador romano*, me informé del mozo de la fonda dónde estaba situada la casa de Goëthe, supe que era la casa señalada con la letra F, número 74, en la calle *Grosser-Thirschgraben*, que quiere decir, segun creo, la calle del Gran Foso de los Ciervos.

Sea dicho esto de paso para librar á los viageros del embarazo de prolongadas indagaciones.

LA CALLE DE LOS JUDÍOS.

Inmediatamente despues del almuerzo me puse en campaña, y como sabia ya dónde encontrar la casa de Goëthe, me contenté con preguntar la direccion de la calle. Aunque Francfort se vanagloria de poseer 217 calles, todos felizmente conocian esta; asi que estuve pronto frente á la letra F, número 74.

Esa letra y este número son los de una casa que en nada se distingue de las casas inmediatas; únicamente encima de la puerta están las armas de la familia, armas proféticas y cuyos colores no se pueden conocer por la ignorancia heráldica del que las talló, pero cuya pieza mas notable es una banda con tres liras.

En esta casa es donde Goëthe escribió una parte de *Werther*.

Goëthe es sin contradiccion, uno de los genios mas poderosos, no diré que haya poseido la Alemania, sino que haya poseido el mundo. En cada ramo de la literatura ha dejado alguna obra maestra. En novelas *Werther* y *Wilhelm weister* son maravillas; *Gœtz de*

Berlichingen y *El Conde de Egmont* están á la altura de los dramas de Shakespeare. *La Desposada de Corinto*, *El Pescador* y *El Bey de Thule*, valen tanto como lo que los mas grandes poetas antiguos y modernos han hecho mejor. Fausto no tiene igual en ningun idioma, y cosa estraña, Goëthe á pesar de todo ha vivido feliz y respetado; ha encontrado á la vez un príncipe y un pueblo que le han comprendido viviendo; ha asistido á su apoteosis como si ya la sancion de los siglos hubiese pasado sobre él: de modo, que cuando murió cargado de años y honor, todos parecieron admirarse de que pagase el tributo comun; se habian acostumbrado á creerle inmortal.

Goëthe fué el primero que dió nuevas hermanas á esa familia de ángeles creada por Shakespeare. Clara, Mignon, y Margarita son creaciones tan castas en su afecto, tan puras en su amor, tan grandes en su abatimiento como Desdemona, Julieta y Ofelia. Todo nuestro teatro ha pasado entre esos dos hombres, creando mugeres apasionadas ó tímidas doncellas, pero sin imaginar nada que se pareciese á la aristocrática amante de Otelo, ó á la pobre querida de Fausto.

En la esquina de la calle donde está situada esta casa santa, leí el cartel de la funcion de la noche en el teatro: se representaba *Griselidis*.

La calle que tomé al acaso, segun mi costumbre, me condujo derecho á la catedral. Es una construccion irregular, rodeada de casas que la ocultan, terminada en un campanario truncado: comenzada por los Carlovingios, fué acabada ó mas bien interrumpida en el siglo XVI. Su aspecto tiene algo de estraño por la enorme cantidad de escudos que la adornan y que le dan el aspecto mas bien de un salon de armas que de un lugar santo. Contiene dos sepulcros notables.

Se enseña allí ademas un gran reloj, *obra maestra de mecánica*, que á mi parecer tiene una gran ventaja sobre los que andan mal, y es la de no andar.

En la catedral se me acercó el dueño de la fonda, que habia salido de su casa con intencion de verme, y que me buscaba para ponerse á mi disposicion el resto del dia. Le supliqué me condujese á la calle de los Judíos.

En Francfort, como en todas partes, la calle de los Judíos es el barrio mas sucio, pero tambien el mas pintoresco de la ciudad. La calle que habitan es hoy lo que era en el siglo XV. Mientras es posible permanecer en una casa, jamás un judío, hablo de un judío de pura sangre, un judío de la raza judáica, jamás un judío la derriba. La casa tiene grietas, las tapa; la casa se inclina, la pone puntales. El judío tiene horror á todo lo nuevo. Todo cambio le asusta; sus ojos prefieren fijarse en los objetos que han sido vistos por sus padres.

Sin embargo, hace cuarenta y cinco años turbó estraordinariamente un suceso el hormiguero israelita. En 1796 Jourdan hizo bombardear la ciudad durante dos dias con sus noches: la mayor parte de las bombas cayeron en la calle de los Judíos, donde incendiaron y derribaron mas de cien casas. Este accidente ha producido sino la creacion, al menos el ensanche de una calle nueva.

Esta calle, como la otra, estaba adherida por puertas que se cerraban por la noche á cierta hora, y ante las que se colocaba un centinela. Todo judío que se retiraba tarde debia pagar una multa; pero desde 1819 todas aquellas medidas opresoras han desaparecido felizmente; los judíos que no podian tener mas que una casa en la calle que les estaba especialmente reservada, pueden habitar donde quieran, y poseer tantas casas como les convenga. A su correligionario Mr. de Rotschild es á quien deben en gran parte esta mejora en su condicion: asi, contra lo que generalmente sucede á los que hacen bien, Mr. de Rotschild es adorado en Francfort.

Hay, sin embargo, costumbres que Mr. Rotschild no ha podido vencer á pesar de sus súplicas, antipatías que á pesar de sus instancias no ha podido destruir: y son las costumbres y antipatías de su madre á todas las nuevas invenciones del bienestar y del lujo que ella dispensa soberanamente. Jamás ha querido dejar su casita del Ghetto por ninguno de los palacios que sus hijos han hecho construir, en París, Lóndres, Viena, y aun en el mismo Francfort. Jamás ha querido ir en carruage, jamás ha cambiado nada de su modo de vivir, y la fortuna de sus hijos ostenta por todas partes sus magnificencias, sin haber podido hacer caer sobre ella visiblemente ninguno de sus reflejos dorados.

Por lo demas, el manantial de esta fortuna es tan curioso como honroso. El príncipe de Hesse-Cassel, obligado á abandonar sus Estados en 1795, y no habiendo á quien confiar una cantidad de dos millones, pidió consejo á un amigo suyo quien le indicó, como el hombre mas honrado que conocia, á un judío con quien habia tenido algunas relaciones de negocios. El príncipe de Hesse-Cassel le hizo ir y le entregó la cantidad. El judío le preguntó si era á título de depósito ó para hacerla producir. El príncipe tenia prisa; le respondió que hiciera lo que quisiera, y se limitó á pedirle un recibo. Entonces el judío meneó la cabeza y le suplicó volviese á tomar aquel dinero, puesto que si él príncipe de Hesse-Casel, era cogido, y entre sus papeles le encontraban el recibo, este recibo seria para el depositario una causa de persecucion.

Sin recibo, respondia de todo; pero con un recibo, de nada respondia. El príncipe vaciló un instante; el judío tenia aspecto de honrado, pero la cantidad era bastante fuerte para merecer algunas precauciones. Sin embargo, la confianza pudo mas que el temor; el príncipe le entregó la cantidad, y en seguida se pronun-

ció en retirada como todos los demas príncipes colegas suyos.

En fin, en 1814, el tratado de París devolvió á cada príncipe, sobre poco mas ó menos, lo que habian perdido antes de todos aquellos grandes terremotos de imperios, que desde 1795 á 1814 habian devorado tantos tronos: el príncipe de Hesse-Cassel volvió á entrar en su capital. En su ausencia, Napoleon habia hecho de ella la capital de un reino, de modo que quedó muy satisfecho del estado en que la encontraba.

Una mañana le anunciaron que un judío preguntaba por él; el príncipe de Hesse-Cassel responde que si el judío tiene que hacerle alguna peticion, se la haga por escrito á sus ministros. El judío contesta que lo que tiene que decir al príncipe á nadie interesa mas que á él, y no lo dirá á nadie mas. El judío es introducido.

El príncipe le reconoce: era aquel el mismo trage, un poco mas raido; la misma fisonomía, algo mas envejecida; los mismos cabellos, algo mas escasos; y la misma barba, un poco mas encanecida. El judío se inclina.

—¡Ah, pardiez! le dice el príncipe, ¿eres tú? no pensaba volverte á ver. ¡Y bien! ¿qué vienes á decirme? ¿qué mi dinero ha sido descubierto y robado? ¡Y qué quieres, buen hombre, es una desgracia! Gracias á Dios y á la Santa Alianza, no soy muy pobre, y puedo perder dos millones con los que no contaba.

—No es eso, monseñor, respondió el judío inclinándose á cada palabra. Gracias al Dios de Israel, no han tocado á vuestros dos millones; pero V. A. me habia dado permiso para hacerlos producir.

—¡Ah! comprendo, dijo el príncipe; los has hecho producir tan bien, que se han perdido. ¡Qué quieres! ¡estos desgraciados tiempos han sido tan terribles para el comercio!

—No es eso, alteza. Los dos millones no se han perdido.

—¡Cómo! esclamó el príncipe, ¿mé traes mis dos millones?

—Tampoco es eso, monseñor; no os traigo vuestros dos millones, os traigo seis. El dinero bien manejado produce asi.

—¡Y bien! ¿pero, y tú?

—Yo ya saco mi agencia, mi corta comision, mi seis por ciento; pero es aparte de eso. Ademas, ya vereis los libros, monseñor; están en órden.

—¿Y en qué diablos has podido ganar cuatro millones?

—En una porcion de cosillas que seria demasiado largo deciros, monseñor; pero ya vereis todo eso en los libros.

—¿Y crees qué voy á tomar ese dinero? Tomaré mis dos millones, pues lo demas es para tí; yo no comercio.

—V. A. no tiene razon; pudiendo disponer de unos fondos como esos, se pueden emprender grandes negocios, puesto que solo con dos millones.....

—Vuelvéme, te digo, los dos millones con los que has negociado, y guarda los cuatro millones de ganancia.

—¡Pero si ya os he dicho que yo he descontado mi corto interés!

—¡Cómo! si dices una palabra mas, no tomo nada.

—¡Ah! monseñor, hay leyes, aun para los pobres judíos; yo os obligaré á ello.

—¿A tomar seis millones cuándo no te he dado mas que dos? ¡Pardiez, la cosa es grande!

—No, replicó el judío despues de haber reflexionado un instante; no, yo no puedo obligar á V. A. á tomar los seis millones, puesto que puede negar que me autorizó para hacer producir su dinero, y si no tiene palabra, seré condenado.

—¡Pues bien! dijo el príncipe, no tengo palabra; no te he autorizado para hacer producir mis dos millones, y si dices otra palabra mas, te persigo como defraudador de depósitos.

—¡Ya no hay buena fé en el mundo! murmuró el judío entre dientes.

—¿Qué dices? preguntó el príncipe.

—Nada, monseñor, dijo, que sois un gran príncipe, y yo no soy mas que un pobre judío. Hé aqui vuestros dos millones en buenas letras á la vista sobre el tesoro de Viena; en cuanto á los otros cuatro millones, puesto que resueltamente no los quereis (el judío exhaló un suspiro) será preciso que me quede con ellos.

Y el judío se volvió á Francfort llevándose los cuatro millones, y no comprendiendo como marchaban ya las cosas.

Este judío era Mr. Rotschild, padre.

Hé aqui el orígen de esa gran fortuna, tal cual se me ha referido en Francfort: le reproduzco porque no puede herir, antes al contrario, á ninguno de los que llevan el mismo nombre.

Despues, he sido presentado á Mr. Rotschild de Francfort, que es cónsul de Nápoles, como su hermano de París es cónsul de Austria, y me ha recibido como Mr. Rotschild trata á los estrangeros, con la mayor amabilidad. En cuanto á su señora, no diré de ella mas, sino que es uno de los privilegios de las señoras Rotschild ser modelos de buen gusto y modales, habiten en Lóndres, en París ó en Francfort.

Para terminar, me propuso mi cicerone visitar el hospital judáico, fundado en gran parte, y sobre todo, sostenido por Mr. de Rotschild.

Es un hospital semejante á todos los hospitales, con la sola diferencia, acaso, de estar algo mas limpio. ¿Es para quitar la gana á los judíos de Francfort de caer enfermos?

Uno de los balcones del hospital da al antiguo cementerio. Jamás he visto nada mas

triste que este campo mortuorio abandonado: todas las piedras cinerarias son semejantes, y si en alguna parte existe la igualdad, ciertamente es en aquel rincon de tierra. Una cabra la habita; es sin duda la cabra emisaria. Al brotar la yerba de los sepulcros, debe estar encargada de digerir los pecados de los que yacen debajo. Por lo demas, es una tarea que ejecuta concienzudamente: jamás he visto cabra mas grande y de mejor aspecto. Verdad es que á no tener miedo á los aparecidos, hay pocas existencias que puedan compararse á la suya; habiendo reemplazado á una cabra que murió de vejez, á su vez de vejez morirá. Esta es la muerte que ambicionaba Arlequin, y Arlequin no es un imbécil.

Al volver á la fonda, recordé que el abate Smeets me habia dado una carta para el obispo D..... Fuí á su casa, pero el obispo D..... estaba en las aguas de Viesbaden. Esta carta tenia por objeto proporcionarme noticias acerca de Sand. Escribí al obispo D..... Su respuesta iba acompañada de una carta para monsieur Widemann, doctor en cirugía, calle Mayor de Heidelberg, núm. 111.

ESCURSION.

Los alrededores de Francfort son curiosos; sobre todo, el pequeño principado de Homburg, merece ser visto, no precisamente por él mismo, sino por su colonia francesa.

Figúrese el lector toda una aldea protestante desterrada de Francia, cuando la revocacion del edicto de Nantes, es decir, por el año de 1686, que ha emigrado del pais natal con las costumbres, el idioma, y casi el trage del siglo en que vivia, para la que en vano ha girado la tierra desde aquel tiempo, que nada sabe sino por tradicion, que cree que los dragones acuchillan á los protestantes, y que os habla de Cavalier y de Mr. de Baville, como si hubieran muerto ayer; todo esto en un idioma que no es el nuestro, con giros de frases que no se encuentran mas que en Moliere; de modo que, menos el talento, se creeria, cuando se oye hablar á aquellos habitantes, que se lee una carta de Mad. de Sévigne ó de Bussy-Rabutin.

Al llegar á la capital, de la que está distante la colonia francesa una legua próximamente, vi á dos soldados que se paseaban del brazo. Como no conocia su uniforme, pregunté al posadero á qué cuerpo pertenecian.

—Es nuestra infantería, me respondió.

—¡Ah! vuestra infantería.

—Si señor. Ayer hubiera podido enseñaros nuestra caballería, pero nuestra caballería, ha muerto *él* esta noche.

—¿Cómo, vuestra caballería, ha muerto *él*?

—Sin duda, *él* ha muerto. Era un húsar. Debemos tres hombres á la confederacion, dos infantes y un ginete. Los dos infantes ahí los teneis; en cuanto al ginete, ha muerto. Pero mañana habrá otro.

El príncipe de Homburg, que tiene derecho de vida y muerte en sus estados, es segundo comandante de la fortaleza de Luxemburgo, lo cual hace que á pesar de su título de soberano, el primer comandante puede enviarle arrestado si falta á su servicio.

—Entonces, continué, vuestro príncipe es uno de los mas pequeños soberanos de Alemania, puesto que no tiene mas que tres hombres.

—¡Oh, monseñor! respondió el posadero, los hay mucho mas pequeños; los hay que tienen dos hombres, y uno, y medio.

—¿Medio hombre? ¿y cómo se gobiernan?

—¡Y bien! se arreglan con otro que debe hombre y medio. Uno presenta el hombre y el otro le viste.

Quince dias despues encontramos en Baden al príncipe de N..... ¡Esto ya es otra cosa!

Como era segundogénito, no le tocó en herencia mas que una aldea de doce casas.

Habia vendido sucesivamente sus doce casas, y por consecuencia sus súbditos, á escepcion de uno solo á quien habia hecho su ayudante de campo. Mas al llegar á Baden riñó con su ayudante de campo, y este para burlarle, le presentó su dimision; de modo que aun era príncipe soberano, pero que no tenia súbditos.

El pobre príncipe se arrancaba los cabellos de cólera. Estaba reducido á dar latigazos á su perro.

Espero que el dia menos pensado habrá sacudido tanto al pobre animal, que rabiará y concluirá por morderle.

Por lo demas, se me olvidaba decir que el príncipe de Homburg nos pareció era adorado de sus súbditos. Mas vale ser amado de pocos que detestado de muchos.

La escursion de Homburg nos habia puesto en camino: resolvimos hacer al dia siguiente una correría al Taunus.

El Taunus es una de las cadenas de montañas mas graciosas que he visto. Da á Francfort un horizonte encantador, que cambia de color á todas horas del dia, y que para la tarde sufre todas las variaciones de luz que le envia el sol poniente. En otro tiempo tenia minas de plata que fueron esplotadas por los romanos. De trecho en trecho se encuentran en sus flancos anchas aberturas, profundas cavernas, en las que se descubre la señal del azadon legionario; y tambien en distintos sitios se ven restos de calzada, que parecen ca-

minos de gigantes, y que unos atribuyen á Germánico, otros á Adriano y otros á Carlo-Magno.

Partimos una mañana para visitar á Vinternœde y su lindo riachuelo, el Nida; Sden con sus catorce manantiales minerales, algunos de los que tienen sabor á tinta; Sellers, cuya agua espumosa, azucarada y ácida, se parece mucho al vino de Champagne, y en fin, Kœnigsfelden ó la Piedra del Rey.

A pesar del orgulloso nombre que llevan, las ruinas de Kœnigsfelden no son objeto de ninguna tradicion de la edad media; todo lo que la historia dice de ellas, es que habiendo muerto el último vástago de sus condes en 1581, aquella fortaleza se convirtió en prision de estado del arzobispo de Maguncia, que encerraba en ella sus prisioneros. En 92 se apoderaron de ella los franceses, y sostuvieron un sitio contra los prusianos, quienes en su ardor por tomarle, batieron en brecha á Kœnigsfelden de dia y de noche; pero como por la noche se perdian las balas mal dirigidas, los franceses, para economizarles la pólvora, encendieron linternas, que ataron á las murallas. Los prusianos se picaron tanto con aquella burla, que levantaron el sitio; de modo que los franceses conservaron á Kœnigsfelden hasta 1796, en cuyo año le volaron.

Preguntaban al duque de Nassau por qué no reparaba, reedificándole, los estragos que los franceses habian causado en Kœnigsfelden.

—No soy tan tonto, respondió, ese castillo está en su camino.

Ya hemos tenido ocasion de hacer notar que el duque de Nassau era un hombre muy sensato.

Nos entró el deseo de almorzar en medio de aquellas ruinas, obra nuestra. Me dirigí al punto á la aldea para proporcionarnos algunas provisiones, pero no era cosa fácil con mi modo de hablar el aleman. Entré por tanto en casa de un barbero, esperando que por sus relaciones con las barbas de los viageros, habria tenido ocasion de aprender el francés. No quedé desairado mas que á medias; mi barbero me habló latin, verdadero latin. No lo haria como Ciceron, es verdad, pero era mas fuerte que Elvincourt. De modo que sobre poco mas ó menos, encontramos lo que buscábamos.

El barbero no quiso absolutamente recibir nada por el trabajo que le habiamos dado, y me ví obligado para que aceptase algo, á hacerme cortar el pelo.

Desde nuestro comedor, que habiamos establecido sobre la plataforma de Kœnigsfelden, disfrutábamos una vista magnífica. A nuestra izquierda el Alt-Kœnig, la única montaña del Taunus que el buitre de los Alpes juzga digna de su nido; el gran Feldberg, donde una antigua tradicion dice que se retiró la reina Brunchant, y donde aun se enseña hoy su ermita escavada en la roca; en fin, frente á nosotros, Falkenstein ó la Piedra del Halcon, cuyas ruinas conservan la antigua tradicion del caballero Cuno de Sagen y de Ermangarda.

Eran estos dos bellos jóvenes que se amaban; eran jóvenes, ricos y nobles ambos, y cada uno tenia para dar tanto como recibia. No vieron, pues, á su felicidad otro impedimento que el carácter caprichoso del anciano conde de Falkenstein. En el momento en que el caballero de Sagen hizo su peticion, el padre de Ermangarda estaba sin duda con malas disposiciones de estómago; porque conduciendo al que deseaba ser su yerno á un balcon, desde el cual se dominaba toda la montaña sobre que estaba situado el castillo, llamado la Piedra del Halcon, porque era preciso en cierto modo, las alas de aquel pájaro para subir á él,

—¿Me pedís mi hija? le dijo; ¡y bien! es para vos, pero con una condicion; haced tallar en la montaña un camino por el que se pueda subir á caballo hasta el patio del castillo, porque empiezo á hacerme viejo y me cansa subir á pie.

—La cosa es difícil, dijo Sagen, pero no importa; mis mineros son los mejores de todo el Taunus, y yo le emprenderé. ¿Cuánto tiempo me dais para eso?

—Os doy hasta mañana á las seis de la madrugada.

Sagen creyó haber oido mal.

—¡Hasta mañana por la mañana! replicó.

—Ni una hora mas, ni una menos; venid mañana por la mañana á caballo á pedirme la mano de mi hija, y por un camino por donde yo pueda conducirla á la iglesia, y Ermangarda es vuestra.

—¡Pero eso es imposible! esclamó Sagen.

—Nada es imposible para el amor, replicó el anciano sonriendo. Asi, hasta mañana, yerno mio.

Y dió con la puerta en las narices al pobre caballero.

Sagen bajó pensativo el sendero maldito; apenas á pie y con grandes precauciones, no se corria el peligro de desnucarse. Todo lo largo del camino dió con el corte de su espada en la montaña. Era una verdadera maldicion. La montaña se componia de la mas dura roca, del verdadero granito de primera formacion.

Asi, aunque no fuese mas que por tranquilizar su conciencia, y para no tener nada que echarse en cara, se dirigió hácia sus minas. Llegado á la abertura, mando llamar al gefe de sus mineros.

—Wigfrid, le dijo, siempre te has vanagloriado de ser el mas hábil de tus camaradas.

—Y me alabo aun de ello, monseñor, respondió Wigfrid.

—¡Y bien! ¿cuánto tiempo necesitarias, reuniendo todos tus obreros, para tallar desde abajo arriba en el Falkenstein, un camino por el que se pueda subir al castillo á caballo?

—¡Oh! dijo el minero, otro cualquiera necesitaria diez y ocho meses, yo haria en menos de un año.

El caballero exhaló un suspiro y no respondió. Despues, haciendo seña al anciano minero de que podia volver á su trabajo, se sentó pensativo á la orilla de la galería.

Y cayó en tan profunda abstraccion, que no se apercibió que habiendo llegado la hora del descanso, todos los obreros habian dejado la mina.

Llegó el crepúsculo, y con él esos momentos en que no es ya de dia ni tampoco aun de noche, en que los vapores se elevan de la tierra al cielo en nubes para volver á caer en rocío; pero el caballero no veia mas que una cosa, y era el inaccesible castillo de Falkenstein perdido en la bruma fantástica de las praderas.

De repente oyó que le llamaban por su nombre; se volvió. En lo alto de la escala que conducia desde la galería inferior á la abertura, y en el último peldaño, estaba en pie un viejecillo de un codo de altura escaso, cuyos cabellos y barba habian encanecido por la edad, y cuyos ojos, sin embargo, brillaban como los de un jóven.

—¡Caballero de Sagen! repitió otra vez el enano.

—¡Y bien! ¿qué me quieres? preguntó el caballero mirando con asombro aquella aparicion.

—Quiero ofrecerte mis servicios; he oido lo que preguntábais al viejo minero.

—¡Y qué!

—He oido tambien lo que te ha respondido.

El caballero exhaló un suspiro.

—Es un buen muchacho que sabe bien su oficio, continuó el enano, pero yo le sé todavía mejor que él.

—¿Y cuánto tiempo necesitarias tú para hacer ese camino?

—¿Entendiéndose con la ayuda de mis compañeros?

—Con la ayuda de tus compañeros.

—Yo necesitaria una hora.

El caballero lanzó un grito de alegría.

—¡Una hora! ¿pues quién eres?

—Soy el gefe de los duendes que habitan en las profundidades de la montaña.

El caballero se santiguó.

—¡Oh! no temas nada, dijo el enano, nosotros no somos ni enemigos de los hombres ni malditos de Dios; nosotros somos los anillos invisibles que unen la tierra al cielo; solo que tan por encima del hombre como el hombre lo está de los animales, tenemos mil medios que son desconocidos de tus semejantes.

—¿Y entre esos medios, tendrás el de hacer el camino en una hora?

—Si, pero ya lo sabes, por nada, nada se hace.

—¿Qué quieres decir? preguntó el caballero con inquietud.

—Pues te hablo el lenguaje de los hombres.

—¡Pues bien! pide lo que quieras, y todo lo que está en poder del hombre, todo lo que no comprometa á la salvacion de mi alma, te lo concederé.

—Haz cesar hoy mismo la mina de Santa Margarita, que está ya tan próxima á mi palacio subterráneo, que oigo desde mi cama los golpes de los martillos de tus obreros. No te pido un gran sacrificio, porque debes notar que el filon se agota y el mineral escasea cada vez mas,

—¿No es mas que eso? preguntó el caballero.

—Nada mas, dijo el enano, y aun te daré una indemnizacion. A la izquierda de la mina, en el sitio donde encuentres la cabeza de un caballo, escava y encontrarás dos filones abundantes bastantes á enriquecer á un rey.

—¡Un millon de gracias! dijo el caballero, desde mañana dormirás tranquilo.

—¿Tu palabra?

—¡A fé de caballero! ¿La tuya?

—¡A fé de duende!

—¿Y qué hay que hacer ahora?

—Nada; ve á acostarte, sueña en tu bella, y mañana á las cinco, monta á caballo; tú encontrarás el camino hecho.

Y dichas estas palabras desapareció el viejecillo como si el peldaño hubiese faltado y hubiera caido en el fondo del pozo.

Volvióse el caballero á su casa, mandó llamar á Wigfrid, le dió órden de cesar desde el dia siguiente la direccion de los trabajos, y despues esperó con impaciencia.

Cuando la noche cerró completamente, se adelantó hácia su balcon que daba al Falkenstein, mas como estaba distante una media legua nada oia, pero veia una multitud de luces que subian y bajaban por los costados de la montaña, tan numerosas que se hubieran creido un enjambre de luciérnagas.

El anciano conde de Falkenstein oyó, por el contrario, un gran ruido y corrió á su balcon, pero nada vió; le parecia que miles de mineros minaban por su base la montaña; oyó resonar el martillo, entrar la piqueta, rodar pedazos de roca, y se dijo:

—Es mi yerno que está en su tarea. Mañana será de dia, y veremos donde está. Y se volvió á acostar muy tranquilo, esperando el dia.

A las seis de la madrugada le despertó el relincho de un caballo, y al mismo tiempo entró su hija en su habitacion sumamente gozosa, esclamando:

—¡Padre mio, padre mio! el camino está hecho, y aqui teneis al caballero Cuno de Sagen que viene á visitaros montado en un magnífico corcel de batalla.

Mas el viejo conde no quiso creer lo que

dijo su hija y se echó á reir encogiéndose de hombros. Sin embargo, habiendo oido por segunda vez los relinchos de un corcel, se levantó y fué al balcon.

El caballero estaba en el patio, caracoleando en el mas bonito y fogoso de sus palafrenes. En aquel momento daban las seis en el relój del castillo.

—Conde, dijo el caballero saludando al anciano señor, espero que sereis vos tan fiel á vuestra promesa como yo he sido exacto á vuestra cita, y que hoy mismo probareis yendo á la iglesia, el camino que he mandado haceros esta noche.

—Un noble no tiene mas que una palabra, y la mia está dada, respondió el anciano conde; si el camino es tal como decís, mi hija es vuestra.

Aquel mismo dia bajó una cabalgata del castillo de Falkenstein, dirigiéndose hácia la iglesia de Kromberg, por el camino tallado en la roca que existe hoy, y que todavía se llama el camino del Diablo.

Despues del almuerzo, trepamos nosotros por el camino del Diablo, hasta lo mas alto de la Piedra del Halcon, desde donde se pueden contar, en un horizonte de ciento cincuenta leguas, hasta setenta ciudades, pueblos ó aldeas. Por lo que hace á las montañas, entre el Alt-Kœnig y el Feldberg que se toca con la mano, se ven ademas Iselberg cerca de Gotha, el monte Mercurio junto á Bade, el Donoe en los Vosges, los Siebengeberg inmediatos á Bonn, en fin, el Meinner en la Baja Hesse y el Habichlowald junto al Cassel.

En medio de este panorama se eleva el castillo de Eppstein, cuyatradicion referiria si no hubiese ya referido demasiadas.

Volvimos por Kronniberg, y atravesamos su castañar que data del siglo XII: aun existen algunos de los árboles primitivos, que son los primeros plantados en Europa.

Al volver á entrar en la fonda, encontré la carta del abate Smeets, que como me habia dicho, habia ido á celebrar su jubileo; era demasiado tarde, ó mas bien me sentia demasiado cansado para ir á su casa en la misma noche. Dejé mi visita para el dia siguiente por la mañana.

A la mañana siguiente, me entregaron una carta, era la respuesta del obispo D..... de quien ya he hablado. Cuando iba yo á salir, el abate Smeets entró. Nos abrazamos como antiguos amigos. Sabia ya que no habia yo encontrado al obispo D..... Le enseñé la carta que habia recibido de él, leyó el sobre y reflexionó al parecer un instante.

—¡Y bien! le dije alarmado; acaso el obispo D..... se ha engañado: ¿es que aquel á quien me dirige para que tenga noticias de Sand no puede dármelas?

—Al contrario, me respondió; y mas exactas ciertamente que ningun otro.

—Entonces, ¿en qué pensais?

—Pienso en una historia que voy á referiros.

—¿Una historia que tiene relacion con Sand?

—No; pero una historia que es preciso sepais.

—¿Tiene, pues, alguna relacion con esa carta, puesto que esta carta es la que os hace pensar en ella?

—Indirectamente, si.

—Mi querido abate, hablais hoy por la mañana como una esfinge.

—En Heidelberg, tendreis la esplicacion del enigma.

—Entonces, pasemos á la historia.

—Héla aqui:

—La noche de la coronacion de Luis de Baviera, hubo en el ayuntamiento un magnífico baile de máscaras, al que asistió la emperatriz.

Estaba en aquel baile de máscaras un caballero completamente vestido de negro, y que llevaba el rostro cubierto con una mascarilla negra.

Invitó á la emperatriz á bailar: la emperatriz aceptó, y cuando bailaba con ella, otro enmascarado se inclinó al oido del emperador, y le preguntó si sabia con quién bailaba la emperatriz.

—No, respondió el emperador. Sin duda con algun príncipe soberano.

—Menos que eso, dijo el máscara.

—¿Con algun señor, algun conde ó algun baron?

—Baja.

—¿Será con un simple caballero?

—Baja mas.

—¿Con un escudero?

—Continúa bajando.

—¿Con un page?

—Todavía no has dado en ello Augusto.

—¿Un lacayo?

—Mas bajo.

El rubor salió al rostro del emperador.

—¿Un palafrenero?

—Mas bajo aun.

—¿Un villano?

—¡Si no fuese mas que eso! dijo el desconocido prorumpiendo en una carcajada.

—Pero, ¿quién es? esclamó el emperador con voz ahogada.

—Arráncale su careta, y le verás.

El emperador se aproximó al caballero negro, le arrancó su antifaz, y reconoció en él al verdugo.

El emperador desenvainó su espada.

—¡Miserable! le dijo; encomienda tu alma á Dios. Vas á morir.

—Señor, respondió el verdugo arrodillándose; aun cuando me matáseis, no por eso habria dejado de bailar la emperatriz conmigo, y si en ello hay deshonor, no por eso quedaria menos deshonrada. Haced otra cosa mejor: armadme caballero, y si alguno ataca á su gloria, con la

misma espada con que hago justicia, haré razon.

El emperador permaneció un momento pensativo.

Despues levantando la cabeza:

—El consejo es bueno, le dijo. En adelante no te llamarás el verdugo, sino el juez.

Despues habiéndole dado tres golpes de plano con su espada en el hombro:

—Levántate, añadió. Desde este momento, eres el último de los nobles y el primero de los ciudadanos.

—Y en efecto, continuó el abate Smeets; desde aquel momento, en todas las ceremonias públicas, sean civiles ó religiosas, el verdugo va solo detrás de los nobles y delante de los ciudadanos.

—Os agradezco vuestra historia, le dije; es muy curiosa. ¿Pero puedo saber por qué me la habeis referido?

—Porque podria muy bien suceder que un dia ú otro, me respondió, os encontráseis en presencia de los descendientes del Caballero Negro, y en este caso, creo sabriais muy bien los miramientos á que tiene derecho, como el último de los nobles, y el primero de los ciudadanos.

—Os doy gracias por la prevision, mi querido abate, pero espero que será inútil.

—¿Quién sabe? respondió el abate.

Y salimos juntos para ir á dar una vuelta por la feria, él sonriendo con aire malicioso, y yo buscando en mi imaginacion cuál podria ser el objeto del apólogo que acababa de referirme.

Cuatro ó cinco dias despues, dejé á Francfort sin haber podido obtener del abate Smeets ninguna otra esplicacion.

MANHEIM.

Estaba decidido que yo no viese en Maguncia mas que su estátua de Guttemberg; llegué allí á las dos de la noche en la diligencia, y volví á partir á las seis en el buque de vapor.

Desde Maguncia hasta Strasburgo, las orillas del Rhin cesan completamente de ser pintorescas, y no tienen ya otros atractivos que los recuerdos históricos de los romanos y de los tiempos de Julio César y Carlo-Magno. Los antiguos castillos han desaparecido, pero quedaban aun las antiguas catedrales, y lo menos que puede hacerse por Worms y por Spira, es efectivamente nombrarles al pasar por delante de ellas.

Manheim, á donde íbamos, está situado á mitad del camino, entre esas dos ciudades, á un cuarto de legua del Rhin. El buque pe vapor nos dejó, á las siete de la tarde próximamente, en las orillas, donde encontramos ómnibus y berlinas en abundancia. A los cinco minutos, nos apeamos en la plaza mayor.

Manheim es la ciudad de las novelas de Augusto Lafontaine, impregnadas en una tranquilidad y una tristeza que no carece de encanto. Al dia siguiente del en que nosotros llegamos era dia de fiesta, lo cual contribuia animándole un poco, á caracterizarle mas aun. Por lo demas jamás ví mas bella poblacion. En una media hora que estuvimos á la puerta de la iglesia de los Jesuitas, vimos salir de ella mas de cincuenta mugeres bonitas. Los jóvenes en nada las ceden, á pesar de su trage azul y blanco y el fantástico gorro, que los hace asemejarse con los soldados de la ópera cómica.

Manheim es una gran ciudad, que tiene el carácter del gran sistema mitológico que siguió entre nosotros el reinado de Luis XIV. La iglesia de los Jesuitas, no se por qué, posee en su fachada dos nichos, y en ellos una Minerva y una Hebe, que admirados de encontrarse allí, hacen una estraña figura.

Frente está el teatro, que creo es de la misma época, edificado por el mismo arquitecto y del mismo gusto. En la parte superior de las puertas hay esfinges que representan la comedia y la tragedia, y que tienen bajo su pata la una una careta y la otra un puñal. Ciñen su cabeza raices rectas, con trenzas de pelo empolvado, y que sienta de un modo maravilloso á su carácter egipcio.

El castillo, residencia habitual de la gran duquesa Estefanía, es de una época anterior, y por consecuencia de un carácter mas grandioso. Su encantador parque inglés constituye el jardin, y como es público tuvimos la ventaja de pasar revista, de dos á cuatro de la tarde, á toda la sociedad de tono de la ciudad. Este segundo exámen confirmó mi primer juicio. Manheim, proporcionalmente, es seguramente con Arlés, la ciudad de Europa donde hay mas mugeres hermosas.

No habia yo olvidado en tanto que Manheim habia sido teatro del asesinato de Kotzebüe y de la ejecucion de Sand. El amo de la fonda me dió uno de los mozos para que me enseñara la casa de Kotzebüe. Es la casa que hace esquina á la calle A 2, frente á la iglesia de los Jesuitas. Por indiscreto que fuese el paso, llamé á la puerta, é hice al mozo de la posada pidiese permiso para ver la habitacion donde fué asesinado el consejero áulico. Esperaba que el amo de la casa bajaria para hacerme los honores de ella; pero sea que me tomó por un estudiante y que temiese por sí la misma suerte de su predecesor, sea que tuviese cosa mas urgente que hacer, me concedió mi demanda, haciéndome sus cumplidos, pero permaneció invisible.

Subí unos veinte escalones, entré en una

antecámara, y de la antecámara pasé á un gabinete que servia de biblioteca: aquí era donde se habia perpetrado el crímen. Quise preguntar á la criada, pero la pobre Maritornes era estúpida. No pude sacar de ella otra cosa que:

—El señor Sand no le conozco. No viene á casa del amo.

Volví á la fonda, á donde habia ido el cochero á preguntarme á qué hora queria el carruage al dia siguiente. Le dije que le queria inmediatamente, puesto que iba á dormir aquella misma noche en Heidelberg.

Diez minutos despues, estaba el carruage á la puerta. Supliqué á mi huésped me indicase al menos el sitio donde habia sido ejecutado Sand. Dijo algunas palabras en aleman á su cochero, el cual penetró dentro del sitio indicado. En efecto, saliendo de la ciudad, á la izquierda del camino de Heidelberg abrió la portezuela, y enseñándome una pradera cortada por un arroyuelo, y que estendia á un cuarto de legua próximamente su verde tapiz.

—He aquí, me dijo, el Sand Himmelfartswiese.

La palabra era demasiado larga y muy difícil de pronunciar para que yo pidiese su esplicacion; me contenté con bajarme y dirigir una mirada á la pradera, pero sin saber aun donde detener mis ojos.

En aquel momento pasaba por fortuna uno que se paseaba; se detuvo á pocos pasos mirando hácia el mismo sitio que yo. Era un hombre de unos cincuenta años, cuyo rostro lleno, y de una bondadosa calma, prevenia singularmente á su favor. Me atreví á dirigirme á él.

—Caballero, le dije, ¿podreis indicarme con precision el sitio en que fué ejecutado Sand?

—Con mucho gusto, caballero, me respondió.

Y bajando del camino á la pradera, echó á andar delante de mí invitándome á que le siguiera. A los ciento cincuenta pasos próximamente, se detuvo en una eminencia que dominaba el arroyuelo, y tocando en el suelo con su baston

—Aquí es, me dijo.

—¿Aquí, precisamente en este sitio? ¿Estais seguro de ello?

—Muy seguro, caballero, yo estaba aquí.

—¡Cómo! ¿vos estábais aquí? ¿vos habeis visto morir á Sand?

—Le he visto morir.

—¿Estábais entre la multitud?

—No, caballero, estaba en el patíbulo.

Yo le miré con admiracion.

—Pero en el patíbulo, le dije, no están ordinariamente mas que el sacerdote, el paciente... y el verdugo.

—Aquel dia, caballero, habia una cuarta persona, porque yo no soy ninguna de esas tres que acabais de nombrar.

—Pues entonces, y dispensadme una pregunta tan directa: ¿quién sois?

—Yo soy el director de la casa de la Fuerza donde Sand estuvo preso por espacio de trés meses.

—En ese caso, debeis tener detalles preciosos acerca de ese jóven.

—Tengo sus albums, su correspondencia, sus recuerdos, y acaso el único retrato que de él existe.

—¡Dios mio, caballero! le respondí sumamente gozoso de haber encontrado de un modo tan inopinado lo que buscaba, pero temiendo que la ocasion se me escapase; soy estrangero, francés, como lo podeis ver; viajo por vuestra poética Alemania, para recoger en ella todas las tradiciones antiguas y modernas que pueda hallar. ¿Sereis bastante complaciente para comunicarme algunas de las noticias que poseeis?

—¿Y con qué objeto, caballero, deseais recoger estas noticias?

—Con un objeto sumamente nacional para nuestros dos paises; he oido hablar de Sand, no como de un asesino ordinario, sino como de un hombre que creia, con una gran abnegacion personal, salvar á su patria. En Francia, hasta hoy no se conoce á Sand mas que de nombre, y se podria confundirle con un Memsier ó un Fieschi.—A cada uno el lugar que le es debido; aun á los muertos.—Yo quisiera, pues, á los ojos de mis compatriotas, dar á Sand lo que merece.

—¿Y cómo habiendo venido con esa intencion no os habeis proporcionado algunas cartas de recomendacion para Manheim.

—Tenia una para el señor párroco D..... de Francfort; él me ha enviado esta carta para un cirujano de Heidelberg, el doctor Widemann.

—¡Ah! si, dijo, es un hombre que puede daros escelentes noticias, pero solo acerca de los últimos momentos de Sand; todavía era él muy jóven. Fué con su padre con quien Sand tuvo que ver, y no con él.

—Pues entonces, ¿quién es ese señor Widemann? pregunté.

—¿No lo sabeis?

—No.

—Es el verdugo. Un hombre escelente, que es verdugo porque su padre lo ha sido.

—¡Cómo! vos os equivocais, dice el sobre: doctor en cirugía.

—Es costumbre en Alemania que los verdugos sean cirujanos; por otra parte, ya lo sabeis, nosotros no unimos á este último juez, ó á este juez cortante, como nosotros le llamamos, la idea de reprobacion que vosotros unis á él en Francia. Aquí el verdugo frecuenta los cafés y los casinos, y si no es buscado, al menos es perfectamente recibido.

—Entonces ya no me admira que el buen abate Smeets me haya referido la tradicion del Caballero Negro.

—¿Conoceis al abate Smeets?

—El es quien me habia dado una carta para el doctor D.....

—¡Oh! le perdono haberme olvidado; mas permitid, caballero, que repare su olvido; todas las noticias que poseo acerca del pobre Karl están á vuestra disposicion.

—¡Ah caballero, mil gracias!

—Pero, me dijo mi interlecutor, para tomar todas esas noticias necesitareis un dia.

—Un dia, dos, ocho, si es preciso.

—Pero vais á marchar á Heidelberg.

—No parto.

—¿Y vuestro carruage?

—Va á volverse á la fonda.

—¡Y bien! caballero, enviadle. Sin duda teneis algunas órdenes que dar; os espero en mi casa.

—Dentro de una media hora soy con vos.

—Sereis bien recibido, caballero.

Y nos separamos, yo para volver á tomar mi habitacion en la fonda, y el Sr. G..... para ir á poner en órden los papeles que deseaba comunicarme.

Como media hora despues estaba en su casa.

Es importante, para que nuestros lectores se formen una idea de las obras y de las cosas, que les digamos algunas palabras del estado en que se encontraba la Alemania, en la época en que se verificó en Manheim el gran drama que voy á referir.

Ya hemos dicho en nuestro artículo sobre la ciudad de Bonn, los progresos de las asociaciones secretas entre los escritores alemanes. Las asociaciones estimuladas por los mismos soberanos mientras pudieron serles útiles, produjeron los alistamientos voluntarios que condujeron á Leipsick y Warteloo casi todos los jóvenes de las universidades que pasaban de diez y seis años. Estos jóvenes hicieron las dos campañas de 1814 y 1815, y despues se retiraron á Gottingue, Heidelberg, y Jena, para volver á continuar sus estudios. Mas como se comprende, era muy difícil disciplinarlos despues de haber pasado dos ó tres años en los campamentos; era ridículo tratar como á niños á soldados acuchillados, no por los espadones y los schleges, sino por los sables franceses.

Resultó que en la especie de lucha interior y misteriosa que siguió á las dos últimas campañas, los mismos profesores se dividieron en dos campos: los unos tomaron partido por la autoridad, los otros por los jóvenes patriotas tan cruelmente defraudados en sus esperanzas. En el número de los profesores que se habian constituido los defensores de sus discípulos, estaban los doctores Oken y Luden; el primero, profesor de ciencias naturales, y el segundo profesor de historia.

Hacia tres años, publicaba el doctor Oken, bajo el título de *El Iris*, un periódico esclusivamente consagrado hasta allí á las ciencias naturales; pero viéndose atacado el señor Oken, así como sus discípulos, en sus mas queridas creencias y en su culto religioso, comprendió la importancia del arma que tenia entre las manos, y que de inofensiva que habia sido hasta entonces podia hacerse terrible, por la popularidad de que gozaba entre sus numerosos suscritores. En fin poniéndolo por obra quiso hacer el ensayo, y de repente aparecieron en *El Iris* algunos artículos políticos de una oposicion acre, con gran aplauso de sus lectores y grandísimo asombro de la autoridad. Sin embargo, el gran duque de Weimar, príncipe escelente, enemigo de las medidas violentas, prohibió que se ensañasen contra el señor Oken: mas habiendo sucedido nuevos artículos á los primeros, la Rusia, la Prusia y el Austria reclamaron á una voz la destitucion del director de *El Iris*. El gran duque de Weimar, despues de vivas instancias cerca de las tres potencias, obtuvo por fin una modificacion favorable en aquella reclamacion, que podia equivaler á una órden. que el señor Oken optaria entre la cátedra y su periódico.

Presentaron este ultimatum al señor Oken, quien respondió que no conocia ley que declarase incompatibles las dos funciones, y que hasta que aquella ley apareciese, conservaria su cátedra y su periódico. En consecuencia de esta respuesta, en el mes de junio de 1819, fué destituido sin proceso ni sentencia, y la comision permanente de la Cámara legislativa del duque de Weimar, no solo dejó ejecutar este golpe de Estado, sino que aprobó su ilegalidad.

Los discípulos del señor Oken protestaron contra su destitucion, ofreciéndole una copa de oro en la que estaba grabada esta máxima filosófica.

«¡Te han presentado agenjos: bebe vino!»

El señor Oken continuó con la direccion de *El Iris*, que siguió obteniendo tanto mas éxito cuanto que su director era el mártir de las ideas liberales, que en aquella época eran las de toda la juventud alemana.

El señor Luden, por su parte, habia creado desde 1814 otro periódico, *El Némesis*. Este diario, como su título indica, tenia por objeto atizar el ódio contra los franceses, y en ese sentido habia sido aceptado, y aun protegido por la Santa Alianza, pero cuando llegó la paz, y con ella las decepciones germánicas, el periodista volvió su pluma contra los que acababan de faltar así á la palabra sagrada que habian empeñado á la faz del mundo. Mas como el señor Luden, de un carácter mas frio y mas contenido que su colega el señor Oken, habia dirigido sus ataques con una gran moderacion y maravillosa prudencia; como sus artículos, en los que era imposible denunciar una sola personalidad, no encerraban mas que discusiones históricas acerca de hechos irrecusables, *El Némesis* no dió motivo á ninguna persecucion, y sus enemigos se vieron obligados á buscar una ocasion favorable para herirle. Esta ocasion se la proporcionó un altercado que se suscitó entre Kotzebüe y el señor Luden.

Un artículo de *El Némesis*, redactado por el mismo señor Luden, acerca de la administracion civil de Rusia y su política esterior; observaciones que acaso por estar redactadas con la conveniencia acostumbrada en el escritor hábil, eran mas peligrosas para aquel gobierno tenebroso. Cayó este artículo en manos de Kotzebüe. Todo el mundo sabe las estrañas funciones que desempeñaba en Alemania por cuenta de Alejandro, y cómo en aquella época el consejero áulico de su magestad autocrática estaba en guerra abierta con las universidades. Aprovechó la ocasion de una segunda relacion que hacia al emperador Alejandro acerca del estado de la literatura germánica, para darle cuenta del artículo del señor Luden, haciendo resaltar los pasages que podian herirle, y suprimiendo todos los que podian servirle de correctivo, acompañando el todo de notas las mas injuriosas sobre el doble carácter público y privado del autor.

La relacion estaba escrita en francés.

Desgraciadamente para Kotzebüe, su original cubierto de tachones necesitaba una copia: dió su relacion á ponerla en limpio á un especie de escribiente público, que se la llevó á su casa, el cual, poco familiarizado con el idioma francés y temiendo cometer faltas, consultó acerca de ciertas palabras y ciertas frases que no conocia, al doctor L.... Uno de esos pasages era precisamente dirigido contra el señor Luden. La diatriva picó la curiosidad del doctor L.., quien, habiendo sabido que el manuscrito original era de Kotzebüe, fingió tener á su vez dificultad, y suplicó al copiante le dejase el manuscrito por algunas horas. El copiante, que estaba muy obligado al señor L... no se atrevió á negarse á una comunicacion, cuya importancia, por otra parte, probablemente no comprendió. El señor L... poseedor momentáneamente del despacho, sacó al momento una copia que envió á Luden. Este, habiendo estractado los trozos mas notables, y acompañádolos á su vez de comentarios acerca de Kotzebüe, los envió á la redaccion de *El Némesis* para que se insertáran en el número inmediato. Kotzebüe se ignora cómo supo la infidelidad del copiante, y los resultados que aquella infidelidad iba á tener. Corrió al punto á casa del conde de Lesdigny, ministro de Negocios estrangeros, y le refirió el hecho. El conde Lesdigny, previendo que aquella publicacion no haria sino enconar aun mas los ánimos, dió órden al dueño de la imprenta de que suspendiesen la composicion del número; pero la órden llegó demasiado tarde: la tirada se habia comenzado, y como no habia órden oficial que se opusiese á la publicacion, el dueño de la imprenta se apresuró á remitir á Jena los números ya tirados; lo que quedaba de la impresion fué recogido y archivado; pero ya circulaban entre los estudiantes doscientos ó trescientos números. Entonces Oken reprodujo el artículo recogido en *El Iris*, que á su vez fué recogido; mas el perseguido artículo reapareció al punto en el periódico redactado por Useland, hijo. Este periódico fué á su vez recogido y condenado: pero él habia conseguido el objeto: el artículo habia circulado por toda Alemania, y Kotzebüe estaba denunciado públicamente como un espía.

Kotzebüe, furioso, publicó un folleto contra el gobierno del gran duque, contra las universidades, y contra los profesores, á quienes trataba de jacobinos; era un verdadero llamamiento al gobierno despótico, era el toque de alarma contra las ideas liberales.

Habia por aquel momento en Jena un jóven de unos veinte y dos años, que vivia solitario y entregado á la meditacion entre sus camaradas. Casi niño, habia hecho como voluntario la campaña que terminó en Waterloo; despues, como sus camaradas, volvió á la universidad para terminar en ella sus estudios. Era uno de aquellos á quienes las decepciones políticas habian vuelto de carácter sombrío. Todos los dias escribia en su album, no solo las ideas que se le ocurrian en las veinte y cuatro horas, sino tambien lo bueno y lo malo que habia hecho. El 24 de noviembre de 1817, el folleto de Kotzebüe cayó en sus manos, y el 24 de noviembre por la noche escribia en su album:

«Hoy, despues de haber trabajado con mucho cuidado y asiduidad, he salido á las cuatro de la tarde con E... Al atravesar la plaza del Mercado hemos oido leer el nuevo y envenenado insulto de Kotzebüe. ¿Qué ira anima, pues, á ese hombre contra los Burcheux y contra todo lo que toca á la Alemania?»

Era esta la primera vez que en ese album, reflejo inocente hasta entonces de sus placeres y disgustos de jóven, estaba escrito el nombre de Kotzebüe; pero en lo sucesivo mas de una alusion oculta y mas de un ataque directo debian seguir á esta primera insercion. En efecto, el 31 de diciembre del mismo año, escribia en el mismo album, en ese estilo místico que le era propio:

«¡Oh Señor misericordioso! este año le comencé con la oracion, pero en estos últimos tiempos me he distraido y estoy mal dispuesto. Cuando miro atrás, encuentro, ¡ay! que no me he hecho mejor; pero he entrado mas hondamente en la vida, y presentándose la ocasion, me siento al presente con fuerza para obrar. Es que tú has estado conmigo siempre, Señor, aun cuando yo no estaba contigo.»

Al dia siguiente, que era el 1.º de enero de 1818, el jóven comenzó otro album, y en la página blanca unida á la encuadernacion, escribió, siempre con el mismo estilo:

«Señor, déjame afirmarme en la idea que he concebido de la libertad de la humanidad por el santo sacrificio de tu Hijo; haz que yo

sea un Cristo para la Alemania, y que segun y por Jesus, sea yo fuerte y sufrido en el dolor.»

Pasados cuatro meses escribió:

5 de mayo.

«Señor, ¿por qué, pues, esta angustiosa melancolía se ha apoderado de mí? pero domina una voluntad firme y constante, y la idea de la patria da á los mas tristes y débiles, alegría y valor. Cuando medito, me admiro siempre de que no se encuentre entre nosotros uno bastante animoso para hundir un puñal en la garganta de Kotzebüe ó de cualquier otro traidor.»

El 18 de mayo continúa:

«Un hombre no es nada en comparacion de un pueblo; es una unidad comparada á millones, es un minuto comparado á un siglo. El hombre á quien nada precede y á quien nadie sigue, nace, vive y muere en un espacio mas ó menos largo, pero que relativameute á la eternidad, equivale apenas á la duracion de un relámpago; un pueblo, por el contrario, es inmortal.»

En fin, el 31 de diciembre del año 1818, aferrado á su sangrienta resolucion, escribió:

«He tomado el último dia de este año de 1818 una disposicion séria y solemne, y he decidido que el dia de Navidad que acaba de pasar, será la última Navidad que yo celebre.... Si debe resultar algo de nuestros esfuerzos, si la causa de la humanidad debe sobreponerse en nuestra patria, si en esta época sin fé pueden renacer y hacerse lugar algunos sentimientos religiosos, será á condicion de que caiga el miserable, el traidor, el seductor de la juventud, el infame Kotzebüe. Mientras no haya yo ejecutado la obra que he resuelto, ya no disfrutaré reposo alguno. Señor, á tí que sabes he consagrado mi vida á esta accion grande, hoy que se ha fijado en mi imaginacion, no tengo mas que pedirte que la verdadera firmeza y el valor del alma.»

El jóven fanático que hacia de este modo á Dios, no solo el cómplice, sino aun el instigador de un asesinato, era Karl Ludwig Sand.

Habia nacido el 3 de octubre de 1795, en Vonsiedel, y sus padres eran Godofredo Cristóbal Sand, primer presidente y consejero de policía del rey de Prusia, y Dorotea Juana Wilhelmina Schapf, su muger; tenia por consecuencia veintidos años escasos.

El haberse librado como por milagro de muchos peligros durante su juventud, habia hecho decir á algunos que estaba predestinado.

Predestinacion fatal que le vamos á ver llevar á cabo.

KARL LUDWIG SAND.

En efecto, á partir desde el momento á que hemos llegado, Sand no hizo mas que afirmarse en la culpable resolucion que habia tomado. Sus estudios cambiaron de objeto. Todos los dias asistia á las lecciones de anatomía, siguiendo con una singular atencion las esplicaciones del operador; haciéndose esplicar en sus menores detalles las funciones del corazon, y reconociendo como lo hace un general con el punto que quiere atacar, el sitio que este órgano ocupa en el pecho.

Muchos meses se pasaron en este horrible estudio, sin que sus mejores amigos sospecharan el objeto. A su melancolía y tristeza habian sucedido por el contrario una tranquilidad y bondad estremadas. Unicamente algunas veces se entregaba á acciones inexplicables, y que hacian creer estaba atacado de locura. Hé aqui una de las que difundidas por la universidad escitaron la hilaridad de sus camaradas.

Un dia Sand, oyendo subir la escalera á un amigo suyo, cogió un cuchillo de papel y permaneció arrimado á una mesa; y en el momento en que el amigo abria la puerta, se lanzó sobre él y le dió con la punta del cuchillo en el rostro. El amigo, ignorando si aquella era una amenaza ficticia ó real, intentó parar el golpe con las dos manos. En el mismo instante, Sand le hirió en el pecho; despues, con la mayor tranquilidad:

—Ves, le dijo, cuando se quiere matar á un hombre, he ahí cómo se hace: se amenaza al rostro, él hace como tú has hecho; se lleva á él las manos, y entonces se le hunde el cuchillo en el corazon.

Tres meses despues estaba esplicado el enigma con una palabra sangrienta!—Kotzebüe.

A fines de febrero, anunció Sand, que para un corto viage de familia, iba á dejar la universidad. En fin, el 7 de marzo invitó á todos sus amigos á pasar la noche con él, y les anunció su partida para el 9. Le propusieron todos acompañarle dos ó tres leguas, pero Sand, temiendo que aquella demostracion, por inocente que fuese, les comprometiese mas tarde, no admitió, y se despidió de ellos aquella misma noche.

Habiendo quedado solo Sand, escribió á su familia esta estraña carta:

A TODOS LOS MIOS:

«Almas leales y eternamente queridas.

«¿Por qué aumentar aun vuestro dolor? me pregunté. Y vacilaba en escribiros. Pero la religion del corazon hubiese sido sorda con mi silencio. Sal, pues, de mi pecho lleno de an-

gustias! ¡Adelante, cruel y prolongado tormento de una última conversacion, pero lo único que queda sin embargo, cuando es necesario dulcificar la pena de la partida!

«Esta carta, ¡oh madre mia! ¡oh padre mio! ¡oh hermano mio! ¡oh hermanas mias! os lleve el último adios de vuestro hijo y de vuestro hermano.

«La mayor desgracia de la vida para todo corazon generoso, es ver la causa de Dios detenida en su desarrollo por culpa nuestra... y la mas deshonrosa infamia seria sufrir que las bellas adquisiciones obtenidas valientemente por miles de hombres, y por las que millares de hombres se han sacrificado con júbilo, no sea mas que un sueño pasagero, sin resultados reales y positivos. La resurreccion de nuestra vida alemana se comenzó con los últimos veinte años, y especialmente en el santo año de 1813, con un valor inspirado por Dios. Mas he aquí que la casa paterna se estremece desde la cúpula hasta su base. ¡Adelante! levantémosla otra vez nueva y hermosa, y tal como debe ser el verdadero templo del verdadero Dios.

«Son en número muy pequeño los que intentan oponerse como un dique al torrente del progreso de la alta humanidad, en el pueblo aleman. ¿Por qué han de doblegarse grandes masas al yugo de una perversa minoría? ¿Por qué, apenas curada, volver á caer en una enfermedad peor que de la que salimos?

«Muchos de esos, sobornan, y estos son los mas infames, y juegan con nosotros al juego de la corrupcion; entre ellos, Kotzebüe es el mas diestro y el peor de todos, verdadera máquina de palabras de donde sale todo discurso detestable y todo pernicioso consejo.... Su voz es hábil para separar toda animadversion y toda amargura de las mas injustas medidas; tal como conviene á los reyes para adormecernos en el antiguo abandonado sueño, que es la muerte de los pueblos. Todos los dias hace traicion á su patria, sin que á pesar de su traicion deje de ser un ídolo para la mitad de Alemania, que deslumbrada por él, acepta sin resistencia el veneno que destila en sus folletos periódicos, protegido y envuelto como está bajo el manto seductor de una gran reputacion de poeta. Escitados por él los príncipes de Alemania que han olvidado sus promesas, no dejaron consolidar nada libre ni bueno, ó si algo que se le parezca se verificó á su pesar, se ligaron con los franceses á fin de destruirlos. Para que la historia de nuestra edad no esté cubierta de una eterna ignorancia, es preciso que él caiga.

«Siempre lo he dicho, si queremos hallar un grande y supremo remedio al estado de abatimiento en que nos encontramos, es preciso que ninguno tema el combate ni el dolor; y la verdadera libertad del pueblo aleman no se consolidará hasta que el bravo ciudadano se arriesgue por si mismo al juego á que ha puesto; y cuando todo hijo de la patria preparado á la lucha por la justicia desprecie los bienes de este mundo, para no desear sino los bienes celestiales que están bajo la salvaguardia de la muerte.

«¿Quién pues herirá á ese miserable asalariado, á ese traidor cruel?

«Hace largo tiempo espero en el temor, en la oracion y las lágrimas, yo que no he nacido para el asesinato, á que otro se me adelante, lo haga por mí, y me deje en fin, continuar mi camino por el sendero suave y tranquilo que me he elegido, ¡Y bien! á pesar de mis oraciones y lágrimas, el que debe herir no se presenta; en efecto, todos como yo, tienen el derecho de contar con otro, y pensando todos asi, cada hora de retraso empeora nuestra situacion, porque de una hora á otra—¡y qué vergüenza tan honda no seria para nosotros!—Kotzebüe impune puede dejar la Alemania é ir á devorar en Rusia su tesoro, á cuyo precio ha perdido su honor: ¿quién podrá garantirnos de esa vergüenza, si todos, si yo mismo no me siento con fuerza para salvar á mi querida patria, constituyéndome en el elegido de la justicia de Dios?

«¡Asi, pues, adelante!..... Yo soy quien se lanzará valerosamente sobre él (no os asusteis) sobre él, sobre ese seductor inmundo; yo soy quien matará al traidor, á fin de que estinguiéndose su corruptora voz, cese de alejarnos de las enseñanzas de la historia y del espíritu de Dios. Un deber irresistible y solemne me impulsa á esta accion, desde que he reconocido á qué altos destinos puede llegar en este siglo el pueblo aleman; y desde que conozco al cobarde é hipócrita, el único que le impide llegar á él, ese deseo ha llegado á ser para mí, como para todo aleman que quiere el bien público, una severa y rigurosa necesidad. ¡Pueda yo, con esta venganza popular, indicar á todas las conciencias rectas y leales donde existe el verdadero peligro, y salvar del grande y próximo peligro que las amenaza á nuestras asociaciones despreciadas y calumniadas! ¡Pueda yo en fin difundir el terror sobre los pícaros y los traidores, y el valor y la fé sobre los buenos! los discursos y los escritos, á nada conducen; solo las acciones *pueden*.

«Yo obraré pues, y aunque impulsado violentamente contra mis dorados sueños del porvenir, no por eso tengo menos confianza en Dios; y aun espero gozar de una celeste alegría, despues que, como los hebreos buscando la Tierra prometida, vea trazado ante mí, en la oscuridad, el camino á cuyo estremo habré pagado mi deuda á la patria.

«Asi pues, adios, corazones fieles. Ciertamente es dura esta pronta separacion; ciertamente, vuestras esperanzas como mis deseos se han engañado. Sin duda os direis: sin embargo, gracias á nuestros sacrificios, habia él aprendido á conocer la vida, y á gustar de los goces de la tierra, y parecia amar profundamente el pais natal y el humilde estado á que era llamado. Ay! si, eso es cierto. Con vuestra proteccion,

y gracias á vuestros innumerables sacrificios, el pais natal y la vida me habian llegado á ser muy queridos; si, gracias á vosotros he penetrado en el Eden de la ciencia, y he vivido con la vida libre del pensamiento; gracias á vosotros, he mirado en la historia, y me he reconcentrado despues en mi conciencia para agarrarme á los sólidos pilares de la fé en el Eterno.

«Si, yo debia atravesar dulcemente esta vida, como un predicador del Evangelio; si, yo debia, en mi fidelidad á mi estado, precaverme contra las tormentas de la existencia. ¿Pero bastaria esto para despreciar el peligro que amenaza á la Alemania?

«¿Y vosotros mismos en vuestro amor infinito, no debeis por el contrario, impulsarme á arriesgar mi vida por el bien de todos?

«Que yo desconozca vuestro amor, ó vuestro amor sea para mí una consideracion ligera, no lo creais. ¿Qué pues me impulsaria á la muerte, si no fuera mi adhesion á vosotros y á la Alemania, y la necesidad de probar esa adhesion á mi familia y á mi pais?

«Madre mia, tú dirás: ¡porqué he criado á un hijo á quien yo amaba y que me amaba, para el que he empleado mil cuidados y he pasado mil penas, el cual, con mis oraciones y mi ejemplo fué impresionable al bien, y del que debia, despues de mi larga y fatigosa carrera, recibir cuidados semejantes á los que le he prodigado!... ¿por qué me abandona ahora?

«O mi buena y tierna madre, si, acaso vos direis eso; ¿pero la madre de otro, no podria decir lo mismo? ¡y reduciré todo á palabras, cuando hay necesidad de obrar para el pais! ¿Y si nadie quisiese obrar, qué seria de esta madre de todos que se llama Alemania?

«Pero no, esas quejas están lejos de tí, noble muger, y si en esta hora, no se presentase nadie á defender la causa de la Alemania, tú misma me impulsarias. Tengo delante de mi dos hermanos y dos hermanas, todos nobles y leales; ellos os quedarán, madre mia, y ademas, tendrán tambien por hijos á todos los hijos de Alemania que aman su patria.

«Todo hombre tiene un destino que debe cumplir; el mio está consagrado á la accion que voy á emprender. Aun cuando yo viviera aun cincuenta años, no podria vivir mas feliz que lo he sido en estos últimos tiempos.

«¡Adios, madre mia! Os recomiendo á la proteccion de Dios; concédaos él esa alegría que los infortunios no pueden turbar, conducid al punto á vuestros pequeños hijos, de los que tanto hubiese deseado ser su tierno amigo, á la cima de nuestras bellas montañas; que allí, sobre aquel altar elevado por el Señor mismo en medio de la Alemania, le consagren y juren tomar la espada luego que tuvieran fuerzas para sostenerla, y no dejarte hasta que todos nuestros hermanos estén reunidos por la libertad, cuando todos los alemanes, teniendo una constitucion liberal, sean grandes ante el Señor, poderosos contra sus vecinos, y unidos entre sí.

«Que mi patria levante siempre sus miradas, dichosas, hácia tí, Padre Todopoderoso; caiga siempre tu bendicion abundantemente sobre sus mieses próximas á ser segadas, y sobre sus ejércitos dispuestos á combatir, y que reconocida á los dones de que la has colmado, sea siempre el pueblo aleman entre todos los pueblos el primero á levantarse para sostener la causa de la humanidad, que es tu imágen en la tierra.

«Vuestro eternamente adicto hijo, hermano y amigo.

«KARL LUDWIG SAND.

«Jena, 8 de marzo de 1819.»

Sand escribió esta estraña carta en dos veces, mitad en la noche del 7 al 8, y mitad en la noche del 8 al 9. Cuando la terminó, escribió en el sobre: *A mis mas queridos y mis mas íntimos*, la colocó en el sitio mas á la vista del escritorio, se acostó, y se durmió como de costumbre. Al amanecer, habiendo tenido cuidado de coger la llave de la habitacion, se puso en camino, despues de haber reservado el recibo del alquiler de ella, por un semestre, pagando adelantados los dos primeros meses. Pasó por Erfurt y Henach. El 29 á las nueve de la mañana llegó á la cima de una pequeña colina, desde donde descubrió á Francfort. Aqui se detuvo un momento, como dijo despues él mismo, para buscar con los ojos el sitio donde seria su sepulcro.

Luego que llegó á Manheim, fué á alojarse Sand al Weinberg. Como de costumbre, le presentaron el registro, y se inscribió en él bajo el nombre de Enrique; despues se informó de la casa de Kotzebüe, y como le dijesen que estaba situada frente á la iglesia de los Jesuitas, preguntó la letra y el número de la casa, á fin de no equivocarse.

Serian las diez y media cuando Sand llamaba á la puerta del consejero áulico. Kotzebüe habia ido al jardin del castillo, á dar su paseo de por la mañana. Sand pretestó un negocio urgente, hizo le indicasen la calle de árboles que preferia y fué en su busca. Pero sea que Kotzebüe dirigiese á otro sitio su paseo, sea que las señas que habian dado á Sand acerca del trage y el rostro de aquel á quien buscaba fuesen inciertas, no le encontró ó no le reconoció. Sand se paseó hasta las once y media. Entonces desesperando de encontrar á Kotzebüe en el parque, volvió á la fonda, resolviendo volver á su casa á la tarde.

Era la hora de comer; Sand se sentó á la mesa con una completa tranquilidad. La conversacion recayó sobre la teología: Sand desenvolvió comiendo con el mejor apetito, sus ideas acerca de la inmortalidad del alma, y habló con tan gran concision y tal elocuencia, que todos guardaron silencio para escucharle.

Mas al punto, viendo el efecto que producia, Sand se detuvo y rompió pidiendo perdon por haberse apoderado asi de la conversacion.

Despues de comer en mesa redonda, Sand subió á su habitacion; se cree que oró á Dios. A las tres salió y tomó otra vez el camino de la casa de Kotzebüe.

El consejero daba en el mismo dia una gran comida; mas habiendo sabido que un jóven habia ido y habia pedido con instancia hablarle, dió la órden, si se volvia á presentar aquel jóven, de que le hicieran entrar. Un momento despues entró Kotzebüe, Sand le dejó adelantarse como á los tres tercios de la habitacion, y como la puerta se habia cerrado tras él, renovó la escena que hemos referido, y sacando un puñal de su bolsillo, amenazó á Kotzebüe en el rostro. Kotzebüe se llevó á él las manos. Inmediatamente le hundió la hoja en el pecho en toda su estension. El corazon estaba atravesado de parte á parte; Kotzebüe arrojó un débil grito y cayó.

Pero por débil que fuese aquel grito, su hija lo habia oido. Era una niña de seis años, una de esas encantadoras sirenas alemanas, con largos cabellos rubios, con trage blanco, y una cinta azul por cinturon, como las con que Rafael anudaba el talle de sus ángeles. La pobre niña vió á su padre tendido en el suelo; se arrojó sobre él, prorumpiendo en sollozos, y llamándole: «¡Padre mio, padre mio!» Sand no pudo sufrir el espectáculo desgarrador de aquel dolor infantil, y presentándosele entonces su accion en toda su horrible desnudez, se hundió en el pecho hasta el mango, el puñal aun todo bañado con la sangre de Kotzebüe.

Pero, con gran admiracion suya, Sand quedó en pie; únicamente una nube sangrienta pasó por sus ojos, y entonces comprendió que iba á caer vivo en manos de los criados. El sentimiento instintivo de su conservacion pudo mas que la intencion decidida de matarse. Se volvió vacilante, abrió la puerta, se precipitó hácia la escalera, encontró una familia que iba á comer con Kotzebüe, y que viendo á un hombre todo ensangrentado y con un cuchillo en el pecho, se puso á dar grandes gritos, y se separó en lugar de detenerle. Sand llegó pues á la calle; mas al poner el pie en el dintel de la puerta, vió á diez pasos soldados que iban á relevar la guardia del castillo. Sand creyó que acudian á los gritos y que le perseguian, acaso tambien sus piernas flaquearon; se arrojó de rodillas á cinco ó seis pasos de la casa, unió las manos, hizo en alta voz una corta plegaria, y sacando en seguida el puñal de su herida, se tiró otra puñalada junto á la primera, y cayó desmayado gritando:

—¡Oh, Dios mio, recibe mi alma!

En cuanto á Kotzebüe, habia muerto.

LA CASA DE CORRECCION.

La patrulla era mandada por el mayor Badois Holzungen. Vió á Sand á quien creia muerto, pero viendo que no estaba mas que desmayado, le hizo trasladar al hospital. Aqui tuvieron á Sand bajo la guardia mas severa, aunque esto fuera inútil, siendo de tal modo graves sus heridas que apenas podia hablar; no podia respirar sino cuando estaba echado de espaldas. Una de ellas se curó, pero la otra como la hoja del puñal habia penetrado entre la pleura costal y la pleura pulmonar, se habia formado un derrame entre las dos membranas; de modo que en vez de dejarla cerrar, la mantuvieron cuidadosamente abierta, á fin de estraerle todas las mañanas por medio de un émbolo la sangre estravasada durante la noche, como se practica en la operacion del empiema. Sand estuvo tres meses entre la vida y la muerte; sin embargo, al cabo de tres meses, se mejoró su posicion lo bastante para que le trasportasen á la casa de correccion. Aqui encontró al señor G....., que le esperaba y que habia ya hecho preparar para él su mejor habitacion: es que ya en aquel momento Sand no era un asesino vulgar. Por lo demas, se puede adquirir una idea de cómo era tratado el prisionero, y de los dolores que padeceria, por la siguiente carta fechada en su *isla de Pathmos*, y que escribia á su padre en el mes de enero de 1820, para darle gracias por la bendicion que el anciano le habia enviado; en el sesenta y siete aniversario de su nacimiento.

«Enero de 1820.

«Mis queridos padres, hermanos y hermanas.

«A mediados del mes de setiembre del año último, he recibido por la comision especial judicial del gran duque, cuya humanidad habeis podido apreciar ya vosotros, vuestras queridas cartas de fin de agosto y principios de setiembre, y ellas han tenido la mágica influencia de colmarme de alegría, trasportándome al círculo íntimo de vuestros corazones.

«Vos, mi tierno padre, me escribísteis el dia del sesenta y siete aniversario de vuestro nacimiento, y me bendecis con toda la espansion de vuestro mas tierno amor.

«Vos, mi querida madre, llegais hasta la promesa de la continuacion de vuestro afecto materno, en el que he creido invariablemente siempre, y asi es como he recibido vuestras dos bendiciones que, en mi posicion actual, ejercen sobre mí una influencia mas bienhechora que ninguno de los bienes que todos

los reyes de la tierra hubieran podido concederme: si, vosotros me alimentais abundantemente con vuestro bendito amor, y yo os doy gracias, mis queridos padres, con la respetuosa sumision que mi corazon me inspirará siempre como el primer deber de un hijo.

«Mas cuanto mayor es vuestro amor, cuanto mas tiernas son vuestras cartas, mas tengo yo que sufrir, debo confesarlo, por el sacrificio voluntario que nos hemos impuesto de no vernos, y he tardado tanto en responderos, mis queridos padres, para darme á mí mismo tiempo para recobrar la energía que habia perdido.

«Vosotros tambien, querido cuñado y querida hermana, me asegurais vuestro sincero y no interrumpido cariño. Y sin embargo, despues del terror que en todos vosotros he esparcido, no sabeis aun al parecer, qué debeis pensar de mí; pero mi corazon lleno de reconocimiento por vuestras bondades pasadas, se tranquiliza, porque vuestros hechos hablan y me dicen que aun cuando no quisiérais amarme como yo os amo, no podríais hacerlo: estos hechos valen mas para mí, en este momento, que todas las protestas posibles, que las mas tiernas palabras.

«Y tú tambien, mi cuñado, tú hubieras querido acudir inmediatamente, con nuestra querida madre, á las orillas del Rhin, aqui donde se han establecido entre nosotros las verdaderas relaciones del alma, y donde habemos sido dos veces hermanos. Pero dime, ¿no estás aqui en realidad, para el pensamiento y el espíritu cuando considero el rico manantial de consuelos que me ha proporcionado tu cordial y tierna carta?

«Y tú, buena cuñada, asi como desde el primer momento mostraste tu tierna delicadeza, como una verdadera hermana, tal te encuentro hoy: siempre las mismas afectuosas relaciones, siempre el mismo cariño fraternal; tus consuelos, que emanan de una piedad crédula y sumisa, han caido como fresco rocío en lo mas profundo de mi corazon. Pero, mi buena cuñada, preciso es te diga, á tí como á los demas, que eres demasiado generosa conmigo dispensándome tu estimacion y tus alabanzas, y tu enagenacion me ha hecho juzgarme interiormente, y este juicio me ha hecho ver en el espejo de mi conciencia reflejado el perfil de todas mis debilidades.

«Tú, buena Julia, tú no desearias mas que arrebatarme á la suerte que me espera, y me aseguras, en nombre de todos, que tú, como ellos, serias feliz arrostrándola en mi lugar. Te reconozco en eso completamente, y reconozco tambien las dulces y tiernas relaciones en que hemos sido educados desde la infancia. ¡Oh! tranquilízate, buena Julia, gracias á la proteccion de Dios, yo te aseguro que me será fácil, mucho mas fácil que creia, soportar lo que me espera.

«Recibid, pues, todos mis espresivas y sinceras gracias por haber regocijado mi corazon.

«Ahora que he reconocido por esas cartas que me fortifican, que semejante al hijo pródigo, el amor y la bondad de mi familia son mas grandes hácia mí á mi regreso que á la partida, quiero, con tanto cuidado como me sea posible, pintaros mi estado físico y moral, y suplico á Dios apoye mis palabras con su poder, á fin de que mi carta contenga el equivalente de lo que vosotros me habeis traido, y que os ayude á conseguir ese estado de calma y de serenidad que he alcanzado yo mismo.

«Endurecido, á fuerza de voluntad sobre mi corazon, contra los bienes y los males de la tierra, sabeis ya que en estos últimos años no he vivido mas que para las alegrías morales, y debo decir, que tocado de mis esfuerzos, sin duda, el Señor, santo manantial de todos los bienes, me ha hecho apto para buscarlas y gozar de ellas con toda plenitud. Dios está siempre junto á mí y conmigo, y encuentro en él, principio soberano de todas las cosas, en él nuestro sagrado padre, no solo el consuelo y la fuerza, sino un amigo inmutable, lleno del mas santo amor, que me acompañará á todas partes donde tenga necesidad de sus consuelos. Ciertamente, si se hubiese alejado de mí, ó si yo hubiese desviado mis ojos de él, me encontraria ahora muy desgraciado y miserable; mas por su gracia, por el contrario, á mí, humilde y débil criatura, me hace fuerte y aun poderoso para sufrir todo lo que puede caer sobre mí.

«Aquello que reverencié hasta aqui como sagrado, lo que he deseado como bueno, aquello á que aspiré como celestial, no ha cambiado en nada en este momento, y doy gracias á Dios por ello, porque me encontraria ahora muy desesperado si hubiese de reconocer que mi corazon ha adorado imágenes engañosas, y se ha envuelto en fugaces quimeras. Asi, mi confianza en esas ideas, mi puro amor hácia ellas, que son los ángeles guardianes de mi imaginacion, se acrecientan de momento en momento, y se acrecentarán hasta mi fin, y pasaré de ese modo muy fácilmente, asi lo espero, de este mundo á la eternidad. Paso mi vida en la exaltacion y la humildad cristiana, y á veces tengo esas altas visiones, por las que, desde mi nacimiento, he adorado al cielo sobre la tierra, y que me dan el poder de elevarme hasta el Señor en las ardientes alas de la fé. La enfermedad, aunque larga, dolorosa y cruel, ha sido muy dominada por mi voluntad para dejar el tiempo de ocuparme con fruto de la historia de las ciencias positivas y de los bellos ramos de la educacion religiosa; y cuando la mayor violencia del mal interrumpia algunas veces estas ocupaciones, yo luchaba victoriosamente contra el fastidio, porque los recuerdos del pasado, mi resignacion para el presente, y mi fé en el porvenir eran bastante ricos y fuertes, en mí y á mi alrededor, para hacerme caer de mi paraiso terrenal.

Yo, segun mis principios, en la posicion en que me encuentro y en que yo mismo me he colocado, jamás hubiera querido pedir nada para mi bienestar, y sin embargo, me he visto por todos estilos, colmado de tantas bondades, de tantos cuidados, y con una delicadeza y una humanidad, que no puedo, ¡ay! reconocer lo bastante; los votos que no me hubiera yo atrevido á formar en el rincon mas secreto de mi corazon, los he visto llegar aun mas allá. Jamás me he visto bastante postrado por los dolores del cuerpo para no poder decir interiormente, elevando mi pensamiento al cielo: «¡Sea lo que quiera de esta miseria!» y por grandes que hayan sido los dolores, no sabré ponerlos en parangon con esos sufrimientos del alma tan punzantes que esperimentamos con el sentimiento de nuestras debilidades y faltas.

«Por lo demas, es raro ahora que este dolor me haga perder el conocimiento; la tumefaccion y la inflamacion no han adelantado bastante, y la fiebre ha sido siempre moderada á pesar de haberme visto obligado á estar echado de espaldas cerca de dos meses, sin poder ni aun incorporarme, y aunque han salido de mi pecho, del lado del corazon, mas de cuarenta azumbres de sangre. No, la herida aunque siempre abierta está en buen estado; y esto lo debo, no solo á los cuidados de que estoy rodeado, sino tambien á la sangre pura que he recibido de vos, ¡oh madre mia! Asi, ni los socorros de la tierra, ni los estímulos del cielo me han faltado; he tenido mil motivos, el dia aniversario de mi nacimiento, no para maldecir la hora en que nací, sino por el contrario, despues de la séria contemplacion de este mundo, de dar gracias á Dios, y á vosotros, mis queridos padres, por la vida que me habeis dado.

«He celebrado el 18 de octubre con una penosa y ferviente sumision á la voluntad del Señor. El dia de Navidad he procurado ponerme en la disposicion de los niños consagrados á Dios, y con la ayuda del cielo, pasará el año nuevo, como el precedente, en los dolores del cuerpo acaso, pero ciertamente en la alegría del alma; y con este voto, el único que formo, me dirijo á vosotros, mis queridos padres, y á vosotros y vosotras, mis queridos hermanos y hermanas.

«No puedo esperar conocer mi año veinte y cinco; pueda, pues, ser oida la plegaria que acabo de hacer, pueda este cuadro de mi vida actual llevaros alguna tranquilidad, y pueda esta carta, que os escribo con mi corazon, no solo probaros que no soy indigno de vuestro inapreciable amor, sino por el contrario, asegurarme ese amor por toda la eternidad:

«Me regocijo muy sinceramente de la venida al mundo del primito. Doy alegremente mis felicitaciones á los abuelos; me trasporto, para su bautismo, á esa sociedad querida, adonde envio mi afecto como hermano cristiano, y sobre la que deseo eche todas sus bendiciones el cielo.

«Para no incomodar demasiado á la comision del gran duque, creo que nos veremos obligados á suspender nuestra correspondencia; concluyo, pues, asegurándoos otra vez, pero acaso por la última, mi profunda sumision filial y mi afecto fraternal,

«Vuestro tiernamente afectísimo,

«KARL LUDWIG SAND.»

En efecto, entre los cuidados particulares de que Sand era objeto de parte del señor G..., la comision judicial del gran duque de Weimar, en consideracion al estado en que se encontraba, y acaso por la causa que le habia reducido á aquel estado, habia permitido, á título de indulgencia, que su madre y las demas personas de su familia que quisiera designar, fuesen á verle. El primer movimiento de Sand cuando le anunciaron tan buena noticia, fué de alegría; pero habiendo reflexionado al punto con su calma y energía habituales en los inconvenientes que aquella visita podria tener, escribió á la familia la carta siguiente:

«Mis queridos padres:

«La comision judicial del gran duque, me ha participado ayer que seria posible tuviese la alegría muy viva de ser visitado por vosotros, y que acaso podria veros y abrazaros aquí, á vos, madre mia, y á algunos de mis hermanos y hermanas.

«Sin ser sorprendido de esta nueva prueba de vuestro amor maternal, esta esperanza ha despertado de nuevo en mí el ardiente recuerdo de esa vida feliz pasada dulcemente juntos. La alegría y el dolor, el deseo y el sacrificio, han agitado violentamente mi corazon, y me ha sido preciso pesar el uno al lado del otro, y con el poder de la razon, todos esos movimientos diversos, para volverme á hacer dueño de mí mismo, y tomar una decision en una circunstancia tan solemne.

«La balanza se ha inclinado del lado del sacrificio.

«Ya sabeis, madre mia, la alegría y el ánimo que podrian darme en este tiempo tan corto una mirada de vuestros ojos, esas relaciones diarias, vuestras conversaciones piadosas y elevadas; pero tambien sabeis mi posicion, y conoceis demasiado bien la marcha natural de todas estas dolorosas diligencias, para no creer como yo, que semejante disgusto renovado á cada momento, turbaria mucho la alegría de nuestra reunion, si no llegaba á destruirla completamente; ademas, madre mia, despues del largo y fatigoso viage que os veriais obligada á emprender para volverme á ver, pensad en los terribles dolores de la despedida cuando llegue el momento de separarnos en este mundo. Resignémonos, pues, al sacrificio; esta creo que es la voluntad del

cielo, y entreguémonos únicamente á esta dulce comunidad de pensamientos que la distancia no puede interrumpir, y en la que tengo mi única alegría, siéndonos siempre á despecho de los hombres concedida por el Señor, nuestro padre.

«Vivid feliz.

«Vuestro hijo profundamente respetuoso,

«KARL LUDWIG SAND.»

A esta carta, que aparte de los sentimientos religiosos se podria creer dictada por Bruto, llegó esta respuesta, que se podria creer escrita por Cornelia:

«Querido, indeciblemente querido Karl.

«¡Cuán dulce me ha sido volver á ver despues de tan largo tiempo escritura tuya tan querida! Ningun viage habria para mí bastante penoso, ni camino alguno bastante largo que me impidiera ir á reunirme contigo, é iria con un amor profundo é infinito de un estremo á otro de la tierra, solo con la única esperanza de verte, aunque fuera de lejos.

«Pero como conozco bien tu tierno afecto y tu profunda solicitud por mí, y me das con una firmeza tan grande y tan varonil reflexion razones á que nada tengo que contestar, y que no puedo menos de honrar, será, mi muy querido Karl, como tú lo has querido y decidido. Continuaremos sin hablarnos la comunicacion de nuestros pensamientos; pero tranquilízate, nada puede separarnos; yo te envuelvo en mi alma, y mis maternales pensamientos velan en derredor tuyo.

«Que este amor infinito que nos sostiene, nos afirma y conduce á todos á una vida mejor, te conserve, mi querido Karl, el valor y la energía.

«Adios, y está firmemente persuadido de que jamás dejaré de amarte grande y profundamente.

«Tu madre fiel, que te amará hasta la eternidad.»

Efectivamente, el momento fatal previsto por Sand, llegó. No es que el gran duque no hubiese particularmente deseado salvar á Sand, en quien en aquel momento se concentraban no solo las miradas, sino tambien el interés de toda la Alemania. Desgraciadamente, la Rusia estaba alli, la Rusia, que tenia que vengar su agente, y que encontraba la convalescencia de Sand muy larga para su deseo de venganza; escitaba, pues, á la comision judicial á que concluyese con el asesino, en cualquier estado en que se hallase.

Sin embargo, aunque la última, quedaba una esperanza á los habitantes de Manheim, y aun á los miembros de la comision judicial, y era que Sand, que no se habia levantado hacia trece meses, estaria demasiado débil para ponerse en pie, y como no se le podia ejecutar en el lecho, se obtendria de este modo, y casi legalmente un nuevo plazo. Decidióse, pues, que un médico de Heidelberg visitaria á Sand, y que con su declaracion, segun que Sand estuviera en estado de levantarse ó en la imposibilidad de dejar la cama, se apresuraria ó prorogaria la instruccion.

En consecuencia, una mañana se presentó un desconocido en la habitacion del preso, anunciándose como un profesor de la escuela de medicina de Heidelberg, quien atraido por el interés, iba á pedir noticias.

Sand le miró un instante como para leer hasta el fondo de su alma, y viendo que el médico, por mas que se violentase, no pudo menos de ruborizarse:

—¡Ah! si, le dijo, comprendo. Se desea saber en San Petersburgo si estoy bastante fuerte para ser ejecutado; ¡y bien, caballero! vamos á hacer juntos la esperiencia. Perdonadme, añadió, en el caso en que me encontrara mal, pero como hace trece meses que no me he levantado, es posible que á pesar de toda mi buena voluntad, suceda eso.

Dichas estas palabras, se levantó Sand sin apoyo; con un valor sobrehumano dió dos vueltas por su habitacion, y volvió á caer casi desmayado sobre su cama. El médico le hizo respirar sales.

—Ya veis, caballero, dijo Sand volviendo en sí, que estoy mas fuerte que lo que yo mismo creia; llevad, os lo suplico, esta buena noticia á mis jueces. Hace mucho tiempo que les hago perder un tiempo precioso: den, pues, su sentencia, y nada impedirá que sea ejecutada.

Desgraciadamente, el médico no podia decir mas que lo que habia visto. Dió su parte á la comision, y el 5 de mayo de 1820, la sentencia, que condenaba á Karl Ludwig Sand á ser cortada la cabeza, se dió por el tribunal supremo de justicia.

El 17 se notificó la sentencia á Sand. La escuchó en pie, apoyado en el respaldo de una silla, á pesar de que los consejeros, viendo su palidez, le rogaron varias veces que se sentase; pero Sand les dió gracias con esa fisonomía bondadosa y tranquila que le era habitual. Y cuando fué terminada la lectura de la sentencia, volviéndose hácia el señor G..., que estaba preparado á recibirle en sus brazos en el caso en que le faltasen las fuerzas:

—Espero, le dijo, que mis padres querrán mejor aun morir de esta muerte violenta y pronta, que de alguna enfermedad lenta y vergonzosa. En cuanto á mí, he sufrido tanto hace catorce meses, que miro á mis jueces como ángeles de libertad.

Salieron los consejeros; Sand les saludó al marcharse con la misma calma y serenidad que les habia saludado á su entrada, y volviéndose á acostar inmediatamente, porque no podia estar mas tiempo en pie ni sentado,

pidió al señor G...., papel, pluma y tinta, y escribió á su familia la siguiente carta.

Manheim 17 del mes de la primavera de 1820.

«Queridos padres, hermanos y hermanas.

«Por la comision del gran duque habeis debido recibir mis últimas cartas, en las que contestaba á las vuestras, y procuraba consolaros acerca de mi posicion, pintándoos el estado de mi alma, tal como esté, y el desprecio á que ha llegado de todo lo que es frágil y terrestre, y que se debe sufrir como una necesidad cuando éste se pone en la balanza con la ejecucion de un pensamiento, y esta libertad intelectual que puede sola alimentar nuestra alma. En una palabra, yo pensaba consolaros con la seguridad de que los sentimientos, los principios y las convicciones de que yo hablaba en otro tiempo, han sido fielmente conservados en mí, y han permanecido exactamente los mismos; pero todo esto eran demasiadas precauciones de mi parte, estoy seguro de ello, porque en cualquier otro tiempo no hubiéseis exigido de mí otra cosa, que tener á Dios ante los ojos y en el corazon. Y vosotros mismos habreis visto como el precepto pasó de tal modo á mi alma, que llegó á ser en este mundo y el otro el único objeto de mi felicidad. Sin duda, como estaba en mí y junto á mí, Dios estará con vosotros, y junto á vosotros, en el momento en que esta carta os lleve la noticia de la lectura de mi sentencia. Muero por mi voluntad, y el Señor, lo espero, me dará fuerza para que pueda morir.

«Os escribo completamente tranquilo acerca de todas las cosas, y espero que vuestra vida pasará tambien tranquila, hasta el momento en que nuestras almas se encuentren llenas de una nueva fuerza para amarnos y participar juntos de la eterna felicidad.

«En cuanto á mí, tal como he vivido desde que me conozco, es decir, con una serenidad llena de deseos celestes, y un animoso é infatigable amor á la libertad; tal voy á morir.

«Que Dios sea con vosotros y conmigo.

«Vuestro hijo, hermano y amigo,

«KARL LUDWIG SAND.»

Despues, escrita esta carta, Sand envió recado al señor G.... suplicándole subiese á verle, y le dijo que tendria gusto en hablar con el verdugo antes del dia de la ejecucian. Pareció tan estraño el deseo al señor G... que vacilaba en responder, pero Sand insistió de un modo tan bondadoso y firme á la vez, que el señor G... le prometió que al punto que aquel individuo llegase á Manheim, se haria como lo pedia.

LA EJECUCION.

La ejecucion se habia fijado para el 20, es decir á los tres dias de la notificacion de la sentencia. En Alemania concede la ley tres dias completos al reo para dejarle tiempo de prepararse á la muerte. El 20, pues, á las dos de la tarde era cuando debia cesar de vivir Sand.

El 18 se pasó en recibir á diferentes personas que habian manifestado deseos de ver al reo, y á los que habia él concedido el permiso, siendo una de estas personas el mayor Holzungen que le habia detenido. Aunque no le habia visto mas que un momento, y á través del sangriento velo que le cubria los ojos, Sand le reconoció, y tan segura tenia su cabeza en el momento en que se hirió, y como hemos dicho, con una segunda puñalada, que recordó al mayor el trage que llevaba cuando le arrestó. Admirado de aquella sangre fria y de aquella tranquilidad en un jóven que iba á morir tan distante aun de la edad que la naturaleza habia señalado como término de su vida, el mayor dirigió á Sand algunas palabras de compasion. Pero Sand le respondió sonriendo:—No es de mí de quien hay que tener compasion, señor mayor, sino de vos; yo muero por una conviccion que me es propia, y vos morireis probablemente por una conviccion que os será estraña. El mayor Holzungen le animó á que se mantuviera en la misma firmeza.

—Señor mayor, dijo Sand, los mártires hebreos morian tan valerosamente como los soldados romanos.

Llegó la noche, Sand pidió le dejasen solo y estuvo escribiendo hasta cosa de las once, pero quemó lo que habia escrito, de modo, que no se encontró ni resto de ello. A las once se acostó y durmió hasta las seis; el cirujano que iba para curarle como de costumbre, le despertó al entrar en su habitacion.

Como dos horas despues de terminada la operacion, estando Sand acostado y el señor G... hablando con él, sentado al pie de su cama, se abrió la puerta, y uno de los criados del correccional hizo seña al señor G..... de que tenia algo que decirle. El señor G..... fué al punto á la puerta donde cambió con él algunas palabras en voz baja; despues volviéndose á Sand:

—Karl, le dijo, con una voz cuya emocion le era imposible dominar, es el señor Widemann de Heidelberg á quien habeis deseado hablar.

—Hacedle entrar, os lo suplico, dijo Sand, y haciendo un esfuerzo se sentó en la cama, tendiendo la mano al señor Widemann. Ve-

nid, caballero, le dijo, y sentaos aqui; tengo cosas importantes que deciros. Luego, como el señor G... quisiera retirarse:—¡Oh! quedaos, quedaos, mi querido director, no estais demas.

—Es decir, que sabeis quien soy, dijo balbuceando el señor Widemann.

—Si, ciertamente, por eso deseaba hablaros.

—Estoy á vuestras órdenes, caballero.

—¿Habeis hecho muchas ejecuciones, señor Widemann? continuó Sand.

—Tres, respondió.

—¿Y las tres han salido bien?

—¿Cómo entendeis eso? caballero.

—¿Entiendo, que la cabeza ha caido del primero al segundo tajo?

—Dos han caido al primero, y uno al segundo.

—Pero conmigo, ya lo veis, señor Widemann, la cosa no será tan fácil, porque mi herida me ha paralizado casi todo un lado del cuerpo, de modo, que no puedo tener mi cabeza alta como seria necesario; pero no importa, tened fuerza, y aun cuando necesitárais dos tajos para separar la cabeza del cuerpo, y aun tres ó cuatro, como dicen sucedió al duque de Monmouth, no os aturdais por eso. Por otra parte, si quereis, podemos ensayar, á fin de que pueda ayudaros en el momento supremo en cuanto de mí dependa, porque no habiendo visto una ejecucion nunca, no sé lo que hay que hacer, he ahí porque deseaba hablaros.

El verdugo estaba estupefacto de aquella sangre fria, y no sabiendo aun si Sand hablaba formalmente, cuando éste se salió de la cama, y apoyado en el hombro del señor G..., llegó á una silla en la que se sentó, rogando al señor Widemann le indicase lo que tendria que hacer al dia siguiente.

Entonces comenzó el ensayo del terrible drama del patíbulo, ensayo durante el que faltaron las fuerzas, no al paciente, sino al verdugo; porque sacado de aquel modo de su terreno, le pareció la ficcion mas horrible que la realidad; no por eso dejó de terminar la demostracion homicida, indicó á Sand cómo estaria sentado en el banquillo, cómo el criado le levantaria la cabeza con una especie de trencilla de cuerda, y como él, aprovechando la ocasion en que el cuello estuviera estendido, se le cortaria con una espada. Sand, escuchó unas despues de otras todas las esplicaciones con la misma sangre fria; despues, cuando el señor Widemann las dió todas, desde la primera á la última, le dió gracias y se volvió á su cama, dejando al verdugo mas pálido y desfallecido que él. El señor G.... creia tener una atroz pesadilla, y me dijo no haber pasado jamás media hora como aquella, ni aun al dia siguiente.

En el momento en que el señor Widemann se retiraba, Sand le dió de nuevo las gracias, y le recomendó otra vez tuviese la mano firme al dia siguiente.—Sobre todo, añadió, no vayais á hacer lo que hoy, os he sentido temblar.

Momentos despues entraron tres eclesiásticos conocidos de Sand, uno era el señor párroco D..., de quien yo tenia una carta. El señor G.... se aprovechó de su presencia para retirarse; no tenia ya ánimo, y se sentia destrozado todo el cuerpo, como si hubiese caido, me decia, de un piso segundo.

Los tres eclesiásticos estuvieron mas de tres horas con Sand; todo ese tiempo le emplearon en conversar de religion. Sand era un admirable teólogo, y siempre que hablaba de Dios era con una conviccion profunda y fé ardiente. Antes de separarse de él, el párroco D... le dijo que habian llegado tantos estudiantes la víspera, y que continuaban llegando tantos de minuto en minuto, que se temia al dia siguiente una colision entre ellos y los militares. Sand espresó con frases tan verdaderas cuál seria su gran sentimiento de que la sangre corriese por él, que el párroco D.... se aprovechó de aquella disposicion de ánimo para pedirle á nombre de la autoridad que no hablase en el cadalso.

—¡Oh! estad tranquilo, dijo Sand sonriendo, aun cuando quisiera no tendria fuerza para ello; además, si esto puede contribuir á daros seguridad, os juro que no diré una palabra.

En efecto, como lo habia dicho el párroco D..... habian llegado tantos estudiantes á Manheim, qne no encontrando alojamiento en la ciudad, se habian alojado en las aldeas de las inmediaciones. Por su parte la autoridad no habia quedado inactiva, y se habia hecho ir de Carlsruhe al general Neustein con mil quinientos ó mil ochocientos hombres, entre caballería é infantería: acompañaba al general ademas una compañía de artilleros y cuatro piezas.

Mas á pesar de haberse tomado aquellas precauciones, llegaban los estudiantes en tal número, que la autoridad resolvió adelantar la hora de la ejecucion; pero como hemos dicho, la ley alemana es terminante: deben pasar tres dias entre la notificacion de la sentencia y el suplicio; se necesitaba pues, la autorizacion de Sand para que se hiciese aquella alteracion. Tanto conocian su carácter que resolvieron pedírsela.

Sand, como de costumbre, se habia acostado en la noche del 19, á las once. Entraron en su habitacion á las cuatro de la mañana, y le encontraron tan profundamente dormido, que tuvieron que llamarle para despertarle. Sand abrió los ojos sonriendo, y reconoció al señor G....

—Ah! sois vos, mi querido director, dijo Sand; bien venido seais. ¿Habré dormido tan bien que ya será la hora?

—No, respondió el señor G...., no son mas que las cuatro de la mañana.

—Entonces ¿por que me despertais tan pronro? preguntó Sand en tono de reprension. ¿Han creido que no estaria dispuesto?

—No es eso, caballero, dijo el carcelero; pero se espera de vos un grande acto de abnegacion en pró de la tranquilidad pública.

—Hablad, dijo Sand, todo lo que yo pueda hacer, lo haré.

—Se teme una colision entre los estudiantes y los soldados; y como están tomadas de antemano las disposiciones militares, esta colision causaria grandes desgracias, sin dejar siquiera la probabilidad de salvacion.

—¿Y quién os dice que yo quiero salvarme? preguntó Sand. Yo he muerto á un hombre: todo asesinato exije un espiacion. ¿Me he conducido como hombre que quiere librarse de la muerte? ¡No, señores! cuando al llegar á Manheim me detuve en la pendiente de la colina que domina la ciudad, he visto de antemano el sitio donde estaria mi sepulcro. Lejos de querer librarme de la mirada de Dios y de la justicia de los hombres, no tengo mas que darles gracias por haber prolongado hasta hoy mi existencia.

—Esas disposiciones me dan la esperanza de que me concedereis la peticion que tengo encargo de haceros, suplicó entonces el carcelero.

—¿Cual? preguntó Sand.

—Que permitais que vuestra ejecucion en vez de ser á la tarde, sea en esta misma mañana.

Sand hizo seña al señor G...., de que le diese papel, tintero y pluma, y escribió con mano firme, y con su carácter de letra ordinario, las cinco líneas siguientes:

«Doy gracias á las autoridades de Manheim de haberse anticipado á mis deseos, adelantando ocho horas el momento de mi ejecucion.

«*Sit nomem Domini benedictum.*

«KARL LUDWIG SAND.

—Tomad, dijo entregando el papel al carcelero, he aqui lo que deseais; únicamente pido tiempo para tomar un baño. Esta era, ya lo sabeis, la costumbre de los antiguos antes del combate.

Entonces el médico se aproximó á él para curarle.

—¿Merece la pena? preguntó Sand.

—Estareis mas fuerte, respondió el médico.

—En ese caso, curad.

Le llevaron en seguida un baño. Se metió en él, y continuó hablando de cosas generales, haciéndose entretanto peinar sus largos y hermosos cabellos. Luego, terminado su tocador, salió, se puso un pantalon blanco con botas por encima, un redingot negro, que como los redingots de los estudiantes, permitia al cuello estar muy desahogado, y fué á sentarse en su cama, donde estuvo un rato orando en voz baja; despues se despidió de los sacerdotes, diciéndoles que no teniendo nada de que acusarse, siendo casi él mismo eclesiástico, iria solo al cadalso, para no dar á su caridad el espectáculo de su muerte. Se despidió igualmente del médico, dándole gracias por el trabajo que se habia tomado en el espacio de once meses que le iba á curar todas las mañanas en su prision. Entonces se retiraron sacerdotes y médico, y dejaron solo á Sand.

En aquel momento redobló el tumulto de la calle, que iba siempre en aumento desde el amanecer, y Sand comprendió que pasaba algo de nuevo. En efecto, un momento despues entró el señor Widemann: lo que habia causado aquel aumento de ruido, era la presencia del verdugo.

Iba vestido con una larga levita negra, bajo la que ocultaba su espada. Al verle Sand, como la víspera y con la misma sonrisa, le alargó la mano, y como el señor Widemann, incomodado con su espada, que no queria se viese, vacilase:

—Venid, le dijo Sand, y enseñadme vuestra espada; bueno es conocer á las personas con quienes tiene uno que habérselas. Entonces el señor Widemann, pálido y tembloroso, se aproximó á él y le presentó su espada.

Sand la cogió, la desenvainó, pasó el dedo por el filo, y dijo:

—Está bien, he ahí una hoja que no os dejará mal; que no tiemble el brazo, y todo saldrá bien.

Y dichas estas palabras, volvió la espada al señor Widemann. Luego, volviéndose hácia el señor G...:

—¿No me hareis el último favor de acompañarme hasta el cadalso?

El señor G... le contestó con la cabeza que si, porque conocia que si hubiese pronunciado una sola palabra, habria prorumpido en sollozos. Entonces Sand se levantó apoyándose, y volviéndose al señor Widemann y á los demas circunstantes:

—¡Y bien, señores! dijo, ¿qué se espera? Estoy pronto. Dichas estas palabras, el señor Widemann, sin responder, empezó á marchar silenciosamente el primero. Sand le siguió apoyado en el señor G... Los demas siguieron á Sand.

Bajó la escalera y entró en el patio interior. A la puerta habia un pequeño cabriolé descubierto que se habia comprado en Heidelberg sin decir con qué objeto se compraba, porque en todo Manheim no se habia encontrado un alquilador de coches que quisiera alquilar ni vender el carruage que habia de conducir á Sand al patíbulo. En el momento en que el reo apareció en el patio, los demas pre-

sos se pusieron todos á la ventana para despedirse de él. Muy débil para responder, Sand les hizo seña con la mano, y subió al carruage.

Al poner el pie en el estribo, se inclinó hácia el señor G...

—Subís conmigo, ¿no es así? le dijo.

—¿No os lo he prometido?

—¡Gracias! y si me viérais debilitarme, decidme en voz baja mi nombre, ¿oís? y eso bastará.

En seguida se entró en el carruage. El señor G... se colocó junto á él, y le abrieron las puertas de la calle.

En la calle habia un gentío inmenso, y á pesar de las numerosas patrullas que circulaban, era tanta la multitud, que apenas podia avanzar el carruage. En el momento en que apareció, todas las voces esclamaron con un solo grito: ¡Adios, Sand! ¡adios, Sand!.... Al mismo tiempo cayeron muchos ramilletes en el birlocho, mientras que los que estaban demasiado lejos para arrojarlos hasta allí, los arrojaban sobre la multitud, que los dejaba pasar.

La atmósfera estaba sombría, y á pesar de ser el mes mas hermoso del año, habia llovido toda la noche. Demasiado débil aun para permanecer sentado, Sand llevaba la cabeza echada en el hombro del señor G... Su rostro, como de ordinario, era bondadoso, tranquilo y doliente. Su frente estaba despejada, sus ojos llenos de vida, pero habia sufrido tanto, que todo lo demas de su rostro, si es permitido decirlo así, habia envejecido diez años en sus catorce meses de cautividad. De vez en cuando, no obstante, levantaba su pálida fisonomía á que hacian sombra sus bellos cabellos negros, y miraba á la multitud sonriendo; entonces una nueva esplosion de gritos y de corage se elevaba por todos lados, tan desgarradora y tan dolorosa, que á cada una, Sand, tan tranquilo y resignado, no podia menos de enjugarse las lágrimas que á su pesar sentia correr de sus ojos.

El cortejo llegó al fin al sitio de la ejecucion. Hallábase, como hemos dicho ya, á unos cien pasos del camino real, en medio de una linda pradera, y sobre una colina que dominaba un arroyuelo. Se detuvieron un momento, porque los ayudantes del verdugo, que no estaban advertidos del cambio de hora, habian comenzado su almuerzo en el cadalso. Despues de un alto de cinco minutos, el cortejo continuó su camino, y el birlocho se detuvo al pie de la escalerita, compuesta de ocho escalones, que conducia á la plataforma. En cuanto llegó allí, Sand miró al cadalso con la mayor calma; luego, volviéndose hácia el señor G...:

—Hasta ahora, le dijo, Dios me ha dado fuerza.

Dios se la dió hasta el fin. Sand se bajó del carruage y subió al cadalso, apoyado en dos, encorvado por el dolor, pero sin exhalar un quejido. Llegado á la plataforma, levantó la cabeza, enjugó su frente cubierta de sudor, y despues miró con calma toda aquella multitud amiga, que parecia haberle acompañado hasta allí no por curiosidad, sino por deber. Despues, dirigiendo los ojos al cadalso:

—¡He ahí el sitio donde voy á dejar de padecer! dijo. ¡Yo te doy gracias, oh Dios mio! por haberme dado fuerzas para llegar aquí. Entonces, como el señor G... le viese palidecer:

—Sentaos, Sand, le dijo, sentaos.

Sand se sentó, pero habiendo comenzado casi en el mismo momento la lectura de la sentencia, se levantó, y por mas instancias que le hicieron, quiso oir la lectura de pie. Terminada que fué, estendió la mano y dijo en alta voz:

—Muero confiando en Dios...

Mas al punto el señor G... le interrumpió, acercándose á su oido:

—¿Qué haceis, Sand? le dijo. Habeis prometido no hablar.

—Es verdad, dijo Sand, lo habia olvidado. Ademas, saben bien que muero por la libertad de la Alemania.

Entonces, arrolló el pañuelo con que acababa de enjugarse el sudor de su agonía, y como Conradino hizo con su guante, le arrojó á la mutlitud. En el mismo instante, fue dividido el pañuelo en mil pedazos, y todos los que tenian un giron levantaron la mano gritando:

—¡Sand, Sand!... ¡adios Sand!...

Se oyó un redoble de tambores.

—Caballero, dijo el verdugo, ¿me permitís os corte los cabellos?

—¿Es pues necesario? preguntó Sand llevándose apresuradamente la mano á su cuello.

—Es para vuestra madre.

—¡Oh entónces, hacedlo, hacedlo! esclamó Sand.

El verdugo le cortó los bucles que caian por detrás, dándoselos á medida que los cortaba. Sand los tomó, los reunió en un solo mazo, y mirando despues fijamente al verdugo:

—Por vuestro honor, señor Widemann, ¿es para mi madre?

—¡Por mi honor! respondió éste.

—Entonces, helos aquí.

Se levantó los otros y los anudó con una cinta en lo alto de la cabeza.

—Ahora, dijo el verdugo, será preciso que os dejeis atar las manos.

—¡Atad! dijo Sand presentándolas.

Y el verdugo le ató las manos á la espalda; pero como esta postura le tiraba atrás los brazos al paciente, y le obligaba á causa de su herida, á inclinar la cabeza sobre el pecho, se vió obligado á desatárselas, y atarlas á los muslos; gracias á esta nueva posicion, Sand volvió á poder levantar la cabeza.

—¡Colocaos bien! dijo el verdugo.

—¡Y vos, tened firmeza! respondió Sand,

A tan escasas palabras sucedió un silencio terrible. Brilló la espada como un relámpago y descendió. Entonces resonó un gran grito en aquella multitud; la cabeza no habia caido, y medio desprendida del cuerpo, pendia sobre el pecho. El verdugo dió un segundo golpe que la echó abajo del todo, y al mismo tiempo fue á cortar la mano que estabà atada á la rodilla izquierda.

En este momento, sin que fuese posible contenerla, la multitud atropelló la fila de soldados y se precipitó al cadalso, empapando todos su pañuelo en la sangre, y los que llegaron despues, cuando la sangre se habia empapado, hicieron pedazos el banquillo en que habia sido ejecutado, llevándose unos la madera y otros la paja de la silla; llegaron por fin los que no habian podido obtener ni sangre ni silla y que se pusieron á cortar pedazos de las tablas, para tener al menos algo del patíbulo. Pero al fin, subió la tropa, separó la gente, y la cabeza y el tronco, puestos en un mismo féretro, fueron colocados en el birlocho y llevados al correccional en medio de una numerosa escolta militar.

A media noche, sin antorchas y sin luces, fue trasladado el cádaver al pequeño cementerio protestante situado en el camino de Heidelberg. Allí, en un rincon, se habia preparado un sepulcro de modo que fuese ignorado de todos. En efecto, en toda su longitud, se habia levantado el cesped con precaucion, y la tierra que se habia sacado se habia puesto en telas, de modo que cuando el ataud estuvo colocado y cubierto de tierra, volvieron á poner la que tenia el cesped, y despues hicieron jurar á los presentes que no enseñarian á nadie el lugar donde estaba aquella tumba. Los circunstantes juraron y salieron. La puerta del cementerio se cerró tras ellos, se echó el sobrante de la tierra en un patio del correccional, y todo concluyó.

La pradera en que Sand fué ejecutado, recibió desde aquel dia el nombre que lleva hoy; el pueblo la llama: Sand Himmelfartswiese.

Lo cual quiere decir:

—Pradera de la ascension de Sand.

EL DOCTOR WIDEMANN.

Como se comprenderá, esos detalles, sea dados por el señor G....., sea copiados de los documentos oficiales, me habian ocupado todo el dia y parte del siguiente, de modo que no me encontraba dispuesto á partir para Heidelberg hasta las seis de la noche. Volví, pues, á subir en el carruage despues de haber dado mil gracias al señor G.....; pero no queriendo dejar á Manheim sin dar el último adios á Sand, me hice conducir al cementerio donde está enterrado.

En él reposan, á veinte pasos uno de otro, el asesino y la víctima, ó si se quiere mejor, el traidor y el mártir: en fin, Kotzebüe y Sand.

Sobre la tumba de Kotzebüe, situada precisamente frente á la puerta de entrada, en el centro del cementerio, se eleva un monumento de una arquitectura estraña: la base es una masa de rocas alrededor de las que trepan enredaderas; sobre esta masa de rocas descansa por su punta una piedra tallada en rombo, y sostenida por ambos lados por las caretas de la comedia y la tragedia, y en el lado plano de la piedra está grabada esta inscripcion:

El mundo le persiguió sin piedad,
la calumnia fué su triste herencia,
no encontró la felicidad mas que en los brazos de su muger,
ni el descanso mas que en el seno de la muerte;
la envidia vigilaba siempre para llenarle el camino de espinas,
el amor hizo florecer sus rosas.
Que el cielo le perdone
como él ha perdonado á la tierra (1).

Entonces, y como hacia largo tiempo los nocturnos sepultureros de Sand habian sido relevados de su juramento, como en aquel momento todos los que habian empapado su pañuelo en la sangre le han lavado con gran cuidado, y los unos son consejeros, y los otros jueces, y por consiguiente no han creido á propósito tener secreta aquella fosa, me condujeron hácia un ángulo de la pared, y allí me enseñaron un cuadro de tabla, de seis pies de largo y tres de ancho, en medio del que crece un ciruelo silvestre: esta es la tumba de Sand.

Corté una rama del ciruelo del sepulcro de Sand, arranqué un ramito de yedra del monumento de Kotzebüe, y me los llevé enlazados el uno á la otra.

Volvimos á pasar cerca de la pradera: fuí á visitar otra vez el cerro sobre el que se habia construido el cadalso; y con la imaginacion llena de esos pensamientos que han hecho decir á Bruto que la virtud no era mas que una sombra; volví á montar en el carruage, y tomamos el camino de Heidelberg.

Por mas prisa que tuviese de visitar al señor Widemann y de completar con sus noticias las que me habia dado el señor G....., era demasiado tarde cuando llegué á la ciudad universitaria para pensar en otra cosa que cenar

(1) Entiéndese que este epitafio está escrito en aleman, y que estas cortas líneas son su traduccion.

y acostarme; asi lo hice, encargando me despertasen al dia siguiente á las ocho.

Apenas desperté, me vestí y corrí á casa del señor Widemann, donde indicaba la direccion de la carta que tenia para él. El señor Widemann vivia calle Mayor, núm. 111. No tuve, pues, necesidad de preguntar, para llegar á su casa. Me detuve ante la puerta un momento. Confieso que la idea de ir á abordar al verdugo en su misma casa, para preguntarle acerca de una ejecucion, despertó todas mis preocupaciones de Francia; pero no habia yo ido de tan lejos para retroceder: alargué la mano y llamé á una puertecita de un corredor.

Una anciana salió á abrir, el corredor se prolongaba hasta el jardin. En medio del corredor, habia una escalera de piedra por donde se subia al piso principal. La anciana le abrió, y me dijo que entrase y esperase un momento, que el señor Widemann iba á bajar.

La habitacion donde me introdujo era un lindo salon que formaba al mismo tiempo biblioteca, cubierto de un papel azul celeste con flores blancas. Sobre la chimenea y en estantes, estaban colocadas una multitud de curiosidades, como pájaros disecados, víboras enroscadas con ramas de árboles, conchas nacaradas ó purpurinas, y en fin, en medio de todo esto colgados formando un trofeo, un fusil, una canana y un frasco de pólvora, que indicaban que el dueño de la casa era cazador. Miraba todas aquellas cosas, que como se ve, no pertenecian á la especialidad de aquel á quien iba á visitar, cuando oí abrir la puerta. Me volví, tenia delante al señor Widemann.

Era un jóven de buena presencia, de treinta á treinta y dos años, de tez morena y cabellos negros, con patillas dispuestas de modo que rodeaban enteramente su fisonomía. Se aproximó á mí con escelentes modales, y me preguntó á qué debia el inesperado honor de mi visita.

Confieso que en aquel momento no encontré una palabra que contestarle; me contenté pues con entregarle la carta del párroco D..... La leyó, é inclinándose de nuevo:

—Estoy á vuestras órdenes, caballero, para daros todas las noticias, que os agrade preguntarme. Desgraciadamente, no soy un verdugo muy curioso, añadió con una ligera sonrisa de ironía, puesto que aun no he ejecutado á nadie; mas es preciso no juzgarme por eso, caballero, no es mia la culpa, es de esos buenos alemanes, que no cometen crímenes, ó del gran duque, que siendo un príncipe escelente, perdona lo mas que puede.

—Al doctor Widemann, le dije, es á quien yo vengo á ver; al hijo del hombre que, cumpliendo con la terrible mision que se veia obligado á ejecutar, ha conservado hasta el último momento para el desventurado Sand miramientos que podian comprometer al que los tenia para él.

—No habia gran mérito en eso, caballero; todo el mundo amaba y sentia á Sand, y ciertamente, si mi padre hubiese creido que su adhesion podia salvarle, se hubiera cortado la mano derecha antes que ejecutarle. Pero Sand estaba sentenciado, Sand debia sufrir la pena.

—Ya sé que vuestro padre dulcificó todo lo posible sus últimos momentos; asi, respecto á eso, no teneis nada que decirme: el Sr. G..... me ha referido todo. Pero he creido que habria algunos detalles que se le habrian escapado, y como pienso escribir algo acerca de Sand, quisiera me dijérais esos detalles.

—Yo era muy jóven entonces, me respondió el señor Widemann, porque apenas tenia catorce años; asi muchas cosas se han borrado de mi memoria, y el único detalle que puedo daros, caballero, si es de alguna curiosidad para vos, es que mi padre pidió permiso para hacer otro cadalso á espensas suyas, á fin de conservar el de Sand, y para que un asesino vulgar no deshonrase el que habia manchado con su sangre aquel noble y desventurado jóven. Habiendo obtenido su permiso, mi padre, de aquel cadalso mandó hacer los postigos y las puertas de su casa de campo.

—¿Y esa casa de campo, está lejos de aquí?

—A una milla de la ciudad, en medio de un viñedo, á la izquierda del camino de Carlsruhe; una casita blanca con tejado encarnado, ventanas grises y un arco iris encima de la puerta. Si teneis curiosidad de ir allá, la reconocereis fácilmente; ademas, cualquiera os la enseñará. Las puertas y las ventanas están hechas pedazos, porque durante cinco ó seis años, era una peregrinacion para los estudiantes, que iban á quitar con las puntas de sus puñales pedazos de aquella madera; luego poco á poco se han hecho mas raros los curiosos, hasta que concluyeron por no ir ninguno. Asi, caballero, no os admireis de mi recibimiento en un principio un poco frio, y acaso poco conveniente; pero hará diez años que nadie me ha hablado del pobre Sand, de modo que eran recuerdos, sino olvidados, al menos adormecidos.

—Gracias, pero mi visita era al mismo tiempo bastante indiscreta en sí misma, para que tuviera una acogida que no fuese fria. Gracias por la noticia que me habeis dado; ciertamente, iré á ver esa casita, estraño monumento del interés que inspiraba Sand. Mas debeis conservar aun otra cosa que tendria mucho gusto en ver, aunque no sé como pedíroslo.

—¿Y cuál es esa otra cosa? preguntó el señor Widemann con la sonrisa ligeramente irónica que ya habia notado en él.

—Os haré observar, le respondi, que no me animais á hacer esta peticion.

Su rostro cambió de espresion.

—Perdonad, dijo, he hecho mal. ¿Qué cosa deseais ver? tendré un placer en enseñárosla.

—La espada con que Sand ha sido decapitado.

Un vivo carmin se pintó en el rostro del señor Widemann. Mas al punto, moviendo la cabeza como para hacer caer aquel rubor,

—Voy á enseñárosla, caballero, me dijo; pero la encontrareis en muy mal estado. Gracias á Dios hace doce años que no ha servido, y en cuanto á mí, es la primera vez que la tocaré. Si hubiese sabido iba á tener el honor de recibir vuestra visita, la hubiera hecho limpiar á uno de mis ayudantes; pero me dispensareis, sabeis mejor que nadie que he sido cogido desprevenido.

Al decir estas palabras, el señor Widemann se inclinó y salió, dejándome mucho mas embarazado de mi fisonomía que el de la suya. Sin embargo, resolví, puesto que hacia ya el papel del tonto, representarlo hasta el fin.

Un instante despues, el señor Widemann entró llevando en la mano una larga espada sin vaina, mas ancha en la punta que por el puño; la hoja estaba hueca y contenia cierta cantidad de azogue que precipitándose desde la empuñadura hasta la estremidad de la punta, daba al tajo una fuerza mucho mayor. En muchas partes la hoja estaba efectivamente oxidada; porque el óxido como se sabe, aparece casi siempre en los sitios manchados por la sangre.

—He aqui la espada que queriais ver, caballero.

—Os pido de nuevo me dispenseis por mi indiscrecion, y os repito las gracias por vuestra amabilidad.

—¡Y bien, caballero! si es cierto que os creeis algo obligado por mi amabilidad, permitid ponga á ella un precio.

—¿Cuál?

—Que rogueis á Dios conmigo para que jamás tenga yo que tocar á esta espada mas que para satisfacer la curiosidad de los estrangeros que quieran honrar con su visita la pobre morada del verdugo de Heidelberg.

Vi que habia llegado el momento de retirarme. Hice al señor Widemann la promesa que me pedia, le saludé y salí.

Era aquella la primera vez que habia tan completamente divagado, sin encontrar en una conversacion de media hora, una sola ocasion de tomar la revancha.

Por lo demas, no por eso dejé de cumplir al señor Widemann la promesa que le habia hecho, y sin duda ha sido eficaz nuestra comun plegaria, porque no he oido decir que desde mi visita haya tenido necesidad de desoxidar su espada.

HEIDELBERG.

En esta ciudad universitaria volví á ver los rostros de estudiantes; eran absolutamente iguales á los de Bonn; lo que constituye entre ellos las diferencias de fisonomías, es la diferencia de las pipas.

Era hora muy á propósito para visitar las ruinas antes de almorzar. Me puse, pues, á trepar por la montaña, y al cabo de un cuarto de hora, estábamos en el patio del castillo palatino. Como Kœnigstein es tambien una ruina de nuestra época, solo que esta data de Luis XIV, y se remonta á la guerra del Palatinado; es ciertamente una de las mas hermosas y pintorescas que existen.

El interior del castillo, (porque algunas habitaciones están todavía cerradas y habitadas) conserva dos cosas curiosas, una para los anticuarios, la otra para los bebedores: estas dos cosas son el gabinete del señor Cárlos de Graimberg y el gran tonel de Cárlos Teodoro.

Hace treinta años que el señor de Graimberg entró en las ruinas de Heidelberg con intencion de verlas; detúvose en ellas todo el dia, y volvió al siguiente y aun al otro, hasta que al fin descubrió una especie de habitacioncita, desde cuya ventana se gozaba una vista tan hermosa, que pidió permiso para llevar alli una cama. Desde aquel tiempo la habita.

Desde entonces, con una paciencia maravillosa, el señor Cárlos de Graimberg ha reunido todo lo que hacia relacion al castillo y á la ciudad de Heidelberg: libros, grabados, cuadros; tanto, que su gabinete, ensanchado hoy con otras tres ó cuatro habitaciones, se ha convertido en una verdadera galería, que él se apresura con estremo agrado á enseñar á los viageros.

En cuanto al gran tonel, la historia es mas larga, porque es la de toda una dinastía; hubo un gran tonel I, gran tonel II, gran tonel III, y gran tonel IV.

Gran tonel I debió su nacimiento á Juan Casimiro, por sobrenombre el Piadoso. Un dia que desde lo alto de la azotea del castillo, se perdia su vista en aquellas llanuras y colinas cubiertas completamente de cepas, se le ocurrió la idea de construir, como Horacio, su monumento. Este monumento fué el gran tonel.

Juan Casimiro llamó á todos los toneleros que habia en su capital, y les declaró queria un tonel como no se habia visto jamás; por consecuencia les dió carta blanca, y les abrió sobre su tesoro un crédito ilimitado. Los artistas, picados en su honra, tomaron informes sobre lo que existia mejor en su género. Ha-

biendo sabido que lo mas célebre eran las pipas flamencas que contenian treinta ó cuarenta mil botellas, se encogieron de hombros y se pusieron á la obra. Al cabo de seis meses, los toneleros invitaron á Juan Casimiro á que fuese á ver su obra, á la que acababan de dar la última mano. El gran tonel contenia ciento cincuenta mil botellas.

Juan Casimiro quedó tan satisfecho de aquello, que calculando que no podia hacer cosa mejor, tomó el partido de morirse, para quedar con su gloria.

Los entusiastas que despues de haber admirado la obra, quisieran tener una idea del que la ha ejecutado, encontrarán su estátua en el patio del castillo, en el piso interior de la capilla edificada por su sobrino; esta es la estátua cuya cabeza separada del tronco está inclinada hácia el fondo del nicho.

Una miserable bala de cañon lanzada de una bateria sueca la puso en este triste estado, el año de gracia de 1633 de la Encarnacion de Nuestro Señor Jesucristo.

Desgraciadamente sucedió al tonel de Juan Casimiro lo que sucede á todas las cosas humanas; los sucesos políticos hicieron se apartasen los ojos de él, se olvidaron llenarle; se secó, se hundió, y estalló; de modo que despues de la guerra de los treinta años, cuando el elector Cárlos Luis bajó por sí mismo á sus bodegas para ver con sus propios ojos la maravilla de Juan Casimiro, se decidió en consejo que lo mejor seria hacer uno nuevo. Era esto lisonjear la manía de Cárlos Luis, á quien los laureles de su tio impedian dormir. Mandó se hiciese un nuevo tonel, el cual, tanto por el tamaño, como por la riqueza, hizo olvidar á su predecesor. Pusiéronse los operarios á la obra, y el año 1664, el gran tonel II, fué terminado; era una tercera parte mayor que el otro, y contenia doscientas veinte mil botellas. Ademas, dice la historia, tenia sentado delante, sobre un leon tendido, una estátua de Baco coronado de pámpanos, y en la animada actitud que conviene al padre de la embriaguez; parecia que hacia un llamamiento á los bebedores, y les presentaba con aspecto de triunfo en su mano derecha una grande urna cincelada, y en la otra una copa de proporciones no menos razonables.

Ademas, se habia dispuesto en la parte superior del tonel una plataforma rodeada de una barandilla en la que cuatro personas podian bailar una contradanza.

Los poetas quisieron concurrir á la obra nacional celebrando á Cárlos Luis: una multitud de cuartetas que prometian la inmortalidad á uno por el otro, se grabaron á los lados del coloso, y el buen elector cerró sus ojos en la confianza de que una vez ejecutada tal maravilla el tiempo no gastaria su nombre. El tiempo se portó perfectamente.

Cárlos Luis habia dado su hija única á Monseñor, hermano de Luis XIV. El elector Cárlos su hijo, acababa de morir sin sucesion, despues de un reinado de corta duracion; Felipe de Orleans reclamó la herencia paterna que recaia toda entera en su muger, herencia que le hubiese dado el derecho de votar en la dieta del imperio. Se le respondió que en Alemania no era costumbre que las hembras sucediesen en los señoríos, y que por tanto se debia contentar con la dote que habia recibido. Como á pesar de la validez de estas razones, no se satisfaciese Monseñor, y se quejase á su hermano, Luis XIV emprendió la famosa guerra del Palatinado.

De esto resultó para Heidelberg el incendio de 1689.

Por mas precauciones que se tomen, no se quema un castillo sin que las bodegas se resientan; el calor de las llamas penetró hasta el tonel de Cárlos Luis, el tonel chascó y se hundió.

Desgraciadamente habia otras cosas que hacer que pensar en acudir á sus gemidos, y por otra parte era de una corpulencia que no permitia se le trasportase. Le abandonaron pues, al cuidado de Dios, y Dios, que probablemente tenia en aquel momento cosa mas preciosa que guardar, dejó al pobre tonel retorcerse, hendirse y saltar como su predecesor gran tonel I. En este deplorable estado permaneció cuarenta años.

En fin, gracias á la paz de Riswick que habia devuelto á Juan Guillermo los estados paternos, los electores volvieron á tomar posesion, no ya del castillo de Heidelberg, sino de las ruinas de Heidelberg. Carlos Felipe habia oido hablar por tradicion de un gigantesco tonel que debia estar encerrado en las bodegas del castillo. Tuvo curiosidad de penetrar en ellas, y haciendo quitar los escombros de las escaleras, llegó á ver con gran trabajo el coloso.

Cárlos Felipe era un apreciador de lo bello: le asombró la magestad que conservaba gran tonel II en su desgracia. Resolvió como hijo piadoso, reparar la obra de sus padres, y el año 1727, bajo la direccion del tonelero de la corte, Eugler, la maravilla de Cárlos Luis, revisada, corregida y considerablemente aumentada, volvió aparecer bajo el nombre de gran tonel III.

Pero esta vez se dió á la magestad nombrada de nuevo una guardia digna de ella; era la estátua del bufon Perker, quien no se acostaba nunca sin haber bebido en el dia de diez y ocho á veinte botellas de vino: era dificil encontrar mejor palladium.

Desgraciadamente los grandes toneles se iban en compañía de los reyes. Por una desgracia que la historia de la dinastía báquica atribuye á la fatalidad, al cabo de veinte y tres años de reinado, gran tonel III falleció, atacado de una grieta invisible que hacia que nada le pudiese parar en el cuerpo.

Esta desgracia sucedió en el reinado de Cárlos Teodoro, por el año 1750.

Cárlos Teodoro tenia acerca de la legitimidad los principios mas positivos: mandó se preparase todo para la inauguracion del gran tonel IV; pero instruido por la esperiencia de lo pasado, no descuidó nada para asegurar á este cuarto monarca un reinado largo y tranquilo.

Los artistas se escedieron, y gran tonel IV hizo su aparicion en 1751, despues de haber devorado en su vasto recipiente doscientas treinta y seis mil azumbres, es decir cerca de trescientas mil botellas.

Este coloso, mas feliz que sus predecesores, habiendo atravesado las guerras y las revoluciones, es el que se presenta hoy á la curiosidad de los viageros, para cuya mejor comodidad se han colocado á su alrededor, escalas, escaleras y galerías. Un pobre tonel comun, que parece de muñecas, está colocado entre él y la estátua de Perker, como punto de comparacion. No obstante, segun el parecer de los verdaderos aficionados, el pobre tonel enano vale mas con mucho que el orgulloso gigante: aquel está lleno, y este otro vacío.

Esta es la imágen del pueblo y de ciertas magestades del siglo XIX.

Como empezábamos á tener el estómago tan vacío como su magestad gran tonel IV, volvimos á la fonda, y oimos gran ruido en la sala de los estudiantes. Habia habido un duelo notable por la mañana, y se bebia grandemente cerveza, en loor del vencedor, y á la curacion del vencido; y esto acompañado de *Hurra* y de *Wivallerallera* hasta no entenderse.

En otro tiempo, es decir, de 1806 á 1820, las universidades estaban divididas en tres secciones.

Habia el Rey de los Asesinos, especie de Viejo de la Montaña, á quien estaban subordinados los iluminados, que debian por medio del puñal, librar al mundo de sus traidores y sus tiranos. Estilo de la época.

Habia el Rey de la Espada, especie de don Quijote que debia, al menos tres veces por semana, batirse para entretener la mano y conservar su poder.

Habia, en fin, el Rey de la Cerveza, especie de esponja que debia beber, no tres, no seis ni doce botellas, sino estar bebiendo siempre.

Segun que cada uno tenia el genio republicano, caballeresco ó báquico, se agregaba á cada uno de sus tres poderes. Los habia bastante ricamente dotados por la naturaleza para reunirse á los tres. Estos eran objeto de la admiracion general; se les señalaba con el dedo cuando pasaban, y *las mas antiguas casas, las* mismas *casas añejas* les cedian el paso, y con mayor razon, como se concibe, los *zorros, pinzones* y los *philistins*.

El Rey de los Asesinos se ha eclipsado. Acaso la magestad existe aun en algun subterráneo de la Baviera, en algun antiguo castillo de la Franconia, ó en alguna espesura de la Selva Negra; pero sea lo que quiera no se oye hablar de él.

En cuanto á los otros dos reyes continuan floreciendo, y á pesar de estar el duelo severamente prohibido, no hay semana que no se verifiquen tres ó cuatro en cada universidad. Por lo demas, tranquilícense nuestros legistas, estos duelos, aunque siempre sangrientos, rara vez son peligrosos. He visto en Heidelberg un anciano doctor en cirugía quien me dijo que en cincuenta años próximamente que habitaba la ciudad, no habia visto mas que dos casos mortales: sucumben muchos mas bebedores que duelistas; lo cual prueba que la cerveza se digiere allí con mas dificultad que el acero.

Debe decirse tambien en honor de la verdad que el modo como beben algunos estudiantes tiene algo de milagroso. El Rey de la Cerveza de la universidad de Heidelberg, por ejemplo, bebe á eleccion doce frascos de cerveza ó seis de vino, es decir, doce botellas de zumo de lúpulo, ó seis botellas de zumo de uva, mientras dan las doce de la noche. Asi no le llaman generalmente mas que *der trichter*: el embudo.

Por lo demas, la vida de los estudiantes es variada. Al amanecer, el *studiosus* despacha su duelo, si ha tenido la suerte de preparar uno. En el caso contrario, sirve de padrino á su camarada mas feliz que él; en seguida vuelve á almorzar, despues de lo cual asiste á la clase de filosofía, de teología, de medicina ó de botánica. A las once, vuelve á la sala de armas; al medio dia recorre la ciudad y los paseos, echando la mayor porcion de humo que puede por medio de su pipa, y el mayor ruido posible por medio de sus espuelas. Sigue algunas veces un curso particular cuya clase dura desde las dos hasta las tres. Quédale hasta las doce de la noche para hacer ladrar los perros, jurar á las muchachas, condenar á los ciudadanos, y preparar su duelo del dia siguiente.

Cuando el estudiante tiene un duelo, entra en la taberna para buscar en ella padrinos, y decide con ellos, segun las reglas del *comento*, la gravedad del negocio.

Uno de nuestros mas célebres colaboradores ha publicado ya particularidades muy curiosas sobre esta parte de las costumbres del estudiante aleman. Nosotros hemos podido juzgar por nuestra misma vista de la realidad de esas noticias. Puesto que la ilacion de nuestro asunto nos arrastra á nuestro pesar, séanos permitido, completarlas con su continuacion, dando algunos nuevos detalles.

El *comento* es el código caballeresco de las universidades, el evangelio de los matones.

El *comento* entra en los mas minuciosos detalles sobre el grande asunto del duelo; contiene un catálogo de injurias, no por alfabeto, sino por progresion ofensiva: la escala de los términos injuriosos empieza por la palabra *imbécil*. La palabra imbécil exije una reparacion ruidosa: ratero no es mas que una bicoca en su comparacion.

El que no exigiera una reparacion por la palabra imbécil seria castigado con el werchiss, ó pequeña escomunion, de la que puede ser relevado batiéndose en un tiempo dado con otro de sus camaradas; pero si deja pasar el tiempo sin rehabilitarse, es un hombre deshonrado y puesto en el boletin del imperio universitario. Todos pueden desde entonces insultarle impunemente, sin verse obligados á darle satisfaccion.

El *comento* es al mismo tiempo el regulador de la venganza. Cada epiteto ofensivo tiene al márgen el número de los asaltos que exige. El estudiante sabe esto como nuestro industrial su código: deja á su arbitrio fijarse en la simple reclusion ó llegar hasta galeras.

Convenido el duelo, se previene al instante mismo á los celadores. Los celadores son la contra-policía de los estudiantes; en Heidelberg hay cuatro. Los bravos se escalonan desde la puerta de la ciudad hasta la casita donde debe verificarse el duelo; porque, como se presumirá, estando severamente prohibido el duelo, no puede verificarse al aire libre. El sitio del combate es, pues, para la universidad de Heidelberg una posada pequeña situada en un valle en la vertiente opuesta del monte Kaisersthul. Los celadores reciben cuarenta sus siempre que están de servicio. Teniendo por objeto este gasto el honor del cuerpo, se saca de la masa comun; de modo que el mas pobre como el mas rico estudiante, está seguro al menos de batirse tranquilamente.

Al dia siguiente, al amanecer, los celadores están en su puesto; unos lo pasan fumando, otros hablan con los aldeanos madrugadores que van á la ciudad. Este está tendido orilla de un foso y duerme al parecer; aquel pesca en el Necker, pero todos dedican solo un ojo á lo que aparentan hacer, mientras fijan el otro en lo que realmente hacen.

Seguros que el camino está vigilado, salen los estudiantes; los adversarios y sus padrinos llevan la hoja de su schlæguer ó su espadon, desmontada. Esta hoja la guardan en el pecho y todo á lo largo por el muslo, y en un bolsillo el puño y en el otro el guardamonte. El cirujano de rigor lleva su estuche, sus hilas y sus vendas. En fin, los curiosos, porque los curiosos tienen siempre el derecho de ser admitidos, siempre que sean de la universidad, los curiosos van en seguida, y son como los escuderos del señor de Marlboroug, que no llevaban nada, ó como Jausion que llevaba tan solo su baston.

Todo lo largo del camino se pregunta á los celadores. Si los auspicios son contrarios, se da media vuelta á la derecha, entran en la ciudad, y el duelo se aplaza para el siguiente dia; si las señales cambiadas son tranquilizadoras, continúan su camino y llegan á la posada. El posadero conoce el negocio: trátase de derramar un poco de sangre en el suelo y mucha cerveza en la mesa.

La posada es una linda casita pintada de color de rosa y melocoton, y toda rodeada de flores. Allí se baten toda la semana, y se baila los domingos y dias festivos; porque se baila al otro lado del Rhin, á pesar de que todos los viageros que han escrito acerca de aquel interesante pais no han hablado mas que del wals. Verdad es que se necesitan trombones, redoblantes voluminosos y timbales para poner en movimiento á un aleman; pero una vez conseguido, no se detiene: es un coreógrafo al vapor; baila con la fuerza de ciento veinte caballos.

Por lo demas, el salon de baile y el de armas, están separados por un lindo jardinito donde hay mucha sombra y muchos perfumes. Esta es una atencion del dueño de la posada, que ha querido que si habia una disputa en el baile, se pudiese ventilar en el acto. Como se ve, la posada de Kaisersthul, es un paraiso.

Al llegar al salon, los estudiantes empiezan por encerrarse en él con el mayor cuidado; despues, mientras los padrinos arreglan las condiciones del combate con el *comento* en la mano, los adversarios van á vestirse.

En Alemania, pais escéntrico si los hay, no se baten como entre nosotros para matarse sencillamente, se baten por batirse, y como batirse es un placer algo mas peligroso y mas vivo que los demas, no quieren privarse de él en poco tiempo. En consecuencia, en vez de quitarse el frac, se ponen otro trage, ó mas bien se cubren con una armadura completa.

Esta armadura se compone de un fieltro de anchas alas que libra la cabeza y da sombra á los ojos; de un inmenso cinturon que semejante á una pechera de sala, defiende el pecho y el vientre; de una media maravillosamente reenchida que en lugar de ponerse en la pierna, se pone en el brazo, y protege desde el hombro hasta el puño; en fin, de una corbata termidoriana que cubre las carótidas y la traquearteria: de modo que casi no se presenta al adversario mas que una pequeña superficie de la megilla y la punta de la nariz.

Olvidaba una cazoleta que se sujeta á la hoja de la espada por medio de una virola, y que tiene tal estension, que los burlones, vista su semejanza con el objeto indicado, la llaman la sopera de honor.

Añadamos que está prohibido dar estocada, y que no se puede herir mas que de corte.

Salvo la aplicacion mas ó menos exacta de la palabra, no hay gran peligro para un estu-

diante, á pesar de algunas sangrientas escepciones, en ser llamado imbécil.

Entre cada asalto, y mientras los combatientes descansan sobre la punta de su espada, dos mozos barren los pedazos de sombrero, de cinturon, de corbata y de manguito que los adversarios han hecho saltar luchando; despues, dada la señal, vuelve á comenzar el combate para cesar ó comenzar otra vez, hasta que las prescripciones del *comento* se hayan cumplido rigorosamente. Sucede frecuentemente que el duelo se termina, no sin dolorosas contusiones, pero sin heridas graves.

Se han desollado: hé aqui todo.

Es preciso que el gobierno prusiano sea un gobierno muy paternal para prohibir semejantes distracciones.

No quise partir de Heidelberg sin hacer mi visita á la posada de Kaisersthul, pero no teniendo el honor de ser estudiante, no pude ser admitido mas que en la sala de baile.

Como no habia en aquel momento ni bailarines ni orquesta, se comprende que no presentaba un interés bastante vivo para detenerme por mas tiempo. Volvimos inmediatamente á Heidelberg, y como no eran mas que las dos de la tarde, hicimos enganchar los caballos al carruage y nos dirigimos hácia Carlsruhe, á donde no llegamos hasta las once de la noche.

CARLSRUHE.

Al dia siguiente por la mañana, al abrir mi ventana, desde la fonda de Inglaterra, ví que tenia ante mis ojos la mas hermosa vista de Carlsruhe, es decir, la plaza del Mercado.

Carlsruhe es una capital en miniatura; tiene en pequeño lo que las demas ciudades tienen en grande: un teatro, una iglesia, una pirámide y un obelisco. Como no hay mas que una plaza, el gran duque tiene todos esos monumentos á la mano, lo cual no deja de ser cómodo. Ademas, como la ciudad está dispuesta en forma de abanico, y como todas las calles tiradas á cordel desembocan en el castillo, S. A. no tiene mas que ponerse al balcon, y simplemente con la vista, ve todo lo que pasa en su capital; lo cual debe simplificar singularmente el empleo de esa honorable institucion llamada policía.

Un capricho del gran duque Cárlos ha dado nacimiento á la ciudad; tenia costumbre de cazar en el bosque de Hartwald, y despues de dedicar cierto tiempo á este ejercicio, ir á descansar en un bauco de madera situado en un parage por el que tenia particular predileccion. Un dia se le ocurrió la idea luminosa de que seria mas cómodo para él descansar en un buen castillo que en un mal banco. A la siguiente cacería hizo ir á su arquitecto y le enseñó el sitio en cuestion. El arquitecto le encontró perfectamente elegido, y en el otoño de 1715, pudo el gran duque descansar en la nueva construccion. De ahi el nombre de Carlsruhe ó *Descanso de Cárlos.*

Un amigo mio, hombre de gran imaginacion, que ha tenido la desgracia de permanecer en Carlsruhe durante cuatro años como ministro residente de Francia, me decia que era la ciudad mas fastidiosa de la Alemania, que es sin embargo, el pais de las ciudades fastidiosas.

Yo no he permanecido mas que una noche y medio dia en Carlsruhe, y soy exactamente del parecer del señor ministro residente.

Al salir de la capital del gran duque, se atraviesa por un puente de un solo arco, un rio de ocho pies de ancho; este es el Nilo de la pirámide y del obelisco de la Plaza Mayor.

Al cabo de tres horas estábamos en Rastadt, antigua residencia de los margraves de Baden-Baden. Destronada por Carlsruhe, pereció en la humillacion la pobre ciudad, con sus dos plazas donde crece la yerba, y un castillo que se desmorona. Desmoronado como está, y enseñando su esqueleto de ladrillo á través de su desgarrada piel de estuco, no por eso dejó de recibir la visita que le hice en razon de sus recuerdos históricos. Aunque no contuviese ningun recuerdo que mereciese fijar la atencion en él, es una maravilla de mueblage de fines del siglo de Luis XIV.

El castillo de Rastadt fué construido por disposicion de la margrave Sybilla Augusta, que debia ser muger de gran gusto y mucha imaginacion. Deseaba yo mucho haber permanecido dos ó tres dias en una de aquellas habitaciones de magníficos tapices, para leer en ella cómodamente las Cartas de madama Sévigne y las Memorias de Bussy-Rabutin. Me parece que haciéndose valer las unas á las otras, las habitaciones y los libros hubieran ganado en ello.

Por lo demas, al lado de las alfombras, porcelanas, y objetos de china de la margrave, que causarian las delicias de uno de nuestros gabinetes, se ven curiosidades no menos preciosas, reunidas por el margrave Luis Guillermo, su marido. Son los trofeos conquistados por él á los turcos, y que llenan dos habitaciones de armas y banderas. Una tercera está reservada á un trofeo no menos curioso; son cuatro retratos, de tamaño natural, cuatro mugeres del pachá, á quien el vencedor hizo prisioneras, y que llevó á Rastadt. Se asegura que esta fué la parte del botin peor recibido por la margravina.

BIBLIOTECA · GENERAL · DE · CATALUÑA

Rastadt fué sitio de dos congresos; el primero verificado en 1714 entre el príncipe Eugenio y el mariscal de Villars. Todavía se ven á lo largo de la madera que forra la pared las manchas de tinta que echó el mariscal de Villars, arrojando en un momento de cólera, la pluma con que querian hacerle suscribir un artículo que miraba como indigno de la grandeza de la Francia.

Otro congreso se celebró allí que dejó manchas, no de tinta, sino de sangre; éstas no se han lavado, á pesar de haber salpicado al Austria. Queremos hablar del congreso de 1797, que duró hasta la primavera de 1799 y á consecuencia del cual Juan de Bry, Robergeot y Bonnier d' Alco fueron asesinados.

El asesinato se perpetró el 28 de abril de 1799. Hacia dos años, como hemos dicho, que el congreso se iba prolongando. Viendo el Austria que los negocios se arreglarian á satisfaccion de la Francia, rompió bruscamente las conferencias. Al anuncio de aquel rompimiento, los plenipotenciarios franceses contestaron que solo la fuerza podria alejarlos del puesto donde la nacion les habia colocado, y que permanecerian en Rastadt hasta que la nacion los llamase. Al saber esta respuesta, los austriacos acometieron la ciudad, y sus destacamentos, interrumpiendo las comunicaciones con la Francia, cogieron las cartas que aquellos escribian al gobierno. Bonnier d'Alco, que era presidente de la diputacion, recibió entonces órden de volver á Strasburgo, y se dispuso á dejar la ciudad, verificándolo el 28 de agosto, amenazando al Austria con la cólera del Directorio. Mas apenas los tres diputados que seguian el camino del Rhin en dos carruages, llegaron á Reinhan, un destacamento de húsares de Szecklers, que salió de repente de la Selva Negra, los acometió sable en mano, mataron á Robergeot en los brazos de su muger, y arrancando del carruage á Bonnier d'Alco y Juan de Bry, dejaron al primero muerto al pie de un árbol y al segundo moribundo en el camino real; en seguida, apoderándose de todos los papeles relativos á la mision, volvieron á internarse en el bosque de donde habian salido.

Entonces, con un valor sobrehumano, la viuda de Robergeot, la muger de Juan Bry, que estaba en cinta, y las dos hijas de este último, volvieron á colocar en los carruages al herido y los muertos, y emprendieron otra vez el camino de Rastadt para pedir allí, á los once plenipotenciarios todavía en aquella poblacion, justicia por aquella violacion del derecho de gentes. Pero, viudas y huérfanas, por mas que hablaran á nombre de la Francia, no obtuvieron otra cosa que un sumario redactado por el ministro de Prusia y firmado por todos sus colegas, en que se certificaba el asesinato, y reconocia á los asesinos como *húsares del regimiento austriaco de Szecklers*.

Juan de Bry curó de sus heridas. A su vuelta al Consejo de los Quinientos, de que era miembro, fué nombrado presidente. En cuanto á Bonnier, su sitio en el Consejo de los Ancianos permaneció dos años vacío, y su asiento se cubrió con un crespon; al leer su nombre, lo cual se hacia en cada apertura, el presidente respondia: ¡*Venganza*!

Desde lo alto de la torre del castillo, terminada en una estátua de Júpiter de bronce dorado, y desde la que se descubre un magnífico panorama, se puede conseguir del conserge que señale el sitio del bosque donde se perpetró el triple asesinato que acabamos de referir.

Bajando de la torre, se encuentran en el corredor otros dos retratos, no en pie, sino en patas: son las efigies de dos gigantescos gatos.

El primero, víctima de la destreza del margrave Luis Guillermo, es un magnífico gato salvage que S. A. mató en una cacería en la Selva Negra.

El segundo, favorito de la margravina Sibylla Augusta, conociendo la importancia de tal posicion, ha dejado memorias escritas por él mismo, á ejemplo de todos los grandes personages. Como tienen la ventaja de ser un poco mas lacónicas que aquellas con que nos ha abrumado la imprenta moderna, las han escrito por bajo de su retrato. Hélas aquí:

«He venido aquí de edad de dos años, y pesando diez y ocho libras. En cuatro años que hace estoy cerca de mi augusta señora, he comido tantas magníficas gallinas, capones asados y grasientas ánades, que he llegado á pesar treinta y tres libras.»

Aquí están interrumpidas las memorias, habiendo arrebatado una indigestion al respetable Rodillard á sus trabajos gastronómicos y literarios.

El conserge me aseguró que aquellas cortas líneas eran las que habian dado á Hoffmann la idea de su Gato Moor.

El castillo de Rastadt nos habia hecho agradables los edificios de la margravina Sybilla: por tanto, resolvimos visitar al dia siguiente la *Favorita*, subir por el valle de la Murg, y volver á Baden por Stanffemberg. Llevar á efecto esta idea, era hacer una gran jornada.

Nuestra primera visita fué al castillo de la Favorita. No se describe semejante castillo; es preciso verle. Las personas que no tienen otra cosa mejor, vayan, pues, á ver el castillo de la margravina Sybilla; acaso es el mas perfecto modelo en su género. Data de 1725: era la bella época.

Solo una cosa perjudica algo al efecto del conjunto, y es los catres de caoba, y las cortinas de algodon, amarillas y encarnadas, que el gran duque actual ha introducido de un modo estravagante en medio de aquellas maravillas de la regencia.

Asegúrase que la sombra de Sybilla vuel-

ve allí, y que su castigo en el otro mundo por los pecadillos que cometió, es ver esas cortinas y esos catres, entre aquellos muebles encantadores que se han hecho por sus propios diseños.

Si esto es cierto, preciso es que sus pecados sean mas gordos que lo que se asegura, ó que la encantadora margravina haya conservado aduladores hasta despues de su muerte.

Nos despedimos de ella, deseándole un término inmediato á tan cruel pena.

En Konppenheim se entra por el valle. Konppenheim es una linda ciudad pequeña con mil quinientas ó mil ochocientas almas, situada en una posicion muy pintoresca: sin embargo, como no ofrece nada de curioso, no nos detuvimos en ella mas que el tiempo de almorzar, y continuamos nuestro camino.

Al salir de Konppenheim, nos enseñó nuestro guia la aldea de Rothenfeltz, y sobre la roca cuyo sangriento color ha dado nombre á la aldea, las ruinas de un antiguo castillo.

He aqui lo que se refiere del último señor que le habitó.

Era un hombre sombrío y severo, que tuvo sucesivamente tres mugeres, que habian desaparecido no se sabe cómo, únicamente se decia que á los tres años de matrimonio con la primera, vió que no le daba hijos, y la envenenó para casarse con la segunda. Pero á los tres años, permaneciendo estéril la segunda, se arregló de modo que pudo casarse con la tercera, de la que se habia deshecho tres años despues como de las otras dos.

Vivia pues aislado en su castillo, sin parientes ni amigos, haciendo recaer su cólera sobre sus pobres colonos; á quienes obligaba á trabajar de un modo tan terrible, que muchos murieron de fatiga; y en el número de estos últimos se encontraba un pobre anciano llamado Gottfried. Muchos sintieron su muerte en la aldea, en primer lugar porque era muy querido, y ademas porque dejaba una huerfanita de edad de siete años.

Asi los aldeanos se hicieron su reparto proporcional, y resolvieron que serian comunes los gastos que ocasionára el criar á la pequeña Clara. Felizmente no era un gran gasto, porque de otro modo los vasallos del conde Rothenfeltz eran tan pobres que no hubiesen podido satisfacerle. Tratábase sencillamente de un pedazo de pan todos los dias y un vestido todos los años. En cuanto á lo demas de vestir, la niña que hilaba maravillosamente, lo hacia con sus manos, y el tejedor de la aldea se lo tejia gratis.

Pasáronse siete años durante los cuales Clara creció, y se hizo una jóven bonita. A muchos inspiró amor; pero á quien ella preferia sobre todos era al jardinero del castillo. Como por las funciones que ejercia tenia ocasion de ver algunas veces á su amo, le pidió muchas veces permiso para casarse; pero el conde siempre se lo habia negado. En fin, una vez que se aventuró á hacerle una nueva peticion:

—¿Y con quién quieres casarte? le preguntó el conde.

—Salvo vuestro permiso, monseñor, es con Clarita.

—¿Y quién es Clarita?

—Monseñor, respondió el jardinero con algun embarazo, es la hija del pobre Gottfried.

—¡Ah! si, ya sé, respondió el conde; ¿es la que llaman la huérfana, no es asi?

El jardinero hizo una señal afirmativa.

—¡Y bien! envíamela. ¿Dicen que hila maravillosamente?

—Ni mas ni menos que la Vírgen Santísima, monseñor. La abuela del Roken es quien la ha enseñado.

—¡Razon de mas! tengo obra que darla. Si quedo contento de ella, ya veremos.

Y acompañó estas palabras con una sonrisa tan estraña, que el pobre jardinero, en lugar de alegrarse de la especie de promesa que le habia hecho el conde, tembló por todos sus miembros por si tenia malos deseos acerca de la pobre Clara; pero era ya demasiado tarde y era preciso hacer lo que el conde habia mandado. Clara fué, pues, advertida por su amante de que tenia que ir al castillo al dia siguiente.

Clara obedeció. Encontró al conde sentado junto á una ventana que daba al cementerio de la aldea. Se aproximó á él temblorosa.

—¿Deseábais verme, monseñor? balbuceó la pobre niña.

—Sí, respondió el conde.

—Vedme aqui, monseñor.

—Escucha, dijo el conde; se dice que despues de la vieja del Roken, eres tú la mejor hilandera del valle del Murg.

—Monseñor, yo no hilo mejor que otra; solo que, en lugar de cantar mientras hilo, rezo, de modo que Dios bendice mi obra.

—En ese caso, ven aqui, dijo el conde.

La jóven obedeció.

—Mira por esa ventana.

La jóven obedeció tambien. La ventana, como hemos dicho, daba al cementerio.

—¿Ves allá abajo aquella fosa? continuó el conde.

—¡Ay! respondió la jóven; es la de mi padre.

—Como ves, está toda cubierta de ortigas.

—Las ortigas crecen muy bien sobre los sepulcros, murmuró suspirando la doncella.

—¡Pues bien! añadió el conde; he oido decir á mi nodriza que las ortigas daban hilo mas fino que la mas fina seda. Hílame una pieza para dos camisas con esas ortigas: una será tu

camisa de boda, la otra mi camisa de muerte. Cuando me traigas las dos, daré mi consentimiento para tu casamiento.

—¡Ay, monseñor! respondió la jóven Clara; jamás he oido decir que se hiciese hilo con ortigas, y no sé cómo se puede hacer eso.

—Infórmate. Tu matrimonio será con esa condicion.

—¡Pero monseñor!

—He dicho. Vete, y no vuelvas aqui sino con las dos camisas.

La pobre Clara salió llorando. A la mitad del camino de la aldea, se encontró al jardinero, que la esperaba. Le refirió lo que habia pasado, y le preguntó si habia oido decir alguna vez que se hiciese hilo con ortigas.

—¡Ay, si! respondió el pobre muchacho; pero hilo tan fino, que necesitarias mas de veinte años, y la vieja Roken mas de quince para hilar esas dos camisas. Asi, es como si nos hubiese dado una negativa.

—Es preciso, sin embargo, no desesperar aun, respondió la jóven. Esta noche iré á la tumba de mi padre, y rezaré tanto, que acaso Dios tendrá piedad de nosotros, y vendrá á nuestro socorro.

Pero su amante movió la cabeza, y como vió que el conde miraba por la ventana, temió ser castigado por haber abandonado un momento su trabajo, y se volvió al jardin. En cuanto á Clara, bajó hácia la aldea, y cuando llegó la noche, se fué al cementerio y se arrodilló ante el sepulcro de sus padres; y oró tanto y tan profundamente, que no vió que la vieja del Roken habia entrado tras ella, y estaba en pie á su lado, esperando que hubiese terminado su oracion. Mas como la pobre niña continuaba rezando:

—Clara, la dijo la buena anciana; ¿qué os ha sucedido que llorais asi, y llorais rezando?

Y Clara lanzó un grito de alegria, porque habia conocido la voz de la anciana del Roken, aun antes de verla, y como se decia en la aldea que era una buena hada, pensó que el socorro que esperaba del cielo habia llegado. En su consecuencia, se arrojó en sus brazos refiriéndole todo lo que habia pasado entre ella y el castellano.

—¿No es mas que eso, mi buena Clarita? dijo la anciana sonriendo. En ese caso, puede arreglarse todo, y dentro de tres meses tendreis vuestras dos camisas.

Y dichas estas palabras, se puso á arrancar las ortigas que crecian en la tumba de Gottfried, y habiendo llenado su delantal, salió del cementerio repitiendo á la huérfana que no se inquietase por nada, y Clara, que tenia una grande confianza en las palabras de la anciana, volvió á su casa mas tranquila.

Seis semanas habian pasado desde aquel dia, y el conde, que no habia vuelto á ver á Clara, no pensaba ya en ella, cuando cazando en la montaña, se fué persiguiendo á una liebre, y pasando por delante de una gruta, vió una anciana que hilaba con rueca, pero tan á prisa, con tal habilidad, y tan bien, que salia de sus dedos un hilo muy fino. Detúvose y aproximándose á ella:

—Buenos dias, buena anciana, la dijo; ¿sin duda hilais vuestra camisa de boda?

—Camisa de boda, camisa de muerte; á vuestro servicio, monseñor, murmuró la anciana.

El conde sintió á su pesar un estremecimiento. Pero serenándose al punto

—Hé ahi un hilo muy bueno, la dijo; ¿dónde lo has robado?

—No lo he robado, monseñor, respondió la anciana: es simplemente del producto de la tierra de la tumba del buen Gottfried, es cáñamo de ortigas. ¿Vuestra señoría no ha oido decir á su nodriza que las ortigas dan hilo mas fino que la mas fina seda?

—Si, si, he oido decir eso, respondió el conde cada vez mas conmovido. Pero creí que seria un cuento de brujas.

—Pues no era un cuento, dijo la anciana.

—¿Y para quién hilais asi?

—Para mi buena Clarita, la novia del jardinero del castillo, á quien el castellano de Rothenfeltz ha encargado dos camisas. Si conoceis al castellano de Rothenfeltz, mi señor, decidle que dentro de seis semanas estarán hechas sus camisas.

El castellano conoció que se desmayaba á su pesar, y avergonzado de su debilidad, puso su caballo á galope sin responder; en cuanto á la anciana, continuó hilando, cantando una de esas antiguas canciones que se cantan en las veladas del invierno.

Tres meses, dia por dia, despues del en que habia encargado las camisas á Clara, el señor de Rothenfeltz vió entrar á la jóven; llevaba una camisa bajo cada uno de sus brazos.

—Monseñor, dijo, ved aqui las dos camisas que me habeis encargado; están tejidas con las ortigas que cubrian la tumba de mi pobre padre. He cumplido fielmente vuestras órdenes, espero que vos cumplireis fielmente vuestra promesa.

En efecto, el señor de Rothenfeltz, como habia prometido, ordenó para el dia siguiente las bodas de Clara y del mozo jardinero, y cuando el capellan del castillo acababa de echarles su bendicion, le fueron á buscar apresuradamente de parte del castellano. Le habia acometido una hemorragia y se moria.

Y por la noche, en el momento mismo en que dos jóvenes doncellas ponian á Clara su camisa de boda, dos ancianas amortajaban al castellano con su camisa mortuoria.

PEDRO DE STAUFFENBERG.

A medida que se sube por el valle del Murg, el pais es mas agreste y salvage. El riachuelo, todo lleno de tablas, vigas y árboles apenas despojados de sus ramas, corre hácia el Rhin, al que va á llevar el tributo de la Selva Negra. Se creeria viajar por uno de los bonitos desfiladeros del Oberland y del Delfinado. Las decoraciones de la Opera cómica han desaparecido para dar lugar á una naturaleza grande y bella.

Guernsbach es en cierto modo la capital de aquel pequeño rincon de apartada tierra; es una linda ciudad de dos mil habitantes próximamente, llena de actividad, cuya industria consiste en el serrage de las tablas que le proporcionan los magníficos abetos de la Selva Negra. Al estremo de la gran calle, ó mas bien de la única calle de que creo se compone, se encuentra un sendero que conduce al antiguo castillo de Eberstein; esta era la residencia de los antiguos condes de este nombre, que en el siglo X se aliaron con la familia imperial. Hé aqui con qué motivo.

En 938, habiendo batido el emperador Othon en Alsacia á Giliberto, duque de Lorena, y deseando reducir bajo su obediencia á los condes de Eberstein, que habian adoptado el partido del vencido, resolvió, para conseguir el fin que hacia difícil la situacion admirable del castillo, anunciar un gran torneo en Spira: nadie dudaba que los tres condes de Eberstein, atraidos por el deseo de mostrar su valor y destreza, responderian al llamamiento que hacia á la nobleza de Alemania, y que entretanto le seria fácil apoderarse del nido, estando fuera de él las águilas. En consecuencia todo se preparó, y quedó convenido que durante el baile que seguiria al torneo se intentaria la espedicion.

Como lo habia previsto el emperador, los tres condes no fueron los últimos en ir á Spira; el mayor ganó el premio el primer dia, y fué coronado por mano de la princesa Hedwige, hija del rey Enrique y hermana del emperador. Esta victoria le dió ademas el derecho de empezar por la noche el baile con ella.

El conde de Eberstein era tan bello como valiente, y tan galan como bello; resultó de aqui que la princesa Hedwige, al ver un caballero tan perfecto se enamoró de él. Por su parte, el conde la habia encontrado muy hermosa; pero jamás se hubiese atrevido á esperar tan elevada alianza; de modo que juró ocultar aquel amor en su pecho.

Mas hé aqui que bailando con la princesa Hedwige, le dijo esta:

—Tened cuidado, conde de Eberstein, mientras vos sois aquí vencedor, acaso sois vencido en otra parte. Esta misma noche, por sorpresa, deben tomar vuestro castillo.

El conde dió gracias á la jóven apretándola la mano, y terminó su contradanza sin que un solo músculo de su rostro revelase el aviso que habia recibido; luego, cuando la hubo llevado á su sitio, fué á despedirse del emperador, diciéndole, que cansado de la jornada, y deseando estar descansado para el dia siguiente, le pedia en su nombre y el de sus hermanos, el permiso para retirarse á las habitaciones que les habian preparado. El emperador mandó que les condujesen á ellas; y en seguida, habiéndose asegurado por sus criados de que estaban ya encerrados, dió órden á sus tropas de que se pusiesen en camino, y volvió á presidir la fiesta.

Mas los tres condes de Eberstein, en vez de acostarse, bajaron por la ventana, y cogiendo sus tres caballos de la caballeriza, partieron á todo galope, y llegaron á su castillo, cuando los que debian atacarle estaban aun lejos.

De modo que cuando los hombres del emperador se presentaron, dos de los jóvenes condes habian tenido tiempo de armarles una emboscada, mientras su hermano mayor los esperaba en lo alto de las murallas. Por consecuencia todos quedaron muertos ó prisioneros, y ni uno escapó para llevar la noticia del desastre á Spira.

Mas en lugar de celebrar su victoria con fiestas y estrépito, los condes de Eberstein condujeron silenciosamente los prisioneros á los subterráneos del castillo, y habiendo despojado á los imperiales de sus vestidos, disfrazaron con ellos á sus soldados, y los colocarou á la puerta para hacer creer que el castillo habia sido tomado.

En efecto, al amanecer, llegó Othon con una escolta compuesta únicamente de doce de los caballeros mas de su intimidad, y viendo desde lejos su bandera imperial que flotaba en lo mas alto de las torres, batió palmas, y puso su caballo á galope esclamando: ¡Hurra! Eberstein está tomado.

Al verle, los soldados que habian recibido su consigna agitaron sus armas, y gritaron ¡Viva el emperador! De modo que no sospechando nada, entró Othon con su escolta en el patio del castillo.

Mas entonces cambiaron las cosas de aspecto; cerróse la puerta tras el emperador, los soldados de los tres condes salieron de todas partes armados, y Eberstein mismo se adelantó, con su casco en una mano y la espada en la otra, de modo que llevaba la cabeza y la espada descubiertas:

—Señor, dijo, es inútil que hagais ninguna resistencia; todos vuestros soldados han sido muertos ó hechos prisioneros, y vos mismo lo sois mio.

Entonces el emperador, viendo que lo que

le decia el conde era cierto, quiso tratar de su rescate y le ofreció llenar con monedas de plata los cascos de los soldados, y con monedas de oro los cascos de los oficiales. Verdaderamente era un rescate imperial el que ofrecia, porque habia enviado para tomar á Eberstein doce oficiales y trescientos soldados.

Pero el conde de Eberstein le contestó que no necesitaba nunca oro ni plata mientras tuviese hierro y acero.

Entonces el emperador le ofreció darle en propiedad, y sin que dependiese de nadie, todo el valle del Murg, desde el sitio en que nace hasta el en que desemboca en el Rhin.

Pero el conde Eberstein le respondió que era bastante poderoso, puesto que aunque no poseia mas que un castillo, tenia en aquel castillo prisionero á su emperador.

El emperador, viendo que sus ofertas eran rehusadas, le dijo que fijase él mismo el rescate que quisiese, y que ese rescate, cualquiera que fuese, le seria concedido.

Al punto el conde Eberstein arrojó á un lado su casco y su espada, y poniendo una rodilla en tierra ante el emperador

—Señor, le dijo, os pido, no á título de rescate, sino á título de súplica, una cosa mas preciosa que todo el oro del mundo y todas las tierras del imperio. Pido la mano de la princesa Hedwige.

El emperador quedó por un momento pensativo; pero conociendo al punto que jamás encontraria para su hermana un caballero mas valiente y desinteresado que el conde de Eberstein

—Levantaos, hermano mio, le dijo, é id cuando querais á Spira á recordarme la palabra que os doy, y el dia en que vayais, tendreis el premio del rescate.

Y ocho dias despues, el conde Eberstein abria de nuevo el baile con la princesa Hedwige, pero esta vez era él quien hablaba en voz baja, y menos dueña de sí que su prometido, todos podian, dice la crónica, adivinar en su rubor lo que la decia.

Un descendiente del conde Eberstein y de la princesa Hedwige, fué el que perseguido por el conde Everard de Wurtemberg, antes que caer en manos de su enemigo, obligó á su caballo á saltar desde lo alto de la roca sobre que está situado el castillo, es decir, desde una altura de setenta pies, y quien, por una casualidad milagrosa, no habiéndose hecho daño alguno atravesó el Murg y se escapó. Todavia hoy se enseña al viagero el sitio desde donde se lanzó, y la tierra donde cayó, y el espacio que atravesó se llama el Salto del Conde.

Como el aspecto del valle era magnífico tomado desde aquel punto de vista, hicimos llevar allí nuestra comida: una desventurada botella de vino del Rhin, la última que teníamos, y que conservábamos con el mayor cuidado, por ser original del mismo Johannisberg, rodó por la pendiente de la roca, y dió el mismo salto que el conde, pero menos feliz que él se hizo mil pedazos.

A cosa de las tres, nos volvimos á poner en camino y bajamos de Eberstein por Stauffenberg; aquí habia tambien en otro tiempo un magnífico castillo del que todavía se ven algunos restos. Pero despues de la muerte del último conde, no atreviéndose nadie á habitarle, porque estaba ocupado, segun decian, por fantasmas, el castillo se arruinó. He aquí la aventura que dió lugar á esta creencia, todavía tan admitida hoy que á cierta hora prefieren los habitantes del valle dar un rodeo de media legua á pasar cerca de sus ruinas.

Pedro de Stauffenberg era el último de los condes de este nombre, mas á pesar de eso, no prometia la raza estinguirse en él, porque era un hombre de buena presencia, lleno de juventud y de fuerza, y uno de los mas valientes caballeros de todo el Rhingan.

Como en aquel momento se gozaba tranquilidad en las posesiones del imperio, Pedro habia depositado el casco y la coraza, y no pudiendo hacer la guerra á los hombres, se la hacia á los jabalíes y venados del valle del Murg, cuando una noche, despues de una larga y fatigosa cacería, abrasado de calor y de sed, se acordó de una encantadora fuente en la que muchas veces habia apagado su sed; la fuente no debia estar lejos del sitio en que se encontraba, puso su caballo á galope, y oyendo á poco el murmullo del agua, saltó de su caballo, y atándolo á un árbol del camino, entró á pié en el bosque.

Apenas dió algunos pasos vió la fuente que buscaba, mas fresca y deliciosa que jamás la encontró y porque era en esa hora encantadora de la noche en que el rocío cae sobre la tierra y el vapor sube al cielo.

Pero esta vez la fuente no estaba solitaria como de costumbre: una preciosa jóven, que tenia al parecer quince ó diez y seis años á lo mas, estaba echada á su orilla, con el estremo de sus pequeñitos pies pendientes en el manantial, sosteniendo con su mano su cabeza coronada de flores, y mirando melancólicamente correr el agua. Al verla Pedro de Stauffenberg se detuvo, creyendo era una vision que tenia ante los ojos, porque jamás habia encontrado cosa semejante en la tierra.

Pero al ruido que hizo, la jóven levantó los ojos, y cogiendo de su lado una concha que parecia hecha de plata y lapis-lázuli, la llenó de agua y se la presentó al caballero, quien mirándola habia olvidado todo, calor, fatiga y sed. El caballero levantó la cabeza, bebiendo, mas cuando bajó los ojos y dirigió la vista hácia el sitio donde estaba la jóven, nada vió. En el sitio donde ella estaba; no parecia pisada la yerba, y las flores mas menudas estaban en pié en sus tallos llenas de frescor y humedecidas por el rocío; únicamente le pareció ver el agua agitada encafmarse poco á poco, como

si la bella desconocida se hubiese dejado deslizar en la fuente; pero cuando el agua quedó en calma, ya no hubo ninguna huella de su presencia, y á no ser por la bonita concha de lapis-lázuli y plata que tenia en la mano, el caballero hubiera creido que soñaba.

Acaso hubiera permanecido allí toda la noche, esperando á que volviese, si no hubiera oido la bocina de sus monteros, y si su caballo rechinando no los hubiese guiado hácia el sitio donde estaba; pero temiendo que tan gran acompañamiento asustara á la jóven y la impidiese volver, no solo aquella noche sino los dias siguientes, salió apresuradamente del bosque, mandó que nadie fuera á beber á la fuente, y emprendió con toda su gente el camino del castillo.

Al dia siguiente no quiso beber el conde mas que en su bonita copa de nácar; pero aunque su vino era de las mejores tierras del Rhin y del Mosela, estaba lejos de parecerle tan bueno como aquella agua pura del manantial, que le habia presentado la bella desconocida.

Por la noche, á la misma hora, Pedro de Stauffenberg salió solo de su castillo y se dirigió á la fuente: en el mismo sitio vió tendida á la jóven, quien al descubrirle, le saludó con dulce sonrisa. Su alegria fue grande, porque la víspera habia desaparecido sin darle ninguna esperanza de volver. La desconocida le hizo seña de que se sentara junto á ella, como si le hubiese esperado, y entonces el conde le preguntó cual era su nombre y donde vivia.

—Me llamo Ondina, respondió la jóven, y vivo cerca de aquí; frecuentemente os he visto venir á apagar la sed á esta fuente, y hé aquí porque os conocia.

Hacia como media hora que conversaban, cuando un corzo que sin duda iba á beber á su favorito manantial, hizo algun ruido; el caballero temiendo que fuese algun indiscreto, se volvió á mirar del lado donde se oia el ruido: mas cuando tranquilizado acerca de la causa quiso reanudar la conversacion con Ondina, Ondina habia desaparecido, y como la víspera, el agua removida le indicó que por aquel lado habia huido.

Como la víspera tambien permaneció el caballero aun largo tiempo esperando, mas nadie volvió á aparecer, y pasado cierto tiempo, se vió obligado á marcharse; sin embargo, no quiso dejar la fuente sin beber por segunda vez de aquella agua que le habia parecido tan sabrosa la primera, y como no tenia allí su bonita copa, se tendió en la orilla y aproximó su rostro á la superficie del agua; pero en lugar de verse retratado en el espejo de la fuente, le pareció que era la imágen de Ondina la que tenia enfrente, y cuando su boca tocó al agua, en lugar del contacto húmedo que esperaba, sintió la abrasadora impresion de dos lábios: Pedro de Stauffenberg exhaló un suspiro de amor; un suspiro de amor que parecia salir del profundo manantial respondió al suyo; los amantes habian cambiado su primer beso.

Pedro de Stauffenberg volvió al castillo casi ébrio de felicidad. En toda la noche pudo dormir, sentia sin cesar en sus lábios la impresion de aquel ardiente beso, y se reprendia no haber perseguido á Ondina hasta el fondo de su retiro; luego por la tarde hacia mil proyectos á cual mas insensatos: á cada momento miraba al sol, porque la noche no llegaba.

Llegó al fin la noche. Pero mucho antes de la hora en que tenia costumbre de encontrar á Ondina, Pedro de Stauffenberg estaba junto á la fuente; pero la fuente estaba solitaria, y el pobre caballero se desesperaba, cuando de repente creyó oir un suave canto que salia del fondo del agua, y entre los lirios que cubrian la corriente del arroyo, vió aparecer la rubia cabeza de Ondina; hizo un movimiento para precipitarse hácia ella, pero la jóven le detuvo con una señal, y marchando sobre las anchas ojas de las plantas acuáticas que el peso de su cuerpo no hacia doblegar, llegó á la orilla, cosa estraña, sin que el agua, que se deslizaba por su cuerpo en gruesas gotas semejantes á perlas, mojase al parecer ni sus cabellos ni sus vestidos. Luego que estuvo junto al caballero, se sentó como lo habia hecho la víspera; Pedro se puso de rodillas ante ella, la cogió las manos, y la miró tan tiernamente que no habia lugar á equivocarse acerca de los sentimientos que le inspiraba. Ondina sonrió, y despues de un momento de silencio durante el cual le miró con la misma ternura:

—Si, me amais, le dijo, porque aunque guardais silencio, leo en vuestro corazon; y yo tambien os amo; una hija de los hombres os hubiese hecho esperar esta confesion, y acaso yo hubiese obrado bien imitando á la hija de los hombres, pero, ya lo habeis visto, soy de otra naturaleza que la vuestra, y trasparente como el palacio de cristal que habito, no sé ocultar nada.

—¡Oh! qué feliz soy, esclamó el caballero, porque os amo lo que no puede decirse, y esto desde el primer dia que os he visto, y para siempre.

—¿Para siempre? murmuró Ondina, ved lo que decís, porque nosotras hadas de las aguas, no concedemos nuestro amor mas que con nuestra mano, ni nuestra mano sino con nuestro amor; y como somos inmortales, el juramento que hacemos nos liga por toda una eternidad; ¿os sucederá lo mismo respecto á vos?

—Yo no puedo comprometerme mas que durante mi vida, respondió el caballero; pero mientras me dure, os amaré.

—¿Estais seguro de lo que decis? preguntó Ondina; no hagais imprudentes promesas; ó no comprometais vuestra fé, ó que vuestra fé sea pura como el cristal de esta agua, firme como el acero de vuestra espada; pensad que el dolor que me causaríais no seria un dolor momentáneo como el que causan las penas de

la tierra, sino un dolor eterno como los dolores del infierno.

Entonces el caballero puso su mano sobre la cruz de su espada:

—Tan cierto, la dijo, como me es imposible vivir sin vos; del mismo modo me es imposible seros infiel. Puedo morir, pero cesar de amaros, ¡jamás!

—Entonces, soy vuestra, respondió Ondina; fijad vos mismo el dia de nuestras bodas, y mañana encontrareis al despertaros la dote de vuestra prometida.

—¡Oh! mañana, mañana, esclamó el caballero, ¿por qué retardar un dia el en que seamos felices?

—Mañana, dijo Ondina, porque yo tengo tanto deseo de ser vuestra, como vos de ser mio. Pensad únicamente esta noche en el compromiso que aceptais; mañana por la mañana aun será tiempo de veros libre de vuestra palabra; mañana por la noche estaremos unidos para siempre.

—¡Oh! ¡que no sea ya mañana por la noche! esclamó el caballero estrechando á Ondina contra su pecho; pero ella desprendiéndose de sus brazos, se puso en pié, y en seguida, inclinándose como una flor encorbada por el viento, depositó en los labios del caballero otro beso mil veces mas voluptuoso que el del dia anterior; y marchando de nuevo sobre las anchas hojas de los lirios, hasta que llegó al sitio en que el manantial era mas profundo, se sumergió lentamente, saludando al caballero con su sonrisa y con la mano, y desapareció bajo las aguas.

Al dia siguiente al despertarse, halló el caballero sobre la mesa que estaba en medio de su alcoba tres cestas: una llena de ambar, otra de coral, y la tercera de perlas: Ondina habia cumplido su promesa; aquella era la dote de la esposa. Pero nadie le pudo decir quién lo habia llevado.

El caballero saltó de su lecho y se vistió apresuradamente. Apenas habia acabado de ataviarse, le anunciaron que una porcion de doncellas se dirigian hácia el castillo. Corrió á su balcon, y reconoció á Ondina que se acercaba con la comitiva de una reina. Eran las ninfas de las aguas que le estaban sumisas desde el Necker hasta Kensig; estaban vestidas como ella, coronadas con las mismas flores que ella; sin embargo, á la primera mirada se diferenciaba á la reina de las esclavas. Pedro de Stauffenberg salió corriendo á su encuentro; y como la víspera por la noche habia avisado al capellan, quiso conducirle directamente á la iglesia, pero Ondina quiso aun hablarle antes por última vez, y el caballero la condujo á un gabinete; allí viéndose sola con él, le miró fijamente Ondina y leyendo en sus ojos las mismas promesas de amor:

—¿Habeis reflexionado bien? le dijo.

—No sé si he reflexionado, respondió el caballero, sé que no he pensado mas que en vos, que no amo mas que á vos, que no amaré á otra.

—Pensad aun otra vez lo que acabais de prometer y lo que vais á hacer; porque si alguna vez vuestro corazon se enfria respecto á mí, ó late por otra, si de cualquier modo que sea me fuéseis infiel, por distante que esteis del sitio en que yo me encuentre, sois perdido, y tendreis una señal de vuestra próxima muerte. Este signo será la aparicion de este pie que veis; es la única y última parte que veriais de aquella á quien habeis prometido amarla siempre.

El caballero cayó de rodillas, y besando aquel pie tan lindo que era imposible creer llegase jamás á ser un signo siniestro, renovó el juramento de amar á Ondina hasta la muerte. Ondina era feliz creyendo; quedó, pues, facilmente persuadida, y en aquel mismo dia el capellan del castillo unió á los dos amantes.

Su felicidad fué grande, y durante un año aquella dicha, en vez de disminuir, no hizo mas que aumentarse, porque á los nueve meses dió á luz Ondina un hijo hermoso como su madre; pero pasado aquel año, Luis de Baviera, que á solicitud de Eduardo III de Inglaterra, habia declarado la guerra á Felipe de Valois, hizo un llamamiento á todos los caballeros que le estaban subordinados, y como Pedro de Stauffenberg era uno de los mas poderosos, y sobre todo uno de los mas valientes, se adivina que fué comprendido en este llamamiento.

Ondina vió llegar con terror el momento de una separacion, y sin embargo, era demasiado celosa de la gloria de su marido para detenerle á su lado; asi que fué la primera á inspirarle el ánimo que le faltaba. Solo si, en su nombre y en el de su hijo le recordó su juramento y el riesgo que habia para él en faltar á él. Todo lo que puede inventar el corazon de promesas tiernas, le hizo Pedro de de Stauffenberg: de modo, que Ondina le vió partir, sino consolada, al menos confiada.

Pasó el segundo año, durante el cual Pedro de Stauffenberg dió cima á magníficos hechos de armas, y durante el cual el duque de Brabante dió esplendentes fiestas á toda la córte de Inglaterra que habia ido á Bruselas. El duque de Brabante no tenia hijos varones, sino únicamente una hija de modo, que para asegurar su ducado en su familia, necesitaba un yerno de corazon valiente y de talento. Por su valor habia distinguido á Pedro de Stauffenberg, de modo, que habiendo llamado un dia al jóven caballero, se manifestó á él francamente, y le ofreció la mano de su hija y la supervivencia de su ducado. Pedro le dió gracias por el grande honor que queria hacerle, pero le confesó que estaba casado, y le refirió con quién y cómo. Entonces el anciano conde meneó la cabeza, no porque dudase de ello pues sabia que un hombre como Pedro era

incapaz de mentir, sino porque la cosa le parecia algo diabólica; despues, pasado un momento de silencio durante el que se arraigó esta creencia en su espíritu

—Creedme, mi jóven amigo, le dijo, no estais obligado con semejante promesa, algo de mágia se encierra en eso.

Dos años antes, Pedro de Stauffenberg hubiese respondido que la única mágia que existia era el amor; pero habian pasado dos años desde su matrimonio, un año de posesion y otro de ausencia: le pareció que el anciano podria tener razon. No obstante, respondió al duque de Brabante que en el fondo de su corazon participaba de sus temores, pero que no por eso se creia menos comprometido por el juramento que habia hecho. Entonces el duque le propuso recurrir á las luces de monseñor el arzobispo de Colonia, Walrame de Juliers, que era un gran hombre en semejante materia, y Pedro de Stauffenberg, cuya ambicion se aumentaba por momentos á espensas de su antiguo amor, consintió en aceptar su arbitrage y prometió sujetarse á él.

Como se calculará, monseñor Walrame de Juliers fué del parecer del duque de Brabante, y aun añadió que semejantes alianzas estaban prohibidas por la Iglesia, y que era hacer una obra meritoria romperlas. Ante semejantes autoridades, Pedro de Stauffenberg, impulsado ya por su deseo secreto, no encontró objeciones que hacer: celebráronse los esponsales, y el matrimonio se fijó para de allí á ocho dias.

La víspera del dia en que debia verificarse el matrimonio, uno de los vasallos de Pedro de Stauffenberg pidió permiso para hablar á su señor. Iba á anunciarle que siete dias antes habia desaparecido su muger llevándose á su hijo. El caballero calculó las fechas; el momento de la desaparicion de Ondina correspondia minuto por minuto á la hora de los esponsales de Pedro. Con esto quedó mas convencido de que su primer matrimonio era obra de mágia, y que habia sido juguete de algun demonio que habia tomado la forma de una muger para hacerle caer en el lazo. Los poquísimos remordimientos que sentia en conciencia desaparecieron, y se preparó alegremente para la ceremonia del dia siguiente.

Llegó por fin el dia señalado. Monseñor Walrame dió la bendicion nupcial á los nuevos esposos, y despues fueron á una casa de campo inmediata donde estaba preparada la comida. Despues de comer, debian ir los recien desposados á un magnífico castillo situado entre Lovaina y Malinas, y que era un regalo que el duque de Brabante les hacia.

Estaban en los postres, los mejores vinos del Rhin circulaban en las mayores copas que se habian podido encontrar. Todos estaban alegres y contentos. Pedro de Stauffenberg parecia partícipar de la alegría general, cuando de repente se fijaron sus ojos en la parte de pared que daba frente á él: un pié, tan lindo y pequeñito que no podia ser mas que el pie de una muger, salia de la pared, sin que se pudiese ver ninguna otra parte de aquella á quien pertenecia. Pedro recordó la prediccion de Ondina y la amenaza que á ella iba unida: por valiente que fuese, se le erizaron los cabellos, y un sudor frio le corrió de la frente, porque el peligro de que estaba amenazado era un peligro desconocido é invisible, un peligro al que no podia hacer frente, y por consecuencia, que debia intimidarle por bravo que fuera.

La vision duró algunos minutos, durante los que los ojos de Stauffenberg permanecieron constantemente fijos en la pared; en seguida desapareció.

Mas cualquiera que fuese la impresion moral producida en el caballero, tenia él bastante poder sobre sí mismo para ocultarla á todas las miradas; nadie se apercibió, pues, del arrobamiento en que su espíritu habia caido. Solo sí se chancearon porque cesaba de comer y beber, pero respondió con tal oportunidad y buen humor, que nadie fijó ya en ello su atencion.

Llegó la hora de dejar la mesa. El castillo á donde debian ir los recien casados estaba situado á dos leguas próximamente de la casa de campo donde se verificaba la comida. A eso de las once, se levantaron de la mesa, y los convidados, montando á caballo, resolvieron conducir á los dos jóvenes hasta su mansion.

El cortejo se puso en camino: la noche era oscura, y apenas se veia bastante claro para seguir el camino mal trazado que conducia al castillo, cuando al pasar cerca de unas ruinas, se levantó una cosa como una sombra delante del caballo de Pedro de Stauffenberg, que espantado de aquella aparicion, dió un bote y echó á correr. Pero como se sabia que el jóven conde era escelente caballero, no hicieron mas que reir del capricho de su caballo, y continuaron avanzando, seguros de que no tardaria en reunirse á la comitiva despues de hacer entrar su caballo en razon.

Mas no fué asi, parecia que el caballo del conde tenia un demonio en el cuerpo; asi que no se detuvo hasta despues de media hora. Intentó entonces el caballero orientarse, mas no era cosa fácil, porque como hemos dicho, la noche era muy oscura; mas al cabo de un instante, vió de repente iluminarse al horizonte los balcones de un castillo, y no dudó que era aquel á donde debia ir, y donde sin duda habian llegado antes que él los demas. Tomó al punto el camino atravesando tierras, y á medida que se aproximó, reconoció que habia calculado con exactitud; no estaba mas que á algunos centenares de pasos, cuando se encontró orilla de un riachuelo.

El caballero volvió los ojos á todas partes para buscar un puente; subió y bajó la orilla en distancia de un cuarto de legua próxima-

mente; pero viendo que no encontraba lo que buscaba, creyó que el rio era vadeable, y lanzó en él su caballo.

Mas apenas Pedro de Stauffenberg estuvo en medio de la corriente, la misma sombra que habia ya espantado á su caballo salió del agua, y de nuevo se elevó ante él. Al verla se encabritó el caballo, derribó á su amo en el rio, llegó á la orilla, y se lanzó hácia el castillo relinchando de terror.

Y de lo que sucedió al caballero nadie supo nada; porque, aunque al dia siguiente la huella de las patas del caballo conducian directamente al sitio donde habia caido, y aunque aquel sitio se conocia hasta entonces como que no tenia mas que dos ó tres pies de profundidad, se habia hecho allí de repente un pozo, cuyo fondo ha sido aun hasta el dia imposible saber.

En cuanto al castillo de Stauffenberg, como jamás pudo probarse que el conde habia muerto, puesto que no se habia encontrado su cadáver, el emperador no creyó que podia disponer de él, sino hasta que el castillo quedó arruinado.

Estas ruinas son las que, segun dicen los aldeanos, están habitadas por Ondina y su hijo.

BADEN-BADEN.

Llegamos á Baden-Baden, que por la comodidad de las pronunciaciones francesas, llamamos Bade abreviado, á las ocho de la noche, con la intencion de detenernos allí todo el dia siguiente.

Doce horas para ver á Bade cuando ha terminado la estacion de las aguas, son seis horas mas de las que realmente necesita un viagero concienzudo. Bade en el mes de octubre, es la mina sin los mineros, es la colmena sin las abejas.

Felizmente tenia yo conmigo un jóven, amigo amable y de imaginacion, conocido de mis lectores, que seis semanas antes, y despues de muchas tribulaciones, se me habia reunido en Francfort. Como estas tribulaciones no carecen de algun interés artístico, y por otra parte, en medio de ellas encontrarán nuestros lectores lo que en vano buscarian en mí, una pintura de Bade en la estacion de las aguas, sustituiré por un momento la prosa de Gerard de Nerval á la mia: como se vé, esto será muy cómodo.

El es, pues, quien habla:

«Bade es el Saint-Cloud de Strasburgo. El sábado cierran los strasburgueses sus tiendas y se van á pasar el domingo á Bade; esto es muy sencillo: ¿esta circunstancia no quita algo á la aureola aristocrática de Baden-Baden? Las grisetas del jardin Lips codean en el baile del sábado á las condesas de Alemania y las princesas de Rusia, porque la presentacion en el *Círculo de los estrangeros*, con que se hace tan gran ruido en Baden, no escluye á nadie mas que á las mugeres con gorra, los obreros con chaqueta, y los soldados.

«Heme aquí, pues, caminando un sábado como un simple strasburgués, pero caminando en posta, á la una, por un camino lleno de carruages. Se trata solo de poder llegar en la misma tarde y poderse vestir para el baile. Atravesamos los mercados, hacemos saltar chispas de lo que sirve de piso en las calles de Strasburgo, simple guijo que el asfalto amenaza invadir. Costeamos el arsenal y seiscientos cañones apilados en los patios como *salmones* de plomo. Seguimos la isla de verdosas aguas, rodeada de militares que pescan todo el dia, cebando sus sedales con langostas, medio económico que rara vez les sale bien. Dejamos á la derecha el monumento de Desaix, esculpido en piedra encarnada, en medio de sauces llorones. Dejamos tambien atrás la aduana francesa, los dos brazos del Rhin, y nos encontramos al fin frente á frente de la aduana de Kehl.

«La aduana de Kehl es un personage muy bondadoso y de mucha espedicion. ¿Y qué podriamos nosotros, efectivamente, introducir en Alemania? Guantes de París, damasco de algodon, blondas, cigarros de regalía, cachemiras Ternaux. Este seria un comercio poco lucrativo. Verdad es que nosotros tenemos la pretension de introducir allí ideas, pero esto no es tambien mas que una pretension.

«El camino es recto como una via férrea; en la singular comarca que atravesamos, todo es ó montañas ó pais llano; nada de colinas, de accidentes de terreno. Los prados son magníficos; los caminos vecinales, con hileras de árboles frutales, tienen con que escitar el entusiasmo del general Bugeaud. A ratos seguimos el Rhin, que serpentea á la izquierda, y como á la mitad del viage, el fuerte Luis se nos presentaba al horizonte. El camino atraviesa muchas aldeas bastante feas. Despues nos aproximamos al fin á esas montañas de color de violeta, que parecen tan próximas cuando se las mira desde lo alto de las murallas de Strasburgo. Estas son las verdaderas montañas de la Selva Negra, y sin embargo, su aspecto nada tiene de terrible. ¿Pero cuando veremos á Bade, la ciudad de las fondas, asentada en el flanco de una montaña, por la que sus casas van trepando poco á poco como un rebaño al que falta la yerba en el llano? ¿Su anfiteatro célebre por sus ricos edificios, no se nos aparecerá antes de llegar? No; no veremos nada de Bade antes de entrar en él. Una

larga calle de álamos de Italia, cierra como el telon de un teatro esa maravillosa decoracion que parece la escena preparada de una ópera pastoril. Hay que colocarse en otra parte para gozar de este gran espectáculo. Tomad vuestras entradas para el *Salon de conversacion*; pagad vuestro abono, ocupad vuestro asiento, y entonces, en medio de las galerías de Chabert, oyendo las melodías de una orquesta que toca al aire libre todo el dia, podreis gozar del aspecto de todo Baden, de su valle, de sus montañas, si el bondadoso Dios tiene cuidado de encender convenientemente su araña, é iluminar los bastidores con sus hermosos rayos de estío.

«Porque á decir verdad, y esta es la impresion que nos causa al principio, toda aquella naturaleza tiene cierto aire artificial. Aquellos árboles están cortados, aquellas casas están pintadas, aquellas montañas son vastos telones corridos sobre bastidores, por donde los *aldeanos* bajan por senderos *practicables*, y se busca en el cielo del fondo si alguna mancha de aceite va á descubrir al fin la mano del hombre y á disipar la ilusion. Se tendrá fé, allí sobre todo, en aquella fantasía de Enrique Heine, que siendo niño se imaginaba que todas las noches habia allí criados que iban á arrollar las praderas como si fuesen alfombras, descolgaban el sol, encerraban los árboles en un almacen, y que al dia siguiente por la mañana, antes que nadie se hubiera despertado, volvian á poner todas las cosas en su sitio, limpiar los prados, arreglar los árboles, y encendian la lámpara universal.

«Y por otra parte, nada que venga á alterar aquel pequeño mundo ideal; llegais no por un camino pedregoso y lleno de lodo sino por los enarenados paseos de un jardin inglés. A la derecha, bosques, grutas talladas en las rocas, ermitas, y aun una fuentecilla, adorno sin precio, por la escasez de este líquido, que se vende por vasos en todo el país de Baden; á la izquierda un riachuelo (sin agua) que tiene espléndidos puentes y en sus orillas verdes sauces que no desearian otra cosa que sumergir en él sus ramas. Antes de atravesar el último puente que conduce á la posta *Gran Ducale*, se ve la calle del Comercio de Bade, que no es otra cosa que un ancho paseo de encinas, á lo largo del cual se estienden magníficos bazares: osténtanse allí telas de Sajonia en cajas de Inglaterra; cristalería de Bohemia, porcelana, mercancías de las Indias, etc., todas esas magnificencias prohibidas entre nosotros, cuyos atractivos arrastran á las señoras de Strasburgo á crímenes políticos, que nuestros aduaneros reprimen con ardor.

«La fonda de Inglaterra es la mejor de Baden, y su salon comedor es mas magnífico que ninguno de los comedores parisienses. Desgraciadamente la gran mesa se sirve á la una (esta es la hora á que se come en toda la Alemania) y cuando se llegue mas tarde, lo mejor que hay que hacer es ir á comer á la casa de Conversacion.

«En general, se come muy bien en Baden, las truchas del Mourgue, son dignas de su reputacion. Se come allí la caza fresca y no corrompida. Es un sistema culinario que da lugar á diversas luchas de opiniones. Las chuletas se sirven fritas, los pescados grandes asados en parrillas. La repostería es mediana, los puddings son admirables.

«Ha entrado la noche: grupos misteriosos vagan bajo la sombra y recorren furtivamente los ribazos de césped de las colinas. En medio de un vasto parterre rodeado de naranjos, la casa de Conversacion se ilumina, y sus blancas galerías se destacan sobre el fondo espléndido de sus salones. A la izquierda está el café, á la derecha el teatro, en el centro el inmenso salon de baile, cuya araña es tan grande como la de nuestra ópera; la decoracion interior es de un estilo Pompeya, algo clásico, las estátuas trascienden á academia, las colgaduras recuerdan el gusto del imperio. Pero el conjunto es deslumbrador y la reunion que allí se apiña es del mejor tono. La orquesta ejecuta walses y sinfonías alemanas, á las que la voz de los que cantan no temen mezclar algunas notas discordantes. Estos señores han elegido el idioma francés, aunque sus puntos pertenecen en general á la Alemania y á la Inglaterra. «*El juego está hecho, señores*, ¡nadie pone mas! ¡oros ganan! ¡bastos pierden! ¡trece, negro, paso!» He aquí las frases obligadas que salen de las tres mesas verdes, de las que la mas concurrida es la del *treinta y cuarenta*. Causa admiracion el número de damas lindas y personas distinguidas que se entregan á estos juegos públicos. Yo he visto madres de familia que enseñaban á sus hijos á jugar por los palos, á los mayorcitos les prometian ensayarse en las pintas. Todo el mundo sabe que el gran duque de Tessé es el pie mas exacto del juego en Baden. Este príncipe lleva, segun dicen, todas las mañanas 12,000 florines que pierde ó cuadruplica durante el dia. Una especie de estafermo le sigue á todas partes cuando cambia de mesa, y permanece detrás de él, á fin de observar á los que están inmediatos. Al que se aproxima demasiado, dirige este inspector observaciones: «¡Caballero, incomodais al príncipe! ¡caballero estais haciendo sombra á las cartas del príncipe!» El príncipe no se vuelve, no habla, no ve. De seguro podrian herirle por detrás sin que su fisonomía demostrase saberlo. Solo que el estafermo os diria con el mismo tono glacial: «¡Vuestro pie acaba de tocar al príncipe, tened cuidado, caballero!»

«El sábado, el dia de gran baile, un tabique divide el salon en dos partes desiguales, de la que la mayor se deja á las parejas de baile;

solo los abonados son recibidos en esta última. No podeis formaros una idea de las muchas espaldas blancas, rusas, alemanas é inglesas que vi en aquella reunion. Dudo que ninguna ciudad de Europa esté mejor situada que Baden para esta exhibicion de bellezas europeas, donde la Inglaterra y la Rusia compiten en brillo y blancura, mientras que las formas y la animacion pertenecen mas á la Francia y á la Alemania. Alli, Jaconde encontraria motivo de suspirar sin correr el mundo al acaso.

«Alli, don Giovanni formaria su lista en una hora, como una lista de restaurant, pronto á seducir en seguida á todas las que haya inscrito.

«¿Qué os diré, por otra parte, de ese baile, sino que son aquellos felices paises donde se baila en el verano mientras los balcones están abiertos á la brisa perfumada, la luna riela sobre el cesped, y refleja en lontananza en los azulados flancos de las colinas, cuando podemos irnos á respirar á ratos bajo las oscuras calles de árboles, y se ven las mugeres lindamente ataviadas constituir el adorno mas bello de galerías y balcones? Estas tres cosas, belleza, luz y armonía, necesitan tanto del aire atmosférico, de las aguas y follage, y de la tranquilidad de la noche. Nuestros bailes de invierno de Paris, con el ahogado calor de los salones, el aspecto fangoso de las calles, la lluvia que azota los balcones, y el terrible frio que nos espera á la salida, son una cosa bastante fúnebre. Y nuestras máscaras de febrero, no nos preparan mejor á la cuaresma que la muerte.

«Jamás, pues, ha habido un hombre rico en París, que haya concebido esta idea muy natural: ¡Un baile de máscaras en la primavera! Un baile que comience á las espléndidas luces de la noche; que termine con los tintes azulados de la mañana. Un baile donde se entra alegremente, de donde se sale con alegría, admirando la naturaleza y bendiciendo á Dios. ¡Máscaras sobre el césped, á lo largo de las azoteas, que vienen y desaparecen por los sombríos caminos, salones abiertos á todos los perfumes de la noche, cortinas que flotan al viento, bailes donde no falta el aliento, donde el cutis conserva su frescura! ¿Todo esto no es mas que un sueño de jóven que la moda se negará siempre á tomar por lo sério? El invierno, ¿no tiene bastantes conciertos y teatros sin apoderarse tambien de los bailes y las mascaradas del estío?

«Pero digamos algunas palabras acerca de ta fiesta del gran duque, á que asistí.

«¿Qué fiestas imaginar en una ciudad perpétuamente de funcion? El medio de distinguir este dia seria no hacer ninguna, suprimir las orquestas, los bailes, los teatros, las iluminaciones de todas las noches. ¿Mas acaso tendremos paradas, grandes revistas? He ahí de lo que es bueno informarse.

«En efecto, la ciudad hace grandes cosas. A las diez, misa mayor y *Te-Deum*, tanto en Baden como en Sichtenthal; á medio dia, revista, parada, marchas militares; por la noche una pieza de hadas en el teatro aleman, compuesta en honor del gran duque de Baden; todo el dia cañonazos de cuarto en cuarto de hora; pero no poseyendo la ciudad ningun cañon, sospechamos se ha acudido á otro procedimiento para obtener esas detonaciones que se reproducen á lo lejos en las montañas.

«El camino de Lichtenthal se cubre de carruages, paseantes, ginetes; es todo el movimiento, todo el lujo, todo el brillo de un paseo parisiense. Lichtenthal es el Longchamps de Baden. Lichtenthal (valle de luz) es un convento de religiosas agustinas, que cantan admirablemente. Sus plegarias son cantatas, sus misas óperas. Este retiro romántico, esta cartuja risueña, es, dicen, el asilo de los corazones lacerados. Alli van á curarse de los amores profundos; pásase allí una temporada de tres, seis, nueve meses con el dolor, pero ¿quién sabe cuanto tiempo puede sobrevivir el tratamiento á la curacion?

«En verdad, es aquel un claustro de heroinas de leyenda, un monasterio con las ideas de Mad. Cottin y de Mlle. Riccoboni. Los edificios se apoyan en una montaña que á ciertas horas, proyecta en la ladera la tenebrosa sombra de los pinabetes. El rio de Baden corre al pie de las murallas, pero no presenta en ninguna parte bastante profundidad para poderse convertir en tumba de una trágica desesperacion; su eterna voz se queja por entre las rojizas rocas; pero una vez en la tersa llanura, ya no hay mas que una roca del Ligamon, una pacífica corriente del Tendre, á lo largo de la que van á bajar los corderos de la aldea, peinada su lana y adornados con cintas segun el gusto de Vatteau. Ya comprendeis que los rebaños forman parte del material del pais, y son conservados por el gobierno como las palomas de San Márcos en Venecia. Toda esta pradera que compone la mitad del paisage se parece á la pequeña Suiza de Trianon. Como efectivamente, el pais entero de Baden es la imágen de la Suiza en pequeño, la Suiza, sin sus ventiscas y sus lagos, sin sus frios, sus nieblas y sus ásperas subidas; es necesario ir á ver la Suiza, pero es preciso ir á vivir á Baden.

«La iglesia del convento está situada en el fondo del patio grande, teniendo á la derecha la casa del claustro, y á la izquierda, al volver la esquina, una capilla gótica nueva, donde están los sepulcros de los margraves y todos los vidrios históricos que se han podido recoger, y leyendas inscriptas en mármol. Ahora representaos una decoracion interior de la iglesia de un Pompadour exhorbitante, santas con trages mitológicos, en las actitudes las mas amaneradas del mundo, llevadas, sostenidas,

acariciadas por diablillos de ángeles, desnudos como amores. Las capillas son gabinetes; adornos grotescos se enlazan al rededor de encantadores medallones y de pinturas escogidas de Vanloo. Dos altares tan solo llevan la imaginacion á ideas lúgnbres, presentando á la vista religiosas muy bien conservadas de San Plus y de San Benedicto; pero aun en eso se ha buscado el medio de hacer la muerte presentable y casi coqueta. Los dos esqueletos, bien limpios, barnizados, engastados con plata, yacen en un lecho de flores artificiales, musgo y conchas, en una especie de bandeja de espejos. Tienen coronas de oro y follage; un cuello de encagé rodea las vértebras de su cuello; y cada una de sus costillas está adornada de una cinta de terciopelo encarnado bordado de oro, lo cual parece una especie de ustillo calado del mas caprichoso efecto. El aspecto ridículo y penoso á la vez de esta mascarada de esqueletos, solo puede compararse al de las momias de un duque de Nassau y de su hija que se enseñan en Strasburgo en la iglesia de Santo Tomás. Es imposible despoetizar mejor la muerte ni mofarse mas amargamente de la eternidad.

«Al presente, resonad, notas severas del canto de iglesia, notas prolongadas y llenas que traducis esos idiomas del cielo, el idioma sagrado de Roma. ¡Organo magestuoso, esparce tus sonidos como oleadas al rededor de esa nave medio profana! ¡Voces inspiradas de las santas doncellas, lanzan al cielo entre el canto del angel, y el trino del ave! La multitud es grande y digna de asistir al santo sacrificio. Los estrangeros tienen el sitio de honor, ocupan el coro y las capillas laterales. Los habitantes del pais llenan modestamente el centro de la iglesia, arrodillados sobre la losa ó sentados en sus bancos de madera.

«Aqui comienza la misa mas singular que he oido jamás y que conozco, no obstante las misas italianas. Era una misa acompañada de violines y ejecutada muy alegremente. No tardaron en detenerse los cantantes, y las hermanas agustinas bajaron de una especie de gran camaranchon, colocado detrás del órgano y cubierto con una espesa celosía. En seguida no se oyó mas que una sola voz que cantaba una especie de ária, á la antigua usanza italiana. Eran giros, floreos increibles, bordados capaces de hacer perder la cabeza á Mad. Damoreau y la voz á Mlle. Grisi. Esto acompañado de una música del tiempo de Pergolése lo menos. Ya comprendereis mi placer; á nadie quiero ocultar que aquella música, aquel can o, me trasportaron al tercer cielo.

«Despues de la misa, subí al locutorio: el locutorio no desdecia de lo demas; un verdadero locutorio de novelas, el locutorio de Marianne, de Melania, y aun si quereis, el locutorio de Vert-Vert. ¡Qué felicidad encontrarse en pleno siglo XVIII de repente y completamente! Desgraciadamente, no tenia ninguna religiosa á quien llamar, y me contenté con ver pasar dos jóvenes novicias azules que llevaban crema de café á la señora superiora. Se vuelve á Baden siguiendo el curso del rio, ¡pero qué rio! No es navegable mas que para los patos; los gansos hacen alli pie casi en todas partes; no obstante, orgullosos puentes le atraviesan de todos lados, puentes de piedra, puentes de madera, y hasta puentes colgantes. No podeis imaginaros hasta qué punto atormentan aquel pobre hilo de agua límpida que nada queria mejor que ser simple arroyo. Han construido portazgos al otro lado de la ciudad, á fin de que cuando pase por alli presente mas superficie. Cuando se anunció en Baden la llegada del emperador de Rusia, se habló de echar algunos cubos de agua en el riachuelo para hacerle pasar al estado de rio.

«Mas dejemos en paz el pobre riachuelo de Baden-Baden, el pais menos linfático del mundo. Un rumor circula por toda la ciudad. ¿Qué sucede? Es el ejército del gran dúque que atravesaba por el paseo: cincuenta hombres de caballería, cien hombres de infantería, ocho tambores y veinte y cinco músicos. Esta magestuosa revista me da una idea bastante pobre de la educacion militar de las tropas badenesas. Pero mas tarde supe que aquellos soldados no eran mas que honrados trabajadores del campo del pais, que van los dias de parada al castillo donde los visten, y en seguida devuelven fielmente aquel trage prestado. Las fuerzas militares de Baden no se componen en realidad mas que de doscientos uniformes un poco usados, con equipo completo, que queda á eleccion de la ciudad rellenar con cualquiera clase de figuras, cuando quiere dar á los estrangeros una idea de su poder.

«Las diversiones de la fiesta se reducian á las de todos los dias.

«Vamos á pasar á la pieza de circunstancias representada en el teatro aleman en honor del gran duque y su familia. Aqui sobre todo, es preciso alabar la intencion. Guirnaldas de flores y verdadero follage adornaban el antepecho de los palcos, cuyas bellas espectadoras adornaban mejor el interior.

«Levantado el telon, se adelanta una actriz en trage de Thalia, y pronuncia algun centenar de versos en elogio del gran duque reinante. Creiamos que la pieza se reducia á un monólogo, cuando otra actriz, vestida de Melpómene, llega á reprender á la otra porque no habla mas que del soberano actual y olvida á su predecesor. Entonces estas dos musas conversan en estrofas alternativas, como los pastores de la égloga, reproduciendo cada una los diversos méritos del soberano y de su padre. Luego se levanta un busto por una trampa del fondo de la escena, y las dos van á depositar en él guirnaldas. Una Gloria corona el todo, y llamas azules y rojizas acompañan este cuadro final. No era esto mas ridículo que la fiesta de la ceremonia de Molière en

el Teatro francés, pero lo era tanto. Una fuerte lluvia que ha caido toda la noche hubiera impedido los fuegos artificiales si los hubiese habido en el programa; lo cual sin duda haria que sintieran no haberlos anunciado los directores de la fiesta.»

TURENA.

Me ajusté con un alquilador de carruages por tres thalers; mediante esta módica suma que corresponde á doce francos de Francia, tuve un carruage de cuatro asientos, y un conductor que se comprometió á detenerse en al sitio donde fué muerto Turena. Poética é históricamente es casi la única cosa que hay que ver de Baden á Strasburgo.

El camino que seguiamos para ir á Salzbach costea la Selva Negra, en cuyo lindero se interna algunas veces, pero para reaparecer casi al punto en el llano. Por lo demas, nada menos terrible, nada menos en relacion con su sombrío nombre, que aquellos lindos bosquecillos de verdura que se escapaban como una franja festonada de la vasta alfombra del Schwartzwald.

Almorzamos en Bülh; terminado el almuerzo, volvimos á subir en nuestro coche, y atravesamos aun dos pequeñas aldeas; en fin, el conductor detuvo los caballos á la entrada de otra, y se presentó á la portezuela anunciando que estábamos en Salzbach.

Apenas se detuvo nuestro carruage se precipitó hácia nosotros una multitud de niños; eran otros tantos cicerone que se ofrecian á enseñarnos el monumento de Turena, y que citaban á competencia el sitio, el dia y la hora en que aquel gran general fué muerto; en efecto, hace ciento sesenta y tres años Salzbach vive con aquella muerte.

En medio de aquella multitud no tardó en presentarse con una gravedad que indicaba su rango, el cicerone con patente. Al verle, todos aquellos pequeñuelos que habian querido apoderarse de nosotros, se dispersaron.

El cicerone nos ofreció enseñarnos primero la bala que mató á Turena. A esto respondí, que fiel observador de las leyes de la cronología, deseaba ver primero el sitio de su muerte, y despues la bala que la habia causado; pero el cicerone, que queria desembarazarse de su bala, insistió de tal modo, que no creí deber contrariar á aquel buen hombre por cosa tan insignificante; por otra parte, reflexioné que, cronológicamente hablando, podria muy bien tener razon, siendo la bala la causa, y la muerte tan solo el efecto.

Es una bala muy linda de á cuatro, muy limpia, muy insensible al parecer al honor que la han hecho de conservarla como una alhaja, y que no aparenta estar convencida de con el mismo disparo haber herido á un marqués y muerto á un grande hombre.

El guia me dijo al oido que por cierta cantidad, la aldea de Salzbach, muy apurada en aquel momento, consentiria en deshacerse de aquel precioso objeto. Este ofrecimiento, que me recordaba los que me habian hecho en Ferney y en Fontainebleau del baston de Voltaire y la pluma de Napoleon, me dejó, á pesar de lo que era de agradecer, en una imposibilidad completa. Respondí que estaba yo mas apurado aun que la aldea de Salzbach, lo cual, por tanto, me privaba del placer de prestarle aquel servicio, pero que conocia un inglés que poseia ya la bala que se habia llevado la cabeza al duque de Berwick, y que como estaba convencido de que agradeceria sobremanera tener la pareja, le enviaria á Salzbach, si tenia el honor de encontrarle en mi camino. Esta respuesta me pareció tranquilizar algun tanto á nuestro cicerone acerca de la futura colocacion de su proyectil.

Nos pusimos en camino conducidos por él, y despues de un cuarto de hora de marcha, llegamos al sitio donde, despues de tres meses de marchas y contramarchas, llegando en fin á aquel punto donde la ventaja de su posicion le presentaba todas las probabilidades de la victoria, Turena, visitando una batería que habia mandado establecer, fué muerto por una bala, que despues de haber rozado el tronco de un nogal, y llevádose el brazo del mariscal Saint-Hilaire, fué á atravesarle el pecho. Turena cayó como habia caido el mariscal de Berwick, sin pronunciar una sola palabra.

El nogal existe aun, y el cicerone, llevando hasta el estremo desempeñar sus funciones con conciencia, intentó enseñarnos en su tronco nudoso y seco la señal de la bala austriaca.

En el sitio donde murió Turena, se elevó un monumento. El reconocimiento de Luis XIV habia vencido el odio de Louvois; verdad es que era una simple piedra, con esta triple inscripcion en francés, latin y aleman.

Aqui fué muerto Turena, el 27 de julio de 1675.

El 27 de julio de 1829, el ciento cincuenta y cuatro anniversario de ese gran suceso, el rey Cárlos X, sin pensar que tocaba él mismo al destierro, solventó la deuda que el mezquino monumento de su abuelo Luis XIV no habia pagado mas que á medias. Una columna de granito gris, de una sola pieza, y alta de veinte y cuatro pies, se erigió en el mismo

sitio en que el vencedor de las Dunas habia caido; léese en ella la inscripcion siguiente:

A Turena,
muerto en Salzbach el 27 de julio de 1675.

Las entrañas de Turena fueron enterradas en la pequeña ciudad de Achern, situada á media legua de Salzbach. El cuerpo fué trasladado á Francia y enterrado en Saint-Denis, de donde en conformidad á un decreto del Directorio, fué sacado el 16 de agosto de 1799, para ser depositado en un sarcófago tallado á la antigua, y trasladado al museo de los monumentos franceses. En fin, el 23 de setiembre de 1800, por órden de Bonaparte, le volvieron á su primer sepulcro, y despues de haber pasado de Saint-Denis al museo de los monumentos franceses, se detuvo definitivamente bajo la cúpula de los Inválidos.

Bonaparte preveia ya que depositaba alli aquel noble cadáver para acompañar algun dia á Napoleon.

En Achern se divide el camino; el de la izquierda continúa internándose en el gran ducado de Baden; el de la derecha conduce á Francia.

Detrás de Achern y Salzbach se eleva la montaña Dettonik-Gross, una de las mas altas de la cadena á que pertenece, y en cuya cima se encuentra el Mummelsée, lago cuyo fondo no se ha podido encontrar, lo cual, como se concibe, en un pais tan poético como lo es el Ringaw, ha dado lugar á una multitud de tradiciones á cual mas fantásticas.

En primer lugar, si se atan en un lienzo balas ó guijarros, en número impar, y se suspende encima del lago, el número se vuelve par: si se suspende par, el número se vuelve non, lo cual como se ve, es ya un lindo juego de cubiletes.

Pasemos á otra cosa.

Un dia un pastor guardaba su ganado en las orillas del lago: de repente vió salir del agua un toro de color oscuro que tenia las pezuñas palmeadas, y que fué á mezclarse con sus bueyes; un momento despues salió á su vez un enano del agua, corrió tras del toro oscuro, le llevó hasta el lago, le obligó á sumergirse y se sumergió con él, murmurando de que no tenia perro para guardar su ganado. Al invierno siguiente estaba el lago helado; un aldeano pasó por él con dos bueyes que arrastraban troncos de árboles, y nada le sucedió, á pesar del peso enorme que acarreaba; detrás de él iba su perro, el hielo se rompió bajo los pies del perro, y desapareció. Desde entonces nadie dudó que el enano del lago habia cogido el perro del aldeano para guardar su rebaño marino.

Otro dia, vió un cazador de gamos, al pasar orilla del lago, un hombrecillo que estaba sentado en la ribera con las piernas pendientes en el agua; tenia entre sus manos una multitud de perlas y pedazos de ámbar y de coral, que contaba ocultándolos en su camisa, abierta por el pecho. Ocurrióle entonces al cazador la mala idea de apropiarse todas aquellas riquezas, y la puso en ejecucion; pero en el momento en que puso el dedo en el gatillo, el hombrecillo se sumergió y desapareció; un momento despues volvió á la superficie y dijo al cazador:

—Si me hubieras pedido estas perlas, este ámbar y este coral, te lo hubiera dado, y te hubieras hecho rico para siempre; pero has querido cogérmelo con mi vida, maldito seas. Y el cazador permaneció siempre pobre, asi como su posteridad.

De este modo apareció el enano del lago aun otras dos ó tres veces: se hicieron pesquisas para saber por qué época habia ido al pais. Un aldeano refirió entonces que habia oido contar á su padre que su abuelo le habia dicho que, cuando era jóven, un enano, habia ido por la noche á pedir hospitalidad á su padre: su padre, que era leñador, le habia dado la mitad de su cena, pero despues de cenar, como no tenia cama ni aun para sí, le habia ofrecido, ó quedarse con él en la habitacion donde estaban, ó ir á dormir á la granja, donde encontrarian buen heno para tenderse en él. El enano le contestó que no se inquietara por él, que encontraria donde alojarse perfectamente; y que dicho esto habia salido. El aldeano le acompañó hasta la puerta de su choza, y le vió alejarse en direccion de una fuente, del centro de la que salian gigantescos juncos. Como la luna daba algo de claridad, le vió bajar á la fuente y desaparecer entre los juncos, pero creyó que habia visto mal, no pudiendo figurarse que una criatura humana prefiriese una cama de agua helada á un buen lecho de heno. No obstante, como lo que habia visto le parecia muy estraordinario, se levantó al amanecer para ver lo que habia sido del hombrecillo, y llegando á su puerta, le vió salir de los juncos donde se habia metido la víspera por la noche; pero, cosa estraña, ni un hilo de su vestído se habia mojado, y estaba tan seco desde la cabeza á los pies como si hubiese pasado la noche en una sarten puesta al fuego.

Entonces el aldeano le manifestó la sorpresa que le causaba lo que veia, pero el hombrecillo se echó á reir, y le respondió que nada habia en ello de admirable, puesto que era un hombre de las aguas. El aldeano le preguntó, siendo asi, qué iba á hacer á la tierra. El enano refirió al aldeano que habia nacido en un lago en lo interior de un pais que toca al polo y que se llama la Groenlandia. Que se habia casado alli con una Ondina á quien amaba mucho; pero como aquella Ondina era muy caprichosa y le agradaba mucho jugar en la yerba de las praderas y recoger flores á orillas del lago, placeres de que alli estaba privada durante nueve meses del año, porque en esos nueve meses la tierra estaba cubierta de nieve, le habia atormentado frecuentemente

para que buscase una comarca mas dulce y mas próxima al sol, diciéndole que si la obligaba á quedarse en aquella horrible Groenlandia, se escaparia algun dia é iria á buscar para establecer su mansion algun bello y límpido lago, de cielo azul y bellas riberas. Pero aquella Groenlandia que detestaba la Ondina era la patria del pobre enano. La amaba como se ama á la patria, y respondió que no queria abandonarla. A consecuencia de esto un dia que volvia de buscar coral para hacer un collar á su Ondina, se encontró con que habia desaparecido; la Ondina habia cumplido su amenaza, habia huido. Desde entonces se habia dedicado á buscarla y habia visitado todos los lagos de la tierra, desde el lago Ontario en América, hasta el lago de Genezareth, en Siria. Pero en ninguna parte habia vuelto á ver á su muger, no le quedaba ya mas que el Mummelsée, y si la Ondina no estaba allí, se habia perdido. Iba, pues, al Mummelsée, cuando habia pedido la víspera hospitalidad al aldeano á quien acababa de referir su historia.

Entonces el aldeano, que habia tomado un gran interés en las tribulaciones del pobre hombrecillo de las aguas, le ofreció le guiaria su hijo hasta el lago, lo cual aceptó el enano con gran reconocimieuto, atendiendo á que por la tierra andaba mal y no veia muy bien, mientras que en el agua nadaba como un sollo, y veia brillar una perla á mil piés debajo de él. Pusiéronse el jóven y el enano en camino, y caminando le referia el enano al jóven cómo el aire estaba mas poblado que la tierra; cómo el fondo de los lagos estaba tapizado de grandes pastos, en medio de los que pacian manadas de bueyes y vacas mansas, mas numerosas que las que cubren las fértiles montañas de la Suiza: cómo, en fin, habia allí, en las llanuras líquidas como en las llanuras de los hombres, ricos pescados. Pero estos pescados eran campos de perlas, de ámbar y coral, una sola de cuyas recolecciones enriquecia por toda su vida al cosechero que la hiciese.

Y discurriendo asi, el jóven y el enano llegaron orilla del lago; el enano dió gracias al jóven, y le dijo le esperase junto al agua media hora, y que si pasado aquel tiempo no volvia, es que habia vuelto á encontrarse á su muger, y en este caso, veria subir á la superficie un saquito de piel que le enseñó; y que entonces podria coger aquel saco, y lo que contenia seria para él.

Dichas estas palabras, el enano se sumergió en el lago y desapareció.

A la media hora vió el jóven en la superficie del lago el saco de piel, le atrajo á sí con el gancho de su palo de montaña, y le abrió; el saquito estaba lleno de perlas, de ramas de coral y de pedazos de ambar; que su padre fué á vender á Strasburgo, y con su valor compró magníficos prados, que desde aquella época conserva su familia.

Este era el pago de la hospitalidad, que el pobre leñador habia dado al hombrecillo de las aguas, el cual, habiendo, segun parece, encontrado á su muger en el Mummelseé, no ha dejado desde aquel momento el lago, que habita continuamente, pero en cuyas orillas por desgracia se presenta hoy mas rara vez que en otros tiempos.

Tenia yo gran deseo de verle, pero como me dijo mi conductor, meneando la cabeza, que seria *una casualidad* si yo le encontraba, continué mi camino, tanto mas, que á falta de él me quedaban por visitar la reina de un antiguo castillo que veia elevarse á mi izquierda, y que mi conductor se contentó con designarme bajo el nombre de las ruinas del Erable; he aqui la leyenda qne ha dado lugar á este nombre.

Hacia ya doscientos años que el castillo no era mas que un monton de piedras desprendidas, y en medio de estas piedras habia nacido un magnífico arce, que muchas veces los aldeanos de las inmediaciones quisieron derribar sin poderlo conseguir, tan dura y nudosa era su madera. En fin, un jóven, llamado Wilheim, fué á su vez á probar ventura; como los demas, y despues de haberse quitado su chaqueta, cogiendo una hacha que habia hecho afilar espresamente, dió en el tronco del árbol con toda su fuerza, pero el árbol rechazó el hierro como si fuera de acero. Wilheim no se desanimó y dió el segundo golpe, el hacha fué rechazada de nuevo; en fin levantó el brazo, y reunió todas sus fuerzas, dió el tercer golpe, pero á este tercero, habiendo oido como un suspiro, levantó los ojos y vió delante de sí á una muger de veinte y ocho á treinta años, vestida de negro, y que hubiese sido completamente bella, si su palidez no hubiese dado á toda su persona un aspecto cadavérico que indicaba que hacia largo tiempo no pertenecia aquella muger á este mundo.

—¿Qué quieres hacer de este árbol? preguntó la dama Negra.

—Señora, dijo Wilheim mirándola con admiracion, porque no la habia visto llegar, y no podia adivinar de dónde salia; señora, quiero hacer de él una mesa y dos sillas, porque me caso el San Martin próximo con Roschen, mi novia, á quien amo hace tres años.

—Prométeme hacer con él una cuna para tu primer hijo, respondió la dama Negra, y levantaré el encanto que defiende á este árbol contra el hacha del leñador.

—Os lo prometo, señora, dijo Wilheim.

—¡Y bien, dá! respondió la señora.

Wilheim levantó su hacha y del primer golpe hizo en el tronco una grieta profunda; al segundo golpe tembló el árbol desde su copa hasta las raices; al tercero cayó enteramente desprendido de su base y rodó por el suelo. Entonces Wilheim levantó la cabeza para dar

gracias á la dama Negra, pero la dama Negra habia desaparecido.

Wilheim no por eso dejó de cumplir la promesa que le habia hecho, y aunque se burlasen mucho de que hiciese la cuna para su primer hijo antes de verificado el matrimonio, se puso á la obra con tanto ardor y destreza, que antes que hubiesen pasado ocho dias, habia acabado una encantadora cuna.

Al dia siguiente se casó Roschen, y nueve meses despues, dia por dia, dió á luz un hermoso niño, que depositaron en la cuna del arce.

En la misma noche, cuando el niño lloraba, y su madre, desde su cama, le mecia en su cuna, se abrió la puerta de la habitacion, y la dama Negra se presentó en el dintel, llevando en la mano un ramo de arce seco; Roschen quiso gritar, pero la dama Negra se llevó su dedo á la boca, y Roschen, temiendo irritar la aparicion, quedó muda é inmóvil, con los ojos fijos en ella. La dama Negra se aproximó entonces al lecho con paso lento, y que nó tenia ningun eco.

Llegando junto al niño, le unió las manos, suplicó un instante en voz baja, y despues de haberle dado un beso en la frente:

—Roschen, dijo á la madre toda asustada, toma esta rama seca, que es del mismo arce de que se ha hecho la cuna de tu hijo, guárdala con cuidado, y luego que tu hijo llegue á la edad de diez y seis años, métela en agua pura, despues, cuando esta rama haya echado hojas y flores, dála á tu hijo, y que vaya con ella á tocar la puerta de la torre del lado de Oriente, lo cual será para su felicidad y mi libertad.

Dichas estas palabras, dejando la rama seca en manos de Roschen, la dama Negra desapareció.

El niño creció y se hizo un hermoso mancebo; en todo lo que hacia, un buen génio parecia guardarle; de vez en cuando Roschen dirigia la vista á la rama de arce que habia puesto bajo el crucifijo, con los ramos de boj bendito de los domingos de Ramos. Y como la rama se secaba mas y mas, movia la cabeza, dudando que un ramo tan seco pudiese jamás dar ni hojas ni flores.

Sin embargo, el mismo dia en que su hijo tuvo diez y seis años, no dejó de obedecer el mandato de la dama Negra, y cogiendo el ramo de debajo del crucifijo, fué á colocarle en medio de un manantial de agua que corre por el jardin.

Al dia siguiente fué á ver el ramo, y la pareció que la sávia comenzaba á circular bajo su corteza; á los dos dias, vió apuntar los botones, al dia siguiente se abrieron, luego crecieron las hojas, aparecieron las flores, y á los ocho dias de estar la rama en el manantial, se diria que acababan de cogerla en el arce inmediato.

Entonces Roschen cogió á su hijo, le condujo al manantial, y le refirió lo que habia pasado el dia de su nacimiento; el jóven, aventurero como un caballero errante, cogió la rama, é inclinándose ante su madre, la pidió su bendicion, porque queria tentar la aventura al instante mismo. Roschen le bendijo, y el jóven se encaminó inmediatamente hácia las ruinas.

Era el momento del dia en que el sol poniéndose en el horizonte hace subir las sombras de los sitios profundos á los mas elevados. El jóven, á pesar de ser valiente, no estaba exento de aquella inquietud que esperimenta el hombre mas animoso en el momento en que va á afrontar un suceso sobrenatural é inesperado; al pisar las ruinas, latia su corazon con tal violencia, que se detuvo un instante para respirar. Se habia ocultado el sol completamente, y la oscuridad comenzaba á llegar al pie de las murallas, cuya parte superior doraban los últimos reflejos del dia.

El jóven se adelantó, con su ramo de arce en la mano, hácia la torre de Oriente, y al oriente de la torre encontró una puerta, llamó á ella tres veces, y al tercer golpe se abrió la puerta y la dama Negra apareció en el dintel. El jóven dió á su pesar un paso atrás, pero la aparicion le tendió la mano, y con una voz dulce y rostro risueño:

—No tengas miedo, jóven, le dijo; porque este dia, es un dia de festin para tí y para mí.

—¿Pero quién sois, señora? ¿No puedo saber el servicio que os he prestado?

—Soy la señora de este castillo, replicó la fantasma; y como ves, nuestra suerte es la misma; él no es ya mas que una ruina, y yo una sombra. Jóven, yo fuí desposada con el jóven conde de Windeck, que vivia á algunas leguas de aquí, en el castillo cuyos restos llevan aun su nombre. Despues de haberme dicho que me amaba, despues de haberse asegurado de que yo participaba de su amor, me abandonó por otra muger de que pasó á ser esposo; pero su dicha no fué de larga duracion. El conde de Windeck era ambicioso; entró en la liga contra el emperador, y fué muerto en un combate donde su partido fué vencido; entonces los imperiales se esparcieron por las montañas, saqueando, quemando los castillos de sus enemigos. El castillo de Windeck fué saqueado y quemado como los demás, y la jóven condesa huyó con su hijo en los brazos; pero rendida al punto de fatiga, cogió una rama de arce para ayudar su marcha. Habia visto de lejos las torres del castillo que habitaba yo, y como ignoraba lo que habia pasado entre su marido y yo, iba á pedirme hospitalidad; pero si ella no me conocia, la conocia yo; la habia visto pasar en una cacería, embriagada de amor, ardiente en el placer, seguida á lo lejos de apuestos jóvenes, que envidiosos de mi ingrato amante, la decian que era bella. Al verla, en lugar de sentir compasion hácia ella, como debia hacerlo una cristiana, se despertó todo mi

ódio. La ví con alegría encorvada bajo el peso de su maternal carga, subir con los pies descalzos y destrozados á través del sendero pedregoso que conducia á la puerta de mi castillo. Pero bien pronto se detuvo en la plataforma que domina aquel estanque sombrío que ves; por un último esfuerzo, hincando su palo en tierra para apoyarse, tendió hácia mí sus dos brazos que sostenian á su hijo, y moribunda, se dejó caer sin fuerza y oprimiendo aun á su pobre niño contra su pecho. Yo entonces, bien lo sé, hubiera debido bajar de mi balcon, hubiera debido acercarme á ella, levantarla en mis brazos, sostenerla sobre mis hombros, conducirla á este castillo y hacer de ella mi hermana. Esto hubiera sido hermoso y caritativo á los ojos de Dios; si, lo sé, pero estaba celosa del conde, aun despues de su muerte. Quise vengarme en su pobre muger inocente de lo que yo habia sufrido. Llamé á mis criados, y les mandé la echasen de alli como á una gitana. ¡Ay! me obedecieron: los ví aproximarse á ella, insultarla, negarla hasta aquel lecho de tierra donde reposaba un momento sus fatigados miembros. Entonces ella se levantó loca, insensata, y cogiendo á su hijo en sus brazos, la ví correr toda desmelenada hácia la roca que domina el lago, subir á su cima, y despues dirigiéndome una terrible maldicion, precipitarse en el agua con su hijo. Lancé un grito: en aquel momento me arrepentí, pero era demasiado tarde. La maldicion de mi víctima habia subido hasta el trono de Dios. Habia gritado venganza, y venganza debia ejecutarse.

Al dia siguiente, arrojando un pescador sus redes en el lago, sacó á la madre y al hijo, que permanecian abrazados. Como segun la relacion de mis criados habia atentado ella misma á su vida, el capellan del castillo se negó á enterrarla en tierra sagrada, y fué depositada en el sitio mismo donde habia metido en tierra su palo de arce; bien pronto aquel palo, que estaba verde aun, echó raices, y en la primavera siguiente, dió flores y frutos.

En cuanto á mí, devorada por el arrepentimiento, sin tranquilidad de dia, sin descanso por las noches, pasaba mi tiempo rezando, arrodillada en la capilla, ó vagando alrededor del castillo. Poco á poco sentí debilitarse mi salud, y conocí que estaba afectada de una enfermedad mortal. Pronto una languidez irremediable se apoderó de mí y me obligó á guardar cama. Hicieron acudir á los mejores médicos de Alemania, pero todos movian la cabeza al mirarme, y decian: Nada podemos, la mano de Dios está sobre ella. Tenian razon, estaba condenada. Y el dia aniversario del tercer año en que habia muerto la condesa, fallecí á mi vez. Me pusieron mi vestido negro, que siempre llevaba yo, á fin, como lo habia encargado, de llevar aun despues de mi muerte el luto de mi crímen; y como á pesar de lo culpable que yo era, me habian visto morir como una santa, me dejaron en la capilla funeraria de mi familia, y colocaron sobre mí la piedra de mi tumba.

La noche misma del dia en que me habian dejado allí, me pareció, en medio de mi sueño mortal, oir dar la hora en el reloj de la capilla. Contaba los golpes del mazo, y oí tocar doce veces.

A la última campanada, me pareció que una voz me decia al oido:

—Muger, levántate.

Reconocí la voz de Dios y esclamé.

—¡Señor! ¡Señor! ¿pues que no he muerto cuando creía estar para siempre jamás dormida en vuestra misericordia, vais á volverme en la vida?

—No, dijo la misma voz, no temas, no se vive mas que una vez; si, estás muerta ciertamente; pero antes de implorar mi misericordia, es preciso que satisfagas á mi justicia.

—Dios mio, ¡Señor! esclamé estremeciéndome, ¿qué vais á ordenarme?

—Vagarás, pobre alma en pena, respondió la voz, hasta que el arce que da sombra á la tumba de la condesa sea bastante completo para sacar de él tablas con que construir la cuna del niño que debe librarte. Levántate pues, de tu tumba, y cumple tu sentencia.

Entonces, con el estremo de mi dedo levanté la piedra que cubria mi sepulcro, y bajé pálida, fria, inanimada, y vagué asi al rededor de mi castillo hasta que se oyó el primer canto del gallo; al punto, por mí misma, y como impulsada por un brazo irresistible, volví á entrar en esta torre, cuya puerta se abrió sola ante mí, y me tendí en mi tumba, cuya losa se cerró por sí misma. La segunda noche sucedió lo mismo, y todas las noches que siguieron á la segunda del mismo modo.

Esto duró cerca de tres siglos. Ví todos los años caer una á una todas las piedras del castillo, y brotar una por una todas las ramas del arce. En fin, del edificio y de las cuatro torres no queda ya mas que esta; en fin, el árbol creció y se robusteció hasta el punto de que ví aproximarse la hora de mi libertad.

Un dia vino tu padre con el hacha en la mano. El arce que hasta entonces habia resistido al mas afilado acero, ablandado por mí; cedió al hierro de su hacha; por mi súplica hizo del tronco una cuna donde te metieron el dia de tu nacimiento.

El Señor me ha cumplido su palabra, bendito sea el Señor, porque es poderoso y misericordioso.

El jóven se santiguó.

—Y ahora, dijo, ¿no me queda nada que hacer?

—Si, respondió la dama Negra, si tal, jóven, os queda que terminar vuestra obra,

—Mandad, señora, dijo el jóven y obedeceré.

—Cavad al pie del arce y encontrareis los huesos de la condesa de Windeck y su hijo; haced enterrar sus huesos en lugar sagrado, y cuando estén enterrados levantad la piedra de mi sepulcro, ponedme en la mano un ramo de boj bendito en la última Pascua, y haced cerrar definitivamente la losa, porque no la levantaré hasta el dia del juicio final.

—¿Pero cómo reconoceré vuestro sepulcro?

—Es el tercero entrando á la derecha; ademas, añadió la dama Negra estendiendo hácia el jóven una mano que hubiese sido perfecta sin su estremada palidez, mirad esta sortija, la reconocereis en mi dedo.

Miró el jóven y vio un carbunclo tan puro, que iluminaba no solo la mano de la dama, sino tambien su bello y melancólico rostro, al que como á la mano, no se podia poner mas defecto que una escesiva blancura.

—Lo haré como deseais, dijo el jóven tapándose el rostro con su ramo, deslumbrado por los rayos que despedia el carbunclo, y lo haré mañana por la mañana.

—¡Asi sea! respondió la dama Negra.

Y desapareció como si la hubiera tragado la tierra.

El jóven reconoció que acababa de pasar algo de estraño, retiró la mano de sus ojos y miró á su alrededor, pero estaba solo en medio de las ruinas, con su ramo de arce en la mano, frente á la puerta de la torre de Oriente, y esta puerta estaba cerrada.

El jóven volvió á su casa, y refirió todo á su padre y á su madre, quienes reconocieron la mano de Dios en todo aquello; al dia siguiente avisaron el cura de Achern para que fuese al sitio indicado por el jóven cantando el *Magnificat*, mientras que dos sepultureros cavaban al pié del arce. A cinco ó seis pies de profundidad, como habia dicho la dama Negra, encontraron los dos esqueletos; los huesos de los brazos de la madre oprimian aun al niño contra los huesos de su pecho.

Aquel mismo dia, la condesa y su hijo fueron inhumados en lugar sagrado.

Despues al salir de la iglesia, el jóven cogió de debajo del crucifijo un ramo bendito en la última Pascua, y llamando á dos amigos suyos, uno albañil y otro cerrajero los llevó á la torre de Oriente. Cuando vieron á donde les conducia, ambos compañeros vacilaron, pero el jóven les dijo con tal confianza que obedeciéndole obedecian al mismo Dios, que no vacilaran y le siguieron.

Al llegar á la puerta de la torre, notó el jóven que habia olvidado el ramo de arce con que habia llamado la víspera, pero creyó que su ramo bendito tendria el mismo poder; no se engañaba. Apenas tocó con el estremo de la rama seca la maciza puerta, giró sobre sus goznes, como si un gigante la hubiese empujado, y se encontraron las escaleras francas él y sus dos compañeros.

Entonces encendió cada uno una antorcha de que se habian provisto de antemano y bajaron: al vigésimo escalon se encontraron en la bóveda.

El jóven marchó directamente al tercer sepulcro, y llamó á sus dos compañeros para que le ayudasen á levantar la losa; otra vez vacilaron, pero su compañero les aseguró que lo que iban á hacer en vez de ser una profanacion, era un acto de piedad, y entonces uniendo los tres sus esfuerzos, descubrieron la tumba.

Encerrábase en ella un descarnado esqueleto en el que el jóven dudó al principio conocer aquella hermosa dama que le habia hablado la víspera, y á la cual, como hemos dicho, no se podia poner otro defecto que una estremada palidez. Pero en los huesos de su dedo, vió brillar aquel carbunclo tan magnífico que no habia otro semejante á él en el mundo; púsole pues en la mano el ramo bendito, y cerrando la piedra de la tumba, suplicó á sus dos amigos la cerrasen con la mayor solidez que les fuese posible. Los dos compañeros accedieron.

En esta tumba, que se enseña á los viageros bastante temerarios para aventurarse bajo las ruinosas bóvedas de la capilla subterránea, es donde reposa la dama Negra, esperando el juicio final.

Y como hemos dicho aunque no queda resto alguno del árbol que le ha dado su nombre, esás ruinas, que se ven á la izquierda del camino saliendo de Achern, se llaman aun hoy las Ruinas del Arce.

Desde este punto hasta Kehl no ofrece el camino nada bastante curioso para detenerse en él. Kehl tiene de notable que aunque tan antigua como Strasburgo, siempre ha sido nueva; consiste esto en que de veinte y cinco en veinte y cinco años la queman y arrasan, y despues la reedifican para volverla á quemar y arrasar; y esto durará mientras haya una Francia y una Alemania en constante reaccion la una contra la otra: lo cual hace que Kehl esté siempre preparada, y que á pesar de ser prusiana mire con la mayor admiracion al rey Luis Felipe, ese robusto pilar de la paz europea.

Por Kehl se pasa al Rhin, en otro tiempo, cuando nosotros erámos protectores de la Confederacion, teníamos allí una magnífica cabeza de puente que parecia una obra avanzada de aquella bella fortaleza de Strasburgo, obra maestra de Vanbau, que la construyó en 1682, y que grabó en ella esta leyenda: *Servat et observat*; aqui se divide el rio en dos brazos: el primer puente es de barro, conduce á una isla, y cerca del camino se ve un monumento consagrado á Desaix. Este monumento consiste en una pirámide truncada, con bajos relieves

en sus costados. Es uno de esos sarcófagos sin importancia, que las ciudades consagran por órgano de su consejo municipal á sus grandes ciudadanos. Pero como no se encuentran muchos donde haya un nombre semejante al que en este se lee, nos detenemos y le saludamos.

Gracias á la aduana de Kehl, no entramos en Strasburgo hasta las siete y media de la tarde, lo cual me hizo dejar para el dia siguiente mi visita á la catedral.

Mi compañero de viage me condujo á la fonda del Cuervo; habia permanecido alli ocho dias al ir á reunirse conmigo á Francfort, y la habia hecho célebre con versos que Chepelle ó Bachaumont hubieran dado cualquier cosa, si los hubiesen conocido, por poderlos poner en sus viages.

Asi que fuimos recibidos como conocidos antiguos, y todos se apresuraron á nuestra llegada; el amo de la fonda dejó su partida de los cientos para salir á nuestro encuentro, y aun su misma pareja se levantó y fue á dar la mano á Gerard, quien le saludó con el nombre de general.

—Diablo, mi querido amigo, le dijo luego que nos hubimos sentado frente á un pastel de hígado de cerdo de rigor, flanqueado de un lado por un salchichon, y de otro por seis knatwurch. No sabia que tuviéseis tan buenos conocimientos en la ciudad libre de Strasburgo.

—¿El general, no es eso? quereis decir.

—Si, el general. ¿Y cómo se llama el general?

—El general Guarnicion.

—Aunque el nombre sea de los mas guerreros, y está muy bien apropiado al personage que le lleva, permitidme deciros que me es completamente desconocido.

—Es un nombre leal, y que si es desconocido en el resto de Francia, es muy venerado en Strasburgo.

—¿Y con qué motivo ha adquerido esa popularidad?

—Sacad vuestro relój, me dijo Gerard.

—¿Y bien? dije obedeciendo.

—¿Qué hora es?

—Las nueve menos cuarto.

—A las nueve el general Guarnicion se levantará, cogerá su sombrero y saldrá: es su hora, y el general es muy puntual. Entonces pedireis á vuestro huésped os refiera su historia, y os la referirá; entretanto, otra cucharada del hígado de cerdo, y un pedazo de knatwurch.

Como no habia mucho que esperar, tuve paciencia; á las nueve menos cinco minutos, fuí á colocarme en el dintel del comedor, desde donde veia hasta el salon de nuestro huésped. Al dar las nueve, como me habia dicho Gerard, se levantó el general, tomó su sombrero, me saludó y salió.

Me dirigí en seguida á nuestro huésped y le supliqué me refiriese la historia del general Guarnicion.

Hela aquí:

EL GENERAL GUARNICION.

Era á fines de agosto de 1815, dos meses y medio despues de Waterloo. El general Rapp, que mandaba en gefe el ejército del Rhin, se habia visto obligado á retirarse á Strasburgo con dos divisiones de infantería diezmadas por las acciones que habia dado en su retirada, y los restos de dos ó tres escuadrones de caballería que queria conservar á la Francia. Los aliados le habian perseguido hasta alli, y setenta mil hombres cercaban al reducido ejército del general, y amenazaban á Strasburgo con un sitio desastroso.

El 3 de julio, el príncipe de Wurtemberg habia ya anunciado al general Rapp un parlamentario para pedirle á nombre de Luis XVIII, que acababa de entrar en París, la entrega de la plaza de Strasburgo; pero el general pidió se le entregase la órden del rey, y como el parlamentario no tenia órden, le habia hecho volver á conducir hasta las avanzadas.

Estas intimaciones se renovaron el 4 y el 5, pero el 6, el general Rapp, impacientado de aquella insistencia, se puso á la cábeza de un puñado de hombres, y haciendo un reconocimiento de las posiciones austriacas, colocó muchos puestos, acuchilló fuertes destacamentos de caballería, y se volvió á la plaza, despues de haber dado esta prueba de lo poco dispuesto que estaba á tratar con el enemigo.

Mas aun no podian convencerse de su resolucion, cuando dos dias despues, en un ataque de noche de la parte de Strasburgo, el general Rapp sorprendió y atacó á la bayoneta el campo atrincherado de los aliados, destrozó su caballería, hizo prisioneros en la cama á muchos oficiales austriacos, y obligó vergonzosamente á muchos generales á huir en camisa. Trataron de hostigar á los nuestros en su retirada; pero los asaltantes fueron rechazados dos vèces con mucha pérdida y completamente desorganizados. Las tropas francesas volvieron á entrar en el campo, despues de haber adquirido la seguridad de que tenian en frente fuerzas infinitamente superiores en número.

Siguióse á esto un convenio militar, que puso término á las hostilidades en todo el territorio del mando del general Rapp. En virtud de este convenio, el general austriaco Wolkmann se instaló en la plaza.

Pero renunciando á tomar por la fuerza á Strasburgo, resolvieron los aliados al menos sorprenderle. No lo habian conseguido con el acero, quisieron ensayar el oro. Un motin hábilmente dispuesto podia dar lo que una guerra leal habia dado, y acaso los agitadores serian mas felices que los soldados.

Por otra parte, la mitad de su obra estaba hecha. En medio de aquella gran derrota del imperio, una duda inquieta y terrible agitaba á todos los espíritus. Habia la firme creencia de que el emperador era invencible, y el emperador habia sido vencido. Era preciso pues, que le hiciesen traicion, traicion por sus generales, sus oficiales y sus soldados. ¿Por qué las tropas habian cesado de sostener la campaña? ¡Los enemigos eran veinte veces mas numerosos que ellos! ¡Bonita razon! Seguramente los gefes se entendian con los aliados.

He aqui lo que se decia en voz baja en los bivaques y en los salones, y lo que se dice muy bajo se oye muy lejos.

Mientras cada uno desconfiaba de todos, el conde Rapp recibió del gobierno real la órden de licenciar sus tropas, y enviar á cada hombre aisladamente y sin armas. Pero del sueldo de ningun modo se trataba. Se le envió ademas adjunta la órden de entregar á comisarios rusos diez mil fusiles del arsenal de Strasburgo. Júzguese de la agitacion y aun mas de la tristeza de los soldados. ¡Todos aquellos correos cambiados con los aliados, aquellas armas ocultamente trasportadas al campo del enemigo! ¡El general en gefe estaba, pues, ciertamente vendido á los austriacos! Habia, como se aseguraba, recibido de ellos dos millones por entregarles los franceses.

Rapp en tanto hacia inauditos esfuerzos por obtener del gobierno el sueldo de las tropas antes de licenciarlas, y no conseguia mas que 560,000 francos, cantidad despreciable que no se atrevia á ofrecerles á cuenta.

Entonces comenzó la sublevacion mas tranquila, el motin mas justo, el desórden mas regular, la insubordinacion mas respetuosa del mundo.

El 2 de setiembre por la mañana, el general en gefe, enfermo á la sazon, estaba en el baño. Entraron á decirle que cinco oficiales subalternos de diversos regimientos pedian permiso para hablarle á nombre de sus compañeros. Dió órden que los introdujeran.

—Mi general, dijo uno de los delegados, venimos para tener el honor de someteros una resolucion del ejército, concerniente á la órden de licenciamiento.

Y leyó:

«En nombre del ejército del Rhin, los oficiales, sargentos y soldados no obedecerán á las órdenes dadas para el licenciamiento sino con las condiciones siguientes:

«Artículo 1.º Los oficiales, sargentos y soldados no dejarán el ejército sino despues de haber sido pagados de todo lo que se les debe.

«Art. 2.º Saldrán todos el mismo dia, llevándose armas, bagages, y cincuenta cartuchos cada uno.

«Art. 3.....»

El general Rapp no dejó terminar. No era mas fácil de acomodarse con sus oficiales que con los enemigos. Furioso, se lanza del baño, arranca el papel de manos del malhadado orador: ¡Condiciones á mí! ¡Ah! ¡me imponeis condiciones!...

Y los enviados tampoco le dejan acabar, y dan media vuelta y marchan á paso redoblado para dar cuenta á las tropas de la acogida poco graciosa del general en gefe.

Los sargentos y cabos en número de quinientos los esperaban gravemente en la plaza de armas. La relacion de los diputados es escuchada con calma. Luego se ve á aquellos quinientos hombres aproximarse, reunirse en grupos, cuchichear entre sí alguna cosa en voz baja. A los diez minutos se restablece el mas profundo silencio.

—Sargento Dalouzi, dice una voz.

Dalouzi, sargento del regimiento número 7.º de infantería ligera, se adelanta. Es un hombre de treinta y cinco años, de buena fisonomía, séria é impasible, aptitud resuelta y solemne, hablar breve é imperturbable. Su boca no sonrie á menudo, su mirada no se asombra jamás.

—Sargento Dalouzi, por unanimidad de votos, sois elegido general en gefe. ¿Aceptais?

Dalouzi responde: Acepto el honor y el peligro. Vais á prometerme tres cosas: os abstendreis de todo desórden, respetareis las propiedades, protegereis las personas. Os juro por mi cabeza, que sereis pagados antes de veinte y cuatro horas.

Elévanse mil aclamaciones de júbilo. Dalouzi no pestañea. Impone silencio á los suyos con un gesto notable de dignidad, y sin embarazo, sin emocion, continúa:

—¡Mayor Garnier!

El tambor mayor del 58 sale de un grupo.

—Mayor Garnier, os nombro gefe de mi estado mayor.

¡Sargento Dupuis!

Vos llenareis las funciones de gobernador de la plaza.

¡Cabo, Simon!

Vos mandareis la primera division de infantería.

¡Cabo Adonis!

Vos tomareis el mando de la caballería.

En cinco minutos los regimientos tienen coroneles, los batallones y escuadrones gefes, las compañías capitanes. He aqui un estado mayor completo con galones y charreteras de estambre.

Entonces se toca generala. Infantería, caballería, artillería se dirigen en buen órden y á paso redoblado á la plaza de armas. Dalouzi da á reconocer á los nuevos gefes, y designa á los diferentes cuerpos los puntos de la ciudad que deben ocupar.

Por mas aceleradamente que acudió el general Rapp, no salió de su alojamiento á la cabeza de su estado mayor, sino cuando el estado mayor rebelde estaba ya en el pleno ejercicio de sus funciones usurpadas. Y ni aun dejaron tiempo á Rapp para salir de la plaza del palacio; porque por todas las calles que desembocaban en la plaza, salian las columnas corriendo, se colocaban precipitadamente en batalla, y cruzaban las bayonetas en cuanto el general intentaba pasar. Ocho piezas de artillería cargadas con metralla, obstruian formidablemente una de las salidas.

Decir la admiracion y el furor del conde Rapp cuando se vió de aquel modo inutilizado y aprisionado por sus propias tropas, seria seguramente difícil. Corria de un batallon á otro; pero su cólera se estrellaba contra la actitud sombría y resuelta de los soldados. Queria hablar, pero su voz era ahogada por los silbidos del pueblo, y sobre todo por las bocas de los agitadores. Se lanzó hácia un obus junto al que estaba un artillero con la mecha encendida.

—¡Miserable! ¿quieres matarme? Aplica la mecha : heme aqui á la boca.

El artillero arrojó su botafuego.

—¡Ah, general! dijo sencillamente, estaba yo en el sitio de Dantzick con vos.

No obstante, detrás de las filas inmóviles de los soldados mudos, continuaban los gritos y las provocaciones.

—Disparad... ¡hé vendido al ejército!..... Disparad , pues...

Algunos jóvenes soldados estraviados apuntaban al general. El gefe de estado mayor Garnier se dirigió á él á todo escape.

—Mi general, ¡por Dios! retiraos; no espongais inútilmente vuestra vida. ¿Qué podríais hacer? Estamos absolutamente decididos á hacer que nos paguen.... Asi volveos á palacio, y el general Guarnicion responde de todo.

—¿Quién es el general Guarnicion, si os agrada decirlo?

—Mi general, es nuestro nuevo general en gefe.

Tal era, en efecto, el nombre colectivo que acababa de adoptar ingeniosamente Dalouzi, para poner algo á cubierto su responsabilidad. Ulises habia dicho á Polifemo: Yo me llamo *Persona*. Dalouzi escedia á Ulises en toda la altura del hombre civilizado sobre el hombre primitivo. Dalouzi tenia el honor de pertenecer al siglo que debia ser el siglo del gobierno representativo y de la prensa. Estad seguros que Dalouzi hubiese respondido orgullosamente al Cíclope: Yo me llamo *Todo el Mundo*.—*Persona, Todo el Mundo*: hay cinco mil años entre esas dos palabras. *Persona, Todo el Mundo*, ¿no es en el fondo lo mismo?

Rapp sabia que su ejército no estaba inclinado al enemigo, y le repugnaba ser el enemigo para él. Se retiró al palacio. Al punto mil hombres de infantería, ocho escuadrones, y ocho piezas de artillería le siguieron y tomaron la guardia esterior. Un batallon de granaderos fué á situarse en el patio, y se instaló guardia interior. Colocáronse sesenta centinelas de dos en dos en todas las escaleras, en todas las puertas y hasta en la de la alcoba del conde.

Por otra parte, Rapp estaba reemplazado maravillosamente: el general Guarnicion multiplicaba las órdenes como si no hubiese hecho mas que mandar toda su vida. Mandaba como un dictador; se le obedecia como á un amigo.

—Van á apoderarse del telégrafo y de la casa de moneda: levantar los puentes y nadie podrá comunicar con los puntos esteriores sin un permiso especial del gobernador de la plaza. Publicar la prohibicion, *bajo pena de la vida*, de entrar en los figones y tabernas. La misma pena contra los fautores de desórdenes, del saqueo y de la *insubordinacion*. — Se organizaron vivacs permanentes á las dos en las calles principales y en las plazas. Esto para los enemigos interiores. En cuanto á los enemigos esteriores, que se doble la línea esterior y los cuerpos de guardia de la ciudadela. Ademas, centinelas en las poternas del Mercado Viejo y del arrabal San Luis; no sé cómo el general Rapp podia abandonar estos puntos; ¡era una indiscrecion!—Comandante Adonis, haced decir al general austriaco Wolkmann que no tiene absolutamente nada que temer, y poned un destacamento á su disposicion. Es preciso ser corteses, ¡diablo!

—Vos, mayor Garnier, id con un corneta al cuartel general de los aliados, é intimadles que si respetan la tregua, la guarnicion no se propasará á ningun acto de hostilidad; pero que si hacen la intencion de atacarnos, ó de meterse sencillamente en nuestros negocios de casa, los recibiremos poco fraternalmente.

—¡Y bien! coronel Seurhumé, ¿qué es eso? Parece que estais avergonzado.

—Perdonad, mi general, es que el fusilero Sebertre me ha llamado coronel postizo.

—¿Y bien?

—¡Y bien! Con vuestro permiso, mi general, le he hecho poner los grillos.

—Perfectamente.

—Si, perfectamente; pero en el momento en que yo decia: ¡Los grillos á ese insurrecto! me encontré frente á frente con mi coronel, el otro, el antiguo, el verdadero.... quien me ha dicho llanamente: ¡Miserable! ¿Seria preciso

tambien hacer le pusieran á este los grillos?

—¡Diablo! dijo el general Guarnicion.

—¡Y bien! dijo despues de haber reflexionado, la cosa es muy sencilla: todos los generales, y todos los que tienen un mando de alguna importancia, están detenidos en su alojamiento hasta nueva órden. Cada uno de ellos será custodiado por soldados de un cuerpo distinto del suyo. Ténganse los mas minuciosos miramientos. Si algun gefe se insurreciona, se le hará presente con suavidad que ante todo son la disciplina y la subordinacion militares, y que es deber suyo dar el ejemplo no quebrantándolas. No se obrará con rigor sino al último estremo.

A las doce del dia habiéndose tomado bien todas las medidas de policía, y la seguridad interior y esterior perfectamente asegurada, el general en gefe Guarnicion cedió su puesto á Guarnicion el administrador. Constituyó á los señores furieles en comision de víveres, y á los señores sargentos mayores en comision de impuestos. Despues llamó al inspector de revistas y al recibidor general. El primero hizo un presupuesto aproximado de las cantidades necesarias para pagar lo atrasado, el segundo presentó el estado de su haber en caja. Entonces Dalouzi convocó el consejo municipal, y con esquisita política, suplicó al corregidor buscase los medios de realizar los fondos necesarios para estinguir aquella deuda.

Mientras los concejales discutian en el ayuntamiento, los ciudadanos temblaban en las calles, lo cual hacia avanzar mas las cosas. Preciso es deciros que el ejército, despues de haber ejecutado diversos movimientos, marchas y contramarchas, se habia quedado inmóvil y como petrificado en los bivacs y en los puestos. Verdaderamente era aquello terrible, para el esposo ó el padre de familia. Las tropas estaban sobre las armas, sombrías, inertes é imponentes, sin hablar, sin moverse, era esa calma magestuosa y solemne que precede á la tormenta. Los soldados se habian convertido en estátuas. En vano los comerciantes, saludando, sonriendo muy amables, les hacian las promesas mas seductoras, les insinuaban paternales preguntas; un brutal «*¡largo!*» los hacia dar un salto de diez pasos.

Era preciso pues, transigir á toda costa, y los buenos habitantes que no soñaban mas que en el saqueo, matanza é incendio, consintieron al fin en adelantar las cantidades necesarias.

Guarnicion, habia sido mas diestro y mas persuasivo que Rapp.

Este envió entonces á su gefe de estado mayor cerca de las autoridades, para arreglar la reparticion del empréstito. Un cabo y seis hombres condujeron á este oficial al ayuntamiento, terminó allí sus cuentas, y volvió al palacio con la misma escolta.

A la noche, la alarma de los pobres habitantes de Strasburgo se calmó algo; multiplicadas patrullas circulaban por todas las calles, y la ciudad habia recibido órden de iluminar, á fin de que fuese mas facil ejercer una vigilancia severa. Al mismo tiempo que los habitantes se tranquilizaban, se humanizaban los soldados, porque el general-sargento habia hecho leer en todos los puestos esta proclama:

«Todo marcha bien. Los ciudadanos abonan. Los pagos van á comenzar.

«*Firmado*, GUARNICION.»

Al dia siguiente, 2 de setiembre, intentaron los austriacos mezclarse en el drama para darlo animacion. Primero llega á galope á la plaza de armas un cazador de á caballo. Anuncia á Dalouzi que acaban de detener tres furgones cargados de oro, que pertenecian al general Rapp, quien los hacia salir bajo la proteccion de los austriacos. Estos tres carruages, añade, han sido conducidos al Puente cubierto, y he aqui el recibo que os traigo. ¡Venganza! El general Rapp nos ha vendido al enemigo; es un traidor. Es preciso fusilar á los traidores.

—Es muy justo, respondió Dalouzi. ¡Seis hombres y un cabo!

—¡Presente! dijo el general Simon adelantándose.

—¡Y bien! ¿qué es lo que haceis, general? ¿Estais loco que olvidais vuestro grado? Enviad seis hombres y un cabo, y que fusilen inmediatamente á ese honrado espía.

Dos horas despues, individuos con uniforme y vestidos con insignias de cabo y sargento, se presentan sucesivamente en el palacio, y engañando á la guardia interior y esterior, quieren usar de violencia para introducirse en la alcoba del general. Pero son rechazados, hechos prisioneros, y conducidos á lugar seguro.

Los soldados habian puesto sitio á su general, porque su general les incomodaba; pero se harian todos matar por defender su vida, porque le respetaban y le amaban.

Al medio dia fueron á decir al general Guarnicion que por la mañana la línea enemiga habia estrechado sus acantonamientos y recibido refuerzos. La situacion se hacia cada vez mas grave, y la responsabilidad mas inmensa. Dalouzi conservó una magestuosa calma. Hizo aun reforzar la division esterior, dobló los grandes destacamentos, y esperó. El enemigo se estuvo quieto.

En tanto el empréstito se habia realizado. Los oficiales cajeros, siguiendo el órden numérico de su regimiento, fueron conducidos, bien escoltados, á casa del pagador general, y allí percibieron las cantidades necesarias para dar las pagas á su cuerpo; pero se les prescribió no efectuasen los pagos individuales hasta que todos los regimientos hubiesen percibido su haber.

Las funciones temporales del general Guarnicion tocaban á su fin; pero no permitió que se relajase en lo mas mínimo la mas rigorosa disciplina; y á las tres quiso recorrer por sí mismo la ciudad, á la cabeza de su estado mayor improvisado.

Para pintar este estado mayor, seria preciso el lápiz de Charlet. Todos estaban montados, pero Dios sabe cómo; ¡Mazeppa tambien iba á caballo! Los unos alargaban las piernas en arco, y no se mantenian asi sino á fuerza de puños; los otros no iban sentados, sino tendidos. Los pantalones de muchos descubrian la rodilla, convirtiéndose en calzones cortos. Todos los rostros estaban pálidos ó encendidos, segun los temperamentos. Dalouzi, derecho, tieso, mordiéndose sus lábios, conservaba su presencia imponente y su aire senatorial.

Tenia motivo para estar contento: por todas partes hallaba la tranquilidad mas completa, el órden de una colmena, el silencio de un claustro. A su paso, se batian cajas; se le hacian todos los honores debidos á un general en gefe. El bravo sargento estaba algo deslumbrado, embriagado, preciso es decirlo. Su frente estaba tranquila, pero bajo aquella frente fermentaban tumultuosos pensamientos. Habia hecho en fin, lo que el general Rapp no habia podido hacer: se habia servido poderosamente de la sedicion para arreglar la sedicion; habia vencido la tempestad con la tempestad. Ejecutó la voluntad de todo un ejército. Al menos recibian sus camaradas la débil indemnizacion de su sangre derramada y sus heridas; tendrian con qué hacer su viage y retirarse á sus hogares. Dalouzi era quien habia hecho todo esto, conteniendo al mismo tiempo con su firmeza á un enemigo dispuesto á aprovecharse de sus faltas. Ciertamente un mariscal de Francia no hubiese demostrado mas sangre fria, órden y energía. ¡Tan notable capacidad en un sargento! El gobierno lo sabria, y ¡quién sabe!... Una música guerrera mecia aquellos sueños y llevaba el compás á aquellas ambiciosas ideas, y Dalouzi no podia decir si era Rapp quien le habia usurpado su puesto, y si no entraba él en triunfo en sus honores y dignidades legítimas.

Pero, al dia siguiente, estos últimos vestigios de la humanidad hubieran desaparecido en el alma modesta y honrada del buen sargento.

A las nueve de este dia, habiendo terminado la reparticion de los fondos, se oyó tocar generala, el ejército se reunió, retiró sus puestos, levantó el sitio del palacio, y se dirigió á la plaza de armas. Dalouzi acompañado de su estado mayor, hizo colocar las tropas en batalla, mandó el silencio con un gesto *histórico*, como diria San Simon, y leyó la proclama siguiente:

«Soldados del ejército del Rhin.

«El paso atrevido que acaba de darse por vuestros gefes subalternos, para obligar á que se os haga justicia y para la perfecta solvencia de vuestras pagas, los he comprometido para con las autoridades civiles y militares. En vuestra buena conducta, vuestra resignacion y escelente disciplina, esperan encontrar su salvacion: la actitud que habeis conservado hasta hoy es de ello la mas segura garantía. Ellos esperan que no la desmentireis. Soldados, los oficiales cajeros tienen en sus manos todo lo que se les debe; la guarnicion volverá á entrar en su primera plaza; los puestos continuarán hasta que el general en gefe dé las órdenes competentes. Luego que se verifique la entrada, los sargentos mayores y los cuartel-maestres irán á casa de sus respectivos oficiales pagadores, y tomarán, antes de pagar á la tropa, las órdenes de los señores coroneles, á fin de hacer la retencion á quien corresponda. La infantería debe ser licenciada; tomará órdenes superiores; y la caballería, no teniendo aun ninguna órden, esperará su suerte, á fin de entregar al menos, antes de marchar, caballos, armas, y todo lo que pertenece al gobierno. Y se podrá decir:

—Son franceses; han servido con honor; se han hecho pagar lo que se les debia, y se han sometido á las órdenes del rey con el bello título de ejército del Rhin.»

—Y ahora, añadió el general Guarnicion, haced prevenir al general Rapp que puede venir á pasar revista á su ejército.

Y el sargento Dalouzi fué á colocarse entre filas detrás de su compañía.

Dos horas despues dejaron las armas en el arsenal, y todos los cuerpos fueron licenciados. Dalouzi, gefe de motin, habia incurrido en la pena capital: el ministro le dió la charretera de subteniente.

Pero como la paz amenazaba prolongarse indefinidamente, en cuanto tuvo el tiempo exigido para el retiro, el buen sargento pidió su licencia y volvió á la vida privada, no conservando de sus honores pasados mas que el título honorario de general.

Asi es, como se ha visto, como se le llama aun generalmente en la ciudad libre de Strasburgo.

Con esto, perfectamente satisfecho de la narracion de mi huésped, nos despedimos de él, fuimos á acostarnos, y dormimos como verdaderos alsacianos.

Al dia siguiente, á las nueve de la mañana, estaba yo delante de la catedral de Strasburgo.

Era aquello lo mas hermoso que habia yo visto en todo mi viage. Por lo cual no intentaré describirlo, sino que invitaré sencillamente á mis lectores á que la vean, como la octava maravilla del mundo.

FIN DE LAS ESCURSIONES POR LAS ORILLAS DEL RHIN.

ÍNDICE.

	PAGS.
Bruselas.	1
Waterloo.	11
Amberes.	15
Gante.	21
Brujas..	28
El jubileo de 850 años.	36
Fonda de Albion.	38
Lieja vista durante el almuerzo.	40
El banquete de Warfusée.	47
Aix-la-Chapelle.	53
Las pequeñas y las grandes reliquias. .	56
Los dos jorobados.—El Frankenberg.— La calle de los Duendes.	58
Colonia.	61
La catedral.	64
El padre Clemente.	66
Los siete pecados capitales.	69
El Rhin.	75
La Drakenfels.—Coblentza.	83
Marceau..	92
San Goar.	97
El Lore-Lei.	99
Mr. de Metternich y Carlo-Magno. . . .	104
Francfort.	110
La calle de los Judíos.	112
Escursion..	115
Manheim.	119
Karl Ludwig Sand.	123
La casa de correccion.	126
La ejecucion.	130
El doctor Widemann	134
Heidelberg.	136
Carlsruhe.	140
Pedro de Stauffenberg.	144
Baden-Baden.	149
Turena.	153
El general Guarnicion.	159